DAVID SOLAR
SIN PIEDAD
SIN ESPERANZA
Palestinos
e israelíes,
la tragedia que
no cesa

El conflicto en Palestina comienza cuando se enfrentan dos pueblos, el israelí y el palestino, con el fin de poseer las mismas tierras, las mismas casas, la misma agua y por controlar los mismos lugares históricos y religiosos. Ambos pueblos se sienten amparados por la Historia, por el derecho a la propiedad y por las instituciones internacionales. Ambos, también, hablan en nombre del único y verdadero Dios, cada uno del suyo, cuya palabra y mensaje interpretan obviamente a su favor.

Este enfrentamiento no comenzó en 1948, fecha de la creación del Estado de Israel. Para llegar a ese momento es necesaria la acumulación y coordinación de acontecimientos y actuaciones profundamente imbricadas en la historia de los siglos XIX y XX. David Solar, gran especialista en los asuntos relacionados con el Próximo Oriente, realiza este recorrido en el presente libro, un serio ensayo periodístico basado en los pilares de un detenido análisis histórico.

David Solar

Sin piedad sin esperanza

Palestinos e israelíes, la tragedia que no cesa

Título original: *Sin piedad sin esperanza*
David Solar, 2002

–

Revisión: 1.0

A todas las víctimas de todas las injusticias

«Nosotros somos “patriotas”,
ellos, “nacionalistas”;
nosotros tenemos nuestros “ortodoxos”,
ellos sus “fanáticos”;
nosotros tenemos “intelectuales” y
“hombres públicos”,
ellos “gente instruida” y “notables”;
nosotros “nos rebelamos contra el
ocupante inglés”;
ellos “perturban el orden público”;
nosotros tuvimos nuestros “héroes”,
ellos sus “terroristas”»

Carta de un amigo israelí al amigo palestino. Elie Barnavi, historiador israelí.

«Sobre vuestros pechos,
aquí,
como un muro, nos quedamos.
Aquí,
en vuestras gargantas,
como un trozo de vidrio
como un higo chumbo sin pelar.
Como una tempestad de fuego,
en vuestros ojos».

Aquí permaneceremos. Tawfiq Zayyad,
poeta palestino-israelí.

GLOSARIO

Agencia Judía: Órgano ejecutivo del sionismo, encargado de capitalizar fondos, comprar tierras, enviar judíos a Palestina, fundar colonias, promocionar proyectos, etcétera.
***Al Fatah**: La Victoria o La Conquista,* acróstico invertido de *Harakat al Tahrir al Watani al Filistini* (Movimiento Palestino de Liberación Nacional), fundado por Arafat en 1959.
***Al-Assifa**: La Tempestad,* brazo armado de *Al Fatah*.
***Alyas** (subidas)*: Oleadas migratorias judías hacia Palestina, antes de la fundación del Estado de Israel.
***Al Saiqa** (El Rayo)*: organización sirio-palestina, mandada por Ahmed Jibril e Issam Kadi, al servicio de Damasco.
AMAL: Grupo armado chií libanés manejado por Damasco.
ANP (Autoridad Nacional Palestina): denominación del organismo que gobierna los territorios controlados por los palestinos en las regiones cisjordanas de Gaza, Samaria y Judea.
Baas (Partido Socialista de la Revolución Árabe): fundado en 1953 y con gran influencia en Siria e Irak.
Carta Nacional Palestina: Documento elaborado en el primer congreso de la OLP, 1964, que define la identidad nacional palestina; es la base de la Revolución Palestina.
***Chofar**:* Cuerno que convocaba a las solemnidades religiosas judías.
***Declaración Balfour**:* Carta dirigida por el secretario del Foreign Office, Arthur J. Balfour, al barón Rothschild, en 1917, prometiendo «un hogar» en Palestina para los judíos.
***Der Judenstaat**: El Estado judío,* 1896, obra de T. Herzl, base de la ideología sionista.
***Eretz Israel**:* La tierra de Israel.
Falange libanesa: Milicia armada cristiana de Líbano, organizada por el clan Gemayel y, en muchos momentos, financiada y armada por Israel.
***Fedayin**:* Corrupción del árabe *fidaiyyin* (el que se sacrifica); sinónimo de guerrillero palestino; en plural, *fedayines*.
FPLP (Frente Popular para la Liberación de Palestina): Fundado por

Georges Habache. Uno de los grupos guerrilleros palestinos más activos y de los que causaron mayores trastornos al tráfico aéreo en los años setenta. Mantiene su acción desde Siria y Líbano.
FPDLP (Frente Popular Democrático para la Liberación de Palestina): Escisión del anterior, fundado por Nayef Hawatmeh; de objetivos similares, pero con planteamientos políticos más radicales. Continúa actuando.
Filistin: Palestino.
Gran mufti de Jerusalén: Suprema autoridad jurídico-religiosa de la ciudad.
Gran Israel: Aspiración sionista a construir un Estado sobre los supuestos límites del reino de Salomón.
Haganá: Ejército clandestino sionista.
Casba: Barrio árabe.
Hamas: Siglas de la organización islámica integrista *Harakat al-Muqawama al-Islamia (Movimiento islámico de resistencia)*, cuyo fin es la expulsión de los judíos de Palestina.
Hatikvah: Himno nacional judío.
Hogar judío: Concesión de la carta de Balfour al sionismo «… el establecimiento en Palestina de un hogar para el pueblo judío…».
Holocausto: Exterminio organizado por el nazismo contra el pueblo judío, que causó unos seis millones de víctimas.
IDF: Fuerzas de Defensa de Israel, Ejército judío o *Tzahal* organizado por Ben-Gurion con todas las milicias existentes hasta 1948.
Intifada: Levantamiento palestino dentro de los Territorios Ocupados, efectuado por niños y jóvenes que se enfrentan a pedradas a las fuerzas judías.
Irgun o ***IZL*** (Organización Militar Nacional): Grupo terrorista israelí de ultraderecha que funcionó antes de la fundación del Estado de Israel; uno de sus jefes fue Menahem Begin, que llegaría a ser primer ministro e, incluso, Premio Nobel de la Paz.
Jóvenes de la venganza: Brazo armado del MNA, fundado por Habache en Beirut en los años cincuenta.
Kibbutz: Granja colectiva israelí en la que cada miembro «aporta según su capacidad y recibe de acuerdo a sus necesidades». *Kibbutzin*, plural, que sirve tanto para las granjas como para los granjeros.
Knesset: Parlamento israelí.
Kufiyya: Pieza de tela que emplean muchos árabes para cubrirse la cabeza, cuello y hombros.
Legión Árabe: Unidad militar jordana, organizada por el británico *Glubb Pachá*. Eran las mejores tropas del Próximo Oriente en los años cuarenta.

LEHI o **Stern** (Combatientes por la libertad de Israel): Grupo terrorista israelí que operó en los años anteriores a la independencia; uno de sus jefes fue Yitzhak Shamir, luego primer ministro de Israel.
Ley del Talión: Ley hebrea que castigaba al ofensor con el mismo daño que hubiera recibido el ofendido y que se expresaba en la fórmula: «Ojo por ojo, diente por diente».
Likud: Coalición de la derecha israelí, reunida por Menahem Begin en 1973 en torno al Herut, su partido.
Mafdal: Partido Nacional Religioso, que fue tradicional aliado de los laboristas hasta 1976. A partir de entonces suele votar junto al Likud.
Mapai: Partido socialista israelí fundado por Ben-Gurion. Dominó las primeras convocatorias electorales hasta su ruptura por el caso Lavon.
Mártires de Al-Aksa: grupo terrorista surgido al comienzo de la segunda *intifada*, teóricamente vinculado a Al Fatah.
MNA (Movimiento de Nacionalistas Árabes): Partido nacionalista fundado en la universidad de Beirut en los años cincuenta por Habache.
Moshav: Granja colectiva mixta; trabajo, consumo e ingresos son particulares; tierra, maquinaria, semillas y comercialización, colectivos. *Moshavim*: plural empleado para este tipo de granjas y para los granjeros.
Mossad: Servicio de inteligencia israelí dedicado a la actuación exterior.
OLP (Organización para la Liberación de Palestina): Fundada por inspiración de Nasser en 1964, quedó al servicio de los intereses exclusivamente palestinos bajo la dirección de Yasser Arafat, en 1969. Es la principal organización política palestina en la zona de la ANP.
Palmach: Unidad militar de choque judía formada en los años anteriores a la partición de Palestina; su actuación fue crucial en la guerra de 1948. Sus miembros se denominaban palmachines.
***Paole Sion** (Trabajadores de Sión)*: Organización pionera que está en la base del partido laborista.
Paz Ahora: Movimiento surgido en Israel en los años ochenta; pide negociaciones aunque para ello Israel deba abandonar los Territorios Ocupados.
Rafi: Partido político israelí fundado por Ben-Gurion al separarse del Mapai. Pertenecieron a él, por ejemplo, Dayan y Peres.
Ramadán: Mes de ayuno islámico. Durante las horas de luz, el musulmán observante guardará un ayuno estricto, pero podrá comer libremente durante la noche, mientras «no se distinga un hilo blanco de un hilo negro».
Sabra (higo chumbo): Se llama *sabras* a los judíos nacidos en Israel.

Septiembre Negro: Organización terrorista palestina surgida como reacción a las matanzas de palestinos en Jordania durante la guerra de septiembre de 1970. Se desconocen su origen y su funcionamiento, pero sus cuadros dirigentes salieron de los elementos más radicales de Al Fatah y evolucionaron hacia organizaciones aún más extremistas.

Shas *(Sephardim Shonrei Torah*; Guardianes sefardíes de la Tora): partido político de carácter religioso y de fuerte implantación, capaces de colaborar en cualquier gobierno de derechas o de izquierdas y de abandonarlo cuando no se respetan sus fuertes intereses conservadores.

Schabák*:* Policía israelí encargada de la seguridad interior.

Shin Bet*:* Servicio de inteligencia israelí.

Tanzin*:* Milicias de Al Fatah, dedicadas a hacer atentados contra colonos y militares en los Territorios Ocupados.

Tierra Prometida*:* La tierra de Canaán, es decir, la Palestina geográfica, prometida por Yahvé a Abraham.

Tishri*:* Séptimo mes del calendario judío, que inicia el año nievo y un periodo festivo que culmina en el *Yom Kippur* o *Fiesta de la Expiación*.

Tzahal*:* IDF, Fuerzas de Defensa de Israel.

UNSCOP*:* Comisión Especial de las Naciones Unidas para Palestina, fundada en 1947. Recomendó la partición del territorio entre árabes y judíos.

UNWRA*:* Organización de las Naciones Unidas para la Ayuda y Readaptación de los Refugiados palestinos.

Yeshiva*:* Escuela religiosa judía.

Yihad*: Guerra Santa* para los musulmanes.

Yihad Islámica *(Guerra Santa del Islam)*: Organización islámica integrista que pretende reconquistar Palestina y terminar con el Estado de Israel.

Yishuv*:* denominación del pueblo judío en Palestina antes de la proclamación del Estado, en 1948.

Yom Kippur (Fiesta de la Expiación)*:* Festividad religiosa judía.

Zionei Zion (Sionistas de *Sión*): Corriente mayoritaria dentro del sionismo, que no aceptaba otro lugar para fundar el Estado judío que la tierra de Sión, es decir, Palestina.

LOS PROTAGONISTAS

Abdallah de Jordania: Hijo del jerife Hussein de La Meca; obtuvo de Gran Bretaña la Corona del recién creado reino de Jordania. Fue asesinado en 1951.
Abdel Kader: Jefe militar palestino, sobrino del *Mufti*, que dirigió la lucha contra los judíos antes de la partición. Murió en abril de 1948.
Allon, Yigal: Militar y político israelí, fue uno de los mandos más capaces durante la guerra de 1948-1949. Mentor y amigo de Rabin.
Amer Abdel Hakim: Amigo de Nasser, fue comandante en jefe del Ejército egipcio derrotado en 1967; se suicidó ese mismo año inducido por el *rais*.
Amir, Yigal: Integrista judío, asesinó a Rabin el 4 de noviembre de 1995.
Annan, Kofi: Secretario General de las Naciones Unidas a partir del 17 de diciembre de 1996.
Arafat, Yasser (alias de **Mohamed Yasser el-Koudoua**, también alias **Abu Ammar**): Político palestino, fundador de Al Fatah; líder de la OLP desde 1969; presidente de la ANP Premio Nobel de la Paz 1994.
Atlee, Clement: Primer ministro laborista del Reino Unido, 1945-1951, bajo cuyo Gobierno fue dividida y evacuada Palestina por los británicos.
Azcárate, Pablo de: Diplomático republicano español que fue enviado a Palestina como secretario de la Comisión de la ONU encargada de velar por el Plan de Partición (UNSCOP) en 1948-1949.
Baker, James: Secretario de Estado norteamericano con el presidente Bush. Trabajó por la Conferencia de Paz de Madrid y por su continuación en 1991-1992.
Balfour, James: Secretario del Foreign Office, autor de la famosa carta a Lord Rothschild en la que prometía a los judíos un hogar en Palestina.
Barak, Ehud: militar israelí, jefe de Estado mayor en la guerra de Líbano, 1982; jefe del Likud, 1997-2001; primer ministro de Israel, 1999-2001; históricamente cargará con el fracaso de no haber logrado llevar a buen puerto el proceso de paz de Oslo.

Bar-Lev, Chaim: Militar israelí, jefe de Estado Mayor que organizó la línea defensiva que llevaba su nombre en el Sinaí, ante el canal de Suez.

Begin, Menahem: Uno de los dirigentes del Irgun, jefe de la oposición israelí de derecha desde 1948-1976; primer ministro de Israel, 1976-1983. Premio Nobel de la Paz, 1978.

Ben Ami, Shlomo: historiador, diplomático y político israelí. Ministro de Exteriores con el gabinete laborista de Barak; le corresponde el gran esfuerzo de aproximación a las posiciones palestinas en Taba.

Ben-Gurion, David: Dirigente sionista de primer rango hasta 1945; máximo impulsor de la creación de Israel, 1948; primer ministro durante quince años.

Bernadotte, Folke: Supervisor de la ONU del alto el fuego durante la guerra de 1948. Fue asesinado por el grupo terrorista judío LEHI.

Breznev, Leónidas: Secretario general del PCUS; durante su liderazgo, la URSS se implicó de lleno en la cuestión del Próximo Oriente.

Bunche, Ralph: Sucesor de Bernadotte en la mediación entre árabes e israelíes; le otorgaron el Nobel de la Paz por el armisticio de Rodas, 1949.

Bush, George: Vicepresidente y presidente norteamericano, 1989-1993, copatrocinador de la Conferencia de Paz de Madrid.

Bush, George Jr.: Presidente de Estados Unidos a partir de 2001. Cegado por los atentados del 11 de septiembre de 2001, ha abordado el conflicto del Próximo Oriente como si se tratara de un problema de terrorismo.

Carter, Jimmy: Presidente de Estados Unidos, 1977-1981. A su esfuerzo mediador se debieron los acuerdos de Camp David.

Clinton, Bill: Presidente de Estados Unidos, 1993-2001. Su mediación fue decisiva para los acuerdos de Israel con la OLP y con Jordania.

Christopher, Warren: Secretario de Estado norteamericano durante el primer mandato del presidente Clinton, 1993-1996.

Chukeiri, Ahmed el: Primer presidente de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP); en 1964, sustituido por Arafat.

Dayan, Moshe: Ha sido el militar israelí más prestigioso; jefe del Estado Mayor y ministro de Defensa y Exteriores en numerosos Gabinetes.

Dulles, Foster: Secretario de Estado norteamericano en el momento de la crisis del Canal y de la consiguiente guerra de noviembre de 1956.

Eban, Abba: Diplomático israelí. Representante en la ONU, embajador en USA, ministro de Educación, ministro de Asuntos Exteriores

1966-1974.
Eden, Anthony: Primer ministro británico 1955-1957, implicado en la guerra del Sinaí-Suez, 1956.
Eisenhower, Dwigt: Presidente de Estados Unidos 1952-1960, decidió el desenlace de la guerra del Sinaí-Suez de 1956.
El-Assad, Hafed: General jefe de la aviación de Siria en 1967. Tomó el poder en 1969 y combatió a Israel en la guerra del *Yom Kippur*, 1973. Intervino en el conflicto libanés en 1976 y aún permanecen allí las tropas sirias. Falleció en junio de 2000.
El-Assad, Bacher: Presidente de Siria a partir de junio de 2000.
Eleazar, David (***Dado***): Militar israelí, tomó el Golán en la guerra de los Seis Días y fue jefe del Estado Mayor en la guerra del **Yom Kippur**.
Eshkol, Levi: Fue uno de los forjadores de Israel; ministro de varias carteras, entre ellas Defensa y primer ministro, 1963-1969.
Feisal II de Irak: Hijo del jerife Hussein de La Meca. Rey desde la creación del país, 1921, hasta su asesinato en 1958.
Gadhafi, Muammar el: Militar libio que derrocó la monarquía en 1969. Desde la presidencia ha impuesto al país tres décadas ya cumplidas de radicalismo.
Ghali, Butros: Secretario general de la ONU, 1992-1996.
Gemayel, Bechir: Jefe de la Falange libanesa y presidente de Líbano en 1982. Su asesinato desencadenó las matanzas de Sabra y Chatila.
Glubb Pachá (**Glabb, John Baggot**): Militar inglés al servicio de Jordania. Organizó la Legión Árabe, el mejor ejército de la región en los años cuarenta.
Gorbachov, Mijail: Secretario general del PCUS. Permitió el éxodo de los judíos de la URSS y patrocinó las negociaciones árabe-israelíes.
Gromiko, Andrei: Representante de la URSS en la ONU que impulsó decididamente la partición de Palestina; ministro de Exteriores.
Habache, George: Palestino de ideología socialista, organizador del FPLP Contrario a la solución negociada, mantiene su actuación desde Damasco.
Hadj Amin el Husseini: *Gran mufti* de Jerusalén, cabeza de la lucha contra el establecimiento de los judíos en Palestina en los años veinte-treinta.
Hawatmeh, Nayef: Palestino de ideología socialista, fundador del FPDLP. Enemigo de la negociación con Israel, mantiene la lucha desde Siria.
Herzl, Theodor: Periodista austríaco de origen hebreo; autor de *El Estado Judío*, promotor de la ideología sionista.
Hussein de Jordania: Nieto de Abdallah, heredó la corona por incapacidad paterna. Su largo reinado (1952-1999) avala su habilidad

y coraje.
Ibn Abdelaziz, Abdalá: Príncipe heredero de Arabia Saudí, autor del plan de paz aprobado por la cumbre de Beirut en marzo de 2002.
Ivanov, Igor: Ministro ruso de Asuntos Exteriores bajo la presidencia de Vladimir Putin, 2001-?
Jarring, Gunnar: Diplomático sueco encargado por la ONU de mediar en el conflicto árabe-israelí entre 1968 y 1973.
Jihad, Abu: Colaborador de Arafat y uno de los hombres más capaces de la OLP. Fue asesinado en Túnez por un comando israelí en 1988.
Johnson, Lyndon: Presidente de Estados Unidos, 1964-1969. Apoyó políticamente a Israel en la guerra de 1967 y en la crisis posterior.
Kissinger, Henry: Secretario de Estado con Nixon, promovió una de las campañas más intensas en la negociación árabe-israelí entre 1973-1974.
Kruschov, Nikita: Secretario general del PCUS. Dirigió el acercamiento soviético hacia Egipto y el mundo árabe.
Lavon, Pinhas: Ministro de Defensa de Israel en 1953-1955, su actuación provocó la fractura dentro del laborismo y la retirada de Ben-Gurion.
Meir, Golda: Dirigente sionista. Embajadora, ministra y primera ministra de Israel entre 1969-1974. La guerra del *Yom Kippur* la apartó del poder.
Moratinos, Miguel Ángel: Representante diplomático de la UE en el conflicto del Próximo Oriente.
Mubarak, Hosni: General y político egipcio. Vicepresidente con Sadat, fue presidente tras el asesinato de éste en 1981.
Naguib, Mohammed: Militar egipcio. Héroe de la guerra de 1948. Designado presidente por los *Oficiales Libres*, en 1952. Fue destituido en 1954.
Nasser, Gamal Abdel: Militar egipcio. Líder de los *Oficiales Libres*, derribó la monarquía en 1952. Presidente, 1954-1970. Falleció el 28 de septiembre de 1970.
Netanyahu, Benjamin (***Bibí***): Político conservador israelí. Ministro con Yitzhak Shamir y primer ministro tras ganar las elecciones de 1996.
Nixon, Richard: Presidente de Estados Unidos, 1969-1974. Medió en la crisis del Canal de 1970, y apoyó sin restricciones a Israel en la guerra de 1973.
Peres, Simon: Político israelí. Ministro de Defensa y de Asuntos Exteriores; primer ministro 1984-1986; 1995-1996; jefe de la oposición laborista. Premio Nobel de la Paz, 1994.
Powell, Colin: Secretario de Estado norteamericano bajo la

presidencia de George Bush jr. 2001-¿?

Rabin, Yithzak: Militar y político israelí. Jefe del Estado Mayor, 1967. Embajador. Ministro de Trabajo y Defensa. Primer ministro, 1974-1977; 1992-1995. Premio Nobel de la Paz, 1994. Asesinado en 1995.

Reagan, Ronald: Presidente norteamericano, 1981-1989, involucrado en el Próximo Oriente por el escándalo *Irangate* y por la guerra de Líbano.

Sadat, Anuar el: Se hizo con el poder en Egipto tras la muerte de Nasser; organizó la guerra de 1973 e impulsó el acuerdo egipcio-israelí de 1978. Premio Nobel de la Paz, 1978. Asesinado en 1981.

Shamir, Yitzhak: Dirigente de la derecha israelí. Ministro de Asuntos Exteriores y primer ministro 1983-1984 y 1986-1992.

Sharon, Ariel (***Arik***): General y político israelí. Perteneciente al sector más duro de Israel. Promovió la invasión de Líbano. Tras ocupar diversas carteras ministeriales y dirigir la oposición, accedió a la jefatura del Gobierno en 2001.

Shultz, George: Secretario de Estado norteamericano distinguido por su animadversión hacia los palestinos y su inclinación por el conservadurismo israelí.

Solana, Javier: Ha desempeñado diversas carteras ministeriales con los Gobiernos socialistas españoles entre 1982 y 1986. Secretario General de la OTAN, 1987-2001. Mister PESC, 2001-¿?

Truman, Harry: Presidente de Estados Unidos, 1945-1953, que apoyó la partición de Palestina y la creación del Estado de Israel.

Thant, Shitu U: Secretario general de la ONU, 1961-1971, durante los años más virulentos del conflicto. Fue nula su habilidad en 1967.

Vance, Cyrus: Secretario de Estado norteamericano con el presidente Carter; trabajó tenazmente en los acuerdos de Camp David.

Weizmann, Ezer: Militar y político israelí; jefe de la Aviación; jefe de operaciones del Estado Mayor, 1967; presidente de Israel.

Weizmann, Chaim: Máxima autoridad sionista entre los años veinte y los cuarenta, tuvo el honor de ser el primer presidente de Israel, 1949-1952.

Yadin, Yigael: Jefe de operaciones del ejército judío en la guerra de 1948 y, para muchos, el auténtico artífice de su victoria militar.

Yassin, Ahmad: Líder espiritual de Hamas, numerosas veces detenido y aún deportado, pero que sorprendentemente ha logrado mantenerse en su residencia de Gaza.

Zinni, Anthony: Diplomático norteamericano enviado al Próximo Oriente como mediador (2002).

NOTA DEL AUTOR

«El problema de Palestina es que, según el versículo I del Libro XII del *Génesis*, Dios se la regaló a Abraham y a su descendencia hace ahora unos cuatro mil años», decía yo en una conferencia del curso de otoño de 1996 del Colegio de Doctores y Licenciados de Madrid. «Eso no parece muy serio; al menos yo no creo en esas cosas», me interpeló uno de los asistentes.

Sin embargo, la cuestión no radica en lo que pueda pensarse a cuatro mil kilómetros de distancia, sino en lo que crean los afectados; el 4 de octubre de 1995 un fanático asesinó al primer ministro de Israel, Yithzak Rabin «porque estaba entregando a los infieles las tierras que Yahvé había donado a Abraham», y no era un caso aislado: cerca del 10% de los judíos aprobaba el magnicidio y, por el mismo motivo, el 40% de la población de Israel se manifestaba en contra de la política del Gobierno de Rabin.

Ese sentimiento de que el Gobierno laborista de Israel estaba dilapidando las tierras donadas por Dios al *pueblo elegido* se materializó nuevamente en las elecciones legislativas de mayo de 1996: el laborista Simon Peres, continuador de la obra que había emprendido junto a Rabin, perdió las elecciones; el discurso electoral del vencedor, Benjamin Netanyahu, consistía en prometer la paralización del proceso de paz y la conservación de los Territorios Ocupados, que hace dos mil años integraban el reino de Salomón y que, por tanto, constituyen parte de las tierras heredadas por los judíos del patriarca Abraham, es decir, son inalienables del sueño del *Gran Israel* alimentado por todo el fundamentalismo judío. Y lo de menos es si existió Abraham o si el reino de Salomón fue poco más

que un villorrio, como parecen demostrar las investigaciones arqueológicas e históricas de las últimas décadas, en las que, por cierto, los investigadores israelíes tienen un papel primordial.

El interés por mantener a toda costa la idea del *Gran Israel*, o parte de ella, se repetiría en las elecciones de 2001, en las que Sharon ganó prometiendo que terminaría con la violencia palestina y con el proceso iniciado en Oslo, conducente a la creación de un Estado palestino que pudiera convivir y desarrollarse junto al Estado de Israel.

El conflicto, en concreto, surge cuando en Palestina se enfrentan dos pueblos, el israelí y el palestino, por poseer las mismas tierras, las mismas casas, la misma agua y por controlar los mismos lugares históricos y religiosos. Ambos pueblos se sienten amparados por la Historia, por el derecho a la propiedad y por las instituciones internacionales. Ambos, también, hablan en nombre del único y verdadero Dios, cada uno del suyo, cuya palabra y mensaje interpretan obviamente a su favor. Israelíes y palestinos tienen en su seno fanáticas minorías integristas y fundamentalistas, cuyo objetivo vital es la reconstrucción, en un caso, del *Gran Israel*, y, en el otro, mantener las tierras del Islam; los judíos dirán *Kidduch Hachem (santificación en nombre de Dios),* los árabes hablarán de la *Yihad (Guerra Santa),* y ambos bandos se sentirán legitimados por su fe para matar, para eliminar a quien les estorbe en la consecución de sus propósitos.

Ese conflicto, por más que se empeñen algunos historiadores, no comenzó en 1948[1], fecha de la creación del Estado de Israel. Para llegar a ese momento sería necesaria la acumulación y coordinación de acontecimientos y actuaciones profundamente imbricadas en la historia del siglo XX. En 1896, Theodor Herzl ponía en marcha el movimiento sionista, que trasformaría la situación de los judíos en Palestina, haciendo pasar su número de menos de 50 000 a 650 000 en medio siglo y sus posesiones de casi la nada a un 30% de algunos distritos. En 1916 tuvo lugar el acuerdo Sykes-Picot, por el que Gran Bretaña y Francia se repartieron el Próximo Oriente, circunstancia sin la cual todo lo que ocurrió después hubiera sido imposible. En 1917 se produjo la Declaración Balfour, que prometía a los judíos un hogar en Palestina; sin ésta, la emigración judía a Palestina no hubiera tenido ni el volumen ni los derechos que conducirían a la partición del territorio treinta años más tarde. En 1919, la comisión King-Crane, organizada en el curso de la Conferencia de Paz de París, desaconsejaba la política Balfour: «Imponer a un pueblo así (los palestinos) una inmigración judía ilimitada, así como presiones financieras y sociales constantes

para que ceda sus tierras, sería una violación flagrante del principio (de autodeterminación) y de los derechos de los pueblos». No se les hizo caso. En 1922 comenzó formalmente el mandato británico en Palestina, cuestión determinante para lo que ocurriría en el cuarto de siglo siguiente en la región. En los años veinte y treinta hubo numerosas y sangrientas revueltas palestinas contra aquella inmigración que les asfixiaba económica y socialmente y que, políticamente, cercenaba sus aspiraciones nacionales. El antisemitismo nazi arrojó fuera del III Reich a la mayoría de su población judía que, en buena parte, se afincó en Palestina. El Holocausto desencadenado por Hitler creó el estado de opinión internacional que propiciaría dos años más tarde la partición de Palestina. Tras la II Guerra Mundial se desató en Palestina una auténtica guerra civil entre judíos y palestinos, en la que las organizaciones secretas Irgun y Stern desarrollaron las tácticas del terrorismo contemporáneo[2]; tal fue la violencia desplegada por todos, fundamentalmente por los más organizados, los judíos, que en 1947 Gran Bretaña renunció al mandato y que las Naciones Unidas encontraron que la mejor idea para terminar con el conflicto era la partición de Palestina, lo que permitiría la creación del Estado de Israel.

Es decir, una larga historia, proseguida con singular intensidad y en la que, desde hace medio siglo, no ha habido un solo año de tregua. Eso ocurre porque esta historia está imbricada en buena parte de los fenómenos políticos, económicos y sociales del último siglo: el reparto de África por el imperialismo de finales del siglo XIX, el sionismo, la descomposición del Imperio otomano, las fronteras trazadas tras la Gran Guerra, el nacimiento de los países árabes, el nazismo y su antisemitismo, la II Guerra Mundial y sus consecuencias, la Guerra Fría, la descolonización de África y Asia, las «guerras» del petróleo, la desaparición del bloque comunista, la cruzada contra el terrorismo organizada por el presidente norteamericano George Bush tras el 11 de septiembre de 2001…

El conflicto de tierras, de intereses, de fronteras, de políticas, de tendencias, de comunicaciones y de religiones ha configurado la cuestión de Próximo Oriente como una de las más complejas, enquistadas e irritantes que ha sufrido el mundo en el último siglo.

Un problema que ha llenado más páginas en la prensa que cualquier otro de índole política en el curso de todo el siglo XX, que ha originado siete guerras en 50 años: la de la fundación del Estado de Israel (1948), la del Sinaí-Suez (1956), la de los Seis Días (1967), la de desgaste en el canal de Suez (1969-1970), la de Septiembre Negro, en Jordania (1970), la del *Yom-Kippur* (1973), la de Líbano (1982). Un

conflicto que ha estado a punto de borrar a un país, Líbano, de la faz de la tierra; que ha convertido en refugiado a un pueblo, el palestino; que ha desatado la batalla terrorista internacional más dura y prolongada que se recuerda; que durante 15 años ha producido más perturbaciones al tráfico aéreo que el resto de los conflictos mundiales unidos…

Un enfrentamiento que, en varios momentos, amenazó con involucrar al resto de la Tierra; que ha desatado una extraordinaria carrera de armamentos durante cuatro décadas; que ha promovido más resoluciones de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad que cualquiera otra en las cerca de seis décadas de vida de la ONU. Un conflicto que ha suscitado más negociaciones, conferencias y mediaciones diplomáticas que, probablemente, ningún otro asunto en la Historia del mundo contemporáneo: armisticios de Chipre (1949), misión negociadora de Gunnar Jarring (1967-1970), plan de paz de William Rogers (1969-1970), «maratón» mediador de Henry Kissinger (1973-1974), Conferencia de Paz de Ginebra (un proyecto, simplemente, que circuló entre 1976 y 1977), Conferencia y Acuerdos de Camp David (1977-1978), Conferencia de Paz de Madrid (1991), seguida por once sesiones negociadoras árabe-israelíes hasta 1993, negociaciones secretas de Oslo (1993), acuerdos palestinos-israelíes de Washington (1993 y 1995), negociaciones palestino-israelíes en Taba, El Cairo, Hebrón, Wye Plantation, Sharm el Sheik, Camp David, Taba… (1993-2001). Seis presidentes norteamericanos se han implicado directamente en la negociación: Nixon, Ford, Carter, Bush, Clinton, Bush jr. Todos visitaron la zona (salvo el último de ellos al cierre de esta edición) y mediaron con escaso o nulo éxito entre Tel Aviv, El Cairo, Ammán y Damasco.

Es formidable que nos estemos refiriendo a un pequeño trozo de tierra en el Mediterráneo Oriental, donde el terreno fértil apenas alcanza los 10 000 kilómetros cuadrados, donde la población era inferior a los dos millones hace cincuenta años y hoy no sobrepasará los nueve y medio. ¿Cómo es posible que este insignificante territorio promueva el conflicto más virulento y prolongado de los últimos tiempos?

Las razones son múltiples y de extraordinario peso. Primero, en esa tierra surgieron dos religiones monoteístas: el judaísmo y el cristianismo, y es un centro religioso de primer orden para el islamismo. La religión implica en el asunto a la tercera parte del género humano, y a la cuarta parte más poderosa. Segundo, esa región se convirtió en una de las claves de la Guerra Fría: el mundo árabe fue durante un cuarto de siglo objetivo prioritario de la Unión Soviética, pues proporcionaba a Moscú las bases imprescindibles para asentarse

en el Mediterráneo (sueño imperial ruso desde el siglo XVIII) y para penetrar en el mundo africano, donde el Islam es, con mucho, la religión más influyente. Frente a ese mundo árabe —en gran parte mimado por la diplomacia, las inversiones económicas y tecnológicas y los suministros de armamento de la URSS— Israel se alzaba como centinela de los intereses de la OTAN y de Estados Unidos. No sólo se había formado allí uno de los ejércitos más potentes de la tierra, sino, también, bases aeronavales interesantes[3], contaba con un servicio de inteligencia excepcional, con el apoyo económico y la simpatía occidentales y explotaba el general sentimiento de culpabilidad o de horror suscitado por el Holocausto.

La tercera razón es que allí confluyen los intereses económicos más importantes del último tercio de siglo: los petrodólares árabes, el mundo judío de las finanzas y los intereses político-estratégicos de la primera potencia mundial, Estados Unidos… junto con el sentimiento de culpa provocado por el Holocausto nazi, que ha proporcionado a Israel innumerables apoyos políticos y fundamentales compensaciones económicas, créditos, inversiones, concesiones tecnológicas, comerciales, culturales, deportivas…

La cuarta, que Israel-Palestina es uno de los enclaves para controlar el mundo del petróleo, primera fuente energética mundial. No hay que olvidar que la guerra del *Yom-Kippur* desencadenó la crisis petrolífera de los años setenta, la de más profundo calado económico del último tercio de siglo. La quinta es que desde ahí se puede controlar el paso entre el Índico y el Mediterráneo, a través del canal de Suez y de las carreteras que llevan desde el puerto israelí de Eilat a los puertos del Mediterráneo. Y del Índico al corazón del mundo árabe a través de las carreteras jordanas que conducen desde el puerto de Aqaba a Ammán, Damasco o Bagdad, sin olvidar las conducciones de petróleo y gas natural, existentes o en proyecto. El libro que tiene en sus manos habla, por tanto, de uno de los lugares donde ha latido el corazón de la tierra en las seis últimas décadas. Está montado sobre el armazón histórico de un libro mío anterior, *El Laberinto de Palestina*, publicado en 1997, del que le distingue el capítulo inicial, que reconstruye la espantosa primavera de 2002, donde se comprime toda la trágica desesperanza que vive la región, los palestinos sobre todo, pero también los israelíes y cómo afecta al resto del mundo. Es también nuevo el capítulo final, que recoge los avatares del proceso de paz durante los gobiernos de Benjamin Netanyahu, Ehud Barak y Ariel Sharon. Se han refundido algunos capítulos de la obra anterior y se ha añadido un centenar de notas, que enriquecen, aclaran, fijan o precisan el contenido del antiguo texto. Se han rectificado cuantos

asuntos han visto modificados sus datos, circunstancias o consecuencias por la abundante bibliografía aparecida en los últimos seis años. Se han tratado de eliminar las erratas de aquella primera edición y se han incluido numerosas obras aparecidas desde entonces y que he podido consultar.

Es un libro de Historia, dentro de lo que cabe en un asunto tan próximo y tan palpitante y, también, es un libro periodístico, nacido al socaire de una década de esperanza y frustración que se inició en Madrid, en otoño de 1991, y parece asfixiada en el otoño de 2002. Este proceso, que ocupa un tercio del libro, tiene tres protagonistas Yithzak Rabin, Simon Peres y Yasser Arafat, hombres de parecida edad, medio siglo contendientes en el campo de batalla, duros negociadores de un acuerdo viable, galardonados con el Premio Nobel de la Paz en 1994 y paulatinamente eliminados por los enemigos de la convivencia: Rabin, asesinado en 1995; Peres, derrotado políticamente en 1996, minimizado dentro del laborismo y reducido a un gabinete de concentración nacional, presidido por Ariel Sharon, en el que, a cambio de escasa influencia, ha perdido la credibilidad que ganó en Oslo; Arafat, acosado y desprestigiado por Israel, despreciado por Estados Unidos, discutido por los propios palestinos, parece en el ocaso de su trayectoria política, salvo que las elecciones de 2003 le hagan resucitar una vez más de sus cenizas, cual ave Fénix de la tragedia palestina. Por eso, los tres aparecerán en breves *flashes* a lo largo de toda esta historia, en la que durante medio siglo han jugado un papel importante hasta alcanzar el protagonismo absoluto.

En aras de las concesiones periodísticas, de la animación y de la comprensión, me he tomado la licencia de reportear mínimamente algunas situaciones, muy pocas, en las que he respetado minuciosamente los datos conocidos. Los textos que van entrecomillados reproducen documentos, discursos, acuerdos o escritos oficiales; los incluidos en letra cursiva, reconstruyen conversaciones, frases o ideas tal como fueron citadas por los medios de comunicación o se emplea para citas bibliográficas.

LA PRIMAVERA DEL HALCÓN

(Marzo-junio, 2002)

«*Simon, los aviones nos están bombardeando… ¿Los oyes, los oyes? Tú me hablas de paz y nos bombardeas… ¡Escucha los misiles! No puedo hablar ahora contigo sobre iniciativas para restaurar la calma con semejante bombardeo… Ya hablaremos en otro momento*». A Yasser Arafat le temblaba la papada de indignación y todos escuchaban sobrecogidos el estrépito de los derrumbamientos y de cristales rotos, mezclados con ruido de los motores de los helicópteros *Apache* que se alejaban tras el ataque. Al otro lado del teléfono se hallaba Simon Peres, ministro israelí de Asuntos Exteriores, que pudo escuchar todo el estruendo, pues el ataque comenzó mientras hablaban. El ministro laborista, indudablemente sorprendido y humillado, sólo pudo replicar: «*Lo siento mucho, voy a hacer todo lo posible para parar inmediatamente el bombardeo*».

Anochecía sobre Ramala. En el cuartel general de Yasser Arafat, presidente de la Autoridad Nacional Palestina (en adelante Autoridad Palestina o ANP), situado en la zona residencial de Muqata, se celebraba una conferencia diplomática. Allí estaba Arafat, asistido por su ministro de Información, Yasser Abed Rabbo y de otros colaboradores, reunidos con el delegado de la Unión Europea, Miguel Ángel Moratinos y su portavoz, Javier Sancho. Apenas se acababan de sentar para analizar la crítica situación que se estaba viviendo en los Territorios Ocupados, en cuya zona de Gaza esa misma mañana habían muerto siete palestinos y dos israelíes, cuando llegaron los helicópteros y dispararon una salva de misiles contra los edificios de

la ANP, uno de los cuales alcanzó un despacho situado a unos 20 metros de la sala de reuniones.

—«*¡Estamos vivos de milagro!*» —comentó Javier Sancho a los periodistas— tras abandonar las oficinas de la ANP Aproximadamente a la misma hora, Yasser Abed Rabbo valoraba políticamente lo ocurrido: «*Este ataque supone un absoluto desprecio de cuanto el Gobierno israelí ha firmado con nosotros, además de una violación de la inmunidad diplomática*».

Efectivamente, el Ejército israelí vigilaba desde diciembre los edificios gubernamentales de la ANP, ante los que se mostraba ostentosa la presencia de poderosos carros de combate *Merkava*; sus soldados controlaban entradas y salidas y sus servicios de escucha —como podría comprobar semanas después el propio presidente del Gobierno español, José María Aznar— tenían pinchados e interceptados todos los teléfonos. Por tanto, aquel ataque hubo de contar con el consentimiento expreso del primer ministro, Ariel Sharon, que esa misma tarde había sido presionado por su ultraderecha para que impidiera las visitas diplomáticas a Yasser Arafat. Un portavoz del Ejército israelí lo aclaró aún más: «Sólo se trata de una presión contra Arafat para que termine con el terrorismo». Es decir, el ataque se había efectuado porque los diplomáticos de la UE se estaban entrevistando con Arafat y otros colaboradores suyos. Y los cohetes habían alcanzado los blancos elegidos con el claro objetivo de causar cierta destrucción, ruido y miedo, además de advertir a Arafat de que estaba en el punto de mira de las armas israelíes. Pero había más cosas: Sharon despreciaba el papel de la UE en el conflicto, por lo que se burlaba de sus diplomáticos, proporcionándoles un susto de muerte, y demostraba que no se pararía en barras, pues era capaz de transgredir todas las normas y usos diplomáticos internacionales. Al tiempo, mostraba que no reconocía lo firmado en y a partir de Oslo; por tanto, atacaba sin titubeos a una ANP que, para él, era pura ficción.

Y había, asimismo, una toma de postura interna: Sharon sabía perfectamente que en aquellos momentos Arafat y Peres mantenían una conversación telefónica y decidió cortarla, enviando a su ministro de Exteriores y miembro laborista de su coalición, Simon Peres, un mensaje de este tenor: *aquí se habla cuando yo lo autorizo y se dice lo que yo quiero*. Otro ministro de la coalición, Benjamin ben Eliezer[4], encargado de la cartera de Defensa, ya había recibido un trato similar cuando le obligó a revocar sus órdenes de repliegue de algunas fuerzas que habían penetrado en los territorios de la ANP «Las órdenes las doy yo». Tan claro mensaje se corroboraría en las semanas siguientes: Ben

Eliezer fue convertido en una figura decorativa, mientras que al frente de todas las decisiones militares —incluyendo sus apariciones públicas — figuraban el primer ministro Sharon y su jefe de Estado Mayor, Saul Mofaz.

Ése era el clima de violencia y de degradación política a que se había llegado a comienzos de marzo de 2002. La contabilidad de la ONU sobre lo ocurrido desde el comienzo de la segunda *intifada*, a partir del 29 de septiembre de 2000, arrojaba el saldo de 1169 personas muertas (aproximadamente, 4 palestinos por cada israelí) y de no menos de 20 000 heridos (en una proporción de 20 a 1). En los últimos meses había aumentado exponencialmente el terrorismo palestino del hombre/mujer-bomba: desde que, en 1993, se registró el primer caso hasta marzo de 2002, un centenar de bombas humanas había ensangrentado las calles de Israel, la mitad de ellas en el primer año de gobierno de Ariel Sharon. Éste, vencedor en las elecciones de febrero de 2001 con la promesa básica de erradicar el terrorismo, no veía otro sistema para lograrlo que unas represalias progresivamente más contundentes[5], haciendo intervenir al Ejército con todos sus medios de combate, suscitando incluso las críticas dentro de su propio país y entre sus aliados internacionales. Simon Peres le dijo en plena sesión parlamentaria: «Israel no tiene el derecho moral de expulsar y oprimir a los palestinos (…) Es preocupante la imagen que estamos dando al mundo de que somos un país problemático y sin solución (…) Estoy a favor de un año de diálogo con los palestinos y no de un año más de enfrentamientos». ¡Extraordinaria paradoja! Un país democrático, capaz de todas las brutalidades, pero que, a la vez, funciona internamente con una extraordinaria capacidad de autocrítica[6].

Al comenzar marzo de 2002 las esperanzas de paz estaban agostadas. No se había dado un paso adelante desde las negociaciones de Taba, desesperado y tardío esfuerzo de Ehud Barak por salvar la jefatura del Gobierno. Teóricamente, lo impedía el terrorismo palestino —jamás las autoridades israelíes han aceptado que sus actuaciones pudieran ser terroristas— pero la realidad era que Sharon había manifestado reiteradamente su rechazo a los acuerdos de Oslo y, por tanto, trataba de impedir toda negociación en ese ámbito. Como mal menor, parecía dispuesto a permitir un Estado palestino sin fronteras, sin ejército, sin diplomacia, sin Jerusalén, sin devolver los asentamientos donde vivían unos 400 000 israelíes y sin permitir el retorno de los refugiados. Y mientras no hubiera una dócil jefatura palestina, no se iniciaría negociación seria alguna; por eso necesitaba eliminar políticamente a Arafat y, por eso, impuso una condición, imposible de cumplir, para sentarse a hablar. Eso determinaba que el Gobierno israelí, al socaire

de su derecho a defenderse del terrorismo —universalizado tras los atentados del 11 de septiembre— empleara todo tipo de acciones para someter a los palestinos[7] y éstos replicaran con la *intifada*, en el caso de la Autoridad Nacional Palestina; con el ciego terrorismo de la bomba humana, preferido por las organizaciones islamistas, como Hamas o Yihad Islámica; o con los ataques contra soldados y colonos, especialidad de grupos como Tanzim o Mártires de Al Aqsa[8], cuya aspiración única parecía la venganza contra los excesos israelíes.

El plante de los centuriones

Como consecuencia del exponencial incremento del uso de su fuerza militar, al final del invierno comenzó a ocurrir en Israel algo perturbador para una sociedad formada en el mito de «el arado y el fusil» y de medio siglo de victorias militares: las graves disensiones dentro del Ejército. Se hicieron públicos varios documentos firmados por oficiales y jefes de las fuerzas de reserva, espina dorsal del Ejército israelí[9]. Unos, conocidos como *refuseniks*, se oponían a participar en operaciones militares en los Territorios Ocupados (con medio millar de firmantes en abril, cuarenta de ellos encarcelados); Amit Bartzedec fue uno de los pocos que se atrevió a hablar a los periodistas: *«La ley califica como crímenes de guerra lo que está haciendo Israel en los territorios palestinos (…) Pero, a causa del terrible recuerdo del Holocausto, la única imagen que los israelíes tienen de los crímenes de guerra son las cámaras de gas del genocidio y, por tanto, muchos argumentan: "Aquí no hay nazis, porque en Israel no hay cámaras de gas". Esto es evidente, pero lo que está pasando no parece mejor que lo que hicieron los nazis».* Otros, encuadrados en el *Comité para la Paz y Seguridad de Israel*, exigían la retirada unilateral de dichos territorios, la proclamación del Estado Palestino y las negociaciones de paz con o sin alto el fuego (contaban con dos millares de firmas en mayo). «*No somos pacifistas. Creemos que el Estado de Israel debe tener un ejército para defenderse, pero no queremos que nos lleven a La Haya para ser juzgados por lo que está pasando en los territorios palestinos*», declaraba a la prensa uno de sus portavoces.

Entre los reclutas también surgieron problemas. En sus filas ha habido siempre objetores de conciencia, como en los demás ejércitos de la tierra, pero allí son menos, pues la no prestación del servicio militar marca socialmente de por vida al objetor, incluso en asuntos tan básicos como el empleo; con todo, su número creció en la primavera de 2002, apareciendo algunos casos en los periódicos, como el de un joven trompetista que fue a la cárcel por negarse a servir en filas, ya que «*como judío, no podía ocupar otro pueblo y, como ser humano, no podía participar en un crimen de guerra*». Aunque el dato es

incomprobable, porque las fuentes militares se niegan a comentarlo, en varios periódicos apareció la cifra de 80 reclutas encarcelados en la primavera de 2002 por negarse a prestar su servicio en los Territorios Ocupados. Tan preocupantes eran sus razones que llegó a intervenir ante las cámaras de la televisión israelí el almirante Ami Ayalon, jefe del *Shin Bet* (policía secreta), para puntualizar que había casos en los que los soldados podían negarse a cumplir *«órdenes ilegales (…), pero muy pocos soldados se rebelan. Por ejemplo, es ilegal disparar sobre un joven desarmado y yo estoy profundamente dolorido ante la cantidad de niños palestinos muertos en los últimos meses».*

Parte de la intelectualidad entendía el rechazo militar. El gran historiador israelí Zeev Sterhell[10] escribía: «*Estos oficiales y soldados no están luchando por un cambio en la política y serán los primeros en alistarse para defender Israel. Simplemente, son incapaces de ver morir a un recién nacido en un taxi porque su madre, parturienta, no puede llegar a tiempo al hospital o a un tanque aplastando a una ambulancia. No tienen miedo por sus vidas, ya que hoy en día es más peligroso ir a un restaurante en una ciudad que mandar una unidad blindada; simplemente no están preparados para comprometerse en la opresión de una población ocupada*». Al respecto, a comienzos de abril, apareció en la prensa el relato de la atroz experiencia de Tal Belo, suboficial de una división blindada. Comienza describiendo una noche de permiso en la que otro soldado, amigo suyo, llamado Daniel, su novia Tali y él estaban sentados «bebiendo *Johnny Walker*, escuchando a los *Doors* y fumando hachís». Entonces, cuando Daniel y Tali empiezan a besarse, Tal Belo reflexiona sobre hechos recientes: «*Pensé que Daniel era una víctima de la vida… La semana pasada, durante la manifestación cerca de la mezquita Verde, Daniel disparó accidentalmente contra la multitud y mató a una mujer de Gaza que estaba embarazada. Yo corrí hacia ella para intentar ayudarla, pero estaba muriéndose. Me miró con tristeza, con lágrimas en los ojos. Tenía un vientre de cinco meses y supe que había perdido el niño*». Daniel quedó destrozado y Tal Belo, lleno de amargura. *«Nos han enseñado a disparar los fusiles, preparar emboscadas, saltar desde un avión, llevar nuestro material, correr, caernos, seguir corriendo. Se han olvidado de enseñarnos a hablar, llorar, perdonarnos». Daniel miró a Tali, le dio otro beso y dijo que se iba un momento a hacer pis. Le pregunté si quería que le acompañase. «No* —me dijo— *quédate aquí y cuida a Tali por mí. Me quedé con Tali. Al cabo de un minuto oímos un disparo*[11]».

Evidentemente, estas posturas, opiniones y relatos eran conocidos por la mayoría de la población israelí y de los judíos del mundo entero, suscitando apoyo o, fundamentalmente, rechazo. Las manifestaciones

contra la política de Sharon y en favor de la retirada de los Territorios Ocupados y de la creación de un Estado palestino, que en Israel o en Estados Unidos congregaron a muchos millares de manifestantes, fueron respondidas por otras más numerosas que exigían una represión aún más fuerte[12]. A finales de abril, se manifestaban en Jerusalén dos centenares de reservistas de Yes Guul, organización que pide el abandono incondicional de los Territorios Ocupados; sus pancartas decían: «*Israel, fuera de los territorios*». Caminaban rodeados por fuerzas de seguridad y acosados por el griterío de un grupo de ultraortodoxos, cuya consigna rezaba: «*Sin árabes no habría terrorismo*». La manifestación más importante, convocada por el *Meretz* (ala izquierdista del laborismo), *Paz Ahora, Hay un Límite, Las Mujeres de Negro de Israel*, árabe-israelíes e izquierdistas en general, reunió en Tel Aviv, el sábado 11 de mayo, a unas 100 000 personas, que desfilaron pacíficamente bajo el lema «*Por la salvación de Israel, retirémonos de los territorios palestinos*». Al día siguiente recorría los mismos lugares una manifestación de signo contrario, y aún más numerosa, exigiendo más mano dura.

Con todo, la parte minoritaria y contestataria respecto a la política del Gobierno se sentía respaldada internacionalmente. La desaprobación del recurso de la violencia llegaba a Tel Aviv por todos los conductos y desde todos los puntos cardinales; incluso desde su primer e incondicional aliado: *«Sharon debería revisar la política que lleva y ver si funciona (…) Si declara la guerra a los palestinos y cree que puede resolver el problema contando a los que ha matado, se equivoca. Eso no conduce a una solución»,* afirmaba el secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, la voz más respetada internacionalmente del Gobierno del presidente George W. Bush.

Un país muy dividido

Si el capítulo de la seguridad, piedra angular del proyecto de gobierno de Sharon, se saldaba en ese primer año con un rotundo fracaso, no era más positiva su gestión en lo que había sido el rubro prioritario de la política israelí desde 1993: la solución del conflicto palestino, según la línea trazada en Oslo y en sucesivos acuerdos, que debería culminar con la proclamación del Estado palestino, la devolución de los Territorios Ocupados, el reparto de Jerusalén, la solución del problema de los refugiados y el traspaso de competencias. El nulo avance no era, contra cuanto pudiera argumentar el Gobierno israelí, una consecuencia del terrorismo, sino probablemente lo contrario. Sharon consideraba que los Acuerdos de Oslo eran *lo peor que jamás hubiera podido firmar Israel* y, por tanto, se había dedicado a boicotearlos sistemáticamente, socavando al Gobierno Barak desde los

bancos de la oposición; soliviantando a los palestinos de forma determinante el 28 de septiembre de 2000, paseando con ostentación de fuerzas por la Explanada de las Mezquitas y, desde su acceso al poder, condicionando toda negociación a plazos de alto el fuego que nunca se habían cumplido, porque dejaba el arbitrio de la paz en manos de los violentos de uno y otro lado.

Concretando más esto último, el monopolio casi absoluto de la violencia era, por parte palestina, la actuación de los hombres-bomba, manejados por las organizaciones islamistas; pero, por parte israelí, corría a cargo del propio Gobierno: a partir del verano de 2001, en palabras del periodista judío Yacov Ben Efrat, «Israel comenzó a utilizar métodos hasta entonces no empleados, incluyendo carros de combate y aviones, indiferente ante las bajas civiles que pudiera ocasionar. Incrementó también el ritmo de los asesinatos de líderes locales. El mensaje que transmitía a la ANP era nítido: 'Si no cumplís vuestra misión y mantenéis el orden, nosotros lo haremos por vosotros con los medios que juzguemos apropiados'. Esa actuación socavó el prestigio de la ANP, aumentando el caos en los Territorios Ocupados, que, paulatinamente, fueron quedando bajo la influencia de bandas armadas fuera del control de la ANP». (*Challege*, n.º 73, mayo-junio 2002).

Contribuían a mantener la fortaleza negativa de Sharon las iniciativas norteamericanas para reanudar las conversaciones de paz: *Informe Mitchell* y *Plan Tenet*. El exsenador norteamericano George Mitchell presidió en 2000-2001 una comisión internacional que elaboró un Informe para alcanzar la paz; dos meses después, el presidente de la CIA, George Tenet, durante uno de los encuentros que mantuvo con representantes israelíes, diseñó un proyecto para llegar a los niveles de confianza mutua y pacificación necesarios para poder hablar de paz. En el último capítulo se trata más explícitamente de ambos y de sus nulos resultados.

Estos postulados para la paz aún serían modificados en marzo de 2002 por el mediador norteamericano, Anthony Zinni, enviado a la zona el 14 de marzo de 2002, en medio de la crisis que agravaba el conflicto. Sus propuestas no gustaron a los palestinos porque añadían nuevas condiciones al *Plan Tenet*, que no había logrado avance alguno.

En cualquier caso, estos proyectos no conducían a la solución negociada del conflicto, pero contribuían a esterilizar toda opción pacificadora: los norteamericanos desarrollaban su monopolio negociador y Sharon, en comunicación directa con el presidente Bush, se permitía rechazar cuanto no le interesara. Lo mismo que el terrorismo de Estado se etiquetaba como *derecho a la defensa* frente al

hombre-bomba, las negativas de Sharon se presentaban como *justificables*, mientras que las de Arafat resultaban *intolerables*.

Por tanto, llevando la cuestión al absurdo, en ese aspecto Sharon estaba logrando un gran éxito: Oslo estaba a punto de pasar al libro de los planes definitivamente fracasados. El propósito de Sharon era diáfano y en el otoño de 2001 encontró una fórmula mágica, una panacea, que empleaba en todos los ámbitos y ante todos sus interlocutores: «La Autoridad Palestina ha organizado una coalición terrorista»; Yasser Arafat es «cómplice de los terroristas», está «rodeado de terroristas», es el «jefe del terrorismo». Al socaire de los atentados del 11 de septiembre, cada vez que se mencionaban las palabras paz, negociación o acuerdos, Sharon replicaba acusando de terroristas a los palestinos. En Israel se acuñó la frase: «Arafat es nuestro Bin Laden» y por sus calles proliferaron los carteles en los que ambos personajes figuraban juntos, bajo la leyenda: «Los gemelos».

Esta táctica, mantenida con todo el inmenso tesón de que es capaz el primer ministro israelí, sepultaba las esperanzas suscitadas por los Acuerdos de Oslo, pero ni solucionaba el primer problema del país ni otros de importancia creciente: la atomización de su propia sociedad, enfrentada en múltiples campos; por ejemplo, frente a los palestinos, era palpable la resurrección de organizaciones que, como *Paz Ahora*, parecían extinguidas u otras nuevas, nacidas para defender los derechos humanos, la concordia con los palestinos o la paz a ultranza[13]. También funcionaba la *Coalición por la Paz*, encabezada por el exministro y diputado laborista Yossi Beilin, que contaba con el respaldo de unos 20 diputados del Laborismo, del *Meretz*, del *Nuevo Partido Ruso* y de algunos árabes, a los que se unieron intelectuales y respetables figuras históricas de la política o la milicia y palestinos significados, como Abed Rabbo y algunos diputados[14] o las *Mujeres de Negro de Israel*, que llevan años manifestándose pacíficamente, pidiendo la paz mediante la devolución de los territorios palestinos.

Se les oponían los integristas del Gran Israel, los fanáticos del movimiento colono y buena parte de los emigrantes de la última hornada —rusos, fundamentalmente— a los que la devolución de los territorios les privaría de sus expectativas de casa, trabajo, etcétera. Pero existían otros campos de confrontación interna; la mayoría de los israelíes de origen ruso no está integrada: son un millón (cerca del 20% de Israel) y entre ellos se registra el mayor índice de paro y marginalidad; tienen emisoras de televisión y radio en ruso y en ese idioma celebran sus asambleas los partidos que han generado. Están suscitando, además, una fuerte polémica interna: ¿son verdaderamente judíos? Eso deberían determinarlo los rabinos, pero

en este caso fue una imposición política y los religiosos opinan que, en gran parte, ni son ni se sienten judíos.

No es problema menor el de los ultrarreligiosos, las gentes de *Agudat Israel* y de otras organizaciones, que gozan de grandes prebendas en cuanto a educación e impuestos y no participan en la defensa, asunto de mayor cuantía en un país donde un hombre sirve en el ejército cinco años largos (36 meses de servicio militar y el resto como reservista). Estos integristas beneficiados suponen cerca de un 20% de la población, lo cual constituye un importante agravio comparativo que, a efectos impositivos y militares, sufren los demás israelíes, quienes les acusan de *parasitismo*. Pero su situación aún resulta más irritante para los menos religiosos, cuando estos integristas encaman uno de los elementos más desestabilizadores que padece Israel, tanto a escala política como social: se vertebran en numerosos grupos políticos —el *Shas* es uno de los más importantes e influyentes, su cooperación es casi imprescindible para cualquier Gobierno— que colaboran con el poder mientras mantienen sus intereses y prebendas, pero lo abandonan en cuanto disienten de la política del ejecutivo.

Sharon tuvo que soportarles en una de las crisis más duras de su primer año y medio de gobierno. La costosa campaña militar sostenida a lo largo del mes de abril, con sus ribetes anteriores y posteriores, afectó gravemente al presupuesto israelí. Una de las soluciones propuestas para salvar la situación fue el Plan Económico de Austeridad, que recortaba, entre otros gastos, las ayudas a las familias numerosas y las subvenciones estatales a las guarderías, escuelas, centros asistenciales y hospitales administrados por los partidos religiosos. Sharon sabía que su aprobación le iba a suponer graves quebraderos de cabeza, pues en su coalición de Gobierno participaban el *Shas* (17 diputados), la *Unidad de la Torah* (cinco diputados) y el *Partido Nacional Religioso* (cinco diputados). Si perdía su apoyo se quedaría en minoría y estaría a merced de la primera moción de censura que se presentase en el Parlamento. Con todo, se arriesgó y comenzó ocurriendo lo previsible: su plan fue rechazado el 20 de mayo, en primera lectura, por 47 contra 44 votos (de los 120 diputados en la *Knesset*, 29 estaban ausentes o se abstuvieron).

El primer ministro aceptó el desafío y el día 21 destituyó a los cinco ministros que el Shas tenía en su gabinete y a los cinco viceministros de *Unidad de la Torah*, las dos formaciones que habían osado votar contra su Plan en el Parlamento. El 22 de mayo el proyecto llegó, en segunda lectura, a la Cámara y fue aprobado por 65 votos a favor y 26 abstenciones. Las dos formaciones castigadas, sin opción alguna de victoria, optaron por ausentarse, quizá para hacerse perdonar la

infidelidad anterior.
Socialmente, estos integristas constituyen una pesadilla para los no creyentes, pues, aparte de paralizar todas las actividades del país durante el *sabbath* —incluyendo los vuelos de *El-Al*—, les reprochan la no observancia del descanso sabático, llegando a apedrear, desde los puentes de las autopistas, a los automóviles que circulan en sábado, o a causar molestias el día de descanso a los jóvenes que frecuentan *pubs* o discotecas —hasta llegar a altercados graves y cierres de locales—. Y disponen de un buen mecanismo de reclutamiento: su función asistencial y social (escuelas, hospitales, beneficencia…).

Ciudadanos de segunda

Preocupante es, también a escala interna, la situación de los árabe-israelíes, un millón en cifras redondas, privados de ciertos derechos civiles —no se les admite en el servicio militar, salvo a los beduinos, lo cual constituye un gran lastre laboral— y siempre bajo sospecha de constituir la «quinta columna» de los intereses palestinos. En esa época era especialmente desairada su existencia, pues su repudio a Barak, originado por la represión de la *intifada* de las Mezquitas[15], les alejó de las urnas, haciéndole el juego indirectamente a Sharon. Es decir: eran parcialmente responsables de la llegada al poder del hombre que cercenaba sus esperanzas de paz, de un acérrimo enemigo de la creación de un Estado palestino y del retorno de refugiados.
El fracaso del proceso de paz terminaba, asimismo, con sus remotas esperanzas de ser aceptados como ciudadanos de pleno derecho de Israel, de ocupar cargos oficiales y ministeriales, y del cese de la pertinaz desconfianza. Por el contrario, la oleada de atentados terroristas palestinos les hacía particularmente sospechosos a los ojos de sus compatriotas israelíes, muchos de los cuales les señalaban como cómplices de las bombas humanas que, a un ritmo de diez al mes, habían convertido en una pesadilla la vida de los israelíes[16]. Todo ello provocó en ese importante segmento de la vida de Israel una profunda frustración, cuando no una radicalización hacia posiciones integristas[17].
Y al preocupante y complejo panorama de la sociedad israelí —de índole étnica, religiosa o política— debía añadirse el económico. Israel, un país con una renta per cápita en torno a los 18 000 dólares, ostentaba un récord negativo: nunca nadie tan rico vivió peor. Los impuestos —con un bocado de león para los presupuestos militares— exprimían a todos. La desigualdad social original entre askenazis y sefardíes seguía presente, pero a las bolsas de pobreza, de las que tampoco había salido la generalidad de los árabe-israelíes, se habían añadido en los años noventa los inmigrantes judíos de la última época:

falashas y rusos. El problema no era nuevo, pero se había agudizado a causa de la pérdida de horas laborales de los reservistas llamados a filas, de la huelga organizada por los árabe-israelíes, de la oleada de protestas civiles, del caos de los controles, de la ausencia de turistas en los Santos Lugares, de la pérdida del mercado de los palestinos, del incremento de los gastos militares[18]…. Todo eso incidía en el desplome de la popularidad del primer ministro, cuya labor de gobierno era repudiada, según una encuesta de comienzos de marzo de 2002, por el 72% de sus conciudadanos, mientras que el 47% deseaba la convocatoria de nuevas elecciones.

Arafat, en el punto de mira

Ésa era, en suma, la situación en Israel el día en que Sharon decidió atacar el cuartel general de Arafat, cuando éste estudiaba la situación política con el represente de la UE, Miguel Ángel Moratinos. Pero si mala era la vida de los israelíes, la de los palestinos de los Territorios Ocupados era infinitamente peor[19]. Desde el punto de vista político, sufrían una decepción general. Muchos se habían ilusionado con los Acuerdos de Oslo, pero a esas alturas ya nadie esperaba nada. No solamente la negociación estaba paralizada y condenada a la esterilidad por la política de Sharon, sino que la propia ANP se debatía en la inoperancia, la ambigüedad política y la inmoralidad administrativa.

¿Qué hacía Arafat, su equipo gubernamental y el Parlamento palestino para sacar adelante las negociaciones? Esperar. Quizá nada más podían hacer, salvo enviar quejas y ruegos a europeos y árabes, los únicos dispuestos a escucharles. ¿Qué hacían respecto a la administración de los territorios devueltos por Israel? Poco, según la mayoría de los palestinos. El problema consistía en que los territorios bajo su autoridad plena (zona A) no llegaban al 18% de Cisjordania y el 60% de los de Gaza; bajo autoridad conjunta (zona B), convivía el 24% de Cisjordania; y en poder israelí (zona C) permanecían el 59% de Cisjordania y el 40% de Gaza; en esos territorios se levantaban 144 asentamientos con unos 214 000 colonos, cifra que duplicaba la existente antes de Oslo[20]. Es decir, Israel había incrementado el número de los colonos y devuelto a la ANP unas tierras, pocas y dispersas, junto a las que le transfirió el grueso de la población palestina, tanto la asentada en sus propiedades como la radicada en campamentos de refugiados que funcionaban desde 1948. Esa situación provocaba una serie de fenómenos negativos: superpoblación, falta de infraestructuras, desempleo, inseguridad. Arafat debía ampliar sus cuerpos policiales para hacerse cargo, según exigía Israel, de una seguridad cada vez más difícil de sostener, con

una doble consecuencia: elevado coste y creciente impopularidad, pues la ANP, de hecho, se estaba convirtiendo en el primer escalón de la seguridad israelí. Así, mientras el Gobierno de Sharon acusaba a Arafat de patrocinar el terrorismo o, al menos, de tolerarlo, los radicales palestinos le calificaban de *cómplice de Israel* y asaltaban las cárceles, provocando graves alteraciones de orden público.

El malestar social había crecido exponencialmente con la *intifada* de la Explanada de las Mezquitas y con la política de mano dura de Sharon. Los cierres fronterizos de Israel se habían hecho casi permanentes, con lo que los 150 000 empleos que los palestinos desempeñaban allí antes de Oslo se redujeron a una tercera parte, importando Tel Aviv mano de obra asiática. En los Territorios Ocupados de Cisjordania, la tasa de desempleo ascendía al 25%; en Gaza, al 40%[21].

Los recursos económicos de los Territorios Ocupados eran muy escasos: cierta agricultura, alguna artesanía, un modesto sector servicios. La mayoría de los ingresos procedía de las subvenciones de la UNWRA a los refugiados y, sobre todo de los empleos burocráticos y policiales que proporcionaba la ANP, con lo que la compra de voluntades y todas las corruptelas tenían expeditos los caminos[22]. Siendo esto verdad, conviene matizar que, en las presiones occidentales para que se efectúen una depuración administrativa y una necesaria democratización política, hay mucho de hipocresía, pues las inmoralidades de la ANP no son superiores a las de los países de la zona y, además, debe valorarse la situación límite en que se la obliga a moverse. La arabista Gema Martín Muñoz lo ponía de manifiesto: «*Según el informe del Banco Mundial, nada sospechoso de partidista, el nivel de corrupción de la Autoridad Palestina, lejos de lo que indica la sobredimensión que se le ha dado al tema, es mucho menor que el de los países vecinos, que, sin embargo, los representantes de Occidente protegen con un silencio cómplice e, incluso, que el de algunos países desarrollados*[23]». La decepción, la desesperación, eran generales, tanto que quien podía, fundamentalmente la clase media con formación intelectual o profesional, emigraba en busca de mejores horizontes. Sólo en 2001 se marcharon 150 000 personas, según datos de Jeff Halper, antropólogo israelí de la Universidad Ben-Gurion.

La hora terrorista

Asimismo, el fracaso político, la crisis económica, las acusaciones de corrupción, la denuncia de que la policía de la ANP trabajaba para Israel[24], fueron empujando a muchos palestinos hacia los círculos integristas, cuyo mensaje era de este tenor: «Arafat ha fracasado por negociar con Israel, que se burla de él y que está dispuesto a perpetuarse en los Territorios Ocupados; los israelíes sólo entienden el

mensaje de la fuerza; por ejemplo, en Líbano, Hezbolá ha combatido hasta echarles de allí». Este discurso llegaba con facilidad a los millares de desheredados, desesperanzados, parados, hambrientos, humillados… y era respaldado por la fuerte labor social y asistencial de Hamas, que recibía dinero del integrismo musulmán e, incluso, según parece, de los países contrarios al talante negociador de Arafat. Los hechos parecían darles la razón, sobre todo, a partir del otoño de 2001, con el progresivo incremento de las operaciones israelíes de castigo contra los territorios de la ANP que mostraron todo su descaro cuando, en diciembre, apostaron carros de combate ante la residencia de Arafat, condenándole a reclusión en Ramala. «*Hasta ahora, Hamas ha sido parte del movimiento palestino; un año más de intifada y será el movimiento palestino*», escribía el notable periodista palestino Khalil Shikaki. En efecto, el prestigio de los integristas subió exponencialmente en el último trimestre de 2001 y en el primero de 2002: mientras los israelíes humillaban a Arafat inmovilizándole en Ramala, mientras éste trataba de congraciarse con Tel Aviv y Washington deteniendo a los extremistas que se le indicaban[25] o mientras hacía el ridículo con actuaciones como la del *Karim-A*, el barco cargado de armas presuntamente destinadas a la ANP[26], Hamas aterrorizaba a los israelíes con sus ataques a los asentamientos de los Territorios Ocupados y, sobre todo, con sus personas-bomba, táctica que el 28 de enero registraba una novedad: portaba los explosivos que causaron un muerto y más de un centenar de heridos, Wafa Idris, una enfermera de 27 años. No fue una excepción; el 29 de marzo, Ayat Ahras, una estudiante de químicas de la Universidad An Naja, de Nablús, se autoinmoló ante un supermercado de Jerusalén. En adelante, la policía israelí debería vigilar, también, a las mujeres, pues las terroristas suicidas reiterarían su acción en los meses siguientes. Es decir, Arafat perdía peso específico y los radicales palestinos le acusaban de claudicante[27], de colaborador, de corrupto y de inútil. En su propósito desestabilizador del presidente de la ANP le hacían el juego al Gobierno israelí, que reiteraba contra él sus acusaciones de cómplice de los asesinos y proponía a Washington su sustitución por otro dirigente palestino, presentando para ello cuatro nombres: Abu Ala, Abu Mazen, Mohamed Dahlan y Jibril Rajub.

Estas iniciativas, unidas a las acusaciones de unos y otros, suscitaban entre los palestinos la desconfianza, la división y el desconcierto. La descomposición interna era tal que una de las preocupaciones fundamentales de los palestinos fue la «quinta columna», los palestinos que colaboraban con Israel, por dinero o por coacción. Ya a comienzos de año, Hamas asesinó a cuatro soldados árabe-israelíes[28] y en

febrero hubo graves disturbios en Ramala, entre cristianos y musulmanes. El día 5 de ese mes, una turba enloquecida asaltó el tribunal de Jenin y arrancó de las manos de sus guardianes a tres convictos del asesinato de un oficial de la seguridad y los lincharon en la calle. Los asaltos a cárceles y tribunales, buscando a colaboradores, especialmente odiados por suponerles informadores de los servicios secretos de Israel encargados de los asesinatos selectivos[29], se sucedieron. Mientras el mundo asistía horrorizado a los salvajes linchamientos, comandos israelíes asaltaban las cárceles palestinas tratando de poner a salvo a sus informadores y en ese clima de terror y caos Arafat vivía las horas más bajas de su popularidad como líder y sólo el inequívoco apoyo europeo a su presidencia impedía su desplome. A sostenerle acudió indirectamente Ariel Sharon, con una de las declaraciones más brutales pronunciadas en el mundo contemporáneo por un jefe de Gobierno: «Lamento no haber liquidado a Arafat cuando tuvimos la ocasión en 1982, en Beirut». La respuesta de la UE fue «rechazar y deplorar tales declaraciones», (Josep Piqué) y «reiterar el apoyo a la Autoridad Palestina y a su presidente, Yasser Arafat», (Consejo de Asuntos generales de la UE). Washington, aunque trató de quitar hierro al asunto, se negó a cambiar de interlocutor palestino.

Esperanzas de paz, días de guerra

Y mientras no transcurría un día sin atentado o sin represalia o sin asesinato selectivo, o sin declaración de buena voluntad europea, o sin infructuosas propuestas de paz, se produjo la inesperada iniciativa saudí, formulada por el príncipe heredero Abdalá ibn Abdelaziz. Un plan sorprendente por su sencillez y, sobre todo, porque su promotor disponía de la autoridad y los medios para imponerla a uno de los bandos implicados: retirada israelí de los Territorios Ocupados a cambio del reconocimiento de todos los países árabes. La propuesta discretamente debatida en todas las cancillerías árabes y expuesta por su promotor al más activo de los mediadores internacionales en la crisis, el representante diplomático de la UE, Javier Solana, no pudo ser rechazada oficialmente por el Gobierno de Sharon, aunque la contemplara justamente como la mayor amenaza para sus propósitos de manejar la cuestión de acuerdo con sus intereses.

La propuesta, madurada y consensuada, fue oficialmente expuesta por el heredero saudí en la cumbre de la Liga Árabe reunida en Beirut los días 27 y 28 de marzo. Se trataba de que todos los países árabes reconocieran y estableciesen relaciones diplomáticas con Israel y de que garantizasen su seguridad y la inviolabilidad de su territorio. Como contrapartida, Israel cumpliría las resoluciones 242 y 338 de la

ONU, regresando a las fronteras anteriores a la guerra del 5 de jumo de 1967, es decir, evacuando El Golán sirio, la Cisjordania ocupada, la Ciudad Vieja de Jerusalén y la Franja de Gaza.
Dicho así, parecía tan esperanzador como difícil de realizar. Hubiera satisfecho casi al completo las aspiraciones de los padres del Estado de Israel ante la partición del territorio palestino en 1947. Entonces, los árabes reaccionaron con la guerra, tratando de evitar la arbitraria decisión internacional, y carecieron de la perspectiva política de que, dadas las circunstancias internacionales, aquél era el mal menor. Lo que proponía en esencia el plan saudí era el retorno a la situación política del 29 de noviembre de 1947 y a la situación fronteriza de la madrugada del 5 de junio de 1967. El problema era peliagudo para ambas partes. Israel debería evacuar centenar y medio de asentamientos, con 400 000 colonos —o negociar intercambios territoriales—; devolver parte de la Ciudad Vieja de Jerusalén; compartir el agua de la región; olvidarse del sueño bíblico del Gran Israel y renunciar a la Tierra Prometida por Yahvé a Abraham. A cambio, el universal reconocimiento árabe, las relaciones diplomáticas y comerciales plenas, el fin de la inseguridad, la normalización de los presupuestos y de las prestaciones militares. En fin, una promesa de fin de la violencia y de prosperidad. Con la mente fría, es seguro que unos y otros hubieran optado por el plan saudí, pero en ese contencioso existen demasiados condicionamientos viscerales como para que se pueda mantener un criterio de ecuanimidad. En cabeza, el integrismo religioso. Los ultras israelíes preferirán morir y matar antes que renunciar a la promesa; en el lado musulmán, sus fundamentalistas harán lo propio en nombre de la *Yihad*, es decir, de su mandamiento religioso de defender las tierras del Islam, incluso sacrificando su vida, lo que les conduciría al paraíso. En segundo lugar, la precariedad material: escasez de territorio, de agua y de recursos. En Israel, eso afecta fundamentalmente a los llegados en la última gran *aliya* que, en su mayoría, carecen de vivienda propia, de trabajo y de terreno, sobre todo si se devuelven a los palestinos los territorios que se les arrebataron en 1967. Esa pobreza de medios afecta de igual manera a los palestinos, que hoy son allí más de tres millones, y deberán renunciar a repatriar a sus refugiados si se pretende una convivencia viable[30].
En el capítulo de los impedimentos estaba, también, el miedo mutuo y el odio, el «Ojo por ojo», la restitución de propiedades, la reconstrucción, las fronteras, los enemigos de toda solución negociada —como los líderes palestinos que residen en Damasco— o los integristas judíos afincados en Estados Unidos. Por eso, los

energúmenos de uno y otro lado boicotearon directa o indirectamente la Cumbre de Beirut. Sharon rehusó hacer los gestos de buena voluntad que se le pedían: ni desalojó a sus fuerzas de los territorios de la Autoridad Palestina, ni concedió libertad de acción de Arafat para que viajase a Beirut; y mantuvo el rechazo a toda negociación mientras no se diera el lapso de paz decidido por él. En el otro bando, los fanáticos de Hamas repudiaban con vesania toda negociación. Mientras en Beirut se iniciaba la Cumbre Árabe, realzada por la presencia del presidente de turno de la UE, José María Aznar, un terrorista se inmolaba en Natania y, dos días después, una muchacha de 19 años se dinamitaba ante un supermercado de Jerusalén.

Desde hacía semanas, se rumoreaba que Israel estaba planificando una fulgurante operación que consistía en reocupar temporalmente los Territorios de la ANP, filtrar sus ciudades y campamentos de refugiados en busca de terroristas, cuyos centros de reclutamiento, adiestramiento, fábricas de bombas, etcétera, parecían tener bastante bien localizados los servicios de información israelíes. Nada nuevo, después de todo. Desde que Sharon se hizo cargo del poder, los medios de comunicación israelíes más conservadores argumentaron reiteradamente el interés o la necesidad de recuperar el control militar absoluto sobre los Territorios palestinos. Y no eran sólo palabras: desde un año antes, en los territorios bajo gobierno de la ANP se padecieron continuos ataques de los helicópteros, bombardeos artilleros o, incluso, de los sofisticados *F-16*, incursiones de tropas mecanizadas y fulgurantes operaciones de paracaidistas y el asesinato selectivo de presuntos responsables del terrorismo palestino, lo que suscitaba el clamor de la prensa y la condena de las organizaciones internacionales relacionadas con la Justicia o los Derechos Humanos[31]. El jurista español Baltasar Garzón, juez de la Audiencia Nacional, en momento tan comprometido como la presentación de libro de Shlomo Ben Ami, *¿Cuál es el futuro de Israel?*, el 9 de abril de 2002, condenó sin paliativos esa política: «Sharon comete un crimen contra la Humanidad, al igual que los atentados suicidas; pero ningún atentado terrorista permite una respuesta terrorista por parte del Estado».

Muro defensivo

Pero, si tan llamativo era el rumor de la invasión de los territorios de la ANP, que llegó a ser recogido por periódicos como *The New York Times* o *Le Monde*, debía ser porque lo que se preparaba tenía una entidad mayor que todo lo anteriormente visto. En efecto, poco después de que Ayat Ahras se dinamitara en Jerusalén, el 29 de marzo de 2002, Sharon daba luz verde al jefe de su Estado Mayor, Saul

Mofaz, para que pusiera en marcha la *Operación Muro Defensivo*. Tres divisiones blindadas con más de 30 000 hombres —fuerzas similares a las que empleó Yithzak Rabin en la Campaña del Sinaí, en 1967— se desparramaron por Cisjordania, cercando y ocupando Ramala, Betania, Belén, Jenin, Nablús, Kalkilia y Tulkarem, superando la resistencia que, con armas ligeras y explosivos, ofrecían las unidades de la policía palestina y los milicianos de Hamas, Yihad Islámica, Mártires de Al Aqsa, Tanzim, etcétera.

El cerco que Yasser Arafat padecía desde el mes de diciembre en su cuartel general de la Muqata, en Ramala, se estrechó. El acceso fue bloqueado por los blindados israelíes y se le cortaron los servicios de agua, electricidad y teléfono. Ese acoso desató la solidaridad internacional y centenares de pacifistas se las arreglaron para alcanzar las instalaciones, de modo que en aquellos maltrechos edificios terminaron por reunirse cerca de 400 personas, entre los colaboradores del presidente de la ANP y los representantes del pacifismo y la solidaridad internacionales. La vida allí dentro fue extraordinariamente incómoda durante los 34 días que duró el asedio, debido a la escasez de servicios sanitarios y falta de agua para limpiarlos adecuadamente. El sitio era escaso, y faltaban mantas y colchones para que tanta gente pudiera dormir; los alimentos y el agua potable estaban racionados y las comunicaciones eran precarias, pues los teléfonos móviles resultaban continuamente interceptados por los poderosos medios técnicos desplegados por los israelíes. Víctima de esas interferencias y censuras telefónicas fue el propio José María Aznar, que casi todos los días hablaba telefónicamente con Arafat. En una de las ocasiones, trasgrediendo todas las convenciones internacionales y toda norma de cortesía y educación, fue reiteradamente cortado, interceptado e interrumpido; cuando el presidente español protestó, indignado, ante Sharon, éste le replicó: «Es que está usted hablando con el jefe de los terroristas».

La *Operación Muro Defensivo* iba cumpliendo concienzudamente sus objetivos. Millares de palestinos fueron detenidos; durante horas o días, a veces medio desnudos, se les retenía con las manos atadas en cercados formados por alambre de espino, hambrientos y sedientos y marcados con un número. Estas técnicas, que recordaban mucho a las practicadas por los nazis, levantaron tantas protestas que se suprimieron. No obstante, siguieron las detenciones arbitrarias, los interrogatorios con malos tratos[32]. Las denuncias de tortura contra la policía israelí saturaban los organismos internacionales. El 30 de mayo, la Organización Mundial Contra la Tortura, OMCT, denunciaba que «centenares de niños palestinos sufren torturas físicas y

psicológicas en las cárceles israelíes, donde se trata de extraerles información o de reclutarles como colaboradores: aislamiento, hacinamiento, hambre, sed, golpes, negación de servicios médicos, privación de sueño[33]».

Las puestas en libertad se hacían durante la noche, sin documentación y en lugares descampados, con lo que el recién liberado corría grave riesgo de morir a manos de cualquier patrulla que vigilase el cumplimiento del toque de queda. El número de detenidos ascendió aproximadamente a 6000 a lo largo de abril-mayo, de los que 2200, según fuentes militares, seguían privados de libertad a comienzos de junio.

Si el propósito de la Operación Muro Defensivo era apresar a los presuntos terroristas y desmantelar su infraestructura, esa captura de millares de hombres, de entre 16 a 60 años, parecía la parte más plausible de la invasión, aunque contraviniera cuanto Israel había firmado desde Oslo en adelante y supusiera una feroz vulneración de todos los derechos humanos. Pero la Operación tenía fines mucho más ambiciosos: hacer inviable el Estado Palestino[34], destruyéndolo materialmente cuanto fuera posible, porque esa destrucción material impediría o pospondría su creación; aterrorizar, empobrecer, humillar, desgastar a los palestinos para que los menos resistentes optaran por irse[35]; desmantelar la Autoridad Palestina, deteniéndola, desacreditándola ante sus ciudadanos y ante el mundo y, sobre todo, buscando afanosamente pruebas que incriminaran a Yasser Arafat como dirigente del terrorismo palestino, de modo que pudiera desterrársele o, al menos, esterilizarle políticamente.

Lo más fácil era lo primero. Las tropas israelíes aplastaron la pobre infraestructura que existía en Palestina: aeropuerto, comisarías, emisoras de radio y televisión, hospitales, escuelas, talleres, edificios administrativos, etcétera. Cuanto había sido levantado en los cinco años anteriores con dinero, fundamentalmente europeo, fue destruido, a veces con ostentación de grandes *bulldozers* amontonando los restos. De paso, en un juego perverso, sus tanques aplastaban todo vehículo que hallaban en las calles, desviándose si era necesario para pasar sus orugas por encima de los coches. Para que su actuación causara más sufrimiento, sus tiradores se entretuvieron en destruir los depósitos de agua instalados en los tejados, con lo que condenaban a la sed y a la suciedad a los habitantes. Y, lo más desesperante para sus propietarios, los soldados destruyeron un millar de viviendas[36], gran parte de ellas en el campamento de refugiados de Jenin, pero también en Gaza, Ramala, Nazaret… Requisaron o aventaron sistemáticamente los Registros de la Propiedad, de la Educación, de la Justicia, de la

Policía… originando el caos y la desgobernación que puede suponerse, y muchas indefiniciones irreparables. Se quemaron las escasas bibliotecas que tenían cierta entidad y se saqueó y destruyó el Centro Cultural Jalil Sakatini, organizado por el poeta contemporáneo palestino por antonomasia, Mahmud Darwish, establecido en un edificio de comienzos del siglo XX cuya restauración había financiado Japón. Tras el saqueo, en el que los soldados desparramaron o se llevaron archivos, obras de arte, piezas históricas, libros y documentos, colocaron seis cargas explosivas, que arruinaron parcialmente la estructura. En esa campaña, que se prolongó durante el mes de abril y, en algunos casos, hasta bien entrado mayo, sufrieron los israelíes numerosos reveses, unos militares, otros políticos y, otros, de imagen internacional. El más grave del primer tipo fue su ataque sobre Jenin, importante ciudad en el norte de los Territorios Ocupados, junto a la cual se halla un campo de refugiados levantado después de la independencia de Israel en 1948, que contaba en el momento del asalto con unos 15 000 habitantes. Más de 200 blindados cercaron la zona y los soldados se dedicaron al sistemático cribado de la población, en busca de terroristas. Durante la semana que tardaron los soldados en controlar plenamente la ciudad y la periferia del campo, el Ejército confesó la pérdida de nueve soldados; no se ofreció la cifra de muertos palestinos. Pero lo peor estaba por llegar: el día 9 de abril, el ejército penetró en el centro del campo de refugiados y lo que no podía suponer es que dos centenares de milicianos, equipados con armas individuales y explosivos, les estaba aguardando.

David Zangen, médico de profesión y mayor de la reserva del Ejército israelí, mandaba un grupo de hombres que cayó en la emboscada y fue diezmado ante sus ojos; se lo contó a Alfonso Rojo, enviado especial del diario *El Mundo*: «Habían preparado muy bien la trampa. Los muchachos estaban en una especie de patio en forma de ele y, de repente, avanzó hacia ellos un tipo con las manos en alto y en actitud de rendirse». Al llegar junto a los soldados israelíes, hizo detonar la carga explosiva que llevaba adosada al cuerpo, provocando, asimismo, una serie de explosiones en cadena, a cuyo efecto se sumó el fuego cruzado de francotiradores que estaban apostados en los tejados y ventanas esperando la señal de ataque. «En un primer momento cayeron diez soldados y, enseguida, otros tres, que trataron de auxiliarles… En el curso de los combates siguientes perdimos un hombre más».

Lo que ocurrió después debió ser tan aterrador que el Ejército impidió la llegada de ambulancias y de auxilios de la Cruz Roja y, hasta una

semana más tarde, no permitió el acceso a los periodistas. Llegaron los helicópteros y pulverizaron con sus cohetes y ametralladoras la zona donde se habían atrincherado los milicianos; se trataba de un gran cuadrado de unas dos hectáreas, con unas 300 casas separadas por míseras callejuelas. Las ametralladoras y los cañones de los carros disparaban contra todo, cubriendo el avance de los *bulldozers* que derribaban furiosamente las frágiles viviendas.

Días después, sobre aquel mar de ruinas, los supervivientes hablaban de los asaltos israelíes, casa por casa, parapetados tras rehenes palestinos; del derrumbamiento de viviendas con sus habitantes dentro; del inválido que trataba de salvarse en su carrito y cayó bajo las orugas de un tanque… Y mil horrores más que hacían exclamar a Phil Reeves, de *The Independent*: «Los monstruosos crímenes de guerra que Israel ha intentado tapar durante dos semanas aparecerán un gran día; sus tropas han asolado el campo, transformándolo en una tumba humana». Janine de Giovanni, de *The Times*, escribía: «En diez años, después de haber cubierto las guerras de Bosnia, Chechenia, Sierra Leona y Kósovo, raramente he visto destrucciones tan deliberadas y semejante desprecio por la vida humana[37]».

El 19 de abril visitaba Jenin el norteamericano Williams Burns, Secretario de Estado adjunto para Oriente Medio, que, conmovido, exclamó: «Esto es una terrible tragedia humana (…) Es importante que se sepa la verdad de lo sucedido (…) La ONU debe mandar una comisión de investigación». Peter Hansen, comisionado de la ONU para los refugiados palestinos (UNWRA), cifró en unas 800 las viviendas destruidas, lo que dejaba en la calle a «cuatro o cinco mil refugiados». Sobre los muertos, los datos son dispares: los palestinos aseguraron, inicialmente, que eran medio millar; la primera versión militar israelí hablaba de varios centenares; luego, la misma fuente la rebajó a varias decenas; el general Ayalon habló de poco más de cien; Simon Peres, en España, aseguró que unos cincuenta. La ONU acordó el envío de una comisión investigadora, pero Tel Aviv se las arregló para evitarla: primero aceptó la comisión; al día siguiente, objetó su composición; en un tercer momento pidió que se investigara, también, el terrorismo palestino. La comisión jamás alcanzó Jenin. Sin embargo, parece probado que «Israel empleó una fuerza desproporcionada» y segó la vida a algunos civiles desarmados, pero, también, que no hubo una matanza de las proporciones denunciadas por los palestinos, estableciéndose una horquilla de entre 60 y 100 personas. De cualquier forma, la destrucción, el horror, la privación de asistencia sanitaria a los heridos, los impedimentos opuestos a la misión de la ONU y las denuncias de organismos internacionales sobre

violación de todo tipo de derechos convirtieron Jenin en una importante controversia interna para Israel y en un escándalo internacional. No fue menos controvertido lo ocurrido en Belén, tomada por las fuerzas israelíes, que fueron reduciendo poco a poco todos los focos de resistencia de los milicianos palestinos. El día 2 de abril, tratando de escapar del acoso de los soldados, medio centenar de milicianos y policías penetró en la basílica de la Natividad, donde la tradición sitúa el lugar del nacimiento de Cristo. El santuario forma parte de un gran complejo religioso: al lado, existen una hospedería y una serie de edificios conventuales de franciscanos, de religiosos greco-ortodoxos y armenio-ortodoxos, y de monjas Mínimas, dedicadas al servicio del templo. Dentro de ese complejo ya había 60 religiosos de las diversas confesiones cristianas, un centenar de civiles palestinos que habían penetrado en la basílica para refugiarse del fuego cruzado y los policías y milicianos mencionados.

El asedio duró 38 días (del 2 de abril a 10 de mayo), con momentos de muy alta tensión, como cada vez que los francotiradores israelíes localizaban a alguno de los asediados y lo tiroteaban; inmediatamente respondían los milicianos desde el interior, causando el fuego de armas ligeras muchos destrozos superficiales; o, como ocurrió algunas noches, en que los israelíes, temiendo que hubiera un intento de evasión de los sitiados, lanzaron bengalas, que terminaron causando algunos incendios. En ese tiempo, se registraron fuertes protestas del Vaticano y de las Iglesias ortodoxas griega y armenia, alegando que las tropas de Israel no tenían derecho a hallarse allí y, por tanto, su asedio era una vulneración de todas las leyes internacionales. Ese repudio, apoyado por una mayoritaria desautorización internacional, impidió que el templo fuera asaltado y forzó una negociación, que culminó con la salida de todos los refugiados, salvo trece palestinos, especialmente buscados por Israel bajo la acusación de terrorismo, de los que se hicieron cargo varios países europeos, España entre ellos.

Tempestad en las letras

Y en medio de tanto horror, una catarata de acciones diplomáticas de todo tipo y procedencia trató de que las fuerzas armadas de Israel abandonaran los territorios de la Autoridad Palestina, condenaron su actuación y sus desproporcionadas destrucciones y exigieron la proclamación del Estado palestino. Nunca antes se había producido tal cúmulo de resoluciones, acuerdos, intentos mediadores, recomendaciones, comisiones, cumbres e, incluso, hubo una visita de intelectuales que terminó como el rosario de la aurora[38]. La comisión llegó el 24 de marzo; estaba compuesta por Juan Goytisolo, Christian Salmon, Breyten Breytenbach, Bei Dao, Rusell Banks, Vincenzo

Consolo y los premios Nobel, José Saramago y Wole Soyinka. Alguno de ellos optó por la discreción, pero otros expresaron crudamente su apreciación sobre lo visto: Saramago llegó a comparar la política de Israel hacia los palestinos con la del III Reich hacia los judíos y, a cierto punto, manifestó que aquello le recordaba a Auschwitz. La palabra desató una auténtica tormenta de opiniones en favor y en contra del gran escritor portugués, que se reafirmó en su opinión diciendo que se trataba de un problema semántico: «*Si Auschwitz choca tanto, yo cambio la palabra y digo "crimen contra la humanidad" y no salen ganando*». El notable escritor israelí Amos Oz, bien conocido por su oposición a Sharon y por su defensa de los derechos palestinos y su Estado, manifestó, muy disgustado, que Saramago había mostrado una «*terrible ceguera moral*»; el Ministerio israelí de Exteriores —su titular, Simon Peres, se escabulló hábilmente— emitió un comunicado en el que lamentaba que «*el autor de* Ensayo sobre la ceguera *sea tan ciego como para ser víctima de la propaganda barata de los palestinos*».

La tempestad mediática, el cruce de acusaciones entre contrarios y partidarios, duró unas semanas, hasta que se conocieron los sucesos de Jenin y alguien dijo que Saramago se había equivocado; aquello no se parecía a Auschwitz, sino al gueto de Varsovia[39]. Al jurista español Carlos Castresana, sin embargo, le parecía pertinente: «*Porque en Palestina hay un pueblo sometido por las armas, al que se está negando no sólo su libertad o sus derechos políticos, sino su supervivencia como tal, y cuya destrucción como grupo nacional, étnico y religioso, en los términos de la Convención contra el Genocidio de 1948, se está procurando mediante delitos contra la vida y la integridad física, desplazamientos forzosos e imposición de condiciones infrahumanas*[40]». El escritor nigeriano Wole Soyinka, Nobel de Literatura 1986, fue menos duro, pero no menos expresivo. Entre las diferencias que hallaba entre otros y este conflicto, decía: «*Primero, la arrogancia del robo. La tierra no es un artículo de lujo; existe un vínculo emocional entre la gente y su tierra (…) Segundo, la humillación, esa sensación de que se ocupa un lugar de inferioridad en su propia tierra. Observemos los retenes militares israelíes, que controlan el movimiento de la gente y convierten los lugares donde residen en verdaderas cárceles… Creo que el móvil de esos retenes no es tanto la seguridad; lo están haciendo para humillar… El objetivo es reducir al rival*». A continuación, comparaba los Territorios Ocupados con la situación creada por el *apartheid* en Sudáfrica: «*Aquí se está acorralando a la gente de la misma manera que se hizo allá. Existen carreteras en las que está prohibido el tránsito a los palestinos; eso no existía en el* apartheid *surafricano. Cuando digo que se parece al sistema de* apartheid *sé exactamente de lo que estoy hablando: un sistema en el*

que un grupo de ciudadanos posee los derechos y otro que no los posee; un grupo de ciudadanos a los que no se permite vivir en el lugar en que trabaja…[41]».

Apartheid fue la palabra maldita en Israel durante el mes de julio, a raíz de la aprobación de una ley que prohíbe la compra de tierras estatales por parte de los árabe-israelíes, el diputado centrista Dan Meridor declaró que constituía una *«flagrante discriminación (…) ¿Qué vamos a decir ahora cuando se compare sionismo y racismo?»*. La diputada Sulamit Aloni, del izquierdista Meretz, comentaba: «*Si no somos ya un Estado racista, nos falta muy muy poco*». Aloni recordó que el 93% de las tierras es del Estado y que en su mayoría fueron confiscadas a sus propietarios árabes: «*A la usurpación añadimos ahora una segregación que puede ser tipificada como apartheid*». Yossi Sarid, del mismo partido y jefe de la oposición en la *Knesset*, lo reafirmaba: «*Ningún otro Gobierno en el mundo democrático habría adoptado una ley semejante. Este texto racista es una mancha sobre Israel*». Según la asociación proderechos humanos en Israel (ACRI) «*el tratamiento como enemigos dispensado por el Estado a los ciudadanos árabes, mientras no se demuestre lo contrario, no puede caber en una democracia*». Simon Peres declaró: «*El partido laborista combatirá con todas sus fuerzas esta división racista*[42]».

El italiano Vincenzo Consolo, en una crónica de ese viaje de los intelectuales para el *Corriere della Sera*, escribía: «*El campo es mísero, escuálido —se refiere al de Al-Amari, cerca de Ramala—. Sus calles están llenas de niños, nubes y nubes de niños de ojos negros, vivaces. Un palestino comenta irónico: "los israelíes controlan toda nuestra vida, pero no han logrado controlar nuestra sexualidad". Incluso ésta de la demografía constituye una batalla contra la ocupación, ocupación territorial, urbanística, arquitectónica, agraria, lingüística. Visitamos un centro deportivo destruido por los israelíes. Dentro, habitación tras habitación, todo ha sido arrasado. Recojo del suelo una fotografía, en la que figura un equipo de fútbol, jugadores con camisa rosa y pantalones negros. ¡Quién sabe quién de estos jóvenes está vivo y quién muerto; quién libre, quién cautivo!*[43]».

Sin duda, esta visita, que no fue entorpecida por las autoridades israelíes[44], resultó poco grata, pero nada cambió en el pensamiento y en los planes de Sharon. Como resumen del viaje podía tomarse un párrafo de otro de los intelectuales, el español Juan Goytisolo: «*El pasado 25 de marzo, los delegados del Parlamento Internacional de Escritores acudimos a una bella mansión centenaria en la que nos aguardaban Mahmud Darwish y una treintena de intelectuales palestinos que conversaron largamente con nosotros antes de la visita a la*

Universidad de Bir Zeit. El Centro cultural Jalil Sakatini abrigaba una magnífica biblioteca y era la sede de la revista Al Karmel, *dirigida por el poeta. Dicha revista es, sin lugar a dudas, la más prestigiosa y abierta del menesteroso mundo cultural árabe (…) Ayer, el Ejército israelí, en una de sus llamadas "operaciones antiterroristas", dinamitó varias habitaciones del edificio, destruyó los archivos de la revista* Al Karmel *y saqueó la vivienda del propio Darwish»*[45].

El que manda, manda

El mundo de la política internacional registró en esa crítica primavera una actividad febril. Para comenzar, fue sorprendente la actitud de la ONU, cuyo Consejo de Seguridad emitía el 12 de marzo de 2002 su resolución n.º 1397, que recordaba las resoluciones 242 y 338, es decir, la obligación de Israel de volver a sus fronteras anteriores a la guerra de junio de 1967. Apoyaba una región con dos Estados, uno judío y otro palestino, que vivieran juntos dentro de fronteras seguras y reconocidas; se preocupaba por el incremento de la violencia a partir de septiembre de 2000 y exigía su fin —tanto de la terrorista como de la militar— y la reanudación de las negociaciones. El secretario general, Kofi Annan, manifestaba tras la aprobación de la resolución: «Debe terminar la ocupación ilegal y, de forma urgente, acabar con el bombardeo de zonas civiles, los asesinatos, el uso innecesario de la fuerza, las demoliciones y la humillación diaria de los palestinos. Estas acciones perjudican la posición de Israel ante la Comunidad Internacional y alimentan el odio, la desesperación y el extremismo entre los palestinos». A éstos les exigió que cesaran los ataques terroristas y suicidas, porque «es inmoral y repugnante atentar de forma deliberada e indiscriminada contra civiles. Además, es perjudicial para su causa, les retira el apoyo internacional y hace creer a los israelíes que los atentados constituyen una amenaza contra su existencia como Estado y no una presión para que abandonen sus territorios».

El 30 de marzo, en medio del espanto de los atentados palestinos y de la puesta en marcha de la Operación Muro Defensivo, se reunió el Consejo de Seguridad y emitía su resolución n.º 1402, que exigía la retirada israelí de los territorios de la Autoridad Palestina; el alto el fuego, el cese del terrorismo y la reanudación de las negociaciones. No hubo resultado concreto alguno. El viernes 5 de abril se aprobaba una nueva resolución, la n.º 1403, bastante similar a la anterior, aunque pedía que la retirada israelí fuese «sin demora». Kofi Annan, aunque justificaba la actuación de Israel en un contexto de autodefensa, rechazó que eso fuera «un cheque en blanco para que hiciera caso omiso de sus obligaciones bajo la ley internacional».

La mayor actividad la registró la Unión Europea, cuya presidencia ejerció España en el primer semestre del año. Nunca antes la UE había hecho tan intenso y amplio esfuerzo para convertirse en el mediador adecuado que tanto necesitaba el conflicto. Josep Piqué, ministro español de Exteriores y, por tanto, a la cabeza de la diplomacia europea ese semestre, viajó a la región a mediados de enero y el día 16 se entrevistó con Sharon, al que expuso la protesta europea por la destrucción de las infraestructuras palestinas, financiadas en gran parte por la UE. Le mostró su preocupación por el empleo desproporcionado de la fuerza, «que además de tener graves consecuencias de índole humanitaria, no servirá para mejorar la seguridad de Israel, sino que, por el contrario, será un paso más en la espiral de violencia que se vive en la zona». En tercer lugar, manifestó al primer ministro el apoyo de la UE a Yasser Arafat como legítimo representante palestino, para el que pidió libertad de movimientos. Asimismo, solicitó el fin del bloqueo de las comunicaciones, el levantamiento de las restricciones laborales y el fin de la política de asentamientos y de la demolición de casas palestinas.

Sharon, como cabía esperar, no entró en la discusión de estos puntos, limitándose a un contraataque en su habitual línea argumental: Arafat no hacía nada por terminar con el terrorismo; más aún, era cómplice del terrorismo. Por tanto trató de convencer a Piqué para que no le visitara en Ramala; acusó a la UE de parcialidad, de olvidar muy pronto a las víctimas de los atentados palestinos, mientras se recreaba en la exhibición de los terroristas muertos por las fuerzas de seguridad israelíes. Dedicó buen rato de la entrevista a demostrar al ministro español que las armas que transportaba el buque *Karim-A* se las proporcionaba Irán a la OLP Piqué regresó decepcionado. Debió comprobar que Sharon no participaba en un debate político, que sólo tenía una idea fija: borrar Oslo, someter a los palestinos[46]. El 13 de marzo, la UNWRA denunciaba que 7 de los 19 campamentos de refugiados existentes en Cisjordania habían sido invadidos y aplastados por los tanques y los helicópteros de Israel. Gui Siri, director adjunto de la UNWRA en Cisjordania, informaba: «*No tenemos todavía un balance preciso de lo ocurrido en los dos campos de Ramala, pero sí de los otros cinco, en los que se han registrado 53 muertos, cerca de 600 heridos, 1785 casas individuales muy dañadas y 35 inmuebles, totalmente destruidos*». La situación era igualmente desesperada en Gaza, según juzgaba Lionel Brisson, responsable de la UNWRA en esa zona: «*Desde comienzos de marzo hemos sufrido 88 muertos, más de 200 heridos y 11 casas completamente destruidas*[47]».

La UE le importaba políticamente un bledo al primer ministro israelí,

que ni aceptaba su mediación ni se inmutaba por sus presiones. De la personalidad y actitud de Sharon habían tenido los europeos la mejor muestra cuando, en febrero de 2002, lamentó, en las ya citadas declaraciones al diario *Maariv*, no haber liquidado a Arafat veinte años antes, durante el asedio de Beirut.

En ese mismo mes, la diplomacia europea mostró la naturaleza de su debilidad. Josep Piqué proponía, en la reunión de ministros de Exteriores de la UE, celebrada en Cáceres el 9 de febrero, un plan de paz basado en el principio de «Primero, el Estado palestino», idea estudiada por Simon Peres y el presidente del Parlamento palestino, Abu Ala. Se trataba de arrebatar la iniciativa a los terroristas, a los que se había entregado la llave de la paz al condicionar las negociaciones a un periodo sin violencia. Una semana después, Piqué tuvo que desistir a causa, primero, de la división interna de la UE, pues algunos miembros exigían que lo primordial era la seguridad —Alemania, Gran Bretaña y Holanda— y todos, lisa y llanamente, no deseaban enfrentarse a la diplomacia norteamericana, que presionaba para que no se propusieran nuevos planes.

Pero si las iniciativas propias parecían imposibles de poner en marcha, al menos se apoyaron con entusiasmo las ajenas. A finales de febrero, Javier Solana se trasladaba a Arabia Saudí, donde el príncipe heredero le expuso el plan de paz ya visto más arriba y mister PESC le prometió a Abdalá ibn Abdelaziz todo el apoyo de la UE. Ése era el panorama diplomático europeo cuando los helicópteros israelíes atacaron la residencia de Arafat mientras se entrevistaba con Miguel Ángel Moratinos. Sharon le mostró a Europa, como entidad, y a España, en particular, el desprecio por su diplomacia.

Nuevas muestras de ese «ninguneo» se producirían en cascada en las semanas siguientes. Primero, rechazando las demandas europeas para que permitiera la asistencia de Arafat a la Cumbre Árabe de Beirut, donde se iba a estudiar el plan de paz saudí. Tras la puesta en marcha de la Operación Muro Defensivo, se reunían en Madrid Piqué, Solana e Igor Ivanov, ministro de Exteriores de Rusia, quienes pidieron la puesta en vigor de la resolución 1402 de la ONU, la liberación de Arafat y la retirada militar de las zonas palestinas. La demanda diplomática iba reforzada por una enérgica carta de José María Aznar en términos parecidos y demandando, expresamente, la libertad de Arafat. Un día después, el presidente Aznar se ofrecía personalmente como mediador para sacar al conflicto de la terrible situación que atravesaba esos días, con la condición de que se le permitiera entrevistarse con Yasser Arafat.

El Gobierno israelí rechazó la oferta e, incluso, negó su permiso para

que Piqué y Solana, que habían viajado a Israel el 4 de abril, pudieran entrevistarse con el líder palestino, ante lo cual, los diplomáticos españoles declinaron ver a Sharon y se limitaron a una visita semiprivada a Simon Peres, en sus oficinas de Tel Aviv. La entrevista debió ser tensa, porque Peres les reiteró la inconveniencia de sus pretensiones, ya que, su Gobierno «*había decidido no autorizar las entrevistas entre Arafat y ciertos líderes, porque queremos mantener su aislamiento*». Peres no les dijo lo que su Gobierno pensaba de esa visita, pero se había publicado en la prensa: «*Los europeos sólo vienen para abrir una ventana pública a Arafat*». Solana y Piqué, a quienes acompañaba Moratinos, de cuyo esfuerzo, entusiasmo y paciencia para resolver el problema nunca se dirá bastante[48], quedaron frustrados. Piqué aceptaría que «*no es posible una solución sin Estados Unidos*»; Solana recalcaría que le parecía un grave error «*no permitir un encuentro con el presidente Arafat*». Ese mismo día se concedía esa autorización al enviado norteamericano, Anthony Zinni. En Madrid, Aznar, indignado por el desplante diplomático, calificaba la política de Sharon de «*inútil y errónea*» y pidió a Washington «*actitudes más firmes*» respecto al conflicto, cuya gravedad conmocionaba al mundo en aquellos momentos, al punto de que incluso la OTAN trató de presionar a todos para que cesaran en la violencia y a Israel para que cumpliera las resoluciones de la ONU[49].

Todo esto coincidía con la comentada Operación Muro Defensivo, el cerco a Arafat en Ramala, el aplastamiento de Jenin, el asedio a la basílica de la Natividad, el registro y castigo de las ciudades palestinas, la criba y destrucción de los campamentos de refugiados… El escándalo ya era mundial cuando el lejano presidente George Bush decidió descender del «Olimpo» para anunciar que enviaría al secretario de Estado, Colin Powell, a Israel y decir a todos «*basta de violencia*» y a los israelíes «*retiren sus fuerzas acorazadas de los Territorios*». Pero tan crecido estaba Sharon que replicó de inmediato: «*No suspenderemos Muro Defensivo*». Washington no tardó en recordar suavemente a Tel Aviv que debía tener mejores modales: esa madrugada, el Consejo de Seguridad aprobó la mencionada resolución 1403, en que se pedía la retirada «*sin demora*» y el día 6 de abril, en el curso de una visita del premier británico, Tony Blair, a Washington, Bush recalcó que la retirada debía ser inmediata.

Los comentaristas internacionales destacaban aquellos días la humillación europea —aunque su tesón había salvado, probablemente, a Arafat— y el doble lenguaje norteamericano que, públicamente, pedía una retirada «*inmediata*» y, tras las bambalinas, permitía que siguieran las operaciones militares, que aún se prolongarían durante

todavía dos semanas más… Pese a que Bush exigiría a Sharon, una vez más, el 8 de abril, que cesara de inmediato las operaciones militares. *The New York Times* aseguraba que Bush estaba irritado porque «*no está acostumbrado a que le digan que no*»; otros, irónicamente, hablaban de que lo suyo eran «*simples fuegos artificiales*».

Y, en medio de la cascada de horrores que diariamente servían los medios de comunicación, se esperaba con impaciencia el resultado de la cumbre diplomática de Madrid, que el 10 de abril reunió, bajo la presidencia de José María Aznar, al secretario general de la ONU, Kofi Annan, y a los ministros de Exteriores de la UE, de USA, Rusia y mister PESC —Piqué, Powell, Ivanov y Solana, respectivamente—. Sus conclusiones fueron tan lógicas como inoperantes: a Israel le pidieron el cese inmediato de las operaciones militares, la retirada de los Territorios, el cumplimiento de los principios humanitarios en el trato a las poblaciones civiles, heridos y prisioneros, el cese de la fuerza desproporcionada. A los palestinos, la condena del terrorismo, la detención de los terroristas y el desmantelamiento de su infraestructura. A Arafat, su intervención directa para convencer a los palestinos de que debían terminar los atentados y la autorización a sus representantes para que reanudaran su cooperación con Israel a efectos de seguridad. Buenas palabras que unos no querían y otros no podían cumplir. La siguiente baza pacificadora se la jugó Powell en Tel Aviv. Tenía el respaldo de la Cumbre de Madrid y, sobre todo, la fuerza de EE. UU. y le empujaba el escándalo internacional causado por los soldados israelíes en Jenin, cuyos detalles comenzaban a llegar a los medios de información. Powell exigió a Sharon una retirada inmediata y paso libre para hablar con Arafat. A lo primero respondió el líder israelí que «*en cuanto termine*» y, a lo segundo, no se pudo negar, hasta que un nuevo terrorista suicida le cargó nuevamente de razón[50]. Sharon dio largas a la retirada, señaló a Arafat como al jefe del terrorismo y le excluyó de una posible conferencia de paz. Tras seis días de brega, Powell abandonó Israel con las manos vacías: ni retirada israelí, ni libertad para Arafat, ni negociación en perspectiva.

En medio de la general desesperación, Europa no cejó de intentar la mediación y de exigir a Israel que terminase con la violencia y volviera a la vía diplomática. Pero ni presiones, ni amenaza de sanciones, consiguieron nada. Sharon comenzó a retirarse de los territorios de la Autoridad Palestina cuando lo estimó pertinente, probablemente más empujado por su propia oposición interior y por la opinión pública internacional que por una diplomacia que en el caso europeo era tan voluntariosa e insistente como poco eficaz, y en el norteamericano, errática, pero en caso de duda, siempre incondicional

junto a Israel[51].

La opinión pública norteamericana, sobre todo después del 11 de septiembre, respiraba por la herida del terrorismo y los atentados palestinos le resultaban intolerables, mientras que el expolio israelí de las tierras palestinas, su reducción a guetos y su aplastamiento militar, no diferían gran cosa de su epopeya favorita, el *Far West*: conquista de tierras, expolio y acorralamiento de los indios en reservas… En un plano más político, los demócratas habían sido tradicionalmente el escudo del sionismo; por tanto, les estaban destinados los votos que el sionismo podía cabildear dentro del *lobby* judío. Pero los republicanos, en la presidencia gracias a una exigua mayoría, hallaron en la opresiva situación que internacionalmente atravesaba Israel la ocasión para buscar el apoyo electoral judío. Así se dio la paradoja de que, unánimemente, demócratas y republicanos votaron en el Congreso y en el Senado a favor de una política presidencial más decidida en favor de Israel. En el entorno del presidente había división de opiniones: su secretario de Estado, Powell, era partidario del cumplimiento de las resoluciones de la ONU y de Arafat como representante legítimo del pueblo palestino, el vicepresidente Dick Cheney y Condolezza Rice, la consejera de Seguridad Nacional, estaban más cerca de las tesis de Sharon: primero, la paz; luego, la negociación, y ésta, según los parámetros del Likud.

Por tanto, al presidente Bush se le presentaba un problema peliagudo. Era consciente de que se estaban jugando el apoyo del mundo árabe, la amistad de los exportadores de petróleo e, incluso, la inquina de más de mil millones de musulmanes que, en muchos casos de lejos y sin conocer el conflicto, apoyaban cordialmente a sus correligionarios de Palestina. Colin Powell advertía la magnitud del problema, cuando manifestaba el 8 de abril: «*Nos inquieta que estamos a punto de perder una parte del apoyo que tenemos en el mundo árabe; en Egipto, en Jordania, en Arabia Saudí…*». Las contradicciones internas de Estados Unidos estaban derrumbando el acariciado proyecto presidencial de atacar a Irak, el «núcleo del terror»; Saddam Hussein aprovechaba las escasas bazas de que disponía, decretando unilateralmente el embargo de sus exportaciones petrolíferas. Una cantidad pírrica, pero su gesto levantó el aplauso de las masas árabes.

La política internacional se había convertido en un barullo ininteligible. La primavera de 2002 terminaba tal como había comenzado, en medio de una terrible violencia. La Operación Muro Defensivo demostraba ser un inmenso fracaso: en mayo y junio hubo tantos atentados terroristas como en febrero y marzo. Las estadísticas israelíes eran aterradoras: Benjamin ben Eliezer declaraba el 26 de

mayo que sus fuerzas de seguridad neutralizaban al 90% de los suicidas, lo que significaba que los intentos terroristas eran un promedio de casi dos diarios. El ministro reconocía que no se había logrado nada: «Las infraestructuras terroristas que atacamos durante la Operación Muro Defensivo han sido reconstruidas en Ramala, Belén, Nablús y Jenin, mientras que Tulkaren y Kalkilia se han convertido en verdaderos santuarios para los terroristas que cometen los atentados en los territorios israelíes».

Una baza para Arafat

Algo sí había cambiado en el primer semestre del año. En Israel había más luto y más miedo; en los territorios palestinos, más luto y más miseria. En el mundo árabe, mayor indignación por lo que estaba ocurriendo en Palestina: las manifestaciones fueron continuas y masivas, distinguiéndose una que en Rabat congregó a un millón de personas y otra que, en El Cairo, reunió a más de medio millón. En Europa, hubo centenares de manifestaciones; unas en favor de la causa palestina; otras, en apoyo de la política israelí. Aquí, lejos de lo que ocurría en Estados Unidos, las diferencias en favor de los palestinos eran abrumadoras; el lunes 15 de abril, las agencias de noticias hablaban de 30 000 manifestantes en diversas ciudades de Alemania; 15 000, en Londres; 10 000, en Amsterdam y varios millares en Lisboa, Madrid, Ankara, Estocolmo… Más importantes habían sido las organizadas en Francia, donde, incluso, hubo conatos de antisemitismo e incendios en templos judíos. Al socaire de este clamor, en Túnez hubo un intento terrorista de destruir una sinagoga; en Kiev y en otras ciudades, se registraron pintadas amenazadoras de ese mismo signo. En Italia, división de opiniones: en la manifestación por la paz del 6 de abril, miles de italianos de izquierda, verdes, ecologistas y otros se manifestaron en favor de los palestinos bajo numerosos eslóganes; a la semana siguiente, lo hicieron también varios millares, bajo la consigna «Israel tiene derecho a vivir», los partidarios de la política de Tel Aviv, fundamentalmente conservadores, posfascistas de Fini y gente de Forza Italia.

Los judíos europeos experimentaron esa primavera una fuerte alarma, tanto porque no eran insensibles al clima antijudío que se estaba creando, como porque sentían la amenaza que pendía sobre Israel o, en muchos casos, porque no estaban de acuerdo con la política de Sharon. Stéfane Hessel, judío francés que escapó a los campos de concentración, combatió en la Resistencia y fue embajador de Francia, escribía un conmovedor alegato dirigido a los israelíes: «(…) ¡Atención!, el inmenso capital de simpatía acumulado por vuestros padres en la *Shoah* está a punto de desintegrarse y vosotros, sus

descendientes, no podréis beneficiaros salvo que retengáis la lección de tolerancia y de humanidad que debe nacer de su experiencia. Yo, que escapé a la deportación, tengo la imperiosa necesidad de denunciar una política cruel que constituirá un gran peso sobre la conciencia de los israelíes, mis hermanos, y de aportar mi apoyo a aquellos que trabajan valerosamente por la paz y la salvación del pueblo palestino[52]». Por las mismas fechas, se publicaba en Sudáfrica un manifiesto firmado por 300 judíos que condenaba la ocupación israelí de Palestina, y recordaba la apatía de la población alemana ante el Holocausto, concluyendo: «Permanecer callados ante el mal es aprobar el mal». Coincidía con ese documento la aparición de otros firmados por judíos bajo el eslogan «no en mi nombre»; por ejemplo, en Washington, una manifestación que pasó por la Casa Blanca, llevaba pancartas de este tenor: «Soy judío y quiero que Israel deje de matar palestinos». En California funciona un grupo denominado *Voz Judía*; a mediados de abril uno de sus líderes declaraba: «El hecho de que se genere violencia en un bando no es comparable en absoluto a la increíble violencia de Estado de los israelíes». John Carlin, cuya información he tomado para extraer estas opiniones, escribía: «Alrededor de dos tercios de los israelíes apoyan la ofensiva militar de Sharon en los territorios palestinos; es decir, queda un tercio que o bien se opone o no sabe qué pensar. Y dado el terror cotidiano con el que vive la población de Israel de saltar hechos pedazos en un atentado suicida, el que haya una tercera parte capaz de dudar que las represalias sean la respuesta más prudente demuestra una serenidad poco frecuente y una notable generosidad por su parte[53]». Puede decirse que en Europa el apoyo de la opinión pública a la causa palestina fue casi general —aunque los atentados suicidas causaran indignación y, luego, hartazgo y universal condena—. Eso, más el decidido apoyo europeo, salvó a Arafat[54] y obligó a Israel a levantar su asedio.

El ocaso del Rais

El 2 de mayo, tras 34 días de riguroso cerco y arresto domiciliario en su cuartel general de Ramala, Yasser Arafat quedó en libertad para moverse por los alrededores. Su paseo no fue triunfal, sino decepcionante. La aureola de heroísmo labrada gracias a su resistencia, a su negativa a capitular o a abandonar Palestina, se esfumó ante los compromisos que había adquirido para lograr salir de su reclusión. Sharon, probablemente, había conseguido al menos el objetivo de malherir políticamente al líder palestino.

Lo cierto es que le costó bastante. «Ya tenemos pruebas fehacientes de que Arafat es el impulsor de los atentados», decía una declaración

militar de mediados de abril. Dos semanas después, el primer ministro Ariel Sharon visitaba al presidente Bush, por sexta vez desde que iniciara su mandato 14 meses antes, y le entregaba un informe de cien páginas que pretendía demostrar esa vinculación entre Arafat y el terrorismo. El llamado *Libro del terror* carecía de pruebas irrefutables, tanto que los especialistas que asesoran al presidente norteamericano lo rechazaron como material de escasa contundencia. Poco después se filtraba a la prensa que, si los documentos eran auténticos —cosa no probada—, lo único que demostraba el informe era la patética soledad e impotencia del líder palestino, *«el soborno de sus lugartenientes, el reclutamiento de sus hombres por parte de sus rivales de Hamas y de la Yihad Islámica (…) Los textos sugieren que Israel lucha contra unos hombres que están fuera del control de Arafat desde hace mucho tiempo, que cuentan con más fondos que su Autoridad Palestina y que los agentes todavía leales a Arafat sólo pueden frustrar sus atentados deforma ocasional»*[55].

Sharon había fallado en su primer intento, pero no cejaría. Curiosamente, el líder espiritual de Hamas, jeque Ahmad Yassin, había permanecido sin ser molestado en su casa durante toda la primavera. A mediados de mayo, cuando un periodista le recordaba que Arafat había ordenado el cese de los atentados, Yassin replicaba: «*Me hubiera gustado oír a Arafat ordenar a los israelíes que no maten a más civiles palestinos. En la* intifada *han muerto ya 315 niños palestinos*». Es decir, el problema de Sharon con Arafat no era cuestión de terrorismo, sino de odio personal. La que fue secretaria de Estado norteamericana, Madeleine Albright, declaraba: «*Sharon y Arafat son dos viejos obstinados, enfrentados por un odio que ha durado toda su vida y que combaten en un escenario donde mueren centenares de personas*[56]».

Las causas del derrumbamiento del Rais fueron numerosas. Primero, las consecuencias de la ruina causada por Israel; Arafat, aparte de acusar a Sharon de fascista, no podía proporcionar trabajo, dinero, alimentos, planes de reconstrucción a su pueblo. Durante semanas, en una u otra ciudad palestina, surgieron manifestaciones acusando a la Autoridad Nacional de corrupta. «*¡Ladrones, ladrones!*», clamaba una manifestación en Gaza; uno de los manifestantes decía: «*Cuando comenzó la intifada nos prometieron que se nos compensarían los sueldos no percibidos al perder el trabajo en Israel. Yo entonces ganaba 300 shekels por día y, desde entonces, sólo se me han dado 800 shekels*[57]». Luego, las presiones israelíes y norteamericanas para convertirse en un interlocutor válido para ellos, le obligaron a tomar decisiones políticas que cuartearon la estructura interna de su organización. Le pidieron algo a lo que no se podía negar: democratización. Arafat se apresuró a

anunciar una profunda reforma en las estructuras de la ANP: elecciones a comienzos de 2003; disolución del Gobierno y formación de un nuevo Gabinete; aprobación de la Constitución palestina —por cierto, con cuatro años de retraso—; reforma de los servicios de seguridad, con la destitución de algunos altos responsables acusados de inoperancia o corrupción, lo que provocó una auténtica sublevación en algunos servicios policiales. Esa buena voluntad sirvió de poco: los israelíes no se lo creyeron —por lo menos mientras no se marchara el propio Arafat, según afirmaba Sharon—; los demócratas palestinos, tampoco. Personajes sólidamente instalados se revolvieron contra sus destituciones; los terroristas, a lo suyo, a cometer espantosos atentados en Israel, que provocaban una espiral de represalias y desprestigiaban más a Arafat —por su impotencia para evitarlos— ante Estados Unidos y daban armas a Sharon para presionar más al líder palestino, destruyendo su cuartel general e, incluso, sus habitaciones privadas.

Si la primavera había comenzado con el ataque a sus oficinas, terminaba con el Rais desencajado, con los ojos saliéndosele de las órbitas a causa de la indignación y el asombro, contemplando su propia cama cubierta de escombros. El cuartel general de la Autoridad Palestina quedaba definitivamente destruido. Sharon conseguía uno de sus propósitos. El presidente Bush le iba a dar una alegría días después, cuando propuso la inmediata creación de un Estado Palestino, pero sin Arafat[58].

Pese a su digna respuesta, «será mi pueblo quien elija libremente a su líder», el Rais parecía sentenciado. Para entonces, se había comenzado a erigir una muralla entre los territorios palestinos y los israelíes, seguramente tan inútil como representativa del fracaso para llegar a una solución negociada. A finales de junio, la Cumbre del G-8, que reunía en Canadá a los países más ricos de la tierra, terminó dominada por el Plan Bush, que está por verse en qué consiste, ya que la única propuesta novedosa es la defenestración de Arafat. Es decir, el conflicto palestino-israelí capitalizó la política, la prensa, la calle y la economía del mundo occidental durante la primera mitad del año y toda esa tremenda fuerza y actividad terminó como el parto de los montes: si se va Arafat, acaso podría iniciarse otro proceso semejante al de Oslo… Mientras, en la *Tierra Prometida* y en la tierra expoliada, se seguía muriendo.

La tierra prometida

Jehová le dijo a Abraham: «Vete de tu tierra, abandona tu familia y sal de la casa de tus padres hacia la tierra que te mostraré y haré de ti una nación grande[59]». La promesa al patriarca Abraham se sitúa hacia el año 2200 a. C. Según la narración bíblica, Abraham, seguido por su familia y rebaños, debió de partir de algún lugar del norte de Siria y fue descendiendo hacia el suroeste hasta asentarse en tierras de Canaán, cuyos límites geográficos corresponderían aproximadamente a los de la actual Palestina. Su familia y su descendencia convivieron allí durante siglos con otros pueblos. La relación debió de resultar inicialmente bastante pacífica, registrándose sólo las migraciones requeridas por el nomadismo pastoril o por las hambrunas periódicas que azotaban aquellas tierras, una de las cuales obligó a Abraham a trasladarse a Egipto. Sólo una vez en la vida del patriarca se habla de lucha: cuando Abraham se enteró de que su hermano Lot había sido apresado, armó a su familia y criados, derrotó al enemigo y le rescató.
Hasta ese punto rastrea la Biblia la estirpe de Abraham. El concepto de pueblo hebreo nació a partir de Jacob, en torno al año 1800 a. C. Otra hambruna obligó a los hebreos a emigrar hacia Egipto; su vida en las tierras del delta del Nilo debió de ser fácil, puesto que no regresaron al terminar la penuria. Hacia el año 1600 a. C., a consecuencia de las continuas guerras de los egipcios con hicsos e hititas —pueblos asiáticos y semitas, como los hebreos— la existencia de los descendientes de Jacob comenzó a atravesar por dificultades, hasta el punto de que terminaron reducidos a la esclavitud.
En ese momento los hebreos comienzan a cobrar conciencia de pueblo y entre ellos surge un caudillo: Moisés. Según el texto bíblico, Moisés,

judío educado entre la aristocracia egipcia, recibió de Jehová el mandato de sacar a su pueblo del cautiverio y de conducirlo a la Tierra Prometida. Siempre de acuerdo con el *Antiguo Testamento*, las doce plagas terminaron con la resistencia egipcia a desprenderse de aquellos esclavos. El retorno a Palestina debió de producirse en torno al siglo XII a. C.

Tras su accidentado y largo retorno a través del Sinaí, los hebreos disponían de una religión monoteísta estrictamente reglamentada, de una fuerte cohesión en torno a ella y de una sólida estructura política. Era, en suma, un pueblo poderoso que, unido a otras tribus de su mismo origen que habitaban en la región, pudo adueñarse de la mayor parte de Canaán. Eso explica, intervención divina al margen, que en pocos años —siete, número simbólico, dice la Biblia— el pueblo hebreo consiguiera adueñarse de toda Palestina, que por entonces era un territorio bastante poblado y disputado por naciones poderosas, llevando sus limites hasta el Éufrates, para lo que debieron vencer a 31 reyezuelos pertenecientes a seis pueblos distintos. El reparto de la tierra de Canaán entre las doce tribus de Israel muestra que la antigua Palestina abarcaba desde Damasco, por el Norte, hasta la convergencia de los desiertos del Sinaí y Arábigo, por el Sur. Comprendía toda la franja costera, incluyendo parte del actual Líbano por el Oeste y se adentraba, por el Este, en el desierto transjordano, hasta más allá de Ammán. Puede estimarse, pues, que se trataba de un territorio de unos 90 000 kilómetros cuadrados, superficie que triplica la de la Cisjordania partida por la ONU en 1947.

A aquel periodo de conquista siguió otro de asentamiento, salpicado por numerosas guerras con sus vecinos moabitas, madianitas y filisteos, como consecuencia de las cuales sobrevendría el periodo más brillante de la historia antigua de Israel: la Época de los Reyes, que se inició con Saul y tendría su máximo apogeo expansivo con David[60]. Salomón, el rey sabio, llevó a Israel a su máximo esplendor, poder y riqueza, pero con él se inició, también, el declive. Aquel reino creado y engrandecido durante los siglos X y IX a. C. comenzó a agrietarse a causa de las disensiones dinásticas de los sucesores de Salomón: diez de las tribus crearon el reino de Israel, al Norte, con capital en Siquem; las tribus de Judá y Benjamin fundaron el reino de Judá o del Sur.

Ésa es la versión de la Biblia y ésa es la leyenda épica del pueblo judío, tenida por «histórica» hasta hace pocas décadas. La investigación histórica y arqueológica recientes desmontan buena parte de esa construcción reduciéndola a un hermoso mito pleno de contenido espiritual[61]. Thomas F. Thomson escribe: «No existe

evidencia alguna de una Monarquía Unida, ni de una capital en Jerusalén, ni de ninguna fuerza política unificada coherente que dominara la Palestina occidental (…) No tenemos evidencias de la existencia real de reyes llamados Saul, David o Salomón ni de ningún templo en Jerusalén en este periodo. Y lo que sabemos de Israel y Judá en el siglo X a. C. no nos permite interpretar esta falta de evidencia como un vacío en nuestro conocimiento sobre el pasado, un mero resultado de la naturaleza accidental de la arqueología. No hay espacio, ni contexto, artefacto o archivo que apunte a las historias contenidas en la Biblia sobre la Palestina del siglo X a. C. Uno no puede hablar históricamente de un Estado sin una población, ni puede hablar de una capital sin una ciudad. Las historias solas no son suficientes[62]». El arqueólogo Israel Finkelstein asegura: «Los hebreos nunca estuvieron en Egipto —al menos como pueblo—, no deambularon por el desierto, no tomaron la Tierra Prometida. Los reinos de David y Salomón, descritos por la Biblia como potencias regionales, no eran más que pequeños reinos tribales[63]». El también arqueólogo israelí, Ze'ev Herzog, remacha: «Los actos de los patriarcas son pura leyenda»; sobre la conquista de la Tierra Prometida al regreso de Egipto, asegura: «A medida que más y más ciudades han sido excavadas, la conclusión de los arqueólogos ha resultado inevitable: no existen bases fácticas que respalden la versión de una conquista militar de Canaán»; sobre la naturaleza de las antiguas poblaciones excavadas precisa: «Se trataba de asentamientos no fortificados que, en el mejor de los casos, consistían en unas pocas estructuras o en el palacio del gobernante, más que en una verdadera ciudad[64]». El historiador Nadav Na'aman está de acuerdo con lo anterior: «Resulta evidente que la mayoría de las narraciones de conquistas carecen de fundamentación histórica. A fin de darle verosimilitud a su historia, el autor copió las grandes líneas del relato de otros acontecimientos concretos tomados de la historia de Israel[65]».

El historiador alemán Manfred Clauss, aunque muy pegado al relato bíblico, reconstruye, por ejemplo, cómo se pudo fabricar la leyenda de Moisés: «La huida de unos hebreos de Egipto se convertiría en el jalón fundamental de su historia, ya que, a pesar de las habituales experiencias de fracaso, en este caso se consiguió huir. Los carros de combate egipcios eran bien conocidos entonces y, ciertamente, resultaba casi imposible escapar de ellos. Que los hebreos lo consiguieran fue como un milagro y lo milagroso se fue adornando cada vez más. Pronto no sólo se había conseguido huir de los soldados egipcios, sino que, además, se les había vencido. Aunque no cabía

duda alguna sobre la ayuda divina, la historia exigía un vencedor humano: así apareció en escena la figura de Moisés, alrededor del cual se fueron tejiendo cada vez más relatos a lo largo de los siglos. Con el tiempo, la victoria sobre los egipcios no sólo se fue embelleciendo cada vez más, sino que, además, se difundió. ¿Qué otra cosa podían contar de su historia unos nómadas y, más tarde, unos agricultores?»[66].

Es decir, en toda la narración que nos ha legado la Biblia apenas existen asuntos históricos probados, al menos hasta épocas relativamente recientes, como la babilónica, la griega y la romana; lo anterior, casi todo es leyenda[67], aunque en lo que se refiere a los modos de vida y a la mentalidad, seguramente se ciñe bastante a la realidad existente.

Entonces, ¿de dónde proceden los judíos? La teoría más aceptada es que se trata de un heterogéneo conglomerado que se asentó en las tierras de Canaán hacia los siglos XII y XI a. C. procedente de la gran turbulencia originada en el Próximo Oriente por la hambruna micénica, que lanzó hacia las tierras más prósperas de Mesopotamia a numerosos pueblos amenazados de extinción. Aquella crisis coincidió con las invasiones de los Pueblos del Mar, que amenazaron Egipto y terminaron con el apogeo hitita, lanzando a este pueblo y a sus vecinos hacia esta región. Paulatinamente, los recién llegados se amalgaman con los nativos y los «diferentes grupos cristalizaron en un largo y gradual proceso. Las afiliaciones étnicas y las identidades nacionales emergieron en una fase posterior del proceso, con el surgimiento de nuevos marcos políticos (…) Israel no existió hasta el siglo XI a. C. (…)» y su nacimiento «no fue un episodio único, metahistórico en la historia del pueblo elegido, sino más bien parte un proceso mucho más amplio que tuvo lugar en el Antiguo Oriente Medio[68]».

«El año que viene, en Jerusalén»

Sea como fuere la evolución durante esa época oscura, en el siglo VIII a. C. tribus que se identifican como hebreas crearon el reino de Israel, al Norte, con capital en Siquem, y otras, emparentadas con ellas, fundaron el reino de Judá o del Sur, con Jerusalén como capital. Su pujanza y prosperidad debieron ser modestas, pues vecinos engrandecidos, como Asiria y Babilonia, terminarían en poco tiempo con el dominio hebreo sobre la región. En sucesivas campañas, Asiria arrebató a Israel las tierras del Norte y esclavizó y deportó a sus habitantes hacia Mesopotamia. Israel desapareció como reino en el 721 a. C., mientras Judá resistió a duras penas el empuje asirio, aunque no pudiera hacer lo mismo con la nueva potencia hegemónica

de la zona, Babilonia, que en el año 587 a. C., bajo el reinado de Nabucodonosor, conquistó y destruyó Jerusalén y el Templo erigido por Salomón, según asegura la cuestionada versión bíblica. Los hebreos de los reinos del Norte y del Sur quedaron unificados por el cautiverio babilónico y comenzarían a ser conocidos como judíos, sin distinción de tribus. Según algunas fuentes no serían más de 150 000 entre los deportados, los que pudieron permanecer en Palestina y los que optaron por huir a Egipto. En el año 539 a. C. Persia dominó Babilonia y, un año después, gracias al edicto de Ciro II, se produjo el último gran retorno judío a la Tierra Prometida en época antigua.

Fue en aquel lapso de 48 años cuando se manifestó toda la madurez adquirida por el pueblo judío como grupo político-religioso. Por un lado, la esclavitud y la deportación no lograrían cambiar su fidelidad religiosa, sino que ésta se acrisoló en aquellas duras pruebas; por otro, comenzó a mostrarse entonces la proverbial disposición judía para adaptarse a todas las situaciones e, incluso, para sacar provecho de la adversidad. La cautividad de los judíos en Babilonia y su dispersión por Oriente no les haría olvidar la Tierra Prometida, sino que arraigaría en ellos un sentimiento indestructible de nacionalidad, asentada sobre un territorio reducido, conflictivo y que, lejos de *manar leche y miel*, resultaría bastante árido y pobre. En aquellos destierros se acuñó la promesa del retorno: *El año que viene, en Jerusalén*, se decían —y aún lo hacen— al celebrar la Pascua fuera de Palestina; dos mil quinientos años no han restado vigor a la fórmula. Al edicto de Ciro II sucedió una época de reconstrucción de Israel, favorecida por Artajerjes y Jerjes I de Persia. Jerusalén, sus muros y puertas, fueron reconstruidos y reedificado el Templo. Sin embargo, el pueblo judío no pudo conseguir su unidad e independencia políticas. Las luchas religiosas y las diferencias tribales les impidieron sacudirse el yugo persa, Imperio del que fueron tributarios durante dos siglos. Alejandro Magno integró la región en su efímero Imperio macedonio, comenzando en el siglo IV a. C. la helenización de Palestina, que quedó incluida en el reino egipcio de Tolomeo cuando murió Alejandro y sus generales se repartieron sus posesiones. Pero tampoco esta situación fue muy duradera, pues Palestina pasó a poder del reino sirio de Antíoco III el Grande, vencedor de Tolomeo V Epifanes en Panion, en el 199 a. C.

El puño sirio fue más pesado que el egipcio. Antíoco IV, a fin de controlar más estrechamente la región, intentó una mayor helenización del pueblo judío, para lo que comenzó por imponer un Sumo Sacerdote prohelénico. Ante la negativa judía a cumplir sus disposiciones, Antíoco IV proscribió la religión mosaica, decretó el

politeísmo y saqueó el Templo, atropellos que originaron la sublevación de los macabeos, último intento antes de Cristo de crear un reino israelita[69] independiente. Judas Macabeo protagonizó aquella efímera grandeza con sus victorias sobre los generales seléucidas enviados a someterle, y consiguió erigir el reino asmoneo. Pero muerto Judas estalló nuevamente la división interna: los defensores de la pureza religiosa mosaica, conducidos por Jonatán y Simon Macabeo, hubieron de combatir simultáneamente contra los sirios y contra los judíos helenizantes, sin que sus éxitos militares lograran una auténtica consolidación política.

El pueblo errante

Sus descendientes continuaron dependiendo de Siria y, cuando ese reino fue incorporado a las posesiones de Roma, Palestina siguió la misma suerte. En el año 63 a. C. el cónsul romano Pompeyo el Grande hizo su entrada en Jerusalén y, para terminar con las luchas dinásticas existentes por entonces, nombró a Hircano II, uno de los pretendientes al trono, Sumo Sacerdote —sin título de rey— y responsable ante Roma; pero su autonomía fue mínima, pues dependía directamente de la provincia de Siria. El final de la familia asmonea llegó en el 37 a. C., cuando el Senado romano designó rey de Judea a un príncipe idumeo, Herodes. Este gentil promovió el último fulgor antiguo de Israel: se convirtió al judaísmo, reconstruyó el Templo y realizó importantes obras públicas que le merecieron el título de Grande, otorgado por los judíos, y se ganó la confianza de Roma, a la que sirvió hasta su muerte, en el año 4 a. C. Durante su reinado nació Cristo[70].

Los primeros intentos judíos por sacudirse el yugo de Roma se produjeron en la época del reinado de Calígula, quien confió el gobierno a Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, que tuvo poderes similares a los de su abuelo. Tras su muerte, Palestina quedó definitivamente bajo control directo de procuradores romanos, lo que la convirtió en provincia del Imperio en época de Claudio. El gobierno despótico de los procuradores romanos y su carencia de tacto en asuntos religiosos, al exigir culto al emperador, promovieron la sublevación de los zelotas, en el año 66 d. C., que consiguieron importantes éxitos militares contra las guarniciones romanas de Palestina y Siria. La rebelión alcanzó tanto relieve que Nerón envió a Palestina a uno de sus mejores estrategas, Vespasiano, al frente de 50 000 hombres.

El general, empleando magistralmente el tan romano *Divide y vencerás*, fue aplastando poco a poco la resistencia en Galilea, pero sufrió tantas bajas que no pudo lanzarse directamente sobre Jerusalén. Mientras

recibía refuerzos y preparaba su ejército para una nueva campaña, fue proclamado emperador por las legiones y hubo de regresar a Roma para hacerse cargo del poder. Al frente de la campaña de Palestina se quedó su hijo, Tito, que reunió un ejército de 80 000 hombres con el que avanzó sobre Jerusalén en el año 70 d. C.

Pese a la desproporción de fuerzas, el asedio se prolongó cuatro meses, al cabo de los cuales los romanos lograron penetrar dentro de los muros de Jerusalén: los defensores fueron pasados a cuchillo, la ciudad y el Templo incendiados, y unos 50 000 judíos deportados y en gran parte vendidos como esclavos. Palestina quedó despoblada, pues a las deportaciones debe añadirse que los cuatro años de guerra habían ocasionado cerca de 100 000 víctimas.

Superando la inmensa calamidad de aquella guerra, aún quedaron en Palestina núcleos de población judía dispersos en pequeñas comunidades campesinas que, poco a poco, fueron reconstruyendo el hogar judío en un periodo de relativa calma durante el que la actividad política —prohibida por Roma— fue sustituida por la religiosa. Mas de las escuelas religiosas volvió a surgir la llama de la independencia, que se encamó en Simon Bar-Kojba —el hijo de la estrella— en el año 132 d. C. La sublevación estalló cuando el emperador Adriano decidió reconstruir Jerusalén como ciudad romana, rebautizándola *Aelia Capitolina*. La guerra fue tan sangrienta que el historiador Dión Casio elevó a medio millón el número de víctimas; la cantidad está extraordinariamente exagerada, pues resulta seguro que la población de Palestina era inferior a esa cifra, pero es reveladora de la violencia de la lucha. Con todo, fueron peores las represalias ordenadas por Adriano, que decidió terminar de raíz con los conflictos de la zona, de gran importancia estratégica para el Imperio. La mayoría de la población fue deportada; la zona del Templo fue consagrada a Júpiter y Venus; se prohibió la práctica de la religión mosaica, la circuncisión, la fijación del calendario hebreo, la celebración y observancia del sábado, el funcionamiento de las escuelas de doctores; la entrada de judíos en Jerusalén llegó a estar castigada con la pena de muerte.

Los años de la diáspora

El cumplimiento estricto de las leyes de Adriano hubiera significado a buen seguro el fin del pueblo hebreo, pues falto de su cohesión religiosa nada hubiera podido ya mantener el vínculo nacionalista de varios cientos de miles de judíos dispersos por todo el Imperio romano, la mayoría de los cuales había nacido fuera de Palestina. En la Tierra Prometida apenas quedaron 50 000 israelitas cuyo poder y cultura fue decayendo con el Imperio romano, hasta que Palestina se

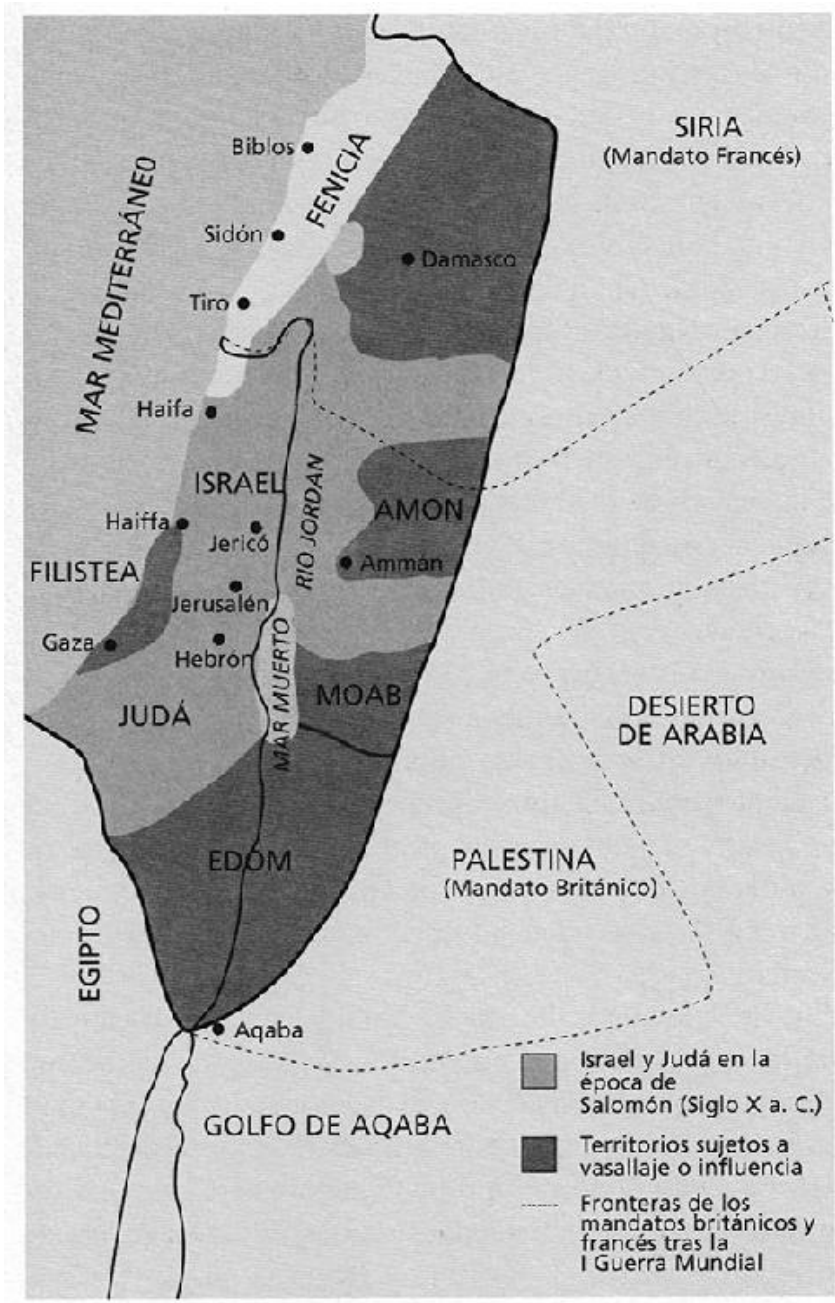
convirtió en un enclave pobre y olvidado de Bizancio.
Sin embargo, la ley mosaica continuó practicándose en la clandestinidad, y los estudios religiosos, así como la ordenación de rabinos, siguieron en secreto, lejos de los centros urbanos, de la policía y de los soldados de Roma, para mantener el sigilo y evitar los castigos. Las autoridades religiosas arbitraron, además, nuevas leyes para poder sobrevivir en aquellos tiempos difíciles: primero, la importancia del estudio era superior a la propia observancia de las leyes, pues el conocimiento de la *Tora*[71] llevaría a la obediencia de los preceptos religiosos, mientras la observancia ciega, carente del conocimiento legal, hubiera terminado por convertir el judaísmo en una religión sin significado. Segundo, el mandato de conservar la vida; sólo en tres ocasiones debería morir un judío antes de ceder: ante la idolatría, el adulterio y el sacrificio de sangre inocente; todas las demás leyes judaicas podían ser vulneradas en caso de peligro de muerte.
El estudio y la práctica de la ley mosaica, unidos a la flexibilidad religiosa en tiempos de persecución, permitieron la supervivencia del pueblo hebreo, que en el ocaso de Roma estaba establecido en todo el Mediterráneo y se extendía por Oriente, desde la península Arábiga hasta Persia, donde muchos judíos se habían asentado antes de las deportaciones romanas. Y en cada una de aquellas familias, el día de la Pascua, se repetía: *El año que viene, en Jerusalén*.
Mientras tanto, Jerusalén había perdido importancia y las comunidades judías que seguían en el país estaban formadas por paupérrimos agricultores en el interior y por comerciantes en las poblaciones costeras, que apenas conservaban el recuerdo de pasadas grandezas. Dicen que cuando los persas penetraron en Palestina en el año 614 había en la región unos 250 000 habitantes, de los cuales sólo una quinta parte era judía y el resto descendía de otros pueblos que habían vivido allí: filisteos, edomitas, moabitas, árabes, fenicios, etcétera. La actividad en la región se animó un tanto con la conquista musulmana. Palestina volvió a ser tierra de paso para los ejércitos que se movieron camino de Egipto y el norte de África: volvió el movimiento portuario, comercial, caravanero; nacieron nuevas ciudades y otras recuperaron la vida, pero la importancia de la población judía era escasa por su número y por su marginación política, al ser, simplemente, tolerada.
La vida de los judíos en la diáspora medieval no fue uniforme. En un mismo momento histórico atravesaban su edad de oro en la península Ibérica, bajo dominio musulmán, y eran fieramente perseguidos en Francia e Inglaterra, que organizaban las Cruzadas. En general, puede

decirse que los judíos gozaron de prosperidad en las zonas dominadas por los musulmanes, que les gravaron con los pesados impuestos requeridos a los infieles que habitaban sus reinos, pero que les permitieron y aún favorecieron sus habituales ocupaciones comerciales, médicas e intelectuales. Hubo, también, persecuciones, pero en muy contados momentos. En los reinos cristianos recibieron un trato muy desigual: hubo momentos en que acapararon el comercio y las finanzas y que fueron médicos, geógrafos o administradores de nobles y reyes y en otros fueron perseguidos, y expulsados o asesinados. Su religión diferente, la observancia sabática, sus hábitos alimentarios, su sociedad endogámica, el estigma de la crucifixión de Cristo, la envidia que promovía su frecuente prosperidad social, el odio despertado por alguna de sus profesiones habituales —como la de prestamista— les hicieron víctimas propicias en los momentos de las catástrofes naturales, de las grandes epidemias, de las malas cosechas o de gran parte de los tumultos sociales de la Edad Media en la Europa Occidental; en la Oriental, los estallidos antisemitas se prolongarían hasta el siglo XX.

En medio de tales vicisitudes, el disperso pueblo judío incrementó paulatinamente su número y su influencia, mantuvo su religión, su cohesión interna y prácticamente no se mezcló con las gentes de los países donde vivía. El deseo del retorno siguió vivo, pero la frase *El año que viene, en Jerusalén* se fue haciendo cada vez más ritual, más distante de la posibilidad práctica. De hecho, no parece que los judíos hubieran tenido impedimentos insalvables para regresar a Palestina en la época califal, aunque la reconstrucción política de Israel hubiera sido asunto más problemático que el simple retorno.

En tiempo de las Cruzadas, de los siglos XI al XIII, hubo algunos judíos que regresaron, pero no por móviles religiosos o intenciones de restaurar el reino de Israel, sino por motivos comerciales. Fueron aquellos años muy duros para los judíos: el fervor cruzado motivó persecuciones contra ellos (calificados como deicidas) tanto en Europa como en Palestina. No fue mejor la época del dominio mameluco, siglos XII al XVI, sobre Palestina, donde los judíos fueron perseguidos y algunos volvieron a elegir el exilio. Pero hubo también ciertos retornos, como el de un grupo de rabinos que en el siglo XV fundó en Safed un centro de estudios judaicos. A finales de ese mismo siglo, un judío español —sefardita, es decir, de Sefarad, España— Josef Nassi, expulsado por los Reyes Católicos, condujo a sus discípulos hasta el lago de Tiberíades, donde fundó una colonia agrícola… Tales retornos tuvieron una importancia poco más que simbólica y en esa época la población judía en Palestina apenas alcanzaría las seis mil almas. Y

cuatro siglos más tarde, tras múltiples vaivenes, las cosas no habían mejorado. El viajero y espía español Domingo Badía, Ali Bey el-Abbasi, escribía de aquella Palestina que visitó a comienzos del siglo XIX: «Comúnmente se habla el árabe en Jerusalén; también se usa el turco. Cuéntanse en Jerusalén más de 7000 musulmanes, y de ellos 2000 en estado de tomar las armas, y más de 20 000 cristianos de diferentes ritos: maronitas, griegos reunidos, griegos cismáticos, católicos romanos y latinos, armenios, etcétera. Los judíos son en corto número». A lo largo del siglo no aumentaría mucho la presencia hebrea, contándose en 1880 una población máxima de 25 000 judíos en aquella región del Imperio otomano denominada *Bilad al-Cham*, que comprendía los territorios actuales de Siria, Jordania, Líbano y Palestina, esto es, la Gran Siria, controlada por gobernadores con sede en Damasco, Hama, Alepo, Beirut, Acre, Nablús y Jerusalén. Estas tres últimas gobernadurías formaban Palestina, es decir Cisjordania (territorio al oeste del Jordán) y Transjordania (al este del río).



La vida de los judíos, durante diecinueve siglos de dispersión, no conducía al retorno sino que cada vez estaba más afincada en los países de nacimiento o en las nuevas tierras de descubrimiento y colonización. Así, mientras se registró, a lo largo de la Edad Media, una corriente migratoria hebrea hacia el este de Europa, en el siglo XIX la emigración judía se dirigió, preferentemente, desde el Imperio ruso

hacia América, donde eran bien acogidos por aquellos países que acababan de conseguir su independencia. Estados Unidos comenzó a ser muy pronto la nueva *tierra prometida*: a lo largo del siglo XIX se afincaron allí unos tres millones de judíos. Latinoamérica fue también su meta: sólo el barón Hirsch, rico banquero y mecenas de origen semita, entregó más de 20 millones de dólares —cifra formidable en aquella época— para que se establecieran allí los emigrantes judíos que lo desearan.

Estaba claro que la unidad religiosa, la cohesión nacional y el fuerte apoyo comunitario mostrado por el pueblo hebreo durante casi dos mil años de dispersión, a lo sumo podían mantener vivo el deseo del retorno, pero se precisaba una filosofía y una lucha de tipo político para conseguir ese regreso a la tierra de Abraham. Eso surgió ya hace algo más de un siglo.

Der Judenstaat: nace el sionismo

A finales de febrero de 1896, se publicaba en Viena un pequeño libro, titulado Der *Judenstaat (El Estado judío)*. Aquella obrita, aparentemente insignificante, se tradujo rápidamente del alemán al francés y, luego, al inglés y en pocos años pondría en marcha el sionismo (de Sión, uno de los montes de Jerusalén). Su autor era un periodista austro-húngaro de origen judío, que vivió en París, como corresponsal del diario vienés *Neue Freie Presse*, el proceso y la degradación de Dreyfus.

Alfred Dreyfus, capitán de Estado Mayor del Ejército francés, fue implicado en un asunto de espionaje y condenado a la degradación y a la cárcel. El origen judío de Dreyfus fue determinante para la condena, basada en simples pruebas circunstanciales. Esto originó un escándalo de formidables proporciones en Francia, con repercusiones en Europa entera. En aquellos meses (octubre 1894-enero 1895), Herzl, conmocionado por la evidente injusticia que se estaba cometiendo y por las pasiones antijudías que podían palparse en gran parte de la sociedad francesa, escribió *Der Judenstaat*.

«Durante los dos últimos meses de estancia en la capital francesa escribí mi libro, *Der Judenstaat*. No recuerdo haber escrito jamás en un estado de exaltación semejante al que conocí cuando compuse esta obra. Heine decía que él oía el batir de alas de águilas cuando escribía ciertos versos. También yo lo oí escribiendo este libro».

Proponía el retorno a Palestina y la fundación de un Estado judío, donde los hijos de Israel se sintieran seguros y no sufrieran las discriminaciones y persecuciones que aún eran frecuentes en la Europa de las postrimerías del siglo XIX. Las repercusiones de esta obra fueron inmediatas. Año y medio después de aparecer la obra se reunía

el primer congreso sionista; ocho años más tarde, cuando falleció Herzl, ya había 70 000 colonos judíos trabajando en Palestina.

Pero es necesario comenzar la historia del retorno judío un poco antes. La filosofía del regreso a la Tierra Prometida comenzó a fraguarse entre los judíos tras la Revolución Francesa, a principios de la Revolución Industrial. Ambos fenómenos, unidos a las persecuciones, reavivaron el deseo del retorno. Uno de sus primeros antecedentes se encuentra a comienzos del siglo XIX en Thorn, Prusia Oriental, donde vivía el rabino Zwi Hirsch Kalischer, prestigioso talmudista y autor de la obra *Drishat Sion (La búsqueda de Sión),* en la que pretendía demostrar que la salvación de los judíos no llegaría de la mano de un Mesías —más un símbolo que una encarnación— sino de manera natural, regresando a Palestina. Como ésta era una región pobre y escasamente poblada, Kalischer proponía la creación de un fondo judío que patrocinase la creación en ella de escuelas agrícolas a las que acudieran cuantos judíos de todo el mundo lo desearan. El rabino y sus discípulos fundaron la organización *Hibbat Sión (El amor de Sión),* cuyo objetivo era promover el retorno y la fundación en Palestina de colonias agrícolas, cuyas comunidades se sintieran en su propia tierra. En su ideario no aparecía la creación de un Estado. El siguiente peldaño en la idea del regreso lo puso el libro *Roma y Jerusalén, la última cuestión de los nacionalistas*, escrita por Moses Fless (1812-1875), periodista judeo-alemán afincado en Francia que, tras haber experimentado en su propia carne los prejuicios antijudíos, trató de demostrar en su obra que, si bien la Revolución Francesa había proclamado la libertad de la persona, era imprescindible una segunda revolución que lograra la liberación colectiva de los grupos nacionales, única capaz de colmar las aspiraciones igualitarias de los hombres.

Avance importante en la filosofía del retorno fue un pequeño opúsculo, publicado en 1882: *La autoemancipación; llamamiento de un judío a sus hermanos*, obra del médico judeo-ruso Leo Pinsker, que durante muchos años había luchado por la plena integración de los judíos en los países donde estuvieran afincados. Pinsker cambió rotundamente de idea tras la oleada de pogromos que padecieron los hebreos en Rusia durante la segunda mitad del siglo XIX y en su obra, tras analizar la lamentable situación que padecía su pueblo en aquel país, propugnaba la necesidad de tener un Estado propio porque «los judíos desempeñan el papel de invitados en los pueblos extranjeros; invitados que carecen de medios para devolver la invitación, puesto que no tienen un territorio propio… por lo que terminan siendo molestos y, al final, perseguidos».

El éxito de La *autoemancipación* fue clamoroso, pues su publicación se produjo inmediatamente después del asesinato del zar Alejandro II, en 1881, que dio lugar a una dura represión, pagada en parte por los judíos. Comunidades enteras emigraron a Estados Unidos o a Europa Central, pero en Jarkov los seguidores de Pinsker decidieron quedarse y crear la organización *Bilú*, cuya finalidad era el establecimiento de colonias agrícolas en Palestina, a donde lograron enviar medio millar de labradores en los años ochenta.

Paralelamente, el propio Pinsker fundaría los grupos denominados *Hovevei Sion (Amantes de Sión)* que comenzaron a enviar voluntarios a Palestina, donde recibían adiestramiento agrícola en una escuela fundada en 1870 por la Alianza Israelita Universal de París. Otro logro importante de los *Amantes de Sión* fue la Conferencia de Kattowitz (ciudad entonces alemana y hoy polaca) celebrada el 12 de noviembre de 1884. Aquella asamblea fue un rotundo éxito, pues promovió más de 5000 migraciones hacia Palestina en los años siguientes.

Pese a su importancia, más simbólica que efectiva, estos movimientos serían meros precursores del sionismo que, con su carga de colonialismo político, de nacionalismo y de socialismo, conmocionaría a los judíos del mundo entero.

En la época del Congreso de Kattowitz se licenciaba en Derecho, en Viena, el joven Theodor Herzl, mucho más preocupado en aquellos momentos por terminar con éxito sus estudios y hallar un puesto de trabajo como pasante en un buen bufete de abogados que por los problemas del pueblo judío. Nacido en Budapest en 1860, se había trasladado a Viena con su familia cuando contaba dieciocho años; en la capital del Imperio austrohúngaro estudió su carrera y en ella aprendió, también, lo que significaba ser judío, aunque por aquel entonces no parecían existir graves prejuicios antisemitas en Austria.

Herzl sufrió zancadillas, rechazos y puertas cerradas ante su pretensión de ejercer como abogado, por lo que recurrió para ganarse la vida a escribir obrillas teatrales sensibleras y decadentes que tuvieron cierto éxito entre el público más popular. Casado en 1889, hubo de recurrir a un trabajo más lucrativo para sacar adelante a su familia y lo halló, tal como se ha apuntado, en el *Neue Freie Presse*, que le envió a París en 1891… «En París tuve ocasión de aprender lo que el mundo entiende por política y al respecto he expuesto mis ideas en mi libro *Le Palais-Bourbon*». Y en París tendría ocasión de consagrarse como corresponsal de prensa con el proceso del capitán Dreyfus y de descubrirse como profeta del retorno a Sión con su libro *Der Judenstaat*.

Esta obra, sin estar dotada de gran firmeza ideológica —se nutre del

nacionalismo decimonónico tan en boga en los imperios austrohúngaro, ruso y otomano— tiene una indudable fuerza polémica, es original y, a la vez, amalgama las ideas anteriores sobre el retorno a la Tierra Prometida. Muchos críticos se han admirado de que un escritor de escaso relieve, como era el caso de Herzl, fuese capaz de alumbrar un libro tan apasionado y convincente. En él, como antes hiciera Leo Pinsker, analiza la situación del pueblo judío, el antisemitismo reinante, la necesidad de la emancipación judía, la creación de un Estado propio, el retorno a Palestina… «donde la vegetación es tan pobre hoy, han brotado ideas que han dado vuelta a la Humanidad y por ello nadie puede negar la existencia de lazos imprescriptibles entre esa tierra y nuestro pueblo». El sionismo que Herzl propugnaba era, pues, político, ya que proponía la creación de un Estado erigido sobre bases políticas y diplomáticas, de interés no sólo para los judíos, sino también para la comunidad internacional. *El Estado judío* conmocionó las comunidades hebreas de Europa. En Rusia fue acogido con hostilidad, pues creyeron que trataba de oponerse a Pinsker; los grandes millonarios judíos, como los Rothschild, Montefiore, Visotski o Hirsch, con cuyas ayudas contaba para financiar la idea, cerraron sus cajas fuertes porque se sintieron desbordados por la idea sionista o porque habían ya levantado bandera político-económica para establecer un hogar judío en alguna zona del mundo más rica y rentable que Palestina.

Superando el rechazo de los poderosos, Herzl acometió la obra de reunir un congreso sionista. También en esto hubo de vencer dificultades importantes: eligió Múnich, pero los judíos bávaros le rechazaron pues *eran buenos alemanes y querían seguir siéndolo*. Por fin, el 29 de agosto de 1897 se reunió en Basilea el primer Congreso Sionista, con la asistencia de un centenar de enviados de otras tantas comunidades judías europeas. La pequeña representación fue compensada moralmente por la recepción de millares de firmas de apoyo de jóvenes israelitas que habían leído *El Estado judío* y comulgaban con sus ideas. El resumen de lo tratado en Basilea fue una especie de compendio del libro: «El sionismo aspira a crear en Palestina un hogar garantizado por el Derecho público para el pueblo judío[72]».

El sionismo despertó tantas ilusiones que, dos meses después, Herzl dispuso de fondos para editar un modesto periódico, *Die Welt (El Mundo),* y del apoyo suficiente para convocar el segundo Congreso Sionista, agosto de 1898, que reunió doble número de delegados; en esta ocasión ya asistieron los rusos, cuyos recelos habían desaparecido. Allí se decidió la creación de un banco sionista —el

Consorcio Judío de Colonización— que debía ser la entidad que financiara el sionismo y sus proyectos. El capital que los delegados decidieron reunir fue de dos millones de libras, pero sólo se consiguieron, por suscripción popular entre los sionistas, 250 000, pues ni los banqueros ni los hombres de negocios judíos quisieron participar en la aventura. Tan sólo tres años después hubieron de ampliar los medios económicos del sionismo: el quinto Congreso (1901) decidió la creación del Fondo Nacional Judío, destinado específicamente a la compra de tierras en Palestina[73].

Pero si el avance del sionismo estaba siendo mucho más rápido que el de los demás movimientos del retorno que le habían precedido, era igualmente cierto que despertaba mayores controversias dentro del judaísmo que cualquiera de ellos. Al mismo tiempo, no podía permitirse marginar, rechazar o abandonar a nadie, por lo que Herzl y sus colaboradores hubieron de hacer malabarismos para conseguir tanto las simpatías de los más ortodoxos, que les reprochaban su falta de mesianismo, como de los socialistas del *Bund* (que agrupaba a los socialistas rusos, polacos y lituanos) hostiles a la tradición, al mantenimiento a ultranza de la lengua hebraica y, en muchos casos, totalmente ateos o indiferentes en materia religiosa.

Herzl contaba con los primeros para atraerse a la mayoría de las comunidades y necesitaba a los segundos como fuerza de choque, pero no podía ceder a las pretensiones de éstos para no romper con aquéllos y, a la vez, porque precisaba del hebreo como idioma que aglutinase a todo el pueblo judío en el hogar que habría de conseguirse. Estas luchas no solamente consumieron las energías, el tiempo y la salud de Herzl (enfermo cardiaco crónico y con problemas de tensión), sino que dificultaron sus negociaciones políticas. La importancia de los socialistas dentro del sionismo y los fuertes debates internos privaron al movimiento del apoyo de muchos Gobiernos, que veían en él un nido de peligrosos revolucionarios.

Esas negociaciones internacionales estaban encaminadas a lograr el permiso y la protección para instalar el hogar judío en Palestina. Para ello se precisaba el apoyo del emperador otomano, Abdul Hamid. Herzl logró ser recibido por el káiser Guillermo II, quien le prometió interesarse en la cuestión sionista y que cumplió su compromiso gestionándole una entrevista con el sultán turco. Abdul Hamid mostró su simpatía por la colonización agrícola que estaban realizando los pioneros judíos en Palestina y se mostró muy interesado en la cooperación económica que el fundador del sionismo le ofrecía, pero se negó a conceder el permiso para que se fundara allí un hogar judío. Herzl, por su parte, falto del apoyo del capitalismo israelita, no pudo

seguir aquella prometedora línea de negociación. Fracasado en Constantinopla, Herzl abrió negociaciones en Londres: trataba de que el Imperio británico hiciera concesiones al sionismo para establecer una colonia en Wadi el Arish, en la península del Sinaí, a las puertas de la Tierra Prometida, con el propósito de iniciar desde allí un segundo Éxodo. Tampoco le sonrió el éxito: lord Cromer, gobernador de Egipto, se opuso a tal permiso considerándolo políticamente desestabilizador para los intereses británicos y estratégicamente perjudicial para la protección del canal de Suez.

La desesperanza comenzaba a apoderarse de Theodor Herzl, cuya salud estaba minada por la enfermedad, el agotamiento y los disgustos. A tanto llegó su decepción que en el VI Congreso Sionista (Basilea, 28 de agosto de 1903) llegó a renunciar a la idea del retorno a Palestina, proponiendo, a cambio, el establecimiento del hogar judío en Kenia (por un error de localización, se habló oficialmente de Uganda), una tierra poco poblada, fértil y hermosa que el Imperio británico estaba dispuesto a ceder al pueblo judío. Herzl defendió su propuesta como solución provisional —el sionista Max Nordau la calificaría como «una casita para pasar la noche»— que ofrecía dos ventajas: un refugio para los hebreos, salvajemente perseguidos en Rusia por aquellos días, y el primer reconocimiento internacional de la existencia política de una nación judía.

La consternación que esta propuesta produjo entre los congresistas fue inenarrable; muchos abandonaron la sala entregándose a patéticas escenas de desesperación. Uno de los presentes escribió: «Era conmovedor ver el abatimiento de aquellas gentes que acababan de escapar a los sangrientos pogromos de Rusia y que ahora lloraban sobre las ruinas de un lejano ideal, Sión». La mayoría, incluso los partidarios más decididos de Herzl, llegó a pensar que aquél era el último día del sionismo. Reanudadas las sesiones, la propuesta de Herzl no fue aceptada y todo lo que pudo conseguir fue una solución de compromiso: la creación de una Comisión Investigadora, que resultó aprobada por 295 delegados, mientras 178 la rechazaban y 100 se abstenían.

A raíz de esta propuesta nació el movimiento de los *Zionei Zion (sionistas de Sión),* cuyo objetivo era combatir el proyecto Kenia y cualquier otro que buscara un hogar para el pueblo judío diferente de la Tierra Prometida. Pero Herzl jamás volvió a hablar del asunto y Londres, por su lado, retiró la oferta.

En enero de 1904 Herzl hizo un postrer intento de lograr el reconocimiento internacional para el hogar judío: le recibió Pío X, al que solicitó inútilmente la publicación de una encíclica que resaltara

las penalidades que habían afligido al pueblo judío durante veinte siglos, su derecho a tener un Estado y el apoyo del Vaticano a los proyectos sionistas.

Medio año después, el 3 de julio de 1904, enfermo, agotado y aparentemente fracasado, fallecía Theodor Herzl, cuando sólo contaba 44 años. En su entierro se leyó el juramento pronunciado por él en el último y polémico Congreso Sionista que presidió: *¡Si te olvido, Jerusalén, que mi diestra me olvide!* Para entonces maduraban los primeros frutos de su obra: en Palestina trabajaban ya unos 70 000 colonos judíos, que serían más de cien mil tres años después[74].

Aunque suponga adelantar acontecimientos, hay que recordar en este punto dos de las críticas que el sionismo ha recibido en estos cien años. Por un lado, que se trata de un hecho colonial; por otro, que ha sido una forma de imperialismo.

En carta a Cecil Rhodes —uno de los colonialistas que más hicieron avanzar la penetración británica desde Sudáfrica hacia el corazón del continente, hasta el punto de que su apellido dio nombre a Rhodesia, actual Zimbabue— Herzl decía: «Mi programa es un programa colonial». Si la naturaleza colonialista del retorno estaba clara para él, también lo veían así otros judíos, que rechazaban el sionismo porque Palestina no era un *territorio vacío*. Es decir, algunos judíos, en pleno apogeo del colonialismo, advertían que el sionismo originaría problemas[75]. La mayoría, sin embargo, con Herzl a la cabeza, no era capaz de aislarse del pensamiento político imperante y, como antes se veía, pretendían del sultán turco que les hiciera una concesión en Palestina; después había solicitado lo mismo a Gran Bretaña en el Sinaí y llegó a considerar la posibilidad de asentarse en Kenia… Y el movimiento *territorialista*, nacido tras la muerte de Herzl, aún estudió Cirenaica y Angola como posibles asentamientos.

Indudablemente, el sionismo es un hecho colonial[76] y su desarrollo y éxito sólo son comprensibles dentro del contexto colonialista, porque lo mismo que hoy sería impensable la pretensión de Herzl, también sería imposible la oferta de territorios que en su día hicieron o consideraron Gran Bretaña y Turquía. El acuerdo Sykes-Picot, de 1916, que repartía entre Gran Bretaña y Francia importantes regiones del Imperio otomano, Palestina entre ellas, era un hecho colonial. La carta, de 1917, del ministro británico de Asuntos Exteriores, Balfour, al banquero Rothschild, en la que se contenía la promesa de un hogar para el pueblo judío en Palestina, era, también, una concesión colonial[77].

Pero el sionismo revistió, asimismo, formas de imperialismo. Herzl escribía en *Der Judenstaat*: «Si el Sultán otomano nos concediera

Palestina, podríamos ofrecerle como contrapartida el reordenamiento de todo el sistema financiero turco. Construiríamos allí un centro de civilización frente a la barbarie». Más explícito aún, Max Nordau decía en el séptimo Congreso Sionista (1905): «Turquía puede convencerse de su interés en contar en Palestina y en Siria con un pueblo fuerte y bien organizado que, respetando los derechos de los habitantes de esos lugares, se oponga a todos los ataques contra la autoridad del Sultán y defienda con todas sus energías esta autoridad».

Chaim Weizmann, portaestandarte del sionismo durante tres décadas y primer presidente del Estado de Israel, también lo tenía claro cuando escribía, en noviembre de 1914, al director del diario británico *Manchester Guardian*: «Podríamos establecer allí —Palestina— en un periodo de veinte a treinta años, un millón de judíos o quizá más; desarrollarían el país, le llevarían a la civilización y constituirían una muy eficaz salvaguardia del canal de Suez[78]».

La tierra disputada

«En 1906, a la edad de 19 años, llegué a la conclusión de que no bastaba con organizar grupos sionistas y pronunciar ardientes discursos en ciudades y aldeas. Había llegado el momento de contribuir en la tierra misma de Israel a poner los cimientos para el regreso de mi pueblo a su patria (…) Ese verano unos amigos y yo viajamos en un vapor ruso rumbo al Mediterráneo oriental (…) Dos semanas después de nuestra salida de Rusia apareció Jaffa en el horizonte. Fue un momento de indescriptible alegría y al desembarcar en la sagrada orilla sentí que el corazón me estallaba en el pecho». Acaba de pisar la Tierra Prometida una de las personalidades más decisivas en la partición de Palestina y en la fundación del Estado de Israel, David Ben-Gurion.

¿Pero qué tierra era aquella sobre la que se concentraban todas las energías sionistas? Las delimitaciones geográficas que el sionismo pretendía para el establecimiento de un Estado judío nunca fueron concretas. Palestina no había tenido fronteras políticas muy precisas, como tampoco las había tenido la Tierra Prometida, que en la Biblia aparece con dimensiones diferentes según fuera la tierra poseída en cada momento histórico o la tierra deseada. Los ideales sionistas, sin embargo, siempre pretendieron que los límites de su Estado fuesen los atribuidos al reino de David, es decir, un territorio que por el Norte alcanzaría el corazón de la actual Siria, y por el Sur, el mar Rojo; por el Oeste ocuparía la mitad de la franja costera de tal extensión —quedando el resto en poder de fenicios y filisteos— y hacia el Este comprendería una buena porción de la actual Jordania. En total no menos de 90 000 kilómetros cuadrados, que serían bastantes más si se

pretende que el Sinaí formó parte de aquel reino en algunos momentos.

Existe, sin embargo, una Palestina bien delimitada por accidentes geográficos: al Norte, los montes de Líbano y las colinas del Golán; al Sur, el desierto del Néguev; al Oeste, el Mediterráneo; y al Este, la zona fértil alcanzada por la humedad del Jordán. Una región de 25 124 kilómetros cuadrados, dividida por el curso del río Jordán en dos partes, la Cisjordania al Oeste, con una superficie de 15 643 kilómetros cuadrados, y la Transjordania al Este, con 9481.

Aunque la provincia palestina del Imperio otomano tenía límites políticos y, por tanto, no coincidía exactamente con los geográficos, la emigración judía al Próximo Oriente anterior a la I Guerra Mundial se asentó dentro de la Palestina propiamente dicha, reuniéndose en un 95% en torno a Jerusalén, valle del Jordán, Jaffa, Haifa y Safed, es decir, siempre dentro de Cisjordania.

La población autóctona hallada por aquellos primeros pioneros era una amalgama de pueblos, lenguas y religiones, cuyo nexo de unión era una convivencia bastante pacífica bajo las leyes otomanas. En vísperas de la Gran Guerra la población de Palestina era de unas 800 000 personas, de las cuales 700 000 eran árabes (entre ellos, unos 70 000 cristianos), 80 000 o 90 000 judíos, y el resto turcos, alemanes, franceses y norteamericanos.

Puede estimarse que en esa época la población hebrea (llegada a Palestina en las dos primeras *aliyas*, subidas) no excedería al 10% del total, pero componía el grupo más poderoso y mejor definido de la región. Varias causas contribuían a este predominio: 1) Los judíos vivían en Cisjordania, donde el total de la población no excedería a las 600 000 personas, con lo que representaban a una séptima parte del total de los habitantes de esa zona, la más importante porque en ella se encuentran las ciudades y puertos clave. 2) Los emigrantes estaban vertebrados por el sionismo, contaban con medios económicos, disponían de un nivel cultural y tecnológico superior al de la población nativa y gozaban de privilegios gubernamentales. Esto, que sería fundamental en aquellos primeros años, se debía a dos motivos: por una parte, el intento otomano de atraerse a los sionistas y alejarles de la colaboración con los nacionalistas árabes y, por otro, al deseo de obtener los beneficios económicos producidos por las inversiones sionistas —y judías en general— en Palestina.

Reflejo de esta situación es que en 1910 funcionaban en Palestina varias escuelas agrícolas sionistas; en la zona de Jerusalén existía por entonces más de un centenar de colegios hebreos, cantidad que doblaba al número de los centros árabes similares. Los bancos, los

comercios y los medios de comunicación estaban en manos o bajo control de las organizaciones sionistas o de los miembros más avispados de la primera *aliya*. Incluso el Gobierno otomano había permitido la creación de una sección de policía formada por judíos. El sionismo creó la Banca Anglo-palestina, que abrió una sucursal en Jaffa e introdujo en Palestina el crédito. En esa ciudad se abrieron, también, un Instituto Agronómico para la mejora de las tierras y un centro de enseñanza secundaria. En 1908, al noreste de esta ciudad portuaria, comenzó a edificarse un nuevo barrio con un crédito de 10 000 libras, concedido por el Fondo Nacional Judío: Tel Aviv, —*Colina de la Primavera*—.

Puede observarse que los hebreos regresaban a la Tierra Prometida destacando en las mismas actividades que les habían distinguido en el mundo entero durante veinte siglos, desviándose de los propósitos de los ideólogos del retorno, tanto sionistas como anteriores al sionismo: el cultivo de la tierra. Ben-Gurion escribía, frustrado: «Entre las primeras decepciones figuró el espectáculo de los judíos de la primera aliya, que ahora vivían como *effendis* (señores, en árabe) y obtenían sus ingresos explotando campos y plantaciones cultivados por jornaleros, o en otras ocupaciones impuestas a nuestro pueblo por el exilio. Me pareció evidente que nunca podríamos alcanzar la rehabilitación nacional de esa manera. Entre la tierra y el pueblo debía crearse el vínculo del trabajo».

Sin embargo, también en aquellos años comenzaban los inmigrantes a destacar en el cultivo de la tierra. *El Diccionario Espasa*, escrito antes de la Gran Guerra, apunta: «Los sirios y los árabes, que componen la mayor parte de la población de la actual Palestina, no forman una población agrícola sedentaria que aproveche las buenas condiciones del suelo. Éste produciría abundantes frutos con buenos sistemas de cultivo y, sobre todo, con la adecuada irrigación, pero ha permanecido yermo y sin cultivo durante muchos siglos y sólo en los últimos años se han dedicado al cultivo algunas extensiones por obra de colonos europeos, pues los naturales han vivido siempre de la cría de ganado lanar y cabrío. Algunos alemanes y norteamericanos fundaron ya establecimientos agrícolas hacia 1850, pero los primeros en obtener éxitos han sido los colonos judíos y los alemanes establecidos alrededor de Jaffa y Haifa, hacia 1870 y, posteriormente, cerca de Jerusalén. Los colonos sionistas han dado un fuerte impulso a la agricultura, al comercio y a las comunicaciones. Merced a los inmigrantes se han introducido modernos sistemas de cultivo, que están sirviendo de ejemplo a los naturales. Se han mejorado los caminos, antes sólo recorridos por camellos, y se han construido

ferrocarriles de Jaffa a Jerusalén y de Haifa a Damasco y desde este último punto al Hejaz, en Arabia. Se supone que la riqueza de Palestina no es mucha pero nada se sabe de cierto porque desde hace dos mil años no ha habido ni prospecciones ni explotaciones».

Si bien la descripción cita las actividades agrícolas de los sionistas, éstas no fueron en aquellos primeros años tan importantes como por número y medios debieran haber sido, hasta el punto de que se las compare con ciertas explotaciones alemanas. De cualquier forma, en aquellos primeros años del siglo XX, las propiedades agrícolas judías apenas alcanzaban 40 000 hectáreas (1908), el 5% del total de la tierra, es decir, menor porcentaje que el que tenían como población. El problema que se les planteaba a los pioneros era importante: por un lado, muchos no estaban acostumbrados a los trabajos agrícolas, por lo que pronto se dedicaron a ocupaciones que les eran más familiares y resultaban más lucrativas; algunos emigraron a otros países, pues no pudieron resistir el clima o las duras condiciones de vida; otros se deslomaron cultivando tierras poco rentables, con lo que terminaron por cultivar la tierra con la misma pobreza de medios e idénticos resultados que los nativos. Las grandes explotaciones pronto se decidieron por la rentabilidad económica pura, olvidando los objetivos políticos, por lo que contrataban mano de obra nativa, mucho más barata y mejor aclimatada. El historiador israelí Doron Arazi, refiriéndose a los llegados antes de la Gran Guerra, escribe: «Sólo un 10% de los inmigrantes soportó las primitivas condiciones de vida en la Palestina de antaño».

La existencia de estos problemas y el deseo de aplicar las teorías socialistas y marxistas sobre explotaciones comunales y cooperativas dieron vida a las primeras granjas colectivas, los *kibbutzim* (plural de *kibbutz*). Su economía era fundamentalmente agrícola y en ella no se daba la propiedad privada, funcionándose según el principio de que «cada uno aportaba según su capacidad y recibía según sus necesidades». El primer *kibbutz* fue el de Degania, fundado en 1909, (seis años después, de padres rusos llegados a Palestina en la segunda *aliya*, nacería allí Moshe Dayan, uno de los fundadores del Estado israelí). Su éxito resultó inmediato porque abarataron los costes de producción, dispusieron de medios para adquirir maquinaria y semillas, contaron con técnicos, diversificaron los cultivos… Antes del estallido de la Gran Guerra ya había en Palestina 14 *kibbutzim*, que eran 29 en 1918, pese a la reducción de la población judía durante los años del conflicto.

Pero si las granjas colectivas resolvían los problemas agrícolas de los inmigrantes sionistas, fueron, también, fuente de fricciones con los

nativos, ya recelosos por el poder que estaban adquiriendo los recién llegados. Aquellas granjas colectivas arruinaron a muchos terratenientes árabes y europeos, que se vieron abocados a vender a las organizaciones agrícolas sionistas, las cuales entregaban la tierra a los nuevos inmigrantes, privando de trabajo a los braceros nativos. Justamente corresponde a esta época la primera movilización árabe contra los judíos. Ciertamente ya antes había habido problemas debidos a la fuerte incidencia del bandidaje en la zona, pero esa lacra la padecían árabes, israelitas y europeos. A partir de aquel momento, 1920-1921, que coincide con el establecimiento británico en Palestina y con la divulgación de la *Declaración Balfour*, fueron frecuentes los tumultos árabes contra los hebreos y de la misma época data, también, el nacimiento de la primera especie de terrorismo antisionista y la réplica antiárabe.

La promesa Balfour

Desde el inicio de la I Guerra Mundial hasta su retirada de la zona, en mayo de 1948, Palestina evolucionaría conforme a los intereses políticos, económicos o estratégicos de los británicos y tanto los árabes como los judíos consideran que ninguna de las decisiones adoptadas por Londres a lo largo de esas tres décadas fue acertada.

La historia de la presencia británica en Palestina se inició en 1914, cuando el Imperio otomano se alió a los Imperios centrales. Una de las primeras decisiones bélicas adoptadas por Constantinopla fue apoderarse del canal de Suez, cordón umbilical de Londres con su Imperio colonial. La empresa fue encomendada al general Djemal Pachá, que se presentó en Palestina al frente de un numeroso ejército, teóricamente mucho más poderoso que el británico destacado en el Sinaí. Sin embargo, se pudo apreciar enseguida que las tropas turcas no disponían ni del equipo, ni del adiestramiento, ni de los mandos capaces de derrotar a las fuerzas mandadas por el general Allenby; más aún, sus comunicaciones eran precarias y los otomanos casi nunca pudieron realizar un ataque prolongado, por falta de municiones.

Se inició, pues, una batalla de trincheras y Palestina se encontró en la inmediata retaguardia del ejército turco. Las leyes de guerra impuestas por Djemal Pachá se cebaron especialmente en la comunidad judía de Palestina, sospechosa de anglofilia. Se prohibió el empleo del hebreo en público, en los rótulos de las calles o en los letreros comerciales; los judíos en edad militar fueron enrolados en las filas otomanas o expulsados de Palestina. Por otra parte, se produjeron algunos casos de espionaje sionista en favor de los ingleses, que provocaron persecuciones, encarcelamientos e, incluso, algunas ejecuciones. Todo esto determinó que cuando concluyeron las hostilidades, la comunidad

israelita en Palestina hubiera quedado reducida a unas 50 000 personas.

La lucha en Oriente resultó muy dura para los británicos, pese a sus éxitos iniciales, pues con el transcurso de los meses los turcos fueron adquiriendo experiencia y capacidad combativa, hasta el punto de destrozar totalmente al Ejército anglo-indio del general Townshend en Mesopotamia. El revés era muy grave para Gran Bretaña, pues el mar Rojo quedaba a merced de los turcos. Fue entonces cuando Londres y París firmaron el Acuerdo Sykes-Picot, del 16 de mayo de 1916, en el que se consideraba militarmente interesante atraerse a los árabes. Para ello, el alto comisario británico en El Cairo, Henry McMahon, se dirigió al jerife Hussein de La Meca prometiéndole la creación de un reino árabe que incluiría la península Arábiga —excepto Adén—, Siria, Irak, Líbano y Palestina; como contrapartida, el soberano debería levantar un ejército contra Turquía. Fue entonces cuando surgió la mítica figura del coronel Lawrence, enviado por el Reino Unido al desierto para sublevar a los árabes.

Pero el Acuerdo Sykes-Picot tenía un alcance muy superior, que hasta el final del conflicto permaneció en secreto. Por un lado, trataba de frenar el expansionismo ruso hacia el Mediterráneo y, por otro, Gran Bretaña y Francia se repartían en zonas de influencia gran parte de las posesiones otomanas en Arabia y el Próximo Oriente. La independencia de los árabes sería muy limitada: Francia se quedaba con la administración del sur de Turquía y Líbano; Gran Bretaña, con la mitad sur de Irak, la zona occidental de Persia y el norte de Arabia Saudí. Ambas potencias se reservaban, asimismo, dos zonas de influencia, donde estarían dispuestas a «reconocer y proteger un Estado árabe independiente o una Confederación de Estados árabes»: la *zona A*, de dominio francés, comprendía el norte de Irak y Siria; la *zona B*, de soberanía británica, la actual Jordania y el desierto del Néguev. Palestina se constituía en zona internacional, bajo mandato británico. El sur del paralelo 29º, es decir, casi toda Arabia Saudí, Kuwait, los emiratos del golfo Pérsico y Yemen, no estaba incluido en el acuerdo, pero Londres se reservaba, asimismo, derecho de influencia sobre ese territorio. A Rusia, que en estas fechas aún combatía junto a las potencias firmantes, se le concedían algunas migajas: Trebisonda, Erzerum y sur del Kurdistán.

Se contemplaban, también, concesiones portuarias, ferroviarias, hidráulicas, aduaneras, comerciales, etcétera, en favor de París y Londres, que no tuvieron recato alguno en repartirse usurariamente los despojos del Imperio otomano, al que aún deberían vencer, traicionando las promesas que estaban haciendo a los árabes.

Ajenos a aquellas componendas, los árabes segaron la hierba bajo las botas turcas. Los ejércitos de Hussein, jerife de La Meca, expulsaron a los soldados turcos de la península Arábiga, mientras los de su hijo Feisal —el mejor valedor de Lawrence— tomaban Damasco y amenazaban con cercar en Palestina a Djemal Pachá, que hubo de replegarse rápidamente a través de Líbano, dejando el campo libre a las fuerzas de Allenby. Las tropas británicas entraron en Jerusalén a finales de 1917 y con ellas llegó un batallón de fusileros voluntarios judíos, unidad que aumentaría sus efectivos hasta los 5000 hombres, constituyendo el primer embrión de las fuerzas armadas de los inmigrantes israelíes en Palestina.

Coincide cronológicamente con la victoria anglo-árabe en Oriente Próximo una de las decisiones más polémicas y trascendentales para la región: Arthur J. Balfour, ministro del Foreign Office, escribía el 2 de noviembre de 1917 a Lord Rothschild en estos términos:

«Estimado Lord Rothschild:

»Tengo sumo placer en comunicarle, en nombre del Gobierno de S. M., la siguiente declaración de simpatía hacia las aspiraciones judeo-sionistas, declaración que ha sido sometida a la consideración del Gabinete y aprobada por el mismo:

»El Gobierno de S. M. contempla con simpatía el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y empleará sus mejores esfuerzos para facilitar el cumplimiento de este objetivo, quedando claramente entendido que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos y el estatuto político de que gozan los judíos en cualquier otro país.

»Agradeceré que ponga usted esta declaración en conocimiento de la Federación Sionista.

»Suyo, sinceramente, Arthur James Balfour».

Este texto, conocido como la *Declaración Balfour*, sería la piedra angular de la futura historia del Próximo Oriente. El cambio experimentado en la política británica desde las gestiones de Herzl, apenas quince años antes, hasta esa caña es muy importante. Los motivos que suelen aducirse para justificarlo son el apoyo económico de la banca judía —la de Rothschild, fundamentalmente— al esfuerzo bélico anglo-francés; las peticiones de Chaim Weizmann, máxima autoridad sionista en aquel momento, jefe de los laboratorios militares británicos e inventor de algunos explosivos que se estaban empleando en el conflicto; el esfuerzo de bastantes millares de israelitas movilizados por los ejércitos franco-británicos y la creación de una unidad de voluntarios… Siendo todo esto verdad, la argumentación

recuerda al maniqueísmo antisemita hitleriano y no parece que tuviera mucho peso real, porque la banca judeo-alemana prestó un apoyo similar o, incluso, superior a su país; los físicos judíos contribuyeron al esfuerzo bélico germano con similar interés y acierto, y la contribución de la sangre hebrea a la lucha fue superior en los Imperios centrales porque allí había más judíos que en Francia e Inglaterra[79].

Más peso pudo tener en aquel cambio la presión de los judíos norteamericanos, que constituían uno de los *lobbies* más poderosos de aquel país y eran dueños de una significativa parte del dinero que se estaba empleando en la contienda. Posiblemente, fue también una medida propagandística dirigida a los israelitas de los Imperios centrales, tratando de aminorar su contribución a la guerra[80]. Ambas cosas justificarían que la *Declaración Balfour* se hiciera pública, pese a que pudiera irritar a los árabes. Éstos, sin embargo, no mostraron oposición alguna; estaban eufóricos por su victoria y esperanzados por su independencia como para mostrar su inquina contra un hogar judío que no era obstáculo para la existencia de un *hogar palestino*, ni para la convivencia de ambas comunidades, como había sucedido en Palestina durante los últimos lustros y en todos los países islámicos desde la época de Mahoma.

Con todo, tratando de tener todos los cabos bien seguros, Chaim Weizmann logró establecer negociaciones con Feisal, príncipe heredero del jerife Hussein y máximo representante árabe en las conferencias que trataron de reorganizar el mundo postbélico. Weizmann y Feisal llegaron a un acuerdo según el cual los árabes favorecerían el establecimiento de un hogar judío en Palestina en línea con la *Declaración Balfour* y se hacían votos para la cooperación y ayuda mutuas. Se dice que Weizmann logró el apoyo de Feisal prometiéndole la ayuda económica judía para el rápido desarrollo de los países árabes que iban a crearse y ayuda política para combatir contra las aspiraciones del caudillo wahabí, Ibn Saud, cuya causa ganaba terreno en Arabia.

Sea como fuere, la buena voluntad árabe general contrarrestó la oposición de los palestinos, claramente expresada a la comisión King-Krane, impuesta por el presidente norteamericano Thomas Woodrow Wilson, el 20 de marzo de 1919, que debía investigar la opinión de las poblaciones árabes afectadas por los acuerdos franco-británicos. La comisión fue boicoteada a fondo por París y Londres, que declinaron nombrar delegados, pero las presiones norteamericanas lograron que cumpliera su misión, aunque sólo estuviera constituida por comisionados norteamericanos, a cuya cabeza figuraron Henry C. King

y Charles R. Crane; una sus labores fue la investigación de lo que pensaban los árabes de Palestina. Al respecto, su informe fue concluyente: el 72% de los encuestados era contrario a la creación del hogar judío[81]. Se desmentía así, de paso, la falta de personalidad política de los árabes de Palestina, siempre recalcada por la historia tradicional del conflicto. «La formación de un hogar judío en Palestina no podrá efectuarse sin vulnerar gravemente los derechos civiles y religiosos de las colectividades no judías de Palestina». Añadía que el propósito final del sionismo era la total desposesión de los nativos no judíos de Palestina, mediante diversas modalidades de compra. En consecuencia, recomendaba la limitación de la emigración judía, la modificación del programa sionista y el abandono del «proyecto de integrar Palestina en una Commonwealth judía[82]»; más aún, proponía que se deshiciera el acuerdo Sykes-Picot y se crease un Estado sirio unido, englobando Siria, Líbano y Palestina, tal como había sido hasta bien avanzado el siglo XIX, bajo el Imperio otomano. Los resultados de la comisión fueron ignorados por franceses y británicos y el presidente Wilson, decepcionado por la Conferencia de Versalles, renunció a presentarse como candidato a las elecciones de 1920, que fueron ganadas por los republicanos; el nuevo presidente, Warren G. Harding, de inmediato inició una política aislacionista, con lo que el informe de la comisión quedó abandonado entre las mil carpetas de los proyectos de las paces de la Gran Guerra y no serían conocidos hasta 1922.

El apoyo británico, unido a las deficientes condiciones de vida de las poblaciones del centro y del este de Europa y a las importantes ayudas económicas conseguidas por los enviados del sionismo a Estados Unidos —Yitzhak Ben-Zvi y David Ben-Gurion— permitió reactivar la emigración judía a Palestina. Desde 1919 a 1923, la tercera *aliya* llevaría hacia el prometido *hogar judío* a unos 35 000 inmigrantes de ambos sexos, principalmente jóvenes, en gran parte de ideología socialista y sionista y dispuestos a trabajar la tierra para convertir en realidad la *Declaración Balfour*. De cualquier forma, su peso real era aún muy pequeño en Palestina: apenas el 10% de la población y, acaso, un 5% de la tierra. Entre los inmigrantes llegados en la inmediata posguerra se encontraban el ucraniano Nehemía Rubitschov y la bielorrusa Rosa Cohen, que se conocieron en Palestina y allí se casaron; de ese matrimonio nació en Jerusalén, en 1922, Yithzak Rabin. En aquella *aliya* llegó, también, la mujer más famosa de la historia del Estado de Israel: Golda Meir.

La buena disposición árabe duró poco tiempo, justamente el que tardaron en darse cuenta de que habían sido utilizados por los

intereses franco-británicos, evidencia que apareció bruscamente en la Conferencia de la Paz de Versalles y, especialmente, en la Conferencia de San Remo, donde fue desmembrado y repartido el Imperio otomano. Los árabes se enteraron de las cláusulas secretas del Acuerdo Sykes-Picot y, tras la firma del Tratado de Sèvres, el 10 de agosto de 1920, pudieron advertir que los únicos territorios que accedían a la independencia de forma más o menos vigilada eran Armenia, Arabia y una parte de Mesopotamia y que la soberanía otomana había sido, simplemente, sustituida por la anglo-francesa en gran parte de Irak, Siria, Líbano, Palestina y numerosos enclaves de la península Arábiga.
El nacionalismo árabe decepcionado, junto con la progresiva pérdida de influencia del príncipe Feisal y del jerife Hussein de La Meca en Palestina, contribuyeron a caldear los ánimos en Cisjordania. Los árabes de Palestina no sólo eran avasallados por los intereses imperialistas británicos, sino por los emigrantes judíos, sus granjas colectivas, su dinero, sus compras de tierras y la incesante llegada de nuevos colonos sionistas, que poco a poco estaban copando las principales riquezas del país. Ya por entonces comenzaba a nacer un nacionalismo específicamente palestino de la mano del auge intelectual y político que se estaba desarrollando la región. Uno de los periódicos que se crearon en aquellos primeros años del siglo se llamaba *Filistin* y aparecía en Jaffa y, en el momento de la implantación del mandato, los notables palestinos reclamaron a Londres «la formación de un gobierno nacional que sea responsable ante un parlamento elegido por todos los que residían en Palestina antes de la guerra, musulmanes, cristianos y judíos[83]». La propia coordinación de las revueltas, huelgas y luchas que experimentará el mandato en los años veinte y treinta son la mejor demostración de cierta conciencia nacional, mucho más profunda y activa de lo que se ha querido ver tradicionalmente[84] y mucho mayor de la que existió en los años posteriores a la partición del territorio, tras el descoyuntamiento de las diversas regiones y de sus habitantes, de la dispersión del exilio, de la lucha por la supervivencia en los campos de refugiados y de la aceptación de las autoridades nacionales bajo las que tuvieron que vivir.

Un orden nuevo para Oriente Próximo

El final de la Gran Guerra cambió radicalmente la situación política en Oriente Próximo. Los franceses instalaron su administración sobre las tierras de Siria y Líbano; mientras los británicos lo hacían en Irak y en Palestina, cuando la Sociedad de Naciones les entregó oficialmente el mandato el 24 de julio de 1922, aunque la ocupación británica del territorio era un hecho desde la entrada del general Allenby en

Jerusalén cinco años antes.

La resolución del Consejo de la Sociedad de Naciones hacía numerosas referencias a los israelitas y en el preámbulo se citaba la *Declaración Balfour*. El artículo 2 disponía que «el mandatario será responsable de colocar al país bajo tales condiciones políticas, administrativas y económicas que garanticen la fundación de un hogar nacional judío (…) Asimismo deberá salvaguardar los derechos civiles y religiosos de todos los habitantes de Palestina». El artículo 4 reconocía la necesidad de un organismo sionista con «derecho a dar consejo a la administración de Palestina y a cooperar con ella en todas las cuestiones económicas, sociales y otras, susceptibles de afectar al establecimiento de un hogar nacional judío…». El artículo 6 pedía a la potencia mandataria que facilitara «la inmigración judía bajo condiciones adecuadas» y alentaba la colonización judía «de la tierra, incluyendo tierras estatales y baldíos…», aunque «garantizando que los derechos y posiciones de los otros sectores de la población no serán perjudicados». El artículo 7 responsabilizaba a la Administración de Palestina de dictar una ley sobre nacionalidad. Esta ley contendría las disposiciones destinadas a facilitar la adquisición de la nacionalidad palestina a los israelitas establecidos en el territorio del Mandato. El artículo 22 decía que el inglés, el árabe y el hebreo serían «las lenguas oficiales de Palestina. Toda indicación o inscripción árabe en los sellos o la moneda figuraría también en hebreo y recíprocamente».

Las arbitrariedades se sucedieron sobre Palestina en aquellos años. El colonialismo y el imperialismo acomodaban tierras, pueblos y situaciones a sus intereses, formando una maraña legal tan tupida que ni la espada podría luego deshacerla. Primero, el Acuerdo Sykes-Picot, por el que dos potencias sustituían a otra y se repartían tierras, hombres e influencias; luego la *Declaración Balfour*, por la que una potencia extranjera tomaba decisiones sobre una tierra ajena; después, la Sociedad de Naciones, de espaldas a los intereses existentes en Palestina, imponía a los árabes la presencia judía, sin limitación numérica, y sólo dictaba salvaguardas de tipo moral: «Deben garantizarse los derechos civiles y religiosos de los demás habitantes de Palestina…»; a los judíos se les otorgaba un «hogar nacional», bajo nacionalidad palestina (cortapisa que ya entonces parecía utópica y que el sionismo aceptó a regañadientes, tomándola como transitoria), y se les reconocía el derecho a comprar tierras y a gestionar la cesión de «terrenos estatales y baldíos», sin concretar en qué cuantía; a Gran Bretaña se le concedía una gran libertad de acción, con el único compromiso de llevar hasta la independencia —para la que no se

fijaba fecha— a una región en la que existían intereses diametralmente opuestos.

Pero también en los años veinte se produjeron en la zona cambios espectaculares con el nacimiento de los primeros Estados árabes. La nueva situación repercutiría sobre Palestina y pondría en graves dificultades el entramado político de Gran Bretaña. El primer problema grave estalló en Arabia. Pese a la intervención diplomática de Londres, el rey Ibn Saud, caudillo de los wahabíes y custodio de la ciudad santa de Medina, declaró la guerra en 1924 a Hussein, jerife de La Meca y *guía de los creyentes*. Los wahabíes alcanzaron numerosas victorias y ocuparon La Meca en 1925; Ibn Saud se proclamó ese mismo año rey de Hedjad —Arabia Saudí— y en 1926 el Reino Unido le reconoció diplomáticamente.

Simultáneamente, Gran Bretaña trataba de pagar al derrotado Hussein y a sus hijos la deuda histórica que había contraído con ellos durante la Gran Guerra y, a la vez, buscaba la mejor forma de salvaguardar sus intereses. Así, surgieron los reinos hachemitas (dinastía familiar del jerife Hussein) de Irak y Jordania, de los que fueron proclamados soberanos los príncipes Faisal y Abdallah. Londres confiaba en ambos hermanos para mantener su hegemonía sobre Oriente Próximo y para poder explotar indefinidamente el petróleo que estaban hallando sus prospecciones en Irak. En 1928 recibía la independencia el Reino de Jordania, formado por el norte del Hedjad, que los hachemitas habían logrado conservar, y por la Transjordania, que Gran Bretaña había segregado de Palestina en 1922. Gran Bretaña hizo lo propio con Irak en 1930 —aunque allí llevaba reinando Faisal, impuesto por los ingleses, desde 1921—. En ambos casos el Reino Unido se reservaba el empleo y el control militares de los territorios y amplias concesiones económicas y políticas.

Y mientras estos sucesos cambiaban el panorama político en Oriente Próximo, se aceleraba la penetración judía en Palestina con la cuarta *aliya*, 1924-1927, en la que llegaron 65 000 inmigrantes, pertenecientes en su mayor parte a la pequeña burguesía. Muchos de los recién llegados disponían de una buena formación agrícola, adquirida en las escuelas creadas por el sionismo, y eran esperados por nuevas tierras, adquiridas para ellos por el dinero judío de Europa y América. Inspirado en el ideario de los nuevos pioneros surgió en esta época otro modelo de granja colectiva sionista, el *moshav*, en el que el trabajo, el consumo y los ingresos eran individuales; sin embargo, las máquinas, las herramientas, la compra de semillas, abonos e insecticidas y la comercialización de los productos obtenidos eran colectivas.

En aquellos años padeció Palestina una fuerte sequía, que arruinó a gran parte de los pequeños agricultores que aún resistían; la Agencia Judía[85] estaba bien informada de sus problemas y deudas y enviaba a sus funcionarios para que les compraran las propiedades, por las que llegaban a ofrecer precios diez veces superiores al valor habitual de los terrenos. Los labradores árabes abandonaban el campo y emigraban al extranjero o a las ciudades: la población urbana árabe pasó en Palestina de 194 000 personas en 1922 a 298 000 en 1936. La maniobra consistía en ir comprando, poco a poco, algunas regiones hasta conseguir la mayor parte de la propiedad y de la población, hecho que, por ejemplo, ya ocurría en 1924 en el valle de Jezrael, uno de los más fértiles del Mandato. Este propósito fue facilitado por la condición absentista de numerosos propietarios árabes, que tenían sus tierras en Palestina, a cargo de aparceros, y su residencia en Beirut o Damasco; al quedar su residencia en territorio francés y sus propiedades en el Mandato inglés, prefirieron venderlas al riesgo de perderlas en aquella incierta situación política.

El primer ministro británico Lloyd George había previsto lo que ocurriría tras la *Declaración Balfour*: «Si los judíos saben explotar la inmigración y dirigen a sus correligionarios hacia Palestina, conseguirán ser mayoría en el país cuando se produzca un plebiscito y podrán crear así el Estado judío». El censo británico de 1922 cifraba la población de Palestina en 757 182 personas, de las que 83 749 eran judías. Ocho años después, la población total ascendía a 900 000 habitantes, de los que 200 000 eran hebreos. Éstos incrementaban su número y compraban tierras; los árabes vendían tierras y emigraban, con lo que su población permanecía casi estacionaria y cada vez era más pobre y menos influyente. Pero el avance sionista y el retroceso palestino no eran pacíficos. A partir de 1922, tras la designación de Hadj Amin el Husseini, *Gran Mufti* de Jerusalén, como presidente del Consejo Supremo Musulmán, organismo árabe interlocutor del Mandato, se fue cultivando en los zocos de las ciudades y pueblos palestinos un clima de irritación antibritánica y de oposición a la colonización sionista. En 1928, el *Mufti* se creyó suficientemente preparado para la lucha e inició, primero, una campaña para afirmar su liderazgo político sobre los árabes de Palestina y, después, una serie de tumultos y desórdenes muy violentos, en los que se registraron 299 muertos (133 judíos) y 571 heridos (339 judíos), según cifras oficiales británicas.

La región quedó paralizada y la vida sufrió todo tipo de anomalías. Yithzak Rabin, que a la sazón contaba siete años, recordaría siempre con temor aquella revuelta, en la que sus padres —miembros de la

Haganá, el ejército clandestino sionista— fueron movilizados en defensa de los intereses de su comunidad: «A veces pasaban semanas sin que pudiéramos ver a nuestros padres. Era complicado hasta ir al cuarto de baño, pues el nuestro se hallaba en un almacén, que en aquellos momentos contenía armas. Es horroroso ser niño cuando no están tus padres, cuando no sabes qué pasa ni qué tienes que hacer».

Justo por aquellos días, el sábado 29 de agosto de 1929, había gran revuelo en la casa de Abdel Raouf el-Koudoua, comerciante palestino que, huyendo de las perturbaciones políticas, se había establecido en El Cairo. Había nacido su hijo, Mohamed Yasser el-Koudoua, Yasser Arafat.

La reacción británica se produjo en dos tiempos. Primero, terminar con la revuelta del *Mufti* y, segundo, limitar el crecimiento y la influencia de los israelitas en Palestina[86] para no soliviantar aún más a los árabes nativos ni a los de los países limítrofes. Sin embargo, los estudios británicos sobre la cuestión judía en Palestina fueron numerosos y, en parte, contradictorios, lo que dio tiempo a que se produjera la quinta *aliya*, provocada por el acceso de Hitler a la cancillería de Alemania.

Entre la cuarta ola de emigración y la quinta habían transcurrido cinco años —1927 a 1932— en los que la emigración judía hacia Palestina había decrecido, alcanzando un total de apenas 25 000 personas. Las principales causas fueron el cierre de las fronteras soviéticas, la intranquilidad sembrada por el *Mufti* en Palestina y la situación económica mundial en esos años, primero, con las exorbitantes ganancias bursátiles en Estados Unidos y, luego, con el Crac de 1929.

El revulsivo para el sionismo fue la amenazadora ideología antisemita de Hitler, ante cuya llegada al poder, en 1933, muchos judíos se apresuraron a hacer las maletas. En aquel mismo año llegaron a Palestina 30 327, en 1934 fueron 42 359 y en 1935 —año de la publicación de las leyes antisemitas de Núremberg— 61 854. Hitler había convertido a los hebreos en ciudadanos de segunda clase, a los que se prohibía casarse con alemanes[87], emplear alemanes, usar los colores de la bandera, ejercer cargos públicos o militares, desempeñar la abogacía y la docencia, votar en las elecciones… Pese a su precaria situación, muchos judíos se aferraron a su hogar en Alemania; unos, porque únicamente poseían un negocio o un trabajo que aún les permitía vivir y contemplaban la emigración como algo más arriesgado que la propia amenaza nazi; otros, porque pensaron que superarían aquella tormenta lo mismo que habían capeado las del pasado. Así, en 1936 comenzó a descender gradualmente la

emigración judía de la Alemania nazi hacia Palestina: 29 000, 11 000, 13 000. Pero, de nuevo, experimentó un súbito incremento tras la *Noche de los cristales rotos*, el 9 de noviembre de 1938, cuando el nazismo comenzó a mostrarles la verdadera faz de su política antisemita: 91 judíos alemanes fueron asesinados y 27 000, detenidos; las escuadras nazis incendiaron más de 7000 casas y tiendas judías y más de un centenar de sinagogas. En los meses siguientes lograron abandonar el III Reich, camino de Palestina, 25 000 judíos. En adelante, la emigración desde Alemania quedaría paralizada: los semitas saldrían de sus casas camino de los campos de concentración.

La persecución nazi fue decisiva para el éxito de la utopía sionista. En aquellos años, 1933-1939, llegaron a Palestina cerca de 217 000 judíos, de los cuales unos 190 000 eran de origen alemán. Aquella quinta *aliya* no sólo había sido numéricamente la más importante, casi duplicando la población de origen hebreo en el Mandato británico, sino que en ella llegaron los más cultos y más ricos: los primeros que salieron de Alemania pudieron hacerlo con gran parte de sus pertenencias; de ellos, más de un 20% había pasado por la universidad o por escuelas técnicas superiores. En aquellos siete años llegaron a Palestina un millar de médicos y más de dos mil abogados, economistas, profesores de enseñanza media y universidad; había no menos de 500 ingenieros y más de cinco mil especialistas en agricultura, mecánica, física, química, farmacia, banca, comercio, fundición, joyería; en aquella masa de inmigrantes había gran número de artistas, entre ellos suficientes músicos de gran calidad como para formar la Filarmónica de Israel… En la quinta *aliya*, concretamente en 1933 y procedente de Polonia, donde también había presiones antisemitas, llegó a Palestina con diez años de edad Simon Persky, Simon Peres, otro de los personajes fundamentales en la fundación y consolidación del Estado de Israel.

Cuando comenzó la II Guerra Mundial, septiembre de 1939, Palestina estaba dominada por el capital, la agricultura, la industria, el comercio y la cultura israelitas. Habitaban en el Mandato británico millón y medio de personas, de las que 450 000 eran judías; un 30% de la población que controlaba la mayor parte de las actividades del país. A tal situación se había llegado a través de fortísimas tensiones e innumerables estallidos violentos. En 1935, ante la avalancha migratoria judía, los dirigentes de los cinco grandes partidos políticos árabes que funcionaban en Palestina presentaron al alto comisario británico, Arthur Wauchope, un memorándum en el que exigían la inmediata suspensión de la inmigración sionista y las ventas de tierras a extranjeros, así como la formación de un Gobierno democrático

apoyado en un Parlamento con representación proporcional. Londres juzgó aceptable la propuesta, pero la Agencia Judía se opuso tajantemente.

El estancamiento de una solución política y la continuación de la riada migratoria condujo, en 1936, a la huelga general en Palestina, proclamada a instancias del *Mufti*, que se prolongó seis meses y produjo un importante saldo de muertos y heridos por ambos lados. En 1937 comenzó a detectarse la alarma del mundo árabe sobre lo que estaba ocurriendo en el Mandato: se reunió en Siria una conferencia no gubernamental de organizaciones políticas que apoyaron la lucha de los árabes de Palestina contra el establecimiento de más judíos en la región; era la primera vez que los árabes adoptaban una resolución conjunta contra la política sionista en Palestina.

La alarma británica es ya detectable. Londres conoce los resultados del antisemitismo nazi y recibe las presiones de la poderosa comunidad hebrea en Estados Unidos, que por su lado no abre las puertas a la inmigración judía, pues aún padece los coletazos de la Gran Depresión. Eso inclina a la potencia mandataria a mantener abiertas las fronteras de Palestina, pero, a la vez, comienza a sufrir las presiones árabes —Egipto acaba de acceder a la independencia— y las consecuencias del terrorismo árabe en el Mandato. Patrocina reuniones entre notables árabes y judíos, que resultan estériles, pese a prolongarse durante más de dos años. Los diversos planes estudiados en el Reino Unido tampoco ofrecen soluciones satisfactorias (comisiones Shaw, Hope Simpson, Passfield, French, Peel —el primero en recomendar una partición[88]—, Woodhead).

En esos años, 1936-1939, Palestina vivió la llamada *Segunda Guerra Santa*, que causó más de 3600 muertos y más de 3000 heridos[89], promovida por el Alto Comité Árabe, cuyos miembros fueron detenidos por la policía británica y, luego, deportados; Hadj Amin el Husseini se exilió en Beirut y, más tarde, en la Alemania nazi. Yithzak Rabin, que por entonces estudiaba en la escuela agrícola de Kaduri, ingresó en la *Haganá* a los quince años, fue instruido militarmente por Yigal Allon y participó en la autodefensa de la escuela y de sus instalaciones. Aunque los árabes resultaron las principales víctimas del conflicto que promovieron y sostuvieron durante casi tres años, terminaron por alcanzar la victoria política, pues el Reino Unido no podía permitirse el permanente estado de guerra, ni sostener en el Mandato un ejército de más de 16 000 soldados y, mucho menos, quinientas bajas humanas e importantes pérdidas materiales en armamento, municiones y vehículos.

Finalmente, el Gobierno británico se decidió a intervenir con la

publicación del *Libro Blanco*, en mayo de 1939, sobre la emigración judía a Palestina, que daba por cumplidos sus compromisos con el establecimiento del *hogar judío* en Palestina «que, de ninguna manera, significaba la transformación de Palestina en un Estado judío», y declaraba su intención de velar por los intereses de los habitantes originales de la zona, tal como estipulaban diversos artículos del Mandato de la Sociedad de Naciones. La inmigración judía a Palestina quedaba limitada a 75 000 personas entre 1939 y 1944, a razón de 15 000 al año y sería prohibida en adelante. El *Libro Blanco* añadía que «el Alto comisario ha sido encargado de prohibir y de reglamentar las transferencias de tierras. Se formará en el plazo de diez años un Gobierno permanente y representativo y los judíos se quedarán en Palestina en estado de permanente minoría». El buen entendimiento entre las organizaciones sionistas y Gran Bretaña se terminó con la publicación del *Libro Blanco*. Pocas semanas después, la Agencia Judía emitía un duro comunicado en el que acusaba a la potencia mandataria el crear «un gueto territorial para los judíos en su propia tierra natal», amenazándola con resistirse a la política del *Libro Blanco* incluso con la fuerza: «Los pioneros judíos que durante las tres últimas generaciones han demostrado su fortaleza para levantar un país abandonado, de ahora en adelante demostrarán la misma fuerza para defender la inmigración judía, la patria judía y la libertad judía».
Sin duda, las razones palestinas eran más que suficientes para que la metrópoli adoptara una solución como la del *Libro Blanco*; más aún, hubiera debido ocuparse antes de proteger los legítimos intereses de la población autóctona, pero el momento elegido para la puesta en marcha de la política restrictiva a la inmigración judía no podía ser más inoportuno para los intereses judíos, ni más conveniente para los del Imperio británico: la agresividad de Hitler presagiaba la inminencia de una guerra en Europa y Londres trataba de apretar sus lazos con el mundo árabe, en el que detectaba una activísima actuación de agentes y propagandistas nazis.

La hora del Holocausto

Cuando comenzó la II Guerra Mundial, 44 años después de la publicación de la obra de Theodor Herzl, el balance del sueño sionista no podía ser más positivo. Económicamente disponía de banca propia con recursos estimables y de propiedades en Palestina capaces de asentar cerca de medio millón de inmigrantes; políticamente no habían logrado todos sus objetivos, pero la *Declaración Balfour*, la legislación de la Sociedad de Naciones para el Mandato británico y el propio *Libro Blanco* —dentro de las limitaciones que entrañaba para la expansión sionista— constituían avances fundamentales sobre un

punto de partida que, en 1896, era sólo una utopía.
El avance material y político del sionismo fue acompañado de fuertes convulsiones ideológicas. Estuvo, primero, dividido sobre la tierra en la que asentarse. Después hubo de superar el desviacionismo de las primeras migraciones hacia las actividades más lucrativas ejercidas por los israelitas durante milenios: el comercio y la banca, olvidando la ideología sionista de edificar un Estado sobre el trabajo físico, básicamente en el campo agrícola. El filósofo y escritor ruso Asher Ginzberg escribía en 1912: «Debemos hacernos a la idea de que nuestra población rural en la *Tierra Prometida*, aun cuando crezca hasta el límite de sus posibilidades, será siempre una población de la clase superior, una minoría muy evolucionada y cultivada, cuya fuerza estará constituida por su inteligencia y por su riqueza. No habrá una población de campesinos físicamente robusta. Con ello se alterará la índole y la finalidad del sionismo, al extremo de que ya no es posible reconocerlo». La fundación del movimiento *Paole Sion* —trabajadores de Sión— que, tras diversas evoluciones, constituye el actual partido laborista de Israel, cambió notablemente las cosas y puso los cimientos de un fuerte desarrollo agrícola, pero en los años veinte y treinta se demostró que, en ese aspecto, el sionismo era inviable llevado hasta sus últimas consecuencias: la gestación del Estado judío necesitaba más cosas que la agricultura y no podía permitirse rechazar el concurso de quienes no estaban capacitados ni dispuestos a cultivar la tierra. Israel no hubiera nacido si su población hubiese estado formada únicamente por labradores.
La tercera crisis interna del sionismo se produjo en los años veinte, cuando el *hogar judío* había obtenido ya sus credenciales internacionales. Los pensadores y los políticos sionistas aspiraban a la plenitud política con la fundación de un Estado independiente, pero estalló la controversia al tratar sobre el momento fundacional. Para el posibilista Chaim Weizmann, presidente del sionismo, había que avanzar con paso lento y seguro: *casa por casa, vaca por vaca, dunam por dunam* —según él gustaba de repetir—; Israel nacería del Mandato británico cuando la situación hubiese madurado. Para los revisionistas de Vladimir Zeev Jabotinsky[90], se trataba de la fundación inmediata del Estado, arrancándoselo a Gran Bretaña por la fuerza si fuese necesario y establecido sobre los límites históricos del reino de David, es decir, a ambas márgenes del Jordán. Jabotinsky pretendía la inmediata creación de un ejército judío, el traspaso de todas las tierras estatales y comunales a manos de los inmigrantes, la expulsión de la población autóctona y la pérdida de protagonismo de las organizaciones obreras dentro del sionismo. El enfrentamiento llegó a

la ruptura en el 17° Congreso, celebrado en Basilea en 1931, en el que los revisionistas se separaron del movimiento sionista. La controversia perduró hasta la II Guerra Mundial. La persecución nazi empujó a la mayoría de los revisionistas hacia posiciones más moderadas, las únicas capaces de ofrecer alguna ayuda a los judíos que trataban de escapar de la Europa ocupada por las tropas alemanas. Jabotinsky murió en 1940 y con él terminó su escisión.

No fue menos difícil la polémica interna de la comunidad hebrea norteamericana[91], la más importante del mundo, donde el judaísmo reformista era contrario al sionismo porque *Sión no está en Palestina, sino en todas partes*; llegaría incluso a aprobar en uno de sus congresos que «no nos consideramos ya una nación, sino una comunidad religiosa y, en consecuencia, ni esperamos el retorno a Palestina (…) ni las leyes que atañen a un Estado judío». Según los reformistas, el sionismo hacía el juego a los antisemitas, que acusaban a los israelitas de ser extranjeros en los países en que vivían, tesis sostenida, entre otros, por el propio Hitler. Las persecuciones nazis ablandaron las posiciones reformistas y, en 1937, exigían la colaboración con un *hogar nacional judío*, que fuera «no sólo un refugio para los oprimidos, sino un centro de cultura y vida espiritual judía».

Aún más compleja —aunque tuviera menor importancia desde el punto de vista económico y numérico— fue la polémica religiosa con las comunidades más ortodoxas. Aunque las diferencias entre los grupos ocasionaron que las diatribas con el sionismo resultaran diferentes, en general se enfrentaron a Herzl y a sus seguidores porque les consideraban destructores de los valores tradicionales del judaísmo; porque les parecía herético el intento de construir el Estado judío por medios humanos, cuando ésa debía ser la obra del Mesías; porque sólo podían esperar la creación de un Estado laico, donde la ortodoxia religiosa perdería la primacía… Estos grupos —*Jibat Sión, Agudat Israel, Mizraji, Neturei Karta*, etcétera— tuvieron su principal desarrollo en la Europa Oriental, pero también arraigaron con fuerza en Estados Unidos. El peligro hitleriano les hizo perder seguidores y acercar posiciones al sionismo, aunque aún en 1937 una proclama de *Agudat Israel* decía: «Un Estado judío que no esté fundado ni sea gobernado por los principios de la Tora (…) no puede llamarse Estado judío». La Agencia Judía acortó distancias al garantizarles el mantenimiento de su preeminencia en lo que se refería a observancia religiosa. Esto, más las concesiones de Ben-Gurion, fue determinante para la situación del integrismo hebreo dentro del Estado de Israel e, incluso, para la especial naturaleza de su funcionamiento y democracia[92].

Pero no adelantemos acontecimientos. En otoño de 1940 la situación era gravísima para la mayoría de los europeos de origen semita. Alemania era dueña o aliada de casi toda Europa, exceptuando Grecia, Yugoslavia, Suecia, España, Portugal y las Islas Británicas. Los judíos de Alemania, Austria, Checoslovaquia y Polonia estaban siendo recluidos en campos de trabajo, donde se les explotaba hasta la muerte como mano de obra esclava, o en guetos, de donde únicamente se les permitía salir para trabajar en las industrias del III Reich. El futuro aún era más amenazador: Gran Bretaña resistía sola. ¿Podría aguantar las embestidas del Eje? Una victoria italogermana en el norte de África terminaría con el *hogar judío* en Palestina… Más peligroso aún: un acercamiento de la Francia de Vichy a Hitler pondría Siria y Líbano bajo influencia nazi[93].

El sionismo envió a Ben-Gurion a Estados Unidos para que tratase de movilizar a los norteamericanos de origen hebreo en favor de su pueblo en peligro. El entonces presidente del Comité Ejecutivo de la Organización Sionista expuso su programa de tres puntos en el hotel neoyorquino Biltmore: oposición a la política del *Libro Blanco*, formación de un ejército judío que combatiera junto a los aliados, y apoyo económico y político para fundar en Palestina un Estado propio en cuanto concluyera la guerra. El *Programa del Biltmore* reavivó las viejas polémicas entre los judíos norteamericanos, pero a lo largo de la guerra, ante las aterradoras noticias que llegaban de Europa, se fue adhiriendo a él la mayoría de las tendencias. Hubo general acuerdo en pedir a Londres que retirara las barreras a la emigración; también se aceptaba el interés de formar alguna unidad militar judía que combatiera al III Reich junto a los demás aliados, pero muchos judíos siguieron objetando el tercer punto, suponiendo con toda lógica que la fundación de ese Estado sería fuente de innumerables problemas.

Los resultados inmediatos del *Programa del Biltmore* fueron escasos. Londres no retiró el *Libro Blanco*, entre otras cosas para no dar más argumentos a los árabes, cuya inclinación política progermana —bien cultivada por Berlín— era ostensible. La cuestión del Estado judío quedaba pospuesta para después de la *guerra*. Lo que sí consiguió Ben-Gurion fueron algunos millones de dólares para la causa sionista y ciertas presiones norteamericanas para que Londres pusiera en marcha una brigada hebrea, que llegó a contar con unos cinco o seis mil hombres y que combatió fundamentalmente en Italia. Además, unos 33 000 judíos lucharon como voluntarios con los aliados y unos 300 000 más fueron enrolados en sus correspondientes reemplazos por los respectivos ejércitos nacionales, sobre todo en el soviético y en el norteamericano[94]. Ellos serían parte de las Fuerzas Armadas judías

que tuvieron que afrontar el conflicto de 1948 por la independencia de Israel.

En los años de la II Guerra Mundial y en los posteriores, hasta el final del Mandato británico, el aumento de la población judía superó con creces los límites impuestos por el *Libro Blanco*. Al parecer, en aquellos ocho años llegaron a Palestina no menos de 153 000 inmigrantes: los 75 000 previstos, otros 20 000 admitidos a causa de las presiones internacionales y unos 58 000 que entraron clandestinamente, con la ayuda de las organizaciones judías.

Mientras aquellos emigrantes hallaban refugio en Palestina, el régimen nazi ponía en marcha el plan de exterminio de Wannsee, de enero de 1942. Si hasta entonces los judíos habían sido asesinados, deportados, recluidos en campos de concentración y guetos, y sometidos a trabajos aniquiladores, a partir de aquel momento sólo les aguardaba un destino: la muerte. El III Reich emplearía para su exterminio dos sistemas: el asesinato industrial en las cámaras de gas, reservado a ancianos, niños y mujeres, y la muerte por agotamiento en el trabajo para los hombres en condiciones de producir. Aún se debaten las magnitudes de las horribles cifras, que las últimas investigaciones sitúan en tomo a los cinco millones de personas, aunque los judíos muertos por las calamidades de la guerra podrían elevar esa cifra hasta cerca de los seis millones.

No se puede culpar a Gran Bretaña de parte del genocidio —como han hecho autores sionistas— por su aplicación del *Libro Blanco*. Sin sus barreras quizá hubieran podido salvarse algunos millares más, como los pasajeros del vapor *Struma*, que fue rechazado en Palestina y hubo de regresar a la Europa ocupada por los nazis. Pero las responsabilidades deben ser compartidas por medio mundo: el 13 de mayo de 1939 partió el buque *St. Louis* con 930 pasajeros rumbo a Cuba, país para el que tenían visados; sin embargo, sólo se permitió desembarcar a 22 de los pasajeros. El buque buscó desesperadamente acogida en Latinoamérica y Estados Unidos, pero fue en vano: el 10 de junio Washington prohibió definitivamente su desembarco y hubieron de retornar a Europa; tras muchas negociaciones, Gran Bretaña admitió a 89. Los restantes 819 descendieron en puertos franceses, belgas y holandeses, y, un año después, estaban bajo control alemán.

En este punto debe recordarse que España realizó un importante esfuerzo permitiendo la entrada de judíos en su territorio, condicionando el visado, generalmente, a que tuvieran permiso de entrada en otros países. No menos importante fueron la tenacidad y la habilidad de algunos diplomáticos que protegieron a los sefarditas y a otros que no lo eran, camuflándolos con ellos[95]. Algunos

investigadores sionistas aseguran que el régimen de Franco pudo hacer más y, seguramente, tienen razón, pero debe considerarse la desesperada situación económica en que se hallaba la España de aquellos años y su dependencia de las potencias del Eje para conseguir suministros básicos.

Volviendo a los reproches sionistas contra las responsabilidades del *Libro Blanco*, no son más virulentos que las acusaciones árabes contra el empleo británico de aquella reglamentación, pues si bien es verdad que fueron rechazados algunos millares de israelitas, no es menos cierto que, con pleno consentimiento o clandestinamente —como se ha visto—, entró en Palestina doble número de inmigrantes que el reglamentado. La vida de los hebreos en Palestina durante los años de la guerra estuvo marcada por la angustia que provocaba la suerte de parientes, amigos y compatriotas en la Europa ocupada por los nazis; aún se desconocían los horribles detalles de lo que estaba ocurriendo en los campos de exterminio, pero en líneas generales se sabía de la persecución y deportación de comunidades enteras.

Durante 1941-1942 hubo, además, una preocupación inmediata: la guerra en el Norte de África. La victoria alemana habría significado el final del sueño sionista. Las autoridades judías decidieron crear unidades de intervención inmediata, con mejor adiestramiento y selección de personal que los habituales en la *Haganá*; así se creó el *Palmach*, al que pertenecieron los mejores militares de Israel: Yigal Allon, Moshe Dayan, Yithzak Rabin, David Eleazar… Cuando Rommel avanzó hasta El Alamein, un batallón del *Palmach* se estacionó al sur de Palestina, dispuesto a combatir una posible invasión alemana, aunque no se dispusiera de armas de fuego para todos sus componentes. En aquellos momentos de apuro, las autoridades británicas del Mandato aceptaron colaborar con la Agencia Judía, que les ofreció a sus mejores *palmachines* para que les adiestraran en la guerra de guerrillas. Así aprendió Yithzak Rabin a leer mapas, a manejar armas y explosivos modernos y las técnicas más avanzadas en la guerra de guerrillas, según el patrón elaborado por el coronel Orde Wingate, el mejor experto de la época.

Y mientras se daba esa pequeña colaboración militar, la Agencia Judía elaboraba planes para evacuar a ancianos y niños hacia Persia si los alemanes rompían las líneas británicas de El Alamein. Al tiempo se estudiaban los mejores lugares y medios para ofrecer una resistencia suicida ante el *Afrika Korps* si Rommel penetraba en Palestina. La resistencia, primero, y la victoria, después, del VIII Ejército británico de Montgomery encarpetaron esos proyectos, pero dieron lugar a una colaboración en las operaciones británicas en Siria contra las tropas

del régimen de Vichy. Acciones de comandos, de muy escaso alcance, en las que el *Palmach* apenas contribuyó con dos docenas de hombres, que lucharon junto a pequeñas unidades australianas. En una de esas operaciones, Moshe Dayan perdió su ojo izquierdo y en otra participó, con 20 años de edad, Yithzak Rabin, que casi se descalabró al caerse de un poste de telégrafos cuando se encargaba de interceptar las comunicaciones de las fuerzas francesas. Poca cosa que, además, se terminó cuando los ingleses se sintieron vencedores en el norte de África, a finales de 1942; entonces, suprimieron la colaboración y recuperaron las armas que habían prestado.

Al margen del temor suscitado por las campañas de Rommel, la gestión económica, comercial y agrícola fueron excelentes. Los problemas del pasado, originados por el exceso de producción y la saturación de los mercados, cesaron con la guerra: la intendencia aliada estaba dispuesta a comprar cuanto produjera Palestina para satisfacer las necesidades de su ejército en el norte de África, primero, y en Italia, después. Al final de la contienda, el Reino Unido adeudaba a la comunidad sionista unos cien millones de libras esterlinas.

Culminación de la utopía sionista: Israel

El genocidio cometido por los nazis con los judíos que habitaban en los Territorios Ocupados por el III Reich durante la II Guerra Mundial cargó de razones a los sionistas para tratar de obtener rápidamente su Estado. Las inmensas fosas comunes, los hornos crematorios, las cámaras de gas, el asesinato de la mitad de los hebreos que vivían en Europa, conmocionaban las conciencias y el sionismo, al tiempo que lloraba sobre la tragedia de su pueblo, se disponía a aprovechar aquel mar de sangre para conseguir sus propósitos. Dentro del sionismo seguían coexistiendo las corrientes moderada y posibilista de Weizmann y la que exigía la creación inmediata del Estado judío, expuesta por Ben-Gurion en el programa del hotel Biltmore. Ben-Gurion logró imponer su criterio, aunque era consciente de las enormes dificultades a las que se enfrentaba: no podría contar con Gran Bretaña —atada por sus compromisos estratégicos y económicos al ámbito árabe— y del resto del mundo se atrevía a esperar comprensión, apoyo político, quizá dinero y complicidad para la adquisición de armas, pero poco más. Años después escribiría:

«Yo estaba convencido de que el factor que habría de decidir nuestra suerte sería la fuerza judía; tendríamos que prepararnos, armarnos y organizamos para crear y defender el Estado. También me parecía evidente que deberíamos prevenir un conflicto no sólo con los árabes de Palestina, sino también con los países árabes vecinos. Los judíos de Palestina y del movimiento sionista debían estar preparados para pasar esta espantosa prueba; era necesaria la preparación militar para hacer frente a los acontecimientos futuros».

Por aquellos días, Yithzak Rabin, el joven *sabra (higo chumbo,* nombre

que recibían los judíos nacidos en Israel) participaba en la oleada de sabotajes antibritánicos organizada por la *Haganá*, en represalia por las dificultades que Londres oponía a la inmigración judía. Rabin hubo de pasar en la posguerra por un hospital, tras un accidente en moto, y por la cárcel, tras una redada británica. Esos periodos de inactividad le dieron tiempo para reflexionar sobre su futuro: siempre había querido ampliar sus tres años de estudios agronómicos y, por otro lado, tenía novia, Lea Schlossberg —nacida en Königsberg y llegada a Palestina en 1933— y comenzaba a pensar en casarse con ella. Había llegado el momento de dejar las armas y plantearse una vida civil. Incluso había iniciado gestiones para conseguir una beca en una universidad norteamericana. Pero Yigal Allon desbarató sus proyectos: «Yithzak, la Guerra Mundial ha terminado, pero nuestra lucha acaba de iniciarse. Piénsalo, te necesitamos; tenemos muy pocos comandantes bien adiestrados y no podemos prescindir de uno de ellos». Rabin se quedó.

El reparto de Palestina

La II Guerra Mundial, lo mismo que ocurriera con la Primera, contribuyó a modificar profundamente la situación en la zona. La contienda debilitó a las dos potencias coloniales del Próximo Oriente, Francia y Gran Bretaña: Siria accedió a la independencia en 1945; Egipto, en 1947, y Jordania, en 1948, recibieron sus soberanías plenas.

Añádanse los hallazgos de nuevos campos petrolíferos en los países árabes y el incremento del consumo industrial de crudos para comprender la progresiva mediatización británica en el mundo árabe. A ella contribuiría en no escasa medida el interés estratégico y económico del canal de Suez —situado a partir de entonces en un país plenamente soberano— y el declive imperial británico en el subcontinente indio, que ardía en un feroz conflicto civil a causa de la separación de hindúes y musulmanes en dos países, India y Pakistán.

Pero los judíos también salían favorecidos de la guerra. Contaban con la simpatía casi universal a causa del genocidio nazi y con la impagable deuda material y moral de los países que habían pertenecido al Eje y de sus antiguos aliados, responsables directos o indirectos del Holocausto. Habían logrado unificar posturas en torno a la exigencia inmediata de un Estado, aunque fuera repartiendo el territorio del Mandato. Económicamente, la contienda había multiplicado las instalaciones agrícolas y fabriles implantadas por el sionismo en Palestina e incrementado las fortunas de muchos industriales y banqueros judíos de Gran Bretaña y, sobre todo, de Estados Unidos. También se contaba con el capital humano

imprescindible para la fundación del Estado: medio millón de desplazados o de supervivientes de los campos hitlerianos esperaban, en campamentos de España, Portugal, Grecia, Francia, Italia e islas del Mediterráneo, la oportunidad para trasladarse hasta Palestina.

Claro que esto último aún debería esperar. El Gobierno laborista de Clement Atlee, vencedor en las elecciones británicas de mayo de 1945, pese a las posturas prosionistas sostenidas cuando estaba en la oposición y a sus filípicas antiárabes cuando éstos manifestaban inclinaciones proclives al Eje, mantuvo en vigor las disposiciones del *Libro Blanco*. Evidentemente, Londres juzgaba que aquél era el momento más inoportuno para apoyar a los sionistas y, por consiguiente, para enfrentarse con el mundo árabe e, incluso, con el musulmán.

En los dos años que siguieron al final de la guerra, las comunidades árabe y judía que convivían en Palestina —1 200 000 y 500 000 personas, respectivamente— mantuvieron graves fricciones, aunque la violencia de esa época sería un juego de niños comparada con la que se desataría después. Inicialmente, ambas comunidades prefirieron enseñarle los dientes a la potencia mandataria: en 1946 hubo, por ejemplo, huelgas judías y árabes; las primeras para que se retiraran las limitaciones del *Libro Blanco*; las segundas, para que se abrogase la cuota adicional, que permitía el ingreso en Palestina de 1500 inmigrantes judíos cada mes.

El *mufti* de Jerusalén, Hadj Amin el Husseini, había logrado escapar de los ingleses en los días de la ocupación aliada del III Reich, donde se hallaba refugiado, y se presentó en El Cairo, donde, pese a haber perdido prestigio por su vinculación a los nazis, volvió a levantar la bandera antibritánica entre los palestinos que vivían en Egipto. De aquel grupo comenzó a distinguirse un joven universitario, Yasser Arafat, convertido en activista y contrabandista de armas a los 17 años. En mayo y junio de 1946 los países árabes adoptaron importantes decisiones políticas; primero, en una cumbre reunida en Egipto, en la que reafirmaron el carácter árabe de Palestina; segundo, en una reunión de la Liga Árabe en Siria, en la que se amenazaron abiertamente los intereses norteamericanos y británicos si apoyaban la implantación de un Estado sionista en Palestina.

No se quedaban atrás los judíos, que escalaban posiciones en su lucha contra la potencia mandataria. En aquella labor se distinguían dos organizaciones terroristas que funcionaban al margen de las autoridades sionistas y de la Agencia Judía: Irgun o IZL (Organización Militar Nacional) y Stern o LEHI (Combatientes por la libertad de Israel), grupos nacidos del revisionismo, que reunían a gentes

procedentes de la ultraderecha política, dispuestas a arrancar su Estado a Gran Bretaña, por las armas, si fuese necesario; entre los dirigentes de aquellas organizaciones se hallaban Menahem Begin e Yitzhak Shamir, que serían dirigentes de la derecha judía desde los años sesenta a los noventa y jefes de Gobierno de Israel. El 22 de julio de 1946, el Irgun mostró su bien ganada fama de sanguinario con la voladura del hotel *King David*, de Jerusalén, donde tenía su sede el Gobierno del Mandato y donde se hallaba, también, el Estado Mayor de las fuerzas británicas destinadas en Palestina. En aquel atentado murieron 91 personas.

Londres incrementó sus efectivos militares en Palestina y multiplicó sus redadas, requisas de armas, controles de carreteras, toques de queda, condenas a presidio e, incluso, ejecuciones; pero todo ello fue insuficiente para hacerse con la gobernabilidad del territorio[96]. Tanto árabes como judíos se las arreglaban para convertir en un infierno la presencia británica, a la vez que se acometían fieramente. El Reino Unido comenzó a pensar en dejar el Mandato, costoso en dinero, en hombres y hasta en precio político. Palestina se había convertido en motivo permanente de fricciones con los países árabes, y la cuestión judía, en objeto de insistentes presiones norteamericanas. El cansancio de Londres era adivinado tanto por los árabes como por los hebreos y, a finales de 1946, ambas comunidades estaban seguras del inminente ocaso británico en Palestina y de que la guerra abierta por el territorio se hallaba a la vuelta de la esquina.

Ambos bandos hacían por entonces balance de sus fuerzas. Los judíos disponían de unos 4000 hombres y mujeres, con buen adiestramiento y prácticamente dedicados a las armas, y unos 40 000 reservistas, que iban desde los adiestrados en la II Guerra Mundial o fogueados en la lucha de Palestina a los totalmente inhábiles. Para equiparles, la *Haganá* disponía —según cifras de Ben-Gurion, que ejercía como responsable militar— de 10 073 fusiles, 1900 subfusiles, 186 fusiles ametralladores, 444 ametralladoras, una ametralladora pesada, 672 morteros de 2 pulgadas (ligeros) y 96 morteros de 3 pulgadas (medios), armamento para equipar ligeramente a unos 15 000 hombres. A esos efectivos deberían añadirse las bandas del Irgun y del LEHI, acaso cinco o seis mil activistas equipados aún más someramente, sobre todo con armas cortas. Carecían de cañones, de blindados, de aviones y de buques de guerra.

Los árabes aún estaban peor. Sus fuerzas consistían en grupos guerrilleros, en bandas que alternaban las acciones antijudías con la simple delincuencia, en grupos irregulares de composición tribal o local reclutados por unos días o para una operación concreta, y en

miembros de la policía palestina o de vigilancia fronteriza. Su encuadramiento era mínimo o inexistente: algunos grupos estaban integrados en la *Futuwa* y obedecían a Husseini; otros, en la *Najada*. Su capacidad para una movilización rápida y bien sincronizada era muy inferior a la de los judíos; su armamento, también. Las diferencias aún se ahondarían en los meses siguientes pues, en ese mismo 1946, Ben-Gurion despachó a sus agentes a numerosos países europeos, donde se amontonaban millones de armas excedentes de la guerra, con órdenes de comprar y almacenarlas para cuando fuera posible su trasporte hasta Palestina; asimismo, se encargaron de reclutar especialistas en aviación, artillería, explosivos, etcétera. Pronto comenzaron a fabricarse subfusiles *Sten* y morteros en sus talleres clandestinos.

El 17 de febrero de 1947, el ministro británico de Exteriores, Ernest Bevin, anunciaba que su país se disponía a entregar el Mandato a las Naciones Unidas. El 18 de abril, en la sesión especial reunida por la ONU sobre la cuestión palestina, se permitió la participación de un delegado judío, Ben-Gurion, que expuso los derechos históricos que asistían a su pueblo para fundar un Estado en aquel territorio, aparte de los muchos trabajos realizados por los hebreos durante el último medio siglo para colonizar la región. Por el contrario, los delegados de los países árabes trataron de separar el problema de Palestina del problema judío: cuando comenzaron a llegar los inmigrantes, dieciocho siglos después de su última expulsión por los romanos, había allí un pueblo que paulatinamente estaba siendo arrinconado porque carecía de los medios y de las protecciones internacionales que estaban asistiendo a los hebreos; los países árabes, en vías de formación, no habían podido hasta el momento apoyar a sus hermanos de Palestina, a quienes obviamente asistía el derecho a fundar un Estado, en el que tendría cabida un *hogar judío*, pero no un Estado judío. Argumentaban los diplomáticos árabes que el mundo entero se convertiría en un manicomio si todos los pueblos desplazados a lo largo de la Historia tratasen ahora de regresar a las tierras de sus antepasados; más aún: la población autóctona de Palestina no tenía por qué pagar por las persecuciones seculares del mundo cristiano contra los israelitas y, menos aún, por el genocidio nazi; ella, más que nadie, había contribuido a ofrecer un asilo a los judíos, acogiendo en aquel puñado de tierra, durante los quince últimos años, a tantos perseguidos como el resto del mundo junto. Finalmente, amenazaban con oponerse con la fuerza contra cualquier intento de arrancar un trozo de Palestina para entregárselo a un pueblo advenedizo.

Las fuerzas parecían igualadas al apoyar a los árabes otros países, como Turquía, India y Afganistán, pero el representante de la URSS, Andrei Gromiko, sorprendió a la mayoría abogando por el derecho judío a tener su propio Estado «como compensación por los sufrimientos padecidos en Europa» y recomendó la partición del territorio, puesto que árabes y hebreos se habían mostrado incapaces de organizarse en un Estado binacional.

Al mes siguiente, la Asamblea General designó una Comisión Especial de las Naciones Unidas para Palestina (UNSCOP), compuesta por representantes de once países, cuyo dictamen indudablemente sería favorable a las tesis sionistas, pues su composición estaba directamente relacionada con la de la ONU. Por si hubiera podido existir alguna duda, el Alto Comité Árabe rechazó, menospreció y obstaculizó cuanto pudo su misión, mientras que la Agencia Judía se mostró deferente, apoyó sus actuaciones y «se trabajó» a los miembros de la Comisión, llegando, incluso, a organizar escuchas microfónicas de las reuniones que mantenían los comisionados para poder salir al paso de sus posibles reticencias. Más aún, desplegó ante la UNSCOP todo el catálogo de los horrores del genocidio hitleriano y de sus consecuencias y las desdichas de las comunidades judías que trataban de alcanzar Palestina, superando las limitaciones del *Libro Blanco*. El caso más clamoroso fue el del *Exodus*.

Mientras la UNSCOP se hallaba en Palestina estudiando la situación, el 11 de julio de 1947 zarpaba del puerto de Sète, Francia, el mercante *President Warfield*, con cerca de 4500 pasajeros judíos a bordo. Eran, en su mayoría, supervivientes de los campos de exterminio nazis que llevaban dos años dando tumbos de campamento en campamento de refugiados, tratando de recuperarse del terrible trauma del Holocausto y de alcanzar el hogar judío en Palestina[97] donde, según todo el mundo comentaba, pronto seria fundado el Estado de Israel.

En pleno Mediterráneo, el buque cambió su nombre por el de *Exodus*, título del segundo libro del *Deuteronomio*, que narra la salida del pueblo judío de Egipto y su marcha hacia la Tierra Prometida. En este caso, los 4500 pasajeros no pudieron forzar la entrada en Palestina porque se lo impidieron los buques de guerra británicos. Entre los curiosos que se hallaban en los muelles de Haifa viendo el brutal desembarco de los inmigrantes, andrajosos, sucios y hambrientos, para trasladarlos a otros barcos prisión antes de devolverlos hasta el puerto de partida, se hallaba el sueco Emil Sandstrom, presidente de la UNSCOP, que se sintió profundamente conmovido[98] e inclinó aún más la opinión pública mundial en favor de la partición. Todo ese conglomerado de asuntos decidieron la postura de la UNSCOP. Las

protestas árabes no fueron tenidas en cuenta, ni tampoco las británicas, cuya diplomacia, desde el principio, sólo tenía la duda de si las votaciones dentro de la comisión se resolverían a favor de los intereses sionistas por 8 a 3 o por 7 a 4. Estaba claro que las dos superpotencias, EE. UU. y URSS, ya habían decidido a favor de la partición y de que nada podría cambiar ya el rumbo de los acontecimientos. En Estados Unidos, el presidente Harry S. Truman, llegado a la Casa Blanca desde la vicepresidencia, tras la muerte, en abril de 1945, del presidente Franklin D. Roosevelt, deseaba ganar las elecciones presidenciales de 1948, no sólo para seguir otro mandato al frente del país, sino también para demostrar que era algo más que *un fabricante de camisas* que había alcanzado la presidencia por carambola. Para lograr su propósito precisaba el apoyo de los judíos norteamericanos, que eran en aquel momento casi seis millones de personas y constituían un poderoso *lobby* dentro de la economía y la política de Estados Unidos.

Moscú, por su parte, había visto con simpatía la formación de los países árabes, suponiendo que el alejamiento británico del Próximo Oriente daría opciones políticas a la URSS. Sin embargo, en aquel momento apoyó los intereses sionistas porque, con la partición de Palestina, terminaba definitivamente el Mandato y los responsables del caos que dejaría tras de sí no serían los soviéticos sino los británicos. En todo caso, si los árabes no fueran propicios a los intereses soviéticos en el Mediterráneo, Moscú podría contar con la amistad israelí; no en vano entre los judíos de Palestina eran muy numerosos los de origen ruso y había allí más marxistas que en todo el mundo árabe en su conjunto.

El 31 de agosto de 1947, la UNSCOP recomendó unánimemente la finalización del Mandato británico y la partición de Palestina, «puesto que resulta imposible llegar a un acuerdo entre ambas partes». Por ello proponía esta alternativa para la futura gobernabilidad del territorio: 1) *Plan mayoritario*, que consistía en a) partición de Palestina y creación de dos Estados, uno árabe y otro judío, ligados por una unión económica y con Jerusalén bajo la autoridad de las Naciones Unidas, como capital de las tres grandes religiones monoteístas de la Humanidad; b) admisión inmediata de 150 000 inmigrantes; c) supresión de las trabas legales impuestas a la venta de tierras a los judíos en la zona que les fuera asignada. 2) *Plan minoritario*, que preveía la fundación de un Estado federal árabe-judío, con autonomía para cada sector y con Jerusalén como capital. Evidentemente, el sionismo se adhirió al *Plan mayoritario*, pues el segundo le relegaría a una perpetua inferioridad política ante la

mayoría árabe. Los países árabes rechazaron las conclusiones de UNSCOP y amenazaron con intervenir militarmente si se partía Palestina. Para demostrar que no era vana su amenaza, la Liga Árabe recomendó en noviembre que todos sus países miembros estacionaran tropas a lo largo de las fronteras del Mandato para tomarlo inmediatamente después de que lo evacuaran los británicos.

En aquel caldeado otoño de 1947, mientras en Palestina menudeaban asaltos, atentados, asesinatos y estragos, los árabes perdían la batalla diplomática en las Naciones Unidas. El 26 de noviembre, en el curso de los debates en torno a la partición, el delegado soviético, Andrei Gromiko, dejaba clara la posición de Moscú: «Si estos dos pueblos moradores de Palestina —ambos con profundas raíces históricas en esta región—, no pueden convivir en el marco de un Estado único, no queda más remedio que formar dos Estados, uno árabe y otro judío. La delegación soviética opina que no existe otra solución viable». Tras un largo discurso, Gromiko rebatía la opinión árabe de que el tema no era competencia de la ONU: «La Asamblea General (…) no sólo está facultada para estudiar este problema, sino que, dada la coyuntura plasmada en Palestina, debe tomar la correspondiente resolución. A juicio de la delegación soviética, el proyecto de arreglo palestino avanzado por el comité (…) se ajusta por completo al interés de mantener y consolidar la paz internacional y vigorizar la colaboración entre las naciones. Por ello, precisamente, la delegación soviética apoya la recomendación de partir Palestina».

La Asamblea General, finalmente, votó la partición, de acuerdo con el *Plan mayoritario* (resolución 181), en la tormentosa asamblea del 29 de noviembre de 1947. Como el resultado se calculaba muy apretado (se precisaban los dos tercios de los votos emitidos, sumando afirmativos y negativos), Washington y Moscú cabildearon entre los más dubitativos, logrando una victoria muy ajustada: a favor, 33 países; 13, en contra (Egipto, Siria, Líbano, Irak, Arabia Saudí, Yemen, Afganistán, Pakistán, India, Irán, Turquía, Grecia y Cuba); y 10 se abstuvieron (significativamente, Gran Bretaña, Canadá, China, Yugoslavia, Etiopía y cinco repúblicas hispanoamericanas).

La consternación fue inmensa en el mundo árabe y aun en el musulmán, tanto por lo que significaba el hecho en sí mismo, como por su humillante derrota. Para los judíos supuso una inmensa alegría. Moshe Dayan escribió en sus memorias que aquel día se hallaba en el *kibbutz* de Nahalal y que, cuando se enteraron, «era de noche. Saqué a los niños de la cama y nos unimos al resto de la aldea en alegre baile que se desarrollaba en la sala de la comunidad». Yithzak Rabin recordaba que aquella noche se encontraba en Tel Aviv y que se fue

con su novia, Lea, hasta la plaza de la Estrella de David, donde se había dado cita una gran multitud expectante. Mediante megafonía, los reunidos podían seguir la marcha de las votaciones y se produjo un inmenso clamor y un estallido de júbilo cuando la resolución alcanzó los votos favorables de los dos tercios de la Asamblea General.

El territorio sujeto a reparto comprendía la Cisjordania y el desierto del Néguev; una superficie total de 26 323 kilómetros cuadrados. A los palestinos se les asignaban 11 823 (unos cuatro mil en el desierto del Néguev); a los judíos, 14 500 —de los cuales más de ocho mil correspondían al Néguev—; Jerusalén y Belén quedaban bajo control internacional, componiendo enclaves con unos 200 kilómetros cuadrados.

Pese al «entusiasmo indescriptible» que estalló «en toda la Casa de Israel», como decía Ben-Gurion, los israelitas tenían tres cuestiones contra aquella partición: Jerusalén quedaría bajo jurisdicción internacional, el territorio que se les asignaba estaba fragmentado en tres zonas difícilmente comunicables entre sí y era desértico en más de un 50%. Mucho peor era la situación de los árabes, que se sentían víctimas de un expolio, pues quedaban igualmente divididos en tres porciones de complicada estructuración y, además, estimaban que se les había dado menos y peor tierra que la concedida a los hebreos a pesar de constituir los dos tercios de la población: 1 293 000 árabes frente a 608 000 judíos (cifra oficial del Mandato a comienzos de 1947).

Por eso, su reacción fue sumamente violenta: «Cuando se vayan los ingleses, echaremos a los judíos al mar», aseguraban los diplomáticos árabes en los pasillos de la ONU y pronto la frase se hizo popular en los zocos del todo el Próximo Oriente y la propaganda judía sacaría —y aún lo hace— un extraordinario provecho de la amenazadora *boutade*. Las disposiciones de los países árabes eran más retóricas que reales y, si bien se palpaba el clima bélico, sus preparativos militares fueron parciales, desordenados y desincronizados. Los judíos, sin embargo, adoptaron incesantes medidas para afrontar un conflicto que sabían inevitable, tropezando sólo con el bloqueo británico para poder armar cumplidamente a su ejército secreto. Por su lado, los palestinos tuvieron poco dinero para comprar armas y sus agentes no adquirieron las más eficaces ni las que más podían necesitar; en cambio, pudieron introducirlas en Palestina, a través de las fronteras árabes, antes del final del Mandato.

Vísperas bélicas

La guerra ya se había convertido en una terrible realidad cotidiana. En sólo cinco meses y medio, es decir, desde la partición en la ONU, 29

de noviembre de 1947, hasta el final del Mandato, 15 de mayo de 1948, se produjeron en Palestina dos mil quinientos muertos y más de cinco mil heridos. Jerusalén era el epicentro de la lucha: árabes y judíos se dedicaron a atacarse, a aterrorizarse, a asesinarse y a destruir las propiedades del oponente; barrios enteros fueron evacuados por temor a los atentados de las bandas armadas de unos y otros. Las fuerzas del *Mufti*, mandadas por su sobrino, Abdel Kader, un soldado capaz y carismático formado en la Alemania nazi, lograron cortar los accesos a Jerusalén, por lo que muy pronto la ciudad judía comenzó a padecer hambre.

En abril reaccionó la *Haganá*, que contraatacó con más de 1500 hombres —la mitad de ellos, del *Palmach*— y logró abrir camino a sus convoyes hasta los barrios judíos. En los violentos combates que se libraron aquellas semanas murió, el 8 de abril, Abdel Kader; su desaparición fue fatal para la causa palestina. Le sustituyó Fawzi el-Kaukji, que trató de mantener el asedio hasta que fue proclamado el Estado de Israel. Luego, cuando las operaciones militares adquirieron mayor envergadura al intervenir los ejércitos árabes, desapareció como jefe militar importante.

Tierra y población de Palestina en el momento de la partición

Nombre Distrito	Tierra palesti.%	Tierra judía %	Tierra pública	Población palesti.%	Población judía %	Zona partic.
Safed	68	18	14	87	13	Judía
Acre	87	3	10	96	4	Árabe
Tiberiades	51	38	11	67	33	Judía
Haifa	42	35	23	53	47	Judía
Nazaret	52	28	20	84	16	Árabe
Beisan	44	34	22	70	30	Judía
Jenin	84	-1	16	100	–	Árabe
Tulkarem	78	17	5	83	17	Ár./Ju.
Nablús	87	-1	13	100	–	Árabe
Yaffa	47	39	14	29	71	Ju./Ár.
Ramala	99	-1	1	100	–	Árabe
Ramla	77	14	19	78	22	Árabe
Jerusalén	84	2	14	62	38	Inter.
Gaza	75	4	21	98	2	Árabe
Hebrón	96	-1	4	99	1	Árabe
Beersheba	85	-1	15	99	1	Judía

Fuente: Comité Nacional Palestino para el *Año de Palestina*.

En la lucha por los accesos a Jerusalén, combatiendo contra Abdel Kader y contra el-Kaukji, se hallaba Yithzak Rabin, primero como oficial de operaciones del *Palmach* y, luego, como jefe de la brigada *Harel*, cuya misión consistía, precisamente, en abrir paso a los convoyes judíos de aprovisionamiento. Rabin recordaría siempre con horror aquella agotadora lucha sin vencedores ni vencidos, en la que demostró mucho más talento como organizador que como jefe de tropas. Otro hombre que vivió, aunque desde El Cairo, aquella lucha fue Yasser Arafat, que quemó sus libros, junto a varios centenares de estudiantes más, en señal de duelo por la muerte de Abdel Kader y como protesta desesperada: «No es el momento de estudiar —arengaba a sus compañeros—. ¡Están a punto de arrebatarnos nuestra patria! ¿De qué nos servirán los estudios si no tenemos país? ¡Vayamos a luchar a Palestina!». Y hacia Palestina partió, junto con un grupo de estudiantes palestinos en la capital egipcia y de jóvenes

afiliados a los Hermanos Musulmanes, que se integraron en las guerrillas antijudías de la Franja de Gaza.

Al terrorismo y a las guerrillas árabes respondieron los judíos con mayor violencia aún, multiplicando la venganza de la *Ley del Talión* —«ojo por ojo, diente por diente»—, tratando de intimidar a los árabes y, en muchos casos, con el propósito decidido de conseguir que la población civil evacuara algunas zonas interesantes para la colonización sionista. El acto más bárbaro del terrorismo israelita eligió como blanco la aldea árabe de Deir Yassin: en la madrugada del 9 de abril, miembros del Irgun y de LEHI, con apoyo de la Haganá, unidos todos para una acción importante que debía reforzar su poder y prestigio dentro de la comunidad judía, asaltaron el pueblo con tan escasa pericia que los habitantes pudieron ponerse a la defensiva y causaron varias bajas a los asaltantes. Los terroristas, ciegos por la ira y la sed de venganza, fueron haciéndose con la situación poco a poco, matando, violando, incendiando y destrozando cuanto hallaron a su paso. El bárbaro episodio se prolongó durante doce horas, hasta el mediodía, sin que las tropas inglesas, acantonadas a no mucha distancia, intervinieran. Allí murieron más de cien personas, sobre todo ancianos, mujeres y niños, pues parte de los hombres estaba en las guerrillas árabes o trabajaba fuera. No fue éste el único caso. Investigadores israelíes y palestinos, a base de tamizar archivos y hurgar en la memoria colectiva, están desenterrando terribles historias como las de Safsaf y Salha, villorrios palestinos donde fue asesinado más de un centenar de hombres y violadas muchas mujeres.

Días después, los palestinos vengaban cumplidamente la matanza de Deir Yassin, al interceptar un convoy sanitario que se dirigía desde Jerusalén al hospital sionista de Monte Scopus. Los tiradores árabes dieron muerte a 76 judíos entre conductores, escoltas y personal sanitario. Tampoco en esta ocasión llegaron a intervenir los soldados ingleses, tanto por no involucrarse en una lucha que desde hacía muchos meses ya no era la suya, como en represalia por el asalto de Deir Yassin.

El caso de esta aldea, cuya fecha aún es hoy recordada por los palestinos como día de luto y de infamia, fue un golpe claramente ventajoso para los intereses sionistas —por más que las autoridades religiosas y la Agencia Judía condenaran el crimen— pues millares de palestinos aterrados comenzaron a abandonar las zonas donde se encontraban en minoría en busca de lugares más seguros; ese éxodo, provocado por el miedo, aumentó con el comienzo de la guerra y, sobre todo, con la sistemática limpieza étnica desplegada por las tropas judías; también pudo contribuir en alguna medida la

propaganda de los países árabes, que invitaba a los palestinos a salir de las zonas hebreas para que no corrieran peligro cuando sus ejércitos penetraran en la región; este asunto, tenido como verdad indiscutible hasta hace pocos años, hoy está cuestionada por la mayoría de los historiadores, alguno de los cuales admite que hubo «rumores[99]». En aquellos momentos comenzó a fraguarse la tragedia de los refugiados palestinos.

Como puede observarse, el caos era absoluto en Palestina, sin que los británicos intentasen, siquiera formalmente, controlar la situación. En aquellos últimos meses de su presencia en Palestina, sólo la Marina siguió ejerciendo rigurosamente el control de puertos y costas, tratando de impedir la entrada de inmigrantes clandestinos y el tráfico de armas. Pese a ello, los israelitas se las ingeniaron para introducir algunos cargamentos de material bélico y a varios millares de compatriotas por encima de los cupos establecidos por el *Libro Blanco*. La situación irritaba profundamente a todos los interesados por el futuro de Palestina. En la ONU se veía con inquietud cómo se estaba formando un clima bélico de alcance suprarregional sin que los británicos lograsen contenerlo y sin que modificaran sus planes de evacuación.

El presidente de la Comisión enviada por las Naciones Unidas al Próximo Oriente, el español Pablo de Azcárate, exponía así su visión del problema, presagio de un conflicto interminable: «La I Guerra Mundial desencadenó en el Próximo Oriente dos poderosas fuerzas políticas cuyo inevitable choque está teniendo lugar ante nuestros ojos bajo esa etiqueta cómoda de *Cuestión de Palestina*. Por una parte, el sionismo, doblemente animado por su espíritu mesiánico y sus inagotables recursos financieros, marchaba hacia (…) la constitución de un Estado judío en Palestina. Por la otra, el nacionalismo árabe, violento, incoherente, en perpetua lucha intestina, se lanzaba con el mismo ardor y entusiasmo hacia la liberación de todos los pueblos árabes (…) El choque entre estas dos fuerzas era inevitable por una circunstancia a la que no siempre se ha prestado la atención que se merece, y es que Palestina, a los efectos de determinar las responsabilidades concretas e inmediatas de nuestra generación, debe ser considerada como una tierra árabe. Ni las sabias y eruditas alegaciones de los rabinos sobre el reino de David en Palestina hace tres mil años, ni la polémica alrededor de la correspondencia cambiada entre el jerife Hussein, emir de La Meca, y los diplomáticos y agentes británicos, dejando más o menos claramente excluida Palestina de los territorios en los cuales se reconocía a los árabes el derecho a establecer Estados soberanos, han sido ni podían ser de

mucha monta ante este hecho básico, fundamental e indestructible que desde los tiempos de Mahoma la población de Palestina ha sido arabizada y que no se podía razonablemente esperar que los árabes hubieran dejado de considerarla como una tierra árabe. Y así ocurrió lo que no podía menos de ocurrir, y fue que el sionismo, en sus esfuerzos por hacer avanzar la realización de su ideal, chocó con el nacionalismo árabe en su empeño de establecer en Palestina un régimen político que conforme a su ideal estuviera dirigido y controlado por su población árabe[100]».

Dos meses antes de la evacuación británica era casi universal la sensación de que la *Cuestión de Palestina* se iba a convertir en una catástrofe, tanto que incluso algunos de los promotores de la partición, como Estados Unidos, trataron de posponerla. El 25 de marzo, el presidente norteamericano, Harry S. Truman, pidió la inmediata negociación de una tregua en la lucha y se ofreció a compartir la responsabilidad de un fideicomiso temporal sobre Palestina para mantener el orden y alcanzar la partición dentro de un clima de paz. Una semana más tarde, el Consejo de Seguridad llegaba a solicitar una tregua y la reunión de una sesión especial de la Asamblea General para reconsiderar la partición de Palestina. No se avanzó en este sentido porque miles de intereses entrecruzados lo impidieron: Londres quería irse inmediatamente, Moscú no deseaba demora alguna y el sionismo presionaba para que los acontecimientos siguieran su curso. El 9 de abril, 41 congresistas norteamericanos exigieron el levantamiento del embargo de armas al Medio Oriente y la declaración explícita de su Gobierno de que seguía apoyando la partición de Palestina.

También los sionistas tenían reclamaciones contra la política británica. Entre otras cosas, protestaban por la continuación de su control naval sobre el puerto de Tel Aviv, que debería haber concluido el 7 de febrero; la Agencia Judía contaba con la apertura de ese puerto para introducir en Palestina a más de cien mil inmigrantes y miles de toneladas de armas antes de que cesase el Mandato. Por su parte, los árabes estaban indignados por la permisividad británica con el sionismo, al que no había impedido la formación de un auténtico ejército, bien diferente a las bandas armadas de los palestinos. No se creían, por otro lado, la impotencia de la policía y los guardacostas británicos para controlar el contrabando de armas y la entrada clandestina de inmigrantes.

A medio siglo de distancia, la Historia también guarda multitud de reproches para la potencia mandataria: a) De acuerdo con el plan de partición, los establecimientos militares británicos y sus fortificaciones

no desmanteladas pasarían a manos de judíos o árabes, según se encontraran dentro del territorio otorgado a unos y a otros; sin embargo, los militares ingleses entregaron sus posiciones al bando de sus preferencias y, en ocasiones, se divirtieron con el trágico juego de situar a ambos bandos a una distancia parecida de sus instalaciones y *gozar* con el espectáculo de la pelea por el puesto recién abandonado, b) La impotencia y el desencanto británicos en Palestina no pueden minimizar su responsabilidad por lo sucedido en aquel Mandato, al que habían sacado todo el fruto político y estratégico que pudieron y al que abandonaron al borde del abismo, c) La metrópoli, agobiada por la profunda crisis económica de la posguerra y en plena liquidación colonial, trató de preservar sus intereses económicos y políticos en los países árabes y, a la vez, de sostener buenas relaciones con el mundo económico hebreo, fundamentalmente norteamericano; ecuación imposible que la llevó al incumplimiento de sus compromisos de 1922, al recibir el Mandato: conducir el territorio al desarrollo, la independencia y la paz[101].

Por el contrario, durante los 23 años que desempeñó el Mandato, Londres marcó en muchos momentos objetivos políticos sionistas. El que fuera alto comisario en Palestina a partir de 1931, Arthur Wauchope, manifestaría sin tapujos: «Mi deber consistía en estimular el asentamiento de los judíos y mi máxima preocupación consistía en garantizar su seguridad». La Comisión Peel, ya mencionada en los proyectos de partición, llegaba a proponer la expulsión de más de 200 000 árabes para hacer sitio a nuevos inmigrantes judíos… Y, como se verá, Londres también favoreció el acuerdo sionista-jordano para repartirse Palestina en vísperas de la proclamación del Estado de Israel, según confirman las investigaciones de A. Shlaim, citado por Carmen López Alonso.

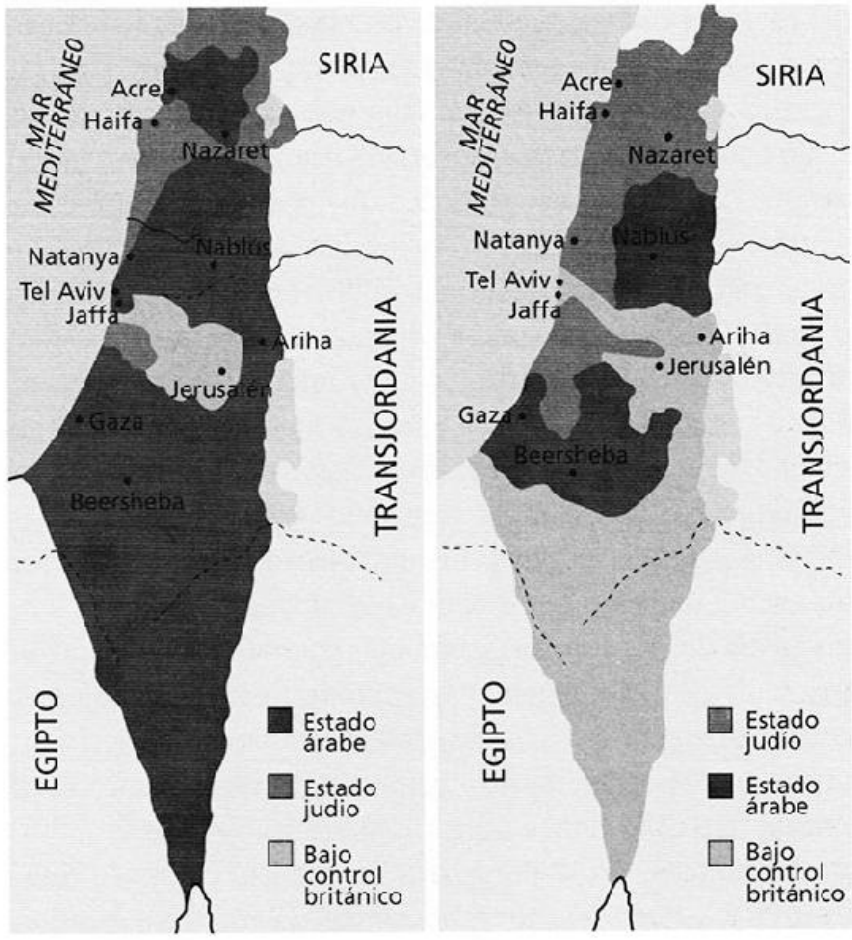
Cueste lo que cueste

Cuando ya los soldados ingleses liaban sus petates para abandonar Palestina, cuando Ben-Gurion daba los últimos toques a su discurso de la independencia, cuando los árabes adoptaban sus últimas disposiciones para atacar al Estado judío que se iba a proclamar, Washington realizó la última tentativa para evitar la independencia y la guerra consecuente. El secretario de Estado norteamericano, George Marshall, se entrevistó con el jefe de la delegación sionista en la ONU, Moshe Shertok —comúnmente conocido como Moshe Sharett— y le pidió que viajara inmediatamente a Israel para convencer a Ben-Gurion de que debía posponer la declaración de independencia. A cambio prometía eliminar las trabas para la emigración a Palestina de 100 000 nuevos inmigrantes y ayudas económicas para el desarrollo

agrícola; de lo contrario, negaba cualquier protección a Israel, ocurriera lo que ocurriese. Era una demanda inútil: el moderado Weizmann, que se hallaba en Nueva York, acompañó a Shertok al aeropuerto y le encareció vivamente: «Hay que proclamar el Estado judío pase lo que pase; ahora o nunca».

La petición de Marshall no iba a frenar la declaración de independencia, pero suponía un buen mazazo para las esperanzas sionistas, que veían cambiar la opinión pública mundial, tan proclive para sus intereses hasta sólo seis meses antes. Por aquellos mismos días de comienzos de mayo, el titular del Foreign Office, Ernest Bevin, declaraba confidencialmente a un amigo árabe: «Sea cual fuere la acción que ustedes emprendan, han de estar seguros de vencer en quince días. Nosotros podremos ayudarles algo durante dos semanas, luego nuestro apoyo será escaso, incluso en el plano diplomático». Ante su sombrío panorama internacional, los sionistas intentaron a última hora garantizarse la neutralidad del único jefe de Estado árabe que no se había mostrado hostil hacia la creación del Estado de Israel, el rey Abdallah[102] de Jordania, quien un cuarto de siglo antes había recibido amistosamente a los judíos, lo mismo que su hermano, el rey Feisal II. El 10 de mayo de 1948, Golda Meir intentó llegar a un acuerdo con Abdallah, cuyas fuerzas blindadas ya habían sostenido algunas escaramuzas fronterizas con los *kibbutzim* para acallar las críticas árabes. El soberano hachemita accedió a convertirse en mediador, siempre que los judíos retrasaran la proclamación de independencia y cedieran algunas tierras que la partición les había concedido, en señal de buena voluntad hacia los árabes. Golda Meir aceptó el aplazamiento, pero se negó a considerar cualquier concesión de tierras. No hubo acuerdo, al menos público, porque a Abdallah le hubiera costado la corona… Pero el entendimiento secreto jordano-israelí explica la actuación de las fuerzas armadas jornadas, cuyos carros de combate atacaron al día siguiente Kfar Etzión, un poblado sionista incrustado en territorio árabe y estratégicamente situado en la carretera que va desde Hebrón a Jerusalén. Este movimiento de la Legión Árabe constituía, a la vez, material propagandístico para el consumo árabe y aviso para los dirigentes sionistas. El 12 de mayo sería una fecha crucial dentro de los anales sionistas. Aquel día se reunió en Tel Aviv el *Consejo de los Trece*, organismo que acababa de reemplazar a la Agencia Judía, para designar el Gobierno provisional. Pero el primer punto en el orden del día era decidir la proclamación del Estado, cosa que, tal como se vio, no estaba nada clara: el escaso apoyo internacional, las presiones norteamericanas, las amenazas árabes y el ataque jordano de la víspera habían desmoralizado a los

menos decididos.



PLAN BRITANICO
(Comisión Woodhead)

PLAN DE LA AGENCIA JUDIA
(1938)

En aquellas complicadas circunstancias fue Ben-Gurion quien, con su voluntad y astucia, impuso la proclamación inmediata del Estado. Primero, manejando la composición de los consejeros: sólo pudieron estar presentes diez, pues los otros tres no lograron salir de Jerusalén por hallarse la carretera cortada; casualmente, éstos eran tres personajes llenos de dudas. Tiempo después se sabría que uno de los que sí asistieron, ferviente partidario de la independencia inmediata, se hallaba, también, en Jerusalén unas horas antes, pero Ben-Gurion se encargó de poner a su disposición una avioneta. Segundo, utilizando su arrojo y su encendida oratoria. La reunión se estaba

desarrollando en un clima pesimista: Sharett y Golda Meir expusieron sus desalentadoras entrevistas con Marshall y Abdallah[103]; Yigal Yadin, jefe de la *Haganá*, analizó los agobiantes problemas militares y, ante la exigencia de una valoración, respondió que quizá contaran con un 50% de posibilidades de victoria.

En medio del general desaliento, Ben-Gurion desplegó sus dotes oratorias: todo lo dicho hasta entonces carecía de valor alguno, puesto que los reunidos desconocían que estaba a punto de llegar un importante cargamento de armas adquirido en Europa: 30 000 mosquetones, 5000 fusiles de asalto, 200 ametralladoras, 220 cañones de campaña, 10 carros de combate, 30 aviones, 35 cañones antiaéreos, 12 morteros pesados, 60 millones de cartuchos y 97 000 granadas para cañón y mortero. Había, además, muchos equipos de comunicaciones, sanitarios y de transporte, esperando su embarque hacia Tel Aviv, en cuanto el puerto estuviera libre de la vigilancia británica. Era más que suficiente para armar a 40 000 hombres, que se unirían a los más de 20 000 que estaban combatiendo ya en Palestina. El problema es que ese material sólo llegaría a sus manos si se proclamaba el Estado y se marchaban los ingleses. Por tanto, lo primero era el nacimiento del Estado judío, ya que los medios para defenderlo vendrían después con rapidez. Pese a sus argucias y argumentos la votación fue muy ajustada, decidiéndose la inmediata proclamación del Estado por seis votos contra cuatro; es decir, Israel nació el 14 de mayo de 1948 por dos votos de diferencia. Precisamente la fecha de la proclamación fue, también, motivo de acalorado debate, pues el propósito inicial era hacerla coincidir con el final del Mandato británico, en la medianoche del 14 al 15 de mayo, pero se daba la circunstancia de que tal momento coincidía con el comienzo de la festividad del sábado. Por eso se decidió declarar la independencia a las cuatro de la tarde del viernes 14 de mayo de 1948, que para el calendario judío era el quinto día del mes de Iyar del año 5708. En aquella reunión se determinó, también, el nombre del nuevo país, Israel, prefiriéndolo a Sión, que era la otra posibilidad estudiada. Asimismo, en esa importante reunión se acordó no delimitar las fronteras de Israel, con el pretexto de que lo mismo se había hecho en el momento fundacional de Estados Unidos, tal como argumentó Ben-Gurion; la ineluctable guerra que estaba a punto de comenzar era el mejor argumento en favor de esa indeterminación fronteriza: Israel tendría las fronteras que fuese capaz de conservar o de conquistar. El viejo espíritu colonialista del sionismo se ponía nuevamente de manifiesto: Ben-Gurion esperaba ampliar las concesiones de la partición, para lo cual, en aquellos momentos, había

que tener bastante fe[104].
Efectivamente, al concluir la reunión, los líderes sionistas fueron informados de que el *kibbutz* de Kfar Etzión había caído ante los ataques combinados de la Legión jordana y de fuerzas irregulares palestinas. Los judíos habían sufrido 150 muertos, doble número de heridos y unos 300 prisioneros. Pero había, también, una buena noticia para ellos: el mercante *Borea* había entrado en el puerto de Tel Aviv cargado de cebollas y tomates, pero bajo aquellas hortalizas, que deberían calmar el hambre de los barrios judíos de Jerusalén, llegaban cinco piezas de artillería y 45 000 granadas de cañón.

Proclamación del Estado de Israel

«*Eretz Israel* (la tierra de Israel) ha sido la cuna del pueblo judío. Aquí se forjó su personalidad espiritual, religiosa y nacional; aquí ha vivido como pueblo libre y soberano; aquí ha creado una cultura con valores nacionales y universales y ha legado al mundo entero el imperecedero Libro de los Libros». Ben-Gurion leía en el Museo de Tel Aviv la *Declaración de Independencia*. Eran poco más de las cuatro de la tarde del viernes 14 de mayo de 1948 y al acto asistían unas 200 personas, las más significativas del sionismo, a excepción de algunas que no habían podido abandonar Jerusalén y de los militares, que combatían ya en todos los frentes. Antes de la Declaración de Independencia, dieciocho párrafos cuya lectura duró quince minutos, todos los presentes, en pie, cantaron su himno nacional, la *Hatikvah*, resultando todo tan improvisado que la Filarmónica de Tel Aviv, dispuesta para la ceremonia, inició el acompañamiento musical con varios compases de retraso.
Terminada la *Declaración*, se pasó al primer manifiesto del *Consejo de los Trece*, convertido en Gobierno provisional del Estado de Israel. Se mantenía la legislación británica vigente hasta que el nuevo Estado pudiera elaborar su propia Constitución; tan sólo se abrogaban las leyes que limitaban la inmigración y las que impedían la adquisición de nuevas tierras al sionismo. Seguidamente, firmaron los miembros del Consejo del Pueblo. La ceremonia se cerró con la interpretación de la *Hatikvah* y con la postrera intervención de Ben-Gurion: «Queda constituido el Estado de Israel. La sesión ha terminado».
Golda Meir, que estuvo en la ceremonia y se contó entre los firmantes, recordaba en sus memorias: «¡El Estado de Israel! Se me llenaron los ojos de lágrimas y me temblaron las manos. Lo habíamos conseguido. Habíamos hecho realidad el Estado judío y yo, Golda Mabovitch Meyerson, había vivido para verlo (…) En mi hotel permanecí hasta tarde hablando con unos amigos. Alguien abrió una botella de vino y brindamos por el Estado. Varios huéspedes y sus acompañantes de la

Haganá cantaban y bailaban, oíamos a la gente reír y cantar en la calle».

Otros judíos estaban de peor humor. Yithzak Rabin llevaba combatiendo ininterrumpidamente desde hacía tres días al frente de la brigada *Harel* en los suburbios de Jerusalén, sufriendo medio centenar de muertos y un número doble de heridos de importancia; mientras los notables del sionismo se reunían para proclamar la independencia, Rabin lograba apoderarse del barrio de Katamón y pudo concederse unas horas de descanso al sur de la ciudad. Encendió la radio para escuchar lo que ocurría en el Museo de Tel Aviv y uno de sus compañeros, reventado por la fatiga, gritó malhumorado: «¡Apaga la radio! ¡Estamos hartos de escuchar siempre lo mismo!». Dentro de Jerusalén, ya abandonada por el Alto Comisario, sir Allan Cunningham, los soldados británicos hacían sus últimos preparativos para la marcha. Sus carros de combate ocupaban las confluencias de las calles que necesitaban para evacuar la ciudad; posiciones de ametralladoras, someramente protegidas por sacos terreros, apuntaban hacia los barrios árabes y judíos, que se tiroteaban intermitentemente; fuertes retenes de soldados coloniales con la bayoneta calada montaban guardia en acuartelamientos y edificios administrativos, de donde salían camiones cargados con los últimos enseres del Mandato. Pablo de Azcárate, comisionado de la ONU en Palestina, recordaba: «… Me causó penosa impresión ver al Alto Comisario y al Jefe de la Administración abandonar Jerusalén de esa forma medio clandestina y veinte horas antes de que expirase oficialmente el Mandato (…) Las tropas que habíamos visto formadas en las calles no estaban allí como medida de seguridad; estaban dispuestas para emprender la marcha y, en efecto, una tras otra fueron poniéndose en movimiento hasta que a eso de las dos de la tarde no quedaba un solo soldado británico en Jerusalén. El momento del salto al vacío había llegado (…) Los judíos lanzaban su ofensiva, consolidando su posesión de Katamón y Rehavia y apoderándose de la colonia alemana y los demás barrios meridionales de Jerusalén; los últimos restos de elementos árabes fueron liquidados y quedaron desde entonces dueños absolutos de la parte meridional de la ciudad».

Y mientras los judíos proclamaban el nacimiento de su Estado y los ingleses liaban sus bártulos, los ejércitos árabes se disponían a *arrojar a los judíos al mar*. El general británico John Baggot Glubb, conocido como *Glubb Pachá*, que había formado la Legión Árabe del rey Abdallah de Jordania y que aún ostentaba el mando de aquella fuerza, la mejor adiestrada, armada y mandada del Próximo Oriente, recordaba aquel 14 de mayo, cuando su ejército se puso en marcha,

como «un día luminoso, con una pequeña bruma polvorienta flotando sobre las carreteras. En la ciudad de Ammán y en cada pueblo a lo largo de la carretera, las gentes se amontonaban aclamando y aplaudiendo a cada unidad que pasaba (…) Muchos vehículos iban adornados con ramas de adelfa, de las que crecían en los caminos. Aquella procesión se parecía más a un carnaval que a un ejército en orden de batalla».

Nueve horas más tarde de la Proclamación de Independencia el Alto Comisario británico abandonaba Palestina, junto con los principales responsables civiles. Para entonces las guarniciones inglesas habían evacuado sus acuartelamientos y se concentraban en las zonas portuarias para embarcar. Entre tanto, árabes e israelíes libraban una frenética carrera para apoderarse de aquellos cuarteles y posiciones privilegiadas, donde, además, se había abandonado algún armamento. Prácticamente aquella madrugada se inició la primera guerra árabe-israelí con el incremento de los combates en Jerusalén y con la llegada a Palestina de los ejércitos árabes más madrugadores. En Tel Aviv tuvieron el primer aviso del comienzo de la guerra en la madrugada del sábado 15 de mayo, cuando una escuadrilla de aviones egipcios dejó caer algunas bombas sobre la ciudad.

La guerra de la independencia

Nadie daba en aquellos primeros momentos de la independencia ni un céntimo por Israel, pese a lo cual comenzaron a llegarle pronto los reconocimientos diplomáticos: primero, el 15 de mayo, el de Estados Unidos; el 16, el de la Unión Soviética. En esos mismos días, Ben-Gurion convirtió a la *Haganá* en Ejército nacional judío (*Tzahal*) o Fuerzas de Defensa de Israel (IDF), en las que debían integrarse todos los demás grupos armados, cosa que consiguió a veces con la amenaza de emplear la fuerza; por otro lado, el nuevo Estado se fortalecía con la elección de Chaim Weizmann como presidente del Consejo Provisional. Y falta le iba a hacer a Israel la unidad militar y política, pues seis ejércitos árabes estaban penetrando en el minúsculo y atomizado territorio concedido por la partición de la ONU[105].

Por el Norte y Noreste iniciaron su ofensiva los ejércitos de Líbano, Irak y Siria; mientras, por el Sur y Sureste lo hacían las tropas de Egipto y Arabia Saudí. La *Legión Árabe* tomó posiciones en el Este, pero tardó varios días en pasar al ataque. El poderío teórico de esos ejércitos se mostró inmediatamente ineficaz. Su coordinación resultó nula y su adiestramiento ínfimo. Por otro lado, casi todos fueron cicateros en la cantidad de tropas que emplearon contra Israel. Los efectivos lanzados inicialmente a la batalla se ajustaban —según Ben-Gurion— a las siguientes cifras: Israel disponía de 25 000 hombres armados con material ligero, bien entrenados y con elevadísima moral de victoria; su artillería era escasa y no disponían de carros de combate, aviones ni buques de guerra; sus fuerzas eran fundamentalmente estáticas (guarniciones de poblaciones y colonias agrícolas) y las móviles —*Palmach* y un regimiento de la *Haganá*—

apenas superaban los 5000 combatientes. Estos efectivos, en realidad, debían ser bastante más numerosos: dos años antes, la Comisión anglo-norteamericana de investigación, una de las muchas que estudió la situación en Palestina por esa época, suponía que las fuerzas que, en secreto, habían acumulado los diversos grupos judíos ascendían a 65 000 hombres armados.

Los árabes pusieron en liza a unos 40 000 soldados. De ellos, 12 000 pertenecían a Jordania y eran los mejor armados, mandados y adiestrados; Egipto contribuyó con unos 10 000; Irak no envió más de 6000; Siria y Líbano intervinieron muy poco en la lucha, aportando unos 5000 hombres entre ambos; Arabia Saudí envió al Néguev unos 2000 milicianos, que perdieron todo deseo de pelea en cuanto tropezaron con la obstinada resistencia de algunos *kibbutzim*. Finalmente, los palestinos nunca tuvieron más allá de seis o siete mil hombres armados, contando las bandas de El Kaukji y del Mufti… Más aún, en algunas zonas, como ocurrió en Gaza, fueron desarmados por el Ejército egipcio, tal como narraría el propio Arafat: «No puedo olvidarlo. Yo estaba en Gaza. Un oficial egipcio se dirigió a mi grupo y nos ordenó que entregásemos las armas. Al principio no podía creer lo que oía. Preguntamos los motivos y el oficial respondió que era una orden de la *Liga Árabe*. Protestamos en vano. El oficial me dio un recibo a cambio de mi fusil y aseguró que me sería devuelto cuando terminara la campaña».

La diferencia numérica fue, pues, escasa, en contra de lo siempre afirmado por la historiografía tradicional[106]. La ventaja material, sin embargo, parecía abrumadora. Jordanos, egipcios y sirios contaban con artillería, varias docenas de blindados, medio centenar de cazas *Spitfire* y de algunas unidades navales. Con tal superioridad de medios, la resistencia judía no hubiera debido superar la semana, pero los hechos se produjeron de forma bien distinta.

El Ejército egipcio era un tigre de papel. La capacidad combativa de su Aviación fue poco más que simbólica: se componía de cazas *Spitfire*, fabricados en Gran Bretaña durante la II Guerra Mundial, y de antiguos pilotos alemanes que trabajaban en Egipto como mecánicos de automóvil y no tenían entusiasmo alguno por morir sobre Israel. La Marina carecía de valor por falta de mandos, como se demostraría cuando perdieron el crucero *Rey Faruq* ante el puerto de Gaza. Los tres regimientos que penetraron en el Néguev estaban mal equipados: el armamento procedía de la II Guerra Mundial, las municiones, también y, en parte, habían sido recuperadas en el desierto de las que británicos, alemanes e italianos abandonaron; eran escasos sus transportes, carecían de cisternas para combustible y de tractores para

la artillería pesada. El entonces coronel Naguib, jefe del II Regimiento, relataba en sus memorias que entraron en combate «con tan escasa preparación que ni siquiera hubo tiempo para llevar a cabo la movilización general. Tuve que alquilar 21 camiones a los árabes de Palestina para poder transportar a mis tropas de Rafah a Gaza y me vi obligado a dejar atrás mis cañones pesados por falta de tractores para arrastrarlos, pues el terreno que debíamos atravesar era demasiado duro para poder remolcarlos con los camiones. El oficial encargado de las piezas abandonadas lloraba de vergüenza y en mis ojos también había lágrimas».

El comandante Nasser, jefe de un batallón, guardaba el mismo recuerdo pesimista: «nuestros soldados, sin la protección de los blindados, han de lanzarse en pleno día contra sólidas fortificaciones (…) Cuando una oleada cae, otra la reemplaza. Se me encoge el corazón al ver a estos soldados combatir a pecho descubierto contra posiciones fortificadas y regresar para agazaparse como ratones a roer un poco de pan y queso».

Si ésas eran las impresiones de los que mandaban aquellas tropas, hay que oír a los árabes de Palestina que tanto habían confiado en sus promesas. «El 15 de mayo —recordaba treinta años después un viejo de Gaza— vimos pasar al II Regimiento egipcio, mandado por el general Naguib. Las mujeres lo vitoreaban al borde de la carretera. En Gaza todo estaba en calma y podíamos seguir los combates por la radio, que decía: *los árabes han tomado Jerusalén, Beersheva, Ashdod, Hebrón, Nablús y Nazaret. Naguib se halla a veinte kilómetros de Tel Aviv*… Estábamos seguros de haber ganado. Y poco más tarde, una noche, oímos el cañón. Nadie podía entender lo que ocurría, pero al día siguiente vimos pasar a los egipcios en sentido contrario». La *Legión Árabe*, aunque no cedió en ningún frente a la presión israelí, era demasiado reducida como para imponerse ella sola a *Tzahal*. Fue, con mucho, el ejército árabe que jugó mejor papel, pero se le reprocha que hizo demasiado poco y demasiado tarde y que sólo se empleó a fondo en Jerusalén. *Glubb Pachá* y el brigadier Lash, comandante de las tropas jordanas, han defendido su actuación, asegurando que era imposible sacar mayor rendimiento a aquellos efectivos, pero parece que hubiesen podido partir Israel por medio si hubieran empleado todas sus fuerzas desde el primer día de lucha en dirección a Jaffa. Su freno fue el tinglado que manejaba el rey Abdallah, preocupado por sus intereses en el *Creciente fértil*[107] y en Cisjordania —donde pretendía quedarse con la parte correspondiente a los árabes, tal como se ha visto— y no por la aniquilación del Estado judío.

La participación iraquí en la contienda hubiese podido ser decisiva,

pero el Gobierno de Bagdad estaba demasiado ocupado en su conflicto con los kurdos como para enviar un gran ejército a Palestina. Limitó su aportación militar a dos reducidas brigadas de voluntarios, veteranos de la campaña en el Kurdistán, equipados con material ligero. Es decir, una aportación sólo para cumplir el compromiso.

Siria y Líbano acababan de acceder a la independencia y apenas puede hablarse de sus fuerzas armadas como de ejércitos regulares. Su equipo militar consistía, fundamentalmente, en el viejo armamento que Francia les entregó como regalo por la independencia. Cierto que Siria había adquirido algunas armas nuevas, pero muchas fueron a parar a manos de los guerrilleros que operaban en Palestina. Líbano poco más podía aportar que una participación simbólica; en cuanto a Damasco, reservó parte de sus tropas porque recelaba tanto de Jordania como odiaba a Israel. El *Creciente fértil* era una idea amenazadora para el nuevo país, que se hubiera quebrado como una nuez bajo la tenaza formada por los soberanos hachemitas de Jordania e Irak.

Arabia Saudí estaba demasiado ocupada con sus intereses petrolíferos y políticos como para lanzarse a aventuras peligrosas. Ibn Saud contemplaba con cierta inquietud los proyectos políticos y los preparativos militares de Jordania e Irak, donde reinaban los descendientes del jerife Hussein de La Meca, al que él había desposeído de su reino veinticuatro años atrás. No juzgaba prudente desgastar su ejército en Palestina, irritando a sus clientes y amigos occidentales y quedando, de paso, a merced de los ejércitos que manejaban Bagdad y Ammán. Su participación fue menos que simbólica.

Esas políticas árabes serían recordadas con amargura por Yasser Arafat: «En algunos lugares, las fuerzas árabes hubieran podido tomar las posiciones judías fácilmente si hubieran avanzado. Pero cuando se les preguntaba por qué no lo hacían, la respuesta siempre era la misma: “No tenemos órdenes”. Los judíos no hubiesen podido apoderarse de algunas fortificaciones si los árabes no las hubieran abandonado sin lucha. Haifa, por ejemplo, se perdió sin disparar un solo tiro porque los soldados árabes dejaron el terreno libre con su retirada».

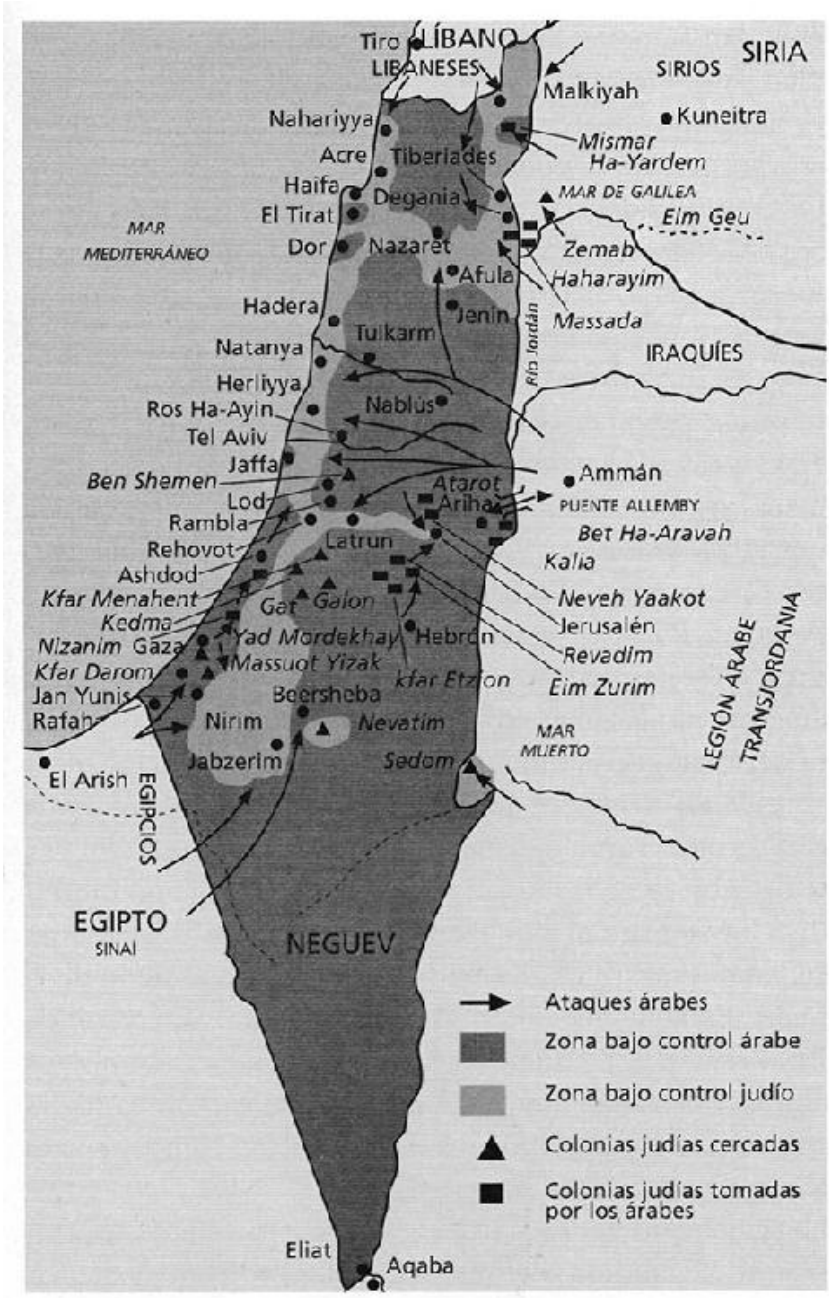
La batalla de Jerusalén

La primera parte de la guerra que los israelíes llaman de la *independencia* y los palestinos, de la *infamia* o de la *catástrofe (nakba), se* desarrolló entre el 15 de mayo y el 11 de junio de 1948 y se caracterizó porque las batallas más violentas se desarrollaron en los alrededores y en el interior de Jerusalén y porque se registraron

retrocesos judíos en casi todos los frentes, quedando reducido su territorio a poco más de la mitad de lo que la partición de la ONU les había concedido.

Los aviones egipcios que bombardearon Tel Aviv al alba del 15 de mayo fueron el primer aviso para los judíos de que la guerra con sus vecinos árabes había comenzado, pero la apertura oficial de hostilidades le correspondió al rey Abdallah de Jordania, que en la mañana de aquel mismo día disparó en Jericó el cañonazo simbólico que iniciaba la contienda.

Entonces se produjo un hecho que resultaría fundamental en esta fase del conflicto: el-Kaukji retiró a sus guerrilleros de las alturas que dominan Latrún, cerrojo de las comunicaciones de Jerusalén con la costa, porque supuso que la refriega entraba en una fase para la que no estaba preparado y que era mejor retirarse y conservar intactas sus fuerzas para cuando los ejércitos árabes hubieran desgastado el poder israelí. Por su parte, Yithzak Rabin juzgaba que el mejor empleo para su agotada brigada *Harel* podría ser la ocupación de aquellas colinas, pero recibió órdenes de entrar en el barrio antiguo de la ciudad, donde se libraron enfrentamientos desesperados e inútiles, en los que padeció más de un 50% de bajas entre muertos y heridos… Y mientras aquella fuerza se desperdiciaba en combates callejeros, las alturas de Latrún estuvieron vacías durante tres días.



Fue en ese escenario clave de aquella batalla donde los jordanos se vieron envueltos en una lucha que no deseaban. Pese al cañonazo simbólico de Jericó y pese a las acciones de la *Legión Árabe* en apoyo de los palestinos aun antes de que se proclamase el Estado de Israel, Ammán seguía interesado en un buen entendimiento con sus vecinos. Sin embargo, el día 17 de mayo no pudo posponer más su

intervención y lanzó sus tropas a la batalla porque los judíos amenazaban la zona árabe de Jerusalén, tercera ciudad santa del Islam, de la que los hachemitas se consideraban —y consideran— legítimos guardianes. Los cañones de la *Legión Árabe* comenzaron a disparar aquella noche contra los barrios hebreos de la ciudad, pero como su fuego no intimidó a los israelíes ni paralizó sus acciones, varios batallones jordanos entraron en la ciudad, cambiando el signo de la lucha. En aquel momento Abdallah tuvo que intervenir de lleno en la pelea y *Glubb Pachá* ordenó ocupar Latrún y sus alturas, aun sabiendo que tal maniobra le supondría un feroz desgaste, pues obligaba a los judíos a combatir para abastecer sus barrios de Jerusalén.

Los cinco días iniciales de la contienda parecieron los primeros y los últimos del nuevo Estado. Lydda, Ramala, Latrún, Belén y parte de las zonas judías de la ciudad vieja de Jerusalén y media docena de colonias agrícolas, cayeron en poder de los jordanos; los egipcios penetraron por la costa y tomaron Ashdod y avanzaron por el Néguev, donde ocuparon Beersheva y tomaron o cercaron algunos *kibbutzim*; los iraquíes penetraron en Samaria y tomaron las fuentes del río Yarkon, progresaron sobre Jenin y Tulkarem y amenazaban con partir el territorio israelí en Natanya y en Afula; los guerrilleros de el-Kaukji ocuparon Nazaret; la actuación de los libaneses fue poco más que simbólica, bastándose una brigada judía para defender la frontera y aún para ganar posiciones; los sirios tampoco mostraron gran decisión: se apoderaron de un par de *kibbutzim*, pero fueron rechazados por Dayan en Degania.

La situación en aquella primera semana de lucha parecía insostenible. Las comunicaciones entre las zonas israelíes debían realizarse por corredores siempre amenazados de corte. Incluso las comunicaciones por radio se interrumpieron entre el Gobierno de Tel Aviv y buena parte de las colonias agrícolas que resistían en el Sur. El Jerusalén judío se moría de hambre, mientras los jordanos rechazaban diariamente a la *Haganá* en Latrún… Israel se vio obligado a improvisar una ruta de montaña por la que marchaban durante la noche centenares de porteadores que llevaban alimentos y municiones, mientras que brigadas de trabajo tallaban en la montaña una pista militar que fue concluida el 10 de junio: la Ruta de Birmania, en recuerdo de aquella que durante la II Guerra Mundial había permitido la llegada de socorros a China. La ciudad nueva de Jerusalén se había salvado justamente en vísperas de que se llegara a la primera tregua de la campaña; pero dos semanas antes, el 28 de mayo, había capitulado la zona judía de la ciudad vieja. Rabin pudo

seguir por medio de los prismáticos, desde sus líneas en el monte Sión, el triste espectáculo de unos 300 prisioneros judíos —entre ellos, muchos de sus hombres— marchando derrotados hacia la ciudadela de Jerusalén, desde donde fueron trasladados hasta un campo de prisioneros cerca de Ammán. Aquella misma tarde, la población civil judía abandonó sus callejuelas de la zona antigua por la puerta de Sión y se encaminaron hacia los barrios nuevos, donde les acogieron sus compatriotas.

La contienda era seguida con profunda inquietud por las Naciones Unidas, que estimaban aquel conflicto como el mayor fracaso de su breve historia. Por eso, el 20 de mayo fue designado el conde Folke Bernadotte como mediador oficial en el conflicto. El día 29 el Consejo de Seguridad exigió a los beligerantes que aceptaran una tregua e impuso un embargo de los envíos de armas a todos los contendientes; Bernadotte pidió, además, que se impidiera la incorporación de voluntarios y la continuación de la inmigración judía. El 9 de junio las dos partes aceptaron una tregua de cuatro semanas de plazo y el día 11 callaron las armas, excepto en el Norte, donde los sirios habían iniciado una ofensiva la víspera y combatieron contra los judíos hasta el día 12, registrando ambos bandos pérdidas importantes.

Esta tregua fue mejor aceptada por los israelíes que por los árabes, cuya situación militar era muy ventajosa, aunque menos que en los primeros días del enfrentamiento. Abdelrahman Azzam, secretario general de la Liga Árabe, exclamó desolado: «El pueblo árabe jamás nos perdonará lo que hemos hecho».

Nunca podremos saber si la continuación de la guerra hubiera terminado por dar la victoria a los árabes, pero está claro que la tregua proporcionó a Tel Aviv los medios para lograr el triunfo. El embargo decretado por la ONU fue papel mojado y casi a diario atracaban en los puertos israelíes los barcos cargados de las armas compradas en los dos últimos años. Cierto que cada día era más difícil hallar mercados, pero los judíos encontraron un país que no les regateó nada, Checoslovaquia, donde pudieron comprar aviones *Messerschmitt* de fabricación checa, camiones oruga, blindados, ametralladoras, cañones y fusiles; Praga les brindó su territorio para entrenar pilotos y paracaidistas y sus campos de aviación para montar el puente aéreo que conduciría las armas hasta Israel. Italia les vendió lanchas rápidas, embrión de la Marina israelí; una de ellas hundió al *Rey Faruq*. En Francia consiguieron artillería y desde allí controlaron la compra, mediante intermediarios, de excedentes bélicos en toda Europa Occidental. Pilotos norteamericanos de origen semita compraron *fortalezas volantes B-17* desarmadas, que utilizaron como

transportes, hasta que pudieron conseguir reequiparlas como aviones de combate; en Estados Unidos adquirieron, también, veteranos aviones de transporte *Dakota* y *Constellation*, que llegaron a volar desde Checoslovaquia hasta el Néguev, abasteciendo directamente las colonias agrícolas aisladas del resto del territorio. Más aún, la tregua permitió el encuadramiento de los refugiados que habían esperado desde 1945 la entrada en Palestina y la llegada de varios millares de voluntarios judíos o simpatizantes, que habían luchado en la II Guerra Mundial. De este modo, si al comenzar la tregua Israel ya contaba con 30 000 combatientes, además de cubrir sus bajas, al término de la misma disponía de más de 40 000 y mejor armados que cuando se proclamó la independencia.

El problema del abastecimiento de Jerusalén ya estaba resuelto y, aunque no pudieron recuperar su zona de la ciudad vieja, nada pudo expulsarles de la nueva. Jerusalén dejó de constituir el primer problema del Gobierno israelí. La tregua tuvo aún mayor importancia para las colonias cercadas, pues se permitió su abastecimiento de víveres, combustible, medicinas, artículos de limpieza, etcétera, entre los cuales lograron los judíos colar armas y municiones. El general Naguib escribía en sus memorias: «Recuerdo de forma especial un envío de *cosméticos*, que resultó ser una partida de minas terrestres y de granadas de mano (…) En una ocasión, durante la tregua, me empeñé en registrar una caravana de 42 camiones que se suponía debían transportar víveres y utensilios a una colonia del Néguev meridional. Cada camión llevaba media docena de neumáticos de repuesto y otra media docena de bidones de gasolina, también de repuesto. Dos oficiales que representaban a las Naciones Unidas, uno norteamericano y otro francés, se hallaban presentes. Era fácil adivinar que muchas de las cajas que llevaban los camiones, por su forma y peso, estaban llenas de municiones, pero los funcionarios de la ONU me prohibieron que registrase la caravana y confiscase su cargamento».

Para los árabes, la tregua resultó negativa. Reforzaron sus posiciones, pero ni tuvieron medios para hacerlo eficazmente, ni estaban dispuestos a empeñar todos sus recursos en Palestina, ni lograron una unidad de mando ni un plan conjunto de operaciones. Peor aún, entre los palestinos comenzó a cundir el desaliento: el esperado paseo triunfal no se había producido; la guerra se podía prolongar mucho tiempo, con sus incomodidades y penurias. De cualquier forma, los árabes contaban todavía con una amplia ventaja, al menos en teoría. Una de las personas que aprovechó aquellas cuatro semanas de tregua para incorporarse a la lucha fue Yasser Arafat, que se trasladó a

Jerusalén y se enroló en las fuerzas palestinas que combatían contra los judíos de la ciudad nueva. Aquel verano cumplió los 19 años de edad.

Sorprendente victoria

El 9 de julio se reanudaron las hostilidades y, contrariamente a lo que esperaban los árabes y a lo que el mundo entero calculaba, fue *Tzahal* quien tomó la iniciativa. En Jerusalén, amenazaban continuamente la ciudad vieja; en el Norte, las fuerzas irregulares de el-Kaukji no resistieron la embestida de las tropas judías, que ya operaban con algunos carros de combate y artillería ligera, y fueron arrojados de Nazaret; en el frente libanés no hubo actividad, pero en el sirio se libraron en aquellos días combates que no modificaron la situación.

La lucha más dura de aquel periodo la libraron judíos y jordanos en la zona central del país, tratando aquellos de ampliar su espacio en los alrededores de Tel Aviv y de ensanchar el pasillo de acceso a Jerusalén con la toma de Ramla y Lydda. La operación, denominada Dani, fue organizada por Yithzak Rabin, que había vuelto al Estado Mayor del *Palmach* como jefe de planificación. En cuatro días, las fuerzas israelíes tomaron Ramla y Lydda, junto a la cual se halla el mayor aeropuerto de Palestina, así como una docena de pequeños pueblos. En estas operaciones se distinguió el 89.º batallón mecanizado, que mandaba Moshe Dayan. El imprevisto ataque israelí envolvió en las operaciones militares a más de 30 000 civiles palestinos. Rabin, que no podía exponerse a dejarlos a su retaguardia mientras atacaba Latrún, consultó a Ben-Gurion y el viejo político eludió la delicada respuesta, tratando de que otro adoptara la solución; finalmente, ante la insistencia de Rabin, respondió «¡Acabad con ellos!»[108]. Los palestinos fueron obligados a abandonar sus casas con poco más que lo puesto y a dirigirse hacia las líneas jordanas. La batalla siguió en los días siguientes, capturando los judíos numerosas aldeas, pero sin lograr romper las líneas jordanas de Latrún y Ramala. En el curso de estas operaciones, los israelíes operaron ya con carros de combate, transportes blindados, artillería y hasta con algunos aviones… Entre los primeros pilotos de los *Messerschmitt* estaban Ezer Weizmann y Mordechai Hod, dos hombres que, en las siguientes décadas, alcanzarían el generalato, la jefatura de la Aviación de Israel, diversos ministerios y, en el caso del primero, la presidencia.

En el frente Sur, los egipcios se habían reforzado con un regimiento más y sostuvieron sus líneas con gran empeño, pero hubieron de ceder terreno, salvándose del desastre gracias a la superioridad de su aviación. Durante esta fase del conflicto se libraron sobre Palestina los primeros duelos aéreos, con aparatos de la II Guerra Mundial y el 14

de julio los judíos decidieron dar un primer aviso de su creciente poderío a Egipto, bombardeando El Cairo, Rafah y El Arish. En aquellos combates comenzó a brillar la estrella del coronel Moshe Dayan, que tras sus éxitos en Lydda y Ramla fue enviado a luchar contra los egipcios en el Néguev. Frente a él combatía el 6.º batallón egipcio, mandado por el mayor Nasser, que fue herido en el pecho y hubo de ser hospitalizado.

Este periodo bélico fue llamado *De los diez días*, pues la batalla se había reanudado el 9 de julio y el 15 el Consejo de Seguridad ordenó a los contendientes que cesaran las operaciones militares, entrando en vigor la segunda tregua el día 16 en Jerusalén y el 19 en el resto de Palestina. Curiosamente, esta tregua tenía una duración ilimitada y los árabes eran los únicos amenazados con sanciones. Debe tenerse en cuenta que todas las simpatías, en el Este y en el Oeste, estaban con Israel, que demostraba con las armas en la mano su capacidad para mantener los territorios concedidos por la partición aprobada en la ONU. Eran, también, las simpatías que suscita siempre el más débil; *David contra Goliat*, decían los periódicos, recordando al judío David y a Goliat, el gigante filisteo —de ahí *filistin*, es decir, palestino—, Israel se las arreglaba, además, para aparecer como víctima y para representar el papel de celoso cumplidor de las peticiones de la ONU, procurando que sus violaciones de los mandatos internacionales pasaran desapercibidas. Por otro lado, los árabes seguían amenazadoramente situados en los campos de batalla de Palestina y en la confusión de aquellos momentos nadie en el mundo, ni siquiera los propios árabes, era consciente de que Israel se estaba convirtiendo a marchas forzadas en la primera fuerza militar de la guerra, contando con un ejército más numeroso que todos los demás que operaban en Palestina, junto a que estaba mejor armado[109], más disciplinado, con unidad de mando y una enorme moral de victoria.

Por eso, nadie duda que si bien la primera tregua favoreció mucho a los judíos, la segunda evitó la derrota árabe aquel mismo verano. Cuando llegó la orden del Consejo de Seguridad, Tel Aviv paralizó su proyectada ofensiva contra las murallas de la ciudad vieja de Jerusalén; lo cual permitió a los jordanos apuntalar sus agrietadas líneas de Latrún y Ramala; las brigadas iraquíes, amenazadas de cerco, pudieron escapar hacia Jordania; los egipcios, que extendían sus líneas por un largo corredor costero y se arriesgaban a quedar cercados, aprovecharon la tregua para retirarse de la zona más expuesta y reforzar sus efectivos.

Otro beneficiado de esta tregua fue Yithzak Rabin, que el 23 de agosto de 1948 aprovechó el silencio de las armas para casarse con su novia,

Lea Schlossberg. Yigal Allon, testigo de la breve ceremonia, recordaba que Rabin estaba azorado y que únicamente le dijo en un pequeño aparte: «Ésta es la última vez que me caso en mi vida». No hubo tiempo para viaje de novios, pues Rabin hubo de regresar al cuartel general del *Palmach*, donde estaba planificando la operación *Yoav*, para expulsar a los egipcios del Néguev.

El dispositivo mediador de la ONU se fortaleció mucho durante esta tregua, pero no lo suficiente como para controlar todo el territorio que le estaba encomendado. El conde Bernadotte disponía de 300 observadores oficiales (125 norteamericanos, 125 franceses y 50 belgas) y de unas 300 personas más entre personal diplomático, técnico y administrativo. Evidentemente, 600 personas eran muy pocas para controlar las actividades de los seis países sometidos a la tregua, la observancia del alto el fuego en Jerusalén, la tranquilidad en las fronteras y el abastecimiento de las colonias judías aisladas en el Néguev.

Los escasos efectivos de la ONU fueron desbordados por la proliferación de las violaciones de la tregua, debidas al ansia de los beligerantes por adquirir las mejores posiciones de cara a la negociación de un armisticio. La lucha del mediador internacional, conde Bernadotte, se estaba manifestando completamente estéril; no lograba parar la carrera de armamentos, ni conseguía la aceptación árabe de la existencia de Israel; advertía, por otro lado, que el problema se estaba agravando ante la riada de refugiados palestinos que habían provocado el terrorismo anterior a la independencia y la guerra; comprobaba, además, sobre el terreno, que la partición era un disparate geográfico… Por eso, durante el mes de septiembre estuvo elaborando un informe en el que recomendaba a las Naciones Unidas que se entregara la Galilea Occidental a los judíos y el Néguev a los árabes; que ordenara a Israel la inmediata restitución de sus tierras y hogares a todos los refugiados palestinos; que fuerzas navales de la ONU controlaran el acceso a los puertos de Palestina… El informe fue enviado a Nueva York el 16 de septiembre. Ese documento le costó la vida. Los pistoleros del LEHI (Stern) le asesinaron en Jerusalén el viernes 17 de septiembre de 1948. Moshe Dayan, recién nombrado jefe de la zona militar de Jerusalén, ofrece en sus memorias esta versión del crimen: Bernadotte se dirigía a la casa de Dov Josef, representante del Gobierno israelí en Jerusalén «en un convoy formado por tres automóviles de la ONU. En la mitad del trayecto fueron interceptados por un *jeep* en el que viajaban tres hombres además del conductor, vestidos con un uniforme militar indeterminado. Los tres individuos se apearon de un salto, corrieron

hacia Bernadotte, dispararon contra él y contra su jefe de Estado Mayor, coronel André Pierre Serot, que iba sentado junto al delegado de la ONU, y se dieron seguidamente a la fuga (…) No se localizó a los agresores (…) A las dos de la tarde del día siguiente, unidades del Ejército israelí rodearon el campamento LEHI de Jerusalén y los cuarenta jóvenes que se encontraban allí entregaron sus armas sin oponer resistencia».

Sobre Israel cayó la condena internacional y aunque eso inquietó mucho al Gobierno, se las arreglaron para que les perjudicara poco. Golda Meir, recién llegada a Moscú como embajadora de Tel Aviv, escribe en sus memorias: «Dios sabe que estas recomendaciones —el Informe a la ONU— eran inaceptables y que sólo demostraron que Bernadotte nunca comprendió el sentido del Estado de Israel. Pero no es un crimen ser obtuso, y quedé horrorizada cuando supe que había sido asesinado en una tranquila calle de Jerusalén». No dice más, por lo que se supone que no tuvo que dar demasiadas explicaciones a la Unión Soviética. La tempestad internacional pasó pronto y aquel crimen le sirvió a Ben-Gurion para meter en cintura al Irgun y al LEHI, encarcelando a más de 200 de sus militantes.

La mayor fuente de problemas para Israel durante aquella segunda tregua fue el abastecimiento de sus colonias en el Néguev. Las protestas egipcias fueron continuas por el contenido de los convoyes y también lo fueron las israelíes por el control que los egipcios pretendían realizar en ellos. Uno de esos incidentes, el 15 de octubre de 1948, proporcionó a *Tzahal* el pretexto para romper la tregua. El ataque judío fue considerado durante 24 horas como una simple represalia, pero al segundo día de lucha quedó claro que Tel Aviv trataba de apoderarse de todo el Néguev y de terminar con los pasillos establecidos por la partición de la ONU en 1947.

En aquellos momentos, Israel era militarmente superior a los árabes. *Tzahal* contaba con unos 60 000 hombres bastante bien armados y la aviación más potente de la zona. El puño de ese ejército lo mandaba Yigal Allon y estaba formado por cuatro brigadas (unos 10 000 soldados), más el grueso de los blindados, artillería y aviación. El golpe judío cayó sobre el frente Sur, sorprendiendo a los egipcios, que disponían en la zona de seis regimientos (unos 18 000 hombres), es decir, más hombres pero peor armados que sus contrarios y, aunque contaban con una artillería pesada superior, habían perdido por completo el dominio del aire. Si a tal inferioridad se une la sorpresa del ataque se comprenderá por qué las líneas egipcias cedieron en sus dos alas, aguantando sólo el centro, en torno a Faluja, donde el día 19 quedaron cercados dos regimientos casi al completó, al mando de un

coronel sudanés, Sayed Taha. Dos jornadas después, el 21 de octubre de 1948, caía en manos judías Beersheva, la capital del desierto.

La derrota egipcia revestía una enorme gravedad. Unos 16 000 hombres retrocedían por la costa abandonando gran parte de su material, con la única obsesión de librarse del cerco y hallar refugio en Gaza, o por el desierto del Néguev, para internarse en el Sinaí, en condiciones lamentables. En El Cairo se preguntaban qué hacía la ONU, tan solícita demandando treguas en los meses anteriores. Finalmente, el 19 de octubre el Consejo de Seguridad solicitó la suspensión de hostilidades, sin amenazas de boicot o represalias, con la demanda de que los beligerantes regresaran a sus posiciones del día 15. Como era lógico, Israel hizo caso omiso y continuó su ofensiva hasta el día 22, en que se impuso una débil tregua.

Aunque el mayor esfuerzo militar judío había gravitado sobre el frente Sur, en todas las zonas de contacto hubo combates. En el Norte se luchó durante la última semana de octubre; primero, milicianos de El-Kaukji lograron algunos progresos; después, empleando medios muy superiores, los israelíes les cercaron, obligándoles a pasar a Líbano por caminos de montaña. En el curso de su contraofensiva, las brigadas judías tropezaron con las últimas fuerzas libanesas en retirada y las persiguieron hasta el río Litani, ya dentro de territorio de Líbano. Durante la lucha en esa zona intervinieron nuevamente los sirios, que fueron rechazados hasta el Golán. En este frente no hubo tregua alguna hasta finales de octubre.

El 4 de noviembre, con los egipcios en la Franja de Gaza y en el Sur del Néguev, el Consejo de Seguridad de la ONU dictó otra resolución que imponía una tregua y la aceptación de unas líneas provisionales que el nuevo delegado de la ONU, el norteamericano Ralph Bunche, sucesor del conde Folke Bernadotte, se encargaría de trazar. La idea era que tal demarcación fronteriza coincidiera en su zona Sur, aproximadamente, con el mapa de la partición. El trago era muy duro para El Cairo, pero tal aceptación sería un mal menor, pues Egipto podría recuperar Beersheva y liberar a unos 4000 hombres encerrados en la bolsa de Faluja; por esos motivos, el 14 de noviembre, firmó la tregua.

Fue Israel quien continuó las hostilidades, alegando que aquella ofensiva le había costado demasiada sangre y sacrificios como para acatar una tregua que permitiría a los egipcios volver a combatir pocas semanas más tarde; por tanto, Tel Aviv exigía garantías de que cesaría totalmente el fuego. Para que Israel aprobase las condiciones del día 4, el Consejo de Seguridad arbitró una nueva resolución el 16 de noviembre, según la cual deberían negociarse armisticios entre

todos los países implicados en el conflicto.
Aún hubo más resoluciones de la ONU, treguas burladas, rechazos de uno y otro, pero cada vez las líneas judías estaban más al Sur, más cerca del territorio egipcio. Ante su gravísima situación militar, El Cairo accedió finalmente a negociar la cesión de Beersheva a los judíos, pero exigía la libre evacuación de Faluja. Israel se mostró inflexible y continuó su avance. La cuestión de Faluja se había convertido para Egipto en una primordial cuestión de Estado. La prensa glorificaba a diario a los héroes que resistían el cerco, superando las penurias de alimentos y municiones, mientras criticaba al Gobierno por su desastrosa política militar, por su incapacidad para solucionar el problema y por su impresentable gestión en el conflicto de Palestina. Lo que no podían saber ni egipcios ni judíos era lo que se estaba gestando dentro de Faluja. Allí, los egipcios, resistiendo casi tres meses los ataques israelíes, recuperaron su orgullo; tal resistencia se debió a que las tropas, aparte de estar bastante bien armadas, eran ya veteranas en aquella lid, disponían de buenas posiciones defensivas y contaban con mandos capaces. Además del coronel Sayed Taha, apodado *El Tigre de Faluja*, se encontraron allí, reunidos por el destino, los mayores y capitanes Nasser —quien se había reincorporado a su batallón tras curar su herida— Hakim Amer, Zakaria Mohiedin, Salah Salem, Saruat Okacha… Durante los interminables momentos de inactividad de la contienda, estos oficiales analizaban los problemas de Egipto, los motivos de aquella derrota y aportaban las soluciones para salir del atolladero. Estaba fraguando la ideología de los *Oficiales Libres*.
El 22 de diciembre de 1948, los judíos iniciaron una nueva ofensiva, olvidándose por el momento de Faluja. El propósito de su operación era adentrarse en el Sinaí con el fin de obligar a los egipcios a evacuar el sur del Néguev y la Franja de Gaza y a rendirse en Faluja. En dos semanas volvieron a romper el dispositivo egipcio en el interior, penetrando en el Sinaí hasta El Kusseima y Abu Ageila y amenazando con cortar las comunicaciones egipcias en El Arish, con lo que todo el Ejército egipcio quedaría copado en la Franja de Gaza.
Ante la gravedad de la situación, el ministro de Defensa egipcio envió una comisión ante el representante de la ONU en El Cairo, Pablo de Azcárate, el 4 de enero de 1949, para poner fin a la guerra de forma inmediata. Egipto accedía a discutir con Israel todos los términos de la resolución del 4 de noviembre y sólo ponía como condición el abandono judío del Sinaí.

Negociaciones en Rodas
Las hostilidades deberían haber cesado el 7 de enero de 1949, a

mediodía. El mediador de la ONU, Ralph Bunche, ya se encontraba en Rodas, instalado en el *Hotel de las Rosas*, frente al Mediterráneo, donde deberían reunirse las delegaciones de Israel y Egipto. Sin embargo, aquel día, por la noche, las tropas judías reanudaron su ofensiva en el Sinaí, amenazando la carretera de la costa entre El Arish y Rafah. Era un ataque a la yugular del Ejército egipcio en Palestina, que resultaría cercado contra el mar en la Franja de Gaza. Tel Aviv trataba de poner de rodillas a El Cairo antes de iniciar las negociaciones. La reacción egipcia fue negarse a acudir a Rodas si Israel no retornaba a sus posiciones del 7 de enero. La firmeza egipcia arrastró a las cancillerías árabes a adoptar una decidida postura contra aquel atropello y Washington, secundado por Moscú y París —los grandes valedores de Israel en el momento de la independencia— presionaron a los judíos para que retiraran sus fuerzas, cosa que ocurrió el 10 de enero.

El día 12, Bunche pudo ya entrevistarse oficiosamente con los representantes de Israel y de Egipto por separado para cambiar impresiones. Al día siguiente, ambas delegaciones, bajo la presidencia del mediador internacional, se sentaron por vez primera en la misma mesa.

Desde el principio de aquellas negociaciones, los representantes de Israel, Walter Eytan y Elias Sasoon, mostraron gran interés en reunirse de forma privada con los delegados egipcios. El asunto era materialmente sencillo puesto que habitaban en el mismo hotel. Un amigo común, el español Pablo de Azcárate, gestionó algunas entrevistas, actuación que luego lamentaría: «Israel se ensañó con Egipto en aquella ocasión; si hubiera accedido generosamente a la retirada honorable de Faluja, las cosas hubieran sido iguales para Israel y Egipto; fundamentalmente, los jóvenes militares que pronto se harían con el poder no hubieran rumiado tanta humillación ni guardado tanto rencor, que aún persisten en la actualidad» (se refiere al momento en que escribió *Misión en Palestina*, en 1968).

El acuerdo entre israelíes y egipcios, que le valió a Bunche el Premio Nobel de la Paz, sólo ofreció dificultades técnicas. Cuando acudió a Rodas, Egipto daba por sentado que el Néguev estaba perdido; por su lado, Israel accedía a la presencia egipcia en la Franja de Gaza y a la evacuación de Faluja, sobre cuyas formalidades regatearon avarientamente los judíos. El 24 de febrero ambas delegaciones rubricaron el acuerdo. La firma del armisticio por parte de Egipto abrió el camino para las negociaciones con Jordania, Líbano y Siria. Por su parte, Irak se negó a firmar nada, pues no tenía interés territorial alguno; Arabia Saudí, con una participación exigua en la guerra, ni se molestó en hacer declaraciones, que tampoco nadie le

pidió[110].
Jordania no tuvo grandes inconvenientes para llegar a un acuerdo, que en secreto ya había sido pactado 15 meses antes. Su participación en la contienda a partir del mes de julio había sido muy escasa, con lo que tenía su *Legión Árabe* prácticamente intacta. Su territorio nacional no había sido tocado y el rey Abdallah esperaba, como así ocurrió, que la Liga Árabe le entregara la tutela sobre la zona cisjordana que no pudieron tomar los israelíes. Las ambiciones jordanas superaban en mucho lo que pudieron conservar, pero no estaban en condiciones de afrontar una nueva guerra con Israel, que hubiese equivalido al suicidio de la monarquía hachemita. La firma tuvo lugar el 3 de abril.
Tampoco Líbano tuvo problemas importantes en llegar a un acuerdo. No tenía intereses en Palestina, ni ambiciones territoriales, ni había sido castigado duramente por la lucha, de modo que únicamente pidió la retirada israelí del sur de su territorio, cosa que se produjo inmediatamente después del 23 de marzo, fecha del acuerdo.
Por el contrario, el arreglo con Siria —que se había negado a negociar en Rodas— planteó las mayores dificultades y no por la reciente guerra, sino por el antiguo pleito ya mantenido por Damasco con Londres: las fronteras trazadas por Francia para Siria no coincidían con las marcadas por Gran Bretaña para Palestina. Según los mapas franceses, Siria llegaba hasta la margen izquierda del curso alto del río Jordán y la frontera de Palestina alcanzaba la ribera derecha; según las cartas británicas, ambas orillas eran palestinas. Naturalmente, Damasco defendía el trazado francés e Israel el británico. El asunto se resolvió en favor de los intereses judíos, garantizando la ONU, con el envío de observadores, la neutralidad de la orilla izquierda. La firma del acuerdo tuvo lugar el 20 de julio de 1949, en el interior de una tienda de campaña plantada entre las líneas militares de ambos países.
En los acuerdos comunes del armisticio se hacía constar que el trazado de los límites acordado en aquellas negociaciones era de carácter militar y que requerían una negociación posterior, previa a la firma de la paz. Las partes firmantes acordaban no preparar o realizar agresiones ni contra la población civil ni contra las posiciones militares. Asimismo, se comprometían a no violar las líneas marcadas por la conclusión de la contienda.
Aquel trazado fronterizo provisional —*militar*— fue, en la práctica, elevado a definitivo en 1950, cuando lo garantizaron los *Cuatro grandes*. Según esos límites territoriales, Israel había conseguido una gran victoria al ampliar su territorio en unos 6000 kilómetros cuadrados: Galilea occidental, todo el Néguev otorgado a los palestinos, la ciudad nueva y la zona oeste de Jerusalén, además de las

ciudades de Jaffa, Acre, Lydda (Lod, en hebreo) y Ramla. Tras esta guerra, la superficie de Israel se elevó a 20 850 kilómetros cuadrados. El precio pagado en sangre también fue importante: no menos de 5000 a 6000 muertos y una cifra triple de heridos. Recordando aquel conflicto, Rabin escribiría en los años setenta: «En aquellos días juré que si salía vivo de la guerra haría todo lo posible para que jamás tuviéramos que combatir en aquellas condiciones».

Aquel trazado fronterizo reducía el territorio árabe-palestino a 5473 kilómetros cuadrados; Transjordania se quedaba con la parte cisjordana que no pudieron tomar los judíos, ganando una superficie de 5256 kilómetros cuadrados, con la ciudad vieja de Jerusalén, Nablús, Tulkarem, Jenin, Ramala, Hebrón, Kalkilia y Belén, como poblaciones más importantes. Egipto, por su parte, se quedaba, en calidad de *territorio bajo control, con* los 217 kilómetros cuadrados de la Franja de Gaza.

Los expoliados

La derrota árabe, aparte de sus pérdidas humanas, que duplicaron a las sufridas por los judíos, y de las materiales, que desintegraron sus débiles ejércitos, tuvo múltiples consecuencias trascendentales para la vida en la región. En ella hunden sus raíces el asesinato del rey Abdallah de Jordania, la revolución egipcia, el inmenso odio que aún ciega a la mayoría de los habitantes del Próximo Oriente y, sobre todo, originó el problema palestino, una tragedia que implicaba a un pueblo entero y que ha alimentado todos los conflictos de la zona durante el último medio siglo.

Antes de la partición —según cifras siempre sujetas a debate— vivían en Palestina 1 901 000 personas, de las que 1 293 000 eran árabes y 608 000 judíos. En el reparto realizado por la ONU, la población se distribuía de la siguiente forma: territorios concedidos a los árabes, 735 000 palestinos y unos 10 000 judíos; territorios otorgados a Israel, 498 000 judíos y 453 000 palestinos; Jerusalén (zona internacional), 105 000 palestinos y 100 000 judíos.

El primer censo realizado en Israel durante la segunda tregua de la lucha afirmaba que en los territorios que en aquellos momentos ocupaba vivían 648 000 judíos y 90 000 árabes. Estos cambios espectaculares obedecían a las siguientes causas: primero, la población judía había aumentado con unas 50 000 personas que esperaban el fin del Mandato británico para poder entrar en Palestina. Segundo, el vertiginoso descenso de la población árabe se debía a dos motivos fundamentales: a) Una pequeña parte, al éxodo voluntario o provocado por el miedo, al conocerse la partición; a la huida de poblaciones enteras acosadas por el terrorismo anterior a la

independencia de Israel; a la intimidación originada por la proximidad de los combates, b) A la *limpieza étnica*, practicada por el Ejército judío. En este primer conteo, resulta que del territorio concedido a Israel ya faltaban unos 363 000 palestinos.

Debe recordarse, al proceder a este trágico balance, que Israel se apropió durante la contienda de unos 6000 kilómetros cuadrados, de los cuales fue expulsada o huyó parte de la población árabe. Así, tras los acuerdos de Rodas, hallamos al nuevo Estado con una extensión de 20 850 kilómetros cuadrados y una población de 1 200 000 habitantes, de los cuales un millón eran judíos y 200 000 palestinos. El incremento de las cifras de unos y otros se debe, en el caso judío, a la llegada de nuevos inmigrantes y, respecto a los palestinos, en el retorno de unos 40 000 refugiados, admitidos por Israel a causa de las presiones de la ONU.

El resto de la población palestina quedó distribuido de la siguiente forma: 105 000 vivían en Jerusalén, 60 000 en la Franja de Gaza y 470 000 en la Cisjordania que se anexionó Jordania; es decir, 635 000 palestinos permanecieron en sus casas, bajo control árabe, y 200 000 bajo gobierno judío[111]. Los demás, hasta 1 293 000 que vivían en Palestina antes de la partición, se convirtieron en refugiados, es decir, unos 458 000. Esta cifra, derivada de las primeras valoraciones de los años cincuenta, hoy parece calculada muy a la baja porque en Jerusalén, Gaza y Cisjordania había unos 200 000 refugiados más, no computados inicialmente porque se hallaban en casas de parientes, a la espera de un inmediato regreso a sus tierras[112]. Pero el problema no fue sólo para estos refugiados que perdieron sus hogares, tierras, trabajo, pueblos y referencias y se vieron obligados a vivir en tierras extrañas, sino para todos los palestinos. Los que quedaron bajo autoridad árabe se sintieron regidos por extranjeros, con intereses distintos a los palestinos. Su medio de vida cambió también, empeorando en la mayoría de los casos, al superpoblarse las regiones donde vivían por la oleada de refugiados; la Franja de Gaza, por ejemplo, pasó de contar con 60 000 habitantes en 1947 a los 350 000 de 1956. Peor fue, inicialmente, la suerte de los palestinos que quedaron dentro de las fronteras de Israel, reducidos a la condición de ciudadanos de tercera clase, sin derechos civiles durante muchos años. Luego los fueron adquiriendo y logrando una situación económica y cultural muy superior a la de los demás palestinos, pero aún hoy carecen de algunos derechos y son mirados con recelo por los judíos más conservadores.

La conclusión es que la creación del Estado de Israel convirtió en exiliados a más de medio millón de palestinos pero, visto el problema

con un poco más de perspectiva, la realidad es que convirtió en refugiado a todo un pueblo, que perdió su identidad y cambió sus referencias históricas, geográficas y culturales. Eso, por no hablar de las tragedias familiares. Los hermanos Abboud, por ejemplo, originarios de Jaffa, fueron dispersados por todo el mundo: uno permaneció en Israel, otro se estableció en Ammán, varios terminaron en Egipto como apátridas y la mayor parte de sus descendientes vive hoy bajo nacionalidad canadiense, norteamericana, jordana, israelí, francesa, española…

Hoy, el problema de los refugiados palestinos no afecta a aquel núcleo original de más de medio millón que abandonó sus casas o fue arrojado de ellas, sino a sus descendientes, que son actualmente unos cuatro millones y medio de personas. El aumento no sólo corresponde al crecimiento vegetativo, acelerado por los matrimonios mixtos, sino también a nuevas oleadas de refugiados provocadas por las guerras árabe-israelíes de 1956 y de 1967. El incremento del problema no fue absorbido por los países árabes donde fue a parar la mayoría de los refugiados: Jordania, Líbano, Siria, Egipto, Irak, Kuwait, Península arábiga, Libia, pues la Liga Árabe decidió que para perpetuar la existencia de Palestina, para que no se diluyera como pueblo (y, también, para que no desapareciera como problema para Israel), no se concedería a los palestinos la nacionalidad de los países donde hallaron refugio. Todavía más: como la nacionalidad entre los árabes se transmite por vía paterna, los palestinos que se casaron en los países árabes con mujeres nativas tuvieron descendencia palestina, con pasaporte de apátridas; de esa situación se podían librar las palestinas, casándose con nativos. Esto se mantiene aún en la actualidad, salvo en Jordania, donde la integración es mayor, aunque con reticencias. De cualquier forma, como recuerda Alain Gresh, la persistencia y ampliación del fenómeno palestino se debe, también, a la negativa testaruda de decenas de millares de campesinos a renunciar a sus tierras, a las que esperaban regresar de inmediato de la mano de los ejércitos árabes vencedores… Luego, en la fragua de los campos de refugiados, se fue forjando la fuerza política que desembocaría en las organizaciones palestinas.

El problema, naturalmente, no podía ser visto en 1948 tal como ahora se contempla. El 11 de diciembre de ese año, cuando se estaban disparando los últimos cañonazos de la guerra, la Asamblea General de la ONU planteaba el problema palestino bajo la hipótesis de que afectaba acaso a 200 000 o 250 000 refugiados. Así, en la resolución n.º 194, apartado III, se dice: «Si los refugiados desean volver a sus hogares y están dispuestos a vivir en paz con sus vecinos, se les debe

permitir hacerlo lo más rápidamente posible; quienes no deseen volver deben ser indemnizados por las propiedades y por cualquier pérdida o daño que les haya afectado por parte de los Gobiernos y las autoridades responsables, según las reglas de la ley internacional y de la tradición».

La respuesta israelí estuvo dentro de la habitual habilidad político-diplomática del sionismo. El Gobierno judío alegó que no se sentía obligado por la resolución de un organismo internacional al que no pertenecía. La argucia dio como resultado inmediato el ingreso de Israel en las Naciones Unidas, el 11 de mayo de 1949. Presionado reiteradamente, Tel Aviv admitió a unos 40 000 refugiados y concedió algunas indemnizaciones. Pero el problema quedó sin resolver y al llegar el invierno de 1949 se comenzó a mostrar con toda su crudeza, hasta el punto de que la Asamblea General solicitaba a sus miembros y a toda la comunidad internacional que «hagan contribuciones voluntarias en efectivo o en especie a fin de que se logre la cantidad necesaria de abastecimientos y de fondos» para cumplir el programa previsto de ayuda a los refugiados palestinos.

El desafío sionista

«La tormenta que ha caído y sigue cayendo sobre nuestras cabezas no se calmará pronto. Tampoco tenemos la seguridad de que no estalle repentinamente en cualquier instante y con gran violencia. Nuestro interés más vital se basa en lograr pronto una paz negociada y estamos obligados a dedicar a ese objetivo nuestros mejores esfuerzos. Pero no debemos perder la paciencia si tal circunstancia tarda en producirse. Si el destino así lo ha decidido, somos lo suficientemente fuertes como para esperar serenamente», decía ante la *Knesset* el Ministro de Asuntos Exteriores, Moshe Sharett, tras el ingreso de Israel en las Naciones Unidas (11 de mayo de 1949).

Tres elementos consustanciales al Estado judío aparecen en ese breve párrafo: a) Israel está en peligro; b) La paz se consigue de forma negociada; c) Somos fuertes. El telón de fondo del discurso de Sharett, qué conocían bien los diputados, era que Israel estaba en peligro porque, a lo largo de un proceso de medio siglo, había establecido su Estado sobre un pequeño trozo de tierra arrojando de allí al pueblo que lo habitaba. El interés prioritario de Israel era conseguir el reconocimiento y la paz con el mundo árabe, pero para acudir a unas negociaciones de paz los árabes ponían como condición el retorno a los límites establecidos por la partición de la ONU de 1947; como Israel no pensaba retroceder ni un centímetro, estaba claro que no habría paz, por tanto, no se debía *perder la paciencia* si tardaba en llegar… y era seguro que tardaría mucho, pues la Liga Árabe acababa de acordar que expulsaría de su seno a cualquier país árabe que firmase una paz por separado con Israel. Era una contrariedad, pero no pasaba nada porque somos lo *suficientemente fuertes* como para

soportar las amenazas[113].

Ese discurso se ha mantenido durante medio siglo. Hoy Israel toca a rebato diariamente, proclamando que está en peligro. El motivo es claro: *los halcones*, los intransigentes de Israel, siguen sin querer ceder un solo milímetro y rechazan la fórmula *paz por territorios* —idea de los pacifistas de *Paz Ahora*, progresistas y pragmáticos— y únicamente ofrecen *paz por paz*, es decir, piden la resignación de árabes y palestinos y la cesión gratuita de los territorios arrebatados en 1948 y en 1967. La conclusión entonces, como ahora, es la misma en el ejército israelí: habrá que tener paciencia, pero no pasa nada, porque somos fuertes. Mas no adelantemos acontecimientos y volvamos a las primeras singladuras de aquel país recién nacido. Puesto que no iba a hacer concesiones, lo prioritario era fortalecerse. Primero, saliendo de la provisionalidad y organizando el Estado: el 25 de enero de 1949 se celebraban elecciones generales y se formaba la primera *Knesset* (Parlamento de Israel), que el 16 de febrero eligió a Chaim Weizmann como presidente del Estado; el Mapai fue el partido más votado, con el 35,7% de los sufragios[114], y designó primer ministro a David Ben-Gurion, quien se quedó, también, con la cartera de Defensa. Segundo, poniendo en marcha al país, con tres tareas urgentes: la reforma del Ejército, la acogida de inmigrantes y la organización de la economía.

Ben-Gurion tomó con suma energía las riendas de Defensa. Se necesitaban armas pesadas, marina, aviación, instrucción de oficiales y, para empezar, una total unidad. Por eso se apresuró a terminar con la autonomía que había conservado el *Palmach*: Yigal Allon fue apartado del Ejército y Yithzak Rabin pasó a trabajos de instrucción de oficiales, siendo destinado a comienzos de los años cincuenta al departamento de planificación del Estado Mayor. Las figuras emergentes dentro del Ejército, gracias al apoyo de Ben-Gurion, fueron Moshe Dayan —nombrado, a los 34 años, jefe del frente Sur y, a los 39, del Estado Mayor— y Simon Peres, que recibió el encargo de fundar la Marina de Israel cuando contaba con 26 años y que fue, probablemente, el primer agente del Ministerio de Defensa en la compra de armas en los años cincuenta, convirtiéndose en ministro a los 36 años. Los inmigrantes llegaban con un ritmo que el joven Estado apenas podía absorber: 350 000, desde la proclamación de la independencia hasta finales de 1949, según Ben-Gurion. No había viviendas (cierto que los palestinos dejaron muchas vacías, pero la lucha también había producido grandes destrucciones) y debían alojarlos en campamentos, a veces en condiciones deprimentes. Pese a sus dificultades, el 5 de julio de 1950 se proclamaba la *Ley del Retorno*[115], que permitía a todo judío, sin limitación alguna, la

entrada en Israel. Entre 1950 y 1952 llegaron otros 350 000 inmigrantes y luego, en los dos años siguientes, a causa de las dificultades económicas, el racionamiento y la falta de viviendas[116] y de trabajo, sólo llegaron unos 50 000 más, produciéndose casos de emigración al extranjero.

Los inmigrantes de esta época planteaban numerosos problemas. Eran en su mayoría gentes desplazadas por la II Guerra Mundial o supervivientes de los campos de exterminio de Hitler, que llevaban casi una década fuera de sus hogares, rodando por toda Europa. Gran parte carecía de todo, incluso de estudios y oficio. En la década siguiente a la independencia llegaron también a Israel unos 700 000 judíos procedentes de los países árabes —en gran parte expulsados, perdiendo cuanto tenían como represalia o pretexto por lo que había ocurrido con los palestinos— de África o de Asia; en general, su grado de preparación técnica e intelectual era bajo, similar al de las sociedades con las que habían convivido. A los problemas de vivienda y trabajo se añadieron los culturales e idiomáticos; el Estado hebreo se convirtió en una nueva Babel, que hubo de ser organizada a base de la enseñanza intensiva del hebreo.

El rápido progreso cultural, científico y tecnológico de Israel debe atribuírsele a la organización sionista, a la voluntad de los inmigrantes y al desarrollo y organización de la enseñanza y la cultura que los judíos ya habían logrado en Palestina antes de la independencia. El nivel de la educación de la juventud hebrea antes de la partición era ya comparable a la de los países desarrollados. En el curso 1948-1949, en plena contienda, la enseñanza obligatoria contaba con 130 000 alumnos, entre los que había niños, adultos e, incluso, ancianos (20% del total de la población); en 1960, la enseñanza obligatoria y profesional asistía a 600 000 estudiantes (30%).

Es decir, cuando Israel logró la independencia ya contaba con una estructura educativa, con medios económicos, con una importante masa de técnicos, economistas, profesores y administrativos capaces de poner en marcha la maquinaria de un Estado moderno. Por otro lado, el país pudo contar desde el principio con una agricultura bastante próspera y con un campesinado competente y bien dotado de medios para irle ganando terreno al desierto, que constituía más de la mitad del territorio recibido en la partición.

Un milagro conflictivo

La conquista de esos territorios desérticos constituye una parte importante de lo que en los años sesenta se llamó *el milagro israelí*. Pero en esa lucha con el desierto se basarán tres de los motivos de fricción con los árabes a partir de 1948: por un lado, los judíos lo han

utilizado como un reto a los árabes, que en *quince siglos no habían logrado sacar nada del desierto, más aún, que dejaron perder las conquistas alcanzadas por los antiguos agricultores*; por otro, la situación estratégica de la mayor parte de ese territorio desértico, el Néguev, ha provocado continuas fricciones entre Israel y sus vecinos a causa de los pasos marítimos del mar Rojo; finalmente, la puesta en cultivo del desierto requiere grandes cantidades de un bien muy escaso en la región, de agua, que los judíos están disputando a los árabes incluso en estos momentos.

La gran baza de la economía israelí hasta los años sesenta fue la agricultura. En 1948 se cultivaban 30 000 hectáreas de tierra de regadío; diez años después esa superficie se elevaba a 124 000 hectáreas y, en vísperas de la guerra de los Seis Días, el regadío superaba las 200 000 hectáreas, a las que habría que añadir medio millón de hectáreas de tierras de secano en los años setenta.

Parte importante de esa conquista de regadíos y del progreso material de Israel se basó en la colonización del Néguev, un desierto que constituía el 60% del territorio del país ensanchado después del conflicto de 1948. La empresa era muy difícil por su clima sahariano, la falta de agua y la naturaleza del terreno, formado por arena, polvo y roca erosionada. Cuando llegaron los judíos, apenas crecían allí los hierbajos suficientes para alimentar a los parcos rebaños de los beduinos.

Las primeras migraciones judías hacia Palestina se habían desentendido del Néguev, pero en los años treinta los técnicos sionistas trataron de desentrañar el secreto de aquel desierto donde habían vivido más de cien mil personas en la época de David y donde hubo cultivos agrícolas e importantes explotaciones de cobre durante el reinado de Salomón.

El primer asalto al Néguev se produjo en 1943. Los colonos judíos, a los que el *Libro Blanco* prohibía la adquisición de nuevas tierras, encontraron en aquellas desoladas extensiones ciertas facilidades para instalar allí dos *kibbutzim* y un *moshav*. Aquellos pioneros excavaron pozos de los que salió agua demasiado salada para el consumo humano, pero tolerable para algunos cultivos cerealísticos, leguminosos y frutales. Canalizaron el agua de la lluvia y construyeron pequeñas presas en los lugares donde los arqueólogos hallaron las erigidas por los nabateos en los siglos inmediatamente anteriores a la era cristiana. La vida resultaba dura, pero era posible. Sin embargo, como la emigración hacia el desierto comenzó a tomar importancia, Londres terminó por imponer sobre el Néguev las mismas restricciones que pesaban sobre el resto de Palestina. Pese a todo, en el momento

de la independencia había en ese desierto 27 colonias agrícolas, con una población de 3000 personas, aparte de los beduinos, tradicionales habitantes de aquella desolación.

Para el nuevo Estado, el Néguev constituía la gran reserva de tierras y de materias primas y, por tanto, debería ser la zona hacia la que se canalizara una parte sustancial de los inmigrantes. Las prospecciones mineras dieron resultados positivos y de allí comenzaron a extraerse en modestas cantidades: sal, potasa, magnesio, calcio, bromo, cobre, hierro, fosfatos, uranio, yeso, granito, caolín, asfalto y gas natural. Aquellas explotaciones no podían dar ocupación rentable a gran número de brazos, por lo que el esfuerzo estatal se orientó hacia la colonización agrícola, para lo cual se construyó una conducción de agua de Yarkov —pequeño río costero, que discurre por la zona de Jaffa-Tel Aviv—, desde donde comenzaron a llegar al Néguev 450 000 metros cúbicos de agua cada año a partir de 1955; un año más tarde se construyó en esa región la primera planta potabilizadora de agua marina; y, además, no cesaron las perforaciones para extraer agua del subsuelo. Igual de importantes fueron y son los trabajos de los ingenieros agrónomos y los biólogos sobre el cultivo de las plantas, y sus trabajos genéticos para lograr especies adaptadas a la sequía y capaces de producir cosechas competitivas con muy poca agua. Todas estas actividades permitirían sostener en el Néguev una población de más de 20 000 personas en 1960 y de cerca de 600 000 en 1990.

Las tuberías que conducían el agua hasta el Néguev provocaron problemas entre árabes e israelíes desde el principio, al considerar aquéllos que se estaba empobreciendo el curso del Jordán. Pero el asunto cobró envergadura internacional cuando se inauguró el *Acueducto Nacional Judío*, que conduce las aguas extraídas del Jordán, a la altura del lago de Tiberíades, hasta el Néguev. Ése era un viejo proyecto internacional, que había planeado convertir el desierto en un vergel aprovechando el agua del único gran río de la región. Los primeros estudios serios comenzaron a hacerse en 1932 y bien puede decirse que las fricciones se iniciaron ya entonces.

Despreciando objeciones y protestas, Israel buscó los créditos que necesitaba para realizar la obra y puso a trabajar a sus ingenieros. Las tomas se realizaron en el lago Tiberíades, 220 metros por debajo de la altura del Néguev, lo que obligó a bombear el agua; se renunciaba a un plan mucho más racional y rentable: captar el agua directamente del curso alto del río, 70 metros por encima del desierto, con lo cual se hubieran ahorrado el bombeo e, incluso, se hubiese podido obtener cierta cantidad de energía hidroeléctrica. La razón era eminentemente política y de seguridad. La toma en el Jordán habría arrancado de un

territorio fronterizo entre Israel y sus vecinos sirios y libaneses, originando una disputa de límites y sometiendo las instalaciones al riesgo continuo de acciones terroristas. La captación del Tiberíades eliminaba disputas fronterizas y la protección sería más sencilla y eficaz. De la custodia de las complejas y vulnerables instalaciones de bombeo se encargó el ejército destinado al frente Norte, que comandaba un general de 34 años, Yithzak Rabin.

Las objeciones árabes, que casi medio siglo después de realizada aquella obra, tienen una base indiscutible: el Jordán nace en Líbano y sus principales ríos tributarios arrancan de aquel país y Siria, contribuyendo Israel con un solo afluente importante; por tanto, en todos los proyectos para el aprovechamiento del agua del Jordán, los árabes exigían ser beneficiados con el 75% del agua. Replican los judíos que sólo están extrayendo un 10% del caudal del río y, que, por tanto, están por debajo de lo que los árabes concederían. Pero éstos no están de acuerdo: acusan a Israel de falsear las cifras y aportan como prueba el descenso del caudal del río, alarmante en los años más secos, que apenas aporta agua al mar Muerto, con lo que la salinidad de sus aguas al final del recorrido es tal que casi resultan inutilizables para el consumo humano y animal[117].

La colonización del Néguev contiene, pues, muchos de los elementos que han contribuido a elevar la tensión en el Próximo Oriente: la inversión de sumas astronómicas de dinero, el desafío tecnológico, las conquistas mineras y agrícolas, el conflicto del agua, el recurso a los argumentos de fuerza, el agravio moral… Y aún hay más: la colonización y explotación del Néguev conferiría una importancia capital a su puerto sobre el mar Rojo, Eilat y, por tanto, a los pasos marítimos de Tirán y Sanafir, islotes que controlan, con la península del Sinaí, el acceso al golfo de Aqaba.

Cierto que la confrontación por el libre paso hacia Eilat hubiese estallado también con el Néguev yermo, pero en ese caso Israel hubiera tenido menor interés en la región y en el puerto, y Egipto menos tentación de perjudicar a su vecino con el cierre de aquellos estrechos. El pleito se inició inmediatamente después de la guerra de 1948, cuando Egipto prohibió la circulación de los barcos israelíes por el Canal —todavía bajo control anglo-francés—, lo que obligaba a los que traficaban con Asia a dar la vuelta a África para llegar a los puertos mediterráneos de Israel.

Tel Aviv reaccionó rápidamente, ampliando el pequeño puerto de Eilat, situado en el extremo Sur del Néguev, sobre el golfo de Aqaba. Allí comenzó a construirse el oleoducto que llevaría el petróleo hasta las refinerías de Haifa y una carretera para el transporte de

mercancías. Mas las esperanzas israelíes fueron cortadas de raíz: en 1950 Egipto fortificó los islotes de Tirán y Sanafir, hasta entonces desiertos, y les dotó de importantes medios artilleros; simultáneamente instalaba en Sharm el Sheik, casi en el extremo Sur de la península del Sinaí, varias piezas de artillería de costa. En adelante, los mercantes judíos hubieron de rodear nuevamente África para alcanzar sus puertos de destino en Israel o exponerse a la destrucción.

A las protestas israelíes ante las Naciones Unidas, respondería Egipto alegando que existía un estado bélico entre ambos países. El Consejo de Seguridad solicitó a Egipto en septiembre de 1951 que pusiera fin al bloqueo, a lo que El Cairo replicó que no cumpliría el mandato en tanto Israel no acatara otras resoluciones, como el retorno o indemnización de los refugiados palestinos y la internacionalización de Jerusalén —donde se había establecido la capital judía el 1 de enero de 1950—. Los estrechos de Tirán permanecerían cerrados a la Marina de Israel, que decidió atender necesidades más perentorias en tanto llegaba la ocasión de forzar aquel bloqueo.

Territorios sí, paz no

Si fueron numerosos los motivos de fricción entre Israel y sus vecinos, ninguno revistió —ni reviste— tanta gravedad como el de los refugiados palestinos. Aquel medio millón largo de desplazados se refugió en la Cisjordania árabe o buscó asilo en Jordania, Líbano, Siria y Egipto, que les instalaron como pudieron en campamentos de refugiados. Aquellos países, recién llegados a la independencia y, en general, atrasados y pobres, carecían de medios para hacer frente al problema. Además, pronto advirtieron que les interesaba perpetuarlo, pues los palestinos constituían un arma política y militar de extraordinario valor para combatir a Israel. Al tiempo que exponían el problema en la ONU y en todas las cancillerías del mundo, Egipto, Siria y Jordania iniciaron inmediatamente después de la guerra el adiestramiento de partidas de guerrilleros. Estaban naciendo los *fedayines*[118]. Los campesinos judíos de Galilea, de las riberas del Jordán, del Néguev y de las proximidades de Gaza supieron pronto del terror de los asaltos nocturnos, de la ruina de las cosechas quemadas, del riesgo de circular por carreteras que podían estar minadas.

Según estadísticas israelíes, entre 1949 y 1956, las guerrillas causaron en Israel no menos de 400 muertos y 900 heridos, además de pérdidas materiales muy importantes en unos seis mil sabotajes. Ante las acusaciones que Israel presentaba en la ONU, los árabes respondían que se trataba de incidentes aislados, promovidos por bandas palestinas que aprovechaban el estado de *no paz, no guerra* que vivía la

región, y que únicamente reclamaban lo que era suyo, tal como la propia ONU les reconocía. Israel trató de reprimir aquel incipiente terrorismo con represalias que centuplicaban la ofensa, con acciones militares espaciadas y meditadas que constituían actos de terrorismo de Estado y que los israelíes justificaban por la *inoperancia de la ONU*.

En los anales históricos del Próximo Oriente se recuerdan numerosas operaciones militares de este tipo por su magnitud y violencia. Una de las más graves ocurrió en la noche del 14 de octubre de 1953, en la aldea palestina, bajo control jordano, de Qibya. Según los observadores de la ONU, la artillería israelí comenzó a hacer fuego concentrado sobre la población al anochecer. Los 1500 habitantes salieron huyendo del pueblo, pero les cortó el paso la *Unidad 101* de fuerzas especiales[119], que entró en acción a las 21,30 horas. Cuando amaneció pudo evaluarse la tragedia en toda su magnitud: en Qibya no quedaba una sola casa en pie; entre sus ruinas y alrededores se contabilizaron 200 muertos y los hospitales jordanos recibieron medio millar de heridos de consideración. El Consejo de Seguridad condenó la acción israelí, pero su efecto fue nulo.

Han sido registradas, también, en la historia las *razzias* israelíes contra Nizzana (octubre de 1955), en la frontera del Sinaí, contra la Franja de Gaza o aldeas del Golán, desde las que supuesta o realmente operaban los *fedayines*. Sólo en la segunda mitad de 1955 los árabes padecieron más de 200 muertos. Las represalias israelíes entre 1949 y 1956 fueron muy numerosas y las estadísticas árabes suman más de un millar de muertos, doble número de heridos y una docena de pueblos arrasados. La situación que ha vivido Líbano entre 1970 y 2000 ha sido una repetición de aquella auténtica guerra.

Israel tenía los territorios, pero no podía conseguir la paz. Era evidente que los árabes de Palestina, tras su parálisis inicial, estaban tomando las armas para defender sus derechos. No sólo se presentaban voluntarios a combatir en las guerrillas que formaban y manejaban jordanos, egipcios y sirios, sino que expresaban su irritación por la anexión de sus territorios a Jordania: el viernes 20 de julio de 1951, el rey Abdallah fue asesinado cuando salía de orar de la mezquita de Al Aqsa, en Jerusalén, por un palestino que consideraba a los hachemitas tan usurpadores como a los sionistas. Por aquellos días, Yasser Arafat, que había reemprendido sus estudios de ingeniería en la Universidad de El Cairo, se había convertido en el líder estudiantil de los palestinos. En el campus hacía proselitismo, elaboraba una ideología nacionalista e, incluso, adiestraba militarmente a sus seguidores. Por entonces su lema era *Primero Palestina*. Su amigo y colaborador desde entonces, Salah Kalaf, escribía: «Sabíamos que los palestinos nada

podían esperar de los regímenes árabes, en su mayoría corruptos o atados al imperialismo, y que se equivocaban en confiar en cualquiera de los partidos políticos de la región. Creíamos que los palestinos sólo podían confiar en ellos mismos».

Pese al estado de continua inquietud a causa de los ataques guerrilleros y a la sensación de inseguridad, originado por el estado de guerra latente con sus vecinos, el nuevo Estado avanzaba en todos los terrenos y, a mediados de la década de los cincuenta, comenzó a hablarse ya del *milagro israelí*, en el que no deben olvidarse los 170 000 millones de dólares recibidos por Israel en sus veinte primeros años de existencia en concepto de donaciones, compensaciones[120], ayudas y aportaciones de las comunidades judías.

La población judía en Palestina había aumentado hasta los dos millones, incrementando vertiginosamente su nivel de vida. El PNB crecía a una media anual del 9%; el país ya producía más del 75% de los alimentos que consumía; las exportaciones comenzaban a ser importantes, cubriendo su importe el 50% de las importaciones. La economía se caracterizaba por un elevadísimo intervencionismo estatal —que, suavizado, aún perdura—, llegando en aquellos años a absorber un tercio del PNB. La razón es que todo faltaba en Palestina para construir un país moderno: carreteras, ferrocarriles, teléfonos, alcantarillados, viviendas, suministro de agua (conducciones, excavación de pozos, desalinización del agua del mar) y, sobre todo, armamento, ingentes cantidades de armamento. En aquellos primeros años el Estado participaba con más del 50% del capital en unas doscientas empresas públicas.

Tal como ya se anticipaba, el sector inicialmente mimado fue la agricultura, basada en la explotación comunitaria tipo *kibbutz* o *moshav* (en 1948, según Ben Ami, había en Israel «180 *kibbutzim*, 125 *moshavim* y 40 aldeas de propiedad privada»). En esa primera etapa de la existencia del Estado judío, uno de los triunfos más espectaculares fue el incremento de la producción de agrios de calidad competitiva, que pasó de 272 000 toneladas en 1949 a 472 000 toneladas en 1954. Otro de los logros de la agricultura judía fue la prospección de los mercados para satisfacer las necesidades en las que pudiera ser más competitiva: en Israel comenzaron a proliferar en los años cincuenta los invernaderos, irrigados por sistemas de *gota a gota*, que se especializaron en la producción de verduras y frutas tempranas y en el cultivo de flores fuera de estación. El resultado fue multiplicar por siete las exportaciones agrícolas, pasando de seis millones de dólares en 1948 a unos cuarenta en 1956.

La producción industrial experimentó un incremento consonante con

el agrícola. Desde la independencia hasta 1956 el número de obreros industriales se duplicó, pasando de 50 000 a 100 000. En el momento inicial existían en el país no más de 2000 pequeñas industrias de todo tipo; en ocho años llegaron a ser casi 5000, predominando las empresas especializadas en trabajos que requirieran poca materia prima y alta tecnología, que diera un gran valor añadido y fuera exportable; y, junto a ellas, las destinadas a equipar al país de maquinaria, utillaje y armamento, tanto para ahorrarse las importaciones; como para satisfacer necesidades muy concretas y, a la vez, para no depender de suministros extranjeros.

Y lo mismo que evolucionaban la población y la economía, cambiaba la situación política. El 7 de noviembre de 1952, a los 78 años de edad, falleció el presidente Chaim Weizmann, protagonista indiscutible del nacimiento del Estado de Israel, al que sustituyó en la presidencia Yitzhak Ben-Zvi, uno de los prohombres del Mapai, como Ben-Gurion, Golda Meir, Levi Eshkol, Moshe Sharett o Pinhas Lavon, que constituyeron durante un cuarto de siglo la espina dorsal de Israel. En 1953 Ben-Gurion abandonó el Gobierno, para retirarse a un kibbutz —a la vez que daba ejemplo a la juventud, aprovechaba para retirarse de la batalla política, en la que llevaba metido ininterrumpidamente cuarenta años, y reflexionar sobre su trabajo y el futuro del país—. Le sustituyó al frente del Gobierno Sharett y, en Defensa, Lavon.

La designación de Lavon sería fundamental para el futuro inmediato de Israel. Aquel hombre, considerado ecuánime y pacífico, se convirtió en un *halcón* al llegar a Defensa; inmediatamente llamaron la atención la violencia de sus represalias contra las acciones guerrilleras y su ansiedad por conseguir una ruptura militar de los países occidentales con el Egipto de Nasser. Para precipitarla dio luz verde a una campaña de actos terroristas contra intereses norteamericanos en Egipto, que causó pequeños destrozos en empresas, bibliotecas, consulados, etcétera, de propiedad norteamericana. Pero los autores fueron capturados y, dos de ellos, condenados a muerte.

En Israel se organizó un formidable escándalo, incrementado por los reproches de Washington. Lavon no quiso responsabilizarse de aquellas actuaciones y se abrieron múltiples comisiones de investigación que investigaron poco porque el ambiente político estaba envenenado. El Mapai se escindió. Lavon hubo de dimitir en 1955. Ben-Gurion fue llamado nuevamente a Defensa y en el verano de ese mismo año se presentó y ganó las elecciones legislativas, regresando a la jefatura del Gobierno. El *caso Lavon* envenenaría la política de Israel durante muchos años y abrió una brecha insondable

entre Ben-Gurion y Eshkol.
De la crisis salió, fortalecido, por ejemplo, Dayan, que recuperaba a su amigo Ben-Gurion al frente de Defensa y del Gobierno. Por entonces trabajaba en la hipótesis de una guerra con Egipto, ante el cariz amenazador que revestía la figura de Nasser. Entre sus colaboradores se hallaba Yithzak Rabin, a la sazón jefe del departamento de formación del Estado Mayor, encargado de la forja de la oficialidad israelí. Rabin contaba con 33 años y tenía una hija, Dalia, nacida en 1950; precisamente el año de la *crisis Lavon* nació su segundo hijo, Yuval. Vivían en una modesta casita, con un minúsculo sueldo militar que su esposa Lea administraba céntimo a céntimo, pese a que para entonces ya era general. Un general que todos estimaban como extremadamente competente. Había dirigido operaciones desde los 25 años, tenía experiencia de mando en tropas y había hecho un curso de especialización de nueve meses en la escuela militar británica de Camberley (1952). A comienzos de 1956, Dayan decidió que le necesitaba en el lugar más crítico para Israel en aquellos momentos: en el frente Norte, para controlar y repeler las operaciones guerrilleras procedentes de Siria y Líbano y, sobre todo, para proteger celosamente las instalaciones de bombeo del *Acueducto Nacional Judío*.

La hora de los *Oficiales Libres*
La derrota del Ejército egipcio en Palestina tendría consecuencias fatales para el rey Faruq, que contrajo matrimonio con la princesa Narriman —después de haber repudiado a la reina Farida— justo el mismo día en que regresaban a Egipto las tropas derrotadas. El Ejército consideró como un insulto lo que, probablemente, sólo fue una lamentable coincidencia. Pero la aparente indiferencia real hacia las Fuerzas Armadas vencidas y humilladas encrespó aún más los ánimos de los militares que retornaban contando un rosario de calamidades: falta de equipos, de vehículos, de combustible, de repuestos, de comunicaciones, de alimentos, de municiones, de médicos y ambulancias…, incapacidad de mandos superiores, encumbrados a la dirección de las operaciones por motivos políticos; duplicidad de jefaturas o carencia de ellas; confusión en las órdenes y negligencia en su comunicación; desbarajuste en la intendencia y mala calidad, sisa o robos en los suministros; atraso en el pago de salarios a soldados y oficiales…
Ese malestar fue, rápidamente, capitalizado por los *Oficiales Libres (Zobat el Ahrar),* aquella organización nacida entre los militares que permanecieron tres meses cercados en Faluja. Cuando regresó a Egipto, Nasser acusó de corrupción al Gobierno de Nahas Pacha, a los que se habían enriquecido a costa de los suministros del Ejército, a la

sociedad corrupta y al disoluto Rey: «Nuestra madre patria es una Faluja también, aunque mucho mayor. Lo que está sucediendo en Palestina es hoy un cuadro en miniatura de lo que está sucediendo en Egipto. También nuestra madre patria está hoy cercada y sitiada por las dificultades y saqueada por el enemigo. También ella ha sido engañada y lanzada a la lucha sin preparación y la han abandonado inerme ante el fuego», escribía Nasser, mientras reunía a su alrededor a nuevos descontentos.

En 1952 el movimiento de los *Oficiales Libres* había adquirido suficiente consistencia como para iniciar el movimiento revolucionario. Les faltaba un militar de prestigio que les prestase inicialmente su nombre y su carisma y lo encontraron en el general Naguib, que había mandado un regimiento, con el grado de coronel, durante la guerra en Palestina. Naguib era uno de los pocos militares que salió del conflicto con fama de jefe capaz y valeroso y, por tanto, no sólo era un camarada de armas que entendía sus reivindicaciones, sino que, además, era famoso y querido por el pueblo.

Los principales jefes de la conspiración, Nasser —ya coronel—, Khaled Mohieddin y Saruat Okacha eligieron la fecha del 5 de agosto para su pronunciamiento, con el fin de permitir el retorno del 13.º regimiento, mandado por el conspirador Chawki, que se hallaba de maniobras en el Sinaí, y para que los oficiales ya hubiesen recibido la paga correspondiente al mes de junio. Pero el 20 de julio el coronel Okacha se enteró de que Faruq preparaba un reajuste ministerial en el que sería nombrado ministro de Defensa el coronel Cherine, que conocía a los *Oficiales Libres* y tenía vagas informaciones sobre su conspiración. Ante la posibilidad de ser descubiertos, Nasser adelantó el día de la sublevación a la madrugada del 23 de julio de 1952.

Justo a tiempo. En la noche del 22 se había firmado su orden de detención, pero cuando la policía acudió a su domicilio para encarcelarle, él penetraba al frente de una columna de soldados en el cuartel general de Qubah, donde sorprendió y detuvo a un grupo de altos jefes del Ejército que se hallaban allí reunidos, precisamente, para decidir la suerte de los conspiradores. Al amanecer, Nasser controlaba El Cairo y despachaba soldados y un mensaje para las autoridades británicas del Canal: «Cuanto ocurre en Egipto es de orden puramente interno (…) Toda tentativa de inmiscuirse por parte de las autoridades británicas será considerada como un acto de hostilidad».

El adelantamiento del golpe sorprendió a los propios conspiradores. Sadat se enteró cuando regresaba a su casa, tras haber estado en el cine con su esposa; Naguib fue avisado cuando todo estaba en marcha. Ambos se presentaron en el cuartel general a las tres de la madrugada.

Más tardó en enterarse Faruq, que se hallaba en su residencia veraniega de Alejandría y a quien nadie avisó hasta las ocho de la mañana. El rey, tratando de ganar tiempo, comunicó a Naguib: «Acepto todas vuestras propuestas» e, inmediatamente, intentó poner en práctica una cláusula del tratado anglo-egipcio de 1936, que preveía la intervención británica.

Pero los coroneles no le darían tiempo. El país entero se había lanzado aquella mañana a la calle gritando: «¡Viva la revolución, viva la república, viva Naguib!». Las emisoras repetían el primer mensaje del general: «En nombre de Dios clemente y misericordioso, oh pueblo egipcio, escucha al general Naguib que te habla. Envilecido por la corrupción, dividido por la inestabilidad, Egipto acaba de atravesar el periodo más negro de su historia. Estos factores de disgregación han afectado al Ejército y constituyen una de las causas de nuestra derrota en Palestina. Ese ejército, mandado por ignorantes, por incapaces y por traidores, no era el más apto para gobernar el país, por eso lo hemos depurado. El Ejército está ahora en manos de hombres capaces, íntegros y patriotas y podéis depositar en él toda vuestra confianza».

Dos días después, todos los resortes del poder estaban en manos de los sublevados. Sólo quedaba el Rey, que firmaba cuanto le pedían, tratando de asirse desesperadamente al trono, pero el día 25 de julio llegaron a Alejandría dos columnas militares, que cercaron durante la noche el palacio real. Al día siguiente, por la mañana, se presentaron allí el general Naguib y el coronel Sadat, que entregaron a Faruq el siguiente mensaje: «El Ejército, que representa el poder del pueblo, me ha ordenado que requiera a su majestad para que abdique en favor del príncipe heredero, su alteza Ahmed Fuad, con fecha de hoy sábado 26 de julio de 1952, y que abandone el país antes de las 18 horas. En el caso de que rechace este ultimátum se atendrá a las consecuencias, de las que será responsable. Firmado, el Comandante en jefe del Ejército, Mohammed Naguib, general de Estado Mayor».

El Rey no ofreció resistencia alguna. Sabía que su vida estaba en peligro y aquella tarde, antes de expirar el plazo, embarcó en su lujoso yate *Mahrusa* y puso rumbo a Capri, su primer cuartel general en el exilio. El exmonarca egipcio, tras una vida disoluta en todos los centros de moda del sur de Europa, fallecería en Roma el 19 de marzo de 1965. Su heredero, el príncipe Ahmed Fuad, que fue reconocido como rey por el nuevo régimen con el nombre de Fuad II cuando sólo tenía seis meses de edad, jamás llegó a ocupar el trono, pues el 18 de junio de 1953 el general Naguib proclamó la República y fue designado presidente y primer ministro.

Un canal y una presa

Por un momento pareció que aquel veterano militar chaparro, de arrugado rostro siempre sonriente, pelo canoso y una eterna pipa en la boca, iba a ser el árbitro de la revolución de los *Oficiales Libres* y no, simplemente, la figura decorativa que se habían buscado. Naguib se creyó su papel y trató de gobernar a su manera, pero sólo tardaría medio año en darse cuenta de que el proceso revolucionario no estaba en sus manos, sino en las de su vicepresidente del Gobierno y ministro del Interior, Gamal Abdel Nasser. La ruptura entre ambos era total en febrero de 1954, por lo que Naguib pidió al Parlamento plenos poderes para gobernar. Como se los negasen, Naguib dimitió, pero reasumió nuevamente sus cargos ante las manifestaciones de apoyo popular. Fue el canto del cisne, porque en abril asumía Nasser la jefatura del Gobierno y en noviembre Naguib se iba, definitivamente, de la escena política.

El Egipto que trataba de movilizar Nasser con su revolución era un país de unos veinticinco millones de habitantes, que disponían de una renta per cápita de apenas 100 dólares, que consumían un promedio inferior a las 2000 calorías diarias y que, en su mayoría, se dedicaban a la agricultura. Un pueblo agrícolamente atrasado, carente de industria y falto de recursos económicos. Nasser trató de remediar aquella situación con una revolución agraria, que dotase de tierras a los campesinos desheredados. Pero la revolución fue un fracaso, entre otras cosas porque cuando el Nilo traía agua se llevaba las cosechas y cuando no la traía, la recolección era pobre. Había que regular el curso del Nilo con una gran presa erigida cerca de Assuan, más al sur y mucho más grande que la levantada a comienzos de siglo por los ingleses.

Esa presa colmaría numerosos sueños: habría agua abundante para ampliar los regadíos (Egipto, país de un millón de kilómetros cuadrados de superficie, vive sobre unos 40 000; el resto es desierto) y las turbinas, movidas por la energía hidráulica, podrían proporcionar electricidad barata y limpia a todo el país.

Otra de las bases de la industrialización se hallaba en los recursos del canal de Suez, que une el mar Rojo con el Mediterráneo. El Canal estaba protegido por una guarnición británica y la Compañía del Canal disponía del derecho de explotación hasta 1968. Nasser tenía dos proyectos respecto al Canal: inicialmente, reafirmar la independencia egipcia, logrando la retirada de los soldados ingleses; luego, cuando terminara la concesión, ampliar y modernizar la vía de agua para que proporcionase importantes divisas a Egipto. Lo primero lo logró el 19 de octubre de 1954, después de haber aceptado integrarse en el *Mando de Oriente Medio*, una de las múltiples alianzas

regionales promovidas por Washington y Londres para aislar a la Unión Soviética. En aquel acuerdo, Londres se comprometía a evacuar militarmente las instalaciones del Canal en el plazo de veinte meses y, por su parte, El Cairo cedería esa base militar a Gran Bretaña en el caso de que se produjera «una agresión exterior contra un país árabe o Turquía».

Pero su idilio con el Reino Unido fue breve. La doctrina que Nasser estaba concibiendo en aquellos primeros años de su mandato era el panarabismo. Nasser soñaba con un mundo árabe republicano, socialista y próspero marchando unido hacia el futuro; una nación árabe que tuviera Egipto como epicentro y fuera independiente y respetada por el concierto de las naciones.

Por eso recibió como una puñalada la noticia del *Pacto de Bagdad* (24 de febrero de 1955) entre iraquíes y turcos y al que, inmediatamente, se adherirían británicos, pakistaníes e iraníes… Era la CENTO, que prolongaba la cadena defensiva de la OTAN hasta el Próximo Oriente. Nasser no sólo veía en ese pacto una barrera contra la Unión Soviética, como aseguraba Londres, sino una nueva injerencia extranjera en la región y un menoscabo de la importancia de Egipto en favor del Creciente Fértil. «Usted sabe que yo era hasta el mes pasado —le confesaba Nasser a un diplomático francés— un amigo sincero de Occidente; pero desde ahora, que no cuenten más conmigo». A continuación, se inició la cadena de los desafíos nasseristas: en abril de 1955 asistió a la Conferencia de Bandung, que formuló los principios de la *no alineación* y de la coexistencia pacífica; en aquella conferencia, Nasser pudo lograr una tímida condena contra Israel y la aprobación de algunos principios de su panarabismo[121]. A continuación, en mayo, Egipto reconoció a la China Popular. El Secretario de Estado norteamericano, Foster Dulles, rabiaba en Washington. En el verano del mismo año solicitó armas a la URSS, puesto que Washington, Londres y París se las habían negado, y el 26 de septiembre se permitía pronunciar un triunfal discurso: «Occidente nos niega los medios de defender nuestra existencia; pues bien ¡acabamos de firmar un contrato de compra de armas con Checoslovaquia!».

Pese a esos desafíos, Washington aún creía posible recuperar a Nasser y, en diciembre, le ofreció 54 millones de dólares para comenzar a construir la presa de Assuan; Londres siguió la misma política con 16 millones y, en febrero de 1956, el Banco Internacional para la Reconstrucción y el desarrollo (BIRD) se mostraba dispuesto a negociar un crédito blando de 200 millones de dólares. Pese a tales concesiones, siguió la aproximación nasserista a los países del Este; su

apoyo al Frente de Liberación Nacional (FLN) de Argelia y sus ayudas a las fuerzas revolucionarias de Omán y a los independentistas de Adén, enfurecieron simultáneamente a Washington, París y Londres.

Ése era el clima de confrontación diplomática que se vivía en vísperas de las elecciones presidenciales egipcias del 23 de junio de 1956, en las que Nasser se convirtió en el *Rais*, con el 99,9% de los votos. Su afianzamiento en el puesto y su conversión en líder carismático fueron inmediatos: para no depender únicamente del humor, el dinero y la tecnología occidentales, a comienzos de 1956 ofreció a Moscú la participación en la empresa de Assuan. El 19 de julio replicaron Washington y Londres retirando su apoyo al proyecto.

Nasser se dirigió inmediatamente a los egipcios: «No permitiremos a ningún imperialista ni a ningún opresor imponernos su dictadura militar, política o económica. Jamás nos doblegaremos ante el dólar o ante la fuerza».

El día 26 de julio de 1956, exactamente cuatro años después de la partida del rey Faruq hacia el exilio, el presidente de la República egipcia conmemoraba el aniversario del final de la monarquía con un discurso en la gran plaza alejandrina de Mohamed Alí. Subió al estrado de los oradores hacia las siete de la tarde y, tras un comienzo jocoso, el *Rais* cambió a un tono grave que se convirtió en iracundo cuando se refirió al Canal y a sus conflictos con la Compañía que lo explotaba; a cierto punto, refiriéndose al presidente del BIRD, Eugéne Blanck, dijo: «Me habló de Ferdinand de Lesseps… Vamos a tomar los beneficios que nos arrebata esa Compañía imperialista, ese estado dentro del Estado, mientras nosotros nos morimos de hambre». Justo en el momento en que Nasser mencionó el nombre del ingeniero que proyectó el Canal, cinco grupos de comandos, a las órdenes del coronel Mahmud Yunes, penetraban en las oficinas de la dirección del Canal en Ismailía, en Suez y en Port Said y sellaban sus dependencias, tras tomar el dinero y la documentación.

Mientras, Nasser proseguía su discurso en Alejandría: «Y yo os anuncio que a esta misma hora en que os hablo, el Boletín Oficial publica la ley que nacionaliza la Compañía. En este momento en que os estoy hablando, los agentes del Gobierno toman posesión de la Compañía… ¡El Canal es el que pagará la Presa! Hace cuatro años, aquí mismo, Faruq huía de Egipto. ¡Yo, hoy, en nombre del pueblo, tomo el Canal! ¡Esta tarde nuestro Canal será egipcio y estará dirigido por egipcios!».

Egipto entero saltó alborozado, el mundo quedó estupefacto y en Londres y París se pasó de la incredulidad a la cólera. Gran Bretaña y Francia, propietarias de las acciones de la Compañía del Canal, hicieron saber a El Cairo que no renunciaban a sus derechos y que

harían lo posible por recuperarlos. La Compañía del Canal retiró a sus técnicos, tratando de paralizar el tráfico. Las Bolsas europeas bajaron en los siguientes días, pues, aparte de la pérdida del tráfico del Canal, se esperaba un desabastecimiento petrolífero por el corte de tráfico. Sin embargo, Nasser lo tenía todo pensado: los técnicos egipcios que trabajaban o lo habían hecho en el Canal, lo mantuvieron en funcionamiento, tanto que en los primeros quince días tras la nacionalización atravesaron la vía de agua 625 buques, es decir, sólo 75 menos que en cualquier otra quincena. Al tiempo, los peajes cobrados se depositaban en una cuenta bloqueada para cuando llegase el momento de zanjar el asunto de forma negociada.

París y Londres se encontraron casi solas en sus reivindicaciones. Nadie más parecía damnificado. Incluso Estados Unidos se mostraba distante, pues la mayor preocupación del presidente Eisenhower era en aquellos momentos ganar las elecciones que tendrían lugar *el primer martes después del primer lunes de noviembre*. Washington trató de hallar una salida diplomática y convocó una Conferencia Internacional sobre la libertad de navegación por el Canal, violada por Egipto al impedir el paso de los buques israelíes.

La conferencia resultó un fracaso, pues Nasser se negó a participar en ella, alegando que se trataba de una injerencia en los asuntos internos de Egipto. La conclusión fue que el tráfico del Canal debería estar manejado y garantizado por un control internacional. A comienzos de septiembre se trató, sin éxito alguno, de negociar esta resolución con el *Rais*, que calificó la exigencia como *un intento de arrebatar el canal de Suez a Egipto*. El 11 de septiembre la negociación se consideró rota. París y Londres iniciaron un boicot económico contra Egipto al tiempo que llevaban la resolución de la Conferencia Internacional hasta el Consejo de Seguridad, pretendiendo una intervención militar, a la que se opuso la Unión Soviética con su veto.

Pero no fue Moscú quien frenó a los franco-británicos, que en aquellos momentos ya habían reunido importantes fuerzas de infantería, marina y aviación para tomar las instalaciones del Canal, sino Washington. Eisenhower no quería una guerra en época electoral, de modo que la diplomacia norteamericana se las arregló para calmar a París y Londres con la creación de la *Asociación de Usuarios del Canal*, que debería encargarse de la organización del tráfico, el pilotaje de los buques y la recaudación de los derechos de paso.

Foster Dulles, el muñidor de aquella maniobra, suponía que Nasser rechazaría la propuesta, mas su propósito era ganar tiempo y la negociación retrasaría los proyectos intervencionistas anglo-franceses. Pero Nasser, dando pruebas de una gran perspicacia política, aceptó

negociar y el 12 de octubre Washington ponía sobre la mesa un plan por el que los anglo-franceses renunciaban a sus reivindicaciones y Nasser aceptaba que el Canal no estaría sometido a su único control; la Asociación de Usuarios del Canal se haría cargo de la supervisión del funcionamiento y entregaría a Egipto el 90% de la recaudación, destinándose el 10% a indemnizar a la Compañía del Canal. Un solo país tendría prohibido el paso por la vía de agua: Israel.

Esa solución no podía satisfacer a británicos y franceses, que tenían ya listas sus fuerzas de intervención. Sintiéndose vencedor, Nasser perdió los papeles en aquel momento: envió un cargamento de armas a los guerrilleros argelinos de FLN, que fue interceptado el 22 de octubre de 1956 por los franceses; París retiró a su embajador en Egipto y eliminó las escasas dudas que podía tener respecto al ataque.

Simultáneamente, el *Rais* manejaba los asuntos de Jordania y lograba un Parlamento abiertamente filoegipcio, socavando la influencia de Gran Bretaña, creadora del reino hachemita; el palestino nasserista, Suleimán Nabulsi, fue designado primer ministro y una de sus primeras medidas fue anular el acuerdo militar anglo-jordano para integrarse en un mando militar conjunto egipcio-sirio-jordano: ante esa situación, Londres eliminó, también, sus dudas sobre la intervención militar.

El principal enemigo

A todas éstas, nadie parecía acordarse del gran amenazado y del mayor damnificado: Israel. Las armas que Nasser estaba recibiendo de Checoslovaquia deberían dar a El Cairo una clara superioridad militar sobre Tel Aviv: Nasser no había olvidado la humillante derrota de 1948-1949. Al mismo tiempo, la preponderancia regional que estaba consiguiendo el *Rais* significaba para Israel un reforzamiento de la amenaza militar de Siria y Jordania, sus vecinos, y un incremento de las acciones guerrilleras contra su territorio.

La nacionalización del Canal suponía, también, la pérdida de la última esperanza de ahorrar a sus buques la vuelta a toda África y, además, podía brindar la oportunidad que estaban esperando los judíos para forzar militarmente los estrechos del golfo de Aqaba.

Ben-Gurion, en excelentes relaciones con los socialistas que gobernaban Francia, envió en agosto de 1956 al director general del Ministerio de Defensa, Simon Peres, a París. Allí comenzó a gestarse la intervención judía en el conflicto del Canal. A finales de agosto, dos representantes del Gobierno francés investigaron discretamente en Tel Aviv las condiciones israelíes para entrar en la guerra. El Ejército de Tel Aviv, que ya había recibido en secreto grandes cantidades de armas francesas, pidió nuevo material de transporte y

telecomunicaciones, que le fue servido con sumo sigilo. A continuación el Estado Mayor, mandado por el general Moshe Dayan, comenzó a planificar aquella campaña, como reconoce en su autobiografía.

El 16 de octubre de 1956 se reunieron discretamente en una finca de los alrededores de París el jefe del Gobierno francés, Guy Mollet, y su ministro de Exteriores, Pineau, con el jefe del Gobierno británico, Anthony Eden y el titular del *Foreign Office*, Selwyn Lloyd. Su acuerdo secreto fue atacar Egipto en la primera semana de noviembre y, en consonancia con lo expuesto por los franceses, Israel les brindaría la ocasión. Al día siguiente, Ben-Gurion declaraba ante el Parlamento israelí: «El principal peligro procede del dictador egipcio, que domina a los demás Estados árabes y no cesa de proclamar su intención de destruir Israel».

Cinco días más tarde, el 21 de octubre, un avión despegó de una base francesa y aterrizó en un aeropuerto militar israelí; al atardecer subieron al aparato Ben-Gurion, Simon Peres y Moshe Dayan que, de madrugada, llegaron a una base militar francesa próxima a París. El día 22 se reunieron secretamente en una finca de Sèvres con Guy Mollet, Pineau y Bourges-Maunoury, ministro francés de Defensa. Ya había anochecido cuando se incorporaron a la reunión Selwyn Lloyd y otro alto funcionario del *Foreign Office*. El acuerdo sería extraordinariamente difícil, pero la captura de las armas egipcias destinadas a los guerrilleros argelinos y la designación de Suleimán Nabulsi como primer ministro de Jordania, que precisamente tuvieron lugar los días 22 y 23 de octubre, mientras se celebraba esta reunión secreta, allanaron los obstáculos.

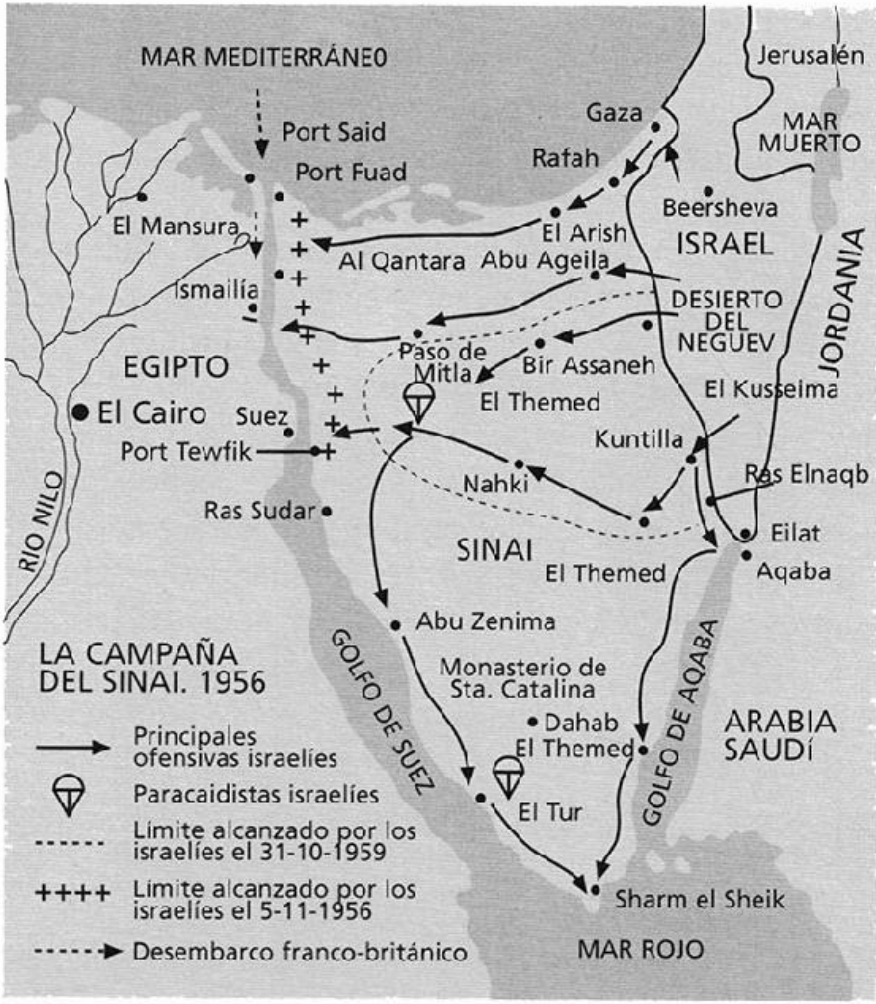
Las negociaciones se prolongaron hasta la noche del día 24 y alcanzaron el siguiente acuerdo: Israel atacaría Egipto el 29 de octubre por la tarde y sus fuerzas avanzarían hacia el Canal; el día 30, los anglo-franceses presentarían, simultáneamente a Tel Aviv y El Cairo, el siguiente llamamiento: alto el fuego incondicional y retirada de todas las fuerzas a dieciséis kilómetros del Canal. A Nasser se le diría, además, que fuerzas anglo-francesas ocuparían posiciones clave en el Canal para *garantizar la libertad de tránsito*, hasta que se llegara a un acuerdo definitivo. En el caso de que uno u otro contendiente no atendieran el llamamiento, los fuerzas anglo-francesas adoptarían las medidas necesarias para que se satisficiera su petición.

El acuerdo firmado en Sèvres preveía que si Egipto no aceptaba aquel auténtico ultimátum, los paracaidistas y las unidades anfibias dispuestas por Londres y París entrarían en acción en la madrugada del 31 de octubre. Por su lado, el Gobierno francés se comprometió a

dar cobertura aérea a las ciudades israelíes si eran atacadas por la aviación egipcia, asunto prioritario para Ben-Gurion a lo largo de todas las negociaciones.
Moshe Dayan regresó al cuartel general de su Estado Mayor a mediodía del 25, sin permitirse ni un minuto de descanso, pues tenía que hacer algunos cambios urgentes en el plan de operaciones: «Se cargaba ahora el acento en la creación de una amenaza contra el canal de Suez, de acuerdo con nuestro papel en el plan —para provocar la intervención anglo-francesa— y luego acometeríamos nuestros objetivos básicos en aquella campaña: la conquista de los estrechos de Tirán y la derrota de las fuerzas egipcias», para abrir el paso del tráfico marítimo hasta el puerto de Eilat y para eliminar la amenaza que suponía el rearme de Nasser.
Aquel mismo 25 de octubre de 1956 se firmaba el acuerdo militar por el que las Fuerzas Armadas de Siria, Jordania y Egipto quedaban bajo el mando conjunto de un general egipcio, Abdel Hakim Amer. Mientras los jefes árabes se regocijaban con el acuerdo, Israel maquinaba una movilización general que sorprendiera a los egipcios: las armas estarían dispuestas el día 28; los hombres serían llamados a sus unidades entre la noche del 28 y la madrugada del 29.
Nasser descansaba aquel día 29 de octubre cerca de El Cairo cuando fue informado de que Tel Aviv estaba movilizando sus reservas; horas después, al atardecer, mientras la familia Nasser celebraba el cumpleaños de su hijo Abdel Hakim Amer, el presidente recibió una llamada telefónica: *Israel ataca*.

La carrera hacia el Canal
La situación militar egipcia en el Sinaí parecía tan fuerte en 1956 que no era previsible un ataque. Nasser disponía de tres divisiones en su frontera con Israel y contaba con dos brigadas como reserva: unos 45 000 hombres en total, que serían teóricamente reforzados por grupos de guerrilleros palestinos. Esas fuerzas estaban bien fortificadas y disponían de importantes medios blindados y artilleros. Por otro lado, la aviación de caza egipcia era comparable a la israelí y superiores sus medios de transporte y de bombardeo.
El ejército regular judío no alcanzaba en aquellos momentos los 20 000 hombres, pero pudo movilizar 40 000 reservistas en apenas ocho horas. El Cairo no tuvo tiempo de evaluar la importancia de tal movilización, que conoció pocas horas antes de la ofensiva israelí. Ésta había sido muy estudiada durante los dos últimos meses: era suicida chocar con las dos divisiones situadas al Norte y centro del dispositivo egipcio, pero ofrecía buenas perspectivas el ataque contra la tercera, colocada a la derecha del frente árabe y que defendía un terreno

complejo de unos 140 kilómetros de extensión.
El empleo de fuerzas importantes tan al Sur suponía un riesgo notable, pues permitiría un contraataque simultáneo de los egipcios, partiendo desde la Franja de Gaza, y de los jordanos, operando desde el Sur de Cisjordania. En esa zona, Israel apenas si tenía una anchura de treinta kilómetros, lo que ofrecía a los árabes la posibilidad de partir en dos su territorio y aislar al grueso de su ejército en el desierto del Néguev. Para conjurar tal amenaza, Tel Aviv contaba con el factor sorpresa y con la velocidad de su ataque.
Hacia las seis de la tarde del 29 de octubre de 1956 comenzó la ofensiva judía, con el lanzamiento de un batallón de paracaidistas sobre el paso montañoso de Mida, a unos 50 kilómetros del Canal y llave del Sinaí. Poco después, hacia las siete de la tarde, ya anochecido, los dos restantes batallones de la brigada paracaidista irrumpieron en el Sinaí, por el norte de Kuntilla, y aplastaron la muy ligera oposición que les ofrecieron algunas fuerzas dispersas. Por la noche se les rindió Kuntilla, atacada por retaguardia. Ariel, «Arik», Sharon, jefe de aquellas fuerzas, sometió a su brigada, que tenía muy pocos medios mecanizados, a una marcha vertiginosa: con las primeras luces del día 30 tomaban el Themed, a cincuenta kilómetros del punto de partida.
Una segunda brigada atacó desde el Sur de Kusseima y rindió aquel importante nudo de comunicaciones a primera hora del día 30: en las líneas egipcias se había abierto un boquete que abarcaba todo el frente sur. Por la tarde de ese día, las avanzadillas de la columna de Sharon enlazaban con los paracaidistas lanzados en Mitla: habían avanzado doscientos kilómetros en 24 horas.
En el aire se medían por vez primera los cazas israelíes y los egipcios: tras el tanteo inicial, la caza árabe dejó el campo libre. Simultáneamente, otras dos brigadas blindadas atacaban a los egipcios en la Franja de Gaza, precisamente para evitar que éstos intentaran romper sus líneas en esa zona, y al norte de Kusseima, aprovechando la confusión que había creado el desplome egipcio en el sur. Y ese mismo día, una quinta columna mecanizada partía desde la recién tomada Kuntilla hacia el sur, tratando de alcanzar Sharm el Sheik y abrir el golfo de Aqaba a la navegación israelí.



En esa fecha, tal como fuera acordado en Sèvres, llegaba la advertencia anglofrancesa a ambos contendientes. Tel Aviv no se molestó en contestar, porque sus fuerzas aún estaban lejos del Canal. Tampoco respondió El Cairo, donde la confusión era enorme, pues a aquellas horas en las informaciones que llegaban desde su frente norte se decía que estaban rechazando a los judíos y tardaron 48 horas en advertir que se les había hundido la mitad de sus líneas.

Y, mientras la URSS trataba de aniquilar a los sublevados húngaros y los norteamericanos estaban a punto de cerrar su campaña electoral, en el Consejo de Seguridad, reunido a petición de Estados Unidos a las 21 horas (de Londres) del 30 de octubre, se desataba una de las mayores batallas de la Guerra Fría[122]. El representante permanente de Washington, Cabot Lodge, impidió el aplazamiento solicitado por ingleses y franceses y ese mismo día presentaba un proyecto de

resolución que pedía la inmediata retirada judía «más allá de la línea de armisticio que se establezca»; solicitaba a los Estados miembros de la ONU que se abstuvieran de intervenir y de ayudar militar y económicamente a Israel. Londres y París se apresuraron a bloquear con su veto aquel proyecto. En esa misma sesión, que continuaba en la madrugada europea del día 31, los representantes de París y Londres debieron emplear nuevamente su veto ante un proyecto de resolución análogo presentado por la Unión Soviética.

En tanto sus delegados peleaban en la ONU, Francia y Gran Bretaña lanzaron aquel 31 de octubre sus ataques aéreos contra los aeropuertos egipcios, pero los titubeos del *premier* británico, Eden, presionado por Washington, pospusieron el ataque aeronaval hasta el 6 de noviembre.

El momento cumbre de la lucha se produjo el día primero de noviembre de 1956, cuando Nasser ordenó la intervención de una división entera enviada de refuerzo al frente norte. Las dos brigadas israelíes situadas en aquella zona aguantaron su embestida, mientras las otras dos, que operaban en tomo al eje Kusseima-Abu Ageila, penetraban profundamente en el Sinaí y arrollaban todo el sistema defensivo interior. Su avance constituía una amenaza mortal contra casi tres divisiones egipcias, pues en cualquier momento los judíos podían girar hacia el norte y cortar la carretera que discurre paralela al Mediterráneo, su única vía de escape.

El *Rais* operó con cordura cuando, a primera hora del 2 de noviembre, viendo el peligro de cerco que acechaba a su ejército y que a nada conducía meter más tropas en aquella guerra perdida, ordenó la retirada. Fue una medida oportuna que salvó a muchos hombres y muchas armas. Ese día se entregaban los principales nudos defensivos y administrativos egipcios en el Sinaí: Gaza, Jan Yunis, Rafah, El Arish, Bir Gafgafa… y una de las columnas israelíes, que marchaba por el centro del desierto, forzaba el paso de Giddi y se paraba a 16 kilómetros del Canal, justamente frente a Al Qantara.

Al terminar esa jornada, la campaña del Sinaí había concluido desde el punto de vista militar. Pero la batalla diplomática seguía en el edificio de la ONU, en Nueva York, a 12 000 kilómetros de distancia. A petición de Yugoslavia, el 1 de noviembre se reunía la Asamblea General y el día 2 adoptó una resolución, presentada por Foster Dulles, en la que se solicitaba el alto el fuego y la retirada de todas las tropas a las líneas del armisticio de 1948/49. Resultó aprobada por 64 votos contra 5. Israel no hizo caso hasta que alcanzó todos sus objetivos. Al final de la Asamblea, el ministro canadiense de Asuntos Exteriores, Lester Pearson, propuso «la organización de una fuerza

internacional lo bastante importante para mantener la paz en las fronteras de estos países, mientras se busca un arreglo político». De esa iniciativa surgiría la fundación de los *cascos azules*. Ese mismo día, la Asamblea General de la ONU, a propuesta de Estados Unidos, ordenaba el alto el fuego, al que accedió Egipto, pero no Gran Bretaña ni Francia. Israel, por su parte, aceptaba el cese de la lucha siempre que Egipto hiciera lo mismo y, además, suspendiera su hostilidad contra el Estado judío, cesase de enviar grupos terroristas a su territorio y permitiera el paso de sus buques por el Canal. El alto el fuego quedó en agua de borrajas. Tel Aviv controlaba la situación. Moshe Dayan cuenta en sus memorias que aquella noche del 2 de noviembre de 1956 le dijo Ben-Gurion: *¿Porqué se preocupan ustedes tanto? ¡Mientras ellos sigan sentados en Nueva York y nosotros estemos en el Sinaí, la situación no es mala!*

El día 3, la URSS comenzaba su cadena de amenazas para «ahogar la agresión en Oriente Medio», proponiendo a Washington la creación de una fuerza conjunta de intervención; Eisenhower, a dos días de las elecciones, rechazó el plan y escribió a Bulganin que «el mejor servicio que podría hacer la Unión Soviética a la causa de la paz era poner en práctica la resolución de la Asamblea General que pedía el fin de la intervención soviética en Hungría». El día 4, la Asamblea General aprobaba la creación de una Fuerza de Emergencia (FENU), los *cascos azules*, y el día 5 se ordenaba al general canadiense Burns que reclutara los efectivos necesarios.

En esa misma fecha, por la tarde, la URSS asombraba al Consejo de Seguridad con la propuesta de la formación de una poderosa fuerza aeronaval, integrada fundamentalmente por soviéticos y norteamericanos, para ayudar a Egipto. El veto fue unánime. Simultáneamente, Bulganin escribía a Ben-Gurion y, tras comunicarle la ruptura de relaciones diplomáticas, aseguraba que Moscú «tomaba medidas para poner fin a la lucha y detener a los agresores». El jefe del Gobierno soviético también amenazó a Francia y, sobre todo, a Gran Bretaña, contra la que «podrían utilizarse otros medios, como los cohetes». Aumentando su presión, el 6 de noviembre, Moscú solicitaba a Turquía permiso de paso por los estrechos del Bósforo para sus buques de guerra.

Mientras la tempestad diplomática rugía en Nueva York, las diversas columnas israelíes se dedicaban a recoger a millares de soldados egipcios dispersos por el Sinaí, haciendo acopio de una inmensa cantidad de material bélico; en aquellos momentos sólo dos agrupaciones seguían abriéndose paso hacia sus objetivos: la qué tenía como destino Sharm el Sheik y la brigada paracaidista de Sharon que,

partiendo del paso de Mitla, perseguía el mismo destino, sólo que marchando en paralelo al golfo de Suez. Para acelerar su progresión, y temiendo que una decisión internacional pudiera paralizar todas las operaciones, Dayan ordenó un lanzamiento de paracaidistas en El Tur el 2 de noviembre. El día 5, las dos columnas enlazaban en el sur del Sinaí y rendían a las últimas fuerzas egipcias.

Horas antes de que Israel alcanzara todos sus objetivos, los paracaidistas anglofranceses saltaron sobre Port Said, adelantándose un día sobre lo anteriormente decidido; el 6 de noviembre de 1956 comenzaron las operaciones anfibias, que apenas hallaron resistencia: el derrumbamiento militar y civil era completo en Egipto. Poco después de iniciar las operaciones, las fuerzas invasoras eran dueñas de Port Said y Port Fuad y avanzaban a lo largo del Canal, hacia el sur, al ritmo de marcha de sus carros de combate. Era un paseo militar, que fue interrumpido en la madrugada del día 7. Por la noche, la Asamblea General había pedido a Francia, Reino Unido e Israel la retirada de Egipto. Ninguno de los tres implicados se dio por aludido, pero en aquel momento intervino Eisenhower, recién enterado de su reelección presidencial. En apoyo de la resolución de la ONU, escribía a Ben-Gurion: el rechazo al llamamiento de las «Naciones Unidas dañaría la amistosa cooperación existente entre nuestros dos países». Igualmente, se puso en contacto con el Gobierno británico y Londres terminó cediendo a sus presiones y promesas y, quizá, también pesaron sobre el ánimo de Eden las amenazas soviéticas, de modo que decidió paralizar las operaciones. En aquella mañana del 7 de noviembre, también París aceptó de mala gana que no podía continuar la lucha en solitario. Poco antes del amanecer dejaba de emitir la última emisora de la resistencia húngara. La gran crisis internacional había terminado.

Ya hacía tres días que habían callado las armas cuando la URSS pidió la inmediata retirada de todas las fuerzas extranjeras de Egipto bajo la amenaza de permitir que acudieran en ayuda de Nasser miles de voluntarios soviéticos. Pero, simultáneamente, aceptaba la creación de las fuerzas internacionales de la ONU. Moscú, tras controlar Hungría y hacer su demostración de poder político ante el mundo árabe, también enterró su hacha de guerra y la tensión mundial volvió a sus niveles habituales.

En aquella crisis, Gran Bretaña se halló convertida en una potencia subordinada, Francia comprobó que su peso internacional era escaso y ambas perdieron presencia política en el Próximo Oriente y exacerbaron el odio de Nasser, que alentaría y apoyaría cuantas acciones se suscitaron posteriormente en contra de Londres y París.

Israel hizo gala de una excepcional dureza negociando su retirada del Sinaí, que supeditó a la permanencia de los *cascos azules* en Gaza y en los estrechos de Tirán: su retirada, diez años después, provocaría la guerra de los Seis Días. La participación en aquel conflicto les costó a los judíos unos 200 muertos y cerca de un millar de heridos, pero aportó a Tel Aviv un cuantioso botín (un centenar de carros de combate, 300 piezas de artillería, unas 2000 armas automáticas, más de 5000 fusiles y un millar de camiones) y, además, le proporcionó créditos y ayudas por más de mil millones de dólares, importantes envíos de nuevas armas y ¡un reactor nuclear!, que fue instalado en Dimona, en el desierto del Néguev y donde se han fabricado las bombas atómicas de Israel[123].

Nasser, que perdió la guerra (tuvo más de 1000 muertos, más de 3000 heridos y unos 5000 prisioneros y dejó en manos judías o destruido el equipo completo de dos divisiones) a punto estuvo de dimitir, pero sus consejeros le ayudaron *a pescar* en aquel río tan revuelto: ingleses y franceses se fueron del Canal en Navidad, con lo que la nacionalización se convertía en irreversible; Israel abandonó el Sinaí en marzo de 1957, cinco meses después de haberlo ocupado; los países árabes indemnizarían a Egipto por sus pérdidas militares; el Canal fue ampliado y abierto; la Unión Soviética comenzó a entregarle, sin disimulo alguno, material bélico, a enviar consejeros militares, a dotar Egipto de industria pesada y a financiar la construcción de Assuan.

El derrotado Nasser se había convertido en el personaje más poderoso, influyente y carismático del mundo árabe. Pero, al tiempo, la Unión Soviética conseguía una posición política y estratégica privilegiada en el Mediterráneo Oriental. Paradójicamente, buena parte de ello se lo debían a la sorprendente política norteamericana en aquellos acontecimientos. Años después le preguntaban a Nasser quién le había salvado en aquella crisis y respondió sin titubear: *Eisenhower*.

El fulgor de la espada

«Si soltamos la espada, indudablemente, arriesgaremos nuestra vida», había dicho Dayan en 1955 en el funeral de un colono muerto durante un ataque de los *fedayines*. La formidable victoria militar del otoño de 1956 parecía dar la razón a los *halcones* de Israel, con Ben-Gurion y Moshe Dayan a la cabeza, cuyo mensaje era claro: *las represalias deberán ser mucho más violentas que el agravio, así escarmentarán los árabes*; la seguridad de Israel se basaría, de esta manera, en ostentar la mayor y mejor adiestrada fuerza militar de la región. Había en Israel quien pensaba, por el contrario, que la seguridad estaría mejor defendida por la diplomacia y la negociación, caso de Moshe Sharett —ministro de Exteriores y primer ministro—, pero sin dar nada a cambio.

El 25 de febrero de 1957 se celebró una *cumbre* en El Cairo a la que asistieron los jefes de Gobierno de Egipto, Arabia Saudí y Jordania. De las reuniones salieron las bases para firmar la paz y reconocer a Israel y cerrar el conflicto del Canal: a) Retirada judía de los Territorios Ocupados durante la guerra de 1948; b) Reconocimiento israelí de un Estado palestino asentado en los territorios señalados por la partición de la ONU de 1947; c) Indemnización a Egipto por la agresión en el Sinaí y en el canal de Suez; d) Solución de los problemas de tráfico y explotación del Canal sin afectar a la soberanía egipcia sobre la vía de agua.

Israel no quiso saber nada sobre las devoluciones que le concernían; Francia y Gran Bretaña resolvieron los dos últimos puntos a lo largo de una década de negociaciones.

Cegada la línea diplomática, quedaba sólo la suprema apelación a la

seguridad, basada en el *fulgor de la espada*. Pero se equivocaban quienes, tras la espectacular victoria judía en la guerra del Sinaí, pensaban que los árabes habían quedado *escarmentados*. Como ya se ha avanzado, Israel accedió a retirarse del Sinaí tras haber obtenido: a) Garantías de paso por los estrechos de Tirán; b) La presencia de las fuerzas de la ONU en la frontera con Egipto, Gaza y golfo de Aqaba; y c) La libre navegación por el canal de Suez. Llegaron inmediatamente las fuerzas internacionales y el 7 de marzo los últimos soldados israelíes evacuaban el desierto; en junio se reanudaba el tráfico marítimo con el puerto de Eilat, pero los buques israelíes no pudieron utilizar la otra posibilidad de acceso al Mediterráneo, el canal de Suez, porque Egipto se negó a permitirlo, incumpliendo una de las condiciones de aquel acuerdo. Estaba claro que la victoria judía no había resuelto el conflicto con los árabes. Contrariamente a lo que esperaban en Tel Aviv, Nasser *no había escarmentado*. Más aún, acumulaba su odio hacia Israel y, lo mismo que éste, fiaba la solución al brillante acero. El *Rais* escribía en 1961 a Hussein de Jordania su idea sobre Israel: «Un cuerpo perverso, en el corazón mismo del mundo árabe, que debe ser extirpado de raíz».

Los once años transcurridos entre la guerra del Sinaí-Suez, 1956, y la guerra de los Seis Días, 1967, hito trascendental en el conflicto del Próximo Oriente, no cambiaron la intransigencia israelí en hacer cualquier tipo de restitución y acentuaron su preparación militar; los árabes, por su parte, abandonaron las estériles tentativas negociadoras y se dedicaron a afilar sus armas. La región entera entró en una extraordinaria escalada militar.

La política interna israelí de este periodo se caracterizó por el desarrollo de su economía, la fuerte política del asentamiento de los inmigrantes judíos en el territorio que dominaba, y por una serie de luchas políticas derivadas del ya comentado caso *Lavon*, que llevaron a la fractura del Mapai (el partido socialista de Ben-Gurion). El viejo luchador sionista siempre creyó que Lavon era el responsable de la actuación de aquellos *comandos aficionados* contra los intereses norteamericanos en Egipto y promovió tres investigaciones que nada aclararon.

La ruptura sobrevino cuando Ben-Gurion trató de seguir ahondando en aquel tema, que enervaba a Israel, y se opuso el ala veterana del partido, encabezada por Levi Eshkol, Moshe Sharett y Golda Meir. Ben-Gurion, tras varias retiradas, amenazas y presiones, terminó abandonando el Mapai y fundando el Rafi, al que se unieron Simon Peres y Moshe Dayan. En las elecciones de 1965, la coalición socialista siguió al frente del Gobierno, como desde la fundación del Estado, con

Eshkol de primer ministro. El Rafi, que sólo obtuvo diez escaños, pasó a las filas de la oposición: Ben-Gurion, el padre del Estado de Israel, quedó al margen de toda acción de Gobierno.

En esa lucha se distanciarían íntimos amigos, como Ben-Gurion y Eshkol; antiguos colaboradores, como Golda Meir y Dayan; y crecería la antipatía entre Simon Peres y Yithzak Rabin. Éste había sido llamado, en 1959, al Estado Mayor, como jefe del Departamento de Planificación e Instrucción, segundo cargo en importancia dentro del Ejército. Desde ese empleo dirigió la oficina de planes y la formación militar; allí comenzó Rabin a disponer la estrategia que luego conduciría a la victoria israelí de 1967. En esa época coincidió en el Ministerio de Defensa con Simon Peres, director general y encargado de los suministros militares.

Ambos personajes se profesaban una fuerte antipatía. Rabin era un hombre del *Palmach*; Peres, uno de los que contribuyó a su desaparición; Rabin y Ben-Gurion no se apreciaban nada, y Peres era, a comienzos de los años sesenta, el más próximo colaborador del viejo político. En Defensa chocaron directamente: Peres se encargaba de adquirir armas y su política, por aquellos años, consistía en comprar patentes o financiar la investigación para fabricar el armamento en Israel; Rabin estaba en contra: necesitaba determinados equipos que no podían ser construidos por la industria nacional. La confrontación no llegó muy lejos porque, a comienzos de los sesenta, Defensa tuvo dinero y pudo comprar armas y, a la vez, mantener los programas de investigación y construcción[124].

La fricción entre ambos hombres continuó luego porque Rabin estaba vinculado al partido Leahdut Haavoda, una de las ramas desgajadas del tronco socialista, comandado por su viejo jefe y amigo Yigal Allon, que gobernaba en coalición con el Mapai. La escisión del Rafi debilitó el hasta entonces indiscutido dominio electoral y parlamentario socialista.

Pero en aquel comienzo de los años sesenta, Rabin era la estrella ascendente que, en diciembre de 1963, alcanzaba la jefatura del Estado Mayor, mientras Peres perdía importancia al unirse al declinante Ben-Gurion.

El 1 de enero de 1964, Rabin tomaba posesión del primer cargo militar de Israel, a los 42 años de edad, teniendo como primer ministro y ministro de Defensa a Levi Eshkol. Su opción siguió la línea tradicional y su primer comunicado al Ejército le clasificó entre los halcones: «El futuro —como ocurrió en el pasado— nos traerá numerosos conflictos, dirigidos contra el desarrollo de nuestro país. Nos corresponde a nosotros garantizar la soberanía del Estado y su integridad territorial (…) y encarnar unas Fuerzas Armadas que hagan temblar a nuestros enemigos».

Cuando Rabin se refería, concretamente, a las amenazas contra el *desarrollo* estaba recordando sus días de responsable militar del Frente Norte: la confrontación con Siria era continua a causa de la cuantiosa extracción de agua del lago de Tiberíades para satisfacer las demandas de los regadíos de Israel. Esa fuente de conflictos era, al tiempo, una de las bases del llamado *milagro económico* israelí. El producto nacional bruto judío estaba creciendo desde 1952 a un promedio anual del 9%, similar al incremento japonés y casi el doble del alemán. En 1967, las importaciones judías estaban cubiertas en un 70% por sus exportaciones y la producción agropecuaria interna alimentaba en un 90% a sus 2 700 000 habitantes. Desde la independencia, la producción de alimentos se había multiplicado por siete y duplicado la de cítricos, primer capítulo de las exportaciones israelíes de la época.

La industria crecía, también, a ritmo acelerado —500% entre 1956 y 1967—, así como el PNB —un 600% entre 1948 y 1967—, se incrementaban el empleo y el consumo… y se disparaba el déficit de la balanza de pagos, ocasionado, sobre todo, por sus gastos militares, que llevaban cuatro décadas devorando aproximadamente un 30% del PNB, el porcentaje mayor de la Tierra, al menos durante tanto tiempo seguido. Tal déficit, acompañado de una inflación galopante, obligaron a depreciaciones monetarias en 1962, que no pudieron parar la recesión. Descendió el empleo y la inmigración se redujo apenas a 25 000 personas en 1966, menudeando los casos de emigración a tierras donde la vida fuese menos problemática. En 1967, la población de Israel alcanzaba 2 700 000 personas, de las cuales eran judías 2 400 000.

La inmigración era, con la defensa, la mayor preocupación de Israel. La acogida de dos millones de judíos en veinte años fue una tarea

titánica, sobre todo si se considera que la mitad de ellos llegó de países árabes, asiáticos o africanos, que no sólo desconocía el hebreo, sino que, además, era analfabeta en un 40%. En gran medida, esto se debía a que las capas más bajas de la sociedad judía de la época estuvieran compuestas por hebreos orientales. Israel seguía dominado por los judíos de origen europeo, los askenazis, que ahormaban la vida del país a sus propios hábitos. Según cifras de Shlomo Ben Ami, en los años sesenta, los ingresos medios de una familia oriental eran el 60/70% de los de una familia askenazi y, de cada cinco personas que poseían automóvil, cuatro eran de origen askenazi. La política también estaba dominada por ellos: Ben-Gurion, Eshkol, Meir, Sharett, Peres, Lavon, Bar-Lev, Begin, Shamir eran askenazis; sólo uno entre los notables de Israel procedía del continente africano —y por casualidad —: Abba Eban; de origen sefardita había otro: Herzog; y los hombres que despuntaban entonces eran *sabras*, es decir, nacidos en Palestina, pero de ascendencia askenazi: Dayan, Allon, Rabin…

Siguiendo nuevamente a Ben Ami, la familia askenazi de la época constaba de tres personas por término medio, mientras que la de origen africano o asiático contaba con cinco, lo cual explica aún mejor su baja calidad de vida; más personas con menos ingresos: mayor hacinamiento en las viviendas y menores oportunidades de acceso a la educación superior, pese al formidable empuje de la construcción de casas y de la oferta educativa. En este campo las cifras son elocuentes: al filo de los años setenta, los judíos de origen oriental o africano constituían el 60% del alumnado de la enseñanza primaria; en secundaria, se había reducido al 30%; en la universidad, ya sólo quedaba un 12,6%.

Esa situación se trasladaba al terreno político, militar, económico, etcétera, causando un desequilibrio y un agravio social permanentes que el Gobierno trataba de solucionar con fuertes inversiones sociales, pero que permanece aún hoy porque las olas migratorias apenas han cesado —las procedentes de la antigua URSS comenzaron en los años ochenta y continuaron a lo largo de los noventa hasta casi el final del siglo XX— por lo que el problema se renueva cada año. Ésa era, y es, una de las bases de la intransigencia judía a hacer concesiones a los árabes y, probablemente, la más importante junto a la religiosa.

Sobre la cuestión de la seguridad baste decir que era la prioridad nacional israelí de aquellos años[125].

El nacionalismo palestino

En los años sesenta, los palestinos, víctimas de todos los errores y arbitrariedades cometidos en el establecimiento del Estado de Israel, comenzaron a tomar conciencia de su situación e iniciaron su

resurgimiento nacional. Su número, según datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Ayuda y Readaptación de los Refugiados Palestinos (UNWRA) ante la Asamblea General en 1965, ascendía[126] a 1 700 000, todos ellos refugiados salvo 325 000 que habitaban en sus tierras de Cisjordania o Gaza. No se cuentan aquí los más de 300 000 que habitaban dentro de las fronteras del Estado judío y que tenían la nacionalidad israelí.

La distribución geográfica de los refugiados —siguiendo las debatidas cifras de la UNWRA— era la siguiente: 688 327 en Jordania, 159 783 en Líbano, 135 772 en Siria, 296 941 en Gaza, 40 000 en Kuwait, 10 000 en Irak, 8000 en Egipto y 10 000 más repartidos por diversos rincones del mundo. De ellos apenas 150 000 podían subsistir por sí mismos, a los que hay que añadir los 325 000 palestinos no refugiados de Gaza y Cisjordania; es decir, apenas medio millón vivía en condiciones económicas aceptables.

En resumen, de esos 1 700 000 palestinos sólo un 20% permanecía en sus hogares y apenas un 30% podía cubrir sus necesidades. El 80% de ellos, 1 375 000, vivía lejos de su tierra; el 70%, 1 200 000 personas, estaba a merced de la ayuda internacional, de los programas árabes de atención a los refugiados y de la caridad de las poblaciones entre las que se veía obligado a vivir.

Cerca de medio millón de esos menesterosos se amontonaba en los campamentos de refugiados abiertos por la UNWRA, auténticas aglomeraciones de chabolas donde se desesperaban en medio de todas las privaciones y se guarecían hacinados como animales. Es difícil dar una descripción más dramática que la del propio Comisario general de la UNWRA en su informe de 1964 a la Asamblea General: «Hay muchas familias que viven en lugares inadecuados para que en ellos habiten seres humanos; unos en cuevas húmedas, otros en albergues ruinosos, otros en barracones superpoblados o en cabañas. Nos hemos esforzado por remediar las peores situaciones, pero las condiciones de vida de miles de familias continuarán planteando graves problemas. Casi todos los campos de la UNWRA están superpoblados, cinco o más personas viven, a menudo, en la misma habitación. Carecen de caminos y carreteras apropiadas y en muchos campos se chapotea en el barro durante el invierno y se camina entre el polvo en verano. Escasean las alcantarillas y los canales para conducir las aguas provenientes de las lluvias. El aprovisionamiento de agua es colectivo y, a menudo, insuficiente, sobre todo durante los meses de verano. Sin embargo, los refugiados que viven en los campos, que representan las dos quintas partes de los refugiados socorridos, están en conjunto mejor albergados y cuidados que las restantes tres quintas partes, o

sea que aquellos que viven fuera de los campos, en alojamientos que se han procurado ellos mismos. La UNWRA recibe demandas ininterrumpidas de esos refugiados menos favorecidos para que amplíe los campos y construya más chabolas».

Aparte de sus desastrosos y escasos alojamientos, la ayuda alimentaria que la UNWRA podía aportar era realmente miserable: unas cinco pesetas por refugiado y día[127]. Esa precaria situación alimentaria, el paro permanente, la escasez de escuelas y maestros, la ruptura de los vínculos familiares y culturales, el sentirse apátrida y expoliado y la carencia de perspectivas y esperanzas, fueron el caldo de cultivo en el que se desarrollaría el terrorismo palestino. En los campamentos de la UNWRA y en los barrios de chabolas de Gaza, Ammán y Beirut nacieron las guerrillas palestinas, cuyos antecedentes hay que buscarlos en la utilización que de los desplazados hicieron Egipto, Jordania y Siria a partir de 1949. La derrota egipcia de 1956 significó para la mayoría de los palestinos el final de la esperanza de que la liberación de su tierra llegaría de manos árabes. Cierto que ya antes existían movimientos palestinos más o menos organizados. En 1952 el doctor Georges Habache había fundado el Movimiento Nacionalista Árabe —MNA—, pero aquel grupo, aunque palestino de origen, era de ideología panarabista, nacido del análisis de la derrota ante Israel en 1948; hubiese bastado la unidad para alcanzar la victoria, por eso su lema era: *Unidad, Liberación y venganza*. La derrota de 1956 terminó con planteamientos como éste. En adelante Habache buscaría fórmulas esencialmente palestinas, como su nueva fundación: *Jóvenes de la venganza*, brazo armado del MNA.

Por su lado, el líder de los estudiantes palestinos en Egipto, Yasser Arafat, había llegado a la misma conclusión tiempo antes; en 1955 inspiraba el primer atentado genuinamente palestino de importancia: la voladura de las instalaciones de suministro de agua del *kibbutz* de Faluja. El agua llegó hasta el Mediterráneo y la sangre casi también, a causa de la represalia judía contra Gaza, como ya se vio anteriormente. Pero fue más tarde, en 1959, cuando nació la organización palestina más prestigiosa e importante: el Movimiento Palestino de Liberación Nacional —*Harakat al Tahrir al Watani al Filistini*— cuyo acróstico se sintetizaba en Al Fatah, que en árabe significa *La Victoria*. Su fundador era Yasser Arafat, que se había licenciado como ingeniero de obras públicas en 1956 y, al año siguiente, emigró a Kuwait. Allí trabajó unos meses para el Estado y, a continuación, creó su propia empresa, que fue rentable inmediatamente. Para difundir sus ideas editaba un periódico, *Nuestra Palestina*, que financiaba con sus beneficios empresariales. De

momento eran sólo ideas; faltaban años para pasar a la acción.
En el desarrollo de las organizaciones palestinas tendrían una fuerte influencia los dos grandes movimientos políticos árabes de aquellos años, el nasserismo y el baasismo[128]. El Partido de la Resurrección Árabe creó en Siria el grupo Vanguardia de la Lucha Popular de Liberación, en 1958; cuatro años después, el Baas iraquí fundaba el Frente de Liberación Árabe. Ambas formaciones, aunque integradas por palestinos, tuvieron escaso interés dada su dependencia política respecto a países alejados de los auténticos intereses palestinos.
Entre 1956 y 1964 proliferaron los movimientos palestinos escasos en efectivos humanos y económicos y carentes de instrucción militar y armas. La situación propició un encuentro para aunar medios e intereses: en abril de 1964 se reunió en Jerusalén el primer Congreso Nacional de los Árabes de Palestina. Allí se dieron cita 424 representantes de las diversas formaciones, que fundaron la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), subvencionada por la Liga Árabe, organización en la que se integraría como representante de los intereses palestinos. Al frente de la OLP, por deseo de Nasser, fue colocado Ahmed el-Chukeiri, que hizo de ella un organismo inoperante al servicio de los intereses del *Rais*. Arafat diría de aquella OLP que era *un espejismo mortal* para los intereses palestinos. De momento lo fue para Al Fatah, que perdió a gran parte de sus militantes, atraídos por las aparentes posibilidades políticas, económicas y militares de la nueva organización. Las deserciones obligaron a Arafat a pasar a la acción. Aquel verano fundó Al-Assifa, *La Tempestad*, brazo armado de Al Fatah. A finales de 1964, tras liquidar sus negocios en Kuwait, se estableció en Siria, donde comenzó a poner en marcha los primeros grupos de comandos. Sus actuaciones iniciales —algunos destrozos en el *Acueducto Nacional Judío* y atentados contra instalaciones agrícolas y carreteras— durante los primeros meses de 1965, sorprendieron tanto a los judíos como a los propios árabes. Al Fatah se había convertido en un peligro para los vecinos de Israel, temerosos de una escalada en las represalias judías. De aquella época recuerda Arafat que le perseguían con más saña en Egipto, Jordania, Líbano y Siria que Israel; los servicios secretos árabes trataron de asesinarle, padeció las cárceles sirias y libanesas, se le intentó complicar en un asesinato, sufrió interrogatorios y torturas… Pero Al Fatah siguió creciendo, comprando armas y ganándose las voluntades de los desesperados de los campamentos de la UNWRA.

Los años de la revolución
Los once años transcurridos entre la guerra del Sinaí-Suez y la de los

Seis Días, 1956-1967, se caracterizaron en el Próximo Oriente por las convulsiones internas de los países árabes para librarse de las últimas estructuras coloniales, para hallar una identidad política propia y para afrontar el conflicto abierto que tenían pendiente con Israel.

En esos mismos años se producía la confrontación soviético-norteamericana para controlar políticamente ese territorio, pieza importante en la estrategia de ambas superpotencias durante la Guerra Fría. En ese contexto formuló Washington, el 5 de enero de 1957, lo que se conoce como *Doctrina Eisenhower*: Estados Unidos apoyaría militar y económicamente a los países de la zona que solicitaran su ayuda y garantizaría la integridad territorial de los países del Próximo Oriente «contra la agresión armada de cualquier país controlado por el comunismo internacional». Esa postura de Washington fue aprovechada por el joven rey Hussein de Jordania para salvar su trono de la conspiración de Nabulsi —abril/mayo de 1957—, y por el presidente libanés, Camille Chamoun, para superar la situación revolucionaria que vivía su país y ganar las elecciones, bajo la protección de los cañones de la VI Flota norteamericana, en abril de 1957.

Israel se adhirió entusiasmado a la Doctrina Eisenhower, auténtico seguro de vida, teniendo en cuenta que sus más peligrosos vecinos, Siria y Egipto, siempre podrían ser acusados de comunistas a causa de sus regímenes socialistas y de sus vinculaciones con la URSS. Fue para Estados Unidos una política sumamente infortunada: le costó miles de millones de dólares y la pérdida de su prestigio e influencia en gran parte de los países árabes, que tardaría en recuperar casi veinte años.

Esa época constituyó en el Próximo Oriente la de las federaciones frustradas. Las teorías panarabistas de Nasser tendían a la unión de las naciones árabes bajo inspiración egipcia, a las órdenes de la batuta del *Rais*. El primer intento fue la República Árabe Unida (RAU), que unía los destinos de Egipto y Siria el 1 de febrero de 1958. La RAU tenía un presidente único, Nasser; el Gobierno central, con sede en El Cairo, se ocupaba de Relaciones Exteriores, Defensa, Industria y Educación. Siria, con apenas once años de vida independiente, había cambiado cuatro veces de Constitución; había sufrido el fugaz gobierno de 21 gabinetes diferentes; había padecido seis pronunciamientos militares. Agotada y empobrecida, recibió llena de esperanza la creación de la RAU.

Los palestinos en vísperas de la guerra de los Seis Días

En vísperas de la guerra, el pueblo palestino ascendía a 2.300.000 personas, divididas en:

Refugiados (con o sin ayuda de la UNWRA)	57% =	1.348.000
No refugiados	43% =	989.000

Los no refugiados se distribuyen, por áreas geográficas, así:

Margen occidental del Jordán	20% =	460.000
Gaza	6% =	138.000
Israel	12% =	276.000
Otros	5% =	115.000

La distribución del total de los palestinos por zonas geográficas estaba así:

Jordania	52% =	1.196.000
Gaza	17% =	391.000
Israel	12% =	276.000
Líbano y Siria	13% =	299.000
Otros (golfo Arábigo, EE.UU. y norte de África)	6% =	138.000

Datos del *Research Center* de la Organización para la Liberación de Palestina, 1968.

Para ayudar a Damasco, Nasser tuvo la idea de pedir a Moscú 200 millones de dólares a fondo perdido. Siria se arrojó en brazos de la URSS de manera tan decidida (tratado para el suministro de armas, acuerdo de cooperación económica, tratado de amistad y cooperación…) que alarmó al propio Nasser, quien envió a Damasco a su amigo y colaborador de confianza, el mariscal Amer, para controlar la situación. Inmediatamente después comenzaron las rencillas causadas por las directrices de Amer, cuestión que se complicaría más con el auge del Baas, que primero se había valido de Nasser para combatir al poderoso partido comunista sirio y que, luego, se enfrentó a los planes del *Rais*, luchando contra el dominio político egipcio en Siria.

La RAU nunca alcanzó nada práctico. Bien puede decirse que estaba muerta antes de nacer y que, oficialmente, dejó de existir el 28 de septiembre de 1961, después de que Egipto invirtiera en aquel sueño millones de libras y sus mejores sueños y esperanzas.

Pero el nacimiento de la RAU originó nuevos cambios en el Próximo Oriente. Impulsó, por ejemplo, la Federación Árabe, unión de los reinos hachemitas de Irak y Jordania, incentivada por Washington y Londres. La Federación Árabe volvía sobre la idea del *Creciente Fértil*, proyecto que Nasser no podía disociar de los intereses británicos. Por eso, aquella efímera federación (febrero-agosto de 1958) supuso un nuevo motivo para el alejamiento egipcio del bloque occidental y un paso más en su aproximación hacia la Unión Soviética, cuyos técnicos ya habían iniciado la construcción de la presa de Assuan. El 14 de julio de 1958 se produjo en Bagdad el golpe de Estado del general Abdul Karim Kassem, que puso fin a la vida del rey Feisal II y a la monarquía como forma de Gobierno en Irak. El golpe no sólo terminó con la Federación Árabe, sino que cambió todo el sistema de alianzas en el Creciente Fértil, pues Kassem intentó un tipo de nacionalismo basado en la dictadura militar y se alejó de la tradicional influencia británico-norteamericana, para acercarse a la URSS. La dictadura de Kassem y su aproximación al comunismo chocó frontalmente con el nacionalismo baasista y con el nasserismo, que trataba de encarrilar a Irak hacia la RAU.

Nasser estaba jugando una partida imposible: sus compromisos con Moscú eran evidentes, pero, al tiempo, denunciaba la interferencia soviética en los asuntos árabes y en sus discursos proclamaba que el *comunismo, el imperialismo y el sionismo eran los tres enemigos capitales del nacionalismo árabe*. El 9 de febrero de 1963 las esperanzas de Nasser tocaron el cielo cuando un general próximo a su pensamiento ideológico, Abdelsalam Aref, derribaba al tirano Kassem e instauraba su propia dictadura. El 17 de abril de 1963 resucitaba la RAU, integrada por Egipto, Siria e Irak. Pero también entonces fue una federación efímera y frustrada que apenas duró medio año. El baasismo, cuya influencia crecía tanto en Siria como en Irak, rechazaba la hegemonía de Nasser sobre la RAU y, además, los continuos golpes de Estado en Siria impedían el funcionamiento de aquel complejo tinglado. Nasser mantuvo obstinadamente las siglas RAU para designar Egipto, pero la federación estaba muerta por completo en 1964 y no volvería a resucitar. Ese año, Nasser cesaría en sus reticencias antisoviéticas: el secretario del PC de la URSS, Nikita Kruschov, visitaba Egipto para inaugurar oficialmente las obras de Assuan y distinguía al Rais con el título de «Héroe de la Unión Soviética».

Los nacionalismos árabes de aquella época no sólo no contribuyeron a aglutinar al mundo árabe, tal como sus formulaciones ideológicas pretendían, sino que fueron fermentos disgregadores y

desestabilizadores: derribaron la monarquía iraquí de Feisal II; contribuyeron al destronamiento de Saud ibn Abdul Aziz, el soberano saudí, que fue sustituido por su hermano Feisal; hicieron tambalearse la corona del rey Hussein de Jordania; provocaron la guerra del Yemen; Siria sufrió siete cambios presidenciales en esos once años; Líbano perdía la paz y reproducía en su seno las tensiones de los países vecinos…

Tales conmociones fueron aprovechadas por la URSS, que en 1956 contaba con unas pocas simpatías en el Próximo Oriente, por sus ventas de armas a Nasser y por su apoyo político en la guerra del Sinaí-Suez, mientras que en 1967 estaba sólidamente asentada en Egipto, Siria, Irak y Yemen.

La hora de los provocadores

La influencia soviética sería uno de los factores importantes en el siguiente conflicto. Moscú, que estaba armando a Siria y a Egipto, pidió a Nasser en 1966 que estrechara sus frías relaciones con el régimen de Damasco y el 4 de noviembre ambos países firmaron un pacto de defensa mutua. Tal acuerdo hizo sonar la alarma en Tel Aviv, que veía con mucha preocupación el incremento de los incidentes de su frontera con Siria, provocada por las primeras andanzas de Al Fatah y por las tropas de Damasco. Esos choques habían suscitado a lo largo de 18 años nada menos que 214 reuniones del Consejo de Seguridad de la ONU, sin que se lograra avanzar ni un ápice.

Aquel mismo año de 1966 existía un nuevo motivo de tensión: los árabes estaban dispuestos a desviar parte del curso del Jordán para evitar la abusiva explotación israelí. El 25 de mayo el rey Hussein ponía la primera piedra de la presa de Mokheiba, obra destinada a embalsar el río. El jefe del Estado Mayor israelí, Rabin, dispuso los planes para terminar con aquella amenaza: la presa sería destruida en cuanto comenzara a significar un peligro; para ello necesitaban caza-bombarderos que Estados Unidos aceptó venderles, lo mismo que meses antes había proporcionado 50 carros de combate *Patton* a Jordania. La hostilidad soviético-norteamericana en aquellos años de la Guerra Fría también contribuiría a crear el clima propicio para la confrontación.

Y ésta era alimentada a diario por todos. En la zona desmilitarizada de Galilea entre Israel y Siria, los campesinos judíos ganaban con sus arados, surco a surco, terreno a los árabes y luego lo defendían a tiros si era preciso. Para evitar esas maniobras o, simplemente, para entorpecer el trabajo de los campesinos, los sirios disparaban desde el Golán; los judíos, para defenderse del fuego árabe, comenzaron a emplear tractores blindados; los sirios replicaron con morteros y

cohetes; los israelíes subieron el tono utilizando artillería. El 7 de abril de 1967, en lo que parecía un incidente más, Israel empleó sus aviones para silenciar las baterías sirias; Damasco replicó metiendo en el combate 25 cazas *MIG 17*, que se encontraron en el cielo de Galilea con un número similar de interceptores israelíes *Mirage III-C*. En apenas cinco minutos de lucha, fueron derribados seis aviones árabes y los judíos se permitieron humillar a los sirios sobrevolando, a continuación, Damasco. En Israel, exultante por el éxito de sus pilotos, comenzó a circular este chiste: *Siria sólo tiene un piloto, Hafed el-Assad, pero es tan bueno que se queda en casa*[129].

Durante el mes de mayo de 1967 se produjo una vertiginosa carrera de incidentes, declaraciones y desafíos. El día 11, el primer ministro israelí, Levi Eshkol declaraba: «Mi país puede verse obligado a adoptar medidas no menos drásticas que las del 7 de abril». En los días siguientes menudearon los rumores de que Israel preparaba un ataque contra Siria; más aún, la prensa atribuía a Yithzak Rabin esta frase: «Mientras el Gobierno de Damasco no sea derribado, nadie se podrá sentir seguro en Oriente Medio». La soviética agencia Tass iba aún más lejos el 13 de mayo: aseguraba en un telegrama que Israel se aprestaba a atacar Siria el 17 de mayo. El 14, poderosas columnas acorazadas atravesaban ostentosamente El Cairo camino del Sinaí. El 15 de mayo, en la conmemoración del 19.º aniversario de su fundación, Israel desafiaba al mundo y a los árabes con un desfile militar en Jerusalén, ciudad internacional según los acuerdos de las Naciones Unidas.

Las tres semanas siguientes registrarían una desenfrenada escalada hacia la confrontación entre dos enemigos que no querían combatir. En aquella alocada carrera, los gestos terminaron por provocar una situación irreversible de guerra.

La situación de Nasser le obligaba a una política de gestos que le devolviera el prestigio en su propio país, en el mundo árabe y en el ambiente internacional. En mayo de 1967, Nasser se hallaba en una grave crisis económica interna; había fracasado en su política de uniones; se había visto enfangado en la guerra de Yemen, enfrentándose a Arabia Saudí; y en aquel momento tenía que hacer algo por Siria, su aliada, gravemente amenazada por Israel, según todos los indicios. De ahí el ostentoso paso de dos divisiones blindadas por El Cairo, camino del Sinaí.

La respuesta israelí fue inmediata: Rabin envió fuerzas acorazadas a la frontera sur y puso en estado de alerta la zona norte, aun suponiendo que todo era un *bluff*. Nasser no podía limitarse a pasear 500 carros de combate por el Sinaí, de modo que pidió al jefe de los *cascos azules*

destacados en el Sinaí, general Rikhye, que se aprestase a retirar a sus hombres, pues Egipto entraría en combate en cuanto Israel atacase a un país árabe. Desde la ONU le preguntó U Thant, el secretario general, si su petición se refería a la retirada total y definitiva, pues no cabían repliegues parciales o temporales… Nasser se había metido en una trampa: si respondía que se quedasen los *cascos azules* se convertiría en el hazmerreír de todos. Por tanto, se vio obligado a una huida hacia adelante. El día 18, El Cairo confirmaba que las tropas de la ONU debían retirarse.

En la misma fecha, Rabin respondió a la escalada poniendo en marcha el Comité de Guerra del Estado Mayor y ordenando la movilización del primer escalón de los reservistas. Al día siguiente se marcharon los soldados internacionales y, el sábado 20 de mayo, Nasser se veía obligado a mover ficha: sus tropas ocuparon la Franja de Gaza y proclamaron el estado de emergencia; mientras, sus paracaidistas ocupaban los islotes de Tirán y Sanafir y cerraban el paso a la navegación israelí.

Ambos contendientes caminaban por el filo de la navaja y en ambas capitales se sufrían sudores de muerte. Los testimonios de sus colaboradores aseguran que Nasser estaba angustiado, desequilibrado y con los nervios a flor de piel y fumando sin cesar, observación notable si se tiene en cuenta que el *Rais* fumaba habitualmente entre 40 y 50 cigarrillos diarios. Las cosas no estaban mejor en Tel Aviv. El jefe del Gobierno y ministro de Defensa, Levi Eshkol, perdió el norte y descargó sobre Rabin toda la responsabilidad de la situación, impidiéndole, por otra parte, cualquier acción preventiva. Rabin quedó desconcertado y la prensa le encontró «nervioso y confuso»; él también estaba fumando cerca de tres paquetes diarios. Tan desesperado debía estar que el 21 de mayo acudió a pedir consejo a Ben-Gurion, del que le separaba una mutua antipatía desde la disolución del *Palmach* en 1948 y de la marginación del Ejército de su amigo y uno de los mejores generales de Israel, Yigal Allon.

El viejo león sionista tuvo una reacción mezquina. Incluso antes de que hubiera podido saludarle, le cubrió de improperios. El historiador militar Doron Arazi recoge los reproches: «¿Qué estás haciendo? ¿Por qué pones en peligro Israel? ¿Por qué has movilizado las reservas? En 1956 no comencé la guerra hasta que la aviación francesa garantizó la protección de nuestro espacio aéreo y nuestras ciudades… Y tú te lanzas irresponsablemente a una guerra». Rabin, que había acudido en busca de apoyo y consejo, salió de la entrevista como un perro apaleado.

El día 22, Nasser cedió unos pasos: permitiría el acceso a Eilat de los

buques no israelíes que transportasen mercancías sin valor estratégico. Eshkol no podía conformarse con aquellas migajas, porque el bloqueo de los estrechos «viola descaradamente las leyes internacionales».

Entre la espada y la pared, Nasser reanudó su peligrosa escalada verbal. El día 23, durante una visita a una de sus unidades acorazadas en el frente del Sinaí, habló abiertamente de guerra: «¿Israel quiere pelea? ¡De acuerdo! ¡Bienvenidos, estamos preparados para la guerra!». Al día siguiente, aún elevaría el tono ante la Asamblea Nacional: «¡Israel será destruido!». A esas mismas horas, aquel martes 24 de mayo de 1967, tenía lugar en Tel Aviv una reunión del Comité de Guerra, con asistencia de los jefes del Estado Mayor y la del primer ministro. Se trataba de decidir si se asestaba un golpe preventivo a Egipto; Eshkol se opuso: había que ganar tiempo. Estados Unidos estaba presionándole para que hiciera disminuir la tensión y le garantizaba que en 48 horas Nasser habría desmilitarizado los estrechos de Tirán. Aquello pareció posible porque entre Washington y Moscú, pese a las declaraciones altisonantes que recogía la prensa, estaba funcionando el *teléfono rojo*. El 25 de mayo viajaba Chams Badram, ministro egipcio de Defensa, a Moscú en busca de armas y se encontró al primer ministro soviético, Kosyguin, hecho una furia, cargado de reproches por los múltiples errores cometidos por Nasser; Moscú se negó a entregar nuevas armas por el momento y recomendó que se permitiera el paso de petróleo por los estrechos de Tirán y, al tiempo, que se iniciase una progresiva retirada de fuerzas del Sinaí.

Nasser decidió ceder a su manera; como no podía hacerlo gratuitamente, encontró en los palestinos una coartada. El día 28 ofreció una conferencia de prensa en la que, junto a los habituales desafíos, ofrecía la posibilidad de buscar la solución global de la cuestión palestina para renegociar el armisticio egipcio-israelí. Jean Lacouture describe al Nasser que ofreció aquella posible salida: «No es el nerviosismo lo que le hace hablar, sino su estado febril. El rostro desfigurado ha envejecido bruscamente. Las manos le tiemblan al encender un cigarrillo tras otro».

En el bando contrario no estaban mejor. Yithzak Rabin, el hombre que había tenido que cargar con la responsabilidad de la guerra ante la inhibición de su jefe de Gobierno y ministro de Defensa, estaba deprimido, agotado, destrozado por el estrés y envenenado por la nicotina. Tenía las manos atadas: se le entregaba la responsabilidad de ir a la guerra, pero se le ordenaba posponerla; se le reprochaba la movilización de las reservas, pero se le impedía realizar acciones preventivas; se le exigía la máxima seguridad, pero no se le permitía mover más fuerzas… El 24 por la tarde sufrió un desmayo y se retiró a

su casa, proponiendo al general Ezer Weizmann, su segundo en el Estado Mayor, que tomase el mando. El médico logró que durmiera 36 horas. Se despertó el 26 de mayo y, bastante recuperado, visitó a Eshkol, que no le aceptó la dimisión.

La guerra era inevitable

Transcurridas las 48 horas solicitadas por Washington, el Estado Mayor israelí preveía iniciar su ataque en la madrugada del 27 de mayo, pero Eshkol volvió a frenar a Rabin, que consiguió, a cambio, la movilización general. Fue entonces cuando Nasser propuso la negociación a cambio de la solución del problema palestino, pero Israel no se dignó responder. La tensión aumentaba. El 29 de mayo se cruzaron disparos entre egipcios e israelíes en Gaza. Ese mismo día, un representante personal de Hassan II de Marruecos, el embajador Balafrej, visitó a Nasser por si era útil la mediación del soberano alauita para apaciguar los ánimos; por la tarde regresó, descorazonado, a Rabat y sólo dijo una frase a los periodistas franceses que le querían entrevistar: «La guerra es inevitable».

Aquel día, Nasser ya había decidido seguir adelante, salvo que Israel hiciera concesiones importantes en la cuestión palestina. Empujado por la euforia de su propia opinión pública, comenzó a pensar que su ventaja era importante[130]. En aquellos días la prensa barajaba la idea de que Egipto y Siria tenían la oportunidad de atacar a Israel por dos flancos y con fuerzas superiores. Podían lanzar a la batalla cerca de medio millón de hombres, sin contar a los reservistas, apoyados por 1600 blindados y más de medio millar de aviones. Frente a esas fuerzas, Israel podía oponer unos 300 000 hombres, contando a sus reservistas de hasta cincuenta años, un millar de carros y cerca de 500 aviones. Pero lo fundamental era que tanto egipcios como sirios disponían de una gran superficie de territorio para defenderse bien, mientras que los 20 850 kilómetros cuadrados de Israel serían ocupados en un suspiro si los judíos desfallecían.

Entre tanto, en Jordania, el rey Hussein llevaba dos semanas sudando sangre. Desde hacía más de un año su tirantez con El Cairo era tal que se esperaba de un momento a otro la ruptura de relaciones. Jordania estaba aislada del mundo árabe —exceptuando Arabia Saudí— y era el blanco de todos los insultos de la OLP y de El Cairo. El presidente de la Organización para la Liberación de Palestina, Ahmed el-Chukeiri, decía a mediados de mayo en una emisión radiofónica: «Hay que derribar el poder de Ammán antes que el de Tel Aviv… La liberación de Tel Aviv pasa por Ammán». Sin embargo, en aquellos momentos en que la guerra se veía llegar a toda máquina, Hussein pensó, primero, que debería entrar en funcionamiento el Pacto de Defensa Mutua,

firmado por los países árabes en El Cairo en 1964 y, segundo, que esa guerra que parecía inevitable podría terminar con antiguas diferencias y conducir a su Reino a una plena integración dentro de las naciones árabes.

Algún tiempo después de la guerra, Hussein declaró: «Yo sabía que Egipto y Siria no ganarían la guerra. Ellos solos, no. Ciertamente disponían de una ligera superioridad material, pero dudaba que pudiera proporcionarles una victoria sobre los israelíes. Su desventaja residía en la planificación a largo alcance, en la organización, el control y el entrenamiento de las fuerzas judías (…). Pero tampoco podía imaginar que Israel inclinaría tan fácilmente la victoria a su favor».

Hussein sabía que le sería difícil salir indemne del conflicto que se avecinaba y cuando Nasser cerró los estrechos de Tiran puso a sus fuerzas en estado de alerta, iniciando un programa de inspección constante para que los trabajos de adiestramiento y defensa se cumplieran a rajatabla; en la última semana de mayo había trabajado hasta altas horas de la madrugada con sus generales estudiando el reforzamiento de su sistema defensivo. Más aún, en el marco de los acuerdos de defensa árabes, había solicitado refuerzos en Arabia Saudí e Irak; el rey Feisal le había prometido tropas, pero el presidente Aref se había negado rotundamente.

El día 29 el Parlamento egipcio otorgaba a Nasser plenos poderes y se decretaba el estado de alerta máxima en todos los aeropuertos del país. Al día siguiente, a las 7 de la mañana, Hussein salió de Ammán pilotando un *Caravelle* de la Aviación civil jordana; le acompañaban su primer ministro, Saad Jouma y el general Khammash. El rey vestía uniforme militar y de su cinturón colgaba su pistola preferida, una *Magnum 357* de seis tiros, que ya había utilizado en más de una ocasión para salir adelante en alguno de los múltiples atentados que había padecido.

Nasser recibió a Hussein en el aeropuerto militar de Almaza. Al principio, el encuentro estuvo lleno de suspicacias, pero el ambiente se fue tornando franco cuando Nasser palpó la buena voluntad del rey jordano, que proponía la inmediata revitalización del Mando Árabe Unificado. El *Rais* estaba de acuerdo, pero suponía, con razón, que las gestiones serían demasiado lentas; propuso, en cambio, el camino más corto: un pacto de defensa mutua entre ambos países, similar al que unía a Egipto y Siria. El acuerdo se firmó tras el almuerzo: Egipto se comprometía a ayudar a Jordania con el envío de dos batallones de comandos y a cambio, Hussein aceptaba al general egipcio Abdel Moneim Riad como jefe de todas las fuerzas árabes en el frente

jordano. Nasser, aunque en su fuero interno seguía prefiriendo intimidar a Israel que enfrentarse a los judíos en el campo de batalla, estaba tejiendo un collar de acero en torno al Estado judío. El *Rais* comenzaba a creer en la victoria y elevaba el tono de sus invectivas: «Como resultado del cierre del golfo de Aqaba, Israel sólo dispone ahora de dos posibilidades, ambas empapadas en su propia sangre: morir estrangulados bajo el cerco militar y económico árabe o ser aniquilados por el fuego de los ejércitos árabes que le atacarán por el Norte, el Este y el Sur». El presidente egipcio alcanzaba otro éxito el 3 de junio: Irak se incorporaba a la alianza antiisraelí con otro acuerdo similar a los anteriores. Al hacer una comparación de las fuerzas que afilaban sus armas en aquellos primeros días de junio de 1967, parecía que los cuatro ejércitos árabes aliados pulverizarían fácilmente al judío.

Nasser comenzó a soñar con promover una auténtica *guerra santa* contra Israel, a la que enviarían sus fuerzas los saudíes —que ya se las habían prometido a Hussein— yemenitas, marroquíes, tunecinos, argelinos… Pero Nasser soñaba, como la tozuda realidad se encargaría de desvelar pocos días más tarde, porque aquellos ejércitos no estaban preparados para la guerra que había planificado Yithzak Rabin. Los expertos militares soviéticos en Egipto —aunque no pudieran prever las dimensiones del cataclismo que luego ocurrió— ya habían manifestado a Nasser y, sobre todo, al mariscal Amer, las deficiencias de sus divisiones blindadas y la vulnerabilidad de sus instalaciones militares; pero sus argumentos cayeron en saco roto.

Ejércitos contendientes en la guerra de los Seis Días

Países	Fuerzas terrestres		Fuerzas navales	Fuerzas aéreas	Total hombres
	Hombres	Carros			
Egipto	300.000	1.000	6 destructores 9 submarinos 10 lanchas rápidas	430 aviones	350.000
Jordania	70.000	200	–	50 aviones	75.000
Siria	115.000	600	4 lanchas rápidas	130 aviones	130.000
Irak	62.000	350	–	200 aviones	80.000
Efectivos árabes totales	547.000	2.150	6 destructores 9 submarinos 14 lanchas rápidas	810 aviones	635.000
Israel	260.000	1.000	2 destructores 4 submarinos 1 fragata	470 aviones	300.000
Ventaja árabe	2-1	2-1	3-1	2-1	2-1

NOTA: No se contabiliza el esfuerzo bélico de Arabia Saudí, Argelia y Marruecos porque los contingentes militares que enviaron a la lucha apenas si intervinieron y, en algunos casos, fueron poco más que simbólicos.

Jordania era, pese a su pequeño ejército, el país árabe mejor preparado para la guerra y el más consciente de sus limitaciones. Cuando Hussein regresó a Ammán comenzó a urgir a los saudíes que le enviaran las fuerzas prometidas y a los sirios que reforzasen el frente jordano, el más largo y vulnerable que se enfrentaba a Israel, para cuya defensa sólo contaba con diez brigadas de infantería, 176 carros de combate bastante anticuados y sólo dos docenas de cazabombarderos modernos. Los saudíes no estaban preparados; los

sirios no respondieron; los comandos prometidos por Egipto llegaron entre los días 3 y 4, pero no habían alcanzado sus posiciones cuando ya había estallado la guerra. El domingo, 4 de junio, comenzaron a entrar en Jordania una brigada iraquí y un batallón palestino, pero tampoco estaban en sus puestos de combate cuando comenzó la lucha.
Siria, como se demostraría en aquellos días, tampoco estaba preparada para la guerra. El frente árabe soñado por Nasser sólo existía en la literatura. El apoyo saudí, argelino y marroquí fue más formal que efectivo: sus refuerzos eran pocos y llegaron tarde, algunos cuando ya la derrota era un hecho consumado. Se repetían punto por punto los defectos militares en que incurrieron los árabes en la guerra de 1948.
Pero eso no lo sabían los judíos. La solidaridad interárabe, las amenazas soviéticas, los avisos norteamericanos de que no deberían esperar ayuda alguna, amedrentaron al Gobierno israelí, que se mostraba incapaz de adoptar una decisión. Surgió entonces la idea de un Gobierno de unidad nacional, que se formó el 1 de junio de 1967 y cuya medida más visible fue la designación de Moshe Dayan como ministro de Defensa. Dayan y Rabin no se profesaban grandes simpatías[131], pero ambos conocían bien su oficio. Dayan únicamente pidió un ataque más profundo en el Sinaí y Rabin le presentó los planes en pocas horas. Ambos, con el apoyo de Menahem Begin, líder del Gahal, el partido más característico de la derecha de entonces, lograron que Eshkol autorizase el ataque para la madrugada del lunes 5 de junio.
La fecha era previsible, pues Israel no podía conceder a los árabes la posibilidad de concentrarse y organizarse. Hussein era consciente de ello, hasta el punto de que el sábado, 3 de junio, en el curso de una rueda de prensa, se le preguntó:
—*¿Cree usted que estallará la guerra?*
—*Sí.*
—*¿Dentro de cuánto tiempo?*
—*En las próximas 48 horas. Si no, los judíos renunciarán a ella, por lo menos por ahora, para aprovechar un momento propicio cuando nuestra atención haya vuelto a distraerse*.
Pero los judíos no pensaban renunciar. El Gobierno ya no vacilaba. Dayan inspiraba euforia en la calle y Rabin había recuperado la calma. Las órdenes ya estaban en poder de los jefes de cada sector y sólo cabía esperar la *hora 0*. La tranquilidad de Rabin se basaba no sólo en la preparación de *Tzahal*, sino también en su conocimiento casi perfecto del dispositivo árabe. Su servicio de inteligencia captaba gran parte de las comunicaciones entre los mandos árabes, efectuadas muchas veces por las líneas telefónicas normales, por lo que estaban al

corriente de los movimientos de tropas y del retraso de muchas unidades en ocupar sus puestos de combate. Elie Cohen en Siria y Wolfgang Lotz en Egipto habían espiado para Israel a comienzos de los años sesenta[132]; gracias a ellos, el Estado Mayor de Tel Aviv conocía con gran precisión el número, la naturaleza, el tipo de adiestramiento de los efectivos egipcios, así como su armamento, planes ofensivos y defensivos, ubicación de radares y artillería antiaérea. Gracias a esos informes, Yithzak Rabin había decidido repetir a grandes rasgos el planteamiento bélico de la campaña de 1956.

El gran problema consistía en la superioridad numérica de la aviación árabe, que podría causar graves daños en las ciudades de Israel. Ese aspecto había sido solucionado en aquella guerra con las garantías ofrecidas por Francia de que sus cazas defenderían el espacio aéreo judío si era atacado por los bombarderos egipcios, intervención que no fue necesaria porque tal ataque no se produjo. En esta ocasión, la clave de la victoria israelí radicaba en que su aviación golpease por sorpresa y lograra el dominio del aire en los primeros compases de la guerra.

Cinco horas decisivas

A las cuatro de la madrugada del lunes 5 de junio de 1967, cuando aún faltaban más de dos horas para que comenzase a clarear el día, se inició el zafarrancho de combate en los aeropuertos militares israelíes. Los mecánicos dieron el último repaso a los 375 aviones que iban a participar en la operación; los más modernos eran 75 aparatos *Mirage III-C*, de fabricación francesa, cuya extraordinaria eficacia se demostraría en aquella guerra. Los tanques de combustible se cargaron a tope, pues algunos aparatos tendrían que emplear todo su radio de acción; de los polvorines subterráneos salieron las bombas, los cohetes, los proyectiles para cañones y ametralladoras…

Mientras los hangares eran un hervidero de actividad, los pilotos se reunían a las cinco de la madrugada en las salas de operaciones de los aeródromos, donde se repasaron nuevamente itinerarios y objetivos. A las seis de la mañana los aviones estaban listos para el combate y los pilotos ya deberían encontrarse a bordo, calentando motores, pero la orden no acababa de llegar y comenzó a cundir cierto nerviosismo.

En el Cuartel General del Aire, el jefe de la Aviación israelí, Mordechai Hod, llevaba dos días sudando frío ante la operación que se exigía a sus aviones. Cierto que muchas veces la habían realizado en los supuestos tácticos, pero la realidad siempre es diferente a los planteamientos hechos sobre los grandes mapas de los Estados Mayores. Una cosa es planificar un ataque simultáneo sobre 25 objetivos enemigos con una fuerza de 375 aparatos y otra bien

diferente es realizarlo: sincronizar al segundo los momentos de partida para que el ataque se produzca a la vez; poner en vuelo 25 grupos aéreos y esperar que cada uno de ellos alcance su objetivo, lo destruya y retorne ileso y confiar en la sorpresa, en que el enemigo no les esté esperando… Pero los problemas del general Hod aún eran mayores: cuando lanzase su ataque se quedaría con las manos vacías, es decir, apenas dispondría de cien aviones —en su mayoría, anticuados o de entrenamiento— para contrarrestar la previsible respuesta de la aviación árabe, que hubiera encontrado el cielo libre para pulverizarlo todo. Una jugada a cara o cruz, confiando en ser el primero en golpear.

Las preocupaciones de Hod habían aumentado en los últimos días. Sin duda, los egipcios esperaban un poderoso ataque de la aviación israelí. El jefe de las Fuerzas Aéreas de Egipto, general Mahmud Sidki, tenía en estado de alerta todos sus aeropuertos desde el día 3 de junio; más aún, previendo que la ofensiva habría de realizarse al clarear el día, había ordenado que, a partir de las cuatro de la madrugada, una escuadrilla de 12 aviones *Mig 17* patrullase los cielos del Sinaí. Los radares israelíes habían comprobado cómo, a las 4 horas de la madrugada de los días 3 y el 4 de junio, aparecían 12 aviones en sus pantallas; la escuadrilla desaparecía media hora después y, a las 5 horas, otra formación de doce aparatos iniciaba su turno de vigilancia. Aquel 5 de junio, la primera escuadrilla de Mig inició su ronda de observación a las 4,15 horas; a las 5 horas fue relevada por otra; a las 6 horas se detectó sobre el Sinaí la tercera…

Justo entonces deberían estar despegando los aviones judíos, pero en aquellas condiciones no habría sorpresa y la operación podría saldarse con un formidable fracaso. Hod se resistía a ordenar el comienzo, pese a las presiones de Dayan y Rabin. Los pilotos tenían los nervios de punta en las salas de operaciones. Los jefes de grupo debían cambiar los supuestos de combate, pues ya estaba amaneciendo. A las 6,30 horas, Hod se decidió: el ataque comenzaría a las 7 horas, a plena luz del día; cuando los aviones judíos estuvieran a la altura del Sinaí ya se habría retirado la cuarta escuadrilla egipcia de vigilancia… o, al menos, eso esperaba.

Los grupos aéreos de Hod iniciaron el despegue con visibilidad perfecta a las 7 horas. Primero se elevaron los aviones de gran radio de acción, que deberían salir al Mediterráneo para esquivar los radares egipcios y luego girar hacia el sur, penetrando por la retaguardia de Nasser para caer a las 8,12 horas sobre sus aeródromos, donde los aviones se hallaban alineados, como para una parada militar, hasta el punto que algunos pilotos judíos creyeron, por un momento, que

estaban bombardeando formaciones de maquetas, dispuestas como señuelos. Pero en cuestión de segundos advirtieron que acababan de sorprender a la aviación egipcia, pues las explosiones de las bombas judías fueron seguidas por la deflagración de los aparatos alcanzados cuando sus tanques estaban repletos de combustible y cargados con su munición de guerra.

Mientras esa primera oleada alcanzaba sus blancos, se había lanzado al aire la segunda, cuyos objetivos eran los aeropuertos militares del Sinaí. Volaban hacia su destino, casi pegados al suelo para evitar ser detectados, cuando los radares israelíes localizaron, a las 7,30, un avión egipcio que se adentraba en el desierto. Hod nada podía hacer: ni paralizar la operación, ni siquiera avisar a los aviones, que navegaban con la radio muda; sólo le cabía confiar en la suerte, que volvió a sonreír a los judíos: aquel aparato, un *Iliushin 14* de transporte, advirtió la presencia de los aviones israelíes hacia las 7,45, cuando se hallaba sobre la base de Bir el Tamada. Es decir, era bastante tarde para reaccionar, pero, además, el Mando egipcio actuó de forma totalmente confusa.

En aquel *Iliushin 14* viajaban, para realizar una inspección en las bases del Sinaí, el jefe de la Aviación egipcia, general Sidki y el jefe del Ejército, mariscal Amer. Cuando el piloto advirtió la presencia de aviones israelíes dio la alarma, pero las bases aéreas supusieron, inicialmente, que era un error pues sus radares no captaban aquellos aparatos sobre el Sinaí. Sidki y Amer trataron de dar órdenes desde el aparato, que hubo de escabullirse para evitar el encuentro con los aviones de guerra judíos, pero las cadenas de mandos no estaban adiestradas para aquella emergencia y reaccionaron de forma confusa y tardía[133]. Dos años después de la guerra, el famoso periodista Hassanein Heykal, director del diario Al Ahram, el más famoso columnista egipcio y amigo y confidente de Nasser, trataba de disculpar la paralización egipcia con el argumento de que los misiles no fueron disparados para no derribar el *Iliushin 14* donde viajaban sus generales. Era una excusa fútil, pues tampoco fueron alertados los aeropuertos, ni activada la defensa antiaérea, ni despegaron sus cazas… Hubieran podido hacer algo de haber funcionado correctamente las órdenes y la coordinación, pues dispusieron de unos 27 minutos, desde las 7,45 a las 8,12 horas, en que comenzó el bombardeo, según el testimonio de testigos presenciales confirmados por el Estado Mayor israelí. La guerra había comenzado. En España eran las 6,12 horas de la mañana.

En aquellos momentos críticos nada funcionó bien entre los árabes. Los judíos bombardearon a placer los 25 objetivos señalados. Nadie

hacía caso de las órdenes desesperadas que Sidki y Amer daban desde el aire y en tierra no hubo quien osara tomar decisiones. Egipto y sus aliados no sólo perdieron en pocos minutos gran parte de sus aviones, sino, también, unas horas decisivas. Tiempo después, el rey Hussein recordaba, por ejemplo, que tardó ¡casi cuarenta minutos en ser informado!: "A las 8,50 horas, vestido de uniforme de campaña espero, en compañía de mi mujer, que nos sirvan el desayuno. Suena el teléfono y descuelgo el aparato. Es mi ayudante de campo, el coronel Jazy:

—Majestad, la ofensiva israelí se ha iniciado en Egipto. Acaba de anunciarlo un comunicado de Radio El Cairo.

Así conocí la apertura de hostilidades. Inmediatamente después me puse en comunicación con el Cuartel General, que me confirmó la noticia hacia las nueve de la mañana. Acababan de llegar, cifradas, las órdenes del mariscal Abdel Hakim Amer, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas egipcias en El Cairo, a Abdel Moneim Riad, el general egipcio encargado por Nasser para dirigir las operaciones en el Frente de Jordania. El contenido era el siguiente:

1.º.— *Aviones israelíes han comenzado el bombardeo de las bases aéreas de la RAU y aproximadamente el 75% de los aparatos agresores ha sido derribado o puesto fuera de combate*.

2.º.— *El contraataque de la aviación egipcia contra Israel se halla en marcha. En el Sinaí, las tropas de la RAU han entablado batalla contra el enemigo y desencadenado la ofensiva terrestre*.

3.º.— *Por tanto, el mariscal Amer ordena al comandante en jefe del frente jordano abrir un nuevo frente y acometer las operaciones ofensivas según el plan establecido la víspera*".

Este mensaje, más propaganda que órdenes militares transmitidas a un aliado, fue nefasto para Jordania, Siria e Irak, según el propio Hussein manifestaría más tarde, pues se quedaron sin aviación por creer que no menos de un centenar de aviones israelíes había sido derribado cuando, en realidad, en ese primer ataque apenas perdieron media docena. La información de que las tropas en el Sinaí habían comenzado las operaciones era, igualmente, fantástica. A las 8,30 horas de la mañana, las escuadrillas israelíes que habían participado en el bombardeo estaban regresando a sus bases y rompieron el silencio de sus radios para comunicar éxito tras éxito. «Los aeropuertos militares egipcios arden por los cuatro costados», comunicó el general Hod a Yithzak Rabin. El jefe del Estado Mayor israelí se pudo permitir la primera sonrisa de la mañana y puso en marcha la operación terrestre: «Adelante *Shayke*», ordenó por teléfono al jefe del Frente del Sinaí.

Yashayahu —*Shayke*— Gavish, general de división, tenía a sus órdenes tres divisiones acorazadas que mandaban los generales Tal, Yofee y Sharon, situados respectivamente, en las zonas Norte, Centro y Sur. Su artillería, que estaba en posición de fuego desde las 6 horas, comenzó a disparar a las 8,35. Minutos después, cuatro brigadas blindadas se pusieron en movimiento. En aquellos momentos, los soldados egipcios acababan de desayunar y completaban su aseo antes de iniciar las tareas rutinarias del frente. Las guardias habían sido dobladas y entre la oficialidad existían ciertos signos de nerviosismo, pues habían visto pasar numerosos grupos de aviones israelíes en dirección a su retaguardia y algunos creyeron escuchar lejanas explosiones, pero la alarma aún no había sonado cuando todo el frente se puso en actividad bajo los estampidos de los cañones de Israel. A las 9 horas, cuando Hussein de Jordania recibió el comunicado que firmaba el mariscal Amer, los carros de combate judíos ya habían roto el frente en dos zonas. Tres brigadas penetraban a toda velocidad entre Gaza y Abu Ageila y la cuarta destrozaba las líneas árabes entre Kusseima y Kuntilla… Es decir, las siete divisiones acorazadas que Egipto tenía en el Sinaí no sólo no habían atacado, sino que fueron sorprendidas y sus líneas cedieron en dos puntos en menos de media hora. ¿Quién había escrito aquel comunicado que, en vez de informar a los aliados árabes, les inducía a todo tipo de errores? Desde luego, el mariscal Amer no, pues su avión aterrizó en El Cairo hacia las 9,15 horas. Aunque este asunto nunca ha sido aclarado, se supone que fue iniciativa de Nasser, pues a nadie se le exigieron responsabilidades después de la derrota.

El *Rais* le estaba ofreciendo una victoria fácil a Yithzak Rabin, cuyas avanzadillas alcanzaban, tras una penetración de hasta 30 kilómetros, a las 11 horas de aquella mañana del 5 de junio de 1967, la segunda línea egipcia. La propaganda emitida por radio El Cairo era la única información que aquellas tropas tenían de la guerra, de modo que la llegada de los primeros carros israelíes les tomó totalmente por sorpresa y en su mayoría optaron por rendirse si no tuvieron tiempo de salir huyendo. A aquellas horas, una quinta brigada israelí atacaba Gaza, fijando allí a numerosas tropas egipcias y facilitando, por tanto, el rápido avance hacia el interior del Sinaí. Después de dos horas de lucha, los judíos lamentaban medio centenar de bajas, mientras los egipcios habían perdido más de 3000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Precisamente hacia las 11 horas, Hod lanzaba contra Egipto una nueva oleada de bombarderos. Quería pulverizar totalmente sus aeropuertos: Nasser había perdido cerca de 300 aviones, pero no sus pilotos y Tel Aviv trataba de que no pudiese recibir nuevos aparatos de Moscú o de

otros países árabes; objetivos de aquella segunda oleada de bombarderos fueron, también, algunas carreteras del Sinaí, concentraciones de tropas, parques de suministros… A mediodía, cinco horas después de que se iniciase el ataque, la guerra estaba decidida. Una parte importante del formidable ejército concentrado por Nasser en el Sinaí estaba aislado, sin órdenes, en peligro de quedar cercado y a merced de los ataques aéreos.

Jordania, la víctima

Apenas recibido el mensaje que firmaba el mariscal Amer, su subordinado, el general Riad, ordenó que la artillería fuera emplazada en sus posiciones de fuego y que un batallón ocupase el Monte Scopus, de Jerusalén, zona desmilitarizada donde se hallaba el cuartel general de los *cascos azules* de la ONU. Pidió, también, que se aprestasen las dos docenas de cazabombarderos *Hawker-Hunter* que tenía Jordania para bombardear, junto con los aparatos de Irak y Siria, las instalaciones aéreas de Israel. Bagdad comunicó que sus aviones podrían entrar en acción hacia las 10 horas, pero en Damasco no se había hecho preparativo alguno y los pilotos fueron llamados a las 9 de la mañana.

A la hora prevista para el ataque, los sirios aún no estaban preparados. Perdieron así los árabes la ocasión de asestar un golpe importante a los judíos, cuyos bombarderos hubieran sido sorprendidos mientras repostaban. A las 11 de la mañana, los sirios seguían sin poder despegar, por lo que iraquíes y jordanos decidieron actuar sin ellos. Cuando estaban partiendo sus aviones, el rey Hussein recibió la llamada telefónica del general Odd Bull, jefe de los *cascos azules* de la ONU, que protestaba por la ocupación jordana de Monte Scopus; pero, además, Odd Bull tenía un mensaje de Levi Eshkol para el Rey: «Me informaba de un llamamiento del primer ministro israelí dirigido a Jordania. Eshkol anunciaba *grosso modo* que la ofensiva israelí había comenzado aquella mañana del 5 de junio con operaciones dirigidas contra la RAU y que *si ustedes no intervienen, no sufrirán consecuencia alguna*».

Pero Hussein no podía retroceder. Sus tropas ya combatían en Jerusalén, su artillería de largo alcance bombardeaba las instalaciones aeronáuticas de Israel, su aviación se hallaba en el aire, por lo que respondió a Odd Bull: «Los judíos han desencadenado las hostilidades, iniciando el fuego. Ahora van a recibir nuestra respuesta a manos de la aviación».

Eran casi las 11,30 de la mañana cuando los aparatos jordanos atacaron el aeropuerto de Natanya, mientras los iraquíes golpeaban el de Lod y los sirios, pasado el mediodía, la base de Ramat David y la

refinería de Haifa. En total, unos cien aviones penetraron en el espacio aéreo de Israel, gozando de cierta libertad de acción puesto que Hod tenía sus aparatos nuevamente sobre Egipto. El efecto de aquel bombardeo fue escaso: los sirios bombardearon sin precisión, pues hubieron de enfrentarse a las pequeñas reservas de Hod; iraquíes y jordanos lograron colocar un centenar de bombas en pistas e instalaciones e, incluso, destruyeron algunos viejos aviones que ya no estaban en servicio.

Como se ha dicho, el bombardeo árabe a las 10 de la mañana hubiera sido devastador, y también hubiese causado graves daños a los judíos otro que podría haber sido efectuado a las 13 horas, con los aparatos de Hod repostando nuevamente sobre las pistas; pero los informes propagandísticos emitidos desde El Cairo tenían a sus aliados en la más completa oscuridad. Hacia las 11,30 de la mañana, por ejemplo, jordanos, iraquíes y sirios recibían un nuevo mensaje cifrado del mariscal Amer —que a esas horas sí estaba en su cuartel general— en el que reiteraba que el 75% de la aviación israelí había sido destruida y que sus tropas acorazadas penetraban ya en el Néguev.

Si a esas horas, como ya se sabe, Egipto estaba militarmente aniquilado, no ocurría lo mismo con sus aliados, cuyas fuerzas seguían intactas. Fue a partir del mediodía cuando sobre ellos se abatió la tragedia. A las 12,30, el general Hod pudo respirar aliviado. La evaluación de los daños causados por el bombardeo árabe era satisfactoria: no habían tocado ni depósitos de combustible o de municiones, ni tampoco los talleres, y los agujeros de las pistas estaban siendo taponados a toda prisa por las cuadrillas de obreros previstas al efecto; sus bombarderos estaban en el suelo, recibiendo gasolina y reponiendo armamento; las pérdidas eran aceptables: apenas había sido derribada una docena de aparatos y unos 30, que habían regresado tocados, estaban ya en manos de los mecánicos. A esas horas aún disponía de unos 300 aviones para lanzar su tercer ataque.

Jordania, el enemigo más peligroso en aquellos momentos, recibió el siguiente zarpazo. Minutos después de las 12,30 una escuadrilla de *Mirage* bombardeó y ametralló durante más de 20 minutos el aeropuerto de Ammán. A las 13,10 horas, la capital jordana fue atacada por una escuadrilla de aparatos *Mystère*, que operaron sin otra oposición que la de unas ineficaces ametralladoras antiaéreas. A las 14,30 doce aparatos modelo *Mystère* destruyeron diversos objetivos en Jordania y dos de ellos, en un ataque bien estudiado, se desviaron hacia el palacio real: un cohete destruyó el despacho de Hussein y en una segunda pasada ametrallaron esa misma estancia con más de

doscientos proyectiles.
Durante esas dos horas largas de bombardeo, Nasser telefoneó al Cuartel General jordano, donde encontró al rey Hussein, que relató meses después las increíbles palabras del *Rais: «Israel ha bombardeado nuestras bases aéreas; hemos respondido bombardeando las suyas. Ahora lanzamos una ofensiva general en el Néguev* (…) Después me pidió —sigue narrando el rey jordano— que ganara la mayor cantidad posible de terreno para estar en condiciones ventajosas cuando la ONU nos impusiera su alto el fuego… *porque he sabido que el Consejo de Seguridad va a intervenir esta tarde a fin de interrumpir los combates*. Ni por un solo instante sospeché que Nasser se encontrara en una posición tan mala como realmente estaba».
Lo que sí pudo saber Hussein tras aquella llamada telefónica es lo mal que se encontraba Jordania después de los bombardeos israelíes. Las pistas del aeropuerto de Ammán estaban destrozadas y sobre ellas humeaban los restos de los aviones. La segunda base aérea del país, Mafraq, aún había sido más dañada: allí sólo había quedado en pie el comedor de oficiales. Del medio centenar de aparatos que Jordania tenía aquella mañana, sólo se hallaban en condiciones de volar dos helicópteros. Como aún le quedaban 14 buenos pilotos, los envió a Bagdad para que colaboraran con la aviación iraquí, pero allí tampoco tenían gran cosa que poner en el aire, pues también sus aeropuertos habían recibido la visita de los aviones judíos —aunque, por su lejanía de Israel, fue el país que resultó menos castigado—, lo mismo que Siria, que vio arrasados sus aeródromos y destruidos sus aviones. A media tarde de aquel primer día de la guerra, la aviación árabe había dejado de existir como arma combatiente tras perder unos 400 aviones.
En tierra, las cosas no estaban mejor. Al anochecer el 5 de junio sólo una de las divisiones egipcias seguía en condiciones de combatir: la que guarnecía Gaza, que apenas había sido hostigada. Nasser se negaba a admitir la magnitud del desastre, no era consciente de que la batalla del Sinaí estaba perdida, esperaba que sirios y jordanos aún podrían poner en dificultades a los israelíes y, sobre todo, confiaba que Moscú pudiera paralizar la guerra totalmente o ganar tiempo mientras llegaban los refuerzos prometidos por Argelia, Arabia Saudí, Yemen… Su fértil ingenio tramaba un frente común de los países productores de petróleo para boicotear a los amigos de Israel.
Pero, entre tanto, el *Rais* urgió a Siria que enviase refuerzos a Jordania. El mariscal Amer le había asegurado que el pequeño ejército de Hussein sería aplastado si Israel volcaba su esfuerzo principal contra él. Y eso comenzó a ocurrir ya al atardecer del día 5. Rabin y

Dayan advirtieron que la victoria en el Sinaí estaba asegurada, que era sólo cuestión de inercia y de apoyo aéreo a las unidades de *Shayke* Gavish. Por eso emplearon parte de sus reservas en atacar a los jordanos, combatiendo sin tregua durante toda la noche. Tan grave era la situación jordana a las 6 horas de la mañana del 6 de junio, segundo día de la guerra, que el general Riad propuso a Hussein la siguiente alternativa: solicitar el alto el fuego o abandonar la orilla occidental de Jordán para salvar lo que quedaba de su ejército, que se batía en retirada en todos los frentes, salvo en Jerusalén donde los paracaidistas judíos y la Legión Árabe se embestían con singular fiereza.

Antes de adoptar una decisión, el Rey telefoneó a Nasser y los servicios de escucha israelíes interceptaron la famosa conversación en la que Nasser se inventó la gran *boutade* de aquella guerra y cuyas consecuencias serían graves *a posteriori*: la intervención de los aviones angloamericanos en los bombardeos contra Egipto:

Nasser: *¿Cómo está usted?, ¿que S. M. nuestro hermano quiere saber si se combate en todos los frentes?* (pasaje ininteligible). *¿Debemos anunciar también que Estados Unidos colabora con Israel?… ¡Aló!, ¡aló!, ¡no corte!, ¡no oigo nada!* (silencio). *¿Decimos que Estados Unidos e Inglaterra o solamente Estados Unidos?*

Hussein: *Estados Unidos e Inglaterra…*

Nasser: *¿Tienen portaaviones los ingleses en la región?*

Hussein: (inaudible).

Nasser: *Bien… el rey Hussein publicará un comunicado a este respecto y yo también publicaré el mismo comunicado*.

Hussein: *Gracias*.

Nasser: *No abandone*.

Hussein: *Bien*.

Nasser: *¡Aló!, ¡aló!, hermano, no os inquietéis. Sed fuerte*.

Hussein: *Sí, escucho, señor presidente. Si usted tiene cualquier idea, no importa la que…*

Nasser: *Combatiremos con todas nuestras fuerzas. Nos hemos batido en todos los frentes durante toda la noche*. Y *si hemos tenido algunas dificultades al principio, no importa, saldremos adelante a pesar de todo. Dios está con nosotros* (fragmento ininteligible)… *Entonces vuestra majestad publicará un comunicado sobre la intervención de los norteamericanos e ingleses*.

Hussein: (inaudible).

Nasser: *Ante Dios digo que voy a publicar un comunicado y que vais a publicar un comunicado. Y trataremos de que los sirios declaren, también, que los aviones norteamericanos e ingleses nos atacan desde sus*

portaaviones. Vamos a publicar este comunicado. Subrayaremos bien este punto y lo haremos orquestadamente.
Hussein: *Bien, perfecto*.
Nasser: *Majestad, ¿estáis de acuerdo?*
Hussein: (ininteligible).
Nasser: *Mil gracias, no abandone. Estamos con vos de todo corazón. Hoy hemos lanzado nuestros aviones contra Israel. Estamos bombardeando sus aeródromos desde esta mañana*.
Hussein: *Mil gracias. Que usted siga bien*[134].
Siria se adhirió al comunicado, que fue desmentido por Washington y Londres con escaso éxito entre los árabes: Egipto, Siria y Argelia rompieron sus relaciones diplomáticas con Estados Unidos. La pretendida negligencia del general Sidki y la fantástica participación anglo-americana fueron la gran disculpa utilizada por Nasser para salvar su responsabilidad en la derrota. Lo más tremendo es que con aquella finta obligó a Hussein a prolongar su resistencia, incrementando los efectos de su derrota. El alto el fuego, que ya solicitaba la ONU y que recomendaba el general Riad, hubiera reducido las pérdidas territoriales y humanas de Jordania cuyos efectos perduraron durante muchos años.
Hacia las 10 horas de ese 6 de junio de 1967, Nasser recibía un mensaje agónico del general Riad: «La situación en la orilla oeste (del Jordán) es desesperada. La ofensiva israelí se extiende a todos los frentes. Noche y día soportamos los bombardeos continuos de las tropas israelíes contra los que nada podemos hacer. La mayoría del potencial aéreo jordano, sirio e iraquí está fuera de combate… En consecuencia sólo podemos elegir entre tres posibilidades». Riad proponía: a) Solicitar el alto el fuego; b) Retirarse al este del Jordán; c) Resistir 24 horas más «pero en este caso será inevitable el aniquilamiento de todo el ejército jordano».
Poco antes del mediodía Hussein enviaba a El Cairo otro mensaje aún más terrible: «La situación se deteriora. En Jerusalén es muy crítica. Además de las pérdidas muy cuantiosas, en hombres y material, nuestros carros, que no reciben ninguna protección aérea, están siendo eliminados a razón de uno cada diez minutos».
Nasser y el mariscal Amer estudiaron la situación a mediodía y resolvieron sacrificar a los jordanos, puesto que estaban entreteniendo a unas cuatro brigadas y a gran parte de la aviación judía. Cada hora que resistiera Ammán eran 60 minutos ganados por El Cairo. Poco después, hacia las 13 horas, Amer telegrafió a Riad: «Estamos de acuerdo en vuestra retirada a la orilla oeste y en armar a la población civil». Aquella retirada obligaría a los jordanos a combatir aún con

mayor furia para lograr el repliegue, al tiempo que permitiría la llegada de los refuerzos sirios y saudíes que ya estaban en camino.
Aquella resistencia jordana es recordada por los judíos como mucho más encarnizada que toda la que se les opuso en el Sinaí. En tres días los jordanos sufrieron 6094 muertos y 762 heridos. Los judíos hubieron de vencerles combatiendo cuerpo a cuerpo en Jerusalén, Nablús, Ramala y Hebrón. Los carros jordanos se dispersaron para evitar su total aniquilación desde el aire, emboscándose en cercados, establos o arboledas y disparando a quemarropa sólo cuando se les ofrecía un objetivo enemigo seguro. Un oficial judío de paracaidistas recordaba que en Ramala había presenciado algo increíble: un teniente de la Legión Árabe logró paralizar un carro de combate empleando un tubo de mortero como si fuese un *bazooka*, antes de caer segado por el fuego de la ametralladora del blindado.
Ese día 6, por la noche, Hussein recibió un descorazonador mensaje del *Rais*. Nasser reconocía ante su aliado que el primer ataque de la aviación judía había sido devastador y que a partir de él ya no hubo posibilidades reales de resistencia. Le agradecía el valor demostrado por Jordania y su generosidad. Le recomendaba que evacuase la ribera oeste y aprovechase la primera oferta de alto el fuego promocionada por la ONU. Finalmente, le aconsejaba que no rompiera sus relaciones diplomáticas con Washington y Londres. Por su parte, Hussein decidió resistir en Cisjordania porque ya era muy tarde para evacuar sus tropas, porque no deseaba perder Jerusalén —tercera ciudad santa del Islam, de la que la familia Hachemita se consideraba guardiana— y porque aún le quedaban algunas esperanzas: llegaban tres batallones saudíes y le prometían dos más; de Siria había salido una brigada mecanizada y para la mañana siguiente le prometían una blindada.
No hubo milagro. Tales refuerzos o no llegaron o lo hicieron tarde. Toda la noche se combatió con ferocidad en un frente cada vez más reducido por el avance judío. La lucha más encarnizada se libró en Jerusalén, donde combatían los paracaidistas judíos contra las brigadas jordanas Imán Alí y Rey Talal en una pelea casa por casa, sin piedad y sin descanso, pues tanto atacantes como defensores tenían la consigna de morir si fuera preciso por la ciudad tres veces santa.
A primera hora de la mañana del miércoles 7 de junio, tercer día de la guerra, el general Odd Bull, de las fuerzas de la ONU, telefoneó al ministro Moshe Dayan, para transmitirle la propuesta del rey Hussein: acatar el alto el fuego propuesto por el Consejo de Seguridad la noche anterior sobre las líneas existentes en ese momento; los jordanos conservaban aún gran parte de la ciudad vieja de Jerusalén y unos 2000 kilómetros cuadrados de Cisjordania. Moshe Dayan, saboreando

ya la victoria total, rechazó todo compromiso: «Hemos ofrecido al Rey la oportunidad de abandonar la partida el lunes por la mañana. Ahora tenemos 500 muertos y heridos en Jerusalén. Dígales que, en adelante, sólo les hablaré a través de las radios de nuestros blindados».

Era el fin. Los jordanos, agotados, escasos de municiones, atacados por todas partes y amenazados de cerco, terminaron retrocediendo o rindiéndose. A las 10,15 horas de la mañana de aquel 7 de junio de 1967 se produjo un acontecimiento memorable para los hebreos: sus paracaidistas alcanzaban el Muro de las Lamentaciones, último resto del Templo, el lugar más sagrado del judaísmo. Aunque aún se combatía en algunas zonas de la Ciudad Vieja, un soldado hizo sonar el *chofar*, el cuerno de carnero que deja oír su ronco acento en las grandes solemnidades judaicas.

En las mezquitas y templos cristianos se estaban clavando unos carteles que rezaban: *Lugar sagrado. Prohibida la entrada por orden del Ejército*. Era una precaución elemental: cuando sonó el *chofar* muchos civiles judíos trataron de llegar al Muro de las Lamentaciones, hacia el que también se dirigían numerosas personalidades de Israel. Allí estaba Ben-Gurion, el fundador del Estado; el presidente, Shazar; el primer ministro, Eshkol; el forjador de la victoria, Yithzak Rabin; el dinamizador de aquella guerra, Moshe Dayan[135]; el Gran rabino de Jerusalén; Rothschild, el banquero del sionismo; Golda Meir, la primera personalidad del socialismo israelí en aquellos momentos… Y tras ellos, el pueblo, mujeres, niños, ancianos, soldados sudorosos con barba de tres días… En aquel momento, Dayan, en la cumbre de la popularidad, realizó una promesa que estaba en la mente de todos ellos y que aún hoy constituye la cuestión capital para la solución del problema palestino: Jerusalén. «*Tzahal* ha liberado Jerusalén. Hemos unido la desmembrada capital de Israel. Hemos retomado a nuestros lugares sacrosantos para no separamos de ellos jamás».

También habló Rabin, materialmente estrujado por sus soldados, que casi en volandas le pusieron ante los micrófonos de la radio israelí. El tímido general, al que muchos veían emocionado, por vez primera, se dirigió, precisamente, a los cientos de soldados que le miraban emocionados: «El pueblo os saluda con cariño y orgullo por la decisiva victoria que nos habéis entregado. Nadie nos ha servido este triunfo en bandeja de plata: la lucha ha sido dura y sangrienta. En el combate han caído muchos camaradas, pero su sacrificio no ha sido inútil. Generaciones enteras de judíos que fueron asesinados, que fueron martirizados por Jerusalén, exclaman: ¡Consuélate, pueblo mío!».

A mediodía cesó la resistencia jordana en Jerusalén. Poco después Hussein perdía Nablús y ordenaba la retirada de los defensores de

Ramala, amenazados ya por el cerco. Hebrón quedó aislada y, por la noche, las tropas judías penetraban en Jericó. Esa noche, incrementando la derrota jordana, los ingenieros israelíes volaban los puentes sobre el Jordán, dificultando la retirada de las últimas tropas árabes. Pese a ello, los soldados jordanos continuaron peleando en Cisjordania muchas horas, tanto por el sacrificio exigido a las tropas que cubrían la retirada de otros compañeros de armas como por la moral que cobraron algunas unidades al ver aparecer, finalmente, en la línea de batalla a los refuerzos largamente prometidos por Irak: dos brigadas de infantería y una acorazada, que hubieran sido algo más que simbólicos si hubiesen entrado en combate un día antes.

El rey Hussein hubo, finalmente, de pedir el armisticio incondicional en la madrugada del 8 de junio. Tenía en Cisjordania cuatro brigadas diezmadas y casi cercadas y, para salvarlas del total aniquilamiento y conservar unos pequeños enclaves en el oeste del Jordán, informó al Secretario General de la ONU, U Thant, que aceptaba el alto el fuego. Su demanda era una utopía que no iba a frenar a los soldados de Israel, que prosiguieron su presión hasta el atardecer de ese día, cuando las postreras tropas beduinas atravesaron el Jordán en completa derrota o cuando las últimas compañías de cobertura levantaron bandera blanca. Con todo, algunas pequeñas unidades aún combatirían, hasta el último hombre, horas después, prefiriendo el suicidio colectivo a la humillación de la derrota. Cuando concluyó el 8 de junio, cuarto día de la guerra, Israel se había adueñado de toda Cisjordania. De la fiera resistencia de los jordanos da clara idea las ocho mil bajas que padecieron, mientras que sólo dejaron en manos judías 463 prisioneros.

Desastre militar, derrota diplomática

Nasser, pendiente de la batalla psicológica y en primera línea de la guerra propagandística, no sólo había descuidado los aspectos materiales de la guerra, sino, también, los diplomáticos. Inmediatamente después del comienzo de las hostilidades, Moscú había convocado, simultáneamente, al Consejo de Seguridad y a la Asamblea General de la ONU, medida excepcional que sólo tenía un precedente: el comienzo de la guerra de Corea. Al parecer, la URSS procedía por iniciativa propia: los consejeros militares soviéticos habían valorado la situación árabe como catastrófica antes del mediodía del 5 de junio y Breznev había ordenado que se parase la guerra, no sólo para evitar el descrédito de sus armas y de sus técnicos con el aniquilamiento egipcio, sino para evitar la reposición de aquel arsenal, que nunca podría cobrar por completo.

En la ONU se llegó a una rápida resolución de alto el fuego: los

contendientes deberían volver a sus líneas de partida. Para aceptarlo, Israel exigió el retorno de los *cascos azules* a las líneas de confrontación y a los estrechos de Sharm el Sheik y la apertura de los estrechos a la navegación israelí. Jordania, Siria e Irak hubieran asumido esa solución aquella madrugada del 6 de junio, pero Nasser, bien porque aún no se hubiera dado cuenta de la desastrosa situación árabe o, quizá, prefiriendo el suicidio a la humillante aceptación de que todos sus desafíos de las semanas anteriores eran sólo verborrea, no se dio por enterado.

El *Rais* advirtió su dislate horas después, cuando su situación en el Sinaí se convirtió en desesperada tras la pérdida de Abu Ageila, Gaza y El Arish, los pasos estratégicos de Mitla y Giddi —llaves del interior del Sinaí— y cuando advirtió la desesperada situación jordana y la incapacidad siria para adoptar una postura más beligerante. Al atardecer del 6 de junio sólo resistían en el este del Sinaí algunas posiciones aisladas. Habían sido desbordadas las líneas de repliegue y el Estado Mayor carecía de planes de combate. Ante el ejército de Nasser se hallaba abierto sólo el *¡sálvese quién pueda!*, la alocada carrera hacia el Canal, dejando atrás todo el equipo pesado.

En esas condiciones, se incrementaron las exigencias israelíes en la ONU. En la tarde neoyorquina del día 6 de junio Israel, además de cuanto demandaba la víspera, exigía la inmediata apertura de negociaciones directas con los árabes. Nasser, aunque ya consciente de su derrota, se negó obstinadamente a aceptar aquellas condiciones. No quiso ser el estadista árabe que otorgara carta de naturaleza al Estado judío, firmando una paz humillante a causa de una humillante derrota. Comenzó entonces a fraguarse la idea de que lo que estaba sucediendo no era sino una batalla más en la guerra árabe-israelí: *Estamos perdiendo una batalla, pero no la guerra*. En los debates de aquel día todo entraba dentro de lo normal: las mutuas acusaciones entre árabes e israelíes e, incluso, las filípicas soviéticas contra el imperialismo sionista y de sus mecenas, insinuando el apoyo de la aviación norteamericana a Israel; lo que no se esperaba fue la acalorada intervención del delegado norteamericano, Arthur Goldberg, que se dejó llevar por su ascendencia hebrea y defendió con improcedente vehemencia a Israel, dando credibilidad a las acusaciones árabes.

El tercer día de la guerra fue, nuevamente, nefasto para la causa árabe. Como ya se ha visto en la mañana del día 7 los jordanos perdieron Jerusalén y lo poco que les quedaba de Cisjordania. En el Sinaí, la derrota egipcia podía también certificarse: las columnas blindadas de Israel alcanzaban los pasos estratégicos de Mida y Giddi

y la guarnición egipcia de Sharm el Sheik —consciente de la inutilidad de la resistencia— se rendía a sus paracaidistas. Ese día 7 de junio tomaron las tropas de Nasser la única iniciativa de la campaña: dos divisiones de refuerzo atacaron a los judíos que avanzaban hacia el Canal desde Mitla y Giddi, rechazándoles y obligándoles por unas horas a ponerse a la defensiva. Esas dos divisiones, aunque sufrieron un duro castigo desde el aire al atardecer del día, otorgaron unas horas de plazo al grueso del ejército egipcio para que evacuase el Sinaí por la carretera de la costa.

En la ONU siguió la batalla esa tercera jornada de la guerra, pero ya nada de lo hablado en los días anteriores era aplicable. Israel, con el apoyo de Washington, se negó a cualquier repliegue, exigiendo el alto el fuego donde se hallasen los frentes de batalla cuando todos lo hubieran aceptado. Los árabes juzgaron que aquello era una capitulación incondicional y lo rechazaron… durante unas horas. En la madrugada del día 8 de junio, el rey Hussein no tuvo más remedio que acogerse a él. El Cairo intentó formar una línea de contención ante el Canal con las dos divisiones puestas en acción la víspera y con las tropas que se retiraban, apoyadas por una fuerte barrera de fuego artillero que procedía del Oeste de la vía de agua. Aquel desesperado intento de paliar la derrota fue desbaratado en pocas horas por el grueso del ejército israelí que ya convergía hacia el Canal: ocho brigadas blindadas o mecanizadas con no menos de 300 carros de combate y con el cielo en poder de sus aviones. En su arrollador avance, las columnas judías habían rebasado numerosas posiciones que se entregarían días después sin resistencia; eso le ocurrió, por ejemplo, a un batallón argelino que llegó a Egipto el día 6, fue enviado al frente el día 7 y se rindió el 8 sin disparar un solo tiro. En la madrugada del día 8 de junio, en efecto, las últimas tropas egipcias atravesaban el Canal y los israelíes alcanzaban su ribera.

Esa misma fecha, por la mañana, Yithzak Rabin notificaba a su Gobierno: «Tengo la satisfacción de informar que nuestras fuerzas se hallan estacionadas a orillas del canal de Suez y del mar Rojo. La península del Sinaí está en nuestras manos». Por la tarde, Nasser aceptaba lo inevitable y telegrafiaba a U Thant su aceptación del alto el fuego: «Tengo el honor de informarle de que la RAU ha decidido aceptar la propuesta del alto el fuego contenida en las dos resoluciones del Consejo de Seguridad, con la condición de que la otra parte también acepte».

Pero la guerra aún no estaba cerrada. Siria se había limitado a hostigar con su artillería las posiciones judías en Galilea y, creyendo que aquello había terminado, intentó salir de la guerra sin la

humillación de aceptar el alto el fuego. Su absurda postura —sostenida durante toda su participación en aquella guerra— le costó el Golán. Rabin, experto en las posiciones del frente sirio y con ganas de cobrarse viejos agravios de la época en que fue jefe militar de la zona Norte, logró forzar la resistencia de Moshe Dayan y ampliar la campaña un día más: ordenó al jefe del Frente Norte, David —*Dado*— Eleazar, que aplastase el frente sirio.

La empresa parecía complicada por lo accidentado del terreno y las fortificaciones que los sirios habían erigido durante dos décadas, pero a Eleazar le bastó el asalto de sus dos brigadas blindadas —con el incesante apoyo de la aviación— para cumplir la misión en apenas un día. El día 10 por la mañana, las fuerzas judías, persiguiendo a las unidades sirias que se replegaban en total desorden, rebasaban la ciudad de Kuneitra, 19 kilómetros en el interior de Siria. Se contó en aquellos días que Eleazar penetró en el puesto de mando de las fuerzas sirias de la ciudad y tomó el teléfono. Las líneas no habían sido cortadas y alguien respondió: *Aquí Damasco ¿qué desean? Dado respondió: Nada en particular; soy el general Eleazar y quería decirles solamente que los judíos estamos aquí*.

Yasser Arafat siempre se ha mostrado convencido de que Israel fue indulgente con Siria, a la que pudo haber aplastado en 1967. A cambio, Siria se limitó a realizar infructuosos bombardeos, a retrasar sus acciones aéreas y a prometer a Hussein unidades que nunca llegaron a su destino. Según el líder palestino, la resistencia siria en el Golán fue poco menos que simbólica y las únicas unidades que ofrecieron resistencia a los israelíes estaban formadas por los palestinos de Al Fatah: «Fue la nuestra una acción desesperada. ¡Y bien sabe Dios que estábamos desesperados! Pero no habíamos perdido nuestro honor. Y ello bastó para detener el avance israelí. La guerra sólo hubiera durado cinco días si no hubiéramos puesto dificultades en el último minuto».

Aquella mañana del 10 de junio de 1967 el mundo árabe contuvo el aliento: ¿se atrevería Israel a redondear su insultante victoria con la toma de Damasco? El presidente de Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, contó poco antes de su muerte que en aquellos críticos momentos sonó el *teléfono rojo*. Le llamaba el primer ministro soviético, Kosyguin, para advertirle que la URSS había decidido intervenir militarmente en el Próximo Oriente si lo consideraba necesario y que no podían ocultársele a nadie los graves riesgos que acarrearía a la zona la continuación del avance israelí. Johnson se dio por enterado y ordenó, como respuesta, que la VI Flota norteamericana navegase hacia las costas de Siria, para demostrar que

«Estados Unidos estaba dispuesto a afrontar el riesgo de la intervención soviética».

El *bluff* de Moscú se disipó en cuestión de minutos y Damasco, con los judíos a cincuenta kilómetros de distancia y sin nada que oponer a su avance, optó por solicitar el alto el fuego. Con las avanzadillas judías eligiendo los mejores puntos defensivos para establecer sus líneas definitivas en el Golán, se llegó al final de la guerra. Era el mediodía del 10 de junio de 1967, sexta jornada bélica.

Los efímeros laureles de la victoria

«… Los soldados no pueden alegrarse plenamente y en la celebración de la victoria se mezclarán la alegría, la tristeza y la nostalgia. Muchos de ellos ni siquiera la celebrarán. Los combatientes no sólo han visto con sus ojos el fulgor de la victoria; también han contemplado el precio que Israel ha tenido que pagar. Han visto caer a su lado a queridos camaradas y se han empapado con su sangre. Conozco el terrible precio que nuestros enemigos han tenido que pagar y sé que esto, también, ha conmovido el corazón de nuestros hombres». Apenas dos meses después de la victoria, el 29 de julio de 1967, Rabin hablaba en el campus universitario de Monte Scopus, en el curso de la ceremonia en que se le investía *Doctor Honoris Causa* por la Universidad Hebrea de Jerusalén. El general, en la cima de su gloria con sólo 45 años, culminaba la aspiración suprema del sionismo: dominar toda Palestina: Desde el pedestal al que le había elevado la victoria podía permitirse, incluso, una cierta compasión hacia los vencidos, cuyas aterradoras pérdidas acababan de ser evaluadas por el *Tzahal*: 15 000 muertos, una cifra similar de heridos y unos 6000 prisioneros; los árabes perdieron, además, 441 aviones, cerca de un millar de blindados, 500 cañones de campaña, 3 submarinos, 4 lanchas rápidas, una batería de cohetes tierra-aire, más de 2000 vehículos militares de transporte y cerca de mil millones de dólares en armas individuales, equipos de transmisiones, municiones y víveres, destruidos durante la lucha o abandonados en la retirada.

Por su lado, Israel lloraba a sus 679 muertos, trataba de curar a 2563 heridos y de canjear a 16 pilotos prisioneros. Las pérdidas materiales eran insignificantes comparadas con las árabes: 21 aviones, 30 piezas

de artillería, 61 carros de combate y unos cien millones de dólares gastados en munición y combustible. Estos daños y los perjuicios económicos causados por las horas no trabajadas a causa de la guerra, quedaban sobradamente compensadas por el botín tomado a los árabes: las compañías de recuperación de las Fuerzas de Defensa Israelíes (IDF) pusieron en servicio 300 carros de combate, una batería de cohetes tierra-aire, un centenar de cañones, casi un millar de vehículos, 700 toneladas de munición y equipo militar individual para armar a cuatro brigadas de infantería.

Pero lo fundamental, tanto para árabes como para judíos, era el cambio territorial que experimentaba el Próximo Oriente. Israel amplió sus dominios en 68 672 kilómetros cuadrados: 61 175 del Sinaí, 360 de la Franja de Gaza, 5870 de Cisjordania (Judea y Samaria), 1115 de los Altos del Golán y la Ciudad Vieja de Jerusalén. Eso proporcionaba a Israel un territorio de cerca de 90 000 kilómetros cuadrados que, por un lado, satisfacían buena parte de las aspiraciones de los ultrarreligiosos que esperaban la reconstrucción territorial del reino de David y, por otro, colmaban las necesidades territoriales de los militares para garantizarse una defensa en profundidad.

Las fronteras determinadas por el alto el fuego constituían una desdicha inmensa para los árabes. Egipto perdía con el Sinaí dos de sus principales fuentes de recursos: el petróleo de los campos de Abu Rudeis y el tráfico del canal de Suez, que quedó cerrado[136]. Al tiempo, gran parte de la población egipcia del Sinaí se refugió en el Delta, lo mismo que ocurriría con los moradores de Port Said, Ismailía, Suez y demás poblaciones situadas a lo largo del Canal, que se convirtieron en primera línea del frente. Más de 200 000 refugiados cayeron sobre El Cairo, capital ya saturada, y poco a poco comenzaron a poblar los antiguos cementerios, erigiendo chabolas entre los viejos panteones o acondicionando éstos como viviendas.

El desastre militar provocó el suicidio del mariscal Amer[137]. Ocho generales egipcios presentaron su dimisión y algunos pagaron con la cárcel e, incluso, con la vida las negligencias e incapacidades reales o supuestas que ocasionaron la derrota. Nasser presentó su dimisión el mismo 9 de julio, pero los nasseristas promovieron enormes manifestaciones que salieron a las calles a vitorearle incluso antes de que el *Rais* hiciese pública su intención de abandonar la presidencia. El 23 de junio, ya reafianzado en el poder, Nasser se dirigió a su pueblo: «Aparte de los errores que otros hayan podido cometer, mi responsabilidad de la derrota es absoluta… El pueblo egipcio me ha entregado mucho más de lo que yo hubiese podido soñar. Su reacción

y su apoyo los días 9 y 10 de junio son más de lo que yo me he merecido. Por eso ya no pretendo ser el jefe de un pueblo, sino el conductor de una de las etapas de su lucha». Jordania no sólo sufrió, proporcionalmente, las mayores bajas de la contienda, sino que, además, se quedó sin aviación militar y comercial. Con Cisjordania perdió los territorios más fértiles; con Jerusalén, las divisas del turismo; en total, cerca del 50% de sus recursos económicos. La derrota originó, además, un nuevo éxodo palestino hacia el este del Jordán, con las conocidas consecuencias de superpoblación, miseria, frustración y desestabilización política. Tras la guerra de 1967 —según Bernabé López— la cuarta parte de la población de Jordania, que ascendía a poco más de tres millones de personas, estaba formada por refugiados y al menos la mitad de la población del país era de origen palestino.

Siria, aparte de su ventajosa posición estratégica sobre Galilea, quedaba privada de los importantes cursos de agua del Golán y sufría el éxodo de cerca de 50 000 habitantes de la región ocupada (los refugiados del Golán alcanzaron realmente los 125 000, teniendo en cuenta que la población civil siria fue desalojada de la línea de fuego que hubo de ocupar su ejército).

Pero, por encima de todo, los grandes perdedores fueron los palestinos. Yasser Arafat lo expresaría emocionadamente, entrecortadamente, poco después de la derrota: «Fue un golpe atroz; peor que todas las torturas. El resultado inmediato de esta guerra fue que ya no quedaba ni un centímetro cuadrado de tierra palestina en manos de los árabes. Se nos caía el cielo encima. Habíamos tocado el fondo de la traición y de la mentira. Antes, incluso, de poder analizar las consecuencias, todos teníamos el presentimiento de que, en adelante, nada sería como hasta entonces. 1967 ha significado el cambio. La última humillación de donde ha surgido el fuego de la revolución palestina. Y ese fuego se dispone a abrasar todo el Medio Oriente».

En esa tragedia palestina lo más evidente fue el nuevo éxodo provocado por la guerra —más de 200 000 personas se vieron abocadas a buscar refugio al otro lado del Jordán— y el cambio de *status* de los habitantes de los Territorios Ocupados de Cisjordania —unos 600 000— y de Gaza —300 000—, que de seres libres pasaron a carecer de derechos políticos y, con frecuencia, de derechos humanos; en adelante ya no tendrían garantías ni su propiedad (fueron expropiadas en los años siguientes el 65% de las tierras de Cisjordania y el 40% de las de Gaza), ni su trabajo y, en miles de casos, tampoco su vida. Son abrumadoras las pruebas de que Israel trató de limpiar el

territorio conquistado durante la guerra. La revista *Le Témoignage Chrétien* publicó poco después del conflicto el siguiente relato de dos testigos franceses, el sacerdote Paul Gauthier y la religiosa Marie Thérèse: «(…) Para expulsar a la población palestina y obligarla a efectuar un segundo éxodo se utilizaron métodos que habían sido ampliamente probados veinte años antes, pero contando ahora con los recursos de un material mucho más moderno (…) Desde el otro lado del río (Jordán) vieron llegar la oleada ininterrumpida de refugiados sin hogar ni medios de subsistencia. A sus amigos de Jerusalén las autoridades de ocupación les habían concedido dos horas para irse y a algunos les habían destruido sus casas con *bulldozers* (…)».

En febrero de 1968 el soldado israelí Amos Kenan declaraba al diario *Le Monde*: «Beit Nuba está construida con hermosos sillares; algunas casas son magníficas. Cada casa está rodeada por un huerto de olivos, viñas y albaricoqueros y entre los árboles existen trozos de tierra muy bien cultivados». Beit Nuba, que iba a ser destruido por la unidad de Amos, se convirtió durante algunas horas en centro de acogida de los habitantes de los alrededores que huían de la guerra; el soldado sigue su narración: «Algunos de sus habitantes poseían una cabra, un asno o un camello. Un padre molía grano con sus propias manos para alimentar a sus cuatro hijos (…), por el horizonte podíamos ver a un grupo que llegaba. Un hombre llevaba cien libras de harina en un saco: había andado con esa carga kilómetros y kilómetros. Iban llegando continuamente viejos, mujeres y niños. Se desplomaban extenuados y les dimos asiento. Algunos tenían una o dos vacas, incluso alguno poseía un buey; eso era cuanto les quedaba tras la destrucción. Les permitimos que entrasen en el pueblo para coger alguna cosa. El comandante de la sección decidió ir al cuartel general para enterarse de si había órdenes concernientes a aquellas personas y si era posible organizar algún transporte para trasladarlas a otro lugar y mirar si podía conseguir algún alimento para los niños. Regresó diciendo que no había órdenes escritas, pero que se le había ordenado expulsarles de allí. Así lo hicimos y continuaron andando hacia el Sur, como si se tratase de animales perdidos».

La revista judía *Nim'as* publicó en septiembre de 1967 la narración de un soldado israelí, que había estado con su unidad de vigilancia en la ribera oeste del Jordán: «Todas las noches algunos árabes atraviesan el Jordán en dirección oeste. Nosotros ocupamos los vados y tenemos orden de disparar a matar sin advertencia previa. De hecho disparamos todas las noches sobre hombres, mujeres y niños; incluso durante las noches de luna llena, cuando podemos identificar a las personas, o sea, cuando podemos distinguir entre hombres, mujeres y

niños. Al día siguiente, exploramos la zona y, por orden expresa del oficial de servicio, matamos a los vivos que tratan de esconderse y rematamos a los heridos. Después de muertos les cubrimos con tierra o, a veces, les dejamos allí para que lo haga el *bulldozer*. Algunos de ellos son espías; otros, terroristas armados; otros, contrabandistas; pero la mayoría de ellos son antiguos habitantes de la orilla oeste que tratan de regresar a sus casas y no han obtenido el permiso israelí para hacerlo».

Era evidente la necesidad israelí de nuevas tierras para asentar a los inmigrantes —medio millón en los siete años siguientes— que la euforia del triunfo militar estaba empujando hacia Palestina, nuevamente convertida en *Tierra Prometida*. Pocos meses después de la guerra, aún en el año 1967, el viceprimer ministro de Israel, Yigal Allon, propuso la instalación de 30 colonias agrícolas judías dentro de los Territorios Ocupados[138].

La única ventaja —al menos en los periodos más tranquilos— de los habitantes de los Territorios Ocupados fue la económica. En general, puede decirse que vivieron con una mayor renta per cápita durante los años setenta a noventa, que sus compatriotas establecidos en Jordania. De cualquier forma, para los palestinos quedaron los trabajos que los judíos despreciaban; mano de obra barata y dispuesta a asumir los oficios más duros y humildes para poder subsistir. La revista judía *Matzpen*, de ideología socialista, publicaba a finales de 1967: «Los israelíes nos estamos convirtiendo poco a poco en una raza de señores, según el ejemplo de nuestros amigos surafricanos. La tendencia que se vislumbra claramente es la de entregar a los palestinos los trabajos no cualificados y más fatigosos a cambio de salarios miserables sin ninguna compensación social. Ése es el derecho concedido a los hijos del pueblo vencido».

Esa situación mejoraría con el tiempo, equilibrándose los salarios entre los palestinos y los judíos que realizaban los mismos trabajos, hasta el punto de que Israel alardearía muchas veces de que los palestinos que habitaban en los territorios bajo su control eran los que tenían mejor nivel de vida de todos los de su nacionalidad. Era evidente el interés judío de conseguir la tranquilidad interna mediante la prosperidad económica de las poblaciones sojuzgadas; esto lo advertían con claridad las organizaciones palestinas, que se preguntaban: *¿Tendrán bastante oro los judíos para comprar el alma palestina?* Tel Aviv no tuvo suficiente dinero, ni habilidad política, para mantener indefinidamente la paz dentro de los Territorios Ocupados, como se verá, y las autoridades israelíes respondieron al terrorismo con brutales represalias: encarcelaciones masivas —que

llegaron a superar las 15 000 personas—; represión violenta en la calle con fuego real de armas de guerra; separación de las zonas palestinas e israelíes (tras el trabajo los palestinos debían volver a sus aldeas); cierre de los puestos de control (en los momentos de tensión, los palestinos no podían acceder al trabajo, perdiendo el salario)…

El camino hacia otra guerra

El cambio que supuso la guerra de junio de 1967 afectó no sólo a los problemas del Próximo Oriente, sino también a las relaciones internas e internacionales de los países implicados. Como se ha visto, desde 1948 a 1967, las cuestiones fundamentales de la confrontación árabe-israelí eran el rechazo árabe de la existencia de Israel, el problema de los refugiados palestinos, el estatuto de Jerusalén y el conflicto de los accesos a Israel desde el mar Rojo. A partir de 1967 se incrementó el número de los refugiados y, por tanto, las dimensiones de aquella tragedia; surgió como una terrible plaga el fenómeno del terrorismo palestino, que durante dos décadas azotó al mundo occidental; se duplicó el problema de Jerusalén, al quedar la ciudad entera en manos judías; la región se convirtió en uno de los campos de batalla más característicos del final de la Guerra Fría y de la confrontación soviético-norteamericana.

Esta internacionalización se debió a varias circunstancias: a) Al claro apoyo norteamericano a Israel en el Consejo de Seguridad y en la Asamblea General de la ONU; b) A la ruptura de varios países árabes con Washington tras la invención egipcia de que la aviación de Estados Unidos había participado en la guerra junto a los judíos; c) Al apoyo político-diplomático soviético a los países derrotados; d) A las importantes ayudas del Comecon y del Pacto de Varsovia[139] para paliar los efectos de la derrota.

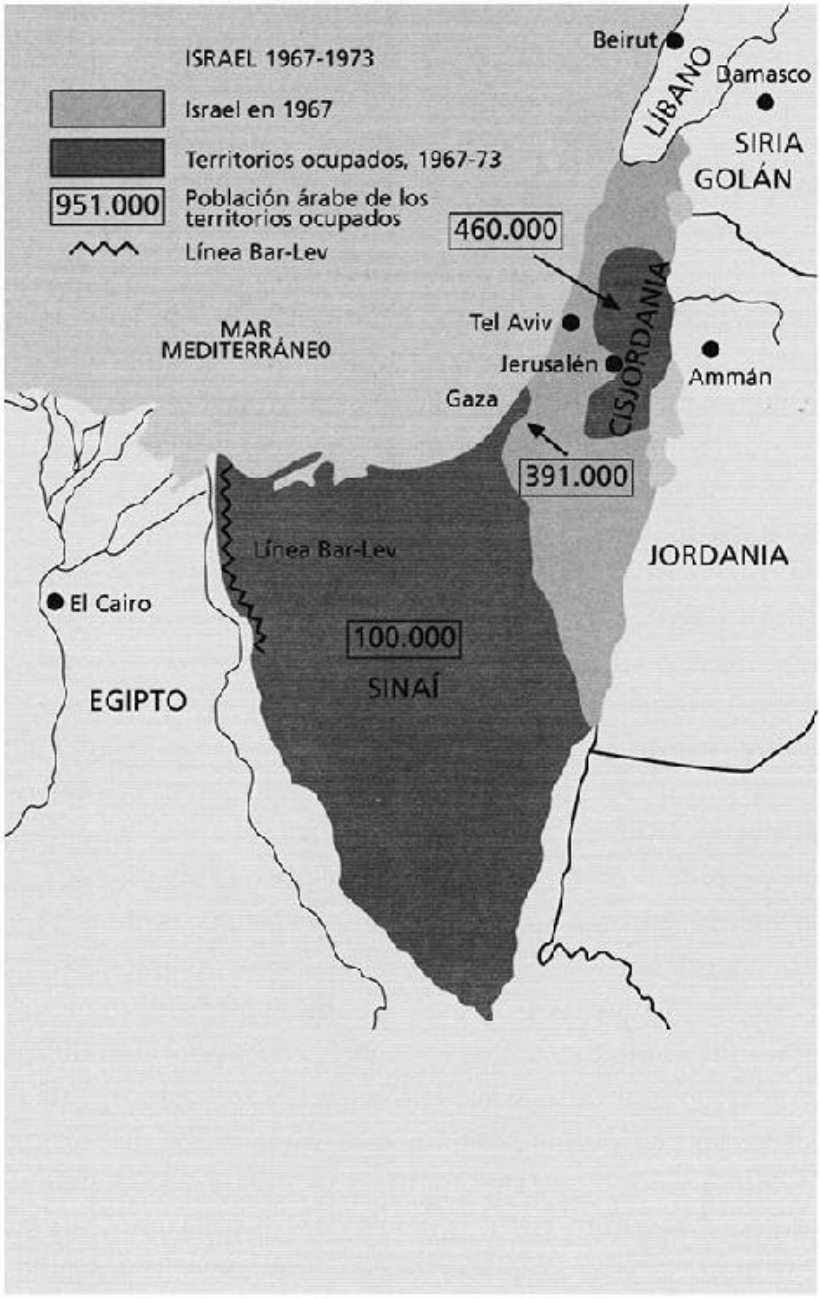
Los países socialistas árabes, que habían roto con Estados Unidos y que hallaron en la URSS el apoyo político, la ayuda económica y el rearme, pagaron a Moscú con ventajas diplomáticas, concesiones comerciales y económicas (prospecciones petrolíferas en Irak, zonas pesqueras en Marruecos) y bases aéreas y navales (el puerto de Latakia, en Siria; los de Alejandría y Port Said, en Egipto; el de Hodeida, en Yemen; el de Weelus, en Libia, a partir de 1970). La flota soviética comenzó a pasear su pabellón por el Mediterráneo, contando con puntos de apoyo tan buenos como los de la OTAN.

Todo el peso del comunismo se volcó para aislar a Israel, que sufrió en los años siguientes la expulsión de algunos organismos internacionales y la pérdida de relaciones diplomáticas. Los países islámicos colaboraban en ese empeño y agradecían a Moscú la ayuda que estaba prestando a sus correligionarios árabes. Así se abrieron a la URSS

numerosas concesiones aéreas, navales y comerciales en África: en 1970, *Aeroflot*, la compañía aeronáutica de bandera soviética, efectuaba vuelos directos a El Cairo, Bagdad, Damasco, Hodeida, Mogadiscio, Dar es Salam, Adén… que no existían antes de 1967; Somalia arrendó a sus buques de guerra y de pesca su base de Berberá…

Tel Aviv, que vivía la euforia del triunfo, comenzó a comprobar que sus problemas se habían ensanchado tanto como sus territorios. En Israel comenzó a circular, poco después de la guerra de los Seis Días, el amargo chiste: *Los árabes perdieron la guerra y los rusos la ganaron*. Claro, que la desilusión se basaba en un análisis anacrónico de su victoria: creían los vencedores que ésta les permitiría dictar sus condiciones de paz y hallaron que la fuerza sólo les otorgaba el territorio que podían batir sus cañones.

Cañones, que, por cierto, tendría que incrementar continuamente debido, por un lado, a la ampliación de sus fronteras y, por otro, al acelerado rearme árabe a cargo de la URSS. Moscú proporcionó material militar a Egipto, Siria e Irak, por valor de 10 000 millones de dólares; un auténtico arsenal bélico, en parte un tanto obsoleto, como nuevas partidas de *Mig-17* y carros de combate de los años cincuenta, pero, también, lo mejor que estaba produciendo su industria de guerra, como los *Mig-21*[140], y las baterías de cohetes tierra-aire *SAM-2* y *SAM-3*, modernos cañones de 130 mm de largo alcance, lanchas rápidas *Osa* y *Komar*… junto con unos 25 000 técnicos soviéticos.



Ese rearme se hizo, en parte, a fondo perdido; el resto, lo pagó Egipto con créditos internacionales por unos 6000 millones de dólares —procedentes en gran parte de los países del Este y de los productores de petróleo— y con donaciones por valor de más de 1500 millones —de Arabia Saudí y de los emiratos del Golfo—.

Mientras los árabes trataban de sobreponerse a los efectos de la

derrota y rehacían sus ejércitos y economías y mientras Israel expropiaba tierras y atraía nuevas oleadas de inmigrantes, la diplomacia internacional trataba de buscar un arreglo global al conflicto árabe-israelí.

Las posiciones de partida eran descorazonadoras. Israel exigía a los árabes el reconocimiento diplomático, su soberanía territorial y sus derechos internacionales, antes de sentarse a negociar los términos de la paz (17 de julio de 1967). Los árabes replicaron el 2 de septiembre, tras la Cumbre de Jartum —donde, además de evidenciarse la división interna del mundo árabe, se puso término a la guerra de Yemen y se arbitraron ayudas para los derrotados de junio—, con los tres famosos noes: *no a la paz con Israel, no a la negociación, no al reconocimiento del Estado judío*; pero detrás de planteamientos tan tajantes se escondía una posición mucho más ecléctica: la paz era negociable si Israel accedía a retirarse a las fronteras de la madrugada del 5 de junio[141]. En Israel, al menos a escala mediática, sólo se consideró la triple negativa, lo que suscitó un clamor unánime: *los árabes no quieren la paz*. Un buen pretexto para no hacer concesión alguna.

Buscando una solución, Hussein de Jordania visitó a Nasser en El Cairo el 30 de septiembre. Según Hussein, ambos jefes de Estado elaboraron el siguiente plan de cinco puntos:

1.— *Aceptaríamos reconocer el derecho a vivir en paz y seguridad de todos los habitantes de la zona, incluyendo a Israel*.

2.— *Nos mostrábamos de acuerdo en poner fin al estado de beligerancia y a la guerra*.

3.— *Aceptábamos abrir a todo el mundo las vías de navegación internacionales, incluyendo el canal de Suez*.

4.— *Exigíamos la retirada israelí de todos los Territorios Ocupados durante el conflicto de 1967*.

5.— *Habría que hallar una solución al problema de los palestinos: bien permitiéndoles regresar a sus tierras, bien compensándoles económicamente (conforme a varias resoluciones de la ONU de 1949 y posteriores)*.

Este plan, consultado a los países árabes más interesados en el conflicto, fue aceptado por todos con gran escepticismo: estaban seguros de que Israel lo rechazaría.

Tenían razón. En Tel Aviv, los más moderados, con el primer ministro Eshkol a la cabeza, eran partidarios de negociar esos puntos directamente y con cada uno de los países árabes. Los *halcones*, con Dayan al frente, también aceptaban la negociación directa y por separado, pero no consideraban la devolución de la ciudad vieja de Jerusalén, ni la Franja de Gaza, ni el Golán y, además, estimaban imprescindibles algunas rectificaciones fronterizas con Jordania y

Egipto[142].
Esta postura era la más popular en un país que aún cabalgaba a lomos de la victoria y el debate se transparentaba en su prensa llenando de amargura a los árabes. Quizá esa intransigencia israelí fue el detonante de la feroz e interminable guerra de desgaste que enfrentaría a israelíes y egipcios durante los dos años y medio siguientes. El 21 de octubre de 1967 el destructor israelí *Eilat*, de 2500 toneladas, navegaba a la altura de Port Said cuando fue alcanzado por una salva de cohetes *Stix* disparados desde el interior del puerto egipcio por lanchas Osa, de fabricación soviética. El buque se hundió en menos de cinco minutos, pereciendo 42 tripulantes.
Aún se discute si el *Eilat* estaba a 14 millas, como aseguraron los judíos, o a 10, como afirmaron los egipcios, pero resulta indudable que El Cairo decidió su hundimiento en respuesta a las nuevas condiciones exigidas por Israel; los cohetes *Stix* portaban un mensaje de esta índole: *la derrota no ha terminado con nuestra voluntad de lucha; hemos perdido un combate, pero la guerra está abierta y no toleraremos que traten de humillarnos*.
Como era previsible, Israel no aceptó el ataque como una propuesta de negociación entre iguales, sino como un desafío. El propio Eshkol declaró al conocer la noticia: «Israel no consentirá el derramamiento de la sangre de sus soldados». Moderados y *halcones* se unieron en un solo bando, el de los vengadores. Tres días más tarde, una formidable concentración de artillería israelí abrió fuego contra las dos refinerías petrolíferas de Suez, que suministraban el 80% del combustible que consumía Egipto. El bombardeo, que casi duró cinco horas, lanzó 30 000 granadas sobre aquellas instalaciones y sus alrededores, destruyéndolas completamente y sembrando de ruinas la ciudad.
A partir de aquel momento, menudearían los cañoneos entre las dos orillas del Canal. El clima de hostilidad era superior, incluso, al de los días de la guerra; es decir, el peor que podía pensarse para la búsqueda de la paz, que en aquellos momentos consensuaba el Consejo de Seguridad de la ONU. El 22 de noviembre de 1967 se aprobaba la *Resolución 242*[143], sobre la que ha girado —con pequeñas variantes posteriores— el conflicto desde hace treinta y cinco años: pedía a Israel la retirada de los *Territorios Ocupados* en junio de 1967, ordenaba que cesase el estado de guerra imperante en la región desde 1949, reconocía el derecho de todos los países de la zona a vivir dentro de fronteras seguras y reconocidas, garantizaba la integridad territorial de todos los Estados de la región; demandaba la solución del problema palestino y solicitaba el nombramiento de un representante especial de la ONU en Próximo Oriente para que

promoviera el cumplimiento de la resolución.

Israel, Egipto y Jordania aceptaron la *Resolución 242*, que fue rechazada por Siria. En realidad, nadie estaba de acuerdo con ella, ni existía el más mínimo interés en cumplirla, pero la asumieron porque contenía puntos favorables para cada uno y suficientes ambigüedades como para poder defender políticamente los intereses de cada implicado.

La propaganda israelí se acogería a la versión inglesa que pedía su retirada de *Territorios Ocupados*, es decir, no de los *Territorios Ocupados*, como especificaban las versiones francesa y castellana de la resolución; esa interpretación no tiene ningún fundamento ni peso diplomáticos. Más aún, Tel Aviv se negaría a volver a las líneas del 5 de junio pues la misma resolución afirmaba el derecho de los Estados a vivir dentro de fronteras *seguras* y *reconocidas* y, según los judíos, aquellas fronteras no eran seguras y, además, los árabes jamás las habían reconocido. Todavía más, la diplomacia israelí alegaba que los árabes incumplían sistemáticamente el punto que concernía a las afirmaciones de beligerancia y el referido a *libres de amenaza* y *actos de fuerza*, punto este último que también involucraba en el incumplimiento a los palestinos y a los países que permitían sus actuaciones.

Los árabes reprochaban a Israel su negativa a retirarse de los *Territorios Ocupados*, tal como rezaba la resolución; sus veinte años de dilaciones en el cumplimiento de los mandatos de la ONU referidos a los palestinos, reiterados por la *Resolución 242*; así como la testarudez judía en sostener la capitalidad de Jerusalén, que nadie en el mundo aceptaba (las embajadas extranjeras, salvo contadas excepciones, se hallan en Tel Aviv aún hoy).

Ante este panorama el nombramiento de un representante especial, solicitado por la *Resolución 242*, no aportaría nada a la solución del conflicto. El Secretario General, U Thant, encomendó la imposible misión a un diplomático hábil, frío y curtido, el sueco Gunnar Jarring, embajador de su país en Moscú, que había sido el feliz mediador en la crisis indio-pakistaní de Cachemira, en 1957. Jarring se agotó en un año de estériles gestiones, regresando posteriormente a su embajada y desplazándose después al Próximo Oriente cada vez que se producía algún cambio que pudiera significar una esperanza, aunque fuese mínima, de paz.

Curiosamente, Yithzak Rabin también vivió esta crisis en primer plano. En otoño de 1967 se despidió del Estado Mayor, en el que había estado destinado durante nueve años, al principio como segundo jefe y, luego, como primer responsable de la defensa de Israel, y en

febrero de 1968 pidió como recompensa la embajada de su país en Washington. Desde allí siguió durante cuatro años la durísima lucha diplomática y se movió con su habitual sentido estratégico para mantener el apoyo diplomático norteamericano bajo la presidencia de Nixon, en principio poco inclinado hacia los intereses de Israel. Más aún, fue el mejor agente que hubiese podido soñar su país para comprar las armas que *Tzahal* necesitaría para la guerra siguiente: interceptores *Skyhawk* y cazabombarderos *Phantom*, espina dorsal de la aviación judía durante una década, sobre todo después de que el general De Gaulle decidiera suspender las ventas de armas francesas a Israel[144].

Fuego sobre el Canal

Pese a los incidentes ya reseñados entre egipcios e israelíes, la llama de la lucha contra Israel fue sostenida en los meses posteriores a la derrota de junio de 1967 por los palestinos. Pero los servicios secretos de Israel y sus soldados hicieron una auténtica escabechina entre los primeros *fedayines* que penetraron en Israel a través del Jordán o que intentaron hacerlo. Entre los infiltrados estuvo el propio Yasser Arafat, que estableció su cuartel general en la casba de Nablús, y así pudo constatar personalmente que el miedo atenazaba a la población palestina, más dispuesta a convivir con el vencedor que a sufrir sus represalias. Las acciones desde el interior prácticamente cesaron ante el elevadísimo precio que pagaron los guerrilleros. Uno de los que hubo de escapar hacia Jordania fue Yasser Arafat, que cambiaba de residencia casi a diario ante el peligro de ser capturado; una vez, en Ramala, la policía israelí asaltó una casa en la que hallaron su cama aún caliente, pero el líder de Al Fatah se las arregló para escapar con un grupo de *fedayines*.

Pero, poco a poco, los guerrilleros fueron perfeccionando la técnica terrorista, incrementando su número —al parecer, entre 1966 y 1970 recibieron adiestramiento militar más de 30 000 palestinos— y hallando los puntos vulnerables de la seguridad israelí. Advirtieron que les era más rentable la acción de comando, llegando desde el exterior, golpeando y tratando de huir nuevamente. En los meses siguientes, los guerrilleros atacaron doce granjas colectivas, un almacén agrícola, destruyeron una sección del oleoducto de Eilat, un autobús cargado de estudiantes…

Israel replicó con singular violencia: se demolieron medio millar de casas en los *Territorios Ocupados*; 1700 palestinos fueron detenidos; 23 *fedayines*, fusilados; 87 guerrilleros cayeron combatiendo. La aviación judía bombardeó las villas jordanas de Shunat Nimrin y Karameh, que luego fueron asaltadas, el 21 de marzo de 1968, por columnas

motorizadas del ejército judío.
En Shunat Nimrin los israelíes hallaron la tenaz resistencia del ejército jordano y de un grupo de palestinos. Tras varias horas de lucha, los defensores optaron por retirarse del pueblo calcinado por la batalla; entre sus restos quedaron dañados cinco carros de combate judíos. Karameh, que días antes contaba con 25 000 refugiados palestinos, fue hallada desierta por los soldados de Israel, pues las autoridades jordanas la habían hecho evacuar previendo la represalia. Cuando los israelíes se ocupaban en minar las casas más notables, protegidos por numerosos carros de combate que habían penetrado hasta el centro de la villa, fueron atacados por los *fedayines* que aguardaban emboscados. Se produjo una larga lucha cuerpo a cuerpo, en la que unos y otros padecieron numerosos muertos y los atacantes, además, pérdidas importantes en tanques, muy vulnerables ante las armas anticarro en las calles de una población. La retirada de Karameh fue un suplicio para los asaltantes, acosados por los cañones y morteros jordanos y por las partidas de guerrilleros emboscados en el trayecto. La operación, iniciada al alba del 21 de marzo de 1968 y concluida a las 21 horas del mismo día, arrojó, según los palestinos, un terrible balance para los israelíes: unos 40 carros de combate y tres aviones destruidos y cerca de 200 muertos; según las mismas fuentes, las pérdidas de *fedayines* y jordanos fueron de 120 muertos y dos poblaciones destruidas. Dayan, que no pudo entretenerse en contar las bajas del enemigo, aceptó haber padecido 97 bajas (28 muertos y 69 heridos) y perdido seis tanques.
Sea como fuese, para Israel la operación de castigo constituyó un fuerte revés y para los palestinos, una victoria. Yasser Arafat consolidó con ella su liderazgo sobre Al Fatah, en cuya organización se inscribieron 3000 voluntarios en apenas 48 horas y más de 20 000 a lo largo de 1968.
Esa lucha sostenida por los palestinos con eventual apoyo jordano a lo largo de todo ese año causó más de mil bajas y cuantiosas destrucciones materiales en el lado árabe, pero les hizo olvidar la derrota. *Israel hace milagros. Acaba de resucitar a un muerto: Jordania*, decía el chiste árabe de aquellos días. Hussein se hacía fotografiar ante un carro israelí destruido con la satisfecha sonrisa de un cazador, pero el soberano pronto comenzó a poner trabas a la actuación de los *fedayines*[145] que resultaba doblemente peligrosa para su pequeño reino: por un lado, no podía permitirse las fuertes pérdidas que le estaban ocasionando las represalias israelíes y, por otro, comenzó a temer el auge de las organizaciones guerrilleras, que controlaban algunas regiones de Jordania, bautizándolas, incluso, como zonas

liberadas. En esa época, verano de 1968, se generaliza la idea de la *revolución palestina*. Hasta entonces se había hablado de pueblo palestino; a partir de entonces, las declaraciones serán de este tenor: «El pueblo palestino árabe, expresándose por medio de la revolución palestina armada, rechaza todas las resoluciones que sean sustitutivas de la liberación total de Palestina» o «El pueblo árabe palestino afirma la legitimidad e independencia de su revolución nacional y rechaza toda forma de intervención, administración fiduciaria y subordinación» (artículos 21 y 28 de la *Carta Nacional Palestina enmendada*, julio de 1968). La actividad militar comenzó a decrecer en el frente del Jordán, pero Israel no tuvo respiro porque los incidentes cada vez menudeaban más a lo largo del Canal. Egipto había dotado su orilla occidental de una formidable masa de artillería, protegida por densas defensas antiaéreas que combinaban ametralladoras pesadas, cañones y cohetes. Mientras los técnicos soviéticos tejieron esa red defensiva, Egipto trató de no provocar las actuaciones israelíes, de modo que los incidentes en la primera mitad de 1968 fueron numerosos, pero no especialmente graves.

En septiembre, el *Rais* fue informado de que su sistema defensivo estaba listo y decidió iniciar inmediatamente un nuevo tipo de lucha con Israel: *la guerra de desgaste*. Suponían Nasser y sus asesores que Israel soportaría mal una guerra prolongada en el Sinaí, sosteniendo un ejército importante lejos de sus casas, de sus trabajos, de sus centros vitales, abastecido a través de más de doscientos kilómetros de malas carreteras, con un gravoso gasto de municiones y con un goteo incesante de muertos. En esta guerra sabía Nasser que tendría que pagar un mayor coste humano y aún económico, pero ambos podrían asumirse si se lograba el objetivo final: una victoria sobre Israel, es decir, su retirada del Sinaí o, al menos, una negociación entre iguales.

Concluye el verano de 1968. Las horas de luz han disminuido y la temperatura nocturna desciende bruscamente, pero los días aún son bastante largos y cálidos. En las últimas jornadas apenas ha habido incidentes. Los soldados israelíes destinados a las guarniciones del Canal se dedican a las actividades rutinarias de primera línea: puestos de observación, centinelas, patrullas, trabajos de campamento e, incluso, en los días más tranquilos, se pueden permitir un baño rápido en las tibias aguas del Canal… Los egipcios hacen lo mismo apenas a quinientos metros de distancia. Los israelíes disfrutan de la tranquilidad de los fuertes: sus aviones patrullan el Sinaí, penetrando hasta la línea del agua o, incluso, sobrepasándola, para observar cuanto ocurre en el lado egipcio. La sorpresa es casi imposible.

El 25 de septiembre, a mediodía, la patrulla aérea de Israel alcanzaba

el Canal a la altura de la ciudad de Qantara, en el sector norte del Sinaí, y viró hacia el sur, siguiendo la línea del agua. En ese momento, y a lo largo de unos cien kilómetros, toda la artillería egipcia comenzó a disparar contra las posiciones israelíes y los confiados aviones fueron perseguidos por cientos de bocas de fuego antiaéreo. Los soldados corrieron a sus refugios, que en gran parte se desmoronaron ante la violencia del cañoneo. Había comenzado la larga, dura y costosa guerra del Canal. Israel lamentó aquel día la pérdida de 27 soldados (10 muertos, 17 heridos).

Un mes después, el 27 de octubre, se repitió el ataque egipcio, con 49 bajas judías (15 muertos y 34 heridos). Israel respondió con bombardeos artilleros igualmente violentos y con incursiones aéreas, que hubieron de suspender ante la importancia de sus pérdidas. La infantería construyó refugios a prueba de artillería, empleando hormigón y, como techo, las traviesas y el hierro de la vía férrea del ferrocarril que iba desde Qantara a El Arish, recubierto con varias capas de sacos terreros y piedra.

Desde entonces hasta el verano de 1970, la lucha fue incesante. Nasser fracasaría en su empeño de expulsar a los israelíes, pero les empantanaría en una guerra cara en hombres y medios. Israel iría aumentando las defensas hasta construir la *Línea Bar-Lev*, que tomaba el nombre de Chaim Bar-Lev, sucesor de Rabin al frente del Estado Mayor judío a partir de diciembre de 1967. Estaba formada por 36 fortificaciones establecidas a lo largo de los 160 kilómetros del Canal, protegidos por elevadas dunas de arena amontonadas por los ingenieros de Israel, hasta dominar la vía de agua desde veinte y más metros de altura. Tras aquella muralla de arena y de las 36 fortificaciones, existía un complejo sistema de posiciones artilleras, instalaciones aéreas y acuartelamientos de tropas que parecían convertir la *Línea Bar-Lev* en un complejo invulnerable, construido, naturalmente, a un precio astronómico. A lo largo de la *guerra de desgaste*, pese a las sofisticadas defensas, Israel hubo de pagar, también, un elevado precio en hombres: medio millar de muertos y una cifra doble de heridos, casi tantas bajas como en la guerra de los Seis Días.

Las acciones más arriesgadas e imaginativas de esta guerra corrieron a cargo de los comandos judíos, que llegaron a penetrar muchos kilómetros en el interior de Egipto, destruyendo industrias, instalaciones militares y ridiculizando al Ejército de Nasser. La más importante de ellas fue, probablemente, la *Noche del radar*, efectuada por los israelíes a finales de 1969 y en la que lograron apoderarse y trasladar a Israel una moderna instalación de radar soviético, cuyo

peso era de siete toneladas; se trataba del último grito de la tecnología soviética, el *P-12*, especializado en la detección de aviones en vuelo rasante incluso a 300 kilómetros de distancia. Con aquel *robo*, los israelíes no sólo se apuntaron un gran éxito propagandístico, sino que ahorraron a sus aviones muchos problemas al conseguir averiguar el sistema de detección que estaban empleando los soviéticos, cada vez más involucrados en la guerra de desgaste.

La estrategia de Nasser estaba fracasando. Israel sufría, sin duda, un grave desgaste, pero el de Egipto aún era mayor, porque militarmente debía encajar los golpes más duros. A comienzos de 1970, Nasser *estaba trastornado por las destrucciones que estaba soportando y por las que se iban a producir, porque no estaba en condiciones de impedirlas*, en palabras de su biógrafo, Jean Lacouture. En enero de 1970, tras un asalto de comandos israelíes del islote de Chadwan, donde existía una base de la Marina egipcia, el Rais estuvo a punto de tirar la toalla. El día 22, cansado y enfermo, partió hacia Moscú.

En la Unión Soviética fue sometido a una cura de sueño y a una revisión cardiaca. Luego se entrevistó con el Secretario General del P. C., Leónidas Breznev, y con el primer ministro, Kosyguin, a los que expresó su desesperanza y su resolución: *Si no me ayudan ustedes, lo abandono todo*. A mediados de febrero, la URSS comenzó a enviar baterías de misiles *SAM-3* que, en combinación con las *SAM-2*, deberían impedir las penetraciones aéreas israelíes en Egipto; más todavía: Moscú decidió apoyar a fondo a su aliado y envió a Egipto tres escuadrillas de caza, equipadas con aviones *MIG-21* y sus propios pilotos. Los técnicos soviéticos se hicieron cargo, directamente, de la instalación de los sistemas defensivos.

La escalada era inevitable; el 30 de julio, una patrulla aérea israelí chocó con dos grupos de aviones soviéticos y en el combate derribaron cinco *MIG-21*, dos de cuyos pilotos resultaron muertos. Tanto judíos como egipcios guardaron silencio sobre aquel choque, pero el mismo día salieron hacia El Cairo altos funcionarios soviéticos del Ejército del Aire y de la Defensa Aérea. Egipto se había convertido en cuestión prioritaria para Moscú. La internacionalización de la guerra se convertía en amenaza grave y próxima, hasta el punto de que el presidente Nixon declaraba: «Me preocupa más la situación en Oriente Medio que la de Indochina».

Sin embargo, desde semanas antes se estaba tramando un plan de alto el fuego en el Canal que ambas partes necesitaban. A finales de junio, el secretario de Estado norteamericano, William Rogers, presentaba un plan de paz auspiciado por Washington, donde la alarma ante la escalada soviética en Egipto era palpable. Aquel proyecto —elaborado

por la diplomacia norteamericana y la soviética— preveía el alto el fuego durante noventa días y la inmediata iniciación de negociaciones bajo la mediación de Gunnar Jarring, en las que judíos y egipcios buscarían las fórmulas para replegar sus fuerzas a 20 kilómetros del Canal, de forma que éste pudiera entrar rápidamente en servicio; ambos asuntos estarían vinculados a la puesta en marcha de la *Resolución 242* y a la retirada israelí de los *Territorios Ocupados*.

Jordania y Egipto aceptaron el *Plan Rogers* el 23 de julio de 1970. Aquello promovió un cisma entre los árabes: Yasser Arafat, líder de la OLP, rechazó tanto el plan de paz como el alto el fuego; Irak lo calificó de traición y puso bajo mando palestino a un millar de sus soldados… Israel, que no estaba dispuesto a cumplir el plan, como se ha demostrado hasta la actualidad, se apresuró a aceptarlo el 4 de agosto, es decir, cuatro días después de su choque aéreo con los soviéticos: Tel Aviv no podía permitirse, a la vez, desairar a Washington y provocar más a Moscú; su aceptación del *Plan Rogers* le garantizaba, por un lado, el apoyo político de Nixon y nuevos suministros militares norteamericanos y, por otro, desactivaba una probable represalia soviética. Con todo, la derecha israelí, con Begin al frente, se mostró en desacuerdo: «El *Plan Rogers* contiene el germen de la destrucción de Israel». Eso originó una crisis de Gobierno en Tel Aviv, pues Begin retiró a sus seis ministros del Gabinete de coalición que presidía Golda Meir, sucesora de Eshkol, fallecido en febrero de 1969.

Septiembre Negro

Nasser y sus aliados soviéticos cometieron el error de entregar infantilmente a Israel el argumento para burlar los acuerdos. El 7 de agosto de 1970 entraba en vigor el alto el fuego y pocos días después, Egipto avanzó hacia el Canal la posición de sus rampas de cohetes tierra-aire *SAM-3*. Israel, aunque también había violado el *Plan Rogers* reforzando los efectivos en la Línea Bar-Lev, presentó pruebas del cambio en los emplazamientos de los misiles y amenazó con boicotear las negociaciones previstas para el 6 de septiembre, mientras no volvieran a sus posiciones originales. El Cairo y Moscú se hicieron los sordos y los judíos no se sentaron en la mesa de la paz. El *Plan Rogers* había muerto, pero el alto el fuego se mantendría en el Canal hasta octubre de 1973.

Al fracaso del *Plan Rogers* contribuyó no poco la oposición frontal de los palestinos, cuya importancia había ascendido vertiginosamente desde 1968. El 23 de julio, un *Boeing 707* de *El-Al*, la compañía estatal israelí, fue secuestrado cuando cubría la línea Roma-Tel Aviv y desviado hasta Argel. Respondiendo a las críticas que surgieron en

Israel por la *docilidad* de la tripulación, el capitán Oled Abarbanel declararía: «Si una anciana de ochenta años me hubiese encañonado con una pistola, ordenándome que aterrizase en el jardín de la casa de su yerno en Argel, yo hubiera obedecido».

Aquél fue el primero de los secuestros aéreos de los palestinos. Israel no sólo se indignó con la tripulación, sino que denunció el caso en la ONU, con el nulo efecto que puede suponerse; la Asociación Internacional de Pilotos amenazó a Argelia con suspender los vuelos a un país que acoge a los *piratas del aire*: no hubo respuesta alguna. Israel comenzó a sospechar que iba a estar sólo en aquella lucha, de modo que abordó el tema con su filosofía habitual: el castigo multiplicado.

La ocasión era propicia porque en aquel mes de julio de 1968 los palestinos intentaron numerosas acciones contra instalaciones israelíes, perdiendo 44 *fedayines* y apuntándose sólo la voladura de un tramo de la vía férrea de Gaza. El 4 de agosto, a mediodía, despegaron de los aeropuertos de Israel varias escuadrillas de aviones de guerra, que aterraron a la población civil de Ammán rompiendo numerosas veces la barrera del sonido sobre sus calles; luego lanzaron millares de octavillas escritas en árabe: «Saboteadores, lo que os espera en Israel es la muerte o la cárcel. Vuestros jefes os engañan. Sólo en el mes de julio hemos enterrado a 44 de los vuestros y más de 1200 se encuentran en nuestras prisiones. La muerte es para quien porta la muerte, y la vida, para quien desee vivir en paz». Luego realizaron un terrible bombardeo de tres horas de duración sobre la base palestina de Salt, a unos cinco kilómetros de Ammán. Fue, al parecer, el más violento ataque que había padecido hasta entonces una población jordana: causó 28 víctimas mortales y 82 heridos graves. Los duelos artilleros envolvieron a judíos y jordanos a ambas márgenes del río y los cañones antiaéreos de Hussein lograron derribar un caza *Skyhawk* de los que participaron en la batalla.

El Rey trató de reducir la actividad de los palestinos, pero la mediación de Nasser amplió sus movimientos. En noviembre, los *fedayines* colocaron una bomba en un mercado de Jerusalén y ocasionaron 11 muertos y 50 heridos. Como represalia, en diciembre, comandos del ejército israelí dinamitaron un puente en la carretera Ammán-Aqaba y un viaducto del ferrocarril jordano-saudí; los aviones judíos, en una maniobra de distracción, bombardearon un nudo de comunicaciones jordano próximo a la frontera con Irak. En total, medio centenar de muertos, importantes daños materiales y la capital jordana casi incomunicada durante meses.

Las cosas no iban a quedar así y a finales de ese mismo mes de

diciembre de 1968 se iniciaría la escalada de los ataques contra la aviación civil. En ellos se iban a distinguir dos organizaciones, el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), del doctor Georges Habache, y una rama escindida de ese tronco, el Frente Democrático Popular de Liberación de Palestina (FPDLP), dirigido por un aplicado marxista, Nayef Hawatmeh. A los palestinos no les fue sencillo adoptar esa táctica de lucha, que Arafat repudiaba al principio, pero los demás líderes preguntaban: *¿Existe alguna diferencia entre atacar intereses judíos en Europa o en América y hacerlo en Cisjordania? ¿Es diferente atentar contra la vida de un israelí en el extranjero que hacerlo en Palestina?* La suerte estaba echada.

El maestro de escuela Mohamed Mahmud y el estudiante Suleiman Naher, miembros ambos del FPLP, fueron convocados a una reunión en Beirut el 24 de diciembre de 1968. «Salimos de Madam —Jordania — a primera hora del día de Navidad. Unas veces en taxi y otras andando, para borrar pistas, llegamos a Beirut hacia las siete u ocho de la tarde de esa fecha». Se hospedaron en casa de Samir, su contacto en la capital libanesa, que les encomendó una misión: «Debíamos disparar contra las alas, después de haber esperado que no quedase nadie a bordo —declararía Suleimán en el juicio—. No puse ninguna objeción y Mahmud, tampoco».

Hacia las 7 horas del 26 de diciembre se dirigieron hacia el aeropuerto de Beirut. «Antes de salir de casa —declararía Suleimán ante el juez— Samir me entregó una bolsa de viaje, que contenía seis granadas, mi pasaporte, un billete de avión de la compañía *Olimpic* de ida y vuelta a Roma, vía Atenas, y 150 dólares». Mahmud recibió lo mismo, pero su armamento consistía en una granada, un subfusil *Klassenkov* y tres cargadores, más 50 balas sueltas. El avión partió a las 8,45 horas hacia Atenas, donde aterrizó hacia las 10,30. Su información aseguraba que esa mañana aterrizarían en el aeropuerto de la capital griega dos aviones de *El-Al*, uno a las 10,45 horas y otro a las 14,30.

Desde la sala de tránsito, Mahmud controlaba la llegada de aviones, mientras Suleimán guardaba las bolsas de viaje. Como pasaban los minutos y el avión israelí no tomaba tierra, ambos comenzaron a mostrarse nerviosos. A las 11,30 horas sostuvieron una breve conversación: no había más remedio que esperar al avión de las 14,30. Mahmud volvió a su puesto de observación y, enseguida, hizo una señal a su compañero: el *Boeing 707* estaba aterrizando, con una hora de retraso.

«El avión de *El-Al* —declararía Mahmud en el juicio— llegó a las doce menos cuarto y lo reconocimos inmediatamente. Observamos el desembarco de los pasajeros hasta que nos convencimos que ya habían

bajado todos y, también, los miembros de la tripulación. Luego avanzamos los dos hacia el avión para destruirlo (…) a una distancia como de 40 metros del aparato, Suleimán lanzó seis granadas contra el avión y yo, tras la explosión de la primera granada, comencé a disparar, tirando unas 80 balas en total, con el propósito de perforar los depósitos de reserva de combustible del aparato y provocar, de esta forma, su total destrucción…».

Los dos terroristas no podían saber que, a causa del retraso, los 46 pasajeros que seguían viaje no habían descendido del aparato. Uno de ellos, el oficial de la reserva de *Tzahal*, Leon Sirdan, murió instantáneamente y hubo un herido más, pero gracias a la rápida intervención de los bomberos el avión no se incendió y se salvó el resto del pasaje. En medio de un caos de sirenas, coches de bomberos, carreras de aterrorizados pasajeros y policías, los dos palestinos regresaron a la sala de tránsito. Un testigo local, apellidado Priakos, trató de sujetar a Suleimán, que no llevaba armas, y recibió una patada en la espinilla. El consiguiente revuelo atrajo la atención de varios policías y Mahmud, que aún llevaba el subfusil en la mano, lo dejó en el suelo y ambos se entregaron, tal como indicaban las instrucciones recibidas en Beirut.

Los medios de comunicación libaneses no ocultaron el regocijo que el atentado les producía y más al suponerse que los *fedayines* habían partido de su capital. Pero dos días después, el 28 de diciembre, cuatro grupos de comandos israelíes llegaron en otros tantos helicópteros hasta el aeropuerto de Beirut y destruyeron los 13 aviones que se hallaban sobre la pista. Las líneas aéreas libanesas sólo conservaron dos aviones, que se encontraban volando en aquellos momentos. Tras su desproporcionada revancha, Tel Aviv emitía el siguiente comunicado: «El ataque de nuestros comandos al aeropuerto de Beirut ha tenido como primer objetivo demostrar que todas las líneas aéreas son vulnerables».

Efectivamente, lo eran. Siguieron los atentados y secuestros a lo largo de 1969 y 1970, con los aviones de *El-Al* como objetivos prioritarios, pero también alcanzaron a otras compañías que tenían vuelos regulares con Israel. El día 29 de agosto, Leila Khaled y Salim Esawi, miembros del FPLP, subieron en Roma a un *B-707* de la *TWA* que volaba con dirección Tel Aviv; cuando se hallaban sobre el Mediterráneo, lo secuestraron a punta de pistola. Luego obligaron al piloto a dar dos vueltas sobre la capital israelí y, después, a sobrevolar varias veces Haifa, la tierra de la guapa Leila Khaled, que se convertiría en la más famosa combatiente palestina. A continuación se dirigieron hacia el norte, para tomar tierra en Damasco. La guerrillera

diría años más tarde: «Era la única forma de hacernos oír por un mundo que nos rechazaba. Teníamos que utilizar un lenguaje que nadie pudiera ignorar. ¿Es monstruoso resistirse a morir? No teníamos otra alternativa entre la violencia y el silencio de la extinción. Los criminales son aquellos que no nos han dejado otra salida».

En los meses siguientes fueron atacados, secuestrados o saboteados cuatro aviones: murió cerca de un centenar de pasajeros; dos aviones resultaron destruidos, uno gravemente averiado y murieron un copiloto y un terrorista palestino. Pero aquello sólo eran los ensayos. La escalada de los ataques contra los aviones comerciales comenzó al final del verano de 1970.

Concretamente, el domingo 6 de septiembre fue el día negro de la aviación comercial. La zarabanda, organizada por el FPLP de Habache, se inició por la mañana, cuando un *B-707* de la compañía *El-Al*, en vuelo desde Tel Aviv a Nueva York, hizo escala en Amsterdam. Entre los pasajeros que subieron al aparato en Holanda se hallaba una joven pareja: ella era Leila Khaled; él, Argüello, un comunista latinoamericano unido a los grupos palestinos. A la altura de las Islas Británicas, los dos terroristas se levantaron de sus asientos de clase turista y se dirigieron hacia la zona de primera clase; Argüello llevaba una pistola en la mano; Leila, dos granadas, con el seguro puesto. Una azafata se apercibió de las intenciones de la pareja y se lo comunico al capitán por el interfono; éste, al tiempo que ordenaba cerrar la cabina por dentro, realizó varias maniobras bruscas que desestabilizaron a los secuestradores, que en aquel momento se hallaban en el pasillo de primera clase; Leila estuvo a punto de caerse y cuando recuperaba el equilibrio sintió el cañón de una pistola en la sien y una tenaza en el cuello: había caído en manos de un agente israelí, que le arrebató las dos granadas en un par de segundos. Su compañero miró hacia atrás y cuando quiso reaccionar recibió dos disparos en el pecho. El avión aterrizó poco después en el aeropuerto londinense de Heathrow, donde retiraron el cadáver de Argüello, se hicieron cargo de Leila y acogieron a algunos pasajeros que renunciaron a seguir viaje tras las emociones de la mañana dominical.

Por la tarde fueron secuestrados tres aparatos más. Un *Jumbo* de *Pan American*, que volaba desde Amsterdam a Nueva York, fue desviado hacia el aeropuerto de El Cairo, donde los palestinos lo volaron tras hacer descender al pasaje y a la tripulación. Un *B-107*, de *TWA*, que se dirigía de Atenas a Nueva York con 145 personas a bordo, se sometió a los secuestradores a la altura de Bruselas, desde donde fue desviado hasta Fráncfort. Allí repostó combustible y despegó hacia Jordania. El piloto creyó ser víctima de una pesadilla interminable cuando, al

alcanzar el espacio aéreo hachemita, se le dieron las coordenadas de un viejo aeropuerto militar de la II Guerra Mundial, Camp Dawson, situado en el desierto. Aterrizó ya de noche en una pista balizada por bidones con gasolina ardiendo que la iluminaban. Estaba claro que el FPLP había preparado concienzudamente aquella operación: el viejo aeródromo, abandonado veinticinco años antes, estaba despejado y la pista, parcheada para la ocasión. Lo mismo le ocurrió a un DC-8, de *Swissair*, que fue secuestrado con 155 personas a bordo y conducido hasta la pista del desierto, pomposamente bautizada *Aeropuerto de la Revolución*.

Durante muchas horas nada se sabría sobre el destino de los 300 pasajeros (entre ellos, medio centenar de judíos, con pasaporte israelí o norteamericano) hasta que, a la madrugada siguiente, el FPLP emitió una nota en la que exponía sus condiciones para entregarles: inmediata puesta en libertad de tres palestinos detenidos en Suiza por un atentado contra un aparato de *El-Al*, devolución de Leila Khaled y del cadáver de su compañero Argüello; liberación de tres palestinos detenidos en Alemania tras su ataque contra un autobús que transportaba pasajeros de *El-Al*. Para soltar a los judíos israelíes y norteamericanos había una cláusula adicional: Tel Aviv debería entregar una lista con los palestinos detenidos en sus cárceles y, luego, proceder a ponerles en libertad.

Todos los países occidentales condenaron el secuestro y también lo hicieron algunos árabes, como Egipto, que ya había tomado bajo su protección a los pasajeros del *Jumbo* destruido el día 6 y que llegaron el día 8 a Roma, donde María Antonia Estévez, corresponsal del *Diario Madrid* en la capital italiana, recogió sus experiencias: «No es cierto que hiciéramos un aterrizaje desordenado en El Cairo, aunque, naturalmente, las circunstancias eran dramáticas, pero la tripulación, advertida por los piratas de que teníamos tres minutos para evacuar el avión antes de que estallase, nos estuvo repitiendo numerosas veces las consignas para que el desembarco fuese ordenado dentro de aquel caos… Había que descalzarse para poder deslizarse rápidamente por las rampas de descenso y evitar los golpes; luego había que correr para alejarse lo más posible del avión… Ha sido espantoso, pero dentro de lo que pudo pasar…».

Liberados los 148 pasajeros y los 18 tripulantes del *Jumbo*, la atención mundial se concentró en Jordania, a cuyo *Aeropuerto de la Revolución* llegaba otro avión secuestrado el día 9. Suiza, Alemania y Gran Bretaña pusieron rápidamente en libertad a sus prisioneros palestinos; Washington y Tel Aviv se negaron a cumplir las exigencias del FPLP, pero presionaban a Jordania para que terminase con aquella situación.

Hussein atravesaba la situación más compleja de toda su vida. El país estaba en guerra civil desde que aceptó el *Plan Rogers*: las tropas jordanas combatían intermitentemente contra los comandos palestinos desde finales de agosto; el Rey se salvaba de un atentado —el tercero en ocho meses—; Habache se apoderaba de dos céntricos hoteles en Ammán con todos sus huéspedes y los retenía dos días; Irak amenazaba con la invasión militar del territorio hachemita; la oficialidad parecía al borde de la sedición a causa del desorden creado por los *fedayines*…

Ante el dilema de perder el trono en un golpe militar —quizá, también, de una ofensiva que Israel ya planificaba— o de sufrir la condena y el rechazo del mundo árabe, Hussein buscó una salida tan hábil que servía para todo: nombró árbitro de la situación al jefe de su Estado Mayor, general Mashur Hadissa, cabeza de una de las principales tribus beduinas del país. Hadissa, hombre proclive a la negociación con los palestinos, no tuvo éxito. Logró que los palestinos devolvieran a los pasajeros, pero se burlaron de él, destruyendo los aviones. Por aquellos días, grupos de palestinos recorrían en automóvil las calles de pueblos y ciudades exhibiendo sus armas, atronándolas con sus salvas al aire, desafiando a policías y militares. El 10 de septiembre Hussein se lamentaba: «Mi Ejército se impacienta; no soportará mucho tiempo que se escarnezca la autoridad del Estado. El FPLP se ha pasado de la raya: no contento con establecer un aeropuerto pirata en mi territorio, confecciona sellos oficiales, proporciona visados, regula la circulación sobre las grandes carreteras, mantiene rehenes, emprende negociaciones con empresas extranjeras…». El intento de hallar una salida negociada había fracasado, pero Hussein había demostrado a sus beduinos su paciencia y su talante negociador. Era el momento de actuar.

Sustituyó a Hadissa y puso en su lugar a Daud, que nombró un Gabinete militar en el que llevaba la voz cantante el general Mahdali: proclamó la ley marcial y puso a las tropas en estado de máxima alerta. La OLP, que había expulsado al FPLP de sus filas por no estar de acuerdo con la cascada de secuestros, se apresuró a readmitir a Habache y a anunciar: «Toda tentación de atacar al Frente Popular se encontrará con la respuesta unida de la Revolución Palestina».

El día 16 los palestinos declararon la huelga general y en la madrugada del 17, Mahdali ordenaba a sus soldados que desalojaran a los grupos armados de Ammán. Diez días duró la desigual batalla entre el Ejército hachemita, duro, veterano y, en general, bien mandado y con medios artilleros, blindados y aéreos modestos, pero formidables ante quienes sólo podían oponer armas ligeras. Los

combates en Ammán y en Irbid fueron durísimos, calle por calle, casa por casa; la resistencia palestina obligó a los militares a emplear carros y cañones… Las dos ciudades quedaron destrozadas.
En aquellos días se vivió la amenaza de una generalización del conflicto cuando Siria envió un regimiento de carros a Jordania para apoyar a los palestinos. William Rogers, secretario de Estado norteamericano, se entrevistó con Yithzak Rabin en Washington: «¿Podría Israel proporcionar a Jordania cobertura aérea para rechazar el ataque sirio?». El embajador le respondió que, técnicamente, no había problema alguno. Consultó a su Gobierno y, poco después, tenía la respuesta: *Estamos preparados*. No tuvieron que intervenir porque los carros de combate de Hussein se bastaron para rechazar a los sirios.
Mientras los palestinos eran poco a poco arrollados por el ejército real, las condenas le llovían al soberano hachemita desde todos los puntos cardinales, junto con la petición de que se alcanzase un alto el fuego, que los militares jordanos no deseaban. Una de las preocupaciones de los países árabes aquellos días fue la suerte de Arafat, al que el presidente sudanés, Numeiri, no logró sacar de Ammán por falta de garantías jordanas. Más fortuna tuvo en ese empeño el príncipe kuwaití Saad Abdullah al Sabbah, que llegó hasta donde se hallaba Arafat en un blindado y logró sacarle de su refugio y llevarle hasta el aeropuerto disfrazado con sus propias ropas.
El 23 de septiembre, Hussein ordenó el *alto el fuego*. El presidente Numeiri, que se hallaba en Jordania y que jamás se distinguió precisamente por su delicadeza, se manifestó horrorizado ante las aldeas palestinas abrasadas por el napalm, los campamentos de refugiados arrasados por las cadenas de los tanques, barrios enteros reducidos a escombros por los cañones y por lo visto en el hospital palestino de Djebel Achrafieh: «Centenares de mujeres, niños, heridos y desvalidos han sido arrastrados a la calle y aplastados por los blindados… Los médicos y las enfermeras han sido detenidos y amenazados de muerte…». La lucha aún continuó esporádicamente hasta el día 24, en que cesó del todo.
El día 25 de septiembre de 1970 se reunió en El Cairo una minicumbre árabe. La cita tuvo lugar en el hotel Hilton, a orillas del Nilo y allí se encontraron frente a frente, Hussein y Arafat. Ambos habían conservado sus pistolas colgadas del cinturón, pero no hubo tiros porque en medio estaba Nasser, más canoso, más viejo, con más ganas de compromiso que nunca. Hussein esperaba muchas recriminaciones y las tuvo que soportar: Libia y Kuwait le retiraron sus ayudas; Arabia Saudí se las recortó… Sin embargo, políticamente,

Hussein fue el vencedor, pues los saudíes terminaron por apoyarle ante las críticas antimonárquicas que allí se escucharon; Kuwait hizo lo propio; Egipto trató de contemporizar; Gadhafi y Numeiri imitaron al *Rais*… Arafat, rico en consuelos y buenos consejos, se quedó solo y hubo de tragarse las condiciones de Hussein: las organizaciones armadas deberían abandonar las ciudades y estacionarse a lo largo del Jordán; en las ciudades no habría palestinos armados; la OLP sería, en adelante, la única representante legal de su pueblo; Jordania se comprometía a ser la base y la garantía de la revolución palestina… El acuerdo se firmó el 27 de septiembre de 1970. Al día siguiente, víctima de un infarto, moría, con 52 años de edad, el presidente Gamal Abdel Nasser, *Rais* de Egipto.

Cuando Arafat, que se había trasladado a Damasco, se enteró, no pudo contener las lágrimas. La muerte de Nasser, unida al acuerdo firmado con Hussein y a la derrota militar, le hacen exclamar: «Lo hemos perdido todo». En adelante, para los palestinos, aquel mes de 1970 se llamaría Septiembre Negro. En Jordania, mientras los palestinos iban cumpliendo lo acordado y se trasladaban hacia el Jordán o entregaban las armas, contaban sus bajas: 3440 muertos, 10 800 heridos y 6000 prisioneros, cuya libertad estaba prevista por los acuerdos de El Cairo. Los jordanos también tuvieron que guardar luto por más de 800 muertos.

No terminó entonces el contencioso jordano-palestino. Hubo nuevos enfrentamientos a finales de 1970 y comienzos de 1971. Los palestinos no se resignaban a perder Jordania y Hussein aprovechó su fuerza para aplastar toda resistencia. Las cláusulas de los acuerdos de El Cairo y de los firmados el 13 de octubre de ese mismo año, que beneficiaban a los palestinos, fueron papel mojado. En algunos momentos, la represión jordana fue tan dura que hubo palestinos que prefirieron entregarse a los judíos o que, literalmente, se suicidaron cruzando el Jordán en pleno día. Eso obligó a los guerrilleros palestinos a dirigirse a Líbano, con cuyo Gobierno habían suscrito un acuerdo secreto en 1969 que les permitía libertad de acción en su territorio. Durante la siguiente década, Líbano sería la gran base palestina en sus acciones contra Israel. Eso encendería una feroz guerra —no concluida en todas sus múltiples ramificaciones— que destruiría el país, le haría vivir media docena de guerras internas diferentes, le convertiría en víctima de las represalias judías y de sus diversas invasiones y ocupaciones y le haría, finalmente, perder su independencia, mediatizada a partir de los años setenta por una fuerte presencia militar de Siria.

La crisis interna desgarró la OLP y en aquella lucha ganaron los

extremistas. Arafat trató de buscar un punto de equilibrio y sufrió un atentado; más aún, alguno de sus amigos cambió de bando y su propio movimiento, Al Fatah, se dividió. Arafat se inclinó ante el deseo de la mayoría: guerra total contra Israel y venganza contra Hussein y su camarilla. En esa radicalización se fundó un nuevo grupo de terroristas: Septiembre Negro, que hizo su presentación mundial en 28 de noviembre de 1971 en El Cairo, asesinando al primer ministro jordano, Wasfi el-Tall, que llegaba a la reunión del Consejo de Defensa de la Liga Árabe.

Septiembre Negro sustituiría al FPLP en la vanguardia más extremista del terrorismo palestino. Su primera actuación importante contra Israel fue el secuestro de un B-707 de la compañía belga *Sabena*, a primera hora de la tarde del 8 de marzo de 1972, cuando volaba hacia Tel Aviv. Cuatro comandos, dos hombres y dos mujeres, trataron de desafiar a Israel en su propio territorio y condujeron el avión hasta el aeropuerto de Lod, donde amenazaron con volarlo si Israel no ponía en libertad a 108 *fedayines*. Dayan en persona se hizo cargo del caso y, después de engañar y agotar a los secuestradores durante 24 horas, sus comandos tomaron el aparato, mataron a los dos hombres y capturaron a las dos mujeres.

El aeropuerto de Lod sufriría un sobresalto mucho más grave dos meses después. El 30 de mayo, tres *turistas* japoneses procedentes de Roma esperaban sus equipajes junto a la cinta transportadora. Cuando aparecieron, sacaron de ellos tres subfusiles y varias granadas de mano y comenzaron a disparar contra los pasajeros reunidos en la sala. Veintiséis personas resultaron muertas —16 de ellas eran puertorriqueñas— y 81 heridas. Los terroristas eran miembros del Ejército Rojo japonés y habían recibido instrucción en un campamento del FPLP en Líbano. Dos de ellos murieron en la refriega y el tercero, Kozo Okamoto, fue condenado a cadena perpetua. El FPLP reivindicó el atentado, aclarando que era una represalia por lo ocurrido con los secuestradores del avión de *Sabena*.

Tres semanas tardó en llegar la represalia judía: *Tzahal* destruyó tres aldeas libanesas, donde murieron 70 personas.

Septiembre Negro dejó enfriar los cadáveres para tomarse una feroz venganza. En la madrugada del 5 de septiembre de 1972 algunos atletas que habían pasado la noche de juerga regresaban a sus habitaciones en la villa olímpica de Múnich. El entrenador de lucha del equipo israelí, Moshe Weinberg, estaba despierto porque uno de sus atletas se le había escapado de jarana; cuando escuchó ruido en el descansillo del apartamento que compartía con otras once personas del equipo olímpico, se dirigió a la puerta, suponiendo que era su

oveja descarriada. Al abrir sorprendió a un grupo de hombres armados y con las cabezas cubiertas con pasamontañas. Cerró de golpe gritando «¡Palestinos, palestinos terroristas!».

Aquellos atletas medio dormidos apenas pudieron oponer resistencia. Los terroristas derribaron la puerta y, aunque encajando algún golpe, controlaron la situación en pocos minutos. En la refriega murieron Weinberg y Romano, un levantador de pesos que quedó gravemente herido y falleció horas después. El equipo uruguayo, que ocupaba el apartamento contiguo, avisó a la policía inmediatamente: eran las 4,40 horas. Cuatro horas después, los palestinos comunicaron a la policía sus demandas: deseaban la inmediata puesta en libertad de 200 presos palestinos en Israel; de lo contrario, a partir de las doce ejecutarían a un rehén cada dos horas que transcurrieran sin ver satisfechos sus deseos.

A las 11 de la mañana, el canciller alemán, Willy Brandt, habla, tras haber celebrado una reunión de urgencia con su gabinete, con Golda Meir, primera ministra de Israel, que también acaba de terminar un consejo de ministros. Golda le dice que Israel no cedería al chantaje terrorista y que, por tanto, debe actuar según su juicio, «incluso por la fuerza». A ruegos del embajador de Túnez en Bonn, Mahmud Mestiri, los terroristas amplían su ultimátum hasta las 15 horas, que en sucesivas negociaciones llegan a las 21 horas. Desde las tres y media de la tarde un grupo de especialistas israelíes asesora a la policía alemana, a la que recomiendan ganar tiempo, cansar a los asaltantes y sacarles de la villa olímpica. A esas horas, la policía alemana comunica a los secuestradores que no puede hacer nada en cuanto a la liberación de los presos palestinos porque Israel no cede a sus pretensiones, pero que sus restantes demandas puede cumplirlas: allí están los autobuses y los helicópteros solicitados y en el aeropuerto de Fürstenfeldbruck espera ya listo un avión; el embajador de Túnez garantiza la operación; Egipto les ofrece asilo…

Los comandos ceden. Son conscientes de que han hecho mucho ruido y ya han muerto dos personas. Sólo tienen una duda: *¿Por qué ese aeropuerto militar y no el civil de Múnich?* Les dan una respuesta plausible: *Para no colapsar este aeropuerto, el más concurrido de Europa en los días olímpicos*. La operación se inicia a las 22 horas: los nueve rehenes, con las manos atadas a la espalda y todos unidos por cuerdas que les traban los pies, salen del edificio y se dirigen al autobús militar que acaba de llegar; los ocho guerrilleros les conducen a la vez que se escudan en ellos, con las armas listas en la mano. A las 22,17 horas, el grupo se divide en dos y suben a sendos helicópteros, que toman tierra en Fürstenfeldbruck doce minutos más tarde.

La pista está iluminada. En el centro, con las luces encendidas y los motores en marcha, se encuentra un *B-727*. Dos palestinos descienden de los helicópteros y se dirigen al avión, lo inspeccionan y saludan a los pilotos… todo parece normal, pero cuando regresan hacia los helicópteros se manifiesta la trampa que les han tendido: docenas de policías emboscados disparan contra ambos y contra dos más que se hallan en pie junto a los helicópteros. Dos caen muertos, otro herido; el cuarto alcanza los helicópteros y dispara contra los rehenes que están dentro; otro palestino abre fuego contra la torre de control y mata a un policía. En la enorme confusión, los agentes ya no saben contra quién disparan y parte de su fuego lo reciben los rehenes, mientras los palestinos dejan a oscuras el aeropuerto con sus disparos.

A media noche, el jefe de prensa del Gobierno federal, Konrad Ahlers, anunciaba que los terroristas habían sido liquidados y los rehenes estaban a salvo: «La operación, planificada minuciosamente desde las siete de la tarde, ha sido un éxito». Fue aquél uno de los mayores fraudes informativos de todo el siglo. La realidad era aterradoramente diferente: a aquellas horas, uno de los helicópteros ardía con cinco rehenes dentro, a causa de una bomba de mano lanzada por uno de los secuestradores; en el otro aparato, acribillado por los disparos de la policía, había seis cadáveres: cuatro rehenes y dos palestinos; sobre la pista yacían muertos tres hombres de Septiembre Negro, mientras que los otros tres supervivientes seguían disparando contra la policía. Dos de ellos se rindieron cuando agotaron la munición, a la 1,32 de la madrugada del 6 de septiembre. El tercero logró romper el cerco de 600 policías en torno al aeropuerto, pero agotado, herido, sin documentación ni dinero, se entregó horas después, en los suburbios de Múnich. En aquella tragedia murieron 17 personas: dos en la villa olímpica, nueve rehenes en el aeropuerto, en total once israelíes; cinco guerrilleros palestinos y un policía alemán.

El día 8 de septiembre se reanudó la Olimpiada. Un norteamericano de origen judío, el nadador Mark Spitz, se convertía en el atleta más laureado de aquellos Juegos. Ese mismo día, comandos israelíes, apoyados por su aviación, destruían dos campamentos palestinos en Líbano y Siria, causando 65 muertos, en su mayoría población civil. El periodista árabe, Kamal Adwan escribía dos semanas después en *Le Monde*: «Sería posible discutir sobre la inocencia de unos y la *culpabilidad* de otros si al día siguiente de la muerte de los atletas israelíes no hubiesen muerto a su vez doscientos palestinos —niños, mujeres, ancianos…— bajo las bombas israelíes, ante el silencio de las buenas conciencias. ¿Estos palestinos eran más *inocentes* o menos *inocentes* que los once israelíes enterrados la víspera?».

Las acciones terroristas y las represalias cada vez más brutales continuaron durante todo el siguiente año, en el que Israel realizó un mínimo de once incursiones en Líbano y Siria, borrando del mapa cuatro poblados palestinos y causando graves daños en otros; su aviación militar derribó un aparato comercial libio que se había adentrado en el Sinaí. Septiembre Negro reaccionó asaltando la embajada de Arabia Saudí en Jartum, durante una recepción diplomática, el 1 de marzo de 1973. Como no se cumplieran sus demandas, los terroristas asesinaron al embajador y al encargado de negocios de Estados Unidos y a otro diplomático belga. Luego se entregaron.

El terrorismo de Septiembre Negro comenzó a inquietar seriamente a los países árabes e, incluso, a las diversas organizaciones palestinas. Abu Jihad, jefe de los Servicios Secretos de Al Fatah y, años después, número dos de la OLP, manifestaba en agosto de 1973: «Si bien comprendemos las acciones de Septiembre Negro, no las animamos en absoluto. Cuando digo *comprendemos* quiero decir que no podemos aislar esas operaciones de la dramática situación de nuestro pueblo (…) Dado que los regímenes árabes establecen un auténtico cordón de seguridad en torno a Israel, las acciones clásicas de la guerrilla contra el ocupante son cada vez más difíciles (…) A falta de poder combatir directamente al enemigo o, en todo caso, por la dificultad de conseguirlo, algunos se sienten arrastrados hacia la acción terrorista indirecta».

La guerra no cesaba. En febrero de 1973 era detenido un grupo de palestinos, con Abu Daud —activista de Septiembre Negro— al frente, acusado de tramar el asesinato del rey Hussein. No se sabe si fue denunciado a la policía jordana directamente por Abu Jihad o si éste le hizo llegar la *información* a Aaron Yariv, a la sazón jefe de la inteligencia militar israelí, que se la pasó a los jordanos[146]. Sea como fuere, es una elocuente muestra de la complejidad y la dureza que adquirió en los años setenta la batalla de los servicios secretos. El *Mossad*, la agencia probablemente más competente y despiadada de la Tierra, tuvo por aquellos años como misión primordial la lucha contra agentes y terroristas palestinos. Toda Europa vivió por aquellos años los sobresaltos de la lucha protagonizada por los hombres sin rostro[147].

El primer caso identificado fue el del *diplomático* israelí Ebrahim Elron, secuestrado en Estambul el 17 de mayo de 1971. Apareció muerto cinco días después y fue identificado como agente de Yariv. A partir de ahí fue continuo el *ping-pong* terrorista. En Bruselas caía asesinado, mientras tomaba una copa en una cafetería céntrica, el

agente doble judío Tsadok Ophir. En el verano de 1972 saltó por los aires el número uno de Septiembre Negro, Ghasan Kanafani, cuando accionaba la llave de arranque de su automóvil. En Roma, en plena calle y a mediodía, era acribillado a balazos el palestino Zuayter. Sus amigos le vengaron asesinando a Olivares, empleado de *El-Al* en la capital italiana… Roma se convirtió en campo de batalla aquellos meses. Un día, en el aeropuerto de Fiumicino, se hallaron cuatro equipajes sospechosos, en los que la policía encontró armas y municiones; se supuso que sus propietarios habían abandonado de estampida el aeropuerto al advertir la presencia de agentes judíos… dos de ellos resultaron cazados unos días después, cuando su *Mercedes* fue despanzurrado por una carga explosiva colocada en el maletero.

En Madrid, frente a la céntrica cafetería *Morrison*, caía asesinado el israelí Moshe Hanan, de profesión comerciante, que resultaría llamarse realmente Baruch Cohen y era miembro del *Mossad*.

En Ostia, Italia, fueron detenidos dos palestinos cuando preparaban un lanzagranadas para abatir un avión de *El-Al*, en el que viajaba Golda Meir, y una acción similar ocurrió en Orly meses más tarde. Justo por entonces, invierno de 1973, los palestinos Hamchari y Budia fueron asesinados en París, supuestamente por agentes judíos. Por aquellos días, comandos palestinos disparaban en el aeropuerto de Nicosia, Chipre, contra un avión de *El-Al*, causándole daños de importancia y, casi al tiempo, los miembros del FPDLP colocaban una bomba en la estación de autobuses de Tel Aviv, causando numerosas víctimas.

La tensión en el Próximo Oriente, con ramalazos en Europa, fue tremenda por aquella época. La inseguridad alcanzó al tráfico aéreo, con más de treinta secuestros, atentados y derribos de aparatos comerciales y matanzas en aeropuertos entre 1968 y l973. Desde la guerra de los Seis Días al verano de 1973, la aviación israelí penetró más de cien veces dentro del espacio jordano, sirio o libanés, para bombardear poblados palestinos; los ataques aéreos fueron, muchas veces, acompañados de acciones de infantería o comandos. La más espectacular de estas represalias israelíes la padeció Líbano en la noche del 9 al 10 de abril de 1973, tras el atentado del FPDLP en la estación de autobuses de Tel Aviv. Aquella noche, grupos de comandos llegados a Beirut en lanchas rápidas y, quizá, también en helicópteros, eran esperados por agentes israelíes en la capital libanesa, que les proporcionaron seis grandes *limusinas* americanas y conductores que conocían bien la ciudad. Uno de los grupos asaltó la oficina del FPDLP, tomó cuantos papeles pudo hallar y luego la voló. Otro alcanzó un moderno inmueble donde vivían tres dirigentes de Al Fatah: Abu Yusef, Kamal Adwan y Kamal Nasser, que fueron

asesinados en pocos minutos, junto con sus guardaespaldas y algunos familiares; ante el estruendo, acudió la policía, que cruzó un fuerte tiroteo en la calle Verdun con los asaltantes en retirada. Un tercer grupo penetró en el campo de refugiados de Sabra, donde dinamitó la sede del FPDLP. Otro más alcanzó el barrio de Uzai, donde destruyó varias casas de palestinos, con sus habitantes dentro; para abandonar la zona hubieron de abrirse paso a tiros. Menos de dos horas después de su llegada escaparon por la playa de Ramlet el Baida, donde les esperaban varias *zodiak* con las que salieron a mar abierta; allí les recogió un buque de la Marina israelí. Detrás de sí dejaron un rastro de destrucción y muerte: aparte de los tres líderes palestinos ya mencionados, murieron 40 de sus compatriotas y 29 libaneses. Los israelíes no confesaron ninguna baja, aunque debieron sufrir varios heridos porque los coches abandonados en la playa tenían manchas de sangre.

Los comandos judíos dejaron, además, activada una bomba que destruiría todo Líbano. Quizá aquel día comenzó la guerra civil, aunque había muchos antecedentes. El primer ministro, Saeb Salam, presentó la dimisión e, inmediatamente, surgieron los enfrentamientos callejeros. Cuatro días después fueron volados dos depósitos de combustible de la compañía norteamericana *Medreco*, que ardieron durante 24 horas, causando mucho humo, bastantes pérdidas y una indignación imparable: se dijo que cerca de los depósitos habían sido vistas varias personas con pinta de palestinos… Pero nunca los palestinos reivindicaron el atentado. ¿Fueron agentes israelíes? ¿Acaso provocadores de la Falange de Gemayel?

Sea como fuese, Líbano vivió hasta el verano de 1973 una incesante sucesión de enfrentamientos que presagiaban lo que luego sería una guerra civil. Las clases más conservadoras, las que, precisamente, ostentaban el poder en Líbano, formadas en gran parte por los cristianos maronitas y los musulmanes sunnitas más acomodados, no podían soportar la presencia palestina. Los palestinos, en efecto, desestabilizaban política y socialmente al pequeño país; más aún, atraían las represalias israelíes como el metal a los relámpagos. Líbano ya olía a cadáver. Era un país en plena descomposición donde se enfrentaban los cristianos contra los musulmanes; los conservadores contra los progresistas; los drusos a favor de los palestinos; las falanges cristianas de Gemayel, contra palestinos y drusos; el clan Gemayel contra el clan Frangié… Luego, a partir de los años ochenta, entrarían en escena los integristas chiíes, todavía más fanáticos e impredecibles. Los secuestros y los asesinatos políticos se tornarían noticia cotidiana (Kemal Yumblat, líder druso; Toni Frangié, ministro,

sunnita; Bechir Gemayel, maronita, jefe de la Falange libanesa y primer ministro; Rachid Karami, sunnita, primer ministro en media docena de ocasiones; Elias Sarkis, primer ministro, maronita, salvó la vida exiliándose a París). En estas luchas, que se prolongarían casi dos décadas, morirían más de 100 000 personas; los heridos serían al menos el doble y el país quedaría arrasado, descoyuntado y parcialmente ocupado por sirios e israelíes.

Pero no adelantemos acontecimientos, aún estamos en 1973, en los prolegómenos de la guerra del Líbano y con Tel Aviv corneando furiosamente todos los principios del derecho internacional. Justo aquel verano, los israelíes, que ya habían derribado un avión de pasajeros, secuestraron otro, un *Caravelle* iraquí, que volaba de Beirut a Bagdad; dos cazas judíos lo interceptaron el 10 de agosto, obligándolo a aterrizar en Haifa. La policía registró el avión y comprobó la identidad de los pasajeros; luego les permitió seguir hacia su destino. Buscaban al doctor Habache, que tenía que haber tomado ese vuelo y, a última hora, canceló el viaje. En un país donde todo se compra y se vende, donde los solares llenos de escombros habían duplicado su valor, alguien había vendido la información del viaje de Habache a los judíos y, quizá, a los palestinos que los judíos lo sabían.

DÍAS DE GUERRA Y PAZ

Mordechai —*Motti*— Ashkenazi, capitán de la reserva israelí, tenía que cumplir uno de sus periodos obligatorios de servicio militar con la mala suerte que se le ordenaba incorporarse a su puesto el 25 de septiembre de 1973, lo que le impediría pasar con su familia la fiesta del *Yom Kippur*[148]. El destino, sin embargo, era envidiable, según ponderaron mucho sus amigos: el reducto Budapest, situado al norte de la *Línea Bar-Lev*, en la zona marismeña frente a Port Said, ya junto al Mediterráneo, era un lugar apacible, bueno para tomar el sol, darse un baño de vez en cuando, dormir a pierna suelta y con todas las comodidades: aceptables literas, aire acondicionado, frigorífico, comida fresca, reparto diario de correo y periódicos… Trabajo, poco; responsabilidades, escasas: controlar apenas a un centenar de soldados, equipados con armamento individual y cuyas ocupaciones se reducían a vigilar un proyector y a patrullar apenas cinco kilómetros de dunas… Un lugar ideal para descansar a costa del contribuyente.

El capitán *Motti* Ashkenazi llegó a su puesto de mando el 25 de septiembre de 1973 y quedó desolado ante la situación del fortín. Las defensas habían sido descuidadas y calculó que necesitaría unos 3000 sacos terreros para completarlas; las dunas que dominaban el Canal habían perdido altura en tres años de desgaste e incuria; el proyector, que debería tener una potencia superior a los trescientos metros, apenas alcanzaba la quinta parte… El capitán comenzó a enviar partes y pedir ayuda, encontrando evasivas, buenas palabras y, a sus espaldas, algunas risas dedicadas a su inexperiencia.

No se burlaba, sin embargo, el teniente Benjamin Siman-Tov, destinado al Servicio de Información del Ejército, a cuyas manos iban

a parar, en último término, los informes de todos los jefes de los reductos de la *Línea Bar-Lev*, además de las observaciones aéreas, los informes del satélite norteamericano y las comunicaciones del espionaje. A finales de septiembre elevó a la superioridad un grueso *dossier* con las observaciones de las dos últimas semanas del mes. Como nadie le consultara nada, el 3 de octubre bombardeó a sus superiores con copias de aquel informe, engrosado con nuevas aportaciones y se aseguró que las carpetas llegaran a sus destinatarios; luego les importunó para que lo leyeran… Siman-Tov fue cambiado de destino el 4 de octubre por *visionario y timorato*.

A partir del 29 de septiembre, los comunicados diarios del capitán Ashkenazi avisan a sus superiores de que en las líneas egipcias se advierte una inusual actividad, que puede observar artillería y carros de combate bajo redes de camuflaje, que los movimientos de maquinaria pesada son ininterrumpidos al otro lado del Canal. Le responden que deje de fastidiar. El 5 de octubre, por la tarde le visita el comandante del sector y le recomienda calma.

—*¡Pero cómo voy a tener calma si los de ahí enfrente van a atacarnos y yo no tengo nada para defenderme! He identificado cinco grupos de comandos egipcios frente a esta posición y nosotros somos menos de una compañía, carecemos de buenas defensas y sólo disponemos de armas ligeras*.

—*¡Bueno, olvídate ya! Les conozco bien y no valen un pedo… Te aseguro que se han adoptado todas las precauciones ante una eventualidad*.

Quince horas después, a la una de la tarde del sábado 6 de octubre, festividad judía del *Yom Kippur*, el comandante llama a *Motti* Ashkenazi: *estado de alerta a partir de las 18 horas; a las 17,30 horas, todos deben estar en sus puestos con casco y chaleco antibalas. Tú, con la radio, en el puesto de observación. Dos hombres y el bazooka, en el lugar más comprometido*. El comandante ha perdido su tono jocoso de la víspera. *Motti* ordena el estado de alerta inmediata: revista de armas, equipo de combate, distribución de posiciones y últimos preparativos para la lucha. A las 13,40 horas llama nuevamente el comandante y le da la consigna: *«Guerra total». Motti* distribuye sus pequeñas fuerzas y ocupa el puesto de observación.

A las 14 horas del 6 de octubre de 1973, un millar de cañones egipcios abrió fuego sobre la *Línea Bar-Lev*; mientras, 200 aviones cruzaban el Canal y se internaban en el Sinaí, atacando concentraciones de carros, aeropuertos militares y bases navales; simultáneamente, docenas de helicópteros, cargados de comandos, sobrevolaban la vía de agua y les depositaban detrás de la primera línea israelí. *Motti* Ashkenazi, uno de los pocos jefes de puesto que no fue sorprendido por el ataque, pudo contar el estallido de 30 granadas por minuto sobre su sector; pronto

tuvo que abandonar el puesto de observación, centrado por los cañones egipcios. Se refugió en una trinchera y pudo contemplar sus líneas destrozadas por la artillería; sólo el búnker *Budapest* resistía el fuego.

Tras dos horas de ininterrumpido cañoneo, hubo un momento de pausa y la tierra dejó de temblar. Observó entonces el avance egipcio a través de las marismas: carros de combate, blindados de reconocimiento y transportes de infantería que se dirigían directamente contra ellos. Pidió auxilio y pronto llegó a taponar la brecha una compañía blindada, que perdió seis tanques casi antes de entrar en fuego, pero los demás rechazaron el ataque y convirtieron la marisma en un cementerio de chatarra egipcia, sufriendo, a su vez, pérdidas importantes. *Motti* Ashkenazi, cuyo único apoyo pesado se reduciría al anochecer del 6 de octubre, a dos tanques —uno de ellos con el cañón inutilizado—, juró, mientras recogían heridos y fugitivos de los fortines próximos, ya en manos egipcias, que si sobrevivía a la guerra denunciaría las negligencias de sus mandos[149].

Operación Luna llena

Pero para llegarse a la guerra del *Yom Kippur* hubieron de ocurrir múltiples acontecimientos en Próximo Oriente tras la firma del *Plan Rogers*, en el verano de 1970, y de la muerte de Gamal Abdel Nasser el 28 de septiembre de ese mismo año. Antes de esos sucesos se produjeron los asaltos al poder del general Gaafar el Numeiri en Sudán y del coronel Muammar el Gadhafi, en Libia. Aquél se alzaba con la presidencia de Sudán el 25 de mayo y asumía todos los poderes el 28 de octubre de 1969; éste arrojaba del trono a Idris el Senussi el 1 de septiembre del mismo año.

Desde su asalto al poder se pudo ver a ambos continuamente junto a Nasser. Éste comenzó a pensar que su acariciada unión del mundo árabe estaba próxima y esta vez no sería junto a la díscola y lejana Siria, sino entre tres países con fronteras comunes y dirigidos por hombres que habían mamado sus ideales. El sueño se rompió al morir Nasser, que dejó como herencia una feroz lucha por el poder.

La Unión Socialista Árabe, el partido hechura del *Rais*, había distribuido el poder entre los cuatro colaboradores más próximos a Nasser y compañeros suyos en los *Oficiales Libres*, que destronaron a Faruq veinte años antes. Anuar el-Sadat se hizo cargo de la presidencia; Alí Sabri, de la jefatura del Gobierno; Zakaria Mohiedin, de la Vicepresidencia y Muhammad Fawzi, de la cartera de Defensa.

A partir de aquel momento, Sadat sustituiría a Nasser en las negociaciones con Numeiri y Gadhafi para la constitución de la Unión Árabe y se convertiría en la voz autorizada en el conflicto árabe-

israelí, ampliando, como primera medida, en noventa días más el alto el fuego en el Canal. Israel ya le había allanado el camino: el 5 de octubre, la primera ministra, Golda Meir, declaraba a *Le Fígaro*: «Si los egipcios no violan la tregua, no será Israel quien dispare primero. Queremos la ampliación de la tregua con tal que se respeten los acuerdos tomados…».

Por esos días, un nuevo golpe militar cambiaba el panorama de la región: el 13 de noviembre, el hombre fuerte de Siria, Hafed el-Assad, decidía salir de la sombra con un pronunciamiento, que arrumbó al presidente Nuredin el-Atassi y a los principales dirigentes baasistas. Una de las primeras medidas del presidente del Consejo Revolucionario —y, pronto, presidente de Siria— fue anunciar la cooperación de su país en la lucha contra Israel y su adhesión a la Unión Árabe que planeaban egipcios, libios y sudaneses.

En este terreno no se progresaría realmente nada a causa de la lucha por el poder en Egipto y de los *problemas internos* alegados por Numeiri. Sadat se desharía del molesto y filomoscovita Sabri[150] cuando éste trató de oponerse a la unión de Egipto con Siria y Libia, pretexto que el presidente aprovechó para dar un golpe de Estado desde el poder, hacerse con el control del ejecutivo y nombrar un gabinete de hombres de su confianza.

Durante ese proceso, el 22 de febrero de 1971, Sadat había definido su postura respecto al problema de Próximo Oriente. La *Resolución 242* era para él «un tratado de paz embrionario»; Israel nada tendría que temer pues su seguridad estaría garantizada por los *Cuatro Grandes*, al tiempo que Egipto abriría a sus buques tanto el canal de Suez como los estrechos de Tiran. A cambio, Israel debería abandonar los *Territorios Ocupados* y dar una solución al problema palestino de acuerdo con las recomendaciones de la ONU.

Nixon recogió el guante dos días después, aceptando que nunca sería posible un acuerdo de paz si los árabes no recuperaban previamente los territorios perdidos en 1967. Golda Meir puntualizaba veinticuatro horas más tarde que *Estados Unidos era plenamente consciente de que Israel no podía abandonar el Golán ni Sharm el Sheik*. Moshe Dayan sería aún más explícito meses después, asegurando que era mejor *Sharm el Sheik sin paz, que paz sin Sharm el Sheik*.

Washington había advertido el talante negociador del nuevo presidente egipcio y, aquella primavera de 1971, William Rogers visitó El Cairo en un viaje *pacificador* —que también incluyó Ammán, Beirut, Riad y Tel Aviv—. La represión antisoviética emprendida en Egipto y los gestos de complacencia hacia Rogers hicieron sonar en el Kremlin todos los timbres de alarma. Tres semanas después llegaba a

El Cairo el presidente soviético, Podgorny, que llevaba en la cartera un regalo para Sadat: un tratado de amistad y cooperación por 15 años, acompañado de la entrega de las armas más avanzadas del arsenal defensivo soviético. Sadat y Podgorny aparecían por aquellos días sonrientes, inaugurando la presa de Asuán.

Las Naciones Unidas intentaban, nuevamente, mediar en el conflicto y en el curso del periodo de sesiones del otoño de 1971 adoptaban una nueva resolución (2799-XXVI en la que, basándose en la n.º 242, pedía: a) Retirada israelí de los *Territorios Ocupados*; b) Fin de todas las situaciones o alegatos de beligerancia; c) Reconocimiento de la soberanía, de la integridad territorial y de la independencia de todos los países de la zona; d) Garantías para la libre navegación por las vías internacionales de la zona; e) Una solución justa para el problema palestino.

El embajador Gunnar Jarring se puso nuevamente en movimiento y encontró la inmediata aquiescencia egipcia y siria; en Israel, sin embargo, se atascó: «Estábamos dispuestos —escribe Dayan— a entablar negociaciones de paz con Egipto, sin condiciones previas, pero, como ya habíamos declarado con anterioridad, no regresaríamos a las fronteras del 4 de junio de 1967».

En el curso de las negociaciones[151] de William Rogers y de Gunnar Jarring —entre la primavera de 1971 y la de 1972— Israel hizo saber a Egipto que estaba dispuesto a considerar una retirada parcial del Sinaí para que el Canal pudiera limpiarse y entrar nuevamente en funcionamiento y para que se reconstruyeran y repoblaran las ciudades ribereñas. El Gobierno judío sabía que la situación en el Sinaí y en el Golán no podría prolongarse indefinidamente y suponía que a El Cairo se le enfriarían los ánimos bélicos si se le entregaba el Canal. Al tiempo, eso dejaría a Siria sola ante Israel. Moshe Dayan y David Eleazar, al frente del Ministerio de Defensa y del Estado Mayor, respectivamente, no tenían duda alguna: el Golán era vital por su proximidad a los centros neurálgicos de Israel (30 km a Nazaret, 60 a Haifa, 100 a Tel Aviv); en el Sinaí, a una distancia entre 30/70 km del Canal, existía una buena línea defensiva, apoyada en su abrupto relieve; las vías de penetración hacia el Este podían ser controladas en los pasos montañosos de Katmia, Giddi y Mitla. Esa línea se hallaría a 150 kilómetros de la frontera con Israel.

Las perspectivas negociadoras abrieron nuevas posibilidades al astuto Sadat, que pudo jugarse un órdago con la URSS, cuyos días dorados tocaban a su fin en el Próximo Oriente y en el mundo árabe. Numeiri se enfrentaba con Moscú tras un intento de golpe de Estado de los comunistas sudaneses; Gadhafi, piadoso musulmán, era anticomunista;

Sadat, en desacuerdo con la política de Nasser hacia Moscú y enemigo de los comunistas egipcios a los que había marginado del poder, sólo seguía vinculado a la Unión Soviética por el interés de sus suministros militares. Bastó que Moscú rechazase proporcionar a Egipto armamento ofensivo (cohetes tierra-tierra de alcance medio, bombarderos pesados, carros de combate más modernos…) para que Sadat lo tomase como pretexto para romper el acuerdo. El 18 de julio de 1972, el presidente egipcio pedía a Moscú que retirase a sus consejeros militares de Egipto.

El día 20 comenzaba la repatriación de los 20 000 asesores, aunque permanecieron en Egipto unos 3000, encargados de las instalaciones de radar y de las rampas de cohetes *SAM-2* y *SAM-3*. El jefe del Ejército egipcio, general Sadek, manifestó en aquellos días: «Los rusos nos han estado entregando la chatarra de sus arsenales».

Una *chatarra* que comenzaba a mostrarse extremadamente peligrosa. En el otoño de 1972 se registró una creciente inquietud en el Golán, a raíz de las represalias israelíes contra Siria por el atentado de Septiembre Negro en la villa olímpica de Múnich. Fueron muy numerosos los intercambios de fuego artillero e, incluso, las confrontaciones aéreas, en las que Siria perdió 21 aviones a cambio de 3 israelíes. Durante 1973 se mantuvo la elevada tensión, con operaciones de comandos de uno y otro bando, continuo fuego artillero, numerosas acciones palestinas con lanzamiento de cohetes del tipo *katiuska* contra los asentamientos judíos en el Golán y en Galilea, choques aéreos que le costaron a Damasco 11 cazas y a Israel 1. Lanchas lanzacohetes judías atacaban en septiembre el puerto sirio de Latakia…

Aquella situación no parecía inquietar a nadie. La acreditada revista norteamericana *Foreign Policy*, bajo la firma de su director, Holbrooke, publicaba en septiembre de 1973: «Jamás en el pasado, a lo largo de su tumultuosa historia, Israel gozó de tanta seguridad ni fue tan superior a los árabes desde un punto de vista militar. Seis años después de la guerra de los Seis Días aparece como menos probable que nunca una guerra abierta entre Israel y sus vecinos…». Y, sin embargo, en aquel momento la guerra estaba decidida y tenía una fecha concreta.

A comienzos de 1973, el general Ahmed Ismail fue nombrado jefe del Ejército egipcio y, poco después, comandante de las Fuerzas Armadas de la Federación de Repúblicas Árabes de Siria, Egipto y Libia. En abril se reunían en El Cairo los jefes de los Estados mayores de los tres países, donde comenzó a brillar el talento del general egipcio Chadli. El 12 de junio, el presidente Sadat visitó Damasco y llegó a un total

acuerdo con su colega Assad para atacar a Israel, limitando sus objetivos a la recuperación de los territorios perdidos en 1967. A principios de septiembre se fijó, finalmente, la fecha del ataque: el 6 de octubre. La elección de tal día, sólo conocido por media docena de personas, obedecía a múltiples factores: noche con abundante luz lunar para facilitar el tendido de puentes y el paso del Canal; escasa corriente en la vía de agua para que la travesía fuese fácil y precisa; fiesta del *Yom Kippur*, que relajaría la vigilancia israelí y tendría a muchos soldados de vacaciones; coincidencia con el mes de Ramadán de los musulmanes, lo que confiaría a los judíos; proximidad de las elecciones legislativas israelíes, que tendría más preocupados a los líderes israelíes por sus tensiones políticas que por los asuntos de defensa.

Por otro lado, la fecha coincidía con una de las epopeyas militares del Islam: según el calendario musulmán, fue un 6 de octubre cuando Mahoma había decidido entablar la batalla de Badr (16 de marzo del año 624, según el calendario actual) que abrió las puertas de La Meca al Profeta y a la propagación de la doctrina mahometana. Por eso, al plan, que consistía en un ataque simultáneo en los frentes Norte y Sur, se le denominó *Operación Badr*, cuyo significado lingüístico también resultaba atractivo, pues *badr* es *luna llena* en árabe.

Días más tarde, el 10 de septiembre, el presidente Hafed el-Assad y el rey Hussein de Jordania se desplazaron secretamente hasta El Cairo. Fue un viaje muy difícil para Hussein, que se sintió gravemente perjudicado por Egipto en la guerra de 1967, que no fue apoyado por El Cairo en su crisis de septiembre de 1970 y que sufrió el repudio de Sadat en la primavera de 1972, llegando a la ruptura de las relaciones diplomáticas —el 6 de abril— a causa del propósito hachemita de crear un Reino Unido Árabe a base de una federación jordano-palestina que agrupase Transjordania y la Cisjordania ocupada por Israel. Finalmente, tras una mediación saudí, Hussein se avino a negociar con Sadat y en ese viaje a El Cairo acordó presionar con sus fuerzas en estado de alerta máxima sobre toda la frontera este de Israel, delimitada por el Jordán, ya que su escasez de medios bélicos le impedía una participación más activa.

Todos estos viajes, entrevistas, gestiones, uniones y mandos conjuntos, unidos al reforzamiento incesante del arsenal de sirios y egipcios, debieran haber hecho saltar las alarmas en Israel. Más aún, por entonces ya se había iniciado una escalada en los precios del petróleo, con acuerdos de los productores árabes que indicaban claramente un propósito común. Simultáneamente, la tensión en el Golán había promovido grandes concentraciones blindadas y artilleras del ejército

sirio, mientras, junto al Canal, era perceptible una fuerte actividad militar egipcia, reuniendo grandes medios humanos y armamentísticos.

Increíblemente, el espionaje israelí no supo valorar ni los indicios políticos, ni los económicos, ni los militares. Poseídos de la prepotencia que les daban sus triunfos anteriores y su enorme superioridad aérea, sobreestimando su capacidad técnica y subestimando la dirección, el adiestramiento, las armas y el valor de los soldados árabes, los militares israelíes hallaron una explicación para todo. Las múltiples gestiones diplomáticas fueron juzgadas como una manifestación más de la *infinita charlatanería de los árabes*; el progresivo peso de la OPAEP (Organización de los Países Árabes Exportadores de Petróleo) dentro del comercio de los crudos les pareció coyuntural y poco significativo, pues sus necesidades de carburante las cubrían en otros mercados. Supusieron que las concentraciones sirias en el Golán eran defensivas y consecuencia de los duelos aéreos del último año; los movimientos de tropas egipcias fueron inscritos en las habituales maniobras de otoño, que en los últimos años habían cobrado gran importancia, movilizando enormes efectivos de tropas y medios.

Pero los israelíes no fueron los únicos ciegos. Los norteamericanos, pese a sus satélites, tampoco hicieron una valoración ofensiva del dispositivo árabe. Más aún, su nuevo secretario de Estado, Henry Kissinger, convocó el 24 de septiembre a los embajadores árabes en Washington para hablarles de sus gestiones para hallar una *fórmula de paz en el Próximo Oriente*.

De cualquier forma, Israel no estaba tan desprevenido. Los múltiples informes de oficiales situados en la *Línea Bar-Lev*, como *Motti* Ashkenazi, las concentraciones de tropas árabes, la repentina salida de Siria y Egipto de centenares de especialistas soviéticos —4 de octubre—, el nerviosismo de la prensa, las denuncias árabes de que Israel preparaba un ataque —sin haber realizado movilización alguna- alertaron al Estado Mayor. El 4 de octubre, por la noche, *Dado* Eleazar puso en estado de alerta al ejército regular, suspendió los permisos del *Yom Kippur*, ordenó a todas las unidades que completasen plantillas y armas y no concedió vacaciones al servicio de movilización de las reservas.

Más aún, *Dado* era partidario de movilizar una parte de las reservas, pero tropezó con la oposición de Dayan, que se apoyaba en los informes del general Zeira, jefe del Servicio de Inteligencia Militar: *Son previsibles los duelos artilleros y aéreos, pero el cruce del Canal parece improbable*. La movilización de las reservas —y más en el *Yom Kippur*

— suponía adoptar una medida económicamente cara y, políticamente, impopular si luego no ocurría nada: la oposición lo aprovecharía para acusar al Gobierno de pródigo y de pusilánime… Más aún, tendría un fuerte coste exterior: la prensa internacional relacionaría la movilización de las reservas con las denuncias árabes de planes israelíes de agresión. Por todo ello se desechó la petición de Eleazar.

A las 4 horas de la madrugada del 6 de octubre el jefe del *Mossad*, el servicio de espionaje israelí, llamaba a Dayan para comunicarle que los árabes atacarían ese mismo día, antes de la puesta del sol. A las 5,30 estaba reunido con sus colaboradores en el Ministerio de Defensa. Eleazar propuso lanzar un ataque preventivo. Dayan y Golda Meir se opusieron: *No sería inteligente de nuestra parte. Nuevamente Israel se convertiría en el agresor*. Mientras discutían la conveniencia de movilizar las reservas, Eleazar informó a sus jefes de sector que parecía probable un ataque árabe a las 18 horas. A las 9 de la mañana se le permitió a *Dado* la movilización parcial de las reservas. A las 10 horas, el Servicio de Inteligencia Militar ya estaba seguro: los árabes iniciarían las hostilidades antes de la puesta de sol. El Estado Mayor ordenó la movilización general y mantuvo las 18 horas como hora probable del ataque.

En el Sinaí y en el Golán se adoptan con cierta parsimonia las medidas para la batalla que se avecina: están demasiado acostumbrados a vencer fácilmente como para angustiarse ahora. En el Sinaí, aparte de poco más de un millar de hombres de guarnición en los 36 reductos de la *Línea Bar-Lev*, hay una brigada de infantería mecanizada cerca de la primera línea y dos más en retaguardia, además de una brigada blindada, en total unos 10 000 hombres y 200 tanques; en el Golán, dos brigadas acorazadas incompletas, con apoyo de infantería, es decir unos 180 carros de combate y 5000 hombres.

Sobre ellos se van a lanzar dos ejércitos egipcios en el Sur, con más de 150 000 hombres y cerca de un millar de blindados y, en el Norte, seis divisiones sirias —una acorazada, en reserva— con más de 30 000 hombres y unos 600 carros de combate. Su planteamiento es sencillo: atacar simultáneamente en dos frentes con gran cantidad de infantería y blindados y el apoyo de fuego artillero muy intenso; Israel sería tomado en inferioridad, por lo que el avance sirio en el Golán y la penetración egipcia en el Sinaí parecen garantizados. La aviación israelí sería superada en un primer momento mediante el empleo masivo de los aviones sirios y egipcios. Una vez logrado el avance de la infantería y de los carros, los cohetes tierra-aire mantendrían a raya a los pilotos de Israel. El contraataque judío sería rechazado y, entre

tanto, la guerra resultaría paralizada por las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU.

A partir de esa situación podría negociarse una paz entre iguales, habiendo recuperado Egipto y Siria todos o parte de los territorios perdidos en 1967. Los planes árabes estaban profundamente meditados, tanto en su vertiente militar como en la política. A las 13 horas del 6 de octubre de 1973, Radio Damasco sorprendía a todos con este comunicado: «Fuerzas Armadas israelíes han desencadenado un ataque contra nuestras posiciones a lo largo del frente. Las fuerzas sirias contraatacan para reducir al silencio al ejército enemigo». En Washington eran las 6 horas y Kissinger llamó al ministro israelí Abba Eban, que se hallaba en Nueva York:

—¿Han atacado ustedes?

—No. Todo, lo contrario, ya hemos informado a su embajador que esperamos una ofensiva árabe hacia las 18 horas.

—Sí, lo sé. Ya he convocado a los embajadores árabes, pero ¿está usted seguro de que no han lanzado un ataque? Ya sabe lo que ocurre con los Gobiernos. Le ruego que me confirme este dato.

Minutos después, Eban telefoneaba a Kissinger:

—Confirmado. Esperamos el ataque árabe y hemos desestimado una operación preventiva. En nombre de la primer ministro estoy autorizado a declararle que la información árabe es falsa.

—De acuerdo. Haré lo que pueda con los embajadores árabes.

Kissinger escribiría más tarde: «A partir de ese momento y hasta el inicio de las hostilidades a las 8 horas (14 horas en Israel) desplegamos todos nuestros esfuerzos tratando de evitar el conflicto. Estaba claro, dado lo avanzado de los preparativos y el poco tiempo de que disponíamos, que tales esfuerzos serían probablemente infructuosos».

A las normales dificultades se añadía que los árabes seguían intoxicando el ambiente diplomático. A las 13,15, Radio El Cairo emitía este comunicado: «A las 12,30 horas, las fuerzas enemigas han atacado nuestras posiciones en las zonas de Zafarana y Soukhana, en el golfo de Suez. Formaciones de cazabombarderos israelíes sobrevuelan la zona, en tanto que lanchas lanzacohetes se aproximan a la costa occidental del golfo de Suez. Nuestras fuerzas armadas hacen frente al ataque». No es de extrañar que cuando Kissinger se comunicó con los embajadores de los países implicados, éstos le respondieran, inicialmente, que Israel les estaba atacando a ellos. Evidentemente, esta vez los árabes habían actuado con auténtico sigilo.

Tanto que, a mediodía, y pese al estado de alerta máxima, en los

fortines judíos de la *Línea Bar-Lev* seguía la rutina cotidiana. En la mayoría de ellos se preparaba la comida, pues el ayuno del *Yom Kippur* no afectaba a los militares de vanguardia. Algunos soldados, reclamados la víspera, dormían tras haberse pegado un madrugón para alcanzar a sus unidades; otros escribían a sus casas; había quien hacía la colada y quienes jugaban un partido de fútbol, como ocurría en el reducto *Dorah*, al sur de El Qantara.

La guerra dos veces santa

Súbitamente, a las 14 horas, el gran silencio del desierto fue roto por el fuego de centenares de piezas de artillería, que barrieron la *Línea Bar-Lev* con una tempestad de metralla. Los soldados se precipitaron a los refugios y por eso muy pocos pudieron ver los helicópteros egipcios que sobrevolaban las posiciones y dejaban a centenares de comandos en su retaguardia. Más de cien aviones de El Cairo atacaron las instalaciones militares del Sinaí, causando bajas y destrucciones importantes y saturando las posibilidades defensivas de la aviación israelí. Acababa de comenzar la guerra *dos veces santa*, que los hebreos bautizaron del *Yom Kippur* y los árabes del *Ramadán*.

Protegidas por el incesante fuego de barrera de su artillería, las tropas de asalto egipcias lanzaron sus botes neumáticos al agua. Tras los primeros soldados, que escalaron a la carrera la muralla de arena, llegaban las gabarras y las balsas con el material pesado. El general Gonen, responsable israelí del frente Sur, ordenó incendiar el Canal, para lo cual habían sido construidos numerosos oleoductos que penetraban en el agua, pero las granadas egipcias —más de 60 000 en la primera hora— o la acción de los comandos habían inutilizado el sistema y la gasolina se filtraba mansamente en la arena del desierto. Algunos observadores israelíes pudieron dar cuenta a sus puestos de mando de que cañones de agua, a altísima presión, estaban abriendo brecha en las dunas: al final de la primera tarde habían practicado nada menos que 70 pasos para las armas pesadas. Frente a esos lugares se tendieron modernos puentes de fabricación soviética que avanzaban sobre el Canal a cinco metros por minuto, de modo que estaban montados en menos de una hora.

Las pérdidas egipcias fueron elevadísimas en aquellos primeros momentos. Pasada la sorpresa inicial, la artillería, los morteros y los blindados israelíes, estratégicamente emplazados, segaron las filas árabes, pero la embestida era incontenible. Durante los tres primeros días de lucha, 70 000 soldados, con el apoyo de un millar de blindados, arrollaron todas las defensas de la *Línea Bar-Lev* —excepto la más septentrional, el reducto *Budapest*, en el que el capitán *Motti* Ashkenazi y sus hombres aguantaron toda la guerra—. Pero también

los judíos sufrieron graves pérdidas: sus blindados padecieron más de 100 bajas sólo en la primera tarde de la guerra ante el tiro de los nuevos lanzagranadas soviéticos, modelo *RPG* 7, ligeros, sencillos y precisos y, sobre todo, ante el cohete antitanque *Sagger*, un proyectil filodirigido tan ligero que lo llevaban algunos soldados de las unidades de choque metido en una especie de maleta. Más grave fue el castigo que sufrió la aviación en su intento de destruir los puentes sobre el Canal: los cazabombarderos de Israel fueron sorprendidos por una temible arma antiaérea, el cohete tierra-aire *SAM-6*[152], que causó estragos en la aviación judía en las primeras horas de la guerra.

La complicada situación en el frente del Sinaí tras el primer día de lucha fue resuelta por Dayan ordenando el repliegue a una línea situada a unos 20 kilómetros del Canal. Afortunadamente para Israel, podía permitirse ceder allí unos kilómetros de desierto. La aviación, que había perdido 40 aparatos en un solo día, fue reservada para la defensa de Israel, empleada con usura en el frente Norte y sólo excepcionalmente en el Sinaí; los pilotos recibieron la orden de abandonar los aparatos en cuanto observasen la aproximación de un cohete. La atención prioritaria del Estado Mayor se centraba en dosificar sus fuerzas aéreas, conservar sus pilotos y sostener el frente Norte.

El ataque sirio en el Golán fue tan sorprendente para los israelíes como lo había sido el egipcio en el Sinaí. Treinta mil soldados sirios, apoyados por un millar de blindados y cañones autopropulsados, irrumpieron en las líneas judías, desbordándolas en casi todo el frente. Sin embargo, su avance resultó lento y difícil a causa de la tenaz defensa de las unidades judías, que resistieron en muchos lugares hasta el último tanque y hasta el último soldado. Hacia el Golán canalizó Israel el grueso de sus unidades de reservistas según se iban formando: en la noche del sábado al domingo, *Tzahal* contaba ya en ese frente con unos 20 000 hombres. La jornada del domingo, 7 de octubre, fue crucial. Los judíos se pegaron al terreno, defendieron las ruinas de Kuneitra —posición clave en el centro de la meseta— piedra por piedra y lograron mantenerla, gastaron más de 100 tanques y 20 aviones en frenar el empuje sirio, jalonaron aquellos pedregales con más de 500 muertos y doble número de heridos, pero se mantuvieron. El lunes, tercer día de la guerra, la batalla en el Golán se había equilibrado.

Israel se hallaba en aquellos primeros compases de la lucha en estado de *shock*. Nadie podía entender lo que pasaba. Ante las elevadas pérdidas —en el Sinaí, 150 carros de combate sobre unas existencias de 280, en el día 7— Dayan ofreció su dimisión a Golda Meir, que le

animó a continuar, al tiempo que sugirió la conveniencia de aprovechar a todos los cerebros militares de Israel. Así fueron llamados el general *Mottie* Hod, jefe de la Aviación en la guerra de los Seis Días, que fue enviado a dirigir la acción aérea en el frente Norte; Chaim Bar-Lev, anterior jefe del Estado Mayor, que recibió la orden de supervisar la defensa del Golán, y Yithzak Rabin, al que su viejo amigo del *Palmach*, el general Eleazar, incorporó al grupo de sus asesores. Rabin había pedido el relevo en la embajada de Washington y regresado a Israel unos meses antes para intentar abrirse camino en la política. Había empleado ese tiempo en trabajarse un puesto en las listas electorales del partido para optar a un acta de diputado en la *Knesset* —Parlamento israelí— y cuando disponía la estrategia de su campaña, estalló la guerra. El día 7 se encontró en el cuartel general del Sinaí, envuelto en una de las diatribas fundamentales del conflicto: Dayan había ordenado economizar medios en ese frente; *Dado* Eleazar estaba de acuerdo y Gonen, el responsable directo en el campo de operaciones, trataba de cumplir las órdenes, calmando al impetuoso general Ariel —*Arik*— Sharon, que había observado la débil unión entre las tropas egipcias en el centro del Canal, ante los Lagos Amargos, y pretendía reunir todos los efectivos disponibles en la zona para lanzarlos por ese boquete, pasar el Canal y golpear la retaguardia egipcia, envolviendo una de sus alas. A Rabin le costó entender el plan de *Arik*, aunque luego le entusiasmó, pero comprendió que era una temeridad mientras el grueso de las fuerzas acorazadas seguía rodando hacia el Golán y lo mejor del arma aérea tenía que enfrentarse a Siria y a la defensa del cielo israelí. Apoyó, por tanto, a Gonen, ganándose la indignación de *Arik* y hasta la de Dayan, que nunca le había mostrado estima alguna y que se estaba encariñando con la arriesgada jugada de los Lagos Amargos. Rabin se sintió solo, sin poder alguno en el Ejército, desbordado por la tercera generación de jefes militares de Israel. Se buscó, por tanto, una labor más acorde con sus actividades de los últimos años: Israel, ya era evidente al tercer día de la guerra, se estaba enfrentando a un conflicto largo y costoso; por tanto, iba a necesitar ingentes cantidades de dinero para afrontar los gastos y Rabin se encargó de vender entre los judíos de Europa y América el empréstito de guerra israelí: mil millones de libras (unos 160 000 millones de pesetas de la época; unos 10 000 millones de euros al valor actual).

Durante el tercer día fue frenada casi por completo la penetración árabe tanto en un frente como en otro. Israel equilibró la situación cuando todos sus reservistas alcanzaron sus puestos de combate, con cuanto podía proporcionar el arsenal militar judío. Pero Damasco y El

Cairo tenían más ases en la manga. El lunes, día 8, comenzó a funcionar la solidaridad árabe: Irak envió a Siria una división acorazada y medio centenar de aviones para combatir en el Golán; Marruecos mandó al Sinaí una brigada de infantería de choque; Túnez aportó a Egipto varios batallones del cuerpo sanitario; Argelia suministró una división mecanizada y dos escuadrillas de aviones. Arabia Saudí y los emiratos del Golfo proporcionaron contingentes simbólicos de soldados, pero una importante ayuda en hospitales de sangre, ambulancias y personal sanitario. Además, por encima de ese apoyo, el mundo árabe colaboró con su fuerza política y económica: el petróleo subió de precio el primer día de la guerra y los países de la OPAEP amenazaron con suspender los suministros de crudo a todos los países que apoyasen a Israel; más aún, fijaron para el 16 de octubre una amenazadora reunión en Kuwait.

Lo que se salió de los cálculos de El Cairo y de Damasco fue lo ocurrido en el Consejo de Seguridad de la ONU en la tarde del 8 de octubre, una sesión a la que asistieron los representantes de los tres países implicados. La Unión Soviética, velando por los intereses árabes, propuso un alto el fuego en el lugar donde se hallaban los contendientes en aquel momento. Washington, protegiendo los intereses israelíes, condicionó el alto el fuego al regreso a las líneas de partida del 6 de octubre. Naturalmente, no hubo acuerdo y siguió la lucha, que iba a prolongarse más de lo calculado por los árabes y más de lo deseado por los judíos.

El día 9 de octubre, cuarta jornada bélica, prosiguen los furiosos choques blindados en el Golán. Siria lanza al combate cuanto tiene e Israel contraataca cada vez que le ofrecen un resquicio. Al final de la jornada, las tropas de Damasco ostentan ganancias territoriales, pero han perdido la iniciativa. Eso se ve con claridad el día 10: el empleo del grueso de su artillería pesada y de la aviación judías causa estragos en las filas acorazadas de los sirios, que tienen que enfrentarse, además, a los tanquistas y a los equipos de recuperación mejor adiestrados del mundo: los mecánicos llegan hasta primera línea y arreglan la avería, si es posible, bajo el fuego enemigo y, si el daño es demasiado grave, retiran el carro, que entrará apenas dos horas después en la cadena de reparación, donde se trabaja las 24 horas del día.

Esos factores inclinan, poco a poco, la balanza bélica del lado judío, que el 11 de octubre, sexta jornada de la guerra del *Yom Kippur*, rompe las líneas sirias en el eje viario Kuneitra-Damasco. «La guerra será larga y dura —dice el general Dayan— pero ahora tenemos la iniciativa y los sirios retroceden. El camino hacia Damasco es cuesta

abajo».
No tanto. El día 12, la artillería autotransportada israelí de 203 mm avanza hasta primera línea y dispara sobre los arrabales de Damasco, pero esa jornada entra en combate la división enviada por Irak: 13 000 hombres y 150 tanques, junto con las reservas sirias, produciéndose uno de los mayores enfrentamientos blindados de la guerra, con tremendas pérdidas árabes —130 carros en un solo día—. Las IDF de Israel también quedan exhaustas y aunque su vanguardia avanza los días 13 y 14 hasta alcanzar los suburbios de Sasa, a 36 kilómetros de Damasco, la ofensiva ya no tiene sentido y comienzan a atrincherarse.
Siria, pese al castigo, aún disponía de importantes fuerzas blindadas, aéreas y, sobre todo, artilleras; Irak tampoco se consideraba derrotada y seguía enviando refuerzos; en la zona sur del Golán acababa de tomar posiciones la 40.ª brigada jordana, con 160 tanques… Israel no podía derrochar más sangre, blindados o aviones (en el Golán había tenido ya 3000 bajas humanas y había perdido unos 400 carros y unos 60 cazas). Todo el material iba a ser necesario en el Sinaí, el escenario donde se decidiría aquella guerra.

La guerra se decide en el Sinaí
El domingo, 14 de octubre, rodaban hacia el sur interminables filas de transportes pesados, cargados con dos centenares de carros de combate y doble número de transportes blindados de tropas y vehículos de reconocimiento. En el Sinaí, atrincherados tras una tupida red de misiles y de piezas de artillería, les esperaban los ejércitos egipcios II y III, que con unos 150 000 hombres cubrían un frente de 160 kilómetros. Los egipcios habían desaprovechado ocho días de abrumadora ventaja material y humana para causar daños importantes a los israelíes y se habían conformado con ganar una franja de desierto de 10 a 20 kilómetros de profundidad como máximo. Una estrecha franja que, además, estaba mal soldada entre los dos ejércitos, cuyas alas enlazaban ante los Lagos Amargos.
La falta de decisión egipcia, una vez conseguido su propósito de atravesar el Canal, llevó a los palestinos a sospechar de la existencia de un acuerdo egipcio-norteamericano para mover la obstinada reticencia israelí a hacer concesiones. Yasser Arafat decía: «Nuestra gente en El Cairo preguntaba a los egipcios: ¿*Porqué no avanzáis*? Los generales estaban avergonzados y nos decían que no tenían órdenes. ¡No hay órdenes! Está claro que, una vez más, han sido traicionadas las esperanzas de la nación árabe. Sadat espera su pequeña recompensa de Kissinger. Quiere una victoria para vender, no para ganar».

Sin embargo, la situación era más compleja de lo que suponía el líder palestino. En aquellos momentos, las dos grandes potencias planteaban un pulso feroz en Próximo Oriente. El consumo de armas, equipos y municiones era tan elevado que, a partir del martes 9 de octubre, la Unión Soviética comenzó a suministrar grandes cantidades de material bélico, cohetes sobre todo, a los árabes; Golda Meir lo denunció en su conferencia de prensa del sábado 13: «Los soviéticos son los instigadores de la guerra (…) En los últimos cinco días han enviado 120 aviones cargados de armas a Egipto, Siria e Irak».

Claro, que Israel estaba pidiendo a Estados Unidos que hiciera lo mismo. El presidente Nixon escribiría 15 años después: «Mi más importante decisión en materia de política exterior fue la que adopté el 12 de octubre de 1973 (…) Golda Meir me hizo llegar un desesperado mensaje requiriendo el envío de armas a Israel mediante un puente aéreo». Aquella solicitud creó una tempestad de forcejeos internos en la Administración (…) El Departamento de Defensa dio, finalmente, el visto bueno para el envío de tres C-5 cargados de armas. Cuando Kissinger presentó la propuesta, le pregunté: *¿De cuántos C-5 A disponemos?* Me contestó: *de unos 30. ¿Y por qué sólo mandamos tres?*, quise saber. La respuesta fue que, según el Pentágono, tres era lo máximo que aconsejaba la situación política (…) *Utilice cuanto tengamos* —le ordené—. *Dígales que envíen todo lo que esté en condiciones de volar*. Nuestro puente aéreo Misión 550[153] fue mucho más importante que el puente aéreo de Berlín en 1948-1949 y ayudó a los israelíes a imponerse y a sentar el desarrollo de la diplomacia (…) que produjo acuerdos de retirada en ambos frentes[154]".

El día 10, cuando la situación en el Golán había dejado de constituir una amenaza vital para Israel, *Dado* Eleazar ordenó al general Chaim Bar-Lev que se trasladara al Sinaí para supervisar directamente las operaciones y, sobre todo, para calmar a Ariel Sharon, tremendamente nervioso por la posibilidad de que los egipcios se apercibieran de la debilidad de su zona central y reforzaran aquel sector. No logró convencerle, pero impuso su autoridad.

El día 14, los egipcios, sólidamente instalados al este del Canal, se sienten seguros por vez primera para iniciar un movimiento de avance en dirección a los pasos de Mitla y Giddi. En El Cairo se espera con impaciencia ese ataque. Hassanein Heykal, el más famoso periodista egipcio, director del diario *Al Ahram*, el de mayor difusión del país, escribe esa mañana: «Vuestro objetivo presente no es el avance sobre el terreno, sino la destrucción del mayor número posible de soldados enemigos». Cuando los cañotas pueden leer ese artículo, la batalla ya ha comenzado. Fuerte preparación artillera, seguida de incursiones

aéreas y, a continuación, avanzan dos divisiones acorazadas egipcias mantenidas hasta entonces como reserva, con no menos de 500 blindados de todo tipo.
El ataque egipcio quizá hubiese tenido éxito dos días antes, pero las líneas israelíes habían sido muy reforzadas en las últimas horas y los jefes judíos habían previsto esa acción. Fue una formidable batalla de carros, con cerca de 800 evolucionando y disparándose en un frente de unos 20 kilómetros, que duró todo el día. Hacia las 18,30, ya de noche, los egipcios rompieron el contacto y se replegaron a sus líneas, dejando 267 carros destrozados en el campo de batalla; los judíos sólo dieron 6 por perdidos, pues sus servicios de recuperación se encargaron de retirar durante la noche todos los ligeramente dañados y muchos estaban ya en condiciones de combatir al día siguiente. En esa jornada se suscitó un incidente diplomático, cuando los israelíes abatieron en un choque aéreo cuatro cazabombarderos *Mirage*. Egipto no contaba con ese tipo de aviones, por lo que concluyeron que eran libios, lo que contravenía las disposiciones francesas de embargar los envíos de material militar a los contendientes[155].
Mientras la diplomacia jugaba sus cartas, los generales judíos movían sus piezas y en la madrugada del 15 de octubre, lunes, noveno día de la guerra, lanzaron un furioso ataque contra el ala derecha del II Ejército egipcio, que se extendía desde el Mediterráneo hasta los Lagos Amargos. En una batalla que duró de sol a sol, los egipcios perdieron más de 100 carros y los israelíes poco menos. La calma no llegó con la noche, pues la artillería de Israel hizo un fuego densísimo —más de 15 000 granadas antes de la medianoche— sobre los egipcios y sus tanques no dejan de maniobrar y tantear la existencia de posibles fisuras en ellas. Era una táctica estudiada para ocultar sus auténticas intenciones. Eleazar y Bar-Lev llevaban todo el día discutiendo con Sharon la operación que iba a decidir aquella guerra: el paso del canal de Suez, operación *Gato del Desierto*. Los egipcios no habían soldado la costura entre sus dos ejércitos en la zona del Gran Lago Amargo. La dura batalla de ese día amplió la brecha: por ella se coló Sharon con sumo sigilo en la madrugada del 15 de octubre, mientras a menos de cinco kilómetros rugía la guerra con toda su furia, ocultando el ruido de los motores y el chirrido de las cadenas de los blindados de Israel que se estaban infiltrando en la retaguardia árabe.
Dos días duró el forcejeo en la zona, sobre un cruce de carreteras denominado la *Granja China*, en los cuales egipcios e israelíes, en proporciones parecidas, padecieron tremendas pérdidas: más de 1500 blindados y transportes de todo tipo. Para algunos expertos militares aquélla fue la mayor batalla de blindados de todos los tiempos.

Sharon, desobedeciendo las órdenes que tenía de abrir el paso y afianzar una cabeza de puente en la ribera este del Canal, para que una segunda fuerza iniciase la penetración en Egipto, se lanzó impetuosamente hacia adelante, atacando cuanto se movía en su cabeza de puente del oeste, eliminando varias instalaciones de misiles *SAM-2* y *SAM-3* y abriendo un camino a sus aviones. Pero al otro lado del Canal los egipcios combatieron fieramente durante dos días para cerrar la brecha y su artillería machacó la zona de paso, impidiendo la colocación de puentes y retrasando casi dos días la llegada de refuerzos, material y suministros, tanto que hasta el día 17 no pudo contar Sharon con efectivos equivalentes a una brigada.

La fortuna estuvo al lado de los israelíes, pues los egipcios no se apercibieron hasta el 16 de octubre de que aquel movimiento era mucho más que un golpe de mano de comandos. Sus contraataques comenzaron a ser serios a partir del día 17, pero para entonces la cabeza de puente israelí era muy consistente y los refuerzos llegaban con rapidez. El día 18 de octubre, con más de 10 000 hombres al oeste del Canal, Sharon amplió su cabeza de puente a unos 30 kilómetros de anchura y otros tantos de profundidad y sus crecientes fuerzas rechazaban los débiles contraataques egipcios, que no podían distraer fuerzas de los Ejércitos II y III atrincherados en el Sinaí y también ellos sometidos a una incesante presión blindada de los judíos.

El viernes, 19 de octubre de 1973, los israelíes mostraron su maniobra. Mientras Sharon amenazaba la ciudad de Ismailía, en la retaguardia del II Ejército, dos divisiones comenzaron a avanzar en paralelo hacia el Sur, en dirección a Suez, para cercar al III Ejército y aislarlo entre el Sinaí y el Canal. La amenaza militar era tan tremenda y Egipto estaba tan agotado que el jefe militar de la zona de El Cairo comenzó a sugerir que se replegase el II Ejército al oeste del Canal para impedir que los judíos pudieran atacar la capital.

No existía ese proyecto en el Estado Mayor judío, que libraba una carrera contrarreloj para alcanzar Suez antes de que la diplomacia internacional parase la guerra. En efecto, Moscú ya se había apercibido de que la derrota egipcia sería inevitable en pocos días si no cesaba la lucha e hizo saber a Washington que volcaría su poder militar sobre la región para evitar el total aplastamiento de Egipto. En vista de la gravedad de la situación, Kissinger se presentó en la capital soviética en la madrugada del sábado 20 de octubre.

En la barahúnda bélica y diplomática no tuvo demasiado eco inicial la carrera de presiones iniciada por los países de la OPAEP contra los amigos de Israel. Libia embargó sus suministros petrolíferos a Estados Unidos y Holanda; los demás productores árabes de petróleo siguieron

ese ejemplo y amenazaron con hacer lo propio contra Alemania; al tiempo, elevaron los precios un 17% y redujeron sus exportaciones con carácter general en un 25%[156].

En los frentes de batalla del Golán y del Sinaí habían disminuido los combates. Israel se mantenía a la defensiva ante Siria y presionaba ligeramente a los ejércitos egipcios al Este del Canal, mientras sus tropas en el Oeste combatían sin concederse un minuto de reposo para copar a los egipcios: ese día, sus avanzadillas cortaron las carreteras que desde El Cairo conducían hasta Suez y hasta Ismailía; por la primera pasaba la totalidad de los suministros y refuerzos para el 111 Ejército, por la segunda, casi la mitad del abastecimiento del 11 Ejército; al tiempo amenazaban con interceptar la carretera de Zagazig hasta el Canal, segunda fuente de apoyo logístico para el II Ejército. El colapso egipcio parecía inevitable e inminente.

Pero a las 5,52 horas Gmt. del lunes 22 de octubre de 1973, cuando comenzaba el decimoséptimo día de la guerra, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó un proyecto de resolución, presentado por Washington y Moscú, por 14 votos afirmativos y la abstención de China. La resolución, que tendría el número 338, incurría en las mismas ambigüedades que la 242 en la que se basaba:

“El Consejo de Seguridad:

1) Insta a todas las partes en la presente guerra a que cesen el fuego y pongan fin a toda actividad militar inmediatamente, como máximo 12 horas después de la aprobación de esta decisión, permaneciendo en las posiciones que ahora ocupan.

2) Insta a las partes interesadas a que empiecen inmediatamente después del cese el fuego a aplicar la *Resolución 242*, del 22 de noviembre de 1967, del Consejo de Seguridad en todas sus partes.

3) Decide que, inmediatamente y de forma simultánea con el alto el fuego, se inicien negociaciones entre las partes interesadas, con los auspicios apropiados, encaminadas al establecimiento de un paz justa y duradera en Oriente Medio”.

La respuesta de Israel llegó muy poco después: aceptaba el alto el fuego siempre que los árabes hicieran lo mismo y que la primera medida fuese el intercambio de prisioneros. Pero la guerra no se paró ni un solo segundo —aunque El Cairo aceptó el alto el fuego a las 17 horas de ese mismo 22 de octubre— hasta la mañana del martes 23. Moshe Dayan aclararía ante la *Knesset* que su aceptación de las órdenes del Consejo de Seguridad se debía a que «el lunes apenas si disponíamos ya de granadas de artillería y de carros de combate y sin esas armas no podíamos continuar la guerra». La auténtica razón debió ser las presiones de Estados Unidos, porque los combates no

cesaron en todo el día; más aún, arreciaron al caer la noche. Durante ella, los judíos rebasaron Suez y en la mañana del 23 de octubre ocuparon el puerto de Adabiya, sobre el mar Rojo, donde se hallaba el mayor complejo petroquímico de Egipto. El III Ejército egipcio, con sus dos divisiones —unos 20 000 hombres en total— y más de 300 tanques y similar número de piezas de artillería, quedaba cercado; dentro del dogal israelí se hallaban también unos 15 000 habitantes de la región, que habían permanecido en sus casas pese a la proximidad de la guerra.

No hubo mayor tranquilidad en el frente Norte, donde los israelíes aprovecharon las últimas horas de la guerra para asaltar el monte Hermon, de donde los sirios les habían desalojado en la sorpresa del ataque inicial del 6 de octubre. Las armas no callaron del todo hasta el 25 de octubre. El 24, Siria aceptó, finalmente, el alto el fuego y se produjeron sendas resoluciones del Consejo de Seguridad instando a los contendientes a mantener la paz y a volver a la situación del día 22, cosa que Israel dio por no escuchada. Más grave fue, sin embargo, la negativa judía a permitir el reavituallamiento del III Ejército; Moscú amenazó con una intervención armada en Próximo Oriente, respondiendo Washington con una alerta general a sus bases en todo el mundo. Finalmente, Israel permitió la llegada de suministros alimenticios y de agua al ejército cercado, a cambio de un inmediato intercambio de prisioneros.

La paz de Kissinger

Cuando cesó la lucha, todo el mundo se precipitó a hacer sugerencias pacificadoras para Próximo Oriente. Hubo una concienciación casi universal del peligro que había corrido la paz mundial en aquellos días y se comenzaban a hacer los primeros cálculos de las consecuencias que el boicot petrolífero iba a causar a la economía. Los beligerantes, por su lado, enterraban a sus muertos, contabilizaban sus pérdidas y se proclamaban vencedores.

¿Pero quién había ganado la guerra? Si nos atenemos a las pérdidas, las de los árabes fueron muy superiores. Egipto: 25 000 bajas (unos 8000 muertos), 8000 prisioneros, 250 aviones perdidos, un millar de blindados de todo tipo destruidos o capturados por Israel, cuatro lanchas lanzacohetes hundidas. Siria-Irak: 30 000 bajas (entre 11 000 y 12 000 muertos), 400 prisioneros, 180 aviones perdidos, en torno a un millar de blindados destruidos o capturados por Israel, ocho buques lanzacohetes hundidos. Israel: 10 000 bajas (2625 muertos[157]), 600 prisioneros, 120 aviones perdidos, unos 600 blindados irrecuperables.

Tecnológicamente, se había estrechado la diferencia entre los ejércitos

árabes y el de Israel. Los soldados sirios y egipcios maniobraron con precisión y valor; sus comandos cumplieron satisfactoriamente sus misiones e hicieron posible la sorpresa; sus servicios de ingenieros estuvieron a gran altura en el Sinaí; sus especialistas lograron una gran efectividad en el manejo de los misiles tierra-aire, en el de los cohetes filodirigidos y en el empleo de los *bazookas*. Los israelíes fueron superiores en el empleo de aviones y carros (debe decirse que su material era superior: el *Phantom* era el mejor cazabombardero del momento, el *Centurión* era más efectivo que los tanques soviéticos *T-55* e, incluso, que los *T-62* en los enfrentamientos entre blindados).

Si se considera la situación territorial, los árabes no lograron su propósito: en el Golán, los sirios cedieron terreno; en el Sinaí, sus tropas ocupaban una franja de terreno de unos 80 kilómetros de longitud por unos 20 kilómetros de profundidad, es decir, unos 1600 kilómetros cuadrados, que antes estaban en poder judío; pero Israel dominaba más de 2000 kilómetros cuadrados al oeste del Canal, con ciudades importantes como Suez, Adabiya y los suburbios de Ismailía. Estratégicamente, la situación árabe había empeorado: en el frente sirio, la artillería pesada judía alcanzaba los suburbios de Damasco; en el frente del Sinaí, las posiciones de Israel en los puertos de Giddi, Mitla y Katmia eran mucho más fuertes que las anteriores de la *Línea Bar-Lev* y su vanguardia se hallaba a 100 kilómetros de El Cairo, cercaba al III Ejército y amenazaba al II.

Políticamente, sin embargo, Israel fue derrotado, tanto en el interior como en el exterior. La imprevisión militar y su contumaz ceguera, las cuantiosas bajas padecidas, la duración de la guerra, el peligro de derrota vivido durante tres días, la dependencia de los suministros norteamericanos, crearon un clima de desconfianza y pesimismo dentro de Israel, que recayó sobre sus principales jefes militares, Dayan y Eleazar y sobre el Gobierno de Golda Meir, que presentó la dimisión poco después. Los militares hubieron de soportar en la *Knesset* las críticas más ácidas: se les llegó a acusar de afeminamiento porque en uno de los cuartos de baño del Estado Mayor se había instalado un *bidet*, a lo que respondieron que entre los altos mandos del Ejército no se conocía la existencia de *gays*, pero sí de algunos que padecían almorranas. El clima de pesimismo en la calle se reflejaba en los chistes que proliferaron aquellos días:

—Golda ha propuesto a Sadat hacer el amor y no la guerra.

—Israel ha comprado un portaaviones… para tener un sitio donde aterrizar cuando haya entregado el aeropuerto de Lod.

La muerte, a los 87 años de edad, de Ben-Gurion, quizá el hombre más decisivo en la fundación y forja del Estado de Israel, fue otro de los

mazazos que cayeron en aquel otoño sobre la sociedad israelí. Las encuestas de opinión aseguraban que un 11% de los 2 800 000 judíos que habitaban en Palestina deseaba emigrar.

Internacionalmente, la posición israelí era aún peor: 25 países africanos rompieron sus relaciones con Tel Aviv en 1973-1974; sus tradicionales amigos europeos, afectados por el boicot petrolífero, presionaban sobre Tel Aviv para que hiciese concesiones o, previniendo la inutilidad de sus esfuerzos, se alejaban cuanto podían de los judíos; Washington presionaba a Israel con mayor energía que nunca para que hiciera concesiones a los egipcios en el Sinaí y lograba que los delegados de ambos países se reunieran en una tienda de campaña situada junto al mojón del kilómetro 101 de la carretera El Cairo-Suez, para negociar la propuesta norteamericana, avalada por el Consejo de Seguridad de la ONU y previamente aceptada por Egipto.

Aquel domingo 11 de noviembre de 1973, fue una fecha histórica: por vez primera desde el armisticio de Rodas, en 1949, egipcios e israelíes se sentaban en torno a una mesa para hablar de paz. Ambas delegaciones recorrieron en sentido convergente la polvorienta carretera que une El Cairo con Suez, junto a interminables hileras de camiones, acompañados por cascos azules de la ONU, que llevaban suministros para los soldados y civiles egipcios embolsados por los judíos. En el kilómetro 101, junto a la carretera, se había levantado un grupo de tiendas de campaña rodeado de alambradas y custodiado por soldados de la ONU. Dentro de la más grande, dotada de un mobiliario de campamento militar, se reunieron los negociadores. Ante ellos se extendía un documento por el que se comprometían a respetar el alto el fuego y a negociar el retorno a las posiciones que ocupaban el 22 de octubre a la hora prevista por el Consejo de Seguridad (las 5,52 más 12, es decir, las 17,52 horas Gmt.). Israel se avenía a permitir el avituallamiento de los civiles y militares cercados, cediendo sus puestos de control en la carretera El Cairo-Suez a los soldados de la ONU, pero garantizándose el derecho a revisar los cargamentos. Ambas partes acordaban el inmediato intercambio de sus prisioneros de guerra.

Los negociadores estuvieron pronto de acuerdo en todos los puntos, salvo en el segundo. Israel alegaba que no podía cumplirse porque las líneas de batalla eran sumamente imprecisas a las 17,52 horas del 22 de octubre. Egipto replicaba que, siendo eso verdad, no era menos claro que a esa hora Israel aún no había cortado la carretera de El Cairo a Suez, ni alcanzado el mar Rojo en Adabiya. Parecía que las posiciones estaban enquistadas y que se llegaría a un estéril forcejeo, pero Washington no estaba dispuesto a permitirlo. Nixon, acosado por

el *escándalo Watergate*, necesitaba un gran éxito exterior y su secretario de Estado, Henry Kissinger, inició una *diplomacia viajera* que le llevó docenas de veces a las capitales de los países implicados hasta que consiguió ablandar a egipcios e israelíes: éstos no sólo aceptaron regresar a sus posiciones del 22 de octubre, sino que se comprometieron a evacuar sus posiciones al oeste del Canal. Los tímidos progresos obtenidos en la jaima del kilómetro 101 sirvieron de base para la conferencia convocada en Ginebra el 21 de diciembre de 1973, a la que sólo asistieron de buena gana los egipcios; los jordanos acudieron aunque allí se iba a reconocer a la OLP como representante única de los derechos del pueblo palestino, lo que eliminaba toda pretensión hachemita sobre los territorios al oeste del Jordán[158]; los israelíes viajaron a la ciudad suiza arrastrados por Estados Unidos: el Gobierno de Golda Meir estaba en funciones, pues una semana después había elecciones legislativas; libios e iraquíes se negaron a asistir a una conferencia cuyo objetivo *era negociar la paz y reconocer a Israel, en vez de recuperar los Territorios Ocupados y los derechos de los palestinos*; Siria alegó que no negociaría con Israel, mientras no se retirase de los Territorios Ocupados en la última guerra[159].

Los meses siguientes tuvieron una importancia extraordinaria para la región. La *diplomacia viajera* de Kissinger y las presiones sobre Israel para que flexibilizase sus posturas lograron algo que parecía imposible poco antes: Estados Unidos fue desbancando poco a poco a la Unión Soviética de Próximo Oriente. En enero de 1974 comenzó el repliegue israelí de la margen occidental del Canal y, el 4 de marzo, todos los soldados de *Tzahal* se hallaban en una línea paralela a la vía de agua, a unos 20 kilómetros de distancia de ella. Por vez primera desde la guerra de los Seis Días, Egipto dominaba las dos orillas completas y se comenzaba a pensar en la reapertura del Canal. Unos días antes, El Cairo y Washington reanudaban sus relaciones diplomáticas, interrumpidas desde junio de 1967.

Luego, Kissinger siguió su tenaz tarea mediadora entre Damasco y Tel Aviv, implicando en ella a los soviéticos y, el 31 de mayo de 1974, logró que ambos contendientes firmasen en Ginebra un acuerdo de alto el fuego, separación de fuerzas y devolución de prisioneros: Israel restituyó a Siria los Territorios Ocupados en 1973 y alguno de los que le había arrebatado en 1967, entre ellos la destruida ciudad de Kuneitra. Este arduo trabajo permitió que Nixon realizase a mediados de junio de 1974 su última gira como presidente por Egipto, Arabia Saudí, Siria —donde, el día 16, firmó con el presidente Assad la reanudación de las relaciones diplomáticas, interrumpidas durante siete años—, Israel y Jordania. Aquel éxito no le evitaría su dimisión

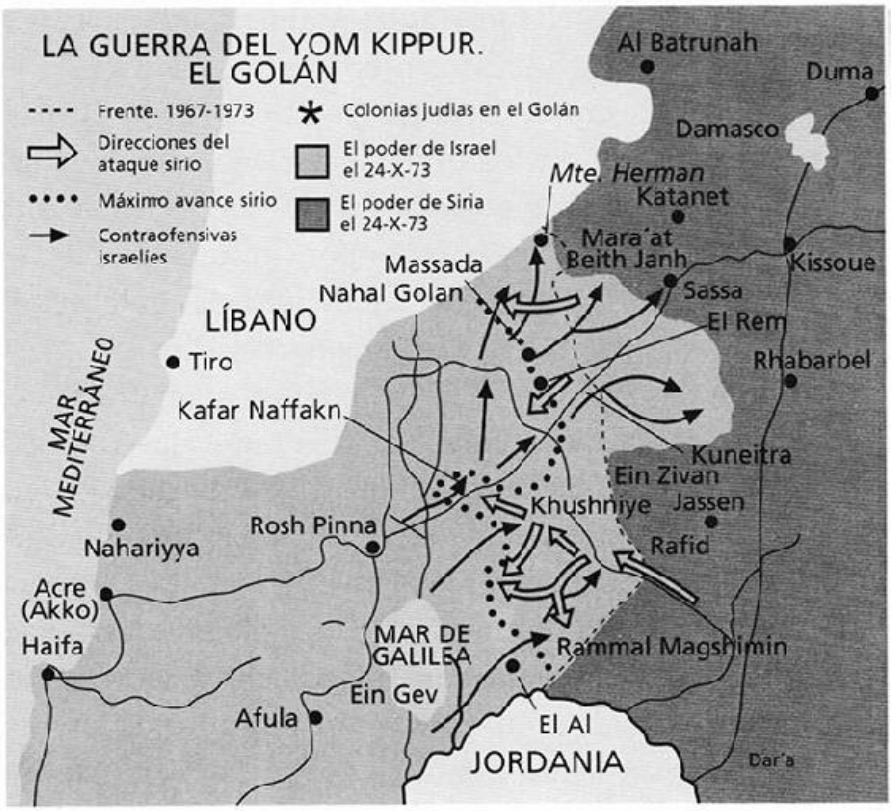
el 9 de agosto siguiente a causa del *escándalo Watergate*.

El retorno de Yithzak Rabin

El 31 de diciembre de 1973 los israelíes acudieron a las urnas y, sorprendentemente, superando los efectos de la guerra y las críticas contra la imprevisión militar y política, volvieron a votar a los laboristas, que alcanzaron 51 escaños, aunque les resultó difícil establecer coaliciones para conseguir la mayoría en un Parlamento de 120 diputados. Esos resultados avivaron la polémica popular sobre lo ocurrido en el *Yom Kippur* y el reservista *Motti* Ashkenazi, empeñado en su campaña contra Moshe Dayan, logró congregar por aquellos días a millares de manifestantes contra el ministro de Defensa. Moshe Dayan presentó su dimisión a Golda Meir, jefe del Gobierno en funciones, que cabildeaba para formar un nuevo Gabinete a la luz de los recientes resultados. Trataba el general de promover las adhesiones tumultuosas de sus muchos admiradores y de sostener su peso político con una nueva confirmación ministerial de la *madre Golda*.

Pero no se produjo el apoyo multitudinario esperado por Dayan y la primera ministra propuso la designación de Rabin como ministro de Defensa. Por entonces se estaban produciendo fuertes duelos artilleros en el Golán entre sirios e israelíes y se filtró interesadamente que era previsible una nueva confrontación con Siria, por lo que Dayan se precipitó a retirar su dimisión y Rabin hubo de conformarse con una cartera bastante menos importante: Trabajo.

La crisis no había terminado. Rabin se afanaba en la readaptación a la vida civil de los más de 100 000 reservistas movilizados por la guerra y en atajar en su parcela la crisis económica —Israel había gastado en aquel conflicto el producto interior bruto de un año entero— cuando se publicaron los resultados de la *Comisión Agranat*, encargada de juzgar las responsabilidades por lo ocurrido en el *Yom Kippur*. Increíblemente, aparecían como únicos responsables los jefes del *Mossad* y del Servicio de Inteligencia Militar, el comandante del frente sur y el jefe del Estado Mayor; Dayan y Golda Meir se libraban de la quema. Rabin no pudo callarse, tanto por lealtad hacia sus antiguos compañeros de milicia —pese al desaire en la guerra pasada— como por considerar que el veredicto era una injusticia: «Por lo que respecta al Ejército, ya tenemos la respuesta; en cuanto a lo que se refiere a las autoridades civiles, no se nos ha dado. Cuando se gana una guerra, el Gobierno y el Ejército comparten la gloria. Cuando se cosecha un fracaso, el Ejército se queda huérfano. Yo no comparto ese criterio». La opinión pública pensaba lo mismo y, el 10 de abril, Golda Meir hubo de presentar la dimisión.



Se inició entonces una carrera entre los hombres con prestigio y experiencia —y no salpicados por el *Yom Kippur*— por encabezar la jefatura del Gobierno. Rabin parecía el político mejor dotado, en opinión de los miembros clave de la infraestructura del Partido Laborista, para conseguir el cargo y se halló compitiendo contra un viejo conocido y siempre rival, Simon Peres. Rabin siempre tuvo una gran desconfianza hacia Peres y jamás fue objetivo al enjuiciar su valor, sus méritos o su conocimiento. Peres se ganó aquella animadversión empleando contra Rabin todos los trucos sucios que son habituales en la política y que Rabin, acostumbrado a la simplicidad y a la claridad de las relaciones militares, consideraba simples bajezas de gentes sin honor. Cuando la lucha dentro del partido laborista por la designación como candidato a la jefatura del Gobierno estaba en su momento culminante, un periódico recordó el desvanecimiento sufrido por Rabin 17 años antes, durante la crisis inmediatamente anterior a la guerra de los Seis Días, comentando arteramente que *era importante publicarlo porque Israel no podía permitirse un primer ministro que sufriera lipotimias en los momentos difíciles*. El periódico era propiedad de Ezer Weizmann —que había

mandado la Aviación judía y luego alcanzó la presidencia de Israel— y el inspirador, Simon Peres, según siempre sostuvo Rabin.

Pese a la maniobra, Yithzak ganó la designación por 298 votos contra 254 y hubo de aplicarse para conseguir la mayoría parlamentaria que el partido laborista no tenía. Aquellos diez escaños, imprescindibles para obtener la mayoría, le pondrían en manos del partido nacional-religioso Mafdal, histórico aliado minoritario del laborismo consentido por Ben-Gurion y que había ido creando progresivamente una idea confesional del Estado israelí. Una vez establecida la coalición, comenzó el vidrioso reparto de las carteras: Peres exigió Defensa y Rabin tuvo que dársela para evitar la escisión de los diputados del Rafi. Superados los problemas, el 3 de junio de 1974, el general fue reconocido como primer ministro y encargado de la espinosa tarea de gobernar.

Aquellos tres años de gobierno fueron una de las épocas más duras y frustrantes de la carrera política de Yithzak Rabin. En sus relaciones con los países árabes, Estados Unidos le forzó a hacer algunas concesiones, supeditándolas a sus ayudas económicas, y suspendió temporalmente la venta de armas. Así se efectuaron las pequeñas devoluciones territoriales en el Golán y un nuevo repliegue en el Sinaí, que posibilitó la reapertura del canal de Suez en 1975[160] y un acuerdo de reducción de los efectivos militares judíos y egipcios en ese frente. Con ello Israel recuperaba los suministros bélicos, los créditos y las ayudas económicas a fondo perdido, capítulos fundamentales para un país que había gastado gran parte de su arsenal militar y necesitaba renovarlo y que en 1975 padeció una inflación del 40%.

Si esas concesiones permitieron a Rabin reequipar a sus tropas y sostener su precaria situación económica, también le acarrearon fuertes problemas internos. Primero, con los fanáticos del *Gush Emunim* (*Bloque de la Fe* o *de los Fieles*) que habían generado una concepción teológica del sionismo: contemplaban el retorno a Palestina como un milagro y mantenían que el mandato divino para la juventud israelí era la colonización de las tierras que habían pertenecido al más glorioso momento de la historia de Israel, es decir a los reinados de David y Salomón, y que esa tierra era sagrada, más aún, «que la Tora prohíbe abandonar un sólo milímetros de la tierra liberada»… El Gobierno que se opusiera sería sacrílego y, por tanto, ilegítimo. Los mínimos repliegues en el Golán y la evacuación de un tercio del Sinaí conmocionaron al *Gush Emunim* y le impulsaron a la acción: el ejército tuvo que expulsarles de territorios que habían arrebatado a los palestinos en Samaria, con gran escándalo de los diputados derechistas del Likud en el Parlamento; Rabin no logró

echarles, sin embargo, de las zonas que tomaron cerca de Nablús en diciembre de 1975, pues no pudo superar la resistencia de los colonos apoyados por Peres —provocando un nuevo distanciamiento entre ambos hombres—, la reticencia del ejército a actuar contra ellos y la oposición de la derecha en la *Knesset*.

La doctora Carmen López Alonso, tras estudiar la visión que sobre años posteriores a 1967 tiene el mundo académico, el cultural y los medios de opinión israelíes de izquierdas, concluye que la aplastante victoria en la guerra de los Seis Días marcó «El comienzo del fracaso y la frustración de Israel; el inicio de su resquebrajamiento moral y político. (…) Los territorios del Sinaí, Gaza y Cisjordania conquistados en 1967 van a plantear serios problemas en la sociedad israelí: cuestiones sobre la naturaleza de la ocupación de la relación con sus habitantes palestinos, sobre las negativas consecuencias de todo ello sobre el *ethos* israelí. Preguntas que se hacen más acuciantes tras la guerra del *Yom Kippur*. La supuesta sociedad integrada parece hacerse añicos, sus élites políticas son sometidas a una dura crítica y los cambios se hacen sentir casi inmediatamente: nuevos colonos, religiosos ultranacionalistas con tendencias mesiánicas en su mayoría, practicando la vieja política de hechos consumados, comienzan a asentarse, de forma sistemática y ambiguamente ilegal, en los territorios del Gran Israel, presentándose a sí mismos como continuación del verdadero sionismo de los pioneros[161]».

Esto crearía un fuerte malestar entre la población palestina de los *Territorios Ocupados*, excitada, además, por la activa campaña que estaban sosteniendo los *fedayines* dentro y fuera de Israel.

El recrudecimiento de la actividad de los *fedayines* se produjo inmediatamente después de la conclusión de la guerra del *Yom Kippur*. Tras un momento de entusiasmo inicial, los palestinos comenzaron a desconfiar de las intenciones militares de Egipto y, al final, sus esperanzas se hundieron con la derrota siria en el Golán. Cierto que Israel no había logrado una victoria ni brillante ni siquiera clara, pero la situación no había cambiado ni un ápice en los Territorios Ocupados. Por tanto, consideraban que debían volver a la lucha terrorista si querían mover a los judíos de su enroque en las tierras palestinas. El 11 de abril de 1974 un comando atacó la aldea hebrea de Kiryat Shemona, tomó rehenes y se refugió en un edificio; a cambio de ellos, exigió la libertad de unos treinta palestinos prisioneros en cárceles israelíes. Paracaidistas de *Tzahal*, dirigidos personalmente por Dayan, asaltaron la casa: murieron los tres guerrilleros, 14 rehenes y uno de los soldados, en cuyas filas hubo, además, 11 heridos.

El 15 de mayo, tres *fedayines* se adueñaron de la escuela de Mahalot,

donde pernoctaba un centenar de estudiantes que estaba recorriendo el país en autobús. Exigieron la puesta en libertad de veinte palestinos. Israel cedió inicialmente, pero, a última hora, decidió asaltar la escuela: murieron los tres palestinos, 18 niños, cuatro miembros de una familia israelí y cinco soldados; hubo, además, 70 niños y 10 soldados heridos. Aquélla fue la última operación militar dirigida por Moshe Dayan.

A la semana siguiente de la toma de posesión de Rabin, un comando palestino asaltó el pueblo de Nahariyya y tomó a seis familias como rehenes. Tras un simulacro de negociación, la casa fue asaltada por fuerzas especiales: murieron los tres palestinos y tres rehenes. Estaba claro que el nuevo primer ministro no tenía una política diferente a la anterior respecto a los guerrilleros y que su imaginación para las represalias era similar a la de sus predecesores: Líbano padeció múltiples bombardeos aéreos y navales e, incluso, numerosos asaltos anfibios de comandos, causando a lo largo de 1974 unos 25 muertos entre la población civil.

Paralelamente a esta guerra, que estaba destrozando los nervios de Israel, se consolidaba la OLP, bajo la dirección de Yasser Arafat, aceptado ya por todos como representante oficial del pueblo palestino y de sus intereses. La propia ONU le reconoció el 14 de octubre de 1974, invitándole a intervenir ante la Asamblea General. El 13 de noviembre la sede de las Naciones Unidas en Nueva York estaba rodeada de especiales medidas de seguridad: era el día de Arafat, que llegó en helicóptero con su habitual guerrera de color beis claro, camisa y pantalón oscuros, la cabeza cubierta por su inseparable *kufiyya* palestina blanca y negra, barba de dos días y gafas negras. Mohamed Yasser el-Koudoua, alias Abu Ammar, alias Yasser Arafat, subió a la tribuna de oradores y comenzó a hablar ante los representantes de los 138 Estados miembros. En su discurso, de 45 minutos de duración, narró la peripecia del pueblo palestino: cómo estando en su tierra fue invadido por un pueblo extranjero que alegaba derechos históricos que databan de dos mil años antes; cómo el sionismo había ido echando raíces en Palestina y cómo la ONU había ordenado la partición de aquel territorio. Resumió, luego, la pérdida incluso del espacio que les fuera reservado, el exilio, el sufrimiento en los campos de refugiados, el desarraigo y la desesperación. Justificó la actividad guerrillera, los secuestros y atentados, como la «lucha justa consagrada por la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de Derechos Humanos», al tiempo que acusó al gobierno israelí de terrorista, argumentando su acusación y ejemplificándola ampliamente. Al final, invitó a los judíos

a convivir en paz con los palestinos e instó a las Naciones Unidas para que afrontasen la responsabilidad histórica que habían contraído con la partición del territorio y apoyasen la autodeterminación de Palestina. Al final, el líder de la OLP concluía: «*Les exhorto a que permitan a nuestro pueblo establecer su soberanía nacional independiente en su propio territorio. Hoy he traído una rama de olivo y un fusil de combatiente por la libertad. No permitan que la rama de olivo caiga de mi mano. Repito, no permitan que la rama de olivo caiga de mi mano*».

El representante israelí en la ONU, Josef Tekoah, replicó al discurso asegurando que la propuesta de Arafat «*supondría la destrucción de Israel y su sustitución por un Estado palestino*». Rabin lo vio de la misma forma: «*Se trata de un desafío lanzado contra nuestra propia existencia*». Efectivamente, Yasser Arafat no había reconocido en su discurso al Estado de Israel, sino el derecho de los judíos a vivir en paz junto a los palestinos.

La ONU, en su resolución 3236, reconoció el 22 de noviembre de 1974 parte de las demandas de Arafat: el derecho palestino a la autodeterminación, la independencia, la soberanía, «a regresar a sus hogares y sus propiedades, de los que han sido desalojados y desarraigados y pide su regreso», y a la OLP como representante del pueblo palestino y como observador en las Naciones Unidas.

La lucha estaba siendo implacable en todos los frentes. El 20 de noviembre, la Unesco suspendió sus ayudas a Tel Aviv y el 11 de diciembre terroristas palestinos lanzaron dos granadas de mano dentro de un cine, ocasionando tres muertos y 54 heridos. El 14 de enero Feisal de Arabia ponía sus recursos petrolíferos al servicio de la lucha contra Israel. El 21 de febrero la ONU condenaba a los judíos por la destrucción de la ciudad siria de Kuneitra y por profanar los santos lugares cristianos y musulmanes. El 5 de marzo, comandos palestinos asaltaban el hotel Savoy de Tel Aviv, tomaban rehenes y exigían la liberación de 10 palestinos. Comandos israelíes penetraron en el edificio y mataron a los *fedayines*, que se llevaron por delante a nueve judíos antes de perecer…

En la primavera de 1975 Beirut se convertiría en el epicentro de la lucha de los palestinos por su supervivencia. Como se avanzó en el capítulo anterior, la presencia armada de los palestinos y las represalias israelíes provocaron contra ellos la reacción de las capas más conservadoras tanto de musulmanes como de cristianos maronitas. Se asegura que Israel atizaba la lucha no sólo haciendo intolerable la vida en Líbano con sus represalias, sino armando y financiando a las falanges de Gemayel.

Aunque la guerra de Líbano distraía muchas fuerzas palestinas de la

lucha directa contra Israel, a lo largo de 1975 hubo numerosos atentados más, como la destrucción parcial de la colonia judía de Kiryat Shemona; una bomba en Jerusalén, que causó 14 muertos y 78 heridos; el asalto a la sede de la OPEP en Viena…

Y mientras, Rabin soportaba la oposición de la derecha a los repliegues territoriales en el Golán y, sobre todo, a los del Sinaí, donde se devolvieron a Egipto los campos petrolíferos de Abu Rudeis, explotados por Israel durante ocho años. Padecía el azote *fedayin*, probablemente en su campaña más dura y sangrienta. Aguantaba el mayor varapalo internacional de toda la historia del Estado; a lo ya visto debe añadirse que la Asamblea General de la ONU ratificó el 11 de noviembre de 1975 una resolución que calificaba al sionismo como «una forma de racismo y de discriminación racial[162]». Se enfrentaba a los partidos y organizaciones religiosas que trataban de ocupar nuevas tierras en Cisjordania; y los palestinos le plantearon los mayores disturbios y huelgas desde la ocupación, en defensa de sus propiedades[163].

Si la *cuestión palestina* —reivindicaciones civiles, terrorismo, presiones internacionales, demandas territoriales del *Gush Emunim*[164]— estaba constituyendo el calvario de Rabin, el 27 de junio de 1976 se produjo el secuestro de un avión de *Air France* por parte de fedayines del FPLP, que constituyó el único momento glorioso de su mandato. En el aparato viajaban 257 personas, de las que 98 eran israelíes; los secuestradores, tras una escala en Libia, condujeron el avión hasta el aeropuerto de Entebbe, en Kampala, Uganda, y exigieron la liberación de 53 activistas palestinos que purgaban penas de cárcel en cinco países, fundamentalmente, en Israel. En los días siguientes, mientras se aplicaban todas las argucias para ganar tiempo, Rabin se movió en esta alternativa: *Negociaremos con los secuestradores y cederemos, salvo que exista un plan con garantías razonables para liberar a los rehenes, en cuyo caso, lo utilizaremos*.

Fue otro momento de enfrentamiento con su ministro de Defensa, Simon Peres, que argumentaba en sentido contrario, tal como lo hubiera hecho su íntimo amigo Dayan: *Israel nunca ha liberado terroristas culpables de asesinatos y ahora tampoco debe hacerlo; hay que buscar un plan de acción que salve a los rehenes*.

Mientras los dos hombres polemizaban en las tensas reuniones del Gobierno, la diplomacia ganaba nuevos plazos y las fuerzas especiales de Israel obtenían una gran cantidad de información sobre Uganda y adiestraban a sus comandos en un escenario lo más parecido posible al que requeriría su acción. El 2 de julio, Peres y Mordechai Gur, jefe del Estado Mayor, presentaron el plan de acción, al que el primer ministro

opuso algunas objeciones, tras lo cual terminó la reunión: «*Hay 98 israelíes atrapados en esa terminal y la información disponible no es ni mucho menos la adecuada (para una actuación de comandos)… Estoy a favor de que prosigan los preparativos, pero propongo que mantengamos este asunto pendiente de las negociaciones. Si pudiéramos hacer que liberaran a las mujeres y a los niños eso cambiaría todo el panorama…*».

Finalmente, el 3 de julio, cuando ya expiraba un nuevo ultimátum, Rabin dio *luz verde* a una de las acciones más arriesgadas y sorprendentes de la historia de los servicios especiales: tres aviones de transporte *Hércules C-130* condujeron hasta el aeropuerto de Entebbe —a unos 6000 kilómetros de distancia— a un grupo de comandos mandados por el teniente coronel Yoni Netanyahu[165].

Los aviones aterrizaron hacia las 23,18 horas, uno tras otro, en un extremo de la pista y del primero surgió en pocos segundos un gran automóvil negro, similar al utilizado por el presidente de Uganda Idi Amin, que se dirigió rápidamente hacia la terminal. En él iba un corpulento soldado vestido con un uniforme similar al empleado por el dictador ugandés, acompañado de un conductor y un escolta, los tres maquillados de negro. Por un momento, los soldados ugandeses que custodiaban la terminal pensaron que se trataba de su presidente y de su guardia personal. Cuando quisieron darse cuenta estaban siendo desarmados; los secuestradores —palestinos y alemanes de la banda *Baader Meinhoff*— fueron sorprendidos y abatidos, en una acción tan rápida que apenas pudieron hacer uso de sus armas, pero aún así causaron dos heridos graves a los israelíes (ambos, una pasajera y un soldado, fallecerían poco después). Cuando conducían a los secuestrados hacia los *Hércules*, uno de los centinelas del aeropuerto disparó una ráfaga de fusil ametrallador contra el grupo de comandos, alcanzando mortalmente al jefe, Yoni Netanyahu. La operación concluyó con el despegue de los aviones a las 23,51 horas. A su regreso, los transportes repostaron en Kenia y llegaron a Tel Aviv a la mañana siguiente.

El país que, en palabras de Simon Peres, había vivido una tensión como en la guerra de los Seis Días, reaccionó con euforia ante la pericia y el valor de sus fuerzas especiales, pero abrió aún más las diferencias entre Peres, que se atribuyó gran parte del mérito —lícitamente ganado— y Rabin, al que sus enemigos —se sospecha que Peres estuvo entre ellos— tildaron de claudicante y de paloma por sus disposiciones negociadoras.

El éxito de Entebbe fue, en todo caso, el canto del cisne del Gobierno de Rabin. A los múltiples problemas ya mencionados, a la mala situación económica, a la rivalidad interna del Gobierno se unió un

rosario de fraudes y corrupciones entre altos funcionarios que desmoralizaron al país. La crisis llegó, sin embargo, durante un nuevo enfrentamiento de Rabin con los partidos religiosos, cuando unos aviones adquiridos en Estados Unidos aterrizaron durante el sábado en una base militar y se les tributó una recepción. Los partidos religiosos clamaron contra aquella trasgresión del precepto del descanso sabático y se produjo una moción de censura en la *Knesset*, a la que se unieron los diputados del Mafdal, el partido nacional-religioso tradicional aliado de los laboristas. Se rompió así la unidad de la coalición gobernante y Rabin planteó la crisis el 20 de diciembre de 1976, convocándose elecciones para el 17 de mayo de 1977.

El primer paso para concurrir a una nueva campaña electoral era superar la oposición dentro del laborismo. Rabin y Peres volvieron a competir por la designación como candidato a la jefatura del Gobierno y, una vez más, venció Rabin, que celebró su éxito viajando el 6 de marzo de 1977 a Estados Unidos, donde el presidente Jimmy Carter, ganador de las elecciones de 1976, acaba de asumir la presidencia. Ambos políticos esbozaron en sus conversaciones el plan de paz «etapa por etapa» —es decir, avanzando a pequeños pasos, sin imponer desde el principio *el todo o el nada*— que debería llegar a un acuerdo de paz completo en un plazo de ocho años. El presidente egipcio, Anuar el-Sadat, mostró inmediatamente su desacuerdo: «*Les reitero que no aceptamos ceder ni una sola pulgada de nuestro territorio y que nuestro territorio nacional no es negociable*».

Y mientras Yithzak Rabin se dedicaba en Washington a sus asuntos políticos, su esposa Lea, que le había acompañado en el viaje, se ocupaba de visitar a los amigos de su época de la embajada en la capital norteamericana, a hacer compras y a arreglar algunos pequeños asuntos pendientes. El 8 de marzo acudió a una oficina del *National Bank* para cancelar dos cuentas que no fueron clausuradas cuando retornaron a Israel cinco años antes; en una casi no había dinero; en la otra, unos 2000 dólares; canceló la primera, pero no lo hizo con la segunda porque requería algún trámite burocrático y tenía prisa.

Un periodista judío se enteró casualmente de esa visita bancaria y, como en Israel está prohibida la tenencia de cuentas en el extranjero, profundizó en el asunto. El 15 de marzo, el periódico *Haaretz* publicó a toda página: «La señora Lea Rabin, esposa del primer ministro, es titular de una cuenta en dólares en el *National Bank de Washington*». Rabin se defendió alegando que era una cuenta que dejó inadvertidamente abierta cuando abandonó la embajada de Israel en la capital norteamericana. Todo parecía estar claro, pero una

investigación del departamento de control de divisas demostró que en los cuatro últimos años Lea Rabin había manejado unos 20 000 dólares en esa cuenta. Tal cantidad era suficiente como para que Lea fuese procesada, de modo que Yithzak Rabin reaccionó suspendiendo sus servicios como primer ministro en funciones y como candidato laborista.

Aquella crisis abría, finalmente, las puertas del poder a Simon Peres, a los 53 años de edad. Primero, el 22 de abril, asumió el cargo de primer ministro interino y el 17 de mayo concurrió a las elecciones como candidato laborista. Pero su papel como primer mandatario israelí resultó efímero. Aquel martes, 17 de mayo de 1977, fue un día histórico para Israel: por vez primera en 29 años de existencia, los laboristas perdían las elecciones, alcanzando tan sólo 32 escaños[166]. La victoria sonrió al Likud, dirigido por Menahem Begin, el veterano terrorista del Irgun en los días de la lucha por la independencia y el eterno opositor desde la derecha a la política gubernamental. Con sus 43 escaños, más los 15 del Dash y con facilidades para hallar alianzas entre los partidos religiosos, que le proporcionasen una mayoría ajustada, Begin se convertía a sus 61 años en el jefe del primer Gobierno de la derecha israelí. Cuando asumió el poder, el 23 de junio, Begin se acordó generosamente de Rabin, el hombre al que relevaba: «*Yithzak Rabin ha acumulado muchos méritos en la historia de Israel. El pueblo ha elegido un nuevo Gobierno, pero creo que los israelíes no olvidarán nunca esos méritos*».

El tortuoso camino de la paz

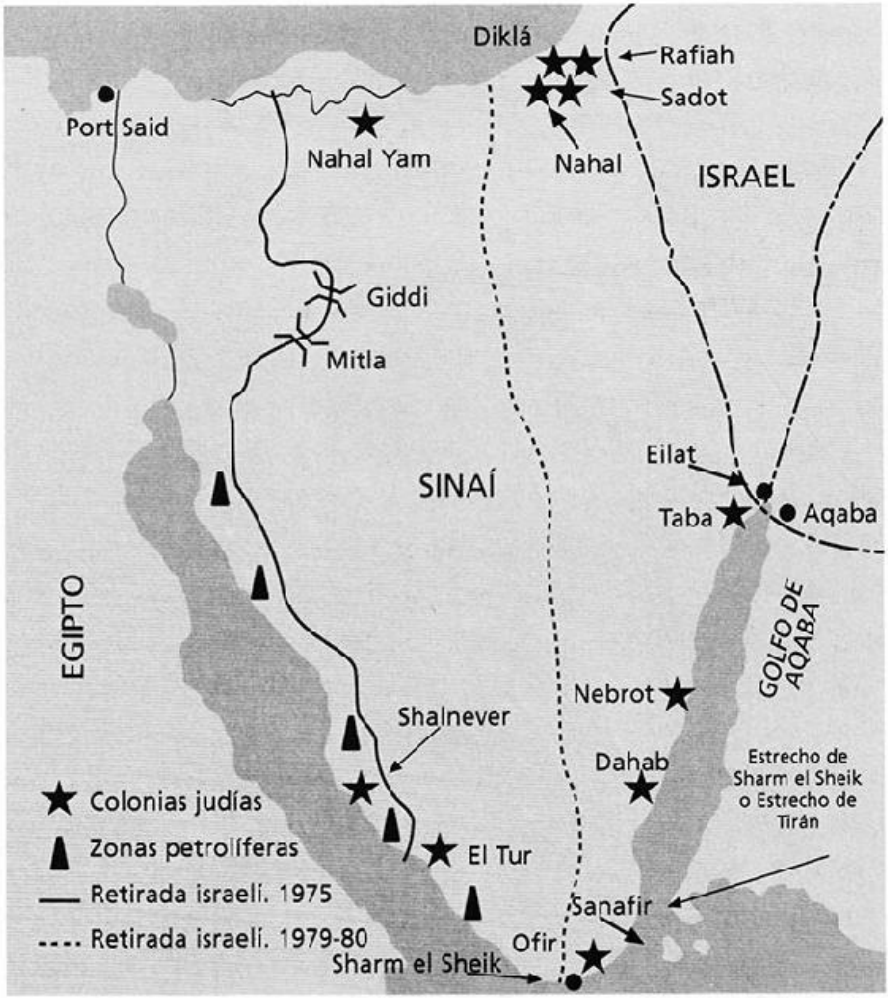
«No accederemos bajo ninguna circunstancia a permitir el surgimiento en Judea, Samaria o la Franja de Gaza de un Estado llamado palestino», decía rotundamente Menahem Begin el 23 de junio de 1977 en su discurso inaugural como primer ministro de Israel. Tampoco aceptaría «soluciones impuestas desde el exterior» y estaba decidido, además, a permitir el establecimiento de asentamientos judíos en todas las «partes del suelo patrio», es decir en toda Palestina. Para bajar un tanto el tono de su desafío, el líder de la derecha israelí también expresaba en aquel mismo discurso que estaba dispuesto a «profundizar nuestra amistad con Estados Unidos», a activar la Conferencia de Paz de Ginebra —paralizada desde finales de 1975— sobre la base negociadora de la *Resolución 242* de las Naciones Unidas; a entablar conversaciones directas con Egipto, Siria y Jordania para lograr «una paz contractual y práctica que conduzca a la normalización».

Es decir, la derecha no aportaba ninguna idea novedosa al conflicto con los árabes, que vivían en aquellos momentos una compleja situación interna. El Cairo y Damasco sostenían una relación de amor-odio tanto por lo que se refería a sus intereses negociadores con Israel como en lo que concernía a Líbano. Respecto a lo primero, el presidente sirio no estaba dispuesto a aceptar ningún tipo de negociación que no comenzase por la evacuación israelí del Golán, mientras Egipto ya había conseguido la retirada judía de buena parte del Sinaí, por lo que Hafed el-Assad se sentía un tanto traicionado por Sadat. En cuanto a lo segundo, la progresiva participación de Siria en el conflicto libanés había irritado a Egipto, que encabezaba una

propuesta de intervención conjunta árabe, hasta el punto de que el 5 de junio de 1976 rompió sus relaciones con Damasco. Cuatro meses después, tras el acuerdo del envío a Líbano de una fuerza multinacional árabe de pacificación, compuesta por 30 000 hombres, se restablecieron las relaciones. En diciembre de ese mismo 1976, los presidentes Assad, de Siria, y Sadat, de Egipto, pusieron en marcha negociaciones para una nueva unión entre los dos países.

Peor iban las cosas entre El Cairo y Trípoli. Las muy amistosas relaciones entre Sadat y Gadhafi se habían deteriorado tras la guerra del *Yom Kippur*, cuando Egipto comenzó a negociar con Israel: el líder libio no podía entender el pragmatismo del presidente egipcio. La tensión fue subiendo de tono hasta que, en agosto de 1976, murieron 14 personas en un atentado contra el Ministerio egipcio del Interior; la policía responsabilizó a los servicios secretos de Libia. Días después, El Cairo acusaba a Trípoli de entrenar extremistas para causar disturbios en Sudán, Túnez y Egipto. El enfrentamiento entre ambos países culminó con un incidente en el que Egipto se ensañó con las bisoñas fuerzas fronterizas libias y su aviación destruyó una de sus bases aéreas. La escalada militar fue frenada por la mediación árabe, pero miles de trabajadores egipcios resultaron expulsados de Libia.

En las relaciones internacionales se acentuó el alejamiento de Sadat de la URSS: el 15 de marzo de 1976 abrogó el *Tratado de tres lustros de amistad y cooperación* con la Unión Soviética, firmado cuatro años antes. Al mismo tiempo, se incrementó su aproximación al bloque occidental. En este sentido fue revelador el discurso pronunciado, a finales de marzo, por el presidente al pueblo egipcio, pidiéndole «cinco años de trabajo, fatiga, sudor, sacrificios, disciplina y paz social» en los que se lograría el despegue de la economía nacional, pues «por primera vez, los países árabes, Estados Unidos, Europa occidental y Japón están dispuestos a suministrarnos asistencia…». A continuación emprendía un viaje de quince días por media docena de países occidentales; su más sonada visita fue al papa Pablo VI, con el que habló del problema palestino y de la situación de Jerusalén y los Santos Lugares. Más importancia política tuvo, sin embargo, su paso por Viena, donde el canciller Kreisky le animó a dar «un paso valiente hacia la paz». En los meses siguientes, el presidente egipcio viajó a Alemania, Francia, Estados Unidos y recibió varias veces en El Cairo al secretario de Estado norteamericano Cyrus Vance.



Pero el más sorprendente de aquellos encuentros políticos se celebró en el verano de 1977 y fue mantenido en secreto durante mucho tiempo: bajo los auspicios de Hassan II de Marruecos se inició una negociación en la que participaron el diplomático y viceprimer ministro egipcio, Hassan Tohamey y el ministro de Exteriores israelí, Moshe Dayan. Allí comenzó la marcha hacia los acuerdos de Camp David. El famoso halcón israelí trataba de recuperar el prestigio perdido durante la guerra de 1973 con un sonoro éxito diplomático. En aquel otoño de 1977, crucial para el Próximo Oriente, el gran debate internacional era la reapertura de la Conferencia de Ginebra con el temario a negociar y la participación de los palestinos en ella. Washington presionaba insistentemente sobre Israel y, tras aprobar un envío de armas por valor de 115 millones de dólares, advertía que *ninguno de los Territorios Ocupados podría ser excluido de las*

negociaciones. Dayan se plegó a la exigencia y declaró «Todo asunto está sujeto a discusión», pero, días después, aclaró que una cosa no era negociable: Israel no aceptaría a una delegación de la OLP en la Conferencia de Paz. Washington siguió presionando y su portavoz aseguró que si se buscaba la paz *era imprescindible una representación palestina en las conversaciones de Ginebra, aunque precisó que cuantos participaran en las conversaciones deberían adherirse a la Resolución 242*, siempre cuestionada por los palestinos más radicales, pues garantizaba la existencia de Israel y su derecho a fronteras seguras y reconocidas. Tel Aviv no podía desairar al presidente Carter, de modo que elaboró una doctrina oficial al respecto, que mantendría vigente durante quince años: *Los palestinos pueden estar representados dentro de la delegación jordana, siempre que no pertenezcan a la OLP*.

El 1 de octubre se produjo una declaración norteamericano-soviética que pareció decidir la vía de la negociación en el marco de la Conferencia de Paz de Ginebra, donde deberían estar «todos los representantes de partes implicadas en el conflicto, incluidos los del pueblo palestino» para resolver «cuestiones clave como la retirada de las Fuerzas Armadas israelíes de los Territorios Ocupados en el conflicto de 1967; la solución de la cuestión palestina, que incluye asegurar los legítimos derechos del pueblo palestino; la terminación del estado de guerra y el establecimiento de relaciones pacíficas sobre la base del reconocimiento mutuo…».

Los árabes recibieron esa declaración como la panacea que solucionaría el conflicto con Israel de una vez por todas. Por fin, las dos superpotencias aunaban criterios para imponer la paz de acuerdo con las resoluciones de las Naciones Unidas. Sadat la calificó de «paso positivo para la superación del estancamiento en el conflicto árabe-israelí»; por su parte, un exultante Yasser Arafat dijo que estaban ante un «momento histórico».

No llegó a tanto. Israel rechazó la propuesta y Dayan se entrevistó entre el 4 y el 5 de octubre, en las oficinas de Estados Unidos en la ONU, con el presidente Carter y con el secretario de Estado, Vance, a los que terminó endosando, tras una noche entera de discusión, el plan de Israel, que consistía en *negociaciones bilaterales y separadas de Israel con Egipto, con Jordania, con Siria y con Líbano; las cuestiones relativas a los Territorios Ocupados de Cisjordania y Gaza se negociarían con Jordania (cuya delegación, en este caso, podía incluir representantes palestinos no integrados en la OLP) y Egipto; todos los temas son discutibles en el marco de las Resoluciones 242 y 338.*

Para celebrar esa negociación de Ginebra, Israel tenía otras exigencias, que oficialmente presentó ante la Asamblea General el 10 de octubre.

Los árabes tendrían que garantizar: «1) La seguridad de Israel; 2) La libertad de navegación en todas las vías acuáticas internacionales de la zona; 3) La principal fuente de agua de Israel —se refería, evidentemente, al Jordán—; 4) Los derechos iguales y la plena coexistencia entre Israel y los árabes palestinos en la Franja de Gaza, en Judea y en Samaria».
Israel lo pedía todo y sólo se comprometía a conceder a los palestinos una autonomía limitada dentro de los Territorios Ocupados, que seguirían bajo control militar israelí. La protesta árabe fue rotunda y la Asamblea General condenó por 131 votos contra uno (el de Israel) y una abstención (la norteamericana), en su resolución del 28 de octubre, *el establecimiento de colonias judías en los territorios árabes ocupados; ilegalizó las decisiones sobre los Territorios Ocupados y exhortó a Israel a no modificar el status legal, geográfico y demográfico de esos territorios*.

Una visita histórica: Sadat, en Jerusalén
Toda aquella tela de araña de idas y venidas, de prolijas negociaciones, de millares de visitas, compromisos, componendas y presiones había quedado en agua de borrajas. Anuar el-Sadat, que necesitaba urgentemente créditos, ayuda tecnológica y otra fuente de suministros de armamento, una vez cerrado el grifo soviético[167], decidió dar aquel «paso valiente hacia la paz» que le recomendara el canciller Kreisky para romper el nudo gordiano que impedía la solución del problema. El 15 de noviembre, con Arafat como invitado, el presidente habló ante el Parlamento egipcio al que comunicó que tenía una invitación oficial del Gobierno israelí para visitar Jerusalén y hablar ante la *Knesset*: «Estoy dispuesto a conseguir la paz y, por esta razón, estoy dispuesto a ir a Israel». El Parlamento egipcio aprobó el viaje con sólo tres votos en contra y con la oposición indignada de Arafat, que se sintió manipulado y en una situación comprometida ante sus opositores dentro de la OLP: «¿Pero no os dais cuenta de lo que me habéis hecho?», gritó en vano al vicepresidente Hosni Mubarak.
Al día siguiente, Sadat viajó a Damasco y expuso la situación al presidente Assad, que trató en vano de disuadirle: «Vayamos juntos a Jerusalén —le replicó el presidente egipcio—. Pero si tú no vienes, iré yo. No me condenes. ¡Si fracaso, pediré a mi pueblo que te considere su líder!». Rémi Favret, biógrafo de Arafat, que recoge las anteriores palabras, asegura que el presidente sirio consideró la posibilidad de secuestrar durante unas horas a Sadat para impedirle el viaje. No lo hizo, pero dejó escrita su decepción: «Resultó penoso para mí no haberle podido disuadir y convencer de la gravedad de este viaje a

Israel y sobre la repercusión que tendrá en la causa árabe y en la situación árabe, tal como yo la veo».

El 19 de noviembre, el presidente egipcio Anuar el-Sadat llegó a Israel. Era el primer jefe de Estado árabe que pisaba aquel territorio después de la creación del Estado judío. Millares de personas le dieron la bienvenida y al pie del avión, en el aeropuerto de Lod, le esperaba el Gobierno de Begin casi en pleno. Allí pronunció el presidente egipcio su primer mensaje pacificador: «La paz entre Egipto e Israel es, en gran parte, una garantía para la paz mundial». Luego se trasladó a Jerusalén y allí, vestido con la ritual túnica blanca, rezó en las mezquitas de La Roca y de Al Aqsa, dos de las más antiguas y famosas del Islam. A continuación realizó una respetuosa visita a la iglesia cristiana del Santo Sepulcro.

El mundo contemplaba incrédulo las imágenes de televisión; las informaciones de radio eran seguidas minuto a minuto; la prensa fue consumida ávidamente en las horas siguientes. El presidente Carter se mostraba encantado con la visita «que hace renacer la esperanza de una solución negociada del conflicto»; el Kremlin expuso su sentimiento en un editorial del diario *Pravda*: «Sadat ha iniciado una política de capitulación ante Israel»; la OLP no hallaba calificativos peyorativos suficientemente graves para expresar su indignación: «Éste es el paso más abominable de Sadat»; algunos países árabes, como Jordania, Sudán, Marruecos u Omán aprobaron el gesto de Sadat; otros, como Arabia Saudí, guardaron silencio y la mayoría (encabezada por la OLP, Siria, Irak, Libia, Argelia y Yemen del Sur) condenó aquella política. En sus propias filas, Sadat experimentó un fuerte rechazo: el vicecanciller egipcio, Mahmud Riad y el ministro de Exteriores, Ismail Fahmi, presentaron su dimisión.

En Israel, el primer ministro, Begin, declaraba: «Una visita trascendental. No conozco ningún caso precedente de que un dirigente de un país en guerra con otro, visite ese otro país y sea recibido con tal entusiasmo y sinceridad». Simon Peres, jefe de la oposición, manifestaba su envidia por no haber gozado de semejante oportunidad durante su mandato y su admiración por el presidente egipcio: «Sadat se consideraba a sí mismo como un profeta de la paz y como un guerrero victorioso (…) Su política reflejaba ese dualismo: era el estratega militar que inició la guerra del *Yom Kippur* y el apóstol del acuerdo pacífico que llevó su mensaje a la *Knesset*…». En cuanto a Rabin, vivió estos sucesos desde su modesta oficina de la zona gubernamental de Tel Aviv como un observador alejado. En las memorias que por entonces tenía entre manos no dejó traslucir especiales emociones.

El 20 de noviembre, Anuar el-Sadat habló ante el Parlamento israelí, que le escuchó respetuosamente durante cuarenta minutos, sobre sus motivos para presentarse ante la *Knesset* y sobre las bases necesarias para hallar una paz aceptable por todos: a) La retirada israelí de los Territorios Ocupados en 1967; b) La creación de un Estado palestino; c) El derecho de todos los Estados a vivir en paz y a tener fronteras reconocidas y garantizadas; d) Las relaciones pacíficas y renuncia a la fuerza; y e) El fin del estado de beligerancia. En suma, las *Resoluciones 242 y 338*, adobadas con un tratamiento concreto de la cuestión palestina.

Le replicó Begin, agradeciéndole la visita, reiterando su invitación al presidente sirio para que hiciese lo mismo, declarándose dispuesto a visitar las capitales de los países implicados en el conflicto si era invitado y mostrándose proclive a «negociarlo todo», eso sí, garantizando la seguridad de Israel y dejando claras las razones judías para sentirse dueños de las tierras de Palestina.

Aquella visita había abierto una nueva vía negociadora, pero seguía tan llena de obstáculos que muchas veces amenazó con bloquearse del todo. Primero, Sadat fracasó en su convocatoria de una reunión preparatoria de la Conferencia de Paz de Ginebra: negaron su asistencia la URSS, Siria y Líbano; después, los contrarios a aquella negociación se reunieron en Trípoli formando el *Frente de Resistencia y Enfrentamiento*, que calificó el viaje de Sadat a Israel como «alta traición» y solicitó «la congelación de las relaciones políticas y diplomáticas con el Gobierno egipcio». La reacción de El Cairo consistió en romper sus relaciones diplomáticas con Siria, Libia, Argelia, Irak y Yemen del Sur. En los días siguientes, ante la condena soviética y de varios países comunistas de su política, Sadat suspendió relaciones culturales y consulares con la URSS, la RDA, Hungría, Checoslovaquia y Polonia…

Pese a la amargura de ese aislamiento, Sadat contó con el apoyo jordano y saudí y con las importantes ayudas que le estaban llegando de los países desarrollados en forma de créditos, tecnología, inversiones y armas. Al tiempo, Israel ofrecía un plan de paz que era, con mucho, el más generoso que hasta entonces había puesto sobre la mesa: retirada del Sinaí y autonomía completa para los Territorios Ocupados, salvo en materia de seguridad y relaciones exteriores. Para Sadat no era suficiente: él seguía presionando en favor de un Estado palestino y confesó «estar decepcionado» cuando Carter apoyó la propuesta israelí y la continuación de su presencia militar en los Territorios Ocupados.

Los 20 meses siguientes constituyeron, seguramente, el periodo de

actividad diplomática más arduo y, a veces, más decepcionante de todo este conflicto. Las negociaciones egipcio-israelíes se paralizaron numerosas veces ante la resistencia judía de abandonar los Territorios Ocupados en 1967 y permitir el establecimiento de un Estado palestino, llegando como máximo a comprometerse a evacuar algunos territorios y a conceder una autonomía ampliable tras un periodo de prueba de cinco años. En febrero de 1978, Sadat comprobaba, agotado, que se había vuelto «al círculo vicioso de discutir cualquier palabra o cualquier coma de una declaración». Dos meses después, el presidente egipcio definía las intenciones del primer ministro israelí: «Begin quiere la paz, quiere los territorios y quiere la soberanía sobre ellos. Quiere, además, mantener las colonias en nuestra tierra. En fin, lo quiere todo y no da nada a cambio».

Y mientras el interminable ir y venir de políticos norteamericanos, israelíes y egipcios de un lado al otro del Atlántico, con declaraciones y planes que apenas cambiaban, aburrían al mundo político, los palestinos seguían tratando de recuperar sus derechos por la fuerza: en marzo, un comando de nueve guerrilleros se apoderó de un autobús cargado de pasajeros; el secuestro se convirtió en el más sangriento de la historia de Israel: 37 civiles perdieron la vida, 82 fueron heridos y murieron todos los *fedayines*. En mayo, un atentado contra un avión de *El-Al* en París arrojaba el saldo de cuatro muertos y seis heridos. El 9 de junio, una bomba colocada en un autobús de Jerusalén mataba a seis personas y el 29, otro comando ponía una bomba en el mercado central de Jerusalén, ocasionando la muerte a ocho personas e hiriendo a 42… Y, como habitualmente, Israel multiplicó la violencia y el número de las víctimas en sus represalias: aparte de varios bombardeos artilleros y aéreos y de asaltos de comandos contra objetivos concretos, la infantería israelí penetró en Líbano hasta el río Litani, ocupando unos 800 kilómetros cuadrados y causando medio millar de muertos, mayoritariamente civiles, en los campamentos palestinos. Su objetivo era «liquidar las bases *fedayines* donde se adiestran para atacar a Israel» o, en palabras de Begin, «cercenar el brazo maléfico de la OLP».

También en su propia casa se elevaban voces contra la política del Likud: por entonces comenzaba a darse a conocer el movimiento *Paz Ahora*, formado en gran parte por militares en la reserva, pidiendo a Begin que *no sacrificara la actual ocasión de paz al sueño del Gran Israel*; en muchas pancartas de sus manifestaciones podía leerse: «Más vale paz sin territorios que territorios con guerra permanente». En el mismo sentido, el partido laborista promovía una moción de censura contra Begin, al que acusaban de *estar desperdiciando una excelente*

ocasión para la paz, pero el primer ministro ganó cumplidamente en el Parlamento por 70 votos contra sólo 35.

En julio de 1978, dos de las figuras históricas del socialismo europeo, Willy Brandt y Bruno Kreisky, trataron de desatrancar el proceso por medio de un encuentro secreto entre el jefe de la oposición israelí, Simon Peres, amigo de ambos y correligionario de la Internacional Socialista, y el presidente egipcio Anuar el-Sadat, también amigo de los dos políticos centroeuropeos. La reunión entre los cuatro tuvo lugar en el palacio Hofburg, donde se había reunido el Congreso de Viena de 1814-1815. En la negociación, que se prolongó cinco horas, sólo hablaron Sadat y Peres, interviniendo Brandt y Kreisky apenas para impulsar los gestos de buena voluntad. Sadat estaba harto de la situación, tanto de los continuos reproches y ataques de los países del *Frente de Resistencia* y las acciones armadas de la OLP contra personalidades e intereses egipcios, como del exasperante regateo de Israel, de modo que planteó una posición diáfana: «Me dijo —escribió Peres— que, por alcanzar la paz, estaba dispuesto a sacrificar la posición de Egipto en el mundo árabe; sería un sacrificio a corto plazo, porque los árabes volverían a Egipto tarde o temprano. Sin embargo, no renunciaría a ninguna partícula de tierra egipcia. La tierra es una cuestión de honor y, por tanto, Israel tendría que devolverla toda, hasta el último grano de arena».

Cuando Peres comunicó a Begin lo hablado en Viena, el primer ministro se sintió muy contrariado porque el presidente egipcio ya no hablaba ni de todos los territorios, ni del Estado palestino. Tendría que ceder para no incurrir en la desaprobación de todo el mundo occidental y, menos aún, en la cólera de Washington y se daba la circunstancia de que, en la época de la implantación de colonias agrícolas judías en el este del Sinaí, él había prometido que se iría a vivir allí cuando abandonara la política. Por eso había pedido a Peres que lograra concesiones de explotación agrícola en la zona de El Arish hasta el año 2010, pero Sadat había sido tajante: hasta el último grano de arena".

Así estaban las posturas negociadoras cuando, el 8 de agosto de 1978, Washington invitó al presidente egipcio y el primer ministro israelí a reunirse el 5 de septiembre con el presidente Carter en su residencia veraniega de Camp David. En esas cuatro semanas de plazo, Israel dio nuevas muestras de su hosquedad política: nuevos planes para establecer más colonias agrícolas en los Territorios Ocupados y dos bombardeos sobre campamentos palestinos en Líbano, con grandes destrucciones y una docena de víctimas. El viaje del presidente egipcio a Estados Unidos se hacía aún más difícil y sobre su misión caían

nuevas condenas: *peligrosa para el mundo árabe, traición, capitulación, inútil…* Yasser Arafat declaraba a la televisión francesa que el plan urdido por Begin y Sadat para la autonomía de los Territorios Ocupados equivalía a convertirlos en «nuevos bantustanes».

Pese a las condenas de gran parte de los países árabes y de la URSS, Sadat llegó el 5 de septiembre a Camp David y se reunió allí con Begin y con Carter, rodeados de formidables medidas de seguridad y de un hermetismo informativo completo. En medio de las especulaciones, que crecían conforme transcurrían los días, el 16 de septiembre se produjo el anuncio del presidente Carter de que el día siguiente sería la fecha límite para la conclusión de la conferencia. De la dureza de las negociaciones que se desarrollaron durante aquéllos trece días es buena muestra que aún se prolongó un día más para anunciar, el día 18, un acuerdo sobre el que, en el plazo, de tres meses, debería negociarse un tratado de paz…

Lo acordado en Camp David fue, en resumen:

A) Margen occidental y Gaza (es decir, territorios palestinos ocupados): acuerdos provisionales a expensas de que puedan ser negociados por Jordania y los palestinos: 1) Plena autonomía en el plazo de cinco años, retirándose tanto la administración civil israelí como sus fuerzas militares; 2) Egipto, Israel y Jordania establecerán el procedimiento para la elección de las autoridades que se ocupen del autogobierno; 3) Cuando tal autoridad haya sido establecida, comenzará a contarse el periodo de transición de cinco años.

B) Egipto e Israel se comprometían a no recurrir a la fuerza para solucionar sus conflictos y a elaborar un tratado de paz en el plazo de tres meses.

C) Egipto e Israel establecerán relaciones normales entre sí (se enumeran las relaciones normales); Estados Unidos sería invitado resolver los problemas que pudieran plantearse.

Sin entrar en los detalles técnicos del acuerdo se observa, a simple vista, que el problema palestino ocupó dos terceras partes del texto. Pero que ése fue el problema central se ve aún más claro en el resto de los documentos que acompañan al acuerdo; tres cartas del presidente Sadat al presidente Carter, que se las pasó al primer ministro Begin: una acerca de la soberanía árabe sobre la Ciudad Vieja de Jerusalén y la libertad de acceso a la ciudad de todos los pueblos; otra sobre la retirada de los asentamientos agrícolas judíos en el Sinaí; la tercera volvía sobre las garantías para los territorios palestinos ocupados por Israel. Hay, asimismo, tres notas de Begin a Carter, que se las envió al presidente Sadat: la primera trataba de mantener a los colonos israelíes en el Sinaí; la segunda afirmaba que Jerusalén era la capital

de Israel y que así iba a continuar y la tercera versaba sobre la denominación de «los palestinos o pueblo palestino», empleados en las transcripciones árabes, que serían «palestinos árabes» en los documentos israelíes… Es decir, en Camp David el problema menor fue la retirada israelí del Sinaí; el caballo de batalla lo constituyó el tema palestino, los Territorios Ocupados de Judea, Samaria y Gaza y la propia identidad palestina.

Los acuerdos de Camp David marcaban un hito en las relaciones árabe-israelíes; sin embargo, sólo eran un asunto de principio sobre los que habría que negociar unos acuerdos que deberían estar firmados el 18 de diciembre. Lo ocurrido en los meses siguientes era previsible: la general condena árabe contra Egipto, la ampliación de las colonias agrícolas judías en los Territorios Ocupados, la relativa facilidad para negociar las fases de evacuación judía del Sinaí, la imposibilidad de alcanzar un acuerdo sobre lo que ambas partes entendían por autonomía palestina… Así se llegó al 17 de diciembre de 1978, culpándose Egipto e Israel mutuamente de no haber podido cerrar el tratado de paz. Camp David se estaba diluyendo como un azucarillo. Para animar a los dos protagonistas de aquella ardua negociación, la Academia sueca concedió ese año el premio Nobel de la Paz a Begin y a Sadat.

En aquel mes de diciembre moría, a los 80 años de edad, Golda Meir, a la que muchos llamaban *la madre de Israel* y con toda razón, porque luchó denodadamente y en primera fila durante 60 años por su formación, independencia y gobierno. Ese mismo mes y por vez primera Arafat, en un mensaje enviado al presidente Carter, se mostraba dispuesto a reconocer a Israel, a renunciar a toda reivindicación sobre el territorio partido y otorgado por la ONU y a comprometerse a vivir en paz con el Estado judío a cambio de la fundación del Estado palestino sobre los Territorios Ocupados en Samaria, Judea y Gaza. Nadie le hizo caso alguno.

Washington volvió a empeñarse para desbloquear las negociaciones e invitó a una delegación egipcia-israelí a mantener nuevas negociaciones en Camp David en febrero de 1979. Pese a sus presiones, Carter no logró avanzar ni un paso: el obstáculo estaba en que Egipto exigía que el acuerdo incluyera un plazo concreto para la autonomía palestina, mientras que Israel se negaba a fijar una fecha. El paciente Carter comenzó a impacientarse y pidió enérgicamente a Begin que se reuniera con él el 1 de marzo. Allí acordaron una transacción que el presidente norteamericano estaba dispuesto a amarrar sin demora, por lo que decidió viajar a Próximo Oriente el 7 de marzo. Tras cinco días de negociaciones casi estériles en Egipto e

Israel y tras hablar ante los Parlamentos de ambos países, Carter estalló ante la *Knesset*: «Egipto e Israel no están preparados para firmar un tratado de paz, aunque sus pueblos sí lo estén», luego, conteniendo apenas su irritación y comunicando su inquietud por el triunfo del integrismo iraní[168], dijo que la paz, «siempre importante para la seguridad de toda la región, se ha hecho más urgente en las últimas semanas». Begin, alarmado ante el enfado del presidente norteamericano, reflexionó: «todos debemos tener paciencia».

Carter regresó a Estados Unidos el 13 de marzo, dejando atado el acuerdo, cuyo camino engrasaba la donación de 5000 millones de dólares (3000 para Israel y 2000 para Egipto) en concepto de gastos de instalación de un nuevo dispositivo militar tras la evacuación del Sinaí. Pero Tel Aviv realizó una nueva finta: reconoció *la plena autonomía de los habitantes de los Territorios Ocupados, pero no la autonomía de los territorios* y reiteró su oposición a un Estado palestino y a renunciar a Jerusalén como capital. Esta vez Sadat, agotado por la tenacidad judía y enojado por la lluvia de críticas y condenas árabes —Sadam Hussein, a la sazón vicepresidente de Irak, llegaría a pedir su destitución «por estar psicológicamente incapacitado»— no replicaría y comenzaría a centrarse sólo en los problemas egipcios. El 26 de marzo, a las 14,08 horas de Washington, en una solemne ceremonia celebrada en los jardines de la Casa Blanca, a la que asistieron 1500 personalidades de la política y la diplomacia internacionales, Sadat, Begin y Carter firmaron el Tratado de Paz egipcio-israelí. Constaba de un preámbulo y nueve artículos: 1) Fin del estado de guerra y retirada israelí a sus fronteras, entablando los firmantes relaciones normales y amistosas; 2) Las fronteras son las reconocidas internacionalmente; 3) Los firmantes aplicarán en sus relaciones los principios de las Naciones Unidas y del Derecho Internacional; 4) Para mayores garantías, ambos países tendrán en sus zonas fronterizas fuerzas limitadas y observadores de las Naciones Unidas; 5) Libertad de paso para barcos y mercancías de Israel por el Canal y por el golfo de Aqaba; 6) Las partes se comprometen a cumplir de buena fe el Tratado; 7) Las diferencias que pudieran surgir serán resueltas por medio de negociación y mediación; 8) Los firmantes acuerdan la formación de una comisión de reclamaciones; 9) El tratado entraría en vigor tras el intercambio de los instrumentos de ratificación. Al tratado le acompañaban nada menos que tres anexos detallando las modalidades, plazos y mapas para la retirada; siete cartas aclaratorias: las dos primeras sobre la autonomía de Cisjordania y Gaza y los plazos para que comience la autonomía con las elecciones necesarias, tres sobre el intercambio de embajadores y dos sobre la voluntad

norteamericana de asegurar el Tratado. Pese a tanto garantismo documental, en la práctica los palestinos eran marginados y, neutralizado Egipto, su causa parecía más huérfana que nunca. Begin no estaba dispuesto a conceder a los palestinos mayores competencias autonómicas que las meramente municipales. Estados Unidos se las arreglaban para sacar a la URSS del proceso, de modo que, convertidos en árbitros únicos en la región, su protegido Israel tenía las manos libres para actuar con toda impunidad[169].

Como era de esperar, el Tratado de Paz egipcio-israelí fue recibido con hostilidad por la mayoría de los árabes[170] y de los países del Este y con cierta frialdad por la Comunidad Económica Europea, que reafirmó «el derecho del pueblo palestino a un hogar nacional». Mientras tanto, Sadat entraba triunfalmente en El Cairo y Begin en Tel Aviv, aunque se dejaron oír las primeras protestas de los colonos que tres años más tarde serían obligados a abandonar el Sinaí; Shlomo Ben Ami escribía irónicamente que «Begin pudo pactar la paz y comenzar a retirar las fuerzas israelíes del Sinaí porque no tenía a Begin en la oposición».

Líbano: todos derrotados

Tras aquel acuerdo que dividía al bloque árabe y retiraba de la acción antiisraelí a la parte más fuerte, Egipto, el Gobierno del Likud se sintió tranquilo[171] y rechazó las iniciativas del movimiento *Paz Ahora* en favor de la bárbara política de asentamientos preconizada por los fanáticos del *Gush Emunim*, mucho más preocupados por la ocupación y el afianzamiento sobre las tierras históricas de Israel que por la rentabilidad de tales colonias agrícolas, dándose la circunstancia de que parte de sus habitantes debía trabajar en Israel y no en los asentamientos. La oposición laborista predicaba en el desierto que aquellos asentamientos terminarían por *palestinizar al medio millón de árabes que habitaba dentro del territorio israelí* y le solidarizaría con sus compatriotas de los Territorios Ocupados.

Si ese aferrarse a la tierra, prefiriéndola a la paz, contrariaba a buena parte de los israelíes, a más irritaba aún su política económica, que llevó al país a una inflación del 120% en 1980, con una vertiginosa subida de los precios de los artículos de primera necesidad —a los que, además, se les retiraron las subvenciones— y una alarmante caída del empleo. Tres ministros clave presentaron su dimisión viendo que el país iba a la deriva: Dayan en Exteriores, Weizmann en Defensa y Erlij en Hacienda.

El Likud parecía abocado a la catástrofe en las elecciones de 1981, pero Begin *lanzó la casa por la ventana* en gestos oportunistas para atraerse votos (que costaron al país entre 2000 y 3000 millones de

dólares, según Ammon Kapeliouk), mientras que los laboristas no acertaban con el mejor sistema para alcanzar la victoria: su candidato favorito, Yigal Allon, falleció a finales de 1980; a comienzos de 1981, Rabin era el mejor situado en las encuestas de popularidad, pero Simon Peres controlaba las estructuras del partido, de modo que ganó ampliamente su designación como candidato. Las elecciones volvieron a dar el triunfo al Likud con la escueta ventaja de 48 contra 47 diputados, por lo que Begin volvió a formar Gobierno, en coalición con los partidos religiosos. Todo seguiría igual en Palestina, incluso la inflación y la crisis económica.

Mientras Israel se debatía en sus problemas internos, el mundo árabe sufría una tremenda sacudida el 22 de septiembre de 1980, cuando Irak atacó a Irán. Aquella guerra estallaba tras cerca de doscientas denuncias de violaciones fronterizas, promovidas por múltiples causas: histórica rivalidad regional; amenaza de contagio de la revolución chií de Irán a las importantes comunidades chiíes iraquíes; disputas territoriales sobre el golfo de Chat el-Arab, dominado por Irán, que impedía una salida practicable a los crudos iraquíes; expansionismo baasista, apoyado en un país con grandes recursos petrolíferos y extraordinariamente armado en los años anteriores por la URSS; ansias de liderazgo del mundo árabe por parte de Sadam Hussein, recién designado presidente de Irak; oportunismo del presidente iraquí que, por un lado, deseaba ocupar la vacante dejada por el repudiado Sadat y, por otro, creía fácil la victoria sobre el Irán revolucionario y aislado de sus principales proveedores de armas, Estados Unidos y Gran Bretaña. Sus cuentas fueron *las de la lechera*: se empantanó en la guerra, fue obligado a pasar a la defensiva, gastó más de lo que tenía y necesitó el auxilio de los países árabes, tanto en dinero, como en combatientes mercenarios, como en trabajadores, que ocuparan los tajos abandonados por los soldados…

Israel tendría dos atronadoras intervenciones en aquella guerra y ambas en perjuicio de Irak. La primera, contra un reactor nuclear contratado por Bagdad en Francia y que comenzó a ser instalado en 1980. París se había comprometido, incluso, a proporcionar a Irak el uranio enriquecido necesario para el funcionamiento de la central. En vísperas de las elecciones presidenciales francesas de 1981 y en el curso de una reunión de la Internacional Socialista en Madrid, Simon Peres comunicó a François Mitterrand la inquietud israelí por el desarrollo nuclear iraquí y por la primera entrega francesa de uranio. Mitterrand le prometió que si llegaba a presidente, no habría más entregas de uranio.

La palabra del candidato socialista, vencedor en las elecciones el 10 de

mayo de 1981, no le bastó a Begin, que ordenó el bombardeo del reactor nuclear. Para mayor escarnio, Tel Aviv estuvo a punto de hacer coincidir su ataque con la toma de posesión de Mitterrand[172], afrenta que evitaron los ruegos de Simon Peres —según él mismo afirma— por lo que el bombardeo fue pospuesto una semana, hasta el 7 de junio. La instalación fue arrasada y pereció un súbdito francés, con lo que al coro de las condenas árabes se unió, también, la indignación de París. La acción es una muestra de la forma de operar judía en el Próximo Oriente: Israel, potencia nuclear, se entera de que otro país —cuya frontera más próxima se halla a más de 300 kilómetros— trata de incorporarse al club atómico y no busca una componenda política, sino que viola el espacio aéreo de sus vecinos y destruye el motivo de su preocupación.

No menor fue la conmoción árabe por el tremendo *raid* aéreo israelí del 17 de julio de 1981 sobre campamentos palestinos en Líbano, en el que murieron cerca de centenar y medio de personas y más de quinientas fueron heridas. Israel seguía convencido que lo más eficaz para frenar al terrorismo palestino era aplicar una respuesta terrorista mucho más violenta; en este caso, se trataba de vengar una acción de los *fedayines* contra la aldea fronteriza de Nahariyya, que causó la muerte a tres personas y heridas a veinte más.

Pero mayor repercusión tuvo el atentado del 6 de octubre de 1981, en el noveno aniversario de la guerra del *Yom Kippur*, que costó la vida a Anuar el-Sadat. Cuando presidía un desfile conmemorativo de aquella contienda, un grupo de soldados integristas que participaba en la ceremonia detuvo su vehículo y volvió sus armas contra la tribuna presidencial, hiriendo mortalmente a Sadat, al embajador de Corea del Norte y a otros dos invitados. La siembra de odio contra el presidente Sadat por la firma del Tratado de Paz con Israel dio aquel día su fruto sangriento. Hosni Mubarak, vicepresidente durante muchos años con Sadat y su hombre de confianza, le sucedió en la presidencia y continuó su línea política.

En la resaca producida por el magnicidio de Sadat casi pasó desapercibida la muerte de Moshe Dayan, el 16 de octubre de 1981, a los 66 años de edad, el primer *sabra* en jugar un papel estelar en la fundación, defensa y Gobierno de Israel. El mundo árabe, ya dividido y atribulado por la guerra Irak-Irán, que había entrado en su tercer año, y por la interminable sangría de Líbano, se encontraba con un magnicidio aplaudido por los más radicales. Los países conservadores —Arabia Saudí, los emiratos del Golfo, Kuwait, Jordania…— reaccionaron aproximándose a El Cairo. *El Frente de Resistencia* quedó reducido a la nada. Egipto, tras su luto por el presidente asesinado,

entró en una época de euforia: su relativo éxito en la guerra de 1973 había lavado el honor nacional; la política de Sadat les había retirado de la carrera de armamentos y de la dependencia de la URSS y les había acercado a los países occidentales y a sus créditos e inversiones; la paz con Israel llevó a El Cairo al embajador judío, luego a sus turistas y, más tarde, a sus inversores. Simultáneamente, los judíos evacuaban el Sinaí y las últimas colonias agrícolas fueron desalojadas en abril de 1982, a veces con la intervención de *Tzahal* para vencer la resistencia de los colonos, que en su ira demolieron hasta la última casa y pasaron sus arados más grandes por las instalaciones de irrigación gota a gota, destruyendo las conducciones. Visité aquellos lugares desolados en diciembre del mismo año y aún verdeaban aquellos campos de la región de El Arish con el recuerdo de la humedad que tuvieron; dos años más tarde apenas quedaban algunos escombros como recuerdo.

Entre tanto, seguía la guerra en Líbano y, aunque la mayoría del mundo no pudiera advertirlo, se había agravado en el otoño de 1981, tras la ocupación por las falanges cristianas de Gemayel de la ciudad de Zahale, en el valle de la Beqaa, lo que promovió el ataque y asedio sirio contra la ciudad. Israel llevaba una década ayudando a los cristianos libaneses, que se comprometían a garantizar la frontera norte de Israel; así, en 1975, participó en la creación del Ejército Libanés del Sur, mandado por el comandante Hadad, al que proporcionaba dinero, armas y adiestramiento. Simultáneamente, estaba pagando y armando la lucha de las falanges libanesas contra los palestinos, desgastando a las fuerzas de la OLP en Beirut y sus alrededores y poniendo en jaque a los sirios, en clara demostración al presidente Hafed el-Assad de que si Damasco podía aperrear a Tel Aviv con su apoyo a los palestinos y sus negativas a concertar acuerdos de paz complacientes con Israel, también los judíos podían incordiar a los sirios protegiendo a los cristianos maronitas.

Esa política era una molesta piedra en el zapato del presidente Hafed el-Assad, que temía tanto la conversión de Líbano en un Estado cristiano supeditado a los intereses israelíes como anhelaba incorporarlo a la soberanía de Siria. Cuando comenzó la intervención del ejército sirio en Líbano, Tel Aviv avisó a Damasco de que no consentiría la presencia de Siria ni al sur ni al este de *las líneas rojas*, que marcaban un territorio situado en torno a los 20 kilómetros de Israel o de zonas ocupadas por sus tropas. El respeto a esas líneas mantuvo durante seis años en tensa calma las relaciones sirio-israelíes en Líbano, pero la lucha en la Beqaa y el traslado a ese valle de misiles antiaéreos *SAM-2* y *SAM-3*, sólo utilizables contra Israel, puesto que

los cristianos no tenían aviones, cambió la situación. En adelante serían más frecuentes los ataques aéreos israelíes contra sirios y palestinos.

Por entonces, el Estado Mayor israelí tenía dos planes militares de posible aplicación para Líbano: uno, limitado, pretendía penetrar unos 40 kilómetros en Líbano, hasta el sur de Sidón, trazando una línea de Oeste a Este entre el Mediterráneo y las posiciones israelíes en el monte Hermon, lo que hubiera alejado a los *fedayines* de sus objetivos en Israel. El segundo era mucho más ambicioso y estaba apoyado por el general Ariel Sharon, un notable táctico y un mal estratega —como se había visto ya en la guerra del *Yom Kippur*— que a la sazón desempeñaba la cartera de Defensa; Sharon pretendía el lanzamiento de paracaidistas y el desembarco de infantería de marina al norte de Beirut, que se unirían a las fuerzas de las falanges libanesas y comenzarían a avanzar hacia el Sur, mientras potentes fuerzas de infantería partirían de Israel, rastrillando Líbano en dirección Norte[173].

Su propósito era aniquilar a los palestinos y lanzar nuevamente hacia Jordania a los supervivientes; una vez en el reino hachemita podrían ocurrir dos cosas: o Hussein liquidaba a los palestinos y dejaban de existir como fuerza armada o éstos terminaban con la monarquía. El resultado sería, según la mentalidad de Sharon: a) La constitución de un Líbano dividido, cuya mitad sur sería un Estado cristiano, títere de Israel; b) La neutralización de los palestinos como fuerza guerrillera; c) O, quizá, el fin del rey Hussein, con lo que en Jordania podrían establecerse los palestinos y organizar allí su Estado: en ese momento tendrían que negociar con Tel Aviv o sus fuerzas convencionales serían aplastadas por el *Tzahal*. En cualquier caso, la paz y la consolidación del *Gran Israel*.

Ariel Sharon convenció a Begin y a la ultraderecha de la conveniencia de aplicar este plan. El pretexto lo brindó el atentado contra el embajador israelí en Londres, Shlomo Argov, que resultó gravemente herido por terroristas palestinos el 3 de junio de 1982[174]. El 6 de junio, 60 000 hombres atacaron Líbano y, haciendo caso omiso a las numerosas demandas del Consejo de Seguridad, siguieron arrollando a los palestinos hasta que les cercaron en Beirut[175]. Fue una campaña militarmente desastrosa —que costó a Israel más de 600 muertos y doble número de heridos y una ocupación, que parcialmente continuó hasta comienzos del año 2000 y que en sus 18 años de permanencia no dejó ni un mes de arrojar un terrible goteo de cadáveres[176]—; políticamente, convirtió a Israel, a los ojos de la mayoría de los países del mundo, en una amenaza para la paz; moralmente, la mayoría de la

población israelí se sintió avergonzada y desaprobó la política de su Gobierno: hubo manifestaciones de hasta 400 000 personas contra lo que estaba ocurriendo en Beirut; y económicamente, fue ruinosa para la hacienda judía. A cambio, logró que muchos millares de palestinos dejaran Líbano y que la OLP cambiara el emplazamiento de su sede, pero ninguno de los objetivos de Sharon se cumplió: no hubo Estado-tapón cristiano; la resistencia palestina no fue liquidada, aunque sí castigada y dividida; Jordania no se descompuso y el *Gran Israel* resultó universalmente condenado… Más aún, el propio Sharon —el mediador norteamericano, Philip Habib, le calificará de «asesino obsesionado por el odio hacia los palestinos»— hubo de dimitir, acusado de la matanza de más de unos 1300 civiles palestinos perpetrada por las milicias cristianas en los campos de Sabra y Chatila durante 36 horas, sin que los soldados israelíes, que vigilaban los asentamientos, movieran un dedo para evitarlas. La ONU calificó la matanza como «genocidio premeditado»; la presidencia francesa declaró que «las noticias que llegan de Beirut provocan en nosotros una reacción de horror»; Ronald Reagan se confesó «horrorizado» y exigió la inmediata retirada israelí de Beirut. Begin, cínicamente, declaraba ante la *Knesset*: «Los gentiles matan a los gentiles y pretenden acusar a los judíos[177]».

Distribución de palestinos, estimación de 1982

	Estimación del Departamento de Estado norteamericano *(en miles)*	Estimación de la OLP *(en miles)*
Dentro de la Palestina histórica		
Israel	500	530,5
Territorios ocupados	700	818,3 [1]
Gaza	450	476,7
Fuera de la Palestina histórica		
Jordania	1.000	1.160,8
Líbano	400	600
Kuwait	320	278,8
Siria	250	215,5
Arabia Saudí	–	127 [2]
Irak	120	20 [2]
Egipto	60	48,5
Emiratos Árabes Unidos	40	34,7
Qatar	20	22,5
Libia	15	23
Omán	0,5	48,2 [2]
En otra parte	424,5	238,3 [2]
Total	4.300.000	4.642.900

[1] La cifra norteamericana probablemente no incluye a los palestinos que habitan en Jerusalén.
[2] La discrepancia de las cifras muestra la gran dificultad existente para evaluar con precisión la población palestina.

Fuente: Helena Cobban, la *OLP*.

La intervención en Líbano dejaría heridas permanentes. Una, nada pequeña, fue la retirada hacia el sur de Beirut, mientras en la capital libanesa se aposentaban fuerzas norteamericanas y francesas de pacificación, que resultarían blanco favorito de los terroristas libaneses, capitaneados por el movimiento chií. Más de 300 soldados de estas fuerzas resultaron muertos en diversos atentados; contra ellos se inauguró el sistema de camión-bomba: un camión, cargado con centenares de kilos de explosivos, era lanzado por un conductor

suicida contra un edificio militar, que resultaba destruido por la explosión. El 23 de octubre de 1983 fue mil veces maldecido tanto por Washington como por París, que aquel día lamentaron 269 muertos por ese procedimiento. Aunque en ambas capitales era sorda la ira contra Israel, que les había empantanado en aquel avispero, no pudieron reprochárselo a Begin, pues había dimitido el 15 de septiembre.

Tirachinas contra fusiles

Le sucedió en el poder otro veterano askenazi, Yitzhak Shamir, uno de los miembros del Irgun y de los más duros fundadores y jefes del Stern y del LEHI, organizaciones terroristas en los años de la fundación de Israel, tipo impenetrable tanto por sus muchos años en bandas clandestinas como por sus actividades en el Mossad, el servicio de inteligencia israelí. Shamir llevó el país a las elecciones de 1984 que, nuevamente, presagiaban una derrota del Likud, formación que encabezaba, y una victoria laborista, partido que nuevamente presentaba a Peres como candidato. Pese a los desastres de la economía y del Líbano, el Likud obtuvo 41 escaños y los laboristas, 44. Como ninguno de los dos partidos lograse formar una mayoría, Peres y Shamir optaron por formar un Gobierno de coalición, estipulado por una duración de 50 meses, los 25 primeros dirigidos por Peres y la segunda mitad por Shamir. El jefe de filas que no estuviera frente al ejecutivo desempeñaría la cartera de Exteriores y ambas formaciones estuvieron de acuerdo en entregar a Rabin la de Defensa.

El general, tras siete años de ostracismo, volvía a la primera línea política. A los 62 años de edad, era la leyenda viva de los éxitos militares de Israel y tenía una importante experiencia diplomática, una amarga trayectoria como jefe de Gobierno y una larga etapa de maduración a la sombra, en la que escribió unas memorias terriblemente críticas contra Simon Peres[178], dio múltiples conferencias, emitió diagnósticos positivos sobre el repliegue en el Sinaí o, negativos, sobre la intervención en Líbano, visitó a las tropas destinadas en primera línea, formuló juicios de situación para la prensa y continuó siendo el personaje político más popular del país.

En el Ministerio de Defensa tuvo que apechugar con las consecuencias de la guerra de Líbano, procediendo a la retirada escalonada de las tropas y recuperando el aprecio de Estados Unidos que, desde 1981, tenía un nuevo presidente, Ronald Reagan, muy irritado por la hiel que su país estaba tragando en Líbano y nada dispuesto a meterse nuevamente en el avispero del Próximo Oriente.

Mientras, el primer ministro, Simon Peres, acometía el plan de

estabilización para salvar la economía del país, cuya Bolsa había quebrado en 1983 y cuya inflación había sido del 400% en el último ejercicio. A partir de recortes (Rabin tuvo que soportar una disminución en su presupuesto de 500 millones de dólares), de pactos sociales, depreciaciones, contención de precios y salarios, retirada de subvenciones a artículos de primera necesidad y una ayuda norteamericana de 1500 millones de dólares (aparte de créditos blandos y aportaciones en material militar, previamente estipulados), Peres logró un notable éxito, reduciendo la inflación durante la segunda parte de su mandato a un 18%.

En esta jefatura de Gobierno de Simon Peres, que coincidió con el primer mandato de Felipe González, Israel y España establecieron relaciones diplomáticas. La amistad entre Peres y González se había establecido en los múltiples encuentros propiciados por la Internacional Socialista. Peres no oculta en sus memorias el aprecio por el primer ministro español: «González poseía todos los atributos del carisma: juventud, buen aspecto, poder de persuasión y una apasionada sinceridad (…) González desempeñó un papel clave en el gradual acercamiento entre España e Israel tras la muerte de Franco, hasta que se establecieron relaciones diplomáticas plenas entre nuestros países en enero de 1986».

El acto fue patrocinado por un amigo socialista común, el primer ministro holandés Ruud Lubbers, y tuvo lugar en Holanda, porque este país había sido un importante refugio de los judíos sefarditas cuando fueron expulsados de España por los Reyes Católicos en 1492. Los dos jefes de gobierno hablaron del floreciente pasado histórico común: «Al renovar las relaciones entre nuestros dos países —dijo Peres— el mar Mediterráneo puede representar de nuevo lo que fue en los albores de la Historia: la cuna de la cultura, el camino de la vida y un horizonte de esperanza».

La doctrina política española respecto al conflicto árabe-israelí fue expresada en la Declaración del 17 de enero de 1986, coincidiendo con el establecimiento de relaciones diplomáticas, y en la Declaración de Madrid, adoptada por el Consejo Europeo el 27 de junio de 1989, durante su reunión en la capital de España. En breve síntesis:

—Israel tiene derecho a la existencia y a la seguridad, dentro de fronteras reconocidas.

—El pueblo palestino posee el legítimo derecho a la autodeterminación.

—Apoya la negociación entre ambas partes sobre la base de las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU.

—No reconoce las anexiones realizadas por Israel tras la guerra de 1967.

—No acepta la capitalidad de Jerusalén del Estado judío. El acceso libre a

la ciudad debe estar garantizado a todos.
—Rechaza la política israelí de construir asentamientos en los Territorios Ocupados: son ilegales y deben ser desmantelados como primer paso para la devolución de esos territorios.
—Rechaza el terrorismo en todas sus formas.
—Reconoce a la OLP como legítima representante del pueblo palestino y su derecho a participar en el proceso negociador de la paz.
—Apoya la urgente celebración de una Conferencia Internacional sobre Oriente Medio, en la que los palestinos tendrían derecho a participar con sus propios representantes.
—Se preocupa por la suerte de los palestinos que viven en los Territorios Ocupados y afirma que las disposiciones del Convenio de Ginebra relativas a la protección de las poblaciones civiles en tiempos de guerra son aplicables en este caso.
—Está dispuesta a contribuir a la causa de la paz, al desarrollo económico de Oriente Medio y a favorecer la mejoría de relaciones entre Israel y sus vecinos árabes.
Falta les hacían a los palestinos estos apoyos porque, por aquellos años, la OLP atravesaba una de las épocas más sombrías de su historia. Había establecido su sede oficial en Túnez, lejos de Palestina, y aun cuando contaba con no menos de 35 000 hombres armados en Líbano, se hallaban en el Norte, en torno a Trípoli, a más de ciento cincuenta kilómetros de la frontera con Israel. Militarmente, pues, la OLP estaba neutralizada; políticamente, Arafat no vio otra posibilidad que volverse hacia el mundo árabe moderado para introducir al movimiento palestino en una vía realista que solucionara su problema. Lo primero era la aceptación de la *Resolución 242* y la disposición al reconocimiento recíproco con Israel; Jordania se convirtió en mediadora ante Estados Unidos, que garantizaría el proceso.
Pero Libia y Siria se opusieron frontalmente y trataron de interrumpir esa línea política de Yasser Arafat. Abu Nidal asesinó el 10 de abril de 1983 a Issam Sartaui, enviado de la OLP al Congreso de la Internacional Socialista de Albufeira, Portugal. Simultáneamente, y bajo inspiración siria, se sublevaron contra Arafat varios comandantes de los guerrilleros palestinos, recibiendo a partir de entonces órdenes y soldada de Damasco. Arafat no sólo era el primer objetivo de los servicios secretos israelíes, sino que, también, debía cuidarse de los árabes; Gadhafi lo expresaba con suma crudeza: «Cualquiera que haya participado en las negociaciones palestino-israelíes debe ser apuntado en la lista negra y la nación árabe debe perseguirle y matarle, lo mismo que ha hecho con Sadat». El presidente sirio Hafed el-Assad, nunca muy locuaz, trató de eliminarle sin anuncio previo en junio de

ese mismo año, mientras se trasladaba desde Siria a Líbano: su Mercedes blindado fue destruido por una granada antitanque y pereció el chófer, así como 15 de los fedayines que formaban su comitiva, pero Yasser Arafat no estaba allí porque George Habache, el jefe del FPLP, aunque en desacuerdo político con el jefe de la OLP, no quería ser cómplice de su asesinato y le avisó a tiempo.

Aquello era una declaración de guerra y, más aún, cuando el jeque el-Alami, *gran mufti* de Jerusalén, invitó a sus seguidores a «matar al presidente Assad, ese tirano que lleva sobre su conciencia la muerte de millares de inocentes». Los grupos palestinos financiados por Damasco, apoyados por tropas sirias, asediaron a los seguidores de Arafat, comandados por Abu Jihad, en Trípoli, la segunda ciudad más importante de Líbano. Allí resistieron dos meses de incesantes ataques, a los que algunas veces se unió la marina israelí con la esperanza de que alguna de sus granadas alcanzase al propio Arafat.

El asedio de Trípoli terminó el 20 de diciembre de 1983, cuando las demandas de Arabia Saudí, Jordania, Kuwait y, sobre todo, de Egipto, lograron que los norteamericanos arbitraran una solución: los partidarios de Arafat, apenas 4000 hombres, abandonaron, con sus armas ligeras, la ciudad y el país en mercantes griegos, bajo la protección de los cañones de la Armada francesa.

El 21 de diciembre, el buque *Odysseus Elytis* penetraba en el canal de Suez y el 22 anclaba en el puerto egipcio de Ismailía. En el muelle esperaban a Arafat el primer ministro, Mohieddin y el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Butros Ghali; tras una breve conversación, subieron a un helicóptero y apenas quince minutos después sobrevolaban El Cairo y tomaban tierra en los jardines del palacio presidencial de Roubeh, donde Mubarak esperaba al líder palestino con los brazos abiertos. La herida de los acuerdos de Camp David estaba cicatrizada y Arafat reconocía a Egipto como «verdadero apoyo para el pueblo palestino en estos momentos de prueba».

El abandono de la lucha terrorista y la marcha hacia una solución negociada eran imparables. El 22 de noviembre de 1984, pese a la oposición de Damasco, cuyos agentes lucharon hasta el último instante para que Arafat no lograse suficientes delegados, se reunió en Ammán el Consejo Nacional Palestino que, tras una semana de debates encrespados, aceptó a regañadientes la *Resolución 242* para lograr, junto con Jordania, una Conferencia internacional de paz en la que se resolviera el problema palestino.

En febrero de 1985 Hussein y Arafat firmaron el acuerdo de Ammán: otorgaba a Jordania la formación de un comité jordano-palestino que interviniera en las futuras negociaciones de paz, cuyas bases serían

todas las resoluciones de la ONU y del Consejo de Seguridad —era la manera de no citar concretamente la *Resolución 242*, que *no consideraba a los palestinos como pueblo*—, Hussein negoció en Washington la organización de tal Conferencia de Paz y obtuvo un programa de trabajo: a) aproximación de la OLP a la Administración norteamericana mediante negociadores de segunda fila; b) reconocimiento oficial de las *Resoluciones 242* y *338* por parte de la OLP; c) reunión del secretario de Estado adjunto de Estados Unidos, R. Murphy, con Arafat en Ammán, para acordar la presencia de la OLP en las negociaciones de paz. Mitterrand se mostraba satisfecho del sesgo de la situación, Margaret Thatcher anunciaba que su Gobierno recibiría a dos representantes de la OLP.

Fue sólo un sueño, un castillo de naipes que se encargaron de destruir los sirios y los israelíes. Aquéllos lanzaron a las milicias chiíes del movimiento AMAL contra los campamentos palestinos de Líbano, donde se registraron millares de víctimas (Damasco premió a los chiíes con 50 carros de combate *T-54*) y contra los civiles occidentales (en la primavera de 1985 tenían como rehenes a siete norteamericanos, cuatro franceses y un italiano). Simultáneamente Israel trató de enturbiar las aguas políticas y sus servicios secretos decidieron que lo más conveniente para descolocar a la OLP era involucrarla nuevamente en el campo terrorista: hoy se sabe que fueron los servicios secretos judíos los que manipularon el atentado contra tres ciudadanos israelíes en el puerto chipriota de Larnaka, pero en septiembre de 1985 sirvió para justificar que cazabombarderos *F-16* israelíes, repostados por cisternas norteamericanas, alcanzaran Túnez y bombardeasen el cuartel general de la OLP. Arafat se salvó de milagro, pero la marcha hacia la paz se estaba derritiendo como un helado. Para más inri, el 7 de octubre de 1985, un comando palestino secuestraba el buque italiano *Achille Lauro* y se culpaba a la OLP porque los *fedayines* eran unos desesperados procedentes de los martirizados campamentos de Sabra y Chatila y de poco sirvió que los buenos oficios de Arafat lograran terminar con el secuestro porque el mal ya estaba hecho[179].

En esta época se produjo la segunda incursión indirecta de Israel en el conflicto que seguían dirimiendo Irak e Irán. En la primavera de 1985, un enviado de Robert McFarlane, consejero de Seguridad Nacional de Estados Unidos, se entrevistó con el primer ministro israelí, Simon Peres, solicitándole ayuda para obtener la libertad de varios rehenes norteamericanos en poder de chiíes libaneses. Tel Aviv aceptó mediar en el asunto pues disponía de canales de comunicación con Irán, desde donde controlaban a esos grupos de Líbano. La respuesta iraní fue

esperanzadora: se pondría en libertad a los prisioneros a cambio de la venta de diverso material de guerra norteamericano, sobre todo misiles tierra-aire, tipo *Hawk* y cohetes anticarro del modelo *Tow*. Estados Unidos pidió a Israel que efectuase los suministros desde sus arsenales para no implicarse directamente, con la promesa de reponer el material. Todo funcionó de acuerdo a lo previsto y desde finales de 1985 a noviembre de 1986 fueron liberados tres rehenes.

Pero justo ese mes estalló el escándalo, que fue bautizado como *Irangate*, cuando la opinión pública se enteró de que Washington estaba armando indirectamente al régimen del imán Jomeini, que había humillado a Estados Unidos (asaltando su embajada en Teherán y reteniendo a sus diplomáticos) y de que la Casa Blanca estaba saltándose los preceptivos permisos del Congreso. El presidente Reagan y el secretario de Estado, Shultz, alegaron no haber sido consultados, cargando con las responsabilidades McFarlane, el coronel North, el almirante Poindexter, el jefe de la CIA y otras figuras secundarias del entorno presidencial, que llevaron directamente las operaciones; Israel aseguró haber participado de buena fe, suponiendo que colaboraban con un proyecto de la Administración y que, en palabras de Peres: «El Gobierno norteamericano funcionaba como un reloj suizo». Esta historia aún se complicaría más cuando se descubrió que el dinero pagado por Irán había ido a parar a manos de la contra nicaragüense, por lo que el escándalo terminó denominándose *Irán-Contra*. Las relaciones de Israel con la Administración Reagan quedaron congeladas.

Ésta podría ser meramente una anécdota en este largo conflicto, pero muestra, una vez más, la implantación israelí en el Próximo Oriente y su frecuente representación oficiosa de los intereses norteamericanos en la zona[180].

Este escándalo fue el triste colofón del mandato de Simon Peres, que, a finales de 1986, traspasó la jefatura del Gobierno a Yitzhak Shamir, el hombre que tensaría definitivamente la situación en los Territorios Ocupados con su política de colonización, expresada desde el mismo instante de su llegada al poder: «La colonización de todo el *Eretz Israel* es uno de los valores supremos del sionismo. No estableceremos diferencias entre una y otra parte», es decir, había que colonizar tanto la tierra de Israel como los Territorios Ocupados. Los palestinos recibieron aquella declaración como una nueva bofetada a sus derechos; el alcalde de Belén pedía auxilio: «No contamos con ningún medio para impedir las colonizaciones judías. Si no se actúa rápidamente, Cisjordania está perdida. Está en juego la existencia de millón y medio de palestinos y el carácter árabe de estos territorios».

No exageraba. Por entonces, la vertebración de los Territorios Ocupados en Israel era casi completa: compraban a los judíos el 80% de lo que consumían y les exportaban el 75% de lo que producían. La juventud palestina perdía paulatinamente sus valores culturales: costumbres, vestimenta y hasta su lenguaje habitual estaba trufado de palabras hebreas. Todos los actos de su vida estaban reglados por Israel. Un trabajador palestino percibía un tercio del salario que remuneraba a un judío por la misma ocupación; la hostelería palestina se hundía en los lugares de peregrinación ante el trato de favor recibido por los israelíes; los guías palestinos comenzaron a desaparecer, pues las licencias se les entregaban a los judíos… Las confiscaciones de tierras continuaron y, en 1987, se calculaba que el 48% del suelo cultivable de Gaza estaba en manos de los colonos sionistas y el proceso amenazaba con acelerarse, pues el Gobierno de Shamir aprobó la instalación de 27 nuevas colonias agrícolas en los Territorios Ocupados durante los años 1988/1989 y entraron en fase de estudio 18 asentamientos más…

Ése era el clima de finales de 1987, cuando, el 9 de diciembre, el conductor judío de un camión invadió la calzada contraria y arrolló a un taxi colectivo en el que viajaban cuatro trabajadores palestinos. El camión se dio a la fuga dejando cuatro muertos entre los restos del taxi. La Franja de Gaza se puso de luto y declaró la huelga y aquella tarde los jóvenes palestinos comenzaron a hostigar con piedras a las patrullas militares que recorrían las calles; los soldados replicaron con fuego real y murió el estudiante de 17 años Hatim al-Sisi. Aquél era el comienzo de la *intifada* y al-Sisi su primer mártir. La *intifada*, voz que en árabe significa *levantarse con energía*, hizo fortuna y puso en pie a los habitantes de los Territorios Ocupados de Gaza, Cisjordania y Jerusalén —650 000, 750 000 y 125 000, respectivamente—. Aquella sublevación fue sostenida por los niños y jóvenes palestinos, armados con piedras, contra uno de los mejores ejércitos del mundo. Israel, carente de fuerzas antidisturbios capaces de controlar las algaradas callejeras, recurrió a las represalias militares.

Las patéticas batallas callejeras del *David palestino* contra el *Goliat israelí* dieron la vuelta al mundo e invadieron los hogares de todos los países occidentales. Israel sólo podía responder con un arma contra la prensa: la censura. Mientras, respecto a los palestinos, únicamente se le ocurría acentuar las represalias; el Likud opinaba que «por cada piedra lanzada por los árabes contra los judíos, la respuesta sionista debería ser la creación de diez nuevas colonias»; el fanático general Raphael Eytan, jefe del Estado Mayor del *Tzahal* unos años antes, arengaba a los soldados: «¡Si atrapáis a un árabe armado con un

cuchillo o con cualquier otra cosa, matadle!».
Rabin, que seguía al frente de Defensa con el nuevo Gobierno, tampoco se mostró especialmente perspicaz y se limitó a medidas policiales y militares tradicionales y duras, hasta el punto de que su biógrafo, Doron Arazi, escribe: «En la lucha diaria entre el ejército y la población civil que reivindicaba sus derechos, se emplearon medios de disuasión que hicieron perder el orgullo que Israel sentía por la fortaleza moral de sus fuerzas militares». Tratando de evitar las víctimas mortales y, a la vez, de «establecer el orden» ordenó golpear con mano dura a los manifestantes, política que derivó hacia brutales palizas… alguno de aquellos excesos terminó ante los tribunales y los abogados defensores se apoyaron en las recomendaciones de Rabin para justificar la conducta de sus defendidos. Curiosamente, aquel proceder erróneo, del que paulatinamente se fue apercibiendo el general, le fue muy útil políticamente en Israel: nadie volvió a acusarle de *paloma*.
«La revolución de las piedras», que había surgido espontáneamente, no perduró hasta 1992 de forma natural. La prepotencia del ocupante, la humillación permanente, la desposesión de la tierra, el derribo de casas, la superpoblación, la miseria, eran el caldo de cultivo de la explosión popular, pero sería inexplicable su larga duración sin organización, dinamización y apoyo económico. Un papel importante tuvieron los Hermanos Musulmanes que desde la partición de Palestina se implantaron fuertemente en Gaza, donde desempeñaban una notable acción asistencial, cultural y de adoctrinamiento religioso. Israel no había interferido en su actuación porque ésta era apolítica y contribuía al apaciguamiento social de la zona. Mas en la época de la *intifada* su estructura, medios económicos, influencia, etcétera, jugaron cierto papel de coordinación y contribuyeron a la resistencia[181].
Más importancia tuvo, en el aspecto operativo, la Yihad Islámica, surgida en el seno de los Hermanos Musulmanes como reacción por su inactividad política. Su fundador, Fathi Shikaki[182], se miraba en el espejo iraní: el triunfo de Jomeini frente al Sha mostraba el camino en la lucha contra Israel. Como su propio nombre proclamaba, pretendía impulsar la Yihad contra el ocupante y opresor, es decir, terminar con Israel y recuperar las tierras del Islam. Aunque su importancia numérica siempre fue bastante limitada, sentó sus cimientos en la base religiosa preparada por los Hermanos Musulmanes y supo aprovechar la postración en que vivía la OLP, derrotada en Líbano, escindida, envuelta en guerras civiles, desterrada en Túnez… Los primeros atentados de la Yihad Islámica en 1986 les dieron cierta popularidad

en los territorios ocupados, pues demostraban que la causa palestina no estaba muerta. Jugó un papel, probablemente, determinante en el estallido y primer momento de la *intifada*, pero carecía de fuertes bases y raíces y fue casi aniquilada por la represión israelí.

Mucho más importante fue el papel jugado por Hamas, siglas de Harakat al-Mukawama al-Islamia (Movimiento Islámico de Resistencia). Organización islamista radical derivada de los Hermanos Musulmanes, cuya fundación fue provocada, directamente, por el incidente que inició la *intifada*. Al día siguiente, sus dirigentes, reunidos en torno a su líder, el jeque Ahmad Yassin, resolvieron crear ese movimiento para canalizar y extender «la revuelta de las piedras». Su primera aparición pública ocurrió 5 días después, cuando comenzó a circular por Gaza un panfleto llamando a la sublevación[183]. La siembra hecha durante décadas por los Hermanos Musulmanes, la implantación de éstos en Gaza, su ramificación asistencial y educativa y su radicalismo yihadista apoyado en la desesperación existente, le pusieron a la cabeza del movimiento en Gaza. Sus ideas eran tan contundentes como retóricas y utópicas: «La única solución para la causa palestina es la *yihad*. Las iniciativas, propuestas y negociaciones y conferencias internacionales no son más que acciones inútiles, una simple pérdida de tiempo[184]».

La OLP, resucitada por la *intifada*, trató de capitalizar y dirigir la revolución de las piedras. Le correspondía como cabeza universalmente reconocida de los intereses palestinos, pero en vista de su pérdida de terreno creó el Mando Nacional Unificado (CNU) que reunía las fuerzas Al Fatah, FPLP, FPDLP, comunistas… de todos los territorios ocupados, lo que supuso una ventaja a Arafat, si no en Gaza, sí entre el conjunto de los palestinos.

«La revolución de las piedras» era animada y alimentada desde el cuartel general de la OLP en Túnez; allí, Abu Jihad, la mano derecha de Arafat, repartía consignas y discutía planes con la Resistencia del interior por medio de poderosas emisoras de radio y desde allí enviaba dinero a los abogados defensores, a las familias damnificadas, a los detenidos… Se trataba de *los fondos de firmeza*, que en los dos primeros años de la *intifada* se elevaron a unos 700 millones de dólares. Abu Jihad se había convertido en pieza clave de aquel tinglado y el *Mossad*, con la aquiescencia de Rabin, decidió eliminarlo. En la madrugada del 16 de abril de 1988, un comando israelí, llegado por mar hasta Túnez, asaltó la casa del dirigente palestino y le asesinó junto con su chófer, un jardinero y su guardaespaldas. Horas después, en los territorios ocupados se levantó una tempestad de protestas callejeras y el día se cerró con la muerte de 19 manifestantes, mientras

Arafat lloraba la muerte de su mejor colaborador y amigo.
En ese año, una encuesta realizada en Cisjordania y Gaza aseguraba que el 90% de los palestinos allí establecidos apoyaba a la OLP y que el 71% era partidario de Yasser Arafat. Poco después, Jordania renunciaba a toda acción en Palestina y Hussein declaraba: «Hoy respetamos el deseo de la OLP de separarse de nosotros para edificar un Estado palestino independiente»; a continuación, la OLP se hacía cargo de los gastos administrativos originados por el funcionariado en Cisjordania. En aquel verano, la dirección secreta de la *intifada* hacía llegar a la OLP un documento en el que exigía «una razón para esperar», para lo que pedía el reconocimiento del Estado de Israel, la creación de un Estado palestino, la formación de un Gobierno provisional en el exilio, con Arafat al frente, y una administración civil —basada en los dirigentes de la *intifada*— que sustituyese a la presencia militar judía.
A mediados de noviembre se reunía en Argel el Consejo Nacional Palestino con la participación de la mayoría de los líderes y grupos. Allí, a las 1,35 horas del 15 de noviembre de 1988, fue proclamado el Estado palestino, rompiendo con la trayectoria sostenida durante 40 años: a) Los palestinos aceptaban la *Resolución 242* en todas sus cláusulas y sin reserva alguna; su más feroz opositor, el doctor Habache, diría con lágrimas en los ojos: «Estoy en total desacuerdo con vosotros, pero con todo mi corazón espero equivocarme. ¡Voto en contra, pero no me iré de la asamblea!»; b) Formación de un Gobierno en el exilio, con el propósito y la voluntad de integrar a todos los palestinos dispersos por el mundo, que eran en aquellos momentos 3 118 000, según fuentes de las Naciones Unidas; c) Las fronteras se trazarán en una negociación con Israel; «Israel, superpotencia militar y nuclear no debe temer nada del Estado palestino», decía Abu Charif, periodista y consejero de Arafat.
Una oleada de entusiasmo se desató en los Territorios Ocupados. Hannah Siniora, redactor jefe de *al-Fagr* y uno de los dirigentes secretos de la OLP, escribía: «Ahora tengo una identidad propia. Ya no soy jordano; ya no soy residente en un territorio con un estatuto impreciso. ¡Ya no nos llamamos Cisjordania, sino Palestina ocupada!».
Pero el avance estaría plagado de dilaciones y penalidades. Israel no dio un solo paso hacia los palestinos e, incluso, los norteamericanos parecieron, primero, indiferentes —estaban en pleno proceso electoral, que daría la presidencia a George Bush— y, luego, disgustados con la nueva flexibilidad palestina, hasta el punto de que el secretario de Estado saliente, George Shultz[185], se negó en redondo a conceder el visado de entrada en Estados Unidos a Yasser

Arafat para que expusiera ante la Asamblea General de las Naciones Unidas la nueva posición de la OLP. La recalcitrante oposición norteamericana forzó a la ONU a adoptar una solución singular: la Asamblea General se trasladó a Ginebra y el 13 de diciembre de 1988, reunida en el Palacio de las Naciones, escuchó las propuestas de Arafat para lograr la paz con Israel.

La causa palestina recibió el respaldo internacional. Algunos embajadores de Washington comenzaron a hablar con los representantes de la OLP, que también fueron escuchados en Londres y en toda Europa Occidental. La aceptación de la *Resolución 242* por la OLP abría todas las puertas y el martirio de los jóvenes de la *intifada* distanciaba a Israel de sus tradicionales amigos. A los dos años de su inicio habían muerto 613 palestinos —130 menores de 16 años— y más de 48 000 padecieron heridas de diferente consideración; más de 50 000 sufrieron detenciones y cerca de 18 000 encarcelados esperaban juicio; 651 casas habían sido demolidas y 55 tapiadas[186]. El mundo no podía contemplar indiferente estas atrocidades, ni escuchar complacido al general Sharon, por entonces diputado del Likud, que en julio de 1989 respondía a la petición de aumento del presupuesto de Defensa, planteado por Rabin: «Si el ministro presenta un plan detallado para liquidar el levantamiento palestino, comenzando por la eliminación física de los jefes de las organizaciones terroristas, y en primer lugar Arafat, apoyaré el aumento de ese presupuesto».

Ante la *intifada*, la ofensiva política de la OLP, las presiones europeas y norteamericanas, Israel endureció su respuesta. Peor aún, las tensiones internas del laborismo, fundamentalmente la rivalidad entre Peres y Rabin, rompieron en la primavera de 1990 el Gobierno de coalición formado tras las elecciones —nuevamente igualadas— de 1988. Simon Peres intentó formar Gobierno y no lo consiguió por un solo voto; le tocó, entonces, el turno a Shamir, que urdió una concentración de todos los partidos conservadores y consiguió formar el Ejecutivo más derechista de la historia de Israel. En aquellos cambios, Rabin perdió la cartera de Defensa.

Siguió, pues, la *intifada*, y las presiones europeas y norteamericanas sin que se avanzara un paso. Se sucedieron estérilmente los intentos de negociación según los planes de paz soviético, egipcio y norteamericano… Pero algo sí estaba cambiando en el Próximo Oriente: Mijail Gorbachov había llegado al poder en la Unión Soviética, imponiendo un nuevo sistema de Gobierno y de relaciones internacionales y dando carpetazo a la Guerra Fría. Una de las cuestiones pendientes que halló sobre su mesa de trabajo fue la salida

de la URSS de dos millones de judíos; cierto que llevaban emigrando hacia Israel desde los años setenta, pero su salida se tasaba con cuentagotas y con abusivas demandas económicas que debían compensar la educación recibida en la Unión Soviética. Gorbachov permitió que aquella emigración se acelerara a partir de la primavera de 1990.

Los problemas económicos y políticos de esta migración, que se elevó a medio millón de personas en dos años, jugarían un papel estelar en el contencioso árabe-israelí durante los meses y años siguientes. Por un lado, Shamir, con un país en situación económica bastante precaria, necesitaba mucho dinero para asentar a aquellos inmigrantes si quería conservarlos en Palestina y pidió a Washington un crédito blando de 10 000 millones de dólares. La Administración Bush presionaría sobre Shamir hasta el final de su mandato con la cucaña de aquel dinero, obligándole a hacer algunas pequeñas concesiones. Por su lado, Gorbachov amenazó con cortar los permisos de salida si Shamir no se avenía a negociar una solución para el problema palestino. Finalmente, aquella avalancha causaría una profunda desazón en Arafat y en los demás dirigentes de la OLP: el asentamiento de los inmigrantes sólo podría hacerse a costa de la tierra y el agua de los Territorios Ocupados, que por entonces ya soportaban 169 colonias judías: 143 en Cisjordania, 11 en Gaza y 15 en el Golán.

Las esperanzas burladas

El 2 de agosto de 1990 un cataclismo sacudió todo el Próximo Oriente: Irak invadió Kuwait y convirtió el pequeño emirato en una de sus provincias. Inesperadamente, Arafat y la inmensa mayoría de los palestinos apostaron por la política del presidente Saddam Hussein y apoyaron la anexión. Sus motivos eran numerosos e importantes: primero, porque uno de los objetivos proclamados por el dictador iraquí era la liberación de Palestina; segundo, porque Irak era la única potencia regional capaz por entonces de hacer frente a Israel y más que podría serlo con la incorporación de las riquezas acumuladas por el emirato y con el manejo de su petróleo que, unido al iraquí, otorgaría a Saddam el control del mercado de los crudos; tercero, porque Kuwait había sido un país cicatero con los palestinos, que apenas pudieron trabajar limitadamente en el emirato, pero no acceder a su nacionalidad, ni acumular riquezas importantes; cuarto, porque Irak había participado en todas las guerras de Próximo Oriente en defensa de las tierras palestinas; quinto, porque la solución del problema palestino corría muchísima prisa: cuantos más judíos se asentaran en los Territorios Ocupados, tanto más difícil sería

desalojarles; sexto, porque para los palestinos expoliados, rechazados en los foros internacionales, hartos de pedir justicia y de sufrir dilaciones, era gratificante contemplar el revuelo mundial originado por la invasión de Kuwait y el temor que, gracias a una absurda campaña internacional de prensa, logró suscitar el dictador iraquí: los árabes levantaban la cabeza y el mundo temblaba…

Samir Samara, jefe de la radiodifusión de la OLP, expresaba algunos sentimientos que embargaron a los palestinos tras la invasión de Kuwait: «Hace ya dos años que proponemos la paz a Israel y que nos hemos sacrificado por llegar a una solución política. Los egipcios, los jordanos, los saudíes, los europeos, los soviéticos, que habían prometido ayudarnos, no han conseguido nada. Los norteamericanos han roto el diálogo. Los israelíes continúan matando a nuestros hijos. Saddam barre todas esas hipocresías. No teme la confrontación. ¿Supone un riesgo? Sin duda, pero ¿qué podemos perder? Pase lo que pase, ahora ya nada volverá a ser como antes».

La figura de Arafat y la validez política de la OLP perdieron crédito entre quienes habían condenado la invasión de Kuwait. Por el contrario, Israel se apuntaba una victoria a corto plazo al soportar estoicamente los golpes de los cohetes *Scud* lanzados por los iraquíes, con la intención de provocar a Israel, involucrarle en la guerra y suscitar el apoyo del mundo árabe.

Pero esta situación resultaría transitoria y en la primavera de 1991, tras la ineluctable derrota iraquí, Israel quedó en situación muy comprometida: durante toda la crisis del Golfo, que duró más de medio año, había sido clamorosa la acusación contra Occidente de estar empleando una doble moral al exigir a Irak el cumplimiento inmediato de la resolución 660, bajo la amenaza de una inminente y formidable intervención militar, mientras que Israel llevaba burlando docenas de resoluciones de la ONU desde 1949 sin que ocurriera nada. Más aún, cuando Sadam Hussein se negó a replegarse y las fuerzas internacionales estaban a punto de pasar a la acción, el secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar, se veía moralmente obligado a efectuar esta declaración: «He recibido garantías… de que, tras la solución de la presente crisis, no se ahorrarán esfuerzos para abordar —de forma global— el conflicto árabe-israelí, incluyendo la cuestión palestina. Comprometo todo mi esfuerzo a este objetivo». Y todavía más: terminada la guerra, Irak sufrió las sanciones más duras que se recuerdan desde la posguerra mundial de 1945. Estados Unidos, el gran muñidor de la guerra del Golfo y de las represalias posteriores, no podía seguir ignorando la impunidad israelí, por eso, el secretario de Estado norteamericano, James Baker, viajó ocho veces a

Israel en 1991 tratando de reunir una conferencia de paz.

Por otro lado, la guerra del Golfo demostró que la posición tradicional de la derecha sionista, tan inquebrantable hasta entonces exigiendo tierra para poder garantizar su seguridad y defensa, era errónea y únicamente trataba de justificar las ambiciones territoriales de los soñadores del Gran Israel. Los cohetes iraquíes evidenciaron que la seguridad no podrían proporcionarla unos kilómetros más o menos de tierra, sino los reconocimientos y acuerdos políticos, la solución justa de los problemas y la voluntad de convivir pacíficamente. Cualquier país, incluso con una tecnología tan pobre como la iraquí, podía comprar o construir cohetes de alcance medio y amenazar la existencia de otro situado a cientos de kilómetros de distancia… con la particularidad, demostrada hasta la hartura en el caso de la guerra del Golfo, de que los bombardeos más terribles y las represalias más feroces —imposibles para los medios aéreos israelíes— no son capaces de eliminar esos cohetes, fácilmente ocultables y lanzables desde plataformas móviles.

Por su parte, los palestinos también sufrieron la penitencia que les impuso la comunidad internacional. Arafat hubo de soportar numerosas preguntas para las que no tenía respuesta: *¿Cómo los palestinos habían podido apoyar la invasión de otro pueblo y su anexión por otro país? ¿Con qué derecho aplaudían la sojuzgación de Kuwait, mientras reclamaban la propia autodeterminación?* Mubarak declaraba a *Le Fígaro*: «Me da pena Arafat, le compadezco». El líder palestino también hubo de encajar la penuria económica: la OLP se financiaba gracias a las importantes contribuciones de las monarquías del Golfo, pero Arabia Saudí suspendió sus donaciones en represalia por la postura palestina y los emiratos hicieron lo propio. En 1990-1991, la OLP dejó de ingresar unos 2000 millones de dólares. Eso significó una inmediata restricción de gastos burocráticos, propagandísticos y, sobre todo, el corte casi total de las ayudas económicas a la *intifada*, que fue cayendo paulatinamente bajo la influencia cada vez más extremista de Hamas.

No fue menos duro el aislamiento político. En las múltiples gestiones internacionales —norteamericanas— para buscar una solución al problema palestino, los únicos no invitados eran los representantes de la OLP y esto tanto por la cerrada oposición israelí a negociar con Arafat y su gente, como por las represalias norteamericanas contra los amigos de Saddam Hussein. La diplomacia occidental prefirió en aquellos momentos establecer relaciones con las figuras preeminentes del interior, que, a regañadientes, eran aceptadas como interlocutores por Israel: Faisal el-Husseini, Haider Abdel Shafi, Zakaria al Agha,

Hanan Ashrawi o Hanna Siniora… quienes, naturalmente, estaban también vinculados a la OLP aunque lo mantuvieran en secreto.

De todos modos, no hubo mucho que negociar. Tras la guerra del Golfo, que concluyó el 3 de marzo de 1991, hasta la Conferencia de Madrid, el 30 de octubre del mismo año, las posiciones en Próximo Oriente apenas variaron. Los árabes proponían una conferencia internacional en la que se negociara *paz por territorios*, de acuerdo con las *Resoluciones 242* y *338*; los israelíes mantenían su paz por paz con negociaciones bilaterales con cada uno de sus vecinos y, respecto a los Territorios Ocupados, ofrecían una autonomía transitoria, seguida de una situación permanente de autogobierno en la que Israel ocuparía militarmente el territorio y correría con las responsabilidades de su defensa y representación exterior.

Esas posiciones, tan enquistadas y distantes, no conducían hacia la conferencia de paz que el presidente Bush[187], nuevamente candidato a la Casa Blanca en las elecciones de 1992, consideraba conveniente para elevar su decaído prestigio ante el electorado norteamericano. Por eso acentuó la presión sobre Israel, condicionando las ayudas de Estados Unidos a las concesiones políticas de Yitzhak Shamir. Ésa fue la palanca definitiva para la convocatoria de la Conferencia de Paz para Oriente Medio, reunida en Madrid el 30 de octubre de 1991, a la que los árabes acudieron de buen grado; los israelíes, arrastrados por los norteamericanos e imponiendo la marginación de la OLP; los palestinos, resignados y con la promesa norteamericana de que su problema se solucionaría en dos etapas: primero, autonomía; después, autodeterminación.

Fue un acontecimiento de relieve mundial porque, por vez primera y después de casi medio siglo de guerras, los israelíes se sentaban a negociar en la misma mesa que los palestinos y que sus vecinos árabes. Y fue un suceso de espectacular interés y significado porque la Conferencia estaba patrocinada por Estados Unidos y la Unión Soviética, cuyos presidentes acudieron a la inauguración, y cuyos ministros de Exteriores actuaron como moderadores a lo largo de los tres días de sesiones. También tuvieron un destacado papel la Comunidad Económica Europea, como invitada, y España, como anfitriona. La política internacional mostraba una nueva faz, impensable sólo dos años antes.

Las intervenciones de los ponentes no ofrecieron grandes novedades. Los patrocinadores e invitados hicieron una llamada a la buena voluntad y a la flexibilidad de los negociadores. Los delegados árabes (ministros de Asuntos Exteriores de Egipto, Siria, Jordania y Líbano y el médico palestino de Gaza, Haider Abdel Shafi, comisionado por los

Territorios Ocupados, excluido Jerusalén[188]) y el israelí, el propio primer ministro Yitzhak Shamir, no aportaron ningún tipo de solución en sus discursos, preparados de antemano y dedicados a los medios de comunicación internacionales y de sus propios países: *paz por territorios*, seguían exigiendo los árabes; *paz por paz*, continuaban ofreciendo los judíos. El tono fue firme, duro en algunos momentos, pero dentro de un lenguaje y modales que permitieron la convocatoria de la segunda fase de la conferencia. Sobre lo tratado hay que destacar:

1.— Los judíos reiteran que Jerusalén es su capital irrenunciable; los palestinos, también.

2.— Israel no tiene apetencias territoriales en Líbano, mostrándose dispuesto a devolver la franja ocupada cuando lo pidan los libaneses.

3.— Los palestinos no excluyen de la negociación a los demás palestinos —en clara alusión a la OLP—, hablan en nombre de todos los palestinos y demandan los territorios tomados por Israel en 1967 (*Resoluciones 242 y 338*).

4.— Los palestinos quieren la paz, están cansados de guerra y muerte, desean negociar ya.

5.— Los jordanos ofrecen a los palestinos la federación.

6.— Los sirios exigen la devolución de sus tierras, pero su ministro de Asuntos Exteriores —que fue quien empleó un tono más duro— trató de arrogarse una especie de encabezamiento de los postulados árabes, que sólo le funcionó con los libaneses.

La conferencia terminó en la mañana del 1 de noviembre, pero las delegaciones aún permanecieron en Madrid 48 horas más, sosteniendo encuentros bilaterales en busca de un lugar y una fecha para seguir negociando. No hubo acuerdo, pues Israel presionaba para que continuara en los diversos escenarios interesados de Próximo Oriente, buscando arreglos bilaterales sin mediación internacional ni apremios temporales. Contrariamente, los árabes preferían una conferencia con todos los afectados, que tuviera sus sesiones en Madrid o Washington, plazos concretos y una negociación rápida.

Nada hubiera movido a Israel de sus posiciones, pero el presidente Bush empleó todo su poder persuasivo para que la negociación avanzara. El primer ministro israelí, Shamir, estuvo en Estados Unidos buscando los 10 000 millones de dólares que necesitaba perentoriamente para asentar en Palestina a un millón de judíos, que llegarían de la URSS en los dos años siguientes. El presidente de Estados Unidos no concedió el préstamo, pero convocó a todas las delegaciones para el 4 de diciembre de 1992 en Washington.

Los israelíes se quejaban amargamente de las presiones

norteamericanas; les resultaba ya evidente que habían llegado a su final las sustanciosas ayudas recibidas de Estados Unidos durante cuarenta años (ayuda que, sólo entre 1985 y 1992, ascendió, sin contar el capítulo militar, a 8400 millones de dólares).

La negociación se arrastraba lentamente, empujada por Estados Unidos. Nada de lo mucho que estaba por arreglar quedó resuelto pero, por primera vez en medio siglo, los protagonistas del drama trasladaban sus diferencias del campo de batalla a la mesa de debates. Lo malo del asunto era que todo avanzaba tan lento que no se podía adivinar el final y más porque el hombre que impulsaba el desesperante proceso, George Bush, parecía en el verano de 1992 al borde de la derrota electoral en las presidenciales de noviembre. ¿Cómo sería su sucesor, aquel joven rubio, Bill Clinton, al que las encuestas señalaban como favorito? Se sabía de él poco más que su pasado político como gobernador de Arkansas, ciertos escándalos de faldas —que había podido superar— y su desinterés, al menos durante la campaña electoral, por los asuntos exteriores.

Los presagios no eran, precisamente, fastos cuando los israelíes acudieron a las urnas en junio de 1992 y, por un ajustado margen, dieron la victoria a los laboristas, encabezados por Rabin; su viejo rival de siempre, Simon Peres, se hizo cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores[189]. El cambio gubernamental en Israel no levantó los ánimos de los palestinos: la OLP seguía marginada de las negociaciones y aún trataba de hacerse perdonar en algunos países su postura durante la guerra del Golfo. En los Territorios Ocupados todavía mantenía su lucha la *intifada*, que, al cumplir el quinto año de su actuación, había cosechado unos 1300 muertos, más de 5000 heridos de importancia y llenado las cárceles con unos 18 000 convictos de terrorismo, según opinión de la judicatura israelí. En cuanto a Rabin, los palestinos no podían olvidar su dureza contra los *manifestantes de las piedras* cuando era ministro de Defensa con el Gobierno de coalición. Nadie se hacía ilusiones.

EN EL JARDÍN DE ROSAS

«Tenemos que subirnos al tren de la paz, de la reconciliación y de la cooperación internacionales que en estos días está dando vueltas por todo el globo. De otro modo nos quedaremos a mitad de camino» —decía Yithzak Rabin a los parlamentarios israelíes reunidos en la *Knesset* el día de su toma de posesión—. «Desde esta tribuna quiero dirigirme a los palestinos de los Territorios Ocupados. Estamos condenados a convivir en el mismo trozo de tierra, en el mismo país. Nuestra vida pasa a vuestro lado, con vosotros y contra vosotros. Habéis fracasado en las guerras contra Israel. Cien años de vuestra sangre y de vuestro terrorismo empleados contra nosotros sólo os han producido sufrimientos, duelo y dolor (…) Os vamos a hacer la oferta más justa y realista que, en nuestra opinión, hoy es posible: la autonomía, la autogestión, con sus ventajas y limitaciones. No conseguiréis todos vuestros deseos, pero tampoco nosotros alcanzaremos los nuestros. Poned con decisión vuestra suerte en nuestras manos. No perdáis de nuevo la oportunidad porque, tal vez, no haya una segunda ocasión. Aceptad nuestra oferta, hecha con toda seriedad y firmeza, para ahorraros dolor y luto. ¡Ya basta de lágrimas, basta ya de sangre!».

Aquel llamamiento a los palestinos, que no iba más allá de lo que en 1978 ofrecía Begin y en 1991, Shamir, estaba hecho probablemente con mayor claridad y contundencia y en mejor momento, tanto por la posición negociadora adoptada por la OLP en 1988, en Argel, como por el cansancio y la preocupación existentes en los Territorios Ocupados. Sin embargo, el tema palestino era asunto secundario en la mentalidad de Rabin, un general que había visto cuatro guerras con

los árabes y que, por sus muchos años en el Estado Mayor y en el Ministerio de Defensa, podía valorar con más claridad los poderes de los Estados vecinos que las posibilidades económicas, diplomáticas y militares de la OLP. Estaba convencido de que el auténtico problema, una vez arreglado el contencioso con Egipto en Camp David, era Siria. Solucionado el conflicto con Siria, la paz quedaría asegurada en cuestión de meses, pues los palestinos se avendrían a negociar… y lo que podían conseguir era, justamente, lo que les ofrecía en su discurso de investidura.

Rabin había decidido un reparto del poder en el que se quedaba con casi todo: la jefatura del Gobierno y el Ministerio de Defensa, mientras Peres, en horas bajas, fue recluido en Exteriores y aún en ese terreno hubo de ceder a Rabin la parte más espectacular de las actividades: las negociaciones directas con los árabes en las que tantas esperanzas había depositado. Rabin estaba convencido de que podría alcanzar un acuerdo directo con Siria, lo que hubiera significado, de paso, una negociación fácil con Líbano; quedaría, finalmente, la transacción con Jordania, que sería rápida y sencilla. Para fortuna de la paz en Palestina, a Peres le dejó poco más que los viajes de representación, la Internacional Socialista y las aburridísimas negociaciones globales de la Conferencia de paz árabe-israelí, que se reunía de tarde en tarde, sin que nadie apreciara avance alguno.

Peres, constreñido a tan escasa y estéril labor, se dispuso a hacer de aquella minúscula oportunidad la obra de su vida. «Me parecía —escribió— que el proceso de paz se había basado hasta entonces en un concepto erróneo; en lugar de negociar la esencia de la paz y los beneficios que reportaría a todos los bandos, nos habíamos ocupado de valorar el precio que había que pagar por la paz y de elucubrar sobre las causas de un conflicto que duraba décadas…». En silencio, con tenacidad y el esfuerzo de todo su equipo, urdió unas negociaciones secretas y directas con los delegados de la OLP, que tuvieron lugar en Oslo de enero a septiembre de 1993. Rabin estaba permanentemente informado por Peres de la marcha de los encuentros secretos, pero su progreso no empezó a interesarle hasta que padeció el frenazo negociador bilateral con Siria en el que tanto confiaba.

El plan de Peres se basaba en la constatación realista de que cualquier concesión a los palestinos en Cisjordania tropezaría no sólo con la oposición política y la religiosa de los que veían un peligro en la autonomía palestina y una renuncia al *Gran Israel*, sino también y sobre todo con los 145 000 israelíes que vivían en los 143 asentamientos de esa región… Cualquier avance era sumamente improbable. No ocurriría lo mismo en Gaza, zona extraordinariamente

pobre y superpoblada donde sólo había 11 asentamientos con poco más de 5000 colonos israelíes; Gaza significaba para Israel *una vergüenza* —en palabras de Peres— y un quebradero de cabeza, pues en sus callejuelas estrechas, en sus barrios de chabolas, proliferaban los desesperados listos para enrolarse en la *intifada* o en las formaciones integristas nacidas a finales de los años ochenta, como la Yihad Islámica o Hamas. En la vigilancia de Gaza empleaba el *Tzahal* más efectivos que en Judea. A la mayoría de los israelíes no le importaría desprenderse de Gaza. Así concibió Peres su plan de *Gaza, primero*, que sus representantes llevaron a Oslo.

Los delegados palestinos aceptaron negociar un plan con Gaza, *primero*, región de la que Israel se retiraría en el plazo de dos años, en el cual se negociaría la autonomía provisional para Cisjordania; un plan de desarrollo para Cisjordania y Gaza, con apoyo internacional; y un proyecto de cooperación de Israel con la autoridad provisional palestina.

Mientras se discutía secretamente en Oslo, Bill Clinton asumía la presidencia de Estados Unidos, que había ganado las elecciones de noviembre de 1992. Y en tanto las negociaciones de Noruega se presagiaban fructíferas, las reuniones de la Conferencia de Paz se habían paralizado a comienzos de aquel año de 1993, como represalia palestina por la deportación de 415 extremistas de Cisjordania y Gaza[190] a la *tierra de nadie* del sur de Líbano. Esto inquietaba a Clinton, heredero del patrocinio de aquella Conferencia, que hubo de ser informado por Johan Holst, ministro noruego de Exteriores, anfitrión e impulsor de los debates, de lo que se estaba cociendo en Oslo. De cualquier forma, hasta el mes de mayo, el relieve de Oslo parecía mínimo porque Rabin no quería dar importancia a las conversaciones secretas: temía su fracaso y se negaba a involucrar al Gobierno, por lo que impidió, por ejemplo, un viaje de Peres a Noruega, aunque aceptó la participación de Uri Savir, director general de Exteriores, que volvió a Israel con una ampliación de las demandas palestinas: Gaza era demasiado poco. La propuesta *Gaza, primero*, se convirtió en *Gaza y Jericó, primero*.

La idea iba tomando cuerpo. Al llegar el verano Rabin estaba cada vez más convencido de que podría funcionar, aunque iba a remolque de Peres, que se había impuesto como misión primordial de su Ministerio terminar con éxito aquel asunto. En junio Rabin aceptaba esta propuesta: «Que Gaza y Jericó se conviertan en los primeros componentes del autogobierno provisional palestino, permaneciendo las Fuerzas de Defensa de Israel en ciertas partes de la Franja de Gaza para proteger los asentamientos judíos, que deberán seguir como

están».
A comienzos del verano de 1993, eran decenas las cuestiones importantes o los detalles que permanecían sin resolver: ¿Cuál sería la superficie de Jericó? ¿Quién mantendría la seguridad interna? ¿Cuántos policías palestinos serían necesarios y qué armamento podrían tener? ¿Quién controlaría el paso entre Egipto y Gaza y entre Jordania y Jericó? ¿Cómo sería la comunicación entre Jericó y Gaza? ¿Cuál sería el futuro de Jerusalén?
Mientras se desmenuzaban esas cuestiones, posponiendo las más arduas y avanzando en aquellas que resultaban más fáciles, los dos lados negociadores comenzaron a atravesar graves problemas. En Israel se tambaleaba la coalición gobernante, a causa de los problemas con la Justicia del líder del partido Shas, Arye Deri, que fue obligado a dejar su escaño. La cúpula de la OLP también lo estaba pasando mal: Arafat era acusado de autócrata, de tomar decisiones sin contar con el resto de los líderes de la OLP, y tanto él como sus colaboradores estaban bajo la sospecha de haber dilapidado ingentes cantidades de dinero.
Más aún, lo que se estaba negociando en Oslo comenzaba a ser conocido por demasiada gente: en Estados Unidos lo sabían Clinton, su secretario de Estado, Christopher y, a buen seguro, muchos de sus colaboradores de primer rango; en Egipto estaban enterados Mubarak y su gente del Ministerio de Exteriores; lo sabían los noruegos y un número progresivamente mayor de judíos y palestinos. En agosto, a punto de iniciarse la undécima ronda de la Conferencia de Paz para Próximo Oriente, se produjo en Washington una crisis entre los delegados palestinos cuando su jefe, Feisal el-Husseini, acusó indignado a los dirigentes de la OLP de estar haciendo concesiones a Israel mientras ellos eran el hazmerreír de Washington oponiéndose a las mismas. Pero más preocupante parecía la oposición de los grupos palestinos radicales a cualquier tipo de claudicación. Desde Siria comenzaron a surgir las amenazas de Habache, de Hawatmeh, de Jibril… y desde Gaza hacían oír sus amenazas los integristas de la Yihad Islámica y de Hamas.
El panorama aparecía tan negro aquel verano que Simon Peres comenzó a temer por su criatura y el 17 de agosto apremió a los mediadores noruegos: «Debemos darnos prisa o podemos concluir un tratado de paz sin Gobiernos para firmarlo». Peres se hallaba en Estocolmo, pues Rabin, que a esas alturas se había embarcado decididamente en el proyecto de su ministro, había permitido que hiciera ese viaje, aunque todavía trataba de mantener el secreto de las negociaciones. Para cubrir los auténticos motivos del encuentro entre

los diplomáticos israelíes y los noruegos en la capital de Suecia, por aquellos días apareció en la prensa la noticia de la pretendida intención israelí de comprar agua a Noruega desde donde se haría llegar a Palestina por un misterioso sistema.
Johan Holst comprendió la angustia de Peres y aquella misma noche telefoneó a Arafat, que se hallaba en la sede de la OLP en Túnez. El forcejeo final se prolongó hasta la madrugada, con media docena de conferencias telefónicas entre los palestinos y los diplomáticos noruegos e israelíes. Por fin, a las 4,20 de la madrugada del día 18 de agosto se llegó a un principio de acuerdo y hubo lágrimas y abrazos tanto en Túnez como en Estocolmo. Dos días después, Simon Peres se hallaba en Oslo y, tras una cena oficial, se despidió de sus anfitriones noruegos y del embajador y cuerpo diplomático israelí en Oslo y se fue a dormir.
Pero no pudo pegar ojo, lleno de excitación y esperanza. Dos horas después le despertaron: había llegado el momento. En la residencia para invitados del Gobierno noruego, en la que se alojaban Peres y sus colaboradores, el ministro de Asuntos Exteriores Holst había dispuesto tres salas de trabajo: una para los israelíes, otra para los palestinos y una tercera para los mediadores noruegos. A las 2 horas de la madrugada del 21 de agosto, cada delegación se reunió en la habitación que le había sido asignada y repasaron los últimos papeles. A las 2,30 horas, Peres se reunió con Holst y su esposa, que no quiso perderse la histórica ocasión, en el salón de los noruegos, donde tendría lugar la ceremonia de la firma. Minutos después llegaron los delegados que durante siete meses habían sido capaces de negociar tan tenaz como discretamente: primero, los palestinos, Abu Alá, jefe de su delegación, Hassan Asfur y Maher el-Kurd; luego los judíos, Uri Savir, Yoel Singer, Yair Hischfeld y Ron Pundak. Todos estrecharon las manos a los dos ministros y, a continuación, Abu Alá, Hassan Asfur, Uri Savir y Yoel Singer se sentaron ante la mesa sobre la que había siete carpetas[191] de cuero rojo con la Declaración de Principios que habían de firmar. Los noruegos habían cuidado los detalles: en aquella misma mesa se había firmado, en 1905, el acuerdo de separación entre Suecia y Noruega. Los dos palestinos y los dos israelíes estamparon sus firmas y, en calidad de testigo, firmó, también, Johan Holst, mientras Peres se mantenía en un segundo plano, a la sombra «por si, Dios no lo quiera, fuera necesario tener que negarlo todo». Peres, excepcional cronista de la escena, contó que Abu Alá «libró una batalla desigual con las lágrimas. Cuando comenzó a hablar se echó a llorar y así continuó: hablando y llorando, hablando y llorando…».
Los noruegos habían previsto brindar por la paz con *champagne*, pero

Peres rechazó la idea, pues la víspera habían muerto siete soldados israelíes en el sur de Líbano e Israel estaba de luto; sin embargo, no se acostó: primero, recibió en privado a Abu Alá, que le dio las gracias en su nombre y en el de Yasser Arafat y garantías de que todas las figuras importantes de la OLP respaldarían el acuerdo. Los dos convinieron en la necesidad de seguir guardando el secreto hasta que el documento fuese aprobado por la *Knesset* y ambos soñaron con un futuro próspero y pacífico para ambos pueblos. Finalmente, hacia las cuatro de la madrugada, Peres se quedó sólo en su habitación, insomne por las grandes emociones de las horas pasadas y, mientras esperaba el amanecer, pudo recordar que, más o menos, a aquellas horas había nacido, seis décadas antes, en una aldea polaca.

El 31 de agosto, domingo, Peres y Holst llegaron a una base naval californiana, próxima a Santa Bárbara, donde fueron recibidos por el secretario de Estado norteamericano, Warren Christopher y por su consejero para asuntos de Próximo Oriente, Dennis Ross. Tenían que comunicar oficial y detalladamente a los norteamericanos la Declaración de Principios negociada en Oslo y lograr que, primero, Washington aceptase a la OLP como interlocutora en una negociación y, segundo, que se interesara en promover la Declaración de Principios; más aún, que la anunciara como si fuese iniciativa suya, situación que hubiera limado la resistencia de los conservadores y los integristas de la *Knesset*. Aunque a grandes rasgos sus interlocutores ya conocían el contenido de la Declaración de Oslo, Simon Peres volvió a exponerlo para explicar los puntos que pudieran estar menos claros: *En el preámbulo, israelíes y palestinos se comprometen a finalizar la confrontación, a reconocer sus derechos políticos, a reconciliarse y a esforzarse por vivir en paz*.

Luego había 17 artículos que, en síntesis, acordaban:

—Crear una Autoridad de Autogobierno Provisional Palestino para Cisjordania y Gaza por un periodo transitorio máximo de cinco años —que comenzarían a contar a partir de la retirada militar israelí de la Franja de Gaza y de Jericó— con vistas a un acuerdo permanente basado en las Resoluciones 242 y 338.

—Para que el pueblo palestino pueda ser gobernado, se celebrarán elecciones directas, libres y generales y los candidatos elegidos formarán un Consejo.

—Las negociaciones para lograr un estatus permanente se iniciarán lo antes posible y, de cualquier modo, antes de transcurridos tres años. En ellas se tratarán los problemas pendientes: refugiados, Jerusalén, asentamientos, fronteras, cooperación, seguridad…

—Tras la entrada en vigor de la Declaración de Principios y de la retirada

israelí de Gaza y Jericó, las autoridades judías traspasarán a los palestinos designados provisionalmente las competencias de educación, cultura, sanidad, bienestar social, impuestos y turismo y el orden público correrá a cargo de la policía palestina (quedando las competencias de defensa exterior y la seguridad conjunta en manos israelíes).
—Una vez elegido el Consejo, éste recibirá esas competencias y tendrá derecho a legislar sobre ellas.
—Funcionará un Comité Conjunto de Enlace para dilucidar conflictos, coordinar esfuerzos, etcétera.
—Se creará un Comité de Cooperación Económica con el fin de promover el desarrollo de Cisjordania y Gaza (una de las imágenes durante las conversaciones de Oslo fue la de Singapur, ejemplo a emular por Gaza: «De la pobreza a la prosperidad de un solo salto»).
—Invitación a Jordania y Egipto a cooperar con Israel y los palestinos para desarrollar y pacificar la región.
—Las fuerzas militares israelíes se mantendrán fuera de las zonas pobladas y su despliegue estará de acuerdo con la seguridad fronteriza y en consonancia con la seguridad interna.
—Israel se retirará de la Franja de Gaza y zona de Jericó en las condiciones que se negociarían, en el plazo de dos meses, tras la entrada en vigor de los acuerdos, cosa que ocurriría un mes después de la firma de la Declaración de Principios.
Aquel mismo día, la delegación norteamericana y la israelí alcanzaron un acuerdo: Christopher aceptaba a la OLP como interlocutora e invitaría a uno de sus dirigentes a acudir a Washington a firmar lo acordado; se negó prudentemente[192], sin embargo, a fingir que los norteamericanos hubieran sido los muñidores del acuerdo, aunque aceptó apadrinar la solemne firma.
En los días siguientes ocurrieron cosas sorprendentes: la OLP reconocía al Estado de Israel e Israel hacía lo propio con la OLP: el 9 de septiembre, Yasser Arafat escribía a Yithzak Rabin: «Señor primer ministro, la firma de la Declaración de Principios señala una nueva era en la historia de Oriente Próximo. Con esta firme convicción, me gustaría confirmar los siguientes compromisos de la OLP». A continuación, aceptaba las *Resoluciones 242* y *338*, se declaraba dispuesto a resolver los contenciosos mediante negociaciones, renunciaba al empleo del terrorismo e invalidaba los artículos del Pacto Palestino contrarios a la existencia de Israel y al espíritu y contenido de la carta. Tras 45 años de lucha e ingentes sufrimientos[193], los palestinos renunciaban, al menos de momento, a la formación de un Estado Palestino.
Al día siguiente, Yithzak Rabin respondía escuetamente a Yasser

Arafat: «Señor presidente, en contestación a su carta del 9 de septiembre de 1993, deseo confirmarle que, a la luz de los compromisos de la OLP incluidos en su carta, el Gobierno de Israel ha decidido reconocer a la OLP como representante del pueblo palestino e iniciar negociaciones con la OLP dentro del proceso de paz de Próximo Oriente». Rabin se apuntaba, encantado, al tinglado de Peres. No cedía, por el momento, nada que no estuviera incluido en su discurso de toma de posesión y se subía al carro triunfal de las negociaciones que deberían tener su apoteosis en la Casa Blanca, el 13 de septiembre. Rabin necesitaba un éxito político y allí estaba. Lo único que le molestaba era tener que codearse con Yasser Arafat, un personaje que para él había sido, toda la vida, un terrorista.

El *show* de Clinton

Rabin llegó a Washington el 12 de septiembre, en vísperas de la firma. Días después insinuó en su círculo más íntimo la sensación de ahogo, como si hubiera tenido un hueso atravesado en la garganta durante horas, que padeció en Washington la víspera del 13 de septiembre de 1993. La sola idea de dar la mano a Yasser Arafat le resultaba insoportable y hubo de ensayar mentalmente la escena muchas veces para no estropearle la fiesta a su anfitrión, el presidente Bill Clinton. ¡Qué difícil había sido darle la mano al líder palestino aquella primera vez; qué difícil borrar su imagen de terrorista, labrada durante cuatro décadas…!

Y, sin embargo, aquel paso era inevitable. En los 16 meses que llevaba al frente del Gobierno había comprobado hasta la saciedad las enormes diferencias que existían entre el mundo de los años noventa y su anterior mandato como jefe de Gobierno en los setenta: era evidente que Israel había perdido protagonismo al terminar la Guerra Fría. Sus servicios como representante de los intereses estratégicos occidentales en el Próximo Oriente ya no eran imprescindibles; el avance soviético en el mundo árabe y su pretendida amenaza pertenecían al pasado; Egipto y Jordania tenían magníficas relaciones con Estados Unidos y con la OTAN. Más aún, durante la Guerra del Golfo incluso Siria se alineó con los intereses que abanderaba Estados Unidos. En las circunstancias políticas de 1993, le costaba a Israel ingentes esfuerzos conseguir créditos y ayudas, como ocurría con los famosos 10 000 millones de dólares que Samir se pasó pidiendo cuatro años a Estados Unidos y que al final no pudo conseguir… Los bolsillos europeos estaban cada vez más cerrados y en Alemania —recién unificada y con ciertos desajustes internos— cada vez era más difícil conseguir créditos y subvenciones a costa del Holocausto. Europa, principal proveedor y primer cliente de Israel, se mostraba cada día

más sensible hacia el problema palestino y sus presiones, que eran de momento molestas, podrían volverse insoportables en el futuro.
La dependencia israelí de Estados Unidos era todavía más importante. De allí seguían llegándole a Israel las principales ayudas y créditos y la tecnología más sofisticada de sus arsenales militares; por tanto, sus presiones eran difíciles de resistir y más ahora que los servicios de Israel eran menos relevantes y necesarios. Eliminar problemas, conseguir el reconocimiento universal del mundo árabe, terminar con el terrorismo palestino, eran asuntos que significarían para Israel unas relaciones internacionales más cómodas y una paulatina disminución de los presupuestos militares que en un pasado próximo habían ascendido a un tercio del PIB y aún significaban el 25%. Aquella firma, por tanto, no sólo constituía un éxito político considerable para Rabin, sino también, una garantía para la seguridad, la convivencia y el desarrollo de Israel.
Rabin tenía, además, otra carta que jugarse: Jordania. Tras su frustrado acercamiento a Siria y mientras Peres concentraba todas sus energías en empujar las negociaciones secretas de Oslo, el primer ministro había iniciado un sigiloso acercamiento al rey Hussein, con el que mantuvo dos entrevistas secretas a finales de la primavera de 1993, estableciendo las bases para un tratado de paz jordano-israelí; la firma de un acuerdo con los palestinos era una de las pocas condiciones en las que el rey había sido tajante. Era, pues, imprescindible pasar el mal trago del encuentro con Arafat.
La ceremonia de la firma israelo-palestina marcaría un hito en los anales de la Casa Blanca. Los alrededores de la residencia presidencial estaban sujetos a las más estrictas medidas de seguridad desde 24 horas antes, pero los preparativos habían sido intensos durante cuatro días para disponer el acontecimiento diplomático que se anunciaba como el más espectacular e importante que había tenido lugar en Washington desde los días de la II Guerra Mundial. En la mañana de aquel lunes 13 de septiembre de 1993, un interminable desfile de lujosos y solemnes automóviles con matrícula diplomática colapsó el tráfico en las proximidades de la sede presidencial; en ellos llegaron los invitados que ocuparon las gradas de una tribuna erigida al efecto en la rosaleda de la Casa Blanca. Allí estaban tres expresidentes de Estados Unidos, Ford, Carter y Bush, que se distinguieron en su lucha por la paz en el Próximo Oriente y les acompañaban media docena de exsecretarios de Estado norteamericanos, numerosos ministros de Asuntos Exteriores de los países que habían mediado en el conflicto árabe-israelí y todo el cuerpo diplomático representado en Washington. En total, unas 2500 personas esperaban expectantes el

desarrollo de los acontecimientos.
A las once de la mañana se abrió la puerta de la Casa Blanca que da acceso a la rosaleda y por ella salieron al jardín el primer ministro israelí, Yithzak Rabin, el presidente de la Organización para la Liberación de Palestina, Yasser Arafat, y un radiante Bill Clinton, que en aquella ceremonia se iba a apuntar su primer éxito internacional. El acto protocolario de la firma corrió a cargo del ministro israelí de Exteriores, Simon Peres, y de Mahmud Abbas, del Comité Ejecutivo de la OLP, que se sentaron ante la misma mesa que en 1979 habían utilizado Menahem Begin y Anuar el-Sadat para firmar los acuerdos de Camp David.
El presidente de Estados Unidos actuaba como anfitrión y maestro de ceremonias, pero los auténticos protagonistas del acontecimiento eran Rabin y Arafat, que, un tanto cohibidos, no osaban ni mirarse; dos hombres nacidos en los años veinte, dos genuinos representantes de sus pueblos, el judío y el palestino, que se habían odiado y combatido durante setenta años. Ambos expusieron ante la selecta concurrencia sus respectivas versiones sobre el conflicto más largo y enconado del siglo XX y sobre la lucha que había ocupado la vida entera de ambos.
«… Firmar en este acto el acuerdo marco palestino-israelí no resulta fácil para mí, viejo soldado de las guerras de Israel. Tampoco lo es para mis compatriotas, ni para los judíos que nos están contemplando con enorme esperanza y preocupación. Ni mucho menos para las familias de las víctimas del terrorismo cuyo dolor nunca podrá ser curado. Este acto llega tarde para los miles de personas que han defendido nuestra vida con su cuerpo y con su muerte…».
Arafat, aunque seguía el discurso con los ojos abiertos, apenas podía distinguir borrosamente los contornos de cuanto le rodeaba. Por su cerebro desfilaba interminable la serie de rostros amigos eliminados por el terrorismo israelí; mentalmente contabilizaba sus pérdidas y anotaba que por cada gota de sangre judía, los palestinos habían perdido diez, que por cada lágrima derramada por los judíos, los palestinos habían llorado cien, aparte de perder sus casas, sus pueblos, su nacionalidad y de vivir en la desesperación y la miseria durante generaciones… Todavía en aquellos momentos, más de la mitad de los palestinos vivía exilada fuera de Palestina, el 30% era analfabeto y un porcentaje similar —sin contar a las mujeres— estaba en paro, dependiendo su empleo de la voluntad del primer patrono de los palestinos, Israel[194]. *Ahora va a resultar que ellos son los perdedores, los expoliados, las víctimas*, pudo pensar el líder palestino, mientras Rabin seguía su discurso:
«… Los que hemos luchado contra el pueblo palestino exclamamos

firmemente: ¡Basta ya de lágrimas y de sangre! ¡Basta ya!… Anhelamos abrir un capítulo nuevo en nuestro triste y común libro de Historia. Un capítulo que hablará del reconocimiento mutuo, del respeto, de la comprensión, de la dignidad y de la amistad. Confiamos que signifique el comienzo de un proceso nuevo en Oriente Medio…».
Amén, pensó Arafat. Cinco millones de palestinos estarían pendientes de lo que decía el primer ministro israelí, en muchos casos rechinando los dientes de odio por aquel paso hacia la paz; pero serían muchísimos más los que escucharían esperanzados, pasando por alto el victimismo que Rabin exhibía en su discurso y dispuestos a agarrarse a aquel clavo ardiendo que ofrecía el primer ministro israelí: «Señoras y señores, ha llegado la hora de la paz».

El precio de la paz

Pero alcanzar esa paz se calculaba empresa peliaguda. Había cien asuntos que discutir para el establecimiento de la Autoridad de Autogobierno Provisional Palestino, algunos de los cuales ofrecían dificultades casi insuperables, como, por ejemplo:
—Jerusalén, capital oficial de Israel desde 1950 en contra de toda la jurisprudencia de la ONU, de la voluntad de todos los países que se relacionan con Israel (tienen sus embajadas en Tel Aviv), de la doctrina oficial del mundo islámico (que la considera su tercera ciudad santa) y de los palestinos, que no renuncian a ella como capital.
—Los asentamientos en Cisjordania y Gaza, donde vivían cerca de 150 000 colonos.
—El retorno desde el exilio de más de tres millones de palestinos.
—El control del terrorismo de ambos bandos. El 37% de los judíos se mostraba opuesto al acuerdo y entre ellos había muchos millares de fanáticos armados, dispuestos a acumular montones de cadáveres para obstruir el camino de la negociación. El lado palestino no era más proclive a la paz: desde Damasco llegaban las amenazas de Habache, Hawatmeh, Jibril, Abu Nidal… contra aquellos convenios y desde Cisjordania, la oposición de los fanáticos terroristas de la Yihad Islámica y de Hamas.
Cuatro asuntos que hubieron de ser pospuestos por su dificilísima solución o porque ésta se hallaba lejos del alcance de los negociadores, que deberían concentrarse en los asuntos susceptibles de cristalizar en acuerdos. Para formar las comisiones y elaborar un calendario provisional, el 6 de octubre de 1993, justo veinte años después de que se iniciara la guerra del *Yom Kippur*, Yithzak Rabin se reunía con Yasser Arafat en El Cairo, bajo el patrocinio del presidente egipcio, Hosni Mubarak. En aquel encuentro seguía siendo evidente la

distancia que separaba a Rabin y Arafat: no hubo sonrisas, ni apretones de manos, ni siquiera comunicado conjunto, pero ambos mostraron alentadores avances: el primer ministro israelí había logrado la aprobación del acuerdo en su Parlamento, mientras Arafat había obtenido de los países de la Comunidad Europea y de Estados Unidos y Japón la promesa de 2000 millones de dólares para el desarrollo económico de la autonomía palestina. En aquella reunión se acordó la formación de cuatro comisiones, —Coordinación, Transferencias, Económica y de Seguimiento— que deberían ponerse a trabajar diez días después, tras la ratificación de los acuerdos de Washington, prevista para el 13 de octubre. Las reuniones tendrían lugar en Taba, un pueblecito turístico situado en la península del Sinaí, al norte del golfo de Aqaba, al lado del puerto israelí de Eilat.

En aquellas conversaciones se pusieron de manifiesto los cuatro grupos de cuestiones que constituirían el nudo gordiano de la negociación palestino-israelí:

A) La extensión del área palestina de Jericó, que los judíos limitaban apenas al perímetro urbano, es decir, unos 30 kilómetros cuadrados, y que los palestinos pretendían que abarcase toda la región circundante, esto es, unos 300 kilómetros.

B) El control policial de las colonias judías establecidas en los enclaves palestinos de Gaza y Jericó. La OLP deseaba que la policía israelí se mantuviera dentro de ellas y que, a medio plazo, los judíos levantaran los asentamientos. Tel Aviv exigía que su control policial se hiciera desde fuera de los asentamientos, que no tenía intención alguna de desmontar.

C) Israel demandaba el exclusivo control de las carreteras que comunican esos asentamientos con el resto de Israel; los palestinos pedían una vigilancia compartida, para que sus enclaves no se convirtieran en guetos cuyos accesos estuvieran exclusivamente en manos israelíes.

D) Los palestinos querían el control de las fronteras de Jericó con Jordania y de Gaza con Egipto; Israel no estaba dispuesto a ceder ese atisbo de soberanía, con el pretexto de que por esas fronteras se colarían en Israel cuantos terroristas lo desearan.

Las comisiones se reunían estérilmente semana tras semana sin conseguir avances significativos, tanto que sobrepasaron la fecha del 13 de diciembre de 1993, prevista en Washington para cerrar la primera fase de la negociación. Ni siquiera los tres encuentros directos sostenidos por Arafat y Peres en noviembre-diciembre lograron desatrancar el atasco. Yithzak Rabin trató de quitar importancia al incumplimiento del plazo previsto, asegurando que *el 13 de diciembre*

no era una fecha sagrada; y que lo verdaderamente importante era la solidez del acuerdo. Sin embargo, la situación comenzó a ser peligrosa para el proceso de pacificación: los extremistas de uno y otro bando se estaban envalentonando ante aquellas dilaciones y trataron de soliviantar a sus respectivas opiniones públicas contra los acuerdos, para lo que se lanzaron a una carrera terrorista que en los tres últimos meses del año causó 58 muertos, correspondiéndoles a los palestinos la peor parte, en una proporción de dos a uno.

La alarma llegó, incluso, a Washington, que urgió a Israel y a la OLP para que trataran de hacer algún progreso. El 7 de febrero se reunieron en El Cairo Peres y Arafat, conjurándose para no abandonar la capital egipcia sin conseguir un acuerdo. El día 9, tras casi 48 horas de ininterrumpida porfía, ambos negociadores estrecharon sus manos y firmaron lo pactado. La cosecha de Arafat era insignificante: de todo lo que pedían sólo consiguieron funciones policiales dentro de sus zonas de Gaza y Jericó, el control fronterizo limitado a los palestinos que salieran o entraran en ambas zonas y la vigilancia conjunta del acceso a las mezquitas.

Al día siguiente de la firma de los minúsculos acuerdos comenzó el noveno mes del año musulmán, el Ramadán de 1994: mes de penitencia, del gran ayuno, que dura todas las horas de luz y que sólo se rompe al caer la tarde; el musulmán observante puede comer a partir de ese momento y hasta que la madrugada del nuevo día permita *distinguir un hilo blanco de un hilo negro*.

A las cinco de la madrugada del 25 de febrero ya clareaba en Hebrón, gran ciudad palestina con unos 120 000 habitantes y rancia prosapia histórica. Allí está la cueva de Machpelah en la que, según la tradición, están enterrados Abraham, Isaac, Jacob, Sara y Rebeca, personajes bíblicos vinculados a la ciudad; allí encontró refugio Josué y en ella fue ungido David como rey de Israel… Es, pues, una de las ciudades santas del judaísmo y, también, de los musulmanes, que consideran a Abraham como uno de sus profetas y que viven en la ciudad desde finales del siglo VII. Aquel día 25 acudieron a la mezquita para la oración del alba —*al-fagr*— unos 700 fieles, que fueron contemplados con indiferencia por los guardines exclusivamente israelíes que custodiaban el edificio, pues los acuerdos de El Cairo aún no habían entrado en vigor. Hacia las 5,30 horas, cuando se hallaban en la primera postración, el silencio del templo fue reventado por los disparos de un fusil de asalto, que en pocos segundos agotó el cargador; después, en medio de los aullidos de la multitud enloquecida por el pánico y de los gritos de los heridos o de los aplastados por la consiguiente estampida, se distinguieron, nítidas,

las explosiones de tres bombas de mano… Una breve pausa, desgarrada por el espantoso clamor de los musulmanes que trataban de huir de aquel matadero y resbalaban sobre la sangre de los heridos y, nuevamente, el fragor terrible del fusil disparando a breves ráfagas sobre la muchedumbre amontonada e inerme.

Ocho años después del espantoso suceso que causó la muerte a 29 personas y heridas graves a más de un centenar, aún no ha sido convenientemente aclarado cómo Baruch Goldstein, un médico originario de Brooklyn, Nueva York, y afincado en el asentamiento judío de Kiriat Arba, próximo a Jericó, pudo acceder a la mezquita armado con un fusil de asalto *M.16*, varios cargadores de munición y tres bombas de mano y cómo los centinelas no interrumpieron su locura homicida[195].

Todo el complicado montaje de Oslo-Washington-El Cairo-Taba se tambaleó. Las negociaciones de Taba se suspendieron; las conversaciones árabe-israelíes de Washington se paralizaron; en los Territorios Ocupados se volvió al clima de la *intifada*: miles de manifestantes recorrieron las calles clamando venganza y tirando piedras a policías y soldados; entre los civiles palestinos se contabilizaron docenas de muertos a causa de los disparos de las fuerzas armadas israelíes y de sus colonos. En muchos lugares de los Territorios Ocupados se comenzó a gritar contra los acuerdos y las encuestas arrojaron aquellos días un 65% de voluntades contrarias. La OLP y su presidente, Yasser Arafat, quedaron aislados. El Gobierno de Rabin, lamentando lo ocurrido, limitó su reacción a desarmar a un centenar de colonos fanáticos y accedió a la presencia de observadores internacionales desarmados. También los laboristas tenían las manos atadas: su opinión pública, partidaria de la negociación en septiembre, se oponía en la primavera de 1994 al desarme de los colonos y al abandono de sus establecimientos de Gaza y Jericó. Por otra parte, el clero más integrista osó, por vez primera en la historia del Estado judío, llamar a los colonos a la desobediencia civil para que no abandonasen los asentamientos e invitó a los soldados a la sedición para que ignorasen las órdenes de repliegue.

La explosiva situación fue nuevamente conjurada por las presiones de Washington y la mediación de Mubarak, que lograron la reanudación de las negociaciones. Así, a principios de abril, comenzaron a llegar a Gaza los primeros policías palestinos, equipados con armamento ligero. La multitud les aclamó en la calle porque vieron en ellos el primer avance concreto de los acuerdos; aquellos policías palestinos, armados con porras, pistolas y subfusiles, eran el primer atisbo de la soberanía palestina.

Sin embargo, los progresos siguieron mucho más lentos de lo que los negociadores de Oslo habían supuesto. El 13 de abril, siete meses después de la firma de Washington, debiera haber entrado en posesión de sus funciones el Gobierno provisional palestino, pero aún no se habían cumplido las previsiones ajustadas para diciembre. La diplomacia israelí calmaba los ánimos asegurando que era preferible *una buena negociación a un mal acuerdo*.

Finalmente, el 4 de mayo, tuvo lugar en El Cairo otro hito histórico en las relaciones israelo-palestinas: el nacimiento de la Autoridad Nacional Palestina, —ANP—. Israel quiso dar toda la solemnidad a aquel acto, por lo que asistieron Yithzak Rabin y seis ministros de su Gobierno, incluido Peres; por parte palestina estaban Yasser Arafat, presidente del ANP que iba a nacer —según Israel, secretario general del ANP— y sus 24 ministros —doce para ocuparse de Gaza y Jericó y una cifra igual para cuidar de los intereses de los palestinos dispersos en el exilio—.

En el curso del último repaso a lo negociado, Arafat rompió los esquemas de Rabin y Peres pidiendo los mapas de la zona de Jericó, discutiendo los detalles con su delegación y, finalmente, negándose a firmarlos. Para los dos políticos judíos, aquello supuso la muestra fehaciente de la falta de seriedad de los palestinos; más tarde, cuando fueron conociendo mejor al jefe de la OLP, comprendieron su gesto: era su única manera de protestar por las dilaciones israelíes y por su cicatería en las concesiones. La ANP nacía mínima, con una superficie de apenas 400 kilómetros cuadrados. Políticamente, estaba limitada a la administración interna, con atribuciones fronterizas sólo respecto a los palestinos procedentes de Egipto y Jordania que fueran a permanecer en las zonas controladas por la ANP; Tel Aviv les había cedido, también, algunos símbolos: emitir documentos de viaje, utilizar sellos palestinos con las siglas ANP, disponer de un código telegráfico y telefónico internacional propio. En cuanto a la organización económico-laboral, el nuevo Gobierno se haría cargo de la recaudación de impuestos, pero no podría emitir moneda; la ANP tendría sus fronteras abiertas respecto al resto de los Territorios Ocupados y a Israel, aunque algunos productos agrícolas estarían sujetos al pago de aranceles; la misma política rezaba para la libre circulación de mano de obra. Era, ciertamente, muy poco, pero cuando Rabin y Arafat se dieron un apretón de manos, más franco que el de Washington, ocho meses antes, ambos pudieron apreciar que los avances experimentados en menos de un año habían dado mejores frutos que medio siglo de lucha.

La mejor prueba de ello es que el 2 de julio de 1994, Yasser Arafat

regresó a Palestina y no lo hizo clandestinamente, como en 1977, para combatir a los judíos, sino como presidente de la Autonomía Nacional Palestina y rodeado de un formidable dispositivo de seguridad en el que participaron unos 10 000 policías y no menos de 15 000 reservistas. Yasser Arafat, hasta poco antes enemigo número uno de Israel, se había convertido en un insustituible aliado para conseguir la paz. A mediados de julio, Arafat regresó definitivamente a Gaza para quedarse y ya con la protección exclusiva de 9000 policías palestinos.

Las buenas noticias continuaron aquel verano con el acuerdo jordano-israelí, alcanzado el 26 de julio por el rey Hussein y el primer ministro Yithzak Rabin, entre sonrisas, apretones de manos y hasta palmaditas en los hombros[196]. El escenario, con menos expectación que en septiembre del año anterior, era el mismo que vio la firma israelo-palestina: el jardín de rosas de la Casa Blanca, un lugar que se estaba convirtiendo en el símbolo de la paz para Próximo Oriente. Con sus cientos de horas de negociación, con sus continuos desplazamientos, con sus saludos, con sus sonrisas y comunicados conjuntos, Arafat, Rabin y Peres llevaban un año en primera línea de la escena internacional y sus nombres comenzaron a ser sinónimos de negociación y de paz; así lo entendió la Academia Sueca que el viernes, 14 de octubre, acordó concederles el Premio Nobel de la Paz. En España, la fundación Príncipe de Asturias fue igualmente sensible a su labor y otorgó a Rabin y a Arafat el Premio de la Concordia que recogieron el 24 de noviembre de 1994 en Oviedo.

Pero ni las brillantes ceremonias del jardín de rosas de la Casa Blanca, ni la recompensa de los Premios Nobel, ni media docena de visitas del secretario de Estado norteamericano, Warren Christopher, ni siquiera la presencia en Damasco del propio Clinton, a finales de noviembre, con ocasión de su gira por el Próximo Oriente, lograron convencer al presidente sirio, Hafed el-Assad, para que hiciera concesiones en el Golán y llegase a la paz con Israel. En el Golán, lejos ya del valor estratégico de otros tiempos, los judíos querían conservar sus 15 asentamientos agrícolas —con unos 7000 colonos—, el control de buena parte de los afluentes del Jordán y establecer una amplia zona desmilitarizada que impidiera las incursiones de los guerrilleros. Damasco, por su lado, se negaba a todo tipo de concesiones que entrañaran la más mínima pérdida de soberanía sobre su territorio y, para obligar a Israel a la retirada, mantenía en vigor cuantos argumentos estaban en sus manos: imponer a los judíos una permanente alerta en la zona y sostener la financiación de las organizaciones *fedayines* contrarias a la política de Yasser Arafat: FPLP (Habache), FDLP (Hawatmeh), FDLP-CG (Jibril), Al Saika (Issam

Kadi/Jibril), que seguían operando esporádicamente contra Israel y que incitaban los actos terroristas de sus seguidores en los Territorios Ocupados.

Ese terrorismo, más el de los integristas musulmanes, y ambos unidos al de los fanáticos de Israel, hacía del proceso de paz una vía dolorosa y deslucía los homenajes internacionales que recibían sus artífices, quienes el 10 de diciembre de 1994 se encontraban en Oslo para recibir el Premio Nobel de la Paz. Allí, los tres entonaron himnos a la concordia: Arafat prometió una democracia multipartidista en la zona situada bajo su soberanía y no perdió la ocasión de plantear sus siguientes demandas en la mesa de las negociaciones; Rabin, que torció el gesto ante el oportunista alegato del palestino, prefirió un tono épico: «Como general he enviado a muchos hombres a la muerte (…) Para proteger la vida humana existe una solución drástica y no son ni los tanques ni los aviones. La única solución definitiva es la paz». Peres estuvo en plan visionario lírico y positivo: «En cuanto al Oriente Próximo, nuestro papel consiste en contribuir al resurgimiento continuo de la zona. Será un Próximo Oriente sin guerras, sin frentes, sin enemigos (…) Un Próximo Oriente en el que la gente, las mercancías y los servicios puedan circular libremente (…) Un Próximo Oriente en el que cada creyente sea libre de orar en su propia lengua, árabe o hebreo, latín o cualquier otra lengua que desee (…) en el que cada joven, hombre o mujer, pueda alcanzar la educación universitaria…».

Todos aquellos buenos deseos, estimulados por la brillante ceremonia de la entrega de los Nobel, unían a unos protagonistas que hasta fechas bien recientes habían sido rivales políticos por un lado y fieros enemigos, por otro. Allí volvió a haber saludos, apretones de manos, incluso sonrisas. Tantas apariciones juntos en el último año y medio les habían convertido en actores con muchas tablas, pero la procesión iba por dentro: nada había sido fácil hasta entonces; nada sería sencillo en el futuro.

Por aquellos días, la organización israelí proderechos humanos *B'Tselen* publicaba una estadística aterradora de los efectos del terrorismo y la violencia desde la firma de los acuerdos de Washington: 278 muertos (187 palestinos, 91 judíos). Ese empecinado terrorismo tendría una de sus orgías macabras el 23 de enero de 1995: un atentado de los extremistas islámicos causaba la muerte a 19 militares y un civil israelíes. La derecha judía clamaba por la construcción de una alambrada que separase a los palestinos, mientras el Gobierno paralizaba las negociaciones y Rabin exigía airadamente a Arafat que hallase y castigara a los culpables. Una vez más, los

violentos arbitraban la marcha hacia la paz: la presencia militar se incrementó en las zonas ocupadas, imposibilitando las elecciones e inmovilizando el proceso en ese punto; la desesperación aumentó entre los palestinos cuando más de 50 000 trabajadores no pudieron acudir a sus empleos en Israel durante muchos días, perdiendo millones de horas de trabajo y los correspondientes salarios.

La mediación del presidente Mubarak y del rey Hussein logró, en febrero, poner nuevamente en marcha las negociaciones con la espectacular cumbre de El Cairo, que reunió a ambos jefes de Estado con Arafat, Rabin y Peres. Fue una negociación amistosa y llena de buena voluntad por parte de todos. Rabin y Peres comenzaban a dejar atrás los viejos odios y a mostrarse un cierto aprecio; Arafat logró convencer a los israelíes de sus sinceros deseos de terminar con la violencia y del serio trabajo de la policía palestina por controlar a los terroristas, algo que ellos ya sabían por sus servicios secretos. El cambio experimentado por Rabin fue tan extraordinario que, en verano, tras otro atentado terrorista, sorprendió a todos declarando que no pasaba nada, que había que tener paciencia y permitir que *nuestro socio se haga con las riendas de la seguridad y controle a los terroristas*.

El 11 de agosto de 1995, a las 2,30 horas, Peres y Arafat pasaban en Taba una nueva página de la negociación. Astutamente ofrecieron su comunicado tan a deshora para impresionar a los periodistas y, sobre todo, para transmitir a sus respectivos pueblos la fatiga, dureza y tensión que costaba cualquier progreso… aun cuando éste era mínimo: un plan escalonado de retirada de las IDF, correspondido por el control de la policía y la administración palestinas de los territorios evacuados por los soldados israelíes. Pese a lo ínfimo de la concesión, en Israel se levantó una gran polvareda. La ultraderecha religiosa, aunque se mantuvieran los asentamientos existentes y aunque sus propios soldados velasen por su seguridad, era consciente de que se había llegado al punto final, de que ya no habría nuevas colonias, ni más colonos; algunos trataban, incluso, de soliviantar los ánimos asegurando que estaba próximo el momento en que dos millones y medio de palestinos caerían como una plaga bíblica sobre Judea y Samaria.

Rabin se había limitado hasta entonces a aparecer en las fotografías de los acuerdos y negociaciones, evitando emitir públicamente su opinión sobre el proceso, pero aquel verano de 1995 decidió salir a la palestra y a la derecha que aún soñaba con el Reino de Salomón le dijo: «Ya podéis olvidaros del Gran Israel»; al tiempo, para que los árabes no se hicieran vanas ilusiones, les aclaró su postura: «Israel no aceptará la

venida de dos millones y medio de palestinos». Cada vez más consciente de que su postura negociadora era la única posible, Rabin planificó en aquel mes de agosto las maniobras políticas necesarias para la aprobación de los acuerdos y soslayar una situación como la que le llevó a la crisis de 1976. Para los aliados más tibios, las cosas quedaron claras desde el principio, cuando el primer ministro, al observar ciertos titubeos, dijo: «Quien no esté de acuerdo y no nos apoye será expulsado del Gobierno de manera fulminante». Hubo unos segundos de embarazoso silencio y, a continuación, todos los ministros le aseguraron que podía contar con su apoyo personal y el de su partido.

Pese a todo, las negociaciones continuaron a ritmo desesperantemente lento y, en septiembre de 1995, ya acumulaban 14 meses de retraso sobre las previsiones. A mediados de mes, Peres y Arafat se pusieron al frente de sus delegaciones, dispuestos a sacarlas del atolladero y a llevar los Territorios Ocupados a unas elecciones. Peres se disculpaba de tanta lentitud: *¡Qué quieren ustedes! Esto es muy difícil: ¡estamos haciendo huevos a partir de una tortilla!* El 24 de septiembre comenzaba *Tishri*, séptimo mes del calendario israelí, que abre el año nuevo y el periodo festivo que culmina en el *Yom Kippur o Fiesta de la Expiación*. Para que la celebración fuese completa, aquel 24 de septiembre se cerró la segunda fase del acuerdo palestino-israelí, a la que se había llegado tras nueve días de negociaciones ininterrumpidas. Lo que convinieron Arafat y Peres provisionalmente, a la espera de las rúbricas solemnes en Washington, el día 28, era algo bien modesto:

—Retirada israelí de Cisjordania en tres fases, culminando 18 meses después, es decir, en marzo de 1997 (este punto reglamentaba lo pactado en Taba el mes anterior). En ese repliegue, los soldados israelíes abandonarían 450 poblaciones; entre las importantes, las primeras serían Gaza y Jericó, luego Jenin, Tulkarem, Nablús, Kalkilya, Belén, Ramala y Hebrón. Dicen que cuando Arafat contempló el mapa de las ciudades que en los siguientes meses constituirían el territorio de su gobernación, todas ellas rodeadas de asentamientos israelíes y de espacios y vías de comunicación controlados por los judíos, exclamó: *¡Dios mío, esto es Bosnia!*

—Libertad para los prisioneros palestinos en las cárceles israelíes: primero, unos 1500, entre los que estarían las mujeres, los enfermos y los mayores de 50 años. El resto —salvo los convictos de delitos de sangre— recuperarían la libertad en tres fases, a lo largo de un año.

—Las elecciones palestinas se celebrarían en el plazo de seis meses, permitiéndose el voto a los palestinos de Jerusalén, aunque fuera de la ciudad, pues los judíos la consideran su capital.

—Israel garantizaría la seguridad de sus asentamientos agrícolas en los Territorios Ocupados y mantendría el control de las carreteras.

La montaña estaba preñada, tuvo terribles convulsiones y parió un ratón, se burlaron los enemigos y los escépticos. Los partidarios, sobre todo la inmensa mayoría de los palestinos de los Territorios Ocupados, pensaron que era un milagro, algo que parecía un sueño sólo dos años antes. La comunidad internacional también lo entendió así y, el 28 de septiembre de 1995, Yithzak Rabin y Yasser Arafat se dieron cita en el Salón Este de la Casa Blanca para firmar esa parte del acuerdo. En la ceremonia estuvieron presentes el presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, su patrocinador, el presidente egipcio, Hosni Mubarak, el rey Hussein de Jordania y el jefe del Gobierno español, Felipe González, en representación de la Unión Europea, cuya presidencia ostentaba a la sazón. Esta vez nadie tuvo que empujar a Rabin y a Arafat para que se estrecharan la mano y, cuando lo hicieron, ambos sonreían. Luego, durante las intervenciones de los diversos oradores, estuvieron sentados uno al lado del otro y se les vio cuchicheando en diversos momentos. El camino de la paz parecía expedito.

Todavía era más estimulante la llegada a Palestina de hombres de negocios, inversionistas, capitales… La economía israelí vivía días de euforia y los palestinos estaban henchidos de esperanza.

La hora de los fanáticos

«El integrismo es nuestro único enemigo», declaró Rabin a la redactora de *El País*, Georgina Higueras, en noviembre de 1994. Ésa era una vieja constatación del primer ministro israelí. Había padecido su intransigencia en su anterior jefatura de Gobierno, había sufrido en sus épocas de ministro de Defensa tanto el fanatismo de algunos partidos religiosos, como su hipócrita egoísmo, que le hacía pedir para sus seguidores exenciones del duro y largo servicio militar del *Tzahal*, con el pretexto de que las vocaciones se terminarían si los jóvenes estudiantes de religión pasaban tres años en campamentos y cuarteles[197]. Ahora le irritaban no sólo por su oposición al proceso de paz, por sus llamadas a la desobediencia civil y a la sedición de los soldados, por sus calumnias, por sus amenazas[198] por propagar falsos rumores, por fastidiar a los israelíes poco religiosos, por insultar y vejar a las mujeres que llevaban minifalda o pantalones, por apedrear a los automóviles que circulaban en sábado y, en fin, por haberse convertido en los máximos perturbadores del orden público en Israel y en los enemigos más peligrosos de la paz.

El integrismo —el de los dos bandos— se agitaba furiosamente aquel mes de octubre de 1995 para cerrar el paso a la reconciliación. Los judíos promovían manifestaciones, altercados y disturbios y cubrían de pintadas las calles de pueblos y ciudades clamando contra la paz, contra los traidores que abandonaban las tierras que Jehová había entregado al patriarca Abraham, llegando en sus acciones a oponerse a la marcha de los soldados cuando comenzaron las evacuaciones y a tirotear a los civiles palestinos. No eran mejores los energúmenos de Yihad Islámica o de Hamas, que trataba de evitar, bajo todo tipo de

amenazas, que los palestinos prisioneros en las cárceles israelíes aceptasen la libertad que se les estaba concediendo gradualmente[199].
Noviembre había comenzado con los peores augurios. El asesinato en Malta del jefe de la Yihad Islámica, Fathi Shikaki, por los servicios secretos israelíes, hacía clamar venganza a los musulmanes radicales del Próximo Oriente. El día 2 habían estallado sendos coches-bomba en las colonias judías de la Franja de Gaza, dejando un saldo de dos terroristas palestinos muertos y once colonos judíos heridos. La policía israelí bloqueó por enésima vez en 1995 los accesos a Gaza y, en esta ocasión, la policía palestina replicó aislando algunos asentamientos agrícolas judíos en los Territorios Ocupados.
Yithzak Rabin, el primer ministro israelí, recibió estas informaciones en su despacho de la sede del Gobierno, en Tel Aviv el jueves dos de noviembre, y no pudo reprimir un instante de cólera pese a su habitual sangre fría: el atentado no sólo caldearía más los encrespados ánimos de la derecha judía, sino también el desafío de la policía palestina aportaría munición política a sus opositores en la *Knesset* y sembraría de dudas a sus propias Fuerzas Armadas. Inmediatamente transmitió su protesta a Yasser Arafat, pidiéndole que hiciera esfuerzos más eficaces para controlar a los extremistas palestinos y amenazándole con interrumpir la evacuación de Jenin si su policía incomunicaba otro establecimiento judío.
Entre los países árabes, destacaba la reacción histérica de Libia, que ordenó la expulsión de más de 20 000 trabajadores palestinos de su territorio en represalia por la firma de la paz. No había sido menos escandalosa la grosería del alcalde de Nueva York, Giuliani, que durante las celebraciones del 50.º aniversario de la ONU hizo expulsar del *Lincoln Center* a la delegación palestina, con el pretexto de que no había sido invitada al concierto organizado para la ocasión.
Rabin se quedó un momento ensimismado en sus problemas. Él era un hombre de planteamientos sencillos y directos, un técnico agrícola, un militar sobre todo y, pese a su famosa mente analítica, no lograba comprender algunos recovecos de la mente humana. Era absurda la postura de los integristas palestinos de la Yihad Islámica o de Hamas tratando de torpedear el proceso de paz; no se daban cuenta de que nunca nadie les daría más. Su fanatismo les llevaba a pensar que por la fuerza o por la religión conseguirían lo que les negaron las guerras del pasado. ¡Ilusos! Una victoria de la derecha israelí en la primavera de 1996 podría remitir la situación de los Territorios Ocupados a los tiempos más duros del Gobierno de derechas de Menahem Begin o de Yitzhak Shamir. Recordó, también, a los líderes izquierdistas tradicionales de la resistencia palestina, que apoyaban ese terrorismo

en los Territorios Ocupados y en Israel… Viejos enemigos que perdieron la batalla del liderazgo palestino y que dejaron escapar el tren de la paz con Israel. En ese momento contaban como única posibilidad política personal con la paralización del proceso de paz o, lo que era igual, con el fracaso de Yasser Arafat.

Pero más que la oposición palestina, que su terrorismo —al que había combatido durante más de medio siglo—, que su propaganda, que sus insaciables demandas, le irritaba la oposición interior. ¿Cómo era posible que pintadas callejeras le representaran con uniforme de las SS o tocado con una *kufiyya* palestina y un revólver en la mano, sobre inscripciones que decían «Rabin, traidor, asesino»? ¿Cómo imaginarse que, ante su propia casa, se hubieran atrevido a escribir «Rabin y Lea, moriréis como Mussolini y su puta»? Resultaba absurdo que eso se lo pudieran estar reprochando gentes recién llegadas a Israel y mozalbetes cuyo mayor mérito era recibir becas estatales para ir a la universidad. ¿Cómo alguien podía llamarle vendepatrias a él, uno de los forjadores del Estado de Israel, a cuya fundación y seguridad había dedicado toda su vida?

El colmo de los agravios era que el Schabák, el servicio de seguridad israelí, le hubiera tenido que advertir varias veces para que guardase todo tipo de precauciones, pues había fundadas sospechas de que grupos extremistas de la ultraderecha religiosa conspiraban contra su vida, justificando el magnicidio con el argumento de que es lícito arrebatar la vida a quien entrega a los gentiles la Tierra Prometida… ¿Es que aquellos miserables se habían olvidado de que esa Tierra Prometida se la debían a un pequeño grupo de luchadores entre los que él tenía un papel protagonista como vencedor en tres guerras durante 27 años de permanencia en el ejército? «Ésos ni saben ni quieren enterarse; no son más que unos charlatanes que siembran el terror. No me importan un carajo». Cierto que aquellos alborotadores que le insultaban, que habían llegado a escupirle, que conspiraban para asesinarle, eran una despreciable minoría, pero en la *Knesset*, los parlamentarios del Likud, políticos supuestamente responsables, se oponían obstinadamente a las negociaciones con los palestinos asegurando que «estamos vendiendo el país a los árabes» o que «Israel no existirá después de este acuerdo de paz».

Rabin recordó su llegada a la escuela agrícola de Kadúri, cuando sólo tenía quince años, y los sueños que en aquellos años de aprendizaje se había forjado de organizar un kibbutz en Galilea. Podía entender la desesperada oposición de los campesinos a abandonar los asentamientos de los Territorios Ocupados: habían llegado a la tierra de sus antepasados, a la tierra que manaba leche y miel llenos de

esperanzas y se encontraron viviendo en emplazamientos provisionales, aprendiendo un idioma desconocido y cuando, finalmente, habían levantado una casa digna y conseguido sacar fruto de unas tierras, les decían «tenéis que iros, pues este territorio se lo arrebatamos a los palestinos en 1967 y ahora se lo vamos a devolver para poder vivir en paz con ellos». Rabin, hijo de pioneros, formado en una escuela agrícola, combatiente de primera hora por conservar y ensanchar aquellas tierras, se conmovió al pensar en ellos, en su desesperación al abandonar los asentamientos que habían supuesto definitivos…, pero no había más remedio, sólo así se podría vivir en paz, sólo así Israel alcanzaría su mayoría de edad y dejaría de ser un país en permanente estado de sitio, dependiente de subvenciones de las comunidades judías en el extranjero para hacer frente a unos gastos militares exorbitantes para su presupuesto nacional.

En el fondo, quizá, lo que más le preocupaba y dolía era la falta de apoyo expreso de sus partidarios. Decían las encuestas que eran mayoría los que comprendían y deseaban aquellos acuerdos con los palestinos, pero no se les veía por ningún sitio: no hablaban en la prensa, ni en la televisión, ni organizaban manifestaciones pidiendo paz por territorios, ni se les veía en la calle contrarrestando a los que los maldecían… ¡Menos mal que, aunque tarde, los partidarios del sentido común habían despertado! Una tímida sonrisa iluminó levemente el rostro de Rabin al recordar que dos días después, al atardecer del sábado 4 de noviembre, se celebraría una manifestación en la plaza de Maljéi Israel (los Reyes de Israel) en apoyo de su política negociadora; se esperaba la asistencia de más de cien mil personas… ¡Claro, que para juntar a los partidarios de la paz había sido necesario que el laborismo tomara la iniciativa, secundado por las diversas organizaciones pacifistas! Según le comunicaban de la secretaría del partido, se contaba con la presencia de más de cincuenta mil socialistas que llegarían desde todos los puntos del país. Además, asistirían las principales figuras del Gobierno, encabezadas por las dos más representativas: él mismo, como primer ministro, y el ministro de Asuntos Exteriores, alma del proceso de paz, Simon Peres. El momento quizá no era el mejor: a causa de la resaca provocada por el asesinato del líder integrista Shikaki que tenía a Israel bajo la máxima alerta para prevenir choques entre palestinos y judíos y, al tiempo, para evitar atentados.

Las razones del verdugo

En un piso de Herzliya, suburbio de la capital israelí, medita ante su mesa de trabajo Yigal Amir, de 27 años de edad, estudiante de derecho e informática en la Universidad ortodoxa de Bar-Ilán y asiduo

asistente a las clases talmúdicas para adultos en la *yeshiva* (escuela religiosa) de su barrio. Es un tipo menudo, de rostro anguloso sombreado por una cerrada barba. Tiene el pelo muy negro, ensortijado sobre una amplia frente. Quienes le conocen saben que es muy inteligente, fanático y de tendencias violentas. Sobre su mesa no hay libros de derecho, ni tratados religiosos, sino una pistola *Beretta* de 9 mm corto; junto a ella, un paquete con 20 balas, que su hermano Hagai, dos años menor, le ha preparado, cortando en cruz la punta del proyectil… Balas *dum-dum*, propias de mafiosos y de asesinos profesionales, balas preparadas artesanalmente para matar a corta distancia: el proyectil penetra en el cuerpo y se abre, trazando trayectorias caprichosas y desparramando entre los miembros desgarrados el plomo fundido que escapa por el corte practicado. Su impacto en las vísceras produce una herida casi siempre mortal.

Yigal Amir ya tiene elegido su blanco desde hace meses: Yithzak Rabin. Más aún, en nueve ocasiones ha tratado en vano de acercarse y disparar contra el traidor que pretende ceder la tierra de Dios a los árabes. Por ello tiene que morir. Es un deber sagrado. Cierto que uno de los mandamientos de la ley mosaica dice «no matarás», pero hay imperativos más urgentes que el de respetar una vida humana. Rabin está poniendo en peligro la existencia de Israel y, en un caso así, la tradición exige matarle. Yigal Amir limpia cuidadosamente la pistola, persiguiendo con la bayeta la más mínima brizna de polvo y engrasando cada uno de los mecanismos. La monta y comprueba una y otra vez el funcionamiento de la corredera y la precisión del percutor. Él sabe de armas: prestó su servicio militar en la brigada Golani, donde todo el mundo le reconoció el perfecto cuidado de su equipo de combate, la limpieza y buen funcionamiento de su fusil de asalto y su buena puntería en el campo de entrenamiento.

Yigal Amir repasa una vez más su plan. Lo hará solo. Cierto que ha hablado de la eliminación de Rabin con su hermano Hagai, con su camarada Arik Shwartz —suboficial en una unidad de elite de la brigada Golani, en la que coincidieron ambos, que se las ha arreglado para suministrarle las armas y explosivos que guarda en el piso—, con sus compañeros Yitzhak Newman y Michael Epstein —de la Universidad Bar-Ilán, estudiantes de informática—, con Avishai Raviv —líder de EYAL (Organización Combatiente Judía) y compañero en Bar-Ilán—, con sus amigos de Tel Aviv, Ohad Skornik y Dror Adani —que le acompaña, a veces, a las clases talmúdicas—, pero una cosa es hablar, trazar planes fantásticos, y otra cosa muy diferente es coger una pistola y acercarse al primer ministro para pegarle cuatro tiros. Seguro que alguno de ellos podría rajarse en el último minuto, seguro

que alguno se iría de la lengua y el Schabák les caería encima antes de hacer nada. La organización podría conseguirle una cobertura, quizá facilitarle un plan de escape, pero entrañaba demasiados riesgos. Lo haría sólo aunque eso supusiera su detención inmediata, quizá su muerte a manos de los guardaespaldas del primer ministro. Seguro que la ejecución de Rabin no terminará con el proceso de paz, pero constituirá una llamada, una señal de alerta para todo el país. Por otro lado, es imposible detener el proceso de paz, porque no existe tal cosa; sólo hay un proceso de guerra. Hay que sacudir el país para que reaccione: nadie se da cuenta de que se está creando un Estado palestino. La nación no es consciente de que en la elección del primer ministro ha intervenido un veinte por ciento de árabes… ¿Qué haremos cuando haya aquí dos millones de árabes? ¿Daremos el Estado a los árabes?… Eso es como la manifestación de pasado mañana, en la que la mitad de los participantes serán árabes, y que servirá al dictador Rabin para afirmar su candidatura electoral de la próxima primavera, Pero si Dios mantiene firme mi pulso, si favorece mis intenciones, no habrá futuro para ese traidor, que el sábado —el muy descreído no mantiene la observancia sabática— no saldrá vivo de la plaza de los Reyes de Israel. No habrá perdón para él. Los rabinos más estrictos y observantes de la ley le han calificado de *rodef*, de cómplice de los perseguidores de Israel, y de *moser*, delator que entrega a sus hermanos a los gentiles; algunos incluso hablan del primer ministro como del peor enemigo del pueblo judío.

Yigal Amir esboza una sonrisa maliciosa cuando recuerda que un grupo de rabinos de los asentamientos israelíes evacuados en Cisjordania se ha atrevido a lanzar contra Rabin la vieja maldición reservada por el judaísmo contra los enemigos de la fe, la legendaria *Pulsa Nura* —azotes de la luz— que no figura en ningún libro sagrado y que ha sido conservada por la tradición milenaria del pueblo judío para invocarla contra sus perseguidores más encarnizados. En los círculos religiosos, donde los rabinos más estrictos la consideran mera fórmula de hechicería, se dice que es la peor maldición que puede arrojarse contra un hombre en este mundo. Yigal Amir no está muy convencido de ello. Termina de montar la pistola, introduce el cargador y empuña firmemente el arma, pensando que a tres o cuatro metros de distancia no hay mejor *Pulsa Nura* que una Beretta de 9 mm cargada con balas *dum-dum*.

La ceguera del Schabák

La manifestación de la plaza de los Reyes de Israel, convocada para el sábado 4 de noviembre, era la preocupación prioritaria a aquellas horas de los Servicios de Seguridad Israelíes, el famoso Schabák. Los

organizadores preveían la asistencia de unas cien mil personas, árabes en gran parte, y estaba anunciada la presencia en la tribuna de oradores y autoridades de toda la cúpula directiva del Mapai, el partido gobernante, con sus dos grandes personalidades al frente: Yithzak Rabin, primer ministro, y Simon Peres, ministro de Asuntos Exteriores, además de los jefes de los partidos pacifistas, sindicatos laboristas, dignatarios municipales, etcétera. Para aumentar la resonancia y el brillo de la fiesta —y la confusión, según criterios policiales— actuarían cantantes de moda, como Aviv Guefen, ídolo de las quinceañeras y rey del disco en Israel, o la rubia Miri Aloni, que encandilaba a la juventud masculina.

Los agentes del Schabák han bautizado como «Temprano amanecer» la operación de seguridad en la plaza de los Reyes de Israel, en la que adoptan importantes precauciones respecto a los árabes. Sobre la mesa de trabajo flotan las amenazas de los seguidores y simpatizantes de Fathi Shikaki, el líder de la Yihad asesinado en Malta, cuya suicida resolución se había manifestado pocas horas antes en Gaza. Allí se enumeran y chequean las prioridades policiales para la tarde-noche del sábado: control de los asistentes por medio de un anillo formado por 780 policías uniformados; petición aleatoria de documentaciones, sobre todo a los individuos de aspecto árabe; infiltración de varios cientos de agentes de paisano entre los diferentes grupos, con orden de registrar a todos los sospechosos; situación de observadores y de tiradores escogidos en los tejados; identificación de propietarios y ocupantes de todos los pisos que dan sobre la plaza, con especial atención a su origen e ideas si son árabes; retirada de los automóviles en la plaza y calles adyacentes; control de vehículos en el aparcamiento y especiales medidas de seguridad en la circulación por los alrededores y en el itinerario desde la sede del Gobierno hasta el aparcamiento subterráneo del Ayuntamiento, donde se estacionarán los coches de las autoridades.

El Schabák no podía negar su origen: fue creado para controlar el terrorismo árabe y el espionaje dentro de Israel y a eso seguía dedicándose preferentemente. Y en esta ocasión con mayor motivo por las amenazas y atentados de la Yihad Islámica. Sin embargo, había también un departamento de asuntos no árabes, potenciado a partir de los años ochenta y, sobre todo, durante el mandato de Rabin. El terrorismo palestino contra las colonias agrícolas, primero, y la *intifada* —el levantamiento de los palestinos de los Territorios Ocupados— después, hicieron que los Gobiernos del derechista partido Likud armasen hasta los dientes a los campesinos judíos de esos asentamientos, que recibieron, además, instrucción militar de

lucha de comandos y formaron grupos especiales dentro de las fuerzas de la reserva del ejército.
Allí se integraron o allí se desarrollaron las células más conservadoras de la sociedad israelí, forjadas en la conciencia del peligro palestino y de la precariedad de su situación. Allí se les fueron uniendo los rabinos más conservadores, gentes de frontera imbuidas de la idea del Gran Israel. Para estos ortodoxos de la letra del Antiguo Testamento, cualquier retroceso territorial resultaba un atentado contra el destino trazado por Dios para el pueblo judío. Se unían así los intereses religiosos del rabinato con los económico-personales de los colonos y con los políticos del Likud. Eso explica la libertad de acción que tuvieron esos colonos armados, la impunidad de sus atropellos contra sus vecinos árabes y el escaso interés que sentía por ellos el Schabák, pese a que era consciente de su peligrosidad desde hacía más de diez años.
Aquella tarde del jueves 2 de noviembre, en la reunión para estudiar los detalles de «Temprano amanecer», se menospreció el riesgo que entrañaba el ultraderechismo israelí, porque, después de todo, en 47 años largos de existencia del Estado de Israel, ningún judío había atentado contra la vida de uno de sus líderes políticos. Sin embargo, en uno de sus archivos reposaba una denuncia formulada el 15 de mayo anterior por un soldado de la reserva, que hubiera debido preocuparles de no haberse producido un fallo sólo explicable por la autocomplacencia de los agentes judíos en su sistema de seguridad y por la confianza que les inspiraban los individuos de su propio pueblo.
El día del 47.º aniversario del nacimiento de Israel, Scholomi Haleví, de 25 años de edad, estudiante de derecho en la Universidad de Bar-Ilán, aprovechaba la fiesta para visitar a su antiguo jefe en el ejército, a la sazón responsable de la Inteligencia Militar de la zona Central, a la que pertenece Tel Aviv. En el curso de la conversación, Haleví le contó que unos días antes, pasada ya la media noche, mientras se encontraba en los lavabos de la estación central de autobuses de la capital, escuchó casualmente una conversación entre dos individuos, en la que se decía que un tipo de origen yemenita e ideología ultrarreligiosa tenía el proyecto de asesinar al primer ministro. El militar elaboró un informe y lo transmitió al Departamento de Inteligencia de la Policía (DIP) que, a su vez, lo remitió al Schabák. El escrito fue calificado como «fiable» y se recomendaba su seguimiento. Aquella pista, con un interrogatorio de rutina, hubiera conducido a la policía hasta Yigal Amir, pero, inexplicablemente, se archivó el expediente y no se hizo nada.

Canción de paz para un guerrero

Yithzak Rabin subió a su coche oficial, conducido por Menahem Damti, en la Presidencia del Gobierno a las 19,45 horas del sábado 4 de noviembre para llegar a la plaza de los Reyes de Israel minutos antes de las ocho de la tarde, justo antes de que se abriera el acto. La noche ya había caído sobre Tel Aviv y la circulación era cómoda. A medio trayecto sonó el teléfono móvil: el Schabák informaba que habían recibido una confidencia según la cual dos terroristas forrados de explosivos se harían saltar por los aires durante la manifestación, para llevarse por delante a unas docenas de judíos y convertir aquella fiesta por la paz en una inmensa tragedia. Rabin decidió seguir adelante, por lo que la policía empleó sus reservas para cerrar aún más los accesos a la tribuna y a los aparcamientos y para establecer un cordón policial entre el público y la tribuna de los oradores, situada en una amplia terraza del Ayuntamiento de Tel Aviv.

A esas horas eran numerosas las personalidades que acudían al acto. Sus conductores y servicios de seguridad formaban grupos en la zona del aparcamiento. Hacia allí se dirigió, también, Yigal Amir, que había llegado a la plaza en autobús. Vestía informalmente, como la mayoría de los asistentes, sonreía y bromeaba con algunos escoltas y conductores, haciéndose pasar por uno de ellos, lo que resultaba muy fácil en ese clima especial de camaradería de ciudadano-soldado que se da en gran parte de la juventud israelí. Un policía llegó a preguntarle qué hacía en aquel lugar y se sintió satisfecho cuando Yigal Amir, con gesto resignado, le indicó que tendría que esperar dos horas antes de que su jefe bajase de la tribuna y dieran por concluida la jornada. Afortunadamente para sus terribles propósitos, en la abarrotada plaza se había dado cita una multitud de más de ciento cincuenta mil personas dispuestas a vitorear alegremente a sus líderes, a escuchar sus discursos, a lanzar vivas por la paz y, sobre todo, a divertirse. La ceremonia había comenzado. La megafonía instalada por los organizadores difundía los discursos y nadie se fijaba en Yigal Amir.

Rabin es llamado a los micrófonos a las 20,20 horas. Ni tiene talento de orador ni ha pronunciado muchos discursos en su larga vida pública. Suele ser breve y habla por medio de frases cortadas, que debe terminar mentalmente quien las escucha; asunto fácil porque expresa siempre ideas sencillas y directas. “Permitidme deciros que estoy emocionado. Quiero, primero, agradecer su presencia a cada hombre y a cada mujer que se encuentre reunido en este simbólico lugar para manifestarse contra la violencia y en pro de la paz. El Gobierno, que tengo el honor de presidir junto con mi amigo Simon Peres, ha tomado la decisión de conceder una oportunidad a la paz,

algo que podrá dar solución a gran parte de los problemas de Israel. A lo largo de 27 años he sido soldado del Ejército israelí y he luchado por este pueblo cuando ni se intuía la más mínima oportunidad para la paz. Hoy, sin embargo, se da esa circunstancia y tenemos en nuestras manos una formidable oportunidad que debemos aprovechar… He hecho la guerra contra los árabes durante 27 años porque no tenía otra elección, pero hoy existe la gran oportunidad de conseguir la paz. Por ello me he comprometido en la vía de la paz y sé que esta política tiene el apoyo de la mayoría del pueblo. Continuaremos por ese camino. Siempre he pensado que la mayoría de la gente desea la paz y rechaza la violencia. La violencia está destruyendo hoy el fundamento de la democracia israelí: debemos condenarla, atacarla y aislarla porque ése no es el camino de Israel.

Tenemos una democracia que nos permite hacer cambios, pero la decisión deberá ser tomada tras unas elecciones democráticas similares a las que hubo en 1992, unas elecciones que nos entregaron la potestad para hacer lo que estamos haciendo… La paz tiene grandes enemigos que intentan arruinar nuestro trabajo y torpedear la propia paz. Eso significa problemas y lágrimas. El sendero de la paz es mejor que el camino de la guerra. Os lo dice un hombre que ha sido soldado y ministro de Defensa y que ha visto el sufrimiento de los soldados y de las familias de los caídos. Por ellos, por nuestros hijos, nueras y yernos, quiero que nuestro Gobierno aproveche todas las oportunidades que se presenten para conseguir una paz perdurable… Esta manifestación debe demostrar al pueblo israelí, a los judíos de todo el mundo, a los árabes en general y al resto de las naciones, que el pueblo israelí desea la paz, y que apoya la paz. Por eso os estoy profundamente agradecido".

Rabin se siente liberado. Ha pronunciado su discurso, del que queda bastante satisfecho. La multitud corea su nombre y se entona el himno israelí por la paz, una canción nacida paradójicamente tras la guerra de 1967, en la que Israel —por cierto, bajo la dirección de Rabin— había casi alcanzado sus máximas fronteras históricas y, por tanto, podía permitirse hablar de paz con los árabes desde una posición de fuerza. Rabin, cansado, contempla con su tímida y juvenil sonrisa a la multitud que se mueve acompasadamente con las palabras y la música de la canción. De las primeras filas parten voces, claramente perceptibles: «¡Qué cante Rabin, que cante Rabin!». El primer ministro se preocupa: ni conoce la letra, ni sabe cantar, pero alguien de su gabinete le alcanza una octavilla con el texto, que intenta tararear en voz muy baja. ¡Imposible! Renuncia a cantar, pero sigue a la multitud leyendo las estrofas:

«Por eso, cantad una canción por la paz,
no basta sólo con musitar una oración,
por eso cantad ahora esta canción por la paz
valientemente, a gritos, en voz muy alta».

El mitin por la paz fue un gran éxito. Toda la asistencia estaba emocionada, incluso el tímido y frío primer ministro, que musitaba en voz baja las letras pacificadoras de las canciones. Quienes podían verle se sorprendían de su abierta sonrisa en las postrimerías del acto y de una expresión alegre y emocionada que nadie le conocía. Más aún, seducido por la emoción del momento, Rabin acarició levemente con su cabeza, en la que ya sólo quedaban unos pocos mechones de pelo blanco, la rubia cabellera de la cantante Miri Aloni, una de las artistas que amenizaban el acto… Y en aquel minuto mágico sucedió algo que hizo estallar de alegría a los reunidos: Rabin miró a Peres, se acercó a él y le dio un abrazo efusivo y sincero, algo inaudito en el primer ministro. El asombro paralizó a Peres: era un gesto increíble en aquel viejo enemigo político, con el que se había peleado durante veinte años y que durante mucho tiempo le había estado acusando de «insaciable intrigante». Peres reaccionó rápidamente y devolvió el apretado abrazo, provocando un rugido de entusiasmo entre los manifestantes. Un reportero de la televisión se acercó a los dos protagonistas, mientras el cantante Aviv Guefen encandilaba a sus muchos seguidores:

—*¿Qué está pasando aquí? ¿Es real lo que estamos viendo?*, pregunta el periodista, y Rabin, entre feliz y azorado, responde:

—*Las circunstancias varían, los hombres cambian, pero la vida sigue…*

Peres, famoso por su socarronería, tercia, sonriente, en la conversación filmada por las cámaras:

—*¡Qué importancia tiene lo que hayáis visto! ¿Acaso estáis escribiendo una novela?*

Rabin sufre una gran emoción interna. Observa de reojo a Simon Peres que canta a su lado, otro luchador que tendrá un lugar en el panteón de los fundadores de Israel, ideológicamente próximo y, sin embargo, siempre enfrentado por cuestiones que esta noche parecen secundarias. La multitud hace olas a la luz de los reflectores. La canción sube cálida y melancólica hacia el cielo. Cientos de *flashes* buscan a Rabin, que sonríe más ampliamente, feliz. La multitud nunca le ha visto tan emocionado. «Paz… paz», gritan cien mil voces. «Paz… paz»…

Hay risas en el escenario. La multitud aplaude a Guefen, que finaliza su actuación. La ceremonia toca a su fin, pero antes de separarse y regresar cada uno a su casa, se canta el himno nacional. Son ya más

de las nueve y media y los coches oficiales toman posiciones para recoger a las personalidades. Yigal Amir, cuyas torvas intenciones incluso han aumentado en el transcurso de la concentración, se escurre entre las sombras hacia la escalera por la que deben bajar los que han estado en el escenario. Simon Peres tiene prisa y no espera a Rabin; desciende rápido los escalones, en los que hay numerosos policías y bastantes curiosos que le dan la enhorabuena. Acaba de salvar su vida: Yigal Amir quería asesinarle junto a Rabin, pero el ministro es el blanco secundario. Amir aprieta fuertemente la culata de la pistola que lleva en el bolsillo y le ve alejarse. El jaleo es fenomenal en la escalera. A las 21,40 horas comienza a bajar Rabin del brazo de su esposa, Lea; lo hace despacio, mientras sus guardaespaldas le abren camino… Alguien les para: más saludos. Rabin baja unos peldaños más y se detiene buscando a Lea que se ha separado de él y ya no sabe si va delante o detrás.

A las 21,43 horas, el primer ministro y sus guardaespaldas rebasan a Yigal Amir, que acecha en uno de los recodos de la escalera. La suerte está de parte del fanático. Nadie guarda las espaldas del primer ministro y Yigal Amir se coloca tras él, apenas a dos metros, mezclándose con los demás que bajan. Saca tranquilamente la pistola del bolsillo, quita el seguro, alarga el brazo y dispara dos veces a poco más de un metro de distancia… Todo en apenas tres segundos. Las dos balas *dum-dum* penetran en la espalda de Rabin; la primera toca su columna vertebral y esparce una rociada de plomo incandescente por sus pulmones, la segunda hace lo mismo en el estómago e intestinos. El primer ministro se desploma hacia adelante, mientras sus guardaespaldas tratan de protegerle ya inútilmente con sus cuerpos… En la fenomenal confusión de chillidos, voces y revuelo en torno al caído, el asesino grita: *¡No pasa nada! ¡Es broma! ¡Son cartuchos de fogueo!* Un policía le golpea la mano, para arrebatarle la pistola, que se dispara y el proyectil hiere a uno de los guardaespaldas en un hombro. Menahem Damti, el conductor del automóvil del presidente del Gobierno, había visto bajar a su jefe y había salido del coche para abrir la puerta a la señora Rabin. Entonces sonaron los disparos y vio caer al primer ministro. Saltó al automóvil y en escasos segundos los guardaespaldas metieron a Rabin en el asiento de atrás. Damti arrancó quemando los neumáticos hacia el hospital *Ijilov*, situado a menos de un kilómetro de la plaza. Mientras conducía a toda velocidad el Cadillac blindado, preguntó:

—*¿Está usted herido?*

—*Sí, pero no es grave, no es grave…* —respondió Yithzak Rabin con un hilo de voz, mientras perdía el conocimiento y su cabeza de

desplomaba sobre uno de los guardaespaldas.
—*¡Dios mío, las balas eran de verdad!*, murmuró Damti cuando ya llegaban al hospital.
En cuestión de segundos fue trasladado al quirófano, donde intentaron reanimarle en vano. El primer ministro, Yithzak Rabin, había muerto[200].

Luto por la paz
El día 6 de noviembre de 1995, fecha de los funerales de Rabin, fue día de luto para el mundo entero… menos para los integristas de ambos bandos. Todos sabían que las dos balas *dum-dum* disparadas por el asesino habían herido gravemente el proceso de paz. En el sur de Líbano hubo fiesta en los campamentos *fedayines* y, también, en los de Hezbolá; los países enemigos de Israel guardaron un respetuoso silencio, salvo Irán, cuya agencia oficial de noticias, *IRNA*, comentó la misma noche del asesinato: «Rabin ha pagado con su propia moneda; él había sido un ardiente defensor del terrorismo de Estado».
Más llamativa fue, empero, la desafiante alegría de los integristas de Israel. En la colonia de Kfar Tapuah, enclavada en Samaria, David Akselrod brindaba por la muerte del *traidor* y declaraba a los periodistas: «Verá amputada su mano todo aquel que la levante para erradicarnos de Samaria (…) Rabin no era un judío. En la época de los patriarcas su cadáver hubiera quedado insepulto, a merced de las aves carroñeras». Akselrod fue detenido horas después, pero su caso fue excepcional entre los que celebraron ostensiblemente el magnicidio. En Kiriat Arba, junto a Hebrón, el tocadiscos del rabino Haim Druker hacía oír a todo su barrio la *Oda a la Alegría*, de la Novena Sinfonía de Beethoven. Aunque no todos sus vecinos estaban de acuerdo con el asesinato, abundaban los que pensaban que Rabin «tuvo lo que se merecía» o calificaban el crimen de «Santificación en nombre de Dios»; incluso alguno aseguraba: «Yo hubiera sido menos dichoso si lo hubiese matado un árabe». La televisión mostró las increíbles imágenes de centenares de energúmenos judíos celebrando alegremente en Nueva York la muerte de Rabin y haciendo llamamientos para que fuesen asesinados los diputados israelíes más distinguidos en la lucha por la paz. Mientras, en Jerusalén se celebraban los solemnes funerales, a los que asistieron millón y medio de personas, según publicaron los diarios de aquellos días. En las honras fúnebres estuvieron presentes 47 jefes de Estado o de Gobierno; allí se encontraban Bill Clinton, Helmut Kohl, Jacques Chirac, Felipe González, John Major, Hosni Mubarak, el rey Hussein, el príncipe Carlos de Inglaterra, los expresidentes norteamericanos Carter y Bush, el primer ministro ruso, Chernomirdin, el secretario

general de la ONU, Butros Ghali… Entre los líderes internacionales que pudieron tomar la palabra estuvo el jefe del Gobierno español, Felipe González: «En momentos tan dolorosos para el Gobierno y el pueblo de Israel, la Unión Europea reitera su compromiso permanente con la política de la paz en la región y su enérgico rechazo a los enemigos de la paz». Bill Clinton, muy emocionado, también se comprometió con la paz y calificó a Rabin de «mártir de la paz y víctima del odio» que cayó «cuando conducía a su país hacia la *Tierra Prometida*»; Hosni Mubarak, viejo enemigo, cuyo país fue aplastado en 1967 por el genio militar del general Rabin, le saludó en su féretro como «Héroe de la paz». Simon Peres, que le sucedía al frente del Gobierno, recordó la experiencia de la concentración en la plaza de los Reyes de Israel: «El sábado por la noche cantamos juntos el canto de la paz (…) La bala que te mató no asesinará las ideas de que eras portador. La paz es irreversible, tanto para nosotros como para los árabes».

Lea Rabin, la viuda, no pudo reprimir algunos momentos de profunda rabia: «Lástima que no vinisteis antes —gritaba a sus compatriotas— cuando Yitzhak volvía de trabajar y delante de nuestra casa le gritaban "asesino" y "traidor", pero gracias por estar ahora aquí para honrar a este hombre admirable». Por último, la despedida más conmovedora, la que recogieron todos los medios de comunicación, fue la de Noa Ben Artzi, su nieta: «Me despido de ti, abuelo, porque no tengo otra alternativa (…) Desde que te mataron me despierto por la noche, en medio de terribles pesadillas y tú no estás (…) Hace un frío terrible, abuelo, estamos tristes y no hay nada que pueda llenar el vacío que has dejado».

El país, con dos días de luto oficial, está paralizado. Las banderas ondean a media asta, con crespones negros. A mediodía del 6 de noviembre se guardan dos minutos de silencio: es el momento del entierro, que se efectúa en el Monte Herzl, una de las colinas que rodean Jerusalén, bautizada con el nombre del fundador del sionismo, cuyos restos descansan en un gran mausoleo de mármol negro, que preside el cementerio. El cuerpo de Rabin reposa en un féretro, abandonando la práctica habitual entre los hebreos, de descender a la tierra envueltos en un sudario. Cuatro generales cubiertos de condecoraciones portan la caja y ante la tumba se sucede la parafernalia militar: taconazos, saludos, banderas, toque de diana… Tras los discursos, el féretro desciende a la tierra. Lea Rabin, rodeada de sus hijos y nietos, llora inconsolable. Hussein de Jordania se acerca, la abraza y la llama *hermana Lea*, al tiempo que reza por su amigo *Yitzhak*. Mientras la tierra, arrojada sobre el féretro por los generales

que lo portaban, va llenando la tumba, el secretario de Rabin comienza a leer, en una octavilla manchada de sangre, el himno de la paz; es el papel que Rabin había tenido en sus manos durante el mitin del sábado y que fue hallado en uno de sus bolsillos:

«Por eso, cantad una canción por la paz,
no basta sólo con musitar una oración,
por eso cantad ahora esta canción por la paz
valientemente, a gritos, en voz muy alta».

No muy lejos, desde su despacho en Gaza, Yasser Arafat seguía los funerales por televisión y quienes estaban junto a él comentaron que en diversos momentos del acto tuvo que secarse las lágrimas, como también le había ocurrido al rey Hussein, que apenas pudo hablar a causa de la emoción. El líder palestino condenó tajantemente «ese atroz crimen contra un gran dirigente de Israel y un artífice de la paz» y manifestó su esperanza en que el magnicidio no interrumpiera el arduo camino de la pacificación: «Espero que podamos superar esta tragedia que ha golpeado tan duramente el proceso de paz». Arafat había expresado, inicialmente, su deseo de asistir al entierro, pero le disuadieron, pues hubiera significado una provocación para los integristas israelíes. Cuando anochecía el jueves 9 de noviembre, Arafat viajó discretamente hasta Tel Aviv y se presentó en la casa de Rabin para dar el pésame a su viuda:
—«Su esposo fue un héroe de la paz, pero también mi amigo personal», le dijo el jefe de la OLP.
—«Mi marido hablaba de usted como de su compañero en la paz», respondió Lea Rabin.
El líder palestino acompañó durante noventa minutos a la familia del primer ministro asesinado. Luego, ya medianoche, regresó a Gaza por carretera. Sólo las autoridades que expidieron los permisos y los agentes de seguridad que le custodiaron estaban al corriente de la visita, la primera que Yasser Arafat hacía a Israel desde la guerra de 1948. Khaled Salem, uno de sus asesores, comentó a la prensa que había sido «la visita de un héroe a la casa de otro héroe».

Después de la emoción
En los días siguientes al magnicidio se pronunciaron decenas de hermosas frases, fruto de la emoción, que carecerían de todo valor inmediatamente después. «El aborrecible asesinato ha causado a nuestra familia y al pueblo de Israel una terrible tragedia que ha sacudido los cimientos de la educación y de los valores que inculcamos a nuestros hijos: el respeto al prójimo, el amor al país y a

los valores judíos», decía uno de los párrafos de la carta que la familia del asesino Yigal Amir publicó en los periódicos… Pocas semanas después, en la primera vista judicial del magnicidio, el juez tuvo que amenazar a la madre del asesino con expulsarla de la sala si no dejaba de hacer ostentosos gestos de aliento a su hijo y de desagrado o burla por las conclusiones fiscales.

En aquellos primeros momentos se iniciaron docenas de investigaciones contra rabinos extremistas y escuelas religiosas integristas sospechosas de incitar al magnicidio. Incluso, algunos ministros manifestaron que se tomarían medidas para impedir que emigrasen a Israel judíos de ideología integrista y propósitos violentos que vivían, fundamentalmente, en Estados Unidos, así como para requisar los fondos que alimentaban sus organizaciones… Todo ello fue olvidado en menos de seis meses.

Simon Peres, confirmado como primer ministro el 15 de noviembre, trató de mantener el programa de retiradas firmado en los acuerdos de Washington del 28 de septiembre, pero hubo de vencer enormes resistencias, perdiendo poco a poco el apoyo de sus aliados electorales. Trató de cambiar el rumbo de los acontecimientos con un éxito espectacular: la paz con Siria. Pero Hafed el-Assad, consciente de los problemas de Peres, creyó que era buen momento para conseguir una negociación plenamente satisfactoria: «Una paz total por una retirada total», mientras que Tel Aviv estaba ofreciendo un repliegue inmediato de la mitad del Golán y pedía una concesión temporal del resto de ese territorio, donde viven unos 13 000 colonos israelíes. Damasco no aceptó y todo quedó en nada, pues la necesidad del primer ministro israelí no era tanta como para incluir el suicidio político: a finales de 1995, tras haber evacuado Jericó, Jenin, Tulkarem y Nablús, el abandono del Golán hubiera supuesto la ruptura de los últimos restos de la coalición gobernante y la paralización del proceso. Por tanto, Peres siguió fiel a su política de paso a paso y el cumplimiento de los acuerdos con los palestinos era entonces lo prioritario. En Navidad, los soldados salieron de Belén y Ramala y en los últimos días de 1995 quedaban en las cárceles de Israel menos de 4000 presos palestinos. En esas operaciones, Peres había consumido las escasas fuerzas de su coalición e, incapaz de concluir la legislatura, en noviembre de 1996, convocó elecciones para el mes de mayo.

Antes habría elecciones en Cisjordania y Gaza. Al socaire de la euforia que producía el cumplimiento de los acuerdos, los palestinos de los Territorios Ocupados acudieron a las urnas el 19 de enero de 1996. Un 85% de los 1 013 235 censados participó en los comicios, venciendo el

miedo a las amenazas de los integristas que pretendían boicotear las elecciones. La alta participación demostraba, por un lado, que los extremistas de la Yihad Islámica y de Hamas no eran muchos y, sobre todo, que los deseos de independencia y paz eran infinitamente mayores que los de prolongar la lucha y el odio. Tras el escrutinio también quedó clara la situación política en los Territorios Ocupados: Yasser Arafat, con más del 85% de los votos, era el líder indiscutible de los palestinos y se convertía en el primer presidente democráticamente elegido de la Autoridad Nacional Palestina, ANP; su partido, Al Fatah, con más del 60% de los sufragios, era la única formación política con fuerza; y, finalmente, casi nadie recordaba a los partidarios de proseguir la guerra, a Habache, Hawatmeh, Jibril, etcétera, que en vano lanzaban proclamas desde Siria.

Ésos serían, en opinión de muchos, los últimos momentos optimistas para la causa de la paz. Los disturbios comenzaron primero en Israel con un motivo aparentemente pintoresco: la sublevación de los *falashas*, los negros de Israel, etíopes de religión mosaica —pretendidos descendientes de Salomón y la reina de Saba— que, en número de unos 20 000, fueron trasladados a Palestina a finales de los años setenta. Su revuelta, que causó algunos muertos, más de un centenar de heridos de consideración, docenas de detenciones y varios días de algaradas, se debía a la discriminación que estaban sufriendo en materia de educación, sanidad, vivienda, trabajo…

Apenas había apagado el Gobierno de Peres ese foco de descontento cuando comenzó una de las oleadas más violentas de atentados contra Israel. El 6 de enero, Yahiya Ayyash[201], uno de los dirigentes de la lucha armada de Hamas, acusado por Israel de ser el responsable de no menos de 70 asesinatos, fue a su vez eliminado por el *Shin Bet*, el servicio secreto israelí. Hamas prometió vengarse y lo hizo cumplidamente en la primera semana de marzo, por medio de coches-bomba o de pasajeros-bomba que tomaban el autobús y se autoinmolaban llevándose por delante a cuantos viajaban a su lado. Aquella venganza integrista se cobraba la sangre de Ayyash, pero, sobre todo, perseguía el mismo propósito de toda su estrategia desde 1993: terminar con el proceso de paz e imponerse a la OLP El terrorismo contra el transporte público[202] tendría honda repercusión popular y minaría el prestigio de Peres, restándole votos en las elecciones de mayo. Si los laboristas perdían el poder, los integristas islámicos podrían convertirse en espectadores, porque el Likud se encargaría de terminar con los acuerdos israelo-palestinos. El domingo, 3 de marzo, Simon Peres tuvo un adelanto del calvario que le esperaba: cuando acudió a uno de los barrios afectados por el

terrorismo, la masa se lanzó contra él, abucheándole, insultándole y escupiéndole.

La campaña electoral se desarrolló bajo el síndrome del terrorismo y del proceso de paz, paralizado desde hacía ya meses en el obstáculo de Hebrón, la importante ciudad que no terminaban de abandonar los soldados de Israel a causa, fundamentalmente, de la feroz oposición de unos 400 colonos israelíes que habitaban en ella, auxiliados por los de múltiples establecimientos agrícolas de sus alrededores. Benjamin Netanyahu, el nuevo jefe de filas del Likud[203], basaba su discurso electoral en el miedo a los atentados y en las pérdidas territoriales: si ganaban los laboristas se abandonaría el Golán, se perderían poco a poco los asentamientos agrícolas de Cisjordania y se terminaría por ceder la mitad de Jerusalén a los palestinos, todo eso sin que fuese garantizada la seguridad de los ciudadanos. El discurso electoral de Peres también se basaba en el miedo: si ganaba la derecha, se volvería al pasado, a la confrontación con el mundo árabe, a la tensión fronteriza, al aislamiento internacional, a los exorbitantes gastos militares y a la *intifada*. El 29 de mayo los israelíes fueron a las urnas y ganó, por ínfima ventaja, Benjamin —llamado *Bibí*— Netanyahu[204]. Gobernar iba a ser difícil para cualquiera de los dos partidos, pero la derecha lo tenía más fácil: todos los partidos religiosos y La Tercera Vía estaban dispuestos a entrar en una coalición que frenase el repliegue militar de los Territorios Ocupados y paralizase los acuerdos de paz donde se hallaban, si es que resultaba imposible dar marcha atrás.

Netanyahu juró el cargo de primer ministro en junio y designó uno de los gabinetes más reaccionarios que se recordaban en Israel. Los palestinos pronto supieron a qué atenerse, pues el primer ministro les prometió poco más o menos lo que ya habían conseguido, pero aseguró que seguirían fundándose colonias e incrementándose el número de sus habitantes (de 140 000 a 300 000 en cuatro años), que la retirada de Hebrón estaba por negociarse y que los plazos para el cumplimiento de los acuerdos deberían revisarse. La política de Netanyahu se vio favorecida por la campaña electoral de Estados Unidos: algunos sectores republicanos jaleaban la nueva línea marcada por el primer ministro israelí, mientras los demócratas guardaban silencio para no enajenarse votos.

«Ad calendas graecas»

A comienzos del otoño de 1996 las predicciones catastrofistas de Peres en su campaña electoral comenzaron a cumplirse. Netanyahu no sólo había paralizado el proceso de paz, sino que lanzaba un desafío gratuito a los palestinos abriendo el Túnel de los Asmoneos, en Jerusalén, mínima vía de comunicación que va desde la Vía Dolorosa hasta cerca del Muro de las Lamentaciones. Ese túnel del siglo I a. C., aparte de su curiosidad arqueológica, ni es útil —como aseguran los judíos partidarios—, ni pone en peligro las mezquitas de Omar y Al Aqsa —como aseguran los palestinos detractores—, Netanyahu lo abrió para reafirmar su autoridad y continuar con la judaización de Jerusalén y los palestinos se lanzaron a la calle para demostrarle que no soportarían mansamente otra afrenta.

La crisis se extendió desde finales de septiembre hasta mediados de octubre, como en los días más duros de la *intifada*, sólo que en esta ocasión los policías palestinos, procedentes en gran parte de los adiestrados guerrilleros de Al Fatah, estaban allí, se encontraban armados y no consintieron que sus ciudadanos fuesen inmolados impunemente. En los disturbios hubo más de medio centenar de muertos palestinos y 15 israelíes[205]. La situación era tan crítica que Clinton hizo un alto en su campaña electoral y convocó en Washington a Yasser Arafat y Benjamin Netanyahu y recabó los buenos oficios del rey Hussein y de Hosni Mubarak. Como el primer ministro israelí ya había anunciado que no daría marcha atrás en el asunto del Túnel de los Asmoneos, Mubarak ni se molestó en ir a Washington. La reunión fue un fracaso.

Netanyahu comenzó a sentir que se encendían numerosas luces de

alarma a la vez. La Unión Europea —primer comprador y primer suministrador de Israel— llamaba su atención, pidiéndole que reanudase las negociaciones de paz y recordándole que Jerusalén, según acuerdo de la ONU en la partición de 1947, tenía un estatuto internacional y, por tanto, Israel carecía de autorización para modificar la situación. En el Golán sonaban nuevamente las cadenas de los carros de combate y Netanyahu manifestaba que los sirios llevaban años preparando la guerra. Altos cargos militares declaraban alarmados que aquél era el camino de la guerra y no el de la paz. Peres, jefe de la oposición parlamentaria, tenía que calmar a Arafat, mientras el presidente Ezer Weizmann, figura sin poderes políticos, pero muy respetada en Israel, desaprobaba públicamente la conducta del primer ministro y se entrevistaba con Mubarak y con Hussein de Jordania.

Por otro lado, el día 5 de noviembre, Bill Clinton ganó holgadamente las elecciones y Netanyahu debió suponer que la hora de las presiones estaba a punto de iniciarse. Por eso adoptó algunas medidas para capear el temporal: ordenó la reanudación de las negociaciones de Taba e hizo una gira por Europa para explicar la situación. En Madrid, durante una rueda de prensa, se empeñó en decir a los periodistas, que le contemplaban socarronamente, que Europa no le entendía. Quince días más tarde, su Gobierno ofrecía incentivos —reducción de impuestos, alojamiento garantizado y créditos en condiciones ventajosas— a los colonos que desearan asentarse en las colonias agrícolas de los Territorios Ocupados: se ponía en marcha la operación para duplicar el número de israelíes residentes en Cisjordania, contraviniendo todo lo pactado en los años anteriores.

Esas medidas desataron la irritación de Estados Unidos, la Unión Europea y los países árabes. Tel Aviv comenzó a ver la faz de otra de las calamidades auguradas por Peres: el aislamiento internacional. La indignación subió de tono en el mundo cuando, el día 1 de enero de 1997, otro fanático, el soldado Noam Friedman, que hacía guardia en el mercado de Hebrón, caprichosamente y sin que mediara provocación, altercado o agravio personal alguno, empuñó su fusil *M.16* y comenzó a disparar contra cuantas personas se movían por los tenderetes. Afortunadamente, fue reducido en cuestión de segundos por otros soldados, pero dejó en la plaza del mercado seis heridos graves y la huella del pavor impresa en cuantos por allí deambulaban. Noam Friedman confesó que lo había hecho *para entorpecer el proceso de paz*.

Pero las traumáticas imágenes del soldado tirando al blanco sobre los transeúntes afectaron, sobre todo, a los israelíes. ¿Qué veneno habían

inoculado los fanáticos religiosos en el cerebro de aquellos jóvenes que les impulsaba a matar por la simple esperanza de entorpecer la paz? La prensa reflejaba en aquellos días no sólo la habitual división entre los israelíes, sino las opiniones mucho más drásticas de las capas más liberales: *Emigraré en cuanto pueda*, decían algunos; *Habría que dividir Israel en dos partes, una, con capital en Tel Aviv, para los que deseen la paz y las buenas relaciones con los árabes, otra, con capital en Jerusalén, para los extremistas*, decían otros[206].

Netanyahu advirtió que estaba tensando mucho la cuerda y decidió, finalmente, el 15 de enero de 1997, dar vía libre a la evacuación de Hebrón[207], que contaba con unos 120 000 habitantes, garantizándose una zona —aproximadamente un 20% de la superficie de la ciudad, donde se halla la Tumba de los Patriarcas— en la que vivían unos 450 colonos, reservando a su policía y soldados la seguridad de ese enclave; en esta negociación el Gobierno de Netanyahu logró una modificación importante a los acuerdos de 1995: el repliegue militar de los Territorios Ocupados se demoraría un año más (hasta el verano de 1998).

El avance era importante, tanto por cumplir, finalmente, esa parte del acuerdo con los palestinos como por ser el primer paso del Gobierno de Netanyahu en el camino de la paz. Una senda que, por cierto, cada vez era más difícil de transitar: el ministro de Asuntos Científicos, Benjamin Begin —hijo del primer ministro de los Acuerdos de Camp David— presentó su dimisión, alegando que no podía «participar en la entrega de partes de nuestra tierra». Colonos de Hebrón colocaron un gran cartel, bien visible desde el despacho del primer ministro: «Nos hiciste promesas. Te creímos. Nos traicionaste». Uno de los dirigentes de la comunidad judía de Hebrón declaraba: «Netanyahu será recordado como el primer dirigente de Israel que abandona a los judíos a su suerte». En el lado palestino tampoco había una satisfacción universal: unos, porque temían la reacción de los extremistas israelíes que «van a sabotear este plan provocando una matanza»; otros, como la alianza de los grupos radicales que operaban desde Damasco, condenaba el nuevo acuerdo: «La Autoridad Nacional Palestina de Arafat ha cometido un nuevo crimen contra el pueblo palestino y la nación árabe e islámica al rendirse a las condiciones de Netanyahu para la retirada de Hebrón (…) La alianza continuará su lucha y su *guerra santa* para anularlo».

Las espadas radicales quedaban en alto; los Acuerdos, a expensas de nuevos avances. El camino recorrido, si se contempla desde el punto en que se iniciaron las negociaciones, era largo, pero lo que quedaba por andar aún lo era más. Tras los Acuerdos de Hebrón, y suponiendo

que se cumpliera escrupulosamente lo hasta entonces negociado, seguían sin resolverse en los Territorios Ocupados cuatro cuestiones fundamentales para la viabilidad de la ANP:

A) El futuro de Jerusalén.

B) El desarrollo económico de la autonomía palestina[208].

C) Las comunicaciones internas entre los enclaves palestinos.

D) El control de los energúmenos de uno y otro lado.

El año que se cumplía el quincuagésimo aniversario de la partición de Palestina, árabes y judíos ensayaban, por vez primera, vivir en paz. Pero se trataba de un nuevo espejismo. Apenas había transcurrido un par de semanas desde aquellos acuerdos cuando estalló el conflicto de la construcción del barrio de Har Homá, 6500 viviendas para 25 000 israelíes, en el sector árabe de Jerusalén. Volvieron las manifestaciones, las pedradas, las protestas, las detenciones, el clamor internacional y hasta tres reuniones del Consejo de Seguridad a petición palestina… Hubo allí una general reprobación contra el Gobierno israelí, que no se plasmó en condena porque Estados Unidos interpuso su veto, alegando que *no era aquél el foro adecuado para resolver esa cuestión*[209].

Y, mientras las excavadoras preparaban el terreno para erigir el nuevo barrio judío en Jerusalén, Netanyahu derechizaba aún más su política, en busca del apoyo de los grupos más radicales, para resolver sus propios problemas con la Justicia[210]. Eso determinó que en la primavera de 1997 se paralizara por completo el proceso de paz: el Gobierno israelí aprobó la construcción de nuevos asentamientos[211] e incentivó la compra de tierras a los palestinos; la reacción no se hizo esperar y tres de los agentes que habían participado en la venta de terrenos fueron asesinados por sus propios compatriotas.

La convivencia se fue envenenando con las nuevas medidas israelíes, siempre lesivas para los palestinos: tal ocurrió, por ejemplo, con la «*Operación Espiga*», cuyo objetivo era demoler medio millar de casas palestinas en los Territorios Ocupados, con el pretexto de que *habían sido levantadas deforma ilegal*. La realidad es que se trataba de derribar tales casas bien porque constituían un estorbo en las comunicaciones planificadas por Israel, bien porque suponían una amenaza para algunos asentamientos judíos en las proximidades de Nablús, Ramala y Hebrón. Las protestas palestinas por este motivo, por la paralización del proceso de paz, por el desafío de los ultras en sus enclaves, estalló a finales de la primavera, siendo especialmente violentas en Hebrón, donde se reeditaron los disturbios de los peores días de la *intifada*. Se suponía —probablemente, con razón— que tanto los asesinatos de los agentes de tierras palestinos como los disturbios de Hebrón, que

habían costado dos centenares de heridos en la segunda mitad de junio de 1997, estaban siendo manejados por la ANP, tratando de presionar al Gobierno de Netanyahu para que volviera a la senda negociadora. Las espadas estaban en alto.

Por aquellos días, Simon Peres dejaba la jefatura del laborismo. Le sucedía Ehud Barak, un general de 55 años, que había abandonado el Ejército en 1995, tras haber culminado su carrera militar como jefe del Estado Mayor. Barak, el militar más condecorado de la historia de Israel, se presentaba como el continuador de la política de Yithzak Rabin y tenía el respaldo moral de Peres que, a sus 74 años, decidía abandonar la política activa para dedicarse a luchar por la causa de la paz. El 23 de junio de 1997 recibía el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Alcalá de Henares *por sus esfuerzos en lograr una solución pacífica al conflicto árabe-israelí*. El nuevo doctor pidió desde el paraninfo alcalaíno *más inversión en educación y menos en armas*. Ese día, los medios de comunicación publicaban que en Hebrón había habido veinte heridos palestinos por bala de goma con núcleo de acero.

Wye Plantation: viejos compromisos

Durante más de un año, desde la firma del Protocolo de Hebrón, no se registró avance alguno perceptible en el proceso de paz. Las numerosas visitas de mediadores internacionales eran tan infructuosas como, a veces, irritantes. Los israelíes seguían estableciendo colonias y ocupando nuevas zonas de Jerusalén; en represalia, continuaba actuando el terrorismo palestino, ahora con su terrible modalidad del fanático suicida; Israel recriminaba a Arafat que no controlara el terrorismo; la ANP reprochaba a Netanyahu el incumplimiento de los acuerdos de Hebrón, pues la devolución de territorios había quedado totalmente paralizada.

La cuestión de Jerusalén fue, probablemente, el asunto más espinoso de aquellos meses. Las expropiaciones, la compra de casas y, sobre todo, la construcción de Har Homá, fueron motivo continuo de incidentes, incluso internacionales. En marzo de 1998, en el curso de una visita a Tel Aviv del ministro británico de exteriores, Robín Cook, se habló del asunto y, ante el rechazo del británico, Netanyahu exclamó irritado: «Aquí hay líneas rojas que nadie puede franquear y poner en duda nuestra soberanía sobre Jerusalén es una de ellas». Cook no se amilanó ante la vehemencia del primer ministro israelí y le replicó: «Aquí habrá dos capitales y usted no tiene derecho a construir en Jerusalén Oriental. Har Homá es una colonia». Aquello le produjo tal indignación a Netanyahu que suspendió la cena a la que había invitado al ministro británico.

El enfado entre Tel Aviv y Londres fue momentáneo. El 4 de mayo se reunió en Londres una cumbre entre israelíes y palestinos con la secretaria de Estado norteamericana, Madeleine Albright, ejerciendo como mediadora. Tal como habían predicho los peores augurios, en dos días de trabajo no se avanzó nada, porque los palestinos no estaban dispuestos a hacer nuevas concesiones e Israel rechazaba devolver más allá de un 9% del territorio[212]. Sirvió, sin embargo, para que el presidente Clinton citara en Estados Unidos a Benjamin Netanyahu y a Yasser Arafat, en busca de un resquicio que permitiese la negociación. La cumbre tuvo lugar en la estancia de Wye Plantation o Wye River (Maryland) el 15 de octubre de 1998 y se prolongó hasta el día 23, en medio de agotadoras discusiones.

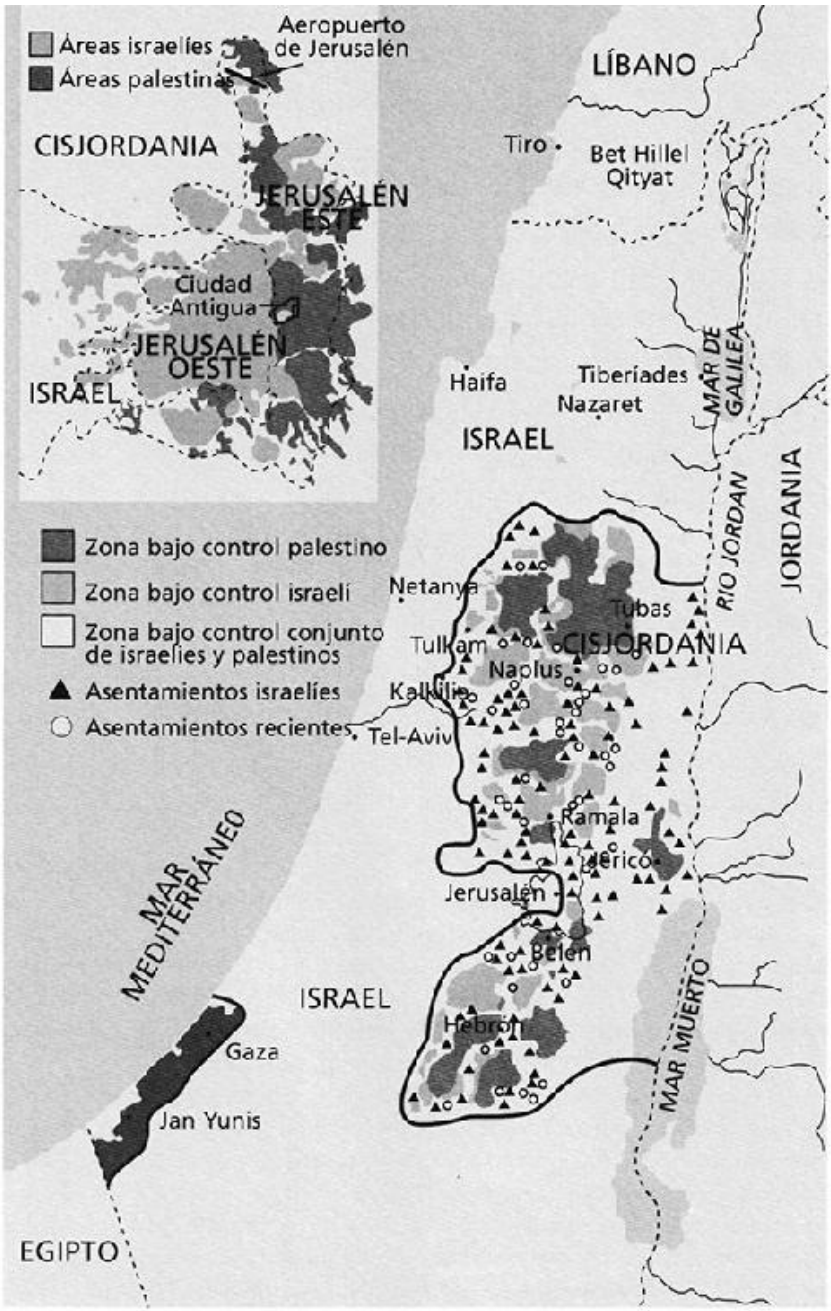
De la cumbre de Wye Plantation salió el acuerdo de que los israelíes se replegarían en el plazo de tres meses de un 13,1% de los Territorios Ocupados (770 kilómetros cuadrados aproximadamente): el 1% pasaría a la soberanía de la ANP (zona A), el resto quedaría bajo autoridad civil palestina, permaneciendo el control militar israelí. Cumplido el acuerdo, la ANP debería controlar el 75% de la Franja de Gaza y el 42% de Cisjordania, lo cual no era, en el fondo, mucha novedad, pues se trataba del cumplimiento de los acuerdos de 28 de septiembre de 1995 (Oslo II).

También se acordó en Wye Plantation la apertura del aeropuerto de Gaza, la creación de corredores entre los diversos enclaves palestinos y la liberación de 759 presos de los 3000 que estaban en las cárceles de Israel. Finalmente, se decidió constituir una comisión mixta para estudiar la tercera fase en la retirada israelí.

A cambio, de la *Carta fundacional* de la OLP serían retiradas las 26 referencias antiisraelíes que en ella existían y el Gobierno de Arafat se comprometía a realizar cuantos esfuerzos estuvieran en su mano para arrestar a los terroristas palestinos perseguidos por Israel, mientras que Clinton garantizaba la operación poniéndola bajo supervisión de la CIA.

Todo lo que dio de sí Wye Plantation durante el Gobierno de Netanyahu fue la devolución de un 2% de territorio (primera fase de los acuerdos) y la apertura del aeropuerto de Gaza, el 24 de noviembre de 1998. Y no cabía esperar más: Netanyahu se desplomaba a causa de sus problemas con la justicia y, en diciembre, se vio obligado a disolver el Parlamento y a convocar nuevas elecciones para el 17 de mayo de 1999[213]. Con todo, aún trataría el primer ministro en funciones de hacerse notar, por ejemplo, durante los funerales del rey Hussein de Jordania, fallecido en febrero de 1999: conmovido hasta las lágrimas, sorprendió a los mandatarios

internacionales, reunidos en las honras fúnebres, con una propuesta de paz con Siria, incluso devolviendo el Golán.



Mayor fue el problema que le planteó en los postreros días de su mandato Yasser Arafat, que exigía el cumplimiento de los acuerdos de Wye Plantation, amenazando con declarar unilateralmente la

independencia de Palestina el 4 de mayo de 1999. El asunto podía resultar especialmente grave y más en época electoral porque nadie dudaba que las tropas israelíes hubieran invadido los territorios de la ANP. La diplomacia norteamericana y europea se pusieron en marcha y lograron que Arafat esperase los resultados electorales, prometiéndole que, en el plazo de un año, habría negociaciones sobre el estatuto final de los Territorios Ocupados y, como adelanto, la Unión Europea proclamaba «El derecho permanente y universal de los palestinos a su autodeterminación y a constituir un Estado» (Berlín, 25 de marzo de 1999).

Barak, ¿un taumaturgo?

El sistema de partidos e intereses que intervienen en las elecciones israelíes convierten sus comicios en uno de los procesos electorales más complejos del mundo. En sus elecciones del 17 de mayo de 1999, el gran tema de la campaña fue el proceso de paz con los palestinos. Se trataba de elegir entre la obstrucción sistemática de los Acuerdos de Oslo o de volver a la vía abierta por Yithzak Rabin y Simon Peres seis años antes. Por tanto, los electores que no querían restituir los territorios y deseaban perpetuar la situación, votaron a los partidos conservadores y religiosos, es decir, nuevamente, a Benjamin Netanyahu. Los que optaban por el cambio, los que preferían la paz aun a costa de devolver los territorios, votaron a Ehud Barak, presentado por la propaganda como heredero político de Rabin.

Tal como pronosticaban las encuestas, Barak ganó las elecciones con una contundencia que desde hacía mucho tiempo no se veía. Evidentemente, su cosecha de votos no se debería sólo al gran tema, las negociaciones de paz, sino a los múltiples problemas de su rival con la justicia y a su negativa gestión económica; pero, sea como fuere, la gran ventaja parecía que iba a permitir a los laboristas formar un Gobierno cómodo y volver a la política de paz por territorios.

Los medios de comunicación árabes, tras una cierta euforia inicial, retomaron a su habitual pesimismo: sobre la posibilidad de un cambio profundo y nadie esperaba que fuera rápido. La desconfianza en Barak se basaba, por un lado, en su trayectoria profesional: un militar duro, muy cercano a Sharon en la campaña de Líbano; un jefe de los servicios secretos al que los palestinos creían deber, al menos en parte, la brutalidad en la represión de la *intifada*; un enemigo de los Acuerdos de Oslo, en abierta contradicción con Rabin; un hombre distante de Simon Peres, por entonces adalid del movimiento más proclive a una negociación. El escepticismo se basaba, también, en su programa: Jerusalén era la capital de Israel y no sería compartida con los palestinos; podría existir una Palestina independiente, pero no

plenamente soberana; al oeste del Jordán no habría otro ejército que el israelí; no se erigirían nuevos asentamientos, pero permanecerían, salvo excepciones, los existentes. Respecto a Siria, de entrada, no se le devolvería el Golán, pero se proponía llegar a un acuerdo rápido con Líbano. Debido al complejo sistema de poderes y a la atomización de la *Knesset*, la formación del Gobierno laborista fue un encaje de bolillos, un castillo de naipes, tan alto, tan complejo y tan frágil que, enseguida, se vio la dificultad que tendría para llegar a negociaciones sustanciales[214].

Con aquella coalición, cualquier observador imparcial podía colegir que le sería muy difícil gobernar, pues cada uno de los siete grupos tiraba de un lado de la manta. Los religiosos no querían ceder prerrogativas fiscales, beneficios militares y apoyos para sus instituciones; los rusos no querían ni oír hablar del abandono de los asentamientos existentes; el Meretz deseaba, por encima de todo, terminar con los chollos de los religiosos; los pacifistas y los árabes pretendían un avance definitivo en la negociación con los palestinos… Ehud Barak, que presumía de ser el militar más laureado de la Historia de Israel, no contaba con que para formar Gobierno después de tan resonante victoria tendría que ser, además, un taumaturgo, es decir, tener la capacidad de hacer milagros, pues eso era lo que se necesitaba en Tel Aviv al comienzo del verano de 1999.

Pasado el periodo vacacional existía expectación por ver en qué cristalizaban las promesas de Barak y cuál sería, verdaderamente, el talante de su Gobierno. Septiembre comenzó con buenos augurios. Los acuerdos de Sharm el Sheik, del día 5, determinaban el inmediato cumplimiento de la retirada israelí acordada en Wye Plantation y, antes, en Oslo II. Según lo firmado, Israel comenzó a retirarse unos días después y concluiría su repliegue en noviembre de 1999. Pero había más: Israel pondría en libertad a 350 presos políticos palestinos antes del 8 de octubre, impediría la apertura de nuevos asentamientos agrícolas y abriría, antes de que concluyera el año, dos corredores entre Gaza y Cisjordania y, en octubre, permitiría el inicio de la construcción del puerto de Gaza, que sería abierto al tráfico internacional.

Los negociadores israelo-palestinos se comprometían a iniciar el miércoles, 14 de septiembre, un maratón negociador que debería concluir en el plazo de un año y en el que se determinaría el estatuto final de Jerusalén, Gaza y Cisjordania, las fronteras definitivas, el reparto del agua, el futuro de los refugiados, el de los asentamientos judíos y la naturaleza del Estado palestino. Por su parte, Arafat se comprometía a controlar el terrorismo, a buscar a varios activistas

reclamados por Israel, a requisar las armas de la Yihad Islámica y de Hamas y a no declarar unilateralmente la independencia palestina.
Dentro de ese panorama que inducía a cierto optimismo, los tribunales israelíes daban un paso al frente en la democratización del sistema y en el respeto a los derechos humanos: el Tribunal Supremo prohibía la tortura, disposición que podría parecer sorprendente porque no existe un sólo país democrático en el mundo que admita legalmente la tortura[215]. No fueron muy largos los días de la esperanza. La apertura de la carretera de Gaza a Cisjordania, que debería haberse efectuado el primero de octubre, sufrió un mes de retraso; la acordada liberación de prisioneros palestinos, seis semanas. No eran menos decepcionantes para los palestinos los propios problemas internos de la ANP, sacudida por las acusaciones de corrupción que acosaban a Arafat. Nada nuevo, pero nunca antes fueron tan graves ni tan concretas: 20 intelectuales y políticos palestinos le calificaron, a finales de noviembre de 1999, de tirano y corrupto y Arafat replicó encarcelándolos. Por aquellos días se publicó que disponía de una cuenta personal, acumulada desde su retorno a Palestina, de trescientos millones de dólares en el Banco Leumí, de Tel Aviv[216].

Vivir un sueño

Cuando ya se anunciaba la primavera, el Próximo Oriente se convirtió en Tierra Santa: llegaba el Papa. La visita de Juan Pablo II a Jordania e Israel se inscribía en las celebraciones del Jubileo 2000[217]. La visita tuvo unos prolegómenos que estuvieron a punto de arruinarla, porque el Papa recordó lo obvio: el carácter internacional de la ciudad de Jerusalén. Eso desencadenó, durante la semana anterior a la visita papal, las protestas de algunos políticos y organizaciones radicales, que ponían especialmente el acento en el acuerdo firmado entre el Vaticano y los palestinos, calificándola de *inoportuna* y criticando sus manifestaciones sobre Jerusalén como una *injerencia en sus asuntos internos*. La diplomacia vaticana trató de quitar hierro a la situación, aclarando que Juan Pablo II sólo había mencionado la consideración que internacionalmente tenía Jerusalén, sin intervenir en las negociaciones que pudiera haber sobre el destino final de la Ciudad Santa.
La visita papal comenzó por Jordania, donde todo el país, cristianos y musulmanes, porfiaron por cumplimentar a Juan Pablo II y por hacerle inolvidables esas horas de primer contacto con las tierras de la Biblia. En la cima del monte Nebo, desde donde, según la tradición, se le permitió a Moisés la contemplación de la Tierra Prometida antes de morir, existen las ruinas de varias iglesias y monasterios antiguos, uno de los cuales habría sido visitado por la española Egeria en el siglo IV.

Hoy, el recuerdo histórico más atractivo para los turistas piadosos que visitan el lugar es el monolito erigido con ocasión de la visita de Juan Pablo II. El Papa, mirando las tierras de Cisjordania, perfectamente visibles pese a la calima, exclamó: «Esto es como vivir un sueño».
Pero el sueño amable y espiritual se le terminó pronto. Llegó a Israel el 20 de marzo y se encontró, primero, con la cordial acogida oficial de las autoridades y de los representantes de la religión mosaica, lo mismo que de las diversas iglesias cristianas. Pero, luego, cuantos le rodearon se propusieron aprovechar su presencia para promocionar sus ideas. La antipatía de los ultras israelíes era esperable, pero no tanto el hábil oportunismo del Gran Rabino de Israel, que sorprendió al Papa, agradeciéndole su reconocimiento de la capitalidad de Jerusalén, por el hecho de haber visitado la ciudad. Juan Pablo II optó por hacer oídos sordos a tal pretensión. Los palestinos también se empeñaron en avinagrarle la visita a la Ciudad Santa, recordándole que era una ciudad ocupada y exigiendo que se retirara la Estrella de David de las ambulancias de su comitiva. Incluso la ANP se unió al coro de los demandantes, pidiéndole que presionara al Gobierno de Tel Aviv para que hiciera posible una auténtica autonomía palestina este mismo año.
El Papa visitó el Muro de las Lamentaciones, solicitando el perdón del pueblo judío por los sufrimientos que la enemistad cristiana les ha infligido a lo largo de la Historia. Recorrió el Museo del Holocausto, donde volvió a pedir perdón porque la Iglesia no hubiera condenado rotundamente las leyes antisemitas nazis. Allí le aguardaba el encuentro emocionante con algunos conocidos de Polonia, a los que contribuyó a salvar de la persecución antisemita. Visitó cuantos lugares señala la tradición que fueron santificados por diversos acontecimientos de la vida de Cristo; oró en ellos; pidió el acercamiento entre las Iglesias cristianas… Todo cuanto piadoso peregrino supone que debe hacer en Tierra Santa, pero también emitió una declaración de principios apenas entrar en los Territorios Ocupados, recordando la falta de derechos que padecen en la región las personas y los pueblos.

Fracaso en Siria, desplome en Líbano, decepción en Camp David
Tras el paréntesis de la visita papal, se volvió en el Próximo Oriente a la áspera política cotidiana, portadora de las habituales decepciones de cada día. La esperada negociación sirio-israelí sobre el Golán no dio mucho de sí. Tan maduro parecía el asunto que el presidente Clinton viajó a Ginebra a finales de marzo de 2000 para entrevistarse con el presidente sirio, Hafed el Assad, pero no logró ablandarlo. Israel pretendía una retirada en diversas fases, el control parcial del

agua (300 millones de metros cúbicos) y la permanencia, aunque fuera mediante compensaciones, de sus 18 000 colonos allí establecidos. Hafed el Assad —tan enfermo ya, que fallecería a comienzos de junio — hubiera querido dejarle a su hijo Bachar una herencia política menos pesada que la misión histórica de recuperar el Golán, pero se negó a hipotecar el futuro con una negociación tan condicionada. Como Damasco no cedió, Tel Aviv siguió con su política de colonizaciones y explotación del territorio[218].

Mientras agonizaba Hafed el Assad, se le desplomó a Israel su tinglado en el sur de Líbano, donde había organizado una zona tapón de unos 800 kilómetros cuadrados, para impedir los ataques de Hezbolá contra el norte de Israel. La vigilancia corría a cargo de la milicia cristiana de Michel Aoun, tan costosa como, al parecer, poco eficaz; tras ella, las guarniciones de Israel habían vivido durante 17 años bajo la amenaza de cohetes y de francotiradores. La permanente tensión en la zona se elevó de tono con los ataques de Hezbolá[219] en el mes de febrero de 2000, a los que respondió Israel con feroces represalias, que se cebaron con las centrales eléctricas del sur de Líbano y con los campamentos de refugiados.

Finalmente, en junio, Israel optó por retirarse, en medio de un desorden que pareció más una desbandada que un repliegue organizado. La salida israelí de Líbano[220] causó una conmoción extraordinaria en todo el mundo árabe, donde la opinión pública y las organizaciones integristas llegaron a la conclusión de que Israel no podía ser vencido en el campo de batalla, pero era vulnerable a las acciones terroristas. El caso de Hezbolá resultaba paradigmático: el terrorismo de Estado desplegado por Israel y sus represalias, que multiplicaban por diez el daño recibido, no contrarrestaban suficientemente las acciones terroristas de los guerrilleros. Los árabes constataban que Israel era sumamente sensible a la muerte de sus soldados[221]. La fanática guerra de Hezbolá, revestida de yihadismo, convertía en mártires a sus caídos; las víctimas israelíes, por su parte, eran simplemente muertos que encendían la polémica interior.

El *éxito* de Hezbolá en Líbano enardeció a los radicales del mundo árabe. Durante semanas, no hubo un solo predicador en las mezquitas del Próximo Oriente que no enalteciera el combate sostenido en el sur de Líbano contra Israel y que no pidiera a los palestinos una lucha más activa por sus intereses. Las consecuencias fueron inmediatas. Los maximalistas palestinos, los que estaban contra Oslo y pedían todo o nada[222] comenzaron a exigir a la ANP una toma de posición más firme. *Si la OLP hubiera seguido su lucha en vez de avenirse a una solución negociada, impuesta y manejada por sionistas y norteamericanos,*

a estas horas habría conseguido sus propósitos en vez de andar buscando las migajas bajo la mesa de los dueños de la situación era el mensaje que se les escuchaba a los agitadores yihadistas en los campus universitarios y en todos los zocos de las ciudades palestinas.

Yasser Arafat, para no verse superado por esa corriente reivindicativa[223] tuvo que elevar el tono de sus demandas. Recordó a los israelíes que aún estaba esperando el cumplimiento de los acuerdos de Sharm el Sheik del 5 de septiembre de 1999, donde se había previsto una negociación que, en el plazo de un año, culminara el proceso de paz y desembocase en la proclamación del Estado palestino. En medio de manifestaciones y algunos atentados, que perturbaban el año de calma que, en general, se había vivido tanto en Israel como en los Territorios Ocupados, Arafat demandó a finales de junio el cumplimiento de la resolución 242 de la ONU y aseguró que, pasara lo que pasase, el 13 de septiembre proclamaría el Estado palestino. La alarma sonó en las cancillerías internacionales y el presidente Clinton, que estaba a punto de entrar en su último semestre presidencial, decidió pasar a la Historia como el presidente que solucionó el embrollo palestino-israelí y citó a Ehud Barak y a Yasser Arafat en la emblemática residencia de Camp David, donde Sadat y Begin habían alcanzado sus acuerdos de paz.

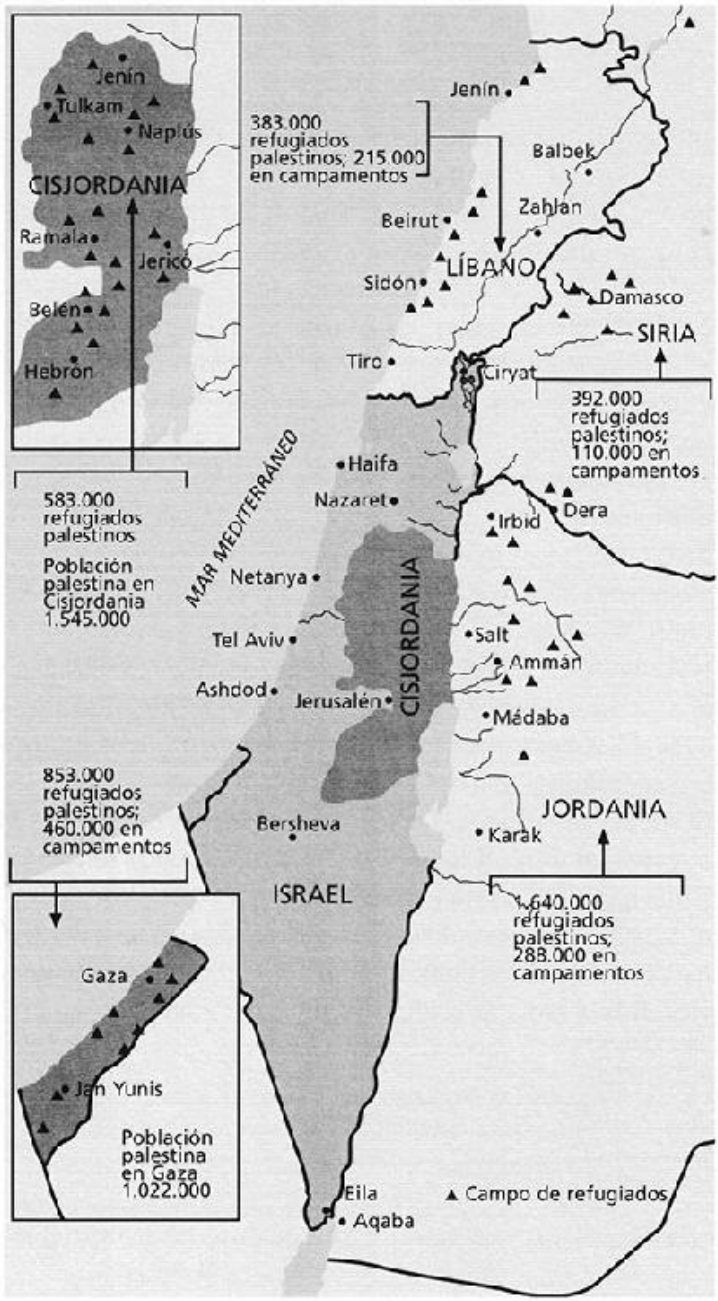
No sería fácil. Los prolegómenos lo anunciaban con claridad. El 10 de julio, en vísperas de su viaje a Estados Unidos, el *premier* Barak hubo de conjuntar en la *Knesset* tres mociones de censura, encabezadas por el líder de la oposición, Ariel Sharon, que le amenazaban con cerrarle el Parlamento y obligarle a convocar nuevas elecciones. Para salvar el trance, Barak aseguró que en sus negociaciones de paz con los palestinos no se atravesarían *cinco líneas rojas*: Jerusalén sería indivisible; se mantendría la mayoría de los asentamientos judíos en los Territorios Ocupados; no se volvería a las fronteras de 1967; no se admitiría ejército alguno al oeste del Jordán y no se permitiría el regreso de los refugiados palestinos. Más aún, cualquier acuerdo que pudiera alcanzarse se sometería a referéndum.

Silencio, aislamiento, imaginación y trabajo fue la fórmula propuesta por el presidente Clinton a Yasser Arafat y a Ehud Barak, cuando se reunieron en la segunda semana de julio de 2000 en Camp David, para afrontar unas negociaciones que se presentían trascendentales. La fórmula había sido inventada 22 años antes por el presidente Jimmy Carter para conseguir la paz entre Israel y Egipto. Esta vez sería mucho más difícil, tanto que terminaba el plazo negociador y nada tangible había sobre la mesa. El presidente Clinton, que se hallaba en la Cumbre de Okinawa, regresó precipitadamente a Camp David el 24

de julio, para alentar a los negociadores y lograr algún progreso, aunque hubiera que prolongar la negociación. Tan anchas eran las diferencias que ni las presiones del presidente norteamericano lograron reducirlas cuando, por fin, la Cumbre se cerró el 25 de julio. Aunque el secretario general de la ONU, Kofi Annan, y el representante de la UE, Miguel Ángel Moratinos, trataron de mitigar el fracaso, éste fue bastante espectacular. Lo grave es que los israelíes *lo vendieron* como una generosísima concesión que los palestinos, instalados en su intransigencia, fueron incapaces de aceptar[224].
Lo negociado en Camp David se conoció un año más tarde. Lo mejor para que el lector pueda hacerse su propio juicio de lo allí ocurrido es poner sobre el papel las ofertas hechas por Barak y rechazadas por Arafat:

- Israel se anexionaba el 9,5% de los Territorios Ocupados y su ejército ocuparía otro 10% a lo largo de todo el Jordán, durante un largo periodo sin concretar.
- Israel se reservaba el control de la costa palestina y del resto de sus fronteras. El territorio palestino quedaba parcelado en tres partes, por redes de carreteras y colonias.
- No había avance alguno en el asunto del retorno de los refugiados palestinos.
- En Jerusalén podría establecerse la capital de ambos Estados, aunque no se concretaba la parte que Israel restituiría a los palestinos —quizá los Santos Lugares islámicos— en concepto de autonomía, no de soberanía.

Desde luego, nunca antes había cedido tanto Israel, pero lo ofrecido en Camp David poco tenía que ver con lo arrebatado en 1967 y con lo exigido por la resolución 242. Se parecía, sin embargo, mucho a *las líneas rojas* mencionadas por Barak ante la *Knesset* dos semanas antes[225]. Arafat no se atrevió a firmar eso, que significaba un Estado reducido a 4300 kilómetros cuadrados[226], fragmentado, sin fronteras y sin esperanza para los refugiados que aguardaban en Líbano, Siria o Jordania… Demasiado poco para tantos años de negociación e ilusiones.



El verano transcurrió cargado de los peores augurios. Las conversaciones de paz israelo-palestinas se arrastraban en medio de un forcejeo sin esperanzas, cuando hubiera sido imprescindible un impulso decidido, teniendo en cuenta que Yasser Arafat —y lo había refrendado el Consejo Nacional Palestino— había prometido que declararía unilateralmente el Estado palestino el 13 de septiembre, si

antes no se había llegado a un acuerdo con Israel. Presidía la delegación negociadora israelí Shlomo Ben Ami, que se había hecho cargo del Ministerio de Exteriores en agosto y de cuyo talante progresista y negociador no existían dudas. Sin embargo, no se logró progreso alguno en los meses de agosto y septiembre, porque tanto las posibles concesiones por parte israelí como las demandas por parte palestina chocaban siempre con las famosas *líneas rojas*.

Conforme se acercaba la fecha de la proclamación del Estado palestino, se detectaba, tanto en Israel como en los Territorios Ocupados y en las cancillerías, una mayor inquietud. En ese ambiente cargado de malos presagios surgió una noticia que extrañó a todos: Washington insinuó el 4 de septiembre que podría trasladar su capital a Jerusalén. ¿Por qué agraviar gratuitamente a los árabes en medio de aquella tensión? Se supuso que Estados Unidos entregaría a Israel ese codiciado reconocimiento a cambio de que se les concedieran a los palestinos el control de sus centros religiosos y la capitalidad en alguna de las zonas periféricas del este de la ciudad.

Nunca se aclaró el asunto, porque lo perentorio fue para todos frenar a Arafat en la proclamación del Estado palestino. Acogotado por todos, el Rais pospuso el asunto hasta quizá octubre. Tampoco hubo ocasión de comprobarlo.

La *intifada* de las Mezquitas

En un clima de alta tensión, aunque las negociaciones continuaban, el jefe de la oposición parlamentaria israelí, Ariel Sharon, se propuso visitar la Explanada de las Mezquitas. El Gobierno de la ANP desautorizó la visita y el de Barak la desaconsejó, pero Sharon se ha caracterizado a lo largo de toda su vida por imponer su voluntad si eso se ajustaba a sus intereses. ¿Pretendía, tal como se ha supuesto universalmente, crear un incidente que terminara de una vez por todas con las negociaciones de paz que, a su juicio, se estaban acercando a un punto de conjunción? Quizá algún día se sepa a ciencia cierta. Entre tanto, lo ocurrido fue que el jueves 28 de septiembre de 2000, Sharon subió a la Explanada de las Mezquitas de Al Aqsa y de La Roca con la protección de 1200 policías y soldados, suscitando la protesta de los musulmanes que se encontraban allí.

Calculado o no, el *paseo manu militari* fue tomado como una provocación por los palestinos que iniciaron, de inmediato, una revuelta popular. «La presencia del general Sharon en la Explanada de las Mezquitas ha sido una grave irresponsabilidad», comentó el presidente francés Jacques Chirac, en medio de la zarabanda de trágicas noticias de manifestaciones, pedradas, disparos, muertos y heridos… El mismo día de los hechos, el ministro israelí de Justicia,

Yossi Beilin, calificó la visita de «provocación gratuita». Esa provocación[227] desencadenó la Segunda *intifada* o *intifada* de las Mezquitas o, según otras nomenclaturas, *intifada* de Al Aqsa, que a los tres días de incidentes había acumulado treinta víctimas mortales y más de medio millar de heridos de consideración. El 30 de septiembre daban la vuelta al mundo las imágenes captadas por *France 2*, en Netzaron, Franja de Gaza: Mohamed el-Durrah, un niño palestino de 12 años, y su padre, refugiados tras un bidón, gritaban a los soldados que no les disparasen. Minutos después, el niño era abatido, pese a la protección del cuerpo de su padre, que, a su vez, caía tronchado por el fuego de los militares. El episodio aún fue peor: también murió un sanitario que trató de auxiliarles[228].

La *intifada* no cerró el proceso negociador. Más aún, provocó que todas las fuerzas internacionales se conjurasen para terminar con la revuelta mediante un acuerdo definitivo. A lo largo de octubre proliferaron los encuentros al máximo nivel en París y, por dos veces, en Sharm el Sheik, pero no lograron desatrancar el proceso, mientras en la calle seguía la lucha y crecían las cifras de víctimas y los horrores provocados por todos, cada uno en la proporción de sus fuerzas[229]. La situación del Partido Laborista se deterioraba por momentos; estaba acorralado en la *Knesset* hasta tal punto que Barak hubo de convocar elecciones a primer ministro en febrero de 2001. ¡Increíble: el más holgado vencedor del último cuarto de siglo se veía abocado a volver a las urnas año y medio después de su triunfo!

La situación era desastrosa para todos. La única salvación de Barak estaba en llegar a un acuerdo con los palestinos; Arafat se encontraba en tesitura similar: la salvación del poder de la ANP, de la población más moderada y de su infraestructura radicaba en lograr unos acuerdos que pudiera presentar a sus bases. El sábado, 23 de diciembre de 2000, en la Sala Oval de la Casa Blanca, Clinton propuso su plan de paz a los delegados israelíes y palestinos. El presidente, a punto de transferir la presidencia al ganador de las últimas elecciones, George W. Bush, aún intentaba una jugada postrera que caracterizara su mandato. Según este proyecto, Israel restituiría entre el 94 y el 96% de los Territorios; en el resto, que sería compensado con un 1 a 3% de tierras israelíes, se agruparían entre el 70 y el 80% de los asentamientos y de los colonos judíos. A la ANP se le aseguraba un paso libre entre Cisjordania y Gaza. Respecto a Jerusalén, se proponía un reparto de *facto*: «Todo lo judío es israelí; todo lo árabe, palestino»: la Explanada de las Mezquitas, árabe; el Muro de las Lamentaciones, israelí. Respecto a los refugiados, sólo podrían regresar «algunos» por razones humanitarias; el resto, sería o acogido en otros países o

adoptado en los que se hallase, mediante indemnizaciones y créditos internacionales.

Nunca antes se puso sobre la mesa un plan semejante, un proyecto tan próximo a lo deseado por los palestinos y a lo «posible» dentro de la resolución 242. Y, sin embargo, no salió adelante, porque todos se encargaron de torpedearlo de algún modo[230]. Clinton, el presidente norteamericano más implicado en la solución del contencioso, tiró la toalla y traspasó el asunto a Bush que, aburrido por el espectáculo que había presenciado —y abordado en diversos debates— durante la campaña electoral, decidió en primera instancia —y con cierta ingenuidad— mantenerse a distancia.

Con la intifada en marcha y con las elecciones en puertas se celebró la Conferencia de Taba, del 21 al 28 de enero de 2001. Ehud Barak y el jefe de su diplomacia, Shlomo Ben Ami, se jugaron el inmediato futuro político en un fantástico órdago negociador. Enfrente, Arafat y su incansable artífice diplomático desde Oslo en adelante, Abu Ala. En Taba, Israel se comprometía a devolver el 94% de los Territorios Ocupados y a compensar ese 6% con un 3% de sus territorios. Por su parte, los palestinos aceptaban ceder sólo un 2% de su territorio, donde se concentra el 60% de los asentamientos judíos. Todas las colonias que quedaran en territorio palestino serían desmanteladas en un plazo de tres años (demanda israelí) o en 18 meses (condición palestina). Jerusalén sería la capital de los dos Estados, controlando los judíos el Muro de las Lamentaciones y los palestinos la Explanada de las Mezquitas; Israel se anexionaría los barrios judíos de Jerusalén Este; no había acuerdo sobre soberanía de la ciudad, pero podía entreverse la posibilidad de una solución transitoria bajo arbitraje internacional (los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad más Marruecos). Control de las fronteras por fuerzas internacionales; limitación de armamentos, por parte palestina; estaciones de alerta israelíes…

Quedaba el espinoso tema de los refugiados. Israel reconocía que debería aplicarse la Resolución 194 de la ONU y que le correspondía una parte de la responsabilidad en la creación del problema; los palestinos, por su parte, renunciaban a un retorno inmediato. A partir de ahí, se contemplaban cinco posibilidades: A) El retorno a Israel. B) El retorno a territorios israelíes cedidos por Israel al Estado palestino. C) El retorno al Estado palestino. D) Su instalación definitiva en los países actuales (Líbano, Siria, Jordania). E) La emigración hacia otros Estados (Canadá estaba dispuesto a abrir sus fronteras a algunos millares). El problema era la cantidad y el ritmo: Israel cedía al retorno de 40 000; los palestinos se aferraban a un mínimo de cien

mil… Los que no eligieran el retorno tendrían derecho a una indemnización, que sería estudiada por una comisión internacional, que dispondría de fondos internacionales.
Estaban cerca, pero no había tiempo. Las concesiones de Barak serían papel mojado si perdía; Sharon lo dejaba claro: él no había cerrado ningún compromiso. Por otro lado, la derrota del candidato firmante en Taba hubiera podido ser vista como un plebiscito contrario a las concesiones allí hechas. Por todo ello, Arafat y sus consejeros temieron que lo único que pudiera quedar del acuerdo fuesen sus compromisos y concesiones y se hicieron a la idea de que si Barak ganaba, podrían seguir adelante; si vencía Sharon, habría que comenzar de nuevo en todos los casos. Muy contraria a esa explicación es la dada por Shlomo Ben Ami, que culpa del fracaso de Taba a la intransigencia y ceguera política de Arafat: «Taba no culminó en un acuerdo porque nuestra delegación llegó para negociar un arreglo que implicase la implementación de los parámetros y los palestinos llegaron para cambiarlos y modificarlos (…) Desde el punto de vista de Arafat, lo que el mundo llama "proceso de paz" no está sólo destinado a crear un Estado palestino y a ofrecer a su pueblo la soberanía, el honor y la prosperidad económica. Para él se trata de una empresa mítica de victoria moral sobre un Estado que, en su opinión, nació en el pecado, y al que hay que obligar a reconocer el derecho de los palestinos, abriendo en él una brecha, parcial hoy, pero destinada a ensancharse el día de mañana, relativa al derecho del retorno de los refugiados. Los palestinos representan el único movimiento nacional que desea crear un Estado soberano, pero reuniendo a sus refugiados en un Estado vecino. ¿Se ha medido el alcance de esta increíble pretensión? ¿Quién puede admitir esto? ¿Quién puede encontrar un ejemplo semejante en la Historia?»[231]. Al tiempo, debe considerarse aquí la ya comentada injusticia de que Israel tenga abiertas sus puertas para la inmigración de los judíos, incluso de los de dudosa autenticidad, mientras se les cierran a los refugiados palestinos.
En éste y en otros párrafos del anexo de esa obra, el exministro israelí no coincide con la versión difundida de lo que se trató en Taba. Según Alain Gresh, «para que no se perdiera lo obtenido en los últimos meses, las dos delegaciones encargaron a Miguel Ángel Moratinos, el enviado especial de la Unión Europea, presente en Taba, que elaborase un resumen de las conclusiones. Para la historia, sin duda, pero también porque en un momento u otro habrá que reunirse en torno a una mesa[232]».
Miguel Ángel Moratinos[233], pese a la discreción diplomática

sostenida en sus declaraciones posteriores, ha ofrecido una visión diferente a la de Ben Ami:
—*"¿Dio por hecho el acuerdo*?
—Yo lo di por bastante hecho, sí.
—¿*Y qué pasó a última hora*?
—Que era demasiado tarde. Faltó tiempo.
—*Entonces se oyó la tesis de que Arafat tenía miedo; de que sirve para ser un mito, pero no para convertirse en un político ejecutivo*.
—Si él hubiera alcanzado el acuerdo que quería, lo habría firmado. En Oriente Próximo todos están unidos a un mito, Shlomo dice que Arafat está unido al mito del retorno, al mito de Jerusalén, de las mezquitas. Pues es el mismo mito que ha alcanzado Israel y que todos saludamos. Entonces, ¿por qué negarle el mito al otro? El mito no es más que un paso intermedio para alcanzar la normalidad. Israel ha tenido 50 años de democracia, de consolidación, pero el pueblo palestino no ha llegado nunca a culminar sus aspiraciones. Y esto hay que entenderlo a la hora de negociar.
—*El regreso de los refugiados, también se dijo, fue lo que Israel no estaba dispuesto a aceptar. Y que eso rompió el acuerdo*.
—Eso es mentira. Nunca en Taba se dijo que volverían tres o cuatro millones de palestinos. Nunca. Pero hay una enorme capacidad para la difusión de medias verdades y mentiras. (Arafat) no puso esa condición. Los dos que negociaron cerraron el tema de manera muy pragmática, haciendo un reconocimiento implícito del principio del retorno y poniendo unas cuotas a Jerusalén. Faltaba fijar la cuota final del retorno. Lo que pasó es que era demasiado tarde y que, por razones políticas, Barak no podía presentar a la población judía el contenido del verdadero acuerdo. Entonces pidió a los palestinos que aceptasen parte del acuerdo, pero ellos dijeron: un acuerdo es un acuerdo global, nosotros tampoco podemos aceptar una parte. Entendía que el primer ministro no pudiera anunciar la totalidad del acuerdo porque estaban en elecciones, pero ellos se comprometieron a reunirse en 15 días y entonces firmar. Es decir, estaban de acuerdo y no se puede ignorar lo que ocurrió al final de Taba, entre Ben Ami y Abu Ala. Donde el entusiasmo y el compromiso era el elemento esencial. Fueron días extraordinarios entre palestinos e israelíes. Y lo que le digo a mi buen amigo Shlomo es que él tiene que estar orgulloso de lo que consiguió. Y todos, de lo que consiguieron Abu Ala y Shlomo, apoyados por sus líderes.
—*Y entonces perdió Barak las elecciones y adiós, muy buenas*.
—Adiós, muy buenas. Y ésa es la realidad. Eso fue lo que ocurrió".

La hora de Ariel Sharon

Mientras laboristas del Gobierno consumían sus últimas esperanzas en las maniobras conducentes a buscar un acuerdo alentador con los palestinos, que les diesen alguna opción de victoria en las elecciones, el partido se mostraba dividido ante la derrota abrumadora que vaticinaban las encuestas. Barak estaba en tal desventaja respecto al conservador Ariel Sharon, que comenzaron a buscar otro candidato y hallaron presto al septuagenario e incombustible Simon Peres. La lucha por presentar a uno u otro consumió muchas de sus energías electorales, mientras Sharon volaba en las preferencias electorales en alas de la victoria.

Los palestinos, más desesperanzados, depauperados y desangrados cada día, mantuvieron la *intifada*, combinada cada vez más con actos de terrorismo del perfil más cruel e indiscriminado —hombres-bomba, automóviles cargados de explosivos conducidos por chóferes suicidas — y tiroteos contra patrullas militares o contra las colonias diseminadas por los Territorios Ocupados. A sus actuaciones seguía la implacable y centuplicada respuesta israelí: barrios aplastados por los cohetes de los helicópteros, las cadenas de los tanques y los *bulldozers*; atentados preventivos contra los líderes milicianos…

Esa guerra era el telón de fondo de las elecciones del 6 de febrero de 2001. Ariel Sharon, más conocido como *Arik*, un corpulento exgeneral de 72 años de edad, distinguido por sus victorias militares y por su odio contra los palestinos, ganó las elecciones arrolladoramente, con el respaldo de 65,5% de los votos, más de los 20 puntos de ventaja que le otorgaban los sondeos de opinión. Venció con los votos de su partido, el Likud, nacionalista de derechas, y con el apoyo de los partidos religiosos, el movimiento colono y con el de buena parte de los inmigrantes que han llegado de Rusia en los diez últimos años. Todos ellos tenían y tienen en común que no quieren negociar con los palestinos la devolución de tierras y la apertura de puertas para que retomen a Israel millares de refugiados palestinos. Barak fue humillado. Sólo le apoyó el laborismo dividido; los pacifistas, tampoco muy de acuerdo con él por su escasa eficacia negociadora, y muy pocos árabe-israelíes, que estuvieron calculando hasta última hora cuál era la mejor manera de suicidarse: votando a Barak, haciéndolo en blanco en señal de desaprobación por su política o quedándose en casa, porque en cualquiera de los casos, todo resultaría inútil[234].

Las elecciones a primer ministro no variaron la composición parlamentaria, por lo que Sharon, el holgado vencedor, se encontró con los mismos problemas que Barak para formar Gobierno, tanto que optó por una coalición en la que dio entrada a los laboristas. Éstos se escindieron: Barak, que por un momento pareció dispuesto a entrar en

el Gobierno, se retiró a última hora; pero dos laboristas importantes no perdieron la oportunidad de mantenerse en el poder. Simon Peres, hombre acostumbrado a las componendas políticas, cogió su último tren a los 78 años de edad, y volvió a Exteriores; el general Benjamin ben Eliezer, aceptó la cartera de Defensa… En ambos casos, su postura ante la opinión pública era patética: «Estando en el Gobierno podremos defender el proceso de paz», declaraba Peres. Todo lo contrario manifestaba el exministro de Exteriores, Shlomo Ben Ami: «Por decencia democrática no estoy en el Gobierno de Sharon. Hay que permitir que el péndulo democrático funcione. La alternativa. No se puede estar defendiendo una línea determinada y, 24 horas más tarde, defender la contraria». Respecto a quienes aceptaron entrar en el Gobierno se mostró muy duro: «… Se han comportado como mercenarios. Y no sólo esto, han corrido a buscar, precipitadamente, puestos comprometidos en el Gobierno: Exteriores o Defensa. No es decente[235]».

El planteamiento político de Sharon, por tanto, estaría constreñido por sus acendradas ideas conservadoras:

—Oposición a Oslo: «la peor catástrofe para Israel».

—Apoyo a los asentamientos[236] en los Territorios Ocupados. Se comprometió con los laboristas a no aumentar su número, pero defendió su «crecimiento natural (…) ¿Qué vamos a hacer, dejar de tener hijos allí?». En consecuencia, un mes después de haber asumido la presidencia del Gobierno se votaban ayudas para aumentar la extensión y seguridad de los asentamientos de Gaza[237].

—Continuismo económico. Sharon pretendía mantenerse en la misma línea de desarrollo de la década de los noventa, que llevó la renta per cápita de los israelíes a 19 000 dólares al concluir el milenio[238]. Pero la economía israelí entró en una fuerte recesión provocada por la crisis económica mundial y, sobre todo, por la crisis interna (desaparición del turismo, pérdida de horas de trabajo a causa de la movilización de reservistas y de los continuos incidentes, depresión del mercado palestino, incremento de los gastos militares…). El paro alcanzó el 10%; la población activa descendió de 2 300 000, en el 2000, a 1 149 000, a comienzos de 2002. El crecimiento económico entraba en cifras negativas (-0,5%) en 2001, primer retroceso registrado por el país desde 1953. Las inversiones extranjeras, que ante las expectativas de paz despertadas por Barak ascendieron a 20 200 millones dólares en dos años, descendieron en 2001 a 3910 millones.

—Política de seguridad y pacificación por medio de la fuerza. Pese a sus resultados más que dudosos, Sharon ha mantenido inflexiblemente

la política de mano dura: asesinato «preventivo» de los presuntos dirigentes del terrorismo; destrucción de la infraestructura palestina y ocupación de los territorios de la ANP como represalia; demolición de las casas de las familias de los bombarderos suicidas; deportación de sus familiares sospechosos de colaboración con el terrorista[239]; sellado de fronteras, clausurando el acceso de los palestinos a sus habituales trabajos en Israel; corte de carreteras en los Territorios Ocupados, impidiendo el tráfico de los nativos, cegando el comercio, clausurando los mercados, bloqueando el acceso a hospitales, escuelas, bancos, interrumpiendo las relaciones familiares…; imposición de largos toques de queda que dificultan, incluso, los suministros de primera necesidad. Todo ello, aparte de ruina y desesperación, ha originado millar y medio de víctimas mortales entre los palestinos, un tercio de ellas calificadas como «daños colaterales» en la erradicación del terrorismo.

Pese a esas durísimas medidas —muchas de las cuales merecen cotidianas denuncias de las organizaciones humanitarias israelíes, palestinas e internacionales, que ponen en tela de juicio la propia autenticidad de la democracia israelí y la integridad de su justicia— el terrorismo no ha sido erradicado. El atentado de la persona-bomba fue relativamente excepcional durante las jefaturas de Gobierno de Rabin, Peres, Netanyahu y Barak: 42 atentados en 7 años. Cuando la violencia kamikaze se ha convertido en noticia casi semanal ha sido bajo el Gobierno de Ariel Sharon: 74 atentados suicidas, con cerca de 300 muertos y millar y medio de heridos en 17 meses[240].

Ante el único recurso a la violencia para terminar con la sublevación palestina y con su terrorismo, la opinión pública israelí reaccionaba con escepticismo: *¿Sabe Sharon a dónde va?* Sin embargo, la mayoría aceptaba esa solución como única, aunque quizá inútil: en una encuesta realizada 11 meses después de la victoria de Sharon, el 74% estaba de acuerdo con la liquidación preventiva de palestinos; cuando se les preguntaba cómo influían esos asesinatos, el 45% respondía que aumentaba la violencia palestina; el 22% creía que la hacía retroceder y el 31% no sabía qué pensar. Ron Ben-Ychaï, experto israelí en la lucha antiterrorista, declaraba: «Tzahal aborta muchos atentados, pero no puede impedirlos todos[241]».

Respecto a los palestinos, Sharon claramente no sabía qué hacer. Odiaba Oslo pero, como concesión a sus aliados laboristas, abría ciertas expectativas de negociación, exigiendo a los palestinos la renuncia previa a la violencia. Eso, como se ha reiterado, dejaba a manos de los violentos, de uno u otro lado, el control del proceso de paz. Pero ¿qué proceso de paz? Él nunca ha fijado todos los

parámetros, pero, seguramente, estaría dispuesto a llegar a las propuestas de Camp David o a las «líneas rojas» previas: no devolución de todos los territorios; no retirada de los asentamientos; no restitución de Jerusalén ni capital compartida; no retorno de los refugiados; no control de las fronteras por parte de los palestinos; no fuerzas armadas al oeste del Jordán. La verdad es que los laboristas del Gobierno anterior, Barak y Ben Ami fundamentalmente, le ofrecieron en bandeja ese endurecimiento, tras proclamar a los cuatro vientos la «generosidad israelí». *¿Quién me obliga a ser generoso con mis enemigos?*, se habrá preguntado Sharon decenas de veces. Sharon sólo estaría dispuesto a restituciones mínimas y siempre que le proporcionaran alguna ventaja, como por ejemplo, la paz.

Contra de todos

Así iba transcurriendo el año 2001. Represalias y atentados. Conatos de negociación de paz, incremento de los asentamientos en los Territorios Ocupados, condenas internacionales contra el terrorismo palestino y contra la política de Sharon. Y Arafat, perdido en un laberinto, calibrando si le convenía más una postura maximalista, que mantuviera cierta unidad palestina a costa de recibir un feroz castigo, o desmarcarse decididamente de la actuación armada y del terrorismo, aceptando una negociación posibilista. Esa confusión generó una parálisis con consecuencias nefastas para los intereses palestinos. Alain Gresh resume lo ocurrido tras el comienzo de la intifada de las Mezquitas: la ANP, «marcada por las prácticas autoritarias de Yasser Arafat, bloqueada por las luchas por la sucesión, gangrenada por la corrupción, ha dado pruebas de parálisis moral durante largos meses. No ha medido el peligro que representaba la posible victoria de Ariel Sharon en las elecciones. No se ha mostrado capaz ni de formular con claridad sus objetivos ni de definir una estrategia, ni de responder con una campaña mediática a la desinformación que sigue a la cumbre de Camp David. Ha atizado los temores de la opinión israelí mediante algunas declaraciones intempestivas sobre el derecho al retorno de cada refugiado o expresado dudas respecto al carácter sagrado del Monte del Templo para el judaísmo…»[242]. Peor aún, incurría en la reprobación internacional cuando, incapaz de medir el alcance de sus palabras, declaraba crecido, tras enterarse del incremento de su popularidad en las encuestas palestinas a comienzos de 2002, que se imaginaba «muriendo la muerte de los mártires, como un *Shahid*, como tantos de nuestros jóvenes[243]».

Estaba trabajando para Sharon. Su inoperancia facilitaba la política dilatoria israelí que, ante los diversos proyectos internacionales que desfilaban sobre los tapetes de su cancillería, siempre pedía una nueva

redacción o diferentes modificaciones[244], antes de que todo terminara en el olvido. Sharon tampoco navegaba con el viento a favor. En mayo de 2001 sufría fuertes presiones de la UE, al tiempo que los países de la Liga Árabe suspendían sus relaciones políticas con el Estado israelí. El primer ministro capeaba el temporal gracias al apoyo de Washington: había logrado tener una relación fluida con el presidente norteamericano —seis entrevistas en 18 meses, mientras que Arafat no lograba ninguna— y, pese a algunos momentos tormentosos en sus relaciones, cada vez que surgía la ocasión, Estados Unidos mostraba su inequívoca amistad y apoyo hacia Israel[245]. La vinculación ha llegado a ser tan estrecha que el sentimiento trasciende a la mera amistad diplomática, como lo mostraba un locutor deportivo que el 4 de febrero de 2002, entusiasmado durante la transmisión de la final de la *Superbowl* del campeonato de fútbol americano, exclamaba: «¡Somos el 51° Estado americano!»[246].

Y eso llevaba pareciendo mucho tiempo. El 19 de marzo de 2001, tras un atentado suicida que ocasionó cinco muertos y un centenar de heridos, Tzahal atacó Tulkarem, Yenín, Nablús y Gaza con helicópteros Apache y caza-bombarderos *F-16*, aparatos *made in USA*, que lanzaron salvas de cohetes igualmente fabricados en Estados Unidos. El grave asunto no terminó en el Consejo de Seguridad porque Estados Unidos lo creyó innecesario, ya que simultáneamente se presentaba el informe de la *Comisión Mitchell*.

Los resultados de la investigación iniciada en el otoño anterior, gracias al impulso del presidente Clinton[247], fueron oficialmente presentados en la ONU el 21 de mayo de 2001. Tras un preámbulo que alaba a ambas partes y patentiza la importancia de «restaurar la confianza» y dar pasos inmediatos hacia una negociación que les «permita vivir a unos junto a otros en paz», el informe decepcionaba a los más morbosos, que esperaban un veredicto de responsabilidades por la puesta en marcha de la *intifada* de las Mezquitas: «No somos un tribunal y, por tanto, no determinamos la culpabilidad o inocencia de individuos o partidos», aunque no ignora que el paseo por la Explanada de las Mezquitas de Ariel Sharon «fue la causa directa» del estallido de la violencia. Pasaba luego a sus propuestas:

—Alto el fuego inmediato e incondicional.

—Medidas urgentes para restablecer la confianza entre ambos bandos. Se recomendaba para ello:

- Que Israel dejase de emplear armas desproporcionadas en su represión.
- Que los palestinos cesaran de emplear su territorio para agredir a los israelíes.

- Que Israel congelara sus asentamientos en los Territorios Ocupados.
- Que la ANP detuviera a los militantes de Yihad Islámica y de Hamas que predicaran y practicasen el terrorismo.

—Reanudación de las conversaciones de paz.

El plan nacía muerto, pese a que ambas partes, en principio, parecieran dispuestas a cumplirlo y al apoyo que le otorgó el propio presidente George Bush. Sin embargo, ambos lados condicionaron su cumplimiento u objetaron parte de él. De inmediato, Sharon decretó el alto el fuego; pidió que la propuesta del Plan Mitchell de un mes sin violencia se ampliase a dos meses; exigió que se cumplieran los acuerdos palestinos de Wye Plantation relativos a la reducción de armamento[248], pero se negó a frenar el incremento poblacional de los asentamientos y negó que estuviera empleando armas desproporcionadas. La ANP, aparte de protestar por los incumplimientos[249] y dilaciones israelíes, por el ataque desproporcionado y la ocupación de sus territorios, condenó el terrorismo, pero, por impotencia o estrategia, siguió la *intifada* y la secuencia de los atentados de los hombres-bomba[250]. Por si a alguien se le ocurría tender un puente hacia la paz, el 25 de mayo dos kamikazes de Yihad Islámica y de Hamas se autoinmolaban, hiriendo a 60 personas; en esa misma semana, murieron tres israelíes, tiroteados por irregulares palestinos y tres palestinos bajo el fuego de los soldados israelíes[251].

La violencia era tan alarmante que el director de la CIA, George Tenet, que colaboraba con los servicios de seguridad israelíes y palestinos, bien como nexo de negociación y entendimiento, bien en asuntos como la lucha antiterrorista, visitó el Próximo Oriente en junio de 2001 y elaboró un documento de conformidad con el secretario general de la ONU, Kofi Annan, y con el subsecretario norteamericano de Estado para Asuntos del Próximo Oriente, William Burns. El Plan Tenet, fechado el 13 de junio de 2001, pretendía abrir un plazo de tranquilidad que permitiera la reanudación de las negociaciones de paz. Para ello, reafirmando el compromiso de ambas partes con la causa de la paz, reiterado en numerosas conferencias y acuerdos, israelíes y palestinos se comprometían a restablecer la situación anterior al 28 de septiembre de 2000[252]. No fue posible. Había demasiados recelos entre ambas partes, demasiados interesados en uno y otro bando en que aquello no fuera a ningún sitio[253]. Los palestinos se apresuraron a violar la tregua y los israelíes les siguieron con entusiasmo: el 24 de junio asesinaron a Osama Yuabreh, un responsable de Al Fatah que figuraba en la lista entregada por los

israelíes a los palestinos, exigiendo su arresto. El Plan Tenet estaba siendo archivado entre los mil proyectos bienintencionados e inútiles que empapelan el conflicto del Próximo Oriente.

Así terminó la primavera y transcurrió el verano. Atentados, represalias, declaraciones internacionales, leves atisbos de calma seguidos de la escalada de las amenazas. Nada que indujera a una esperanza fundada de paz. Y cuando ya comenzaba a refrescar el tiempo, a precipitarse los atardeceres y a amarillear las hojas de los árboles, anunciando el otoño, ocurrió el ataque contra las Torres Gemelas de Nueva York y contra el Pentágono. En cuanto se enteró, Yasser Arafat advirtió que algo iba a cambiar en el mundo y, quizá en primer lugar, en Palestina. Vio imágenes en la televisión sobre las reacciones en el mundo islámico y no le gustaron nada las celebraciones callejeras de los más fanáticos e ignorantes y trató de mostrarse en una posición totalmente contraria: primero, condenando el atentado; segundo, presentándose a donar sangre para las víctimas.

Las consecuencias inmediatas del atentado de Nueva York —cuyas pérdidas humanas, inicialmente calculadas en tomo a seis mil personas, iban rebajándose para quedar establecidas un año después en 2830— para el Próximo Oriente parecieron favorecer los intereses palestinos. El presidente Bush precisaba del apoyo árabe y los países árabes le hicieron ver la desequilibrada actuación de su país en el conflicto del Próximo Oriente. En la ONU, el secretario de Estado, Colin Powell, manifestaba el interés de su país en la formación de un Estado palestino y el propio presidente filtró a la prensa norteamericana su apoyo a ese Estado y, más aún, que le parecía aceptable la doble capitalidad de Jerusalén y su disposición a entrevistarse con Arafat. Sharon no pudo contener su ira y declaró que Israel no sería «una nueva Checoslovaquia», recordando que Chamberlain sacrificó en la Conferencia de Múnich de 1938 a ese país, en aras de la paz con Alemania. En Washington encajaron mal el improperio y lo calificaron de «inadmisible», mientras en Tel Aviv, desde la izquierda y la derecha, se le obligó al primer ministro a pedir perdón. Dos semanas después, el *premier* británico Tony Blair recibía a Arafat y, tras pronunciarse en favor de un Estado palestino, reconoció que el atentado del 11 de septiembre había servido para impulsar los esfuerzos por la paz en el Próximo Oriente. Allí, simultáneamente, también parecía haberse desactivado la violencia: Arafat pidió reiteradamente a los grupos más o menos vinculados a la OLP que depusieran la violencia y, tras un atentado con 3 víctimas israelíes, ordenó la detención de los dirigentes islamistas que propiciaron los atentados. Las presiones de la ANP suscitaron reacciones contrarias

entre los más radicales, pero el líder palestino siguió en su política antifundamentalista, ordenando el cerco de campos de refugiados y el cierre de mezquitas donde, supuestamente, se hacía apología del terrorismo y se preparaban atentados. Desde Washington llegó de inmediato la compensación, alabando la lucha de Arafat por erradicar la violencia y reiterando su apoyo a un Estado palestino, «que debería respetar el derecho de Israel a la existencia y a la seguridad».

Las cosas iban a cambiar en cuestión de días. Por un lado, la presión interna comenzó a ser insoportable para la ANP En las casas palestinas, los retratos de Bin Laden comenzaron a sustituir a los de Arafat, que debía enfrentarse en la calle con la oposición islamista; vencer la perplejidad de sus propios grupos armados, como Tanzim; superar la incomprensión de la oposición democrática[254]; salvar la ira popular que suscitaban las «ejecuciones preventivas» de Israel, que a mediados de octubre se cobraba tres dirigentes de Hamas en otros tantos días; y superar la actuación de terroristas palestinos fuera de su órbita.

Uno de éstos, el FPLP, dirigido desde Damasco por el doctor Habache, asesinó al ministro israelí de Turismo, Rehavan Zeevi, en un hotel de Jerusalén, el 17 de octubre. La muerte de Zeevi —un integrista que pretendía expulsar a los palestinos de los Territorios Ocupados y que acababa de presentar la dimisión en protesta por la retirada de tropas de las zonas controladas por la ANP— lo cambió todo. Sharon, que de inmediato responsabilizó a Arafat del asesinato, dio por finalizado el proceso de paz y «declaró la guerra sin cuartel al terrorismo». Horas después, Ramala y otras ciudades palestinas eran cercadas, las carreteras se llenaron de controles, se cerró el aeropuerto de Gaza, se impusieron toques de queda y los soldados israelíes comenzaron a disparar contra todo[255], se prohibió a Arafat utilizar su avión[256]… Pese a sus medidas, tendentes a satisfacer las demandas de Israel, Sharon no se dio por satisfecho y comenzó el acoso directo del líder palestino, desestabilizado, simultáneamente, por parte de sus compatriotas y desobedecido por los islamistas. Sólo el apoyo internacional salvaría a Arafat en el año siguiente[257].

La primera medida de Sharon respecto a Arafat fue desprestigiarle y convertirle en un ser odioso, sobre todo de cara a los norteamericanos. Nace en esos días la frase: «Arafat es nuestro Bin Laden» y por las calles de las ciudades israelíes se podían ver los carteles en que figuraban Bin Laden y Arafat, sobre una leyenda que rezaba: «Los gemelos». La segunda, fue aislarlo: le fueron destruidos sus helicópteros y su avión y se le prohibió a mediados de diciembre que abandonara Ramala, impidiéndole asistir a la Misa del Gallo en Belén,

por ejemplo. La tercera fue comprometerle: «Arafat financia el terrorismo», «Arafat organiza el terrorismo». Y algunos errores del líder palestino, como su indudable relación con el contrabando de armas del buque *Karim-A*, ya visto en el capítulo primero, convalidaron las acusaciones israelíes… Eso coincidía con la victoria norteamericana en Afganistán contra los talibanes —tan fácil y rápida como pírrica— con lo que Washington comenzó a necesitar menos a los árabes y, por tanto, a desconfiar más fácilmente de Arafat. Se preparaba la primavera del halcón y el jaque mate contra la ANP.

Epílogo:
«Antes me pego un tiro»

Transcurrió el verano de 2002 en el estéril ejercicio de dilucidar si la administración de Arafat era más o menos democrática o más o menos inmoral, en analizar las pequeñas modificaciones realizadas por la ANP en su aparato de Gobierno, en adivinar si los palestinos volverían o no a votar a Arafat en las previstas elecciones de comienzos de 2003. Se valoraban sesudamente la eficacia de las reiteradas represalias y de las «ejecuciones preventivas» justificadas por el Gobierno israelí[258], que, por lo menos en apariencia, estaban mermando la actividad suicida de los islamistas. El presidente Bush se enfurecía por la muerte de inocentes, sobre todo por los cinco americanos de la Universidad Hebrea: «Estoy ahora mismo tan enfadado como Israel». Arafat pedía la intervención de tropas internacionales y, si no era posible, de observadores. La ONU publicaba un informe que elevaba los muertos palestinos desde que comenzó la *intifada* a 1539 y los israelíes, a 441. Kofi Annan, secretario de las Naciones Unidas, volvía a acusar a Israel de «uso desproporcionado de la fuerza (…), utilización de escudos humanos (…), detenciones arbitrarias (…), tortura de presos[259]». De vez en cuando, saltaban las alarmas internacionales ante la miseria que consumía al pueblo palestino… Más de lo mismo, pero nadie se ponía manos a la obra, como pedía el escritor israelí Amos Oz: «Ambos bandos aceptan más o menos las ideas del presidente Bush, que son más o menos idénticas que las del presidente Clinton, que es más o menos similar al plan de paz europeo, que no difiere mucho de las propuestas saudíes. Por tanto, todo el mundo sabe que habrá dos

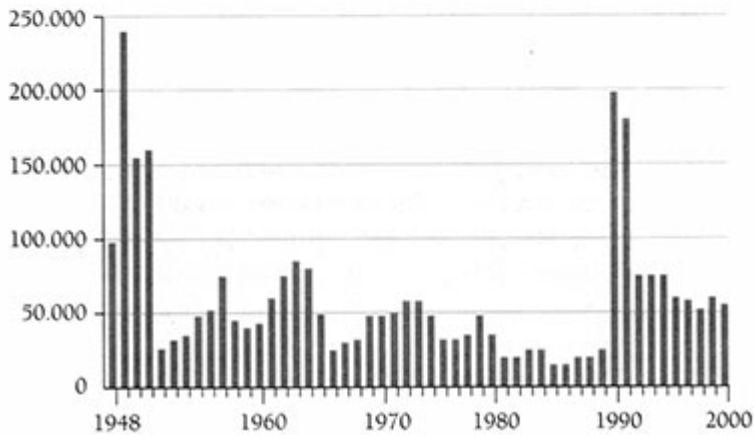
Estados, a grandes rasgos siguiendo las fronteras de 1967, dos capitales en Jerusalén, ningún asentamiento judío en el interior de Palestina y ningún retorno masivo de los refugiados palestinos a Israel. ¿A qué estamos esperando todos? Se trata realmente sólo de la mentalidad de guardería de: "yo lo hago si tú lo haces primero". En esencia, el paciente —término con el que me refiero a israelíes y palestinos— está desgraciadamente listo para la operación quirúrgica, mientras que los médicos, a saber, Sharon y Arafat, son demasiado cobardes para operar[260]». ¿Era tan simple como eso? Según Sami Naïr, eurodiputado francés, de origen argelino, el problema es que han fracaso todas las soluciones intentadas «ha logrado resistir el fanatismo de los más fanáticos de ambos bandos. Porque el verdadero problema es éste y no la viabilidad de una solución negociada. Ésta existe. Se sabe que es posible. Ningún problema pendiente lo impide especialmente. Ni la cuestión de Jerusalén, ni la de los refugiados, ni la de los asentamientos: para todo puede encontrarse una solución, siempre que se desee alcanzarla. Y ésa es la clave. Ni los dirigentes israelíes —salvo el gran Yithzak Rabin, que lo pagó con su vida— ni los jefes palestinos reconocidos —Arafat está lejos de estar a la altura de los desafíos, lo que no le resta ninguna legitimidad— han sabido imponer esta solución[261]».

El problema es que «los más fanáticos de los más fanáticos», esos que no quieren la paz, son los que hoy controlan el despropósito del Próximo Oriente: el Likud de Sharon y todos los integristas de Israel, por un lado; Hamas, Yihad Islámica, FPLP, por otro. Yasser Arafat veía desplomarse su Gobierno, el 11 de septiembre de 2002, ante la negativa parlamentaria de aprobar el nuevo gabinete, calificado de continuista y de corrupto. En el fondo, esa maniobra parlamentaria orquestada por la oposición, trataba de impedir la designación del general Abdel Razak Yehyeh como ministro del Interior. La misión de Abdel Razak sería terminar con la *intifada*, siguiendo las instrucciones de Arafat y las presiones internacionales. Los mismos que dinamitaron la política de Arafat —cuando trataba de superar el asesinato del ministro israelí de Turismo, Rehavan Zeevi— con la revuelta de Gaza, la zancadillearon nuevamente, impidiendo la designación de ese ministro. El resultado fue el agotamiento político del *Rais* y su depresión personal.

Israelíes nacidos en el extranjero (2000)	
País	Inmigración
Ex URSS	907.200
Marruecos	167.400
Rumania	124.800
Polonia	83.300
Irak	76.800
EE UU	69.500
Etiopía	56.300
Irán	51.600
Argelia y Túnez	42.300
Yemen	37.000
Otros	340.500

La evolución de la población

La inmigración en Israel



De inmediato, se supuso en Israel que la crisis política constituiría el entierro de Arafat y que, según expresaba el ministro de Defensa, Ben Eliezer, eso permitiría alcanzar la paz. Ajaron Zeevi, jefe del servicio de inteligencia militar, explicaba contundentemente la situación: «Lo que le han dicho los palestinos a Arafat es que quieren reformas de verdad, no cambios cosméticos ni a la vieja guardia». Es sorprendente que dos personalidades de tanto relieve y tan informadas pudieran ver así la situación. Justamente parecería lo contrario. El desplome de Arafat y la eliminación de la vieja guardia pondría ante Israel al perfil más duro de la *intifada* y al ángulo más integrista de Hamas: «Si hoy hubiera elecciones libres en los Territorios Ocupados, las ganaría Marwan Barguti, líder de *Tanzim*, que demanda el retorno a las fronteras de 1967, la capitalidad de Jerusalén Este y el regreso de los

refugiados[262]». Pero, quizá, sea eso lo que desea el Gobierno israelí para presentar como imposible toda transacción con una banda de terroristas y de yihadistas fanáticos, que no tendrían el apoyo europeo —hoy muy vinculado a la figura de Yasser Arafat—. En ese caso, Sharon quizá pudiera tener el pretexto para realizar el más acariciado proyecto de su vida, su sueño más glorioso, que es, en palabras del profesor Saleh Abdel Jawad a *Le Monde*, «la expulsión de los palestinos. Precisaría para ello una guerra regional, luz verde norteamericana, un buen pretexto. Un conflicto entre Estados Unidos, Israel e Irak le brindaría la ocasión».

Sea como fuere, mientras Arafat aún trataba de sobrevivir políticamente a sus 73 años, convocando elecciones para el 20 de enero de 2003, Hamas se proponía enterrarle. Tras seis semanas sin terroristas suicidas, los días 18 y 19 de septiembre se produjeron sendos atentados con ocho muertos y numerosos heridos israelíes. Sharon exigió venganza[263]; acusó a Arafat de terrorista; sus tropas pusieron en marcha la operación *Cuestión de Tiempo*[264] y ocuparon nuevamente las ciudades palestinas y cercaron la demolida Muqata de Ramala. Esta vez no le iban a dejar a Arafat un par de amplias plantas: con sus cohetes esculpieron el cuartel general del presidente de la ANP, lo recortaron por arriba, por abajo, por la derecha y por la izquierda, reduciéndolo a unos pocos metros cuadrados de escombros sin agua, luz ni teléfono. Pálidamente iluminado por una lámpara portátil, nunca se le vio más débil, tembloroso, asombrado por la prueba que le deparaba el destino, pero, a la vez, continuaba trabajando, haciendo planes, tomando notas para organizar el Gobierno que trataba de presentar en otoño. El 22 de septiembre, el Gobierno israelí le ofrecía un viaje al extranjero sin billete de vuelta. El Rais respondió malhumorado: «¡Antes me pego un tiro!»[265].

No tuvo que hacerlo. Nuevamente se le permitió salir a la luz cuando se cumplía el segundo aniversario de la intifada de las mezquitas, que arrojaba el terrible saldo de más de 2500 personas muertas[266] a parte de incontables destrucciones y la ruina total de los Territorios Ocupados. Pero ni las humillaciones, ni los encierros, ni la pertinaz campaña de desprestigio emprendida por Israel, ni las zancadillas, ni el boicot de los suyos terminó con el correoso líder palestino, que en octubre lograba la aprobación en el Parlamento de un nuevo Gabinete con el que alcanzar las elecciones.

Y mientras el Comité de los Cuatro (USA, UE, Rusia y ONU) ponían sobre la mesa un nuevo plan de paz, conocido como «Hoja de Ruta», que consistía en posponer las cuestiones más peliagudas[267] y resolver las más perentorias: crear un Estado provisional palestino en 2003,

que lleve la paz a los Territorios Ocupados y que permita resolver los problemas más perentorios para desembocar en un Estado independiente en 2005. Parecía, de alguna manera, el comienzo de las negociaciones de Oslo: «Gaza primero»… Pero quedaba por resolver la gran cuestión: ¿lo aceptaría Israel?, y más importante ¿propiciaría que fuera viable?

Si con el Gobierno de coalición de Sharon eso parecía improbable, las posibilidades de paz se minimizaron cuando los laboristas, encabezados por Benjamin ben Eliezer, decidieron romper la coalición de Gobierno. Estaba claro que el ministro de Defensa quería mantener su preeminencia dentro del laborismo y para eso no tenía más remedio que romper la coalición, aprovechando cualquier pretexto. Si su alianza con la derecha nada aportó al proceso de paz —por el contrario, contribuyó a enterrar el espíritu de Oslo con la reocupación de los territorios de la Autoridad Nacional Palestina y los múltiples obstáculos a reanudar negociaciones de paz viables— su salida del Gobierno empeoró las cosas. Ante las dificultades para formar un gabinete medianamente estable, Sharon hubo de convocar nuevas elecciones y, para empezar, tenía que conseguir la designación como candidato por el Likud, entrando en disputa con Benjamin Netanyahu. Ambos líderes de la derecha rivalizaron en las semanas siguientes por elevar las cotas de dureza respecto a la ANP y en rechazar con rotundidad progresiva toda expectativa de Estado palestino. La expulsión de Arafat se convirtió en una de las ofertas electorales más atractivas para los radicales israelíes.

Cuando se acercaba el final del año y aumentaba la presión electoral en Israel —con una opinión pública que en sus dos tercios respaldaba la política de mano dura del Gobierno, lo que vaticinaba un nuevo fracaso electoral laborista—, y cuando Washington más necesitaba a Tel Aviv ante el posible ataque a Irak, la solución del conflicto y del terrible problema palestino parecían relegados *ad calendas graecas*.

Madrid, 13 de noviembre de 2002

BIBLIOGRAFÍA

Al-Khalil, Samir, *Irak, la machine infernale*, Ed. J-C. Lattès, París, 1991.

Altable, Juan, *Oriente Próximo, las claves del conflicto*, Ed. Silex, Madrid, 2000.

Álvarez Chillida, Gonzalo, *El antisemitismo en España, La imagen del judío (1812-2002),* Marcial Pons, Madrid, 2002.

Álvarez-Ossorio, *El proceso de paz de Oriente Medio, Historia de un desencuentro*, Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid, 1999.

Arazi, Doron, *Yithzak Rabin, héroe de la guerra y de la paz*, Ed. Herder, Barcelona, 1996.

Ayape Amigot, Fernando, *Israel, crónica de una ocupación*, Ed. Realidades, Madrid, 1984.

Azcárate, Pablo de, *Misión en Palestina*, Ed. Tecnos, Madrid, 1968.

Barnavi, Elie, *Carta de un amigo israelí al amigo palestino*, Ed. Muchnik, Barcelona, 1989.

Bastenier, Miguel Ángel, *La guerra de siempre. Pasado, presente y futuro del conflicto árabe-israelí*, Ed. Península, Barcelona, 1999.

Bastenier, Miguel Ángel, *Israel-Palestina, la casa de la guerra*, Ed. Taurus, Madrid, 2002.

Baron, Xavier, *Proche-Orient, du refus a la paix*, Ed. Hachette París, 1994.

Baron, Xavier, *Les palestiniens, genèse d'une nation*, Éditions du Seuil, París, 2000.

Begin, Menahem, *La rebelión; Historia del Irgun*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1981.

Ben Ami, Shlomo y **Medin, Zvi**, *Historia del Estado de Israel*, Ed. Rialp, Madrid, 1991.

Ben Ami, Shlomo, *Israel, entre la guerra y la paz*, Ediciones B, Barcelona, 1999.

Ben Ami, Shlomo, *¿Cuál es el futuro de Israel?*, Ediciones B, Barcelona,

2002.
Ben-Gurion, David, *Israel, años de lucha*, Ed. Diana, México D. F., 1966.
Benoist-Méchin, *Ibn-Saud*, Ed. Euros, Barcelona, 1975.
Benoist-Méchin, *Le Roí Saud ou l'Orient á l'heure des releves*, Ed. Albin Michel, Paris, 1960.
Bermejo, Romualdo, *El conflicto árabe-israelí en la encrucijada: ¿es posible la paz?*, Ed. Eunsa, Pamplona, 2002.
Bollo Muro, Joaquín, *El sionismo, una forma de imperialismo*, Ed. Akal, Madrid, 1982.
Budi, Nicolás, *Las grandes cuestiones judías*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1969.
Chomsky, Noam, *La segunda guerra fría*, Ed. Crítica, Barcelona, 1984.
Cobban, Helena, *La Organización para la Liberación de Palestina*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
Copeland, Miles, *El juego de las naciones*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1972.
Dayan, Moshe, *Autobiografía*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1978.
Derogy, Jacques, *Israel, la muerte enfrente*, Ed. AQ Ediciones, Madrid, 1976.
Eban, Abba, *An Autobiography*, Ed. Random House, New York, 1977.
Escribano, Lydia, *El conflicto árabe-israelí*, Ed. Acento Editorial, Madrid, 2002.
Espósito, John L., *El desafío Islámico*, Ed. Acento Editorial, 1996.
Farjoun, Naama (compiladora), *Israel-Palestina. Mujeres contra la guerra*, Salvat, 2002.
Favret, Rémi, *Arafat, Un destino para un pueblo*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1991.
Finkelstein, N. G., *La industria del holocausto, Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 2002.
Fontaine, André, *Historia de la Guerra Fría*, Ed. Luis de Caralt, Barcelona, 1970.
García Iglesias, Luis, *El pueblo elegido*, en la colección Historias del Viejo Mundo, *Historia 16*, Madrid, 1988.
Genet, Jean, *Quatre heures à Chatila*, Ed. Gallimard, París, 1991.
Giménez de Cisneros, Darío, *Talión*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1973.
Gresh, Alain, *Israel, Palestina, verdades sobre un conflicto*, Ed. Anagrama, Barcelona, 2002.
Hoffman, Bruce, *A mano armada, Historia del terrorismo*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1999.
Jamal, Salah, *Palestina, ocupación y resistencia*, Ed. Flor de los Vientos,

Barcelona, 2002.
Johnson, Paul, *La historia de los judíos*, Ed. Javier Vergara, Buenos Aires, 1991.
Kapeliouk, Amnon, *Sobra et Chatila, enqûete sur une massacre*, Ed. Seuil, París, 1982.
Kepel, Gilles, *Faraón y el Profeta*, Muchnik Editores, Barcelona, 1988.
Kepel, Gilles, *La Yihad, expansión y declive del islamismo*, Ed. Península, Barcelona, 2001.
Lacouture, Jean, *Nasser*, Ed. Dopesa, Barcelona, 1972.
Lapierre, Dominique y **Collins, Larry**, *¡Oh Jerusalén!*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1972.
Laurens, Henry, *La Question de Palestine. La invention de la Terre Sainte*, Ed. Fayard, París, 1999.
Leguineche, Manuel y **Solar, J. David**, *Los palestinos atacan*, Ed. Punto Crítico, Madrid, 1975.
Lisbona, José Antonio, *España-Israel*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2002.
López, Bernabé, *Líbano, el conflicto inacabable*, Cuadernos de Historia 16 n.º 181, Madrid, 1989.
López, Bernabé, *Los palestinos*, Cuadernos de Historia 16, n.º 200, Madrid, 1989.
López-Alonso, Carmen, *¿Jano o cabeza de Medusa? Historia política de Israel*, Historia y Política, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.
López-Alonso, Carmen, *Israel ¿«nación-laboratorio»?*, V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Cinc Segles, Valencia 2000.
Lorch, Natanael, *Las guerras de Israel*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1979.
Lustiger, Arno, *¡Shalom Libertad!, judíos en la guerra civil española*, Flor del Viento, Barcelona, 2001.
Martín Muñoz, Gema, *Política y elecciones en el Egipto contemporáneo (1922-1990),* Ed. Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid, 1992.
Martín Muñoz, Gema, *El Estado árabe, Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Ed. Bellaterra, Barcelona, 1999.
Martínez Carreras, José U., *El mundo árabe e Israel*, Ed. Istmo, Madrid, 1991.
Medina, Francisco, *El infierno de Tierra Santa*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 2002.
Meir, Golda, *Mi vida*, Ed. Plaza y Janes, Barcelona, 1976.
Mitchell, Peter S. y **Schoeffel, John**, *Noam Chomsky*, Ed. Crítica, Barcelona, 2002.
Morris, Benny, *The birth of the palestinias refugee problem, 1947-49*,

Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
Naguib, Mohamed, *El destino de Egipto*, Ed. Corinto, Barcelona, 1958.
Nixon, Richard, *En la arena*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1990.
Peres, Simon, *Mi lucha por la paz*, Ed. Prensa Ibérica, Barcelona, 1995.
Peres, Simon, *Que salga el sol*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1999.
Pla, Josep, *Israel 1957*, Ed. Destino, Madrid, 2002.
Powaski, Ronald E., *La guerra fría*, Ed. Crítica, Barcelona, 2000.
Rein, Raanam, *Franco, Israel y los judíos*, Ed. CSIC, Madrid, 1996.
Rubinstein, Aryeh, *El retorno a Sion*, Ed. Keter, Jerusalén, 1977.
Russell, Robert, y **otros**, *El conflicto árabe-israelí*, Ed. Belgrano, Buenos Aires, 1979.
Said, Edward W., *El fin del proceso de paz. Nuevas crónicas palestinas*, Mondadori, Barcelona.
Saramago, José y **otros**, *¡Palestina Existe!*, Ed. Foca, Madrid, 2002.
Sainte Marie, François de, *¿Es rojo el Irak?*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1961.
Segev, Tom, *C'était en Palestina au temps des coquelicots*, Ed. Liana Levi, 2000.
Segura, Antoni, *Más allá del Islam, política y conflictos actuales en el mundo musulmán*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.
Solar, J. David, *El conflicto de Oriente Medio*, Ed. Biblioteca de RTV, Madrid, 1975.
Sternhell, Zeev, *Aux Originen d'Israel. Entre le nationalisme et socialisme*, Ed. Fayard, París, 1996.
Syrkin, Marie, *Golda Meir*, Ed. Dopesa, Barcelona, 1972.
Thomas, Gordon, *Mossad, la Historia secreta*, Ed. Vergara, Madrid, 2001.
Trabulsi, Fawwaz y **Rodinson, Máxime**, *La revolución palestina y el conflicto árabe-israelí*, Ed. Pasado y Presente, Buenos Aires, 1970.
Vance, Vick y **Lauer, Pierre**, *Hussein de Jordania: mi guerra con Israel*, Ibérico Europea de Ediciones, Madrid, 1969.
Varios, *España-Israel, un reencuentro en falso*, Ed. Ibn Battuta, Madrid, 1987.
Vergés, Jacques M., *Los Fedayin*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1970.
Wouk, Hermann, *Éste es mi Dios*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1967.
Yallop, David, *Hasta los confines de la tierra*, Ed. Planeta, Barcelona, 1993.
Ysart, Federico, *España y los judíos*, Ed. Dopesa, Barcelona, 1973.
Zorgbibe, Charles, *Historia de las Relaciones Internacionales*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1997.

CRONOLOGÍA

Año

70
Tito conquista Jerusalén, destruye el Templo y deporta a unos 50 000 judíos.

132
Sublevación de Bar-Kojba. Roma gana la guerra. El emperador Adriano ordena la deportación de la población y prohíbe la religión mosaica.

636
El califa Omar conquista Jerusalén y comienza la ocupación musulmana y la islamización de la población de Palestina.

1099
Godofredo de Bouillon, al frente de la Primera Cruzada, conquista Jerusalén y se inicia la época del dominio cristiano.

1187
Saladino reconquista Jerusalén para los musulmanes.

1517
Palestina queda bajo dominio otomano.

1896
Theodor Herzl publica Der *Judenstaat (El Estado judío)*.

1897
Reunión del primer congreso sionista en Basilea. Se pone en marcha el retorno a Palestina.

1904

Muere Theodor Herzl.

1906
Llega a Palestina, con 19 años de edad, David Ben-Gurion.

1909
Se funda el primer *kibbutz*, en Degania.

1915
Nace en Degania Moshe Dayan.

1916
Acuerdo Sykes-Picot: británicos y franceses se reparten el Próximo Oriente turco, aun cuando todavía no habían ganado la guerra.

1917
Promesa Balfour: un hogar para los judíos en Palestina.

1922
La Sociedad de Naciones entrega Palestina como mandato a Gran Bretaña. Nace en Jerusalén Yithzak Rabin. Llega a Palestina, procedente de Estados Unidos, Golda Meir.

1928
Recibe su independencia el reino de Jordania. Primeros incidentes graves en Palestina entre árabes y judíos: 299 muertos.

1929
Londres otorga la independencia a Irak. Nace en El Cairo Yasser Arafat.

1933
Hitler accede a la Cancillería de Alemania.

1935
Leyes antisemitas de Núremberg. Llegan a Palestina millares de judíos alemanes.

1936
Huelga general árabe en Palestina en protesta por la inmigración judía. Comienza la llamada Segunda Guerra Santa entre árabes y judíos, que se prolongó hasta 1939 y causó 3600 muertos.

1939
Londres publica el Libro Blanco sobre Palestina, limitando la

inmigración judía. Noche de los Cristales Rotos en Alemania: 91 judíos fueron asesinados y 27 000, detenidos. Se inicia la persecución en toda regla. Comienza la II Guerra Mundial.

1942
Los nazis deciden la Solución final en Wannsee.

1945
Concluye la II Guerra Mundial. A su término se descubrió en toda su extensión el genocidio nazi: cinco millones de judíos habían sido aniquilados en los campos de exterminio de Hitler. Independencia de Siria.

1946
Oleada de atentados en Palestina. El Irgun dinamita el Hotel King David de Jerusalén: 91 muertos, británicos en gran parte.

1947
Londres anuncia que desea dejar el mandato de Palestina. La UNSCOP recomienda el reparto del territorio (31 de agosto). La Asamblea General de la ONU vota la partición (29 de noviembre).

1948
Ben-Gurion proclama la independencia de Israel (14 de mayo). Comienza el ataque árabe (15 de mayo). La Legión Árabe toma la ciudad vieja de Jerusalén (28 de mayo). Primer alto el fuego de la guerra con ventaja árabe (11 de junio). Se reanuda la guerra con ventaja judía (9 de julio). Asesinato en Jerusalén del enviado de la ONU, conde Bernadotte (17 de septiembre). Ofensiva final judía (15 de octubre) que cerca a los egipcios en Faluja y rechaza al grueso de sus tropas al interior del Sinaí.

1949
Fin de la guerra (10 de enero). Firma del armisticio en Rodas entre Israel y Egipto (24 de febrero) y entre Israel y Jordania (3 de abril); Israel y Siria firmaron en su frontera (20 de julio). Israel ingresa en la ONU (11 de mayo).

1950
Ante el repudio universal, la *Knesset* proclama Jerusalén como capital de Israel. Egipto fortifica Sharm el Sheik, Tirán y Sanafir, cerrando el golfo de Aqaba a la navegación judía.

1951

Un palestino asesina al rey Abdallah de Jordania cuando salía de orar de la mezquita de Al Aqsa (20 de julio).

1952
Fallece Chaim Weizmann, presidente de Israel. Pronunciamiento en Egipto de los Oficiales Libres, derriban la monarquía (23 de julio). El rey Faruq abandona el país no opone resistencia.

1953
Se proclama la República y el general Naguib asume la presidencia de Egipto.

1955
Israel, conmocionado por el *affaire* Lavon. Crisis en el partido laborista.

1956
Nasser asume todos los poderes. Nacionalización del canal de Suez (26 de julio). Ofensiva israelí contra las líneas egipcias del Sinaí (29 de octubre). Fundación de los Cascos Azules de la ONU. Desembarco anglo-francés en el Canal (6 de noviembre). Fin de la guerra: 7 de noviembre.

1957
Israel se retira del Sinaí.

1958
Fundación de la RAU: unión de Siria y Egipto. Feisal II de Irak derrocado y muerto por el golpe militar del coronel Kassem.

1961
Deja de existir la RAU.

1964
Fundación de la OLP. Tras una efímera resurrección, la RAU deja definitivamente de existir. Firma del Pacto Árabe de Defensa Mutua.

1965
Ben-Gurion abandona la vida política.

1966
Alta tensión en la frontera sirio-israelí a causa de las acciones guerrilleras de Al Fatah y del proyecto árabe de desviar el curso del Jordán.

1967
Nasser ordena a los Cascos Azules de la ONU que abandonen las líneas de separación entre egipcios e israelíes y cierra los estrechos de Tirán a la navegación israelí. El 5 de junio, Israel ataca a egipcios, jordanos y sirios, destruyendo sus fuerzas aéreas. La guerra de los Seis Días realmente se decide en una mañana. Se aprueba en la ONU la Resolución 242 (22 de noviembre), eje de la discusión política de los 25 años siguientes.

1968
Fuerte actividad guerrillera palestina desde Jordania, respondida por Israel con durísimas represalias. Ese mismo año inauguran los fedayines el ataque y secuestro de aviones como sistema de lucha contra Israel. Comienza la guerra de desgaste en el Canal.

1969
Sigue la guerra de desgaste en el Canal y la ofensiva guerrillera de los palestinos. Fallece el primer ministro Eshkol y le sucede al frente del Gobierno Golda Meir.

1970
Se endurecen tanto la guerra de los palestinos como la batalla del Canal. Plan Rogers para un alto el fuego. Guerra jordano-palestina en septiembre (Septiembre negro). Muere Nasser el 28 de septiembre. Sadat asume la presidencia egipcia.

1971
Se presenta el grupo terrorista Septiembre Negro asesinando en El Cairo al primer ministro jordano Wasfi el-Tall.

1972
Un comando de Septiembre Negro asalta la residencia del equipo olímpico israelí en Múnich: 18 muertos.

1973
Operación de comandos israelíes en Beirut: 3 dirigentes palestinos, 42 fedayines y 29 policías libaneses muertos (10 de abril). Guerra del Yom-Kippur (del 6 al 22 de octubre). La resolución del Consejo de Seguridad 338 pone fin a la guerra. Negociaciones egipcio-israelíes en el kilómetro 101, bajo los auspicios de Kissinger. Fallece Ben-Gurion a los 87 años de edad.

1974
Israel comienza su repliegue en el Sinaí. Gira de Nixon por el Próximo

Oriente, poco antes de su dimisión por el escándalo Watergate. Dimite Golda Meir y la sucede Yithzak Rabin. Yasser Arafat habla ante la Asamblea General de la ONU.

1975
Reapertura del canal de Suez, cerrado durante la guerra de 1967. Ocupaciones de tierras palestinas por parte del Gush Emunim. Graves divisiones en el Gabinete de Rabin. Se recrudece la guerra de Líbano.

1976
Operación Entebbe: un comando israelí rescata a los pasajeros de un avión secuestrado por el FPLP y lo conduce al aeropuerto de Kampala (Uganda).

1977
Dimisión de Rabin. Efímero Gobierno de Peres. Los conservadores del Likud ganan las elecciones: Menahem Begin, jefe del Gobierno israelí.

1978
Acuerdos de Camp-David entre Israel y Egipto, con la mediación del presidente Carter (18 de septiembre). Fallece Golda Meir a los 80 años de edad. Premio Nobel de la Paz para Begin y Sadat.

1979
Se refrenda el Acuerdo de Camp-David. Comienza la evacuación judía del Sinaí. Egipto e Israel intercambian embajadores.

1980
Comienza la guerra Irak-Irán.

1981
El Likud vuelve a ganar las elecciones en Israel. Asesinato del presidente Anuar el-Sadat. Le sucede Hosni Mubarak. Fallece Moshe Dayan.

1982
Concluye la retirada judía del Sinaí, con la destrucción de las colonias agrícolas allí levantadas en la década anterior (abril). Invasión israelí de Líbano (6 de junio). Los palestinos abandonan Beirut. La OLP establece su sede en Túnez.

1983
Dimite Menahem Begin y le sucede Yitzhak Shamir.

1984
Los laboristas ganan las elecciones en Israel, pero con margen tan estrecho que deben gobernar en coalición con el Likud. Peres, primer ministro; Shamir, ministro de Exteriores y Rabin, de Defensa.

1985
La aviación israelí bombardea la sede de la OLP en Túnez. Los fedayines secuestran el transatlántico Achille Lauro.

1986
España e Israel establecen relaciones diplomáticas. Estalla el escándalo Irangate, que poco después se convierte en Irán-Contra. Relevo al frente del Gobierno israelí: le toca el turno a Shamir.

1987
Comienza la *intifada*, que en cinco años cosecharía 1300 muertos palestinos, más de 5000 heridos de importancia y unos 18 000 convictos de terrorismo, según opinión de la judicatura israelí.

1988
Un comando israelí asesina en Túnez al número dos de la OLP, Abu Yihad. Yasser Arafat proclama el nacimiento del Estado palestino en el exilio y acepta la Resolución 242. La ONU se traslada a Ginebra para escuchar a Yasser Arafat.

1990
Emigración masiva de judíos de la Unión Soviética hacia Israel. Irak invade Kuwait.

1991
La coalición organizada por Estados Unidos derrota a Irak. Reunión en Madrid de la Conferencia de Paz para Oriente Medio.

1992
Los laboristas ganan las elecciones en Israel: Rabin, primer ministro; Peres, en Exteriores. Clinton gana las elecciones presidenciales en Estados Unidos.

1993
Conferencias de paz secretas sobre Oriente Medio en Oslo. Acuerdo palestino-israelí firmado por Rabin y Arafat en la rosaleda de la Casa Blanca (13 de septiembre). Reuniones de Rabin y Arafat en El Cairo.

1994

Yasser Arafat regresa a Palestina como presidente de la ANP. Tratado de paz entre Israel y Jordania. Premio de la Concordia Príncipe de Asturias para Arafat y Rabin. Premio Nobel de la Paz para Rabin, Peres y Arafat.

1995

Rabin y Arafat firman la segunda parte del acuerdo en la Casa Blanca, conocido como Oslo II (28 de septiembre). Asesinato de Yithzak Rabin (4 de noviembre). Peres, al frente del Gobierno israelí.

1996

Victoria electoral de Arafat, elegido presidente de la ANP. Triunfo del Likud en las elecciones legislativas de Israel: Netanyahu, jefe de Gobierno. Crisis palestino-israelí por la apertura del Túnel de los Asmoneos: 65 muertos. Fuertes presiones internacionales sobre Netanyahu para que continúe el proceso de paz.

1997

Netanyahu y Arafat firman la tercera fase del acuerdo palestino-israelí (Protocolo de Hebrón). Los soldados judíos evacuan Hebrón, concluyendo la fase de las retiradas previstas en los acuerdos de Washington de septiembre de 1995.

1998

Se firma del Memorándum de Wye River o de Wye Plantation (23 de octubre) que prevé el repliegue israelí en tres fases: en las dos primeras, de un 13,1% de los Territorios Ocupados; la tercera condicionada al cumplimiento de las condiciones de seguridad impuestas por Israel.

1999

Una fecha definitiva (¡!) para la paz. Gana las elecciones Ehud Barak. Muere el rey Hussein de Jordania. Acuerdos de Sharm el Sheik. Conversaciones de paz con Siria.

2000

Retirada del ejército israelí de Líbano. Fallece Hafed el Assad, presidente de Siria, y le sucede su hijo Bachar. Camp David II entre Ehud Barak y Yasser Arafat. Ariel Sharon visita la Explanada de las Mezquitas (28 de septiembre). Comienza la Segunda *intifada*. Nueva cumbre de Sharm el Sheik. Moción de censura contra Barak, que disuelve la *Knesset* y convoca elecciones. La última propuesta del presidente Clinton (23 de diciembre).

2001

Negociaciones de paz de Taba (del 21 al 28 de enero): ambas partes se hallan más cerca que nunca de un acuerdo. Victoria electoral de Ariel Sharon (6 de febrero). La Comisión de Derechos del Hombre de la ONU pide el despliegue urgente de observadores internacionales (21 de marzo). El ejército israelí reocupa parcialmente y por vez primera los territorios de la ANP (17 de abril). Informe de la Comisión Mitchell (21 de mayo). Plan de Paz Tenet (13 de junio). 12 activistas de Hamas y Al Fatah víctimas de los atentados preventivos israelíes (30-31 de julio). Ocupación de la Casa de Oriente, sede de la OLP en Jerusalén (10 de agosto), tras un atentado terrorista. Destrucción de las Torres Gemelas (11 de septiembre). La aviación israelí bombardea el aeropuerto de Gaza y las instalaciones gubernamentales de la ANP Orden de reclusión contra Yasser Arafat en su cuartel general de Ramala (13 de diciembre).

2002

Israel captura en el Mar Rojo un carguero con 50 toneladas de armas procedentes de Irán y destinadas, según demuestra Israel, a la ANP (enero). En marzo se viven los días más violentos de la revuelta palestina: en la primera semana mueren 150 personas (4 palestinos por cada israelí). El Consejo de Seguridad de la ONU aprueba la resolución 1397 que pide que en la región haya dos estados, Israel y Palestina, que coexistan dentro de fronteras seguras y reconocidas (12 de marzo). Plan saudí: reconocimiento árabe a cambio del cumplimiento de la resolución 242; se presenta y aprueba en la Cumbre Árabe de Beirut (26-27 de marzo). Ariel Sharon inicia la Operación Muro Defensivo (abril); invasión israelí de los territorios de la ANP Arafat y sus colaboradores son aislados en medio de las ruinas de sus oficinas gubernamentales. Asedio del Templo de la Natividad en Belén, donde se habían refugiado civiles y milicianos armados. Los israelíes reducen a escombros cuantos lugares ofrecen alguna resistencia. La destrucción es especialmente grave en Jenin. Reunión en Madrid (10 de abril) de José María Aznar (presidente semestral de la UE), Javier Solana (PESC) y Josep Piqué con el secretario general de la ONU, Kofi Annan, el secretario de Estado norteamericano Colin Powell y el ministro ruso de Exteriores, Ígor Ivanov. Su llamamiento no tuvo respuesta. Dos resoluciones de la ONU (1402 y 1403, de los días 30 de marzo y 5 de abril) pidiendo la retirada inmediata de las tropas israelíes de los territorios de la ANP, son ignoradas por Israel. El Consejo de Seguridad ordena una investigación internacional sobre Jenin (20 de abril), que Israel logró paralizar. Se levanta el cerco a Arafat en Ramala (2 de mayo), y el de la basílica de Belén (día 10). El

presidente Bush reclama un cambio de liderazgo en la ANP para alcanzar la paz (24 de junio). Arafat replica que a los líderes palestinos los elige su pueblo y anuncia elecciones para enero de 2003. Se concede el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia al músico argentino, de origen judío, Daniel Barenboim y al profesor y ensayista norteamericano de origen palestino, Eward Saïd (4 de septiembre). Arafat convoca elecciones presidenciales para el 20 de enero de 2003, pero pierde el apoyo parlamentario y debe disolver el gobierno (día 11). Sendos atentados islamistas terminaron con la inactividad terrorista palestina; Israel reocupa los Territorios de la ANP, impone el toque de queda que lleva a la muerte a numerosos palestinos y vuelve a aislar a Arafat en la destruida Muqata. El rechazo internacional es unánime.

Ante las presiones europeas y de la ONU, el 29 de septiembre Israel levantó el cerco de los restos del cuartel general de Arafat, aunque no se replegó a las líneas del 28 de septiembre de 2000. Ese mismo día, el Congreso norteamericano reconocía Jerusalén como capital del Estado de Israel. Arafat reaccionó una semana más tarde y aprobó una resolución de su parlamento, declarando la Ciudad Santa como capital del Estado Palestino.

DAVID SOLAR CUBILLAS (Noja, Cantabria, 1943), fundador y director de 1998 a 2010 de *La Aventura de la Historia* y colaborador habitual del periódico *El Mundo*, fue redactor de *Diario Madrid* (1969-1971), guionista del programa de TVE *Informe semanal* (1973-1988), jefe de Internacional del semanario *Mundo* (1974-1976), fundador y director de *Historia 16* (1976-1998), comentarista de temas históricos en el programa *Hoy por hoy* de la Cadena SER (1991-2002) y en *La brújula*, de Onda Cero (2002-2003). Profesor de Relaciones Internacionales en el Máster de Periodismo de *El Mundo*, ha dirigido numerosas colecciones de carácter histórico, entre ellas la *Revisión Histórica del siglo XX: la II Guerra Mundial*, en 15 volúmenes. Conferenciante habitual sobre asuntos relativos al problema del próximo Oriente, a la Guerra Fría, a cuestiones militares o estratégicas; es autor de centenares de artículos de política internacional e Historia, y de los libros *El conflicto de Oriente Medio; Los palestinos atacan; El laberinto de Palestina; Sin piedad, sin esperanza. Palestinos e israelíes, la tragedia que no cesa; La caída de Santander, agosto 1937; El último día de Adolf Hitler; La caída de los dioses* y *Un mundo en ruinas*.

Notas

[1] Juan Pablo Fusi «Historia y Oriente Medio» (*El País*, 9 de abril de 2002) pretendía que el conflicto comenzó en 1948, como si hubiera surgido allí y en ese instante por arte de magia. Antonio Elorza respondió a algunos aspectos de ese artículo en su «España e Israel», (*El País*, 12 de abril de 2002). Bernabé López García replicaba, también, a varios de los puntos argumentales de Fusi; por lo que respecta al asunto del comienzo del conflicto, recorría los antecedentes «necesarios» para la proclamación del Estado de Israel, relacionaba los numerosos organismos palestinos existentes ya en los años treinta y recordaba que, ya en 1919, la Comisión King-Crane, creada por el presidente Wilson, pronosticaba lo que iba a ocurrir («Historia y propaganda en Palestina e Israel», *El País*, 31 de mayo de 2002). < <

[2] José Antonio Lisbona (en *España-Israel, historia de unas relaciones secretas*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2002) demuestra en uno de los interesantes apéndices de esta obra que el manual de actuación del Irgun dirigido por Menahem Begin —que fue durante muchos años jefe de la oposición parlamentaria en Israel y llegó a presidir su Gobierno— era el libro de cabecera de los fundadores de ETA y de las primeras camadas de sus terroristas. < <

[3] Aparte del puro interés geográfico, se da la seguridad política y la compatibilidad tecnológica: los técnicos y militares israelíes utilizan el mismo lenguaje, los mismos medios y tienen la misma capacitación que los de la OTAN y EE.UU. A comienzos de septiembre de 2002, en el debate internacional sobre el ataque a Irak, el diario israelí *Maariv* del Gobierno israelí había autorizado a Washington almacenar «enormes cantidades de material» en las bases de su ejército. Un general norteamericano no identificado habría confirmado al diario que tal acción se inscribía en el marco de la cooperación entre ambos países. En ese mismo sentido, Israel facilitarla, también, asistencia logística y el apoyo de sus servicios de inteligencia. «Decenas de oficiales y funcionarios norteamericanos se encuentran actualmente en las bases israelíes para comprobar los depósitos de municiones, el registro de armas, traslados y distribución a las diversas bases del país. Las cantidades de armas ya enviadas o que deben llegar a territorio israelí son enormes, puesto que Israel es el único país en que confiamos», (*El Mundo*, 10 de septiembre de 2002). < <

[4] El general Ben Eliezer había sido elegido en febrero de 2002 jefe de filas del partido Laborista. La formación se estaba desintegrando, a causa de la participación en el Gobierno de coalición de Sharon; Yossi Beilin, partidario de un acuerdo inmediato con los palestinos, se había marchado para crear su propio partido; una de las personalidades más influyentes del laborismo, el historiador Shlomo Ben Ami —muy vinculado a España por sus investigaciones y por haber sido embajador en Madrid, muy conocido por sus numerosas obras sobre el conflicto y ministro en el gabinete de Barak— se daba un mes para pensar si dejaba el partido o continuaba en él; en agosto decidió abandonarlo, emprendiendo la formación de una plataforma cívica en la que participaran políticos israelíes y palestinos, que debería preparar unas nuevas negociaciones tras los esperados cambios que surgirán tanto en la ANP como en Israel, dado que ambos legislativos serán cambiados por las elecciones de 2003.

Ben Eliezer, en el Congreso Laborista del 2 de julio de 2002, declaró que la participación de su partido en la coalición gubernamental era una garantía para impedir los excesos de la derecha: «Sin mí, se hubiera producido la reocupación de los territorios palestinos; la Autoridad Palestina hubiera sido destruida; Arafat habría sido expulsado; las colonias salvajes no habrían sido evacuadas y el muro de seguridad entre Israel y los terroristas no habría sido construido». Ben Eliezer, como gran parte de los israelíes, reconocía que la colonización de los Territorios Ocupados, había constituido un error histórico, con el que ahora debía cargar Israel; respecto al futuro, abogó por la constitución de un Estado Palestino, resolución aprobada por el Congreso. Su oponente más significado, Haim Ramón, proponía proceder a la separación unilateral e inmediata de israelíes y palestinos y el desmantelamiento de las colonias judías más aisladas. < <

[5] El historiador israelí Tom Segev declaraba: «La ocupación engendra terrorismo, que suscita la represión, que fabrica aún más candidatos a los atentados suicidas. Se trata de un proceso regresivo en estado puro. Yo no me considero un pacifista, pero me enerva que estemos metidos en un proceso de reconquista militar de los territorios palestinos sin asumir esta situación en toda su realidad. Todo esto carece de visión (…) Su desesperación (de los palestinos) es inconmensurable. Los jóvenes que de Israel sólo conocen sus barreras, sus controles, sus soldados y sus colonos se dicen que esta vida no merece la pena. Eso es determinante cuando se le añade el aspecto religioso (…) Es aterrador (que al terrorismo islamista se hayan unido activistas políticos). Estamos asistiendo, quizá, a un nuevo capítulo en las guerras de liberación. ¿De dónde surge esto? ¿Qué parte de responsabilidad tenemos en ello? Esa muchacha de 17 años que se ha hecho saltar por los aires contaba sólo 2 años cuando estalló la primera *intifada*. Ella pertenecía a una generación perdida. Ahora será imprescindible que, como mínimo, transcurra una generación entera para que pueda establecerse una paz verdadera. Pero la condición indispensable es que los palestinos tengan su propio Estado. Sin Estado, no saldrán de una etapa terrorista» (*Le Monde*, 4 de abril de 2002). < <

[6] La historia la escriben quienes investigan, al margen de su nacionalidad. Sería absurdo que la historia de España debieran hacerla los españoles o la alemana, los alemanes, pero dado el clima políticamente encrespado y las inmensas suspicacias que rodean este asunto, he preferido recurrir, en este primer capítulo de historia tan inmediata, a los testimonios israelíes que, gracias a la libertad de opinión y pensamiento de que disfrutan, son capaces de manifestar con energía y, a veces, con amargura, lo mucho que de la política de su Gobierno no les gusta. El lector que sigue los periódicos conoce que las opiniones de los palestinos son, como mínimo, igualmente ácidas y, con toda lógica, más duras. < <

[7] Políticas: no negociación; militares y policiales: bombardeos, destrucciones, represalias, eliminaciones selectivas; económicas: cierre de fronteras, con la consiguiente pérdida de salarios, y bloqueo de las devoluciones de impuestos, cuya cantidad, al terminar la primavera de 2002, se elevaba a 420 millones de dólares. < <

[8] Ambas organizaciones parecen, al menos formalmente, vinculadas a la OLP y, por tanto, bajo la autoridad de Arafat. Su obediencia a la ANP quedó en entredicho desde finales de 2001, sobre todo cuando, a favor del sangriento prestigio adquirido por las bombas humanas, comenzaron también ambos grupos a cometer atentados de este género. Arafat ha condenado reiteradamente sus actuaciones terroristas, incluyendo el ataque contra un autobús, perpetrado el 16 de julio de 2002, que originó 7 muertos y 20 heridos entre los habitantes ultraortodoxos de una colonia en los Territorios Ocupados. <<

[9] El Ejército israelí cuenta con 190 000 soldados en periodo de servicio militar obligatorio, que dura tres años; y con 450 000 reservistas que prestan 40 días de servicio al año hasta que cumplen los 45 (Fuente: Centro de Estudios Estratégicos, Universidad de Tel Aviv). <<

[10] Zeev Sterhell es titular de la cátedra Léon Blum de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Hebrea de Jerusalén y uno de los historiadores israelíes más respetados y prestigiosos, tanto a escala nacional como internacional. Como militar tiene, también, una gran experiencia, pues fue oficial en la reserva y combatió en cuatro de las guerras de Israel. Las palabras aquí reproducidas las publicó en el diario israelí *Haaretz*, el 5 de abril de 2002 y, en español, en *La Aventura de la Historia*, n.º 44, junio de 2002. < <

[11] Reportaje de John Carlin (*El País*, 14 de abril de 2002). < <

[12] El escritor israelí David Grossman declaraba en una entrevista a Hermann Tertsch: «Cuando voy allá (Estados Unidos) suelo ir a las comunidades judías a animarlas a criticar la política de Sharon. Me dicen que si lo hicieran debilitarían la política de Israel. Yo les digo que, por el contrario, estarían ayudando al Estado porque su apoyo incondicional hace creer a Sharon que tiene las manos Ubres para hacer todo. Ellos siempre piensan en la vulnerabilidad de Israel, que, por cierto, exageran desde allí. Israel es mucho más fuerte de lo que ellos creen» (*El País*, 2 de junio de 2002). < <

[13] Lo más preocupante para el Gobierno de Sharon fue la mencionada objeción militar. Pero en Israel protestaban muchos y de muy diferentes formas, por ejemplo, la juventud. El jueves 23 de mayo unos 2000 jóvenes de Tel Aviv se reunieron en una fiesta de reivindicación a bailar al son de la música tecno. No fueron tantos como esperaban, porque sólo tuvieron 23 horas para organizado y, además, coincidió con un atentado palestino. Uno de los asistentes, Sai Rapaport, de 28 años, declaraba: «*Se dice que somos una generación mimada, que no pensamos más que en ir al café o a la playa, que carecemos de conciencia política… Sin embargo, nosotros lo que queremos es ser normales. Para nosotros, bailar es ser normales, constituye, por tanto, un verdadero acto de resistencia contra el modo de vida que se nos quiere imponer, fundado sobre la guerra y la ocupación*». < <

[14] «*Publicamos artículos, pagamos anuncios, participamos en reuniones en Israel y en el extranjero… Ésa es hoy la verdadera oposición. Por supuesto, no es muy fuerte. Lo sabemos. Los laboristas tendrán que haber sido la oposición natural, pero están con Sharon*», declaraba Yossi Beilin. <<

[15] «El reciente conflicto ha hecho crecer la desconfianza hacia ellos, a la par que su israelización experimenta una caída clara, más después de que, en octubre de 2000, su levantamiento contra la ocupación fuera reprimido por el ejército israelí, con un saldo de 12 palestinos muertos» (Carmen López Alonso, *«Israel tierra de las promesas rotas», La Aventura de la Historia*, n.º 44, junio de 2002). < <

[16] Desde el primer atentado de un hombre-bomba, el 16 de abril de 1993, hasta principios de abril de 2002, se hablan registrado 107 atentados suicidas, que habían causado la muerte a 347 personas. La mayor intensidad de esta atroz forma de terrorismo había tenido lugar en 2002, con 29 atentados en tres meses y con la particularidad de que las mujeres también comenzaron a autoinmolarse (semanario *Time*, 15 de abril de 2002). < <

[17] «Crecieron las voces más radicales y antisionistas (islamistas, nacionalistas árabes) que, además de comenzar a desplazar a los grupos tradicionales de oposición árabe, desarrollaron una denuncia del proceso de paz desde dentro de Israel» (Isaías Barreñada, *«Oslo, nueve años después de un fracaso anunciado», La Aventura de la Historia*, n.º 44, junio de 2002). <<

[18] «En el plano económico, Israel se sumergió en la más importante crisis desde 1953 (…) El PIB cayó un 2,9% en 2001; creció el desempleo y se recortó el presupuesto. Sólo en el año 2001 las pérdidas fueron evaluadas en 2400 millones de dólares», (Isaías Barrenada, op. cit.). <<

[19] La población palestina de los Territorios Ocupados ascendía a algo menos de tres millones: Cisjordania, 1 545 000 (de ellos, 583 000 refugiados); Gaza, 1 022 000 (853 000, refugiados); Jerusalén, 200 000 (*Le Monde*, 6 de abril de 2002). < <

[20] En los Territorios Ocupados vivían unos 400 000 israelíes; la mitad, en Cisjordania y Gaza; la otra mitad, en Jerusalén Este. En su mayoría, estos israelíes, aunque se les llame «colonos», no son agricultores o granjeros a la vieja usanza, sino trabajadores industriales o del sector servicios, que residen en urbanizaciones donde la vivienda es mucho más barata; los traslados hasta los centros de trabajo son rápidos, por lo reducido de las distancias —en general, entre 20 y 40 kilómetros— y la buena calidad de las carreteras, de uso exclusivo para los israelíes. Según el movimiento *Paz Ahora*, en los primeros ocho meses de 2002 se crearon ocho nuevos asentamientos. <<

[21] Según fuentes de la UE, en abril de 2002 el 65% de los palestinos de los Territorios Ocupados vivía por debajo del umbral de la pobreza (dos dólares diarios); los ingresos medios per cápita eran un 30% inferiores a los de 1993; el paro superaba el 50%. Y la situación se degradaba sin cesar: el PIB en 2001 era un 15% inferior al de 2000. En julio, el desempleo alcanzaba al 75% de la población activa.

La Agencia de Cooperación Internacional de Estados Unidos (USAID) hacía público en un informe de agosto de 2002 que el 22,5% de los niños palestinos de los Territorios Ocupados menores de cinco años sufre malnutrición; el 19,7% de esos niños padece anemia, lo mismo que un 10,8 de las mujeres en edad fértil. Las deficiencias (más del 60% apenas había ingerido en el 2002 pollo, pescado, legumbres o fruta y el 50 por ciento casi nunca tomaba leche o sus derivados) se debían a que un 65% no podían pagar esos alimentos, mientras que el 33% no lograba acceder a ellos a causa de los toques de queda y los cortes de carreteras.

Un informe de la Oficina de Ayuda Humanitaria de la ONU (UNOCHA) completaba en agosto la descripción del terrible panorama: cerca de un millón de palestinos depende para sobrevivir de la ayuda internacional (aproximadamente, un tercio de los habitantes de los Territorios Ocupados) pese a lo cual pasa hambre, padece desnutrición, vive en condiciones sanitarias infrahumanas y tiene graves deficiencias de alojamiento y educación. < <

[22] Desde 1994 a 2001, la Autoridad Palestina ha recibido ayudas internacionales por valor de unos 8000 millones de euros, aportados por la UE o sus miembros (55%), los países árabes (30%), EE. UU. (10%) y resto (5%). Con ese dinero se financian los gastos burocráticos, policiales y se iba levantando su infraestructura. Según las acusaciones generalizadas, incluso de círculos próximos a Arafat, los empleos, los contratos, las concesiones, etcétera, no obedecen a concursos, oposiciones o licitaciones, sino a adjudicaciones a dedo, por favoritismo o a cambio de fidelidades políticas. También menudeaban las acusaciones de malversación de fondos en obras demasiado suntuosas para las necesidades reales de la ANP. <<

[23] *«El doble lenguaje de la democracia» (El País,* 4 de junio de 2002). < <

[24] Esa denuncia siempre procedía de grupos integristas, como Hamas o Yihad Islámica o de las organizaciones izquierdistas y radicadas en Damasco, FPLP, FDPLP o FDPLP Comando General. Era, por tanto, interesada, pero no carente de fundamento, pues en materia de terrorismo la policía palestina colaboraba con la israelí y ambas, a partir de 1997, contaban con apoyo y coordinación de la CIA. Gema Martin Muñoz escribe al respecto: «*Durante los ocho años de las negociaciones de paz en el marco de Oslo, la estrategia de EE. UU. e Israel se definió por colocar la seguridad en primera línea de interés, invirtiendo intensamente en la policía palestina y los servicios de inteligencia, mientras quedaba relegada la democratización de la Autoridad Palestina y la rehabilitación de servicios públicos básicos, como sanidad, educación, vivienda, infraestructuras… Por el contrario, durante esos años una muy buena parte de lo gastado por la Autoridad Palestina se dedicó a la construcción de prisiones y a enrolar decenas de miles de hombres en los servidos de policía y seguridad a fin de castigar a todos aquellos que perturbaran la "tranquilidad" de la ocupación*» (op. cit.). <<

[25] El 17 de octubre de 2001, fue asesinado en un hotel de Jerusalén el ministro israelí de Turismo, el integrista Rejavam Zeevi. Como represalia, la aviación israelí destruyó los helicópteros que utilizaba para sus traslados el presidente Arafat; Sharon le exigió, además, la captura de los autores del crimen. Éstos fueron encarcelados, pero no entregados a la policía israelí, lo que constituyó el pretexto para el confinamiento de Arafat en Ramala. Los presuntos responsables fueron juzgados en abril por la ANP, en un proceso irregular, del que salieron condenados a diversas penas de reclusión y puestos bajo custodia de fuerzas internacionales. Otro caso llamativo —y son numerosos— fue el del dirigente del FPLP en los Territorios Ocupados, Ahmed Saadat, cuya detención exigió Tel Aviv, tras el asesinato de una mujer israelí, presuntamente por miembros del FPLP; los servicios secretos de Arafat cumplieron puntualmente el encargo el 15 de enero. < <

[26] El 3 de enero de 2002, comandos israelíes capturaban en el mar Rojo, entre la costa saudí y la sudanesa, al mercante *Karim-A* cargado con 80 toneladas de armas y municiones. De inmediato Israel acusó a la ANP de estar tras la compra de esas armas destinadas a los terroristas palestinos; Arafat lo desmintió categóricamente. Pocos días después se supo, sin embargo, que el barco había sido comprado por la ANP el 10 de octubre de 2001; su capitán, Omar Akaui, capturado por los israelíes, resultó ser un palestino, afiliado a la OLP y con viejos antecedentes en el tráfico de armas. El barco habría partido de Adén en diciembre; se encontró a la altura de Omán con otro mercante del que recibió las armas y se dirigió hacia el canal de Suez, con el propósito de alcanzar El Arisch, donde traspasaría la caiga a lanchas rápidas, que tratarían de introducirla en Gaza. Akaui no sabía si Arafat estaba tras la operación, pero aseguró que recibía órdenes de Adel Abdallah; éste, según los servicios informativos militares de Israel, habría sido encargado de coordinar la operación por Fathi Razem, subjefe de la Policía Marítima palestina, y por Fuad Shubeki, jefe de la Administración Financiera palestina. Por más que la ANP y Arafat siguieran afirmando que no estaban al tanto de la operación, ésta se les acercaba peligrosamente, tanto que Washington, inicialmente escéptico ante las informaciones israelíes, pues suponían que sería un montaje de sus servicios secretos, comenzó a llamar mentiroso a Arafat. Las armas que, evidentemente, no hubieran modificado la inmensa desproporción de fuerzas entre Israel y la ANP, si hubiesen cambiado la naturaleza de la confrontación, pues entre ellas había cohetes anticarro Sagger; misiles *Katiusha* y morteros, es decir, un pequeño arsenal apto para destruir algún carro israelí en sus incursiones dentro de los territorios palestinos y para causar destrucciones y víctimas en los asentamientos israelíes en los Territorios Ocupados. Es decir, con esas armas los palestinos hubieran elevado algunos puntos la violencia de la confrontación, causando mayor número de bajas a los israelíes y recibiendo una respuesta más contundente si cabe. Así, absurdamente, la naturaleza del problema palestino quedaba olvidada, mientras durante cinco semanas se polemizaba sobre el caso, que terminó con una carta de Arafat al presidente norteamericano, George Bush, admitiendo que algunos palestinos habían, efectivamente, traficado con armas. <<

[27] A comienzos de febrero de 2002, Arafat declaraba al *The New York Times* que desautorizaba los ataques contra civiles israelíes, mostraba su deseo de reanudar las negociaciones de paz y, por vez primera, al menos públicamente, aceptaba que no todos los refugiados palestinos podrían regresar, necesitándose una solución justa y prudente «que tenga en cuenta las preocupaciones demográficas de Israel». < <

[28] Eran beduinos, los únicos árabes que Israel acepta en su ejército. <<

[29] Añádase a la ruina económica y a la moral la destrucción sistemática de las infraestructuras palestinas: aeropuertos, puertos, carreteras, estaciones de radio y televisión, comisarías… El antropólogo israelí Jeff Halper, coordinador del Comité israelí contra la demolición de viviendas en los Territorios Ocupados, aseguraba en febrero que, en lo que iba de año, más de un millar de personas se había quedado sin techo y encuadraba el asunto en un cuidadoso plan israelí para terminar con la resistencia de los palestinos; uno de los puntos destacados por el antropólogo era «*la campaña de desgaste a largo plazo, menos visible y menos dramática, es tan eficaz como los ataques militares a la hora de erosionar la resistencia palestina contra la ocupación. La demolición de viviendas, el sitio y asedio permanentes, los toques de queda prolongados, las restricciones a la libertad de movimiento, la pobreza inducida, las deportaciones económicas burocráticas poco llamativas y una guerra sucia por medio de colaboracionistas, todo contribuye a socavar la voluntad de resistencia del pueblo palestino. Israel confía en que, si mina el apoyo a la Autoridad Palestina, logrará un liderazgo más obediente*». <<

[30] Los refugiados palestinos en Cisjordania y Gaza se cifraban, en la primavera de 2002, en millón y medio; en los países árabes habla más de dos millones y medio y se estimaba que, disperso por el mundo, existía cerca de medio millón más, lo cual eleva la cifra de los refugiados a un total de cuatro millones y medio. Gran parte de ellos nació o desciende de las tierras que hoy integran Israel. No hace falta explicar por qué su retorno significarla el fin del Estado judío, sin embargo, para ellos, y para todos los palestinos, la renuncia al derecho del retorno constituye una extraordinaria injusticia, cuando las puertas de Israel están abiertas para todos los judíos, que salieron de esa región hace 70 generaciones. < <

[31] «Los crímenes cometidos durante décadas por el Ejército y las fuerzas de seguridad israelíes, ejecuciones extrajudiciales, asesinatos 'preventivos', secuestros y detenciones arbitrarias, encarcelamientos gubernativos indefinidos, mantenimiento de presos políticos y de conciencia, torturas sistemáticas, juicios ante tribunales militares carentes de las mínimas garantías procesales y el sometimiento de todo un pueblo a condiciones de vida peores que las del *apartheid*, se ajustan a la descripción típica de las figuras de crímenes de guerra y de lesa humanidad y suponen la más depurada manifestación del terrorismo de Estado, ante la pasividad de la comunidad internacional y con absoluta impunidad. ¿Qué legitimidad moral le queda, ante buena parte de la opinión pública mundial, al Tribunal Internacional para la ex-Yugoslavia que juzga a Slovodan Milosevic?», escribía el jurista Carlos Castresana, miembro de la Fiscalía Anticorrupción y de la Unidad Progresista de Fiscales (*El Mundo*, 9 de abril de 2002). < <

[32] Según un informe oficial desvelado por el semanario jerosolimitano *Kol Hair*, «los prisioneros han permanecido detenidos, con las manos atadas, hasta doce días, debiendo dormir en el suelo al aire libre, bajo el frio y la lluvia, sin poderse lavar (…) Numerosos testigos han resaltado la escasa cantidad de alimentos que se les proporcionaba». La asociación israelo-palestina *Law* denunciaba, a su vez, la irresponsabilidad «de mantener a los prisioneros en esas condiciones durante muchos días, en particular porque se trataba, en su mayoría, de personas detenidas para su identificación». La misma organización aseguraba que a muchos de los detenidos se les retenía la documentación, por lo que volvían a ser enviados al campo de detención al llegar al primer control. <<

[33] *El Mundo*, 1 de junio de 2002. < <

[34] Tanya Reinhart, profesora de Estudios culturales de la Universidad de Tel Aviv, escribía a comienzos de mayo de 2002: *«Esas medidas de represalia forman parte de un ataque sistemático contra la Autoridad Palestina, minuciosamente preparado mucho antes de la presente guerra contra el terrorismo. Ya en octubre de 2000, en las primeras etapas del levantamiento palestino y antes de que comenzaran los atentados, los círculos militares de Israel habían elaborado planes operativos detallados para derrocar a Arafat y acabar con la autoridad (…) El cambio más visible en la posición oficial israelí sobre Oslo no fue consecuencia del terrorismo palestino. El plan de acción para derrocar a Arafat, conocido como* Campo de espinas, *se había elaborado ya en 1996 y se actualizó a principios de 2000, antes de que comenzara la Intifada. A partir del otoño de 2000, los políticos y funcionarios cercanos al entonces primer ministro Ehud Barak, se esforzaron en preparar a la opinión pública para el momento en que cayera Arafat*», (Open Democrácy.net). < <

[35] El conocido historiador israelí Tom Segev, columnista habitual del diario *Haaretz*, no creía que Sharon tuviera algún plan coherente sobre nada: *«No tiene proyecto político alguno. Su programa es dar vía libre a la represión. Querer expulsar a Arafat sin saber ni cómo ni cuándo no es ningún programa. No, ahora, políticamente, nadie controla la situación. En estos casos los locos ocupan el espacio libre. Los terroristas suicidas, del lado palestino y, de nuestro lado, gente como el ministro del interior, Uzi Landau, o como Benny Elon —ministro de Turismo—, que proponen abiertamente la expulsión de los palestinos. La idea de que esto pueda concluir en una nueva expulsión de los palestinos me aterroriza. En tanto que israelí, ésa sería mi línea roja, el momento en que dejaría de identificarme con este Estado». A la pregunta «¿Le parece posible una expulsión como la de 1948 o la de 1967?», respondió: «Desgraciadamente no se puede excluir. El terrorismo palestino recuerda al de los años treinta, cuando el movimiento sionista comenzó a pensar sobre la expulsión de los palestinos. Ahora sería necesaria una circunstancia excepcional, pero con Sharon, que cree que la guerra de 1948 aún no ha terminado, nada está excluido. Se pueden imaginar diversos escenarios catastróficos en los que nuestros dirigentes estarían tentados por esta idea disparatada»* (*Le Monde*, 4 de abril de 2002). < <

[36] Antes del comienzo de la Operación Muro Defensivo, el profesor israelí, Jeff Halper, aseguraba que en la primera semana de marzo habían sido destruidas al menos 50 casas, dentro de un proyecto israelí a largo plazo que pretende *«el traslado tranquilo de la población (…). La demolición es el arma del miedo permanente. Ninguna de esas edificaciones cuenta con permiso; los palestinos no tienen prácticamente ninguna posibilidad de obtenerlo, ni siquiera en su propia tierra. Saben que los israelíes destruyen al azar unas cien al año. El miedo a perderlo todo acaba por obligar a muchos a marcharse, que es exactamente lo que pretenden los israelíes».* Y más adelante, valorando el nulo interés israelí en la constitución de un Estado palestino, escribe: *«Entre 1993 y 2001, Israel desmembró Cisjordania y Gaza en pequeñas isletas (áreas A, B y C); dobló la población de colonos hasta 400 000; aisló el Este de Jerusalén de la mayoría palestina; expropió cientos de kilómetros cuadrados de tierra palestina; atrancó 80 000 olivos y frutales; construyó 30 nuevos asentamientos (ya había 200); demolió 1200 casas; construyó 480 kilómetros de carreteras que atravesaban lugares palestinos y que suponían barreras para su libre circulación, lo que provocó un estrangulamiento económico que ha empobrecido a la población»* (*El País*, 17 de marzo de 2002). < <

[37] Citados por *Le Monde*, 18 de abril de 2002. < <

[38] El Parlamento Internacional de Escritores emitió un «Llamamiento por la Paz en Palestina», el 11 de marzo de 2002, que comenzaba: «En Palestina hay una guerra. En ella no se enfrentan los ejércitos de dos Estados enemigos, sino uno de los ejércitos más poderosos del mundo y un pueblo ocupado. Día y noche, desde hace meses, el ejército israelí rastrea centímetro a centímetro los territorios que se hallan bajo la Autoridad Palestina. Se multiplican los puestos fronterizos, se ponen muros a la entrada de los pueblos, se paraliza el flujo de la población, se crean guetos, reservas en los que ya no circulan más que tanques y sobrevuelan permanentemente los helicópteros del ejército. Una vez más, se cede ante la ilusión de la omnipotencia de las armas, de la destrucción total del adversario, cuando lo que, en realidad, se está alimentando es la espiral de atentados ciegos y represalias». En ese documento se anunciaba la visita de una delegación a Israel y a los Territorios Ocupados. < <

[39] «Con ser esto exagerado —la calificación de Saramago— y posiblemente un disparate, lo cierto es que si existe un paralelismo con la persecución nazi contra los judíos de Europa Oriental, sería con el gueto de Varsovia. Palestina es, desde hace varios decenios, un nuevo gueto de Varsovia» (Jesús Palacios, *El Mundo*, 18 de abril de 2002). < <

[40] *El Mundo*, 9 de abril de 2002. < <

[41] Declaraciones a John Carlin en Gaza (*El País*, 3 de abril de 2002). Esta comparación con el *apartheid* surafricano es vieja y bien conocida y comentada en el propio Israel; el jurista y político israelí, varias veces consejero de Justicia y ministro, Michael ben Yair, declaraba: «*Estamos cometiendo crímenes que vulneran el derecho internacional y la moral pública: la liquidación selectiva es terrorismo de Estado. El* apartheid *comienza allí donde un poder levanta dos sistemas diferentes, uno democrático y liberal; el otro represivo y cruel. Sólo existe una calificación para definir la situación que impera allí donde dos poblaciones no gozan del mismo status, ni de los mismos derechos, donde un ejército defiende la propiedad de unos y destruye la de los otros, donde un colono dispone de mucha más agua que un nativo, donde la segregación está inscrita en las leyes: se trata de* apartheid *(…) Israel será juzgado por la Historia y hasta, quizá, por el Tribunal de Justicia de La Haya» (Le Monde,* 10 de febrero de 2002). < <

[42] *El Mundo*, 9 de julio de 2002 y *Libération*, 10 de julio de 2002. <<

[43] *Corriere della Sera*, 5 de abril de 2002. < <

[44] No dejó de ser extraño porque, por aquellos días, el gran pianista y director de orquesta Daniel Barenboim, argentino de origen judío, no pudo dar un concierto en Ramala, porque se lo impidieron las autoridades israelíes. El maestro declaró: «Vivimos en un mundo que tiende a simplificarlo todo. Para algunos, los palestinos son sólo terroristas suicidas; para otros, los israelíes son sólo soldados. Y eso no es así… Puesto que israelíes y palestinos van a tener que vivir juntos, no entiendo por qué tenemos que esperar a los políticos para crear lazos entre ambas comunidades, sobre todo culturales (…) No existe una solución militar para este conflicto; a los políticos les está faltando creatividad para solucionarlo», (*Libération*, 7 de marzo de 2002). < <

[45] *El País*, 14 de abril de 2002. < <

[46] Días después de la entrevista con Piqué, el primer ministro israelí decía en la Knesset: «Los palestinos deben sufrir mucho más hasta que se enteren de que no obtendrán nada mediante el terrorismo. Si no sienten que han sido vencidos, no podremos volver a la mesa de negociaciones». Es decir, las únicas ideas de Sharon eran devolver por centuplicado el terror al terrorismo y negociar con vencidos desde el pedestal del vencedor. Dicho y hecho, el día 5 de marzo, el ejército israelí mataba a 20 palestinos, entre ellos a cinco niños y un médico que auxiliaba a los heridos. Un día después, era atacado el cuartel general de Arafat y el terrorismo de Estado aumentó exponencialmente. < <

[47] *Libération*, 14 de marzo de 2002. < <

[48] La prensa internacional le ha reconocido esos méritos y un indudable protagonismo en la solución de espinosos problemas, como el de los refugiados en la basílica de la Natividad, en Belén. <<

[49] La Comisión Permanente de la Asamblea Parlamentaria de la OTAN, reunida en Granada el 6 de abril, se hizo eco de la gravísima situación que se estaba viviendo en los Territorios Ocupados de Palestina y pidió «La retirada inmediata de las tropas israelíes de las ciudades palestinas», el cumplimiento de las últimas resoluciones de la ONU, 1402 y 1403, el cese de la violencia por parte de unos y otros y la solución de «Paz por territorios». < <

[50] El mayor obstáculo para esa negociación es que lodos los planes para su inicio —el de Mitchell, el de Tenet y el de Zinni—, de acuerdo con la exigencia israelí, piden el fin de los atentados. Dicho en otras palabras: se deja la paz en manos de los terroristas. Esto es una constatación. El 30 de septiembre de 2001, Israel dio un ultimátum de dos días para que cesase el terrorismo y se pudieran abrir las negociaciones: al día siguiente hubo un atentado de Yihad Islámica. El 18 de febrero se disponía la UE a proponer un plan de paz, pero un atentado rompió esa misma mañana la unanimidad que parecía conseguida. El 27 de marzo se reunía la Cumbre Árabe de Beirut para estudiar el plan de paz saudí; un hombre bomba minimizó los buenos resultados con un atroz atentado en Jerusalén. El 11 de abril, tras la reunión de Madrid y en víspera de la llegada de Powell a Israel, una bomba contra un autobús encolerizaba aún más a Sharon. El viernes, 12 de abril, cuando Powell había vencido la oposición israelí para visitar a Arafat, un nuevo atentado impedía la entrevista, obligando a más negociaciones para efectuarla. El martes 7 de mayo, cuando Sharon estaba en Washington dando explicaciones a Bush sobre su desproporcionado empleo de la fuerza en los dos meses anteriores, un terrorista suicida causaba 16 muertos en Rishon le Zio, junto a Tel Aviv. Cuando Arafat anunciaba reformas en la Autoridad Palestina, el 5 de junio, un suicida de la Yihad Islámica sembraba el terror en el cruce de carreteras de Megido, donde se autodinamitó dentro de un autobús: 16 muertos y 40 heridos; como represalia, nuevos ataques israelíes contra Jenin y contra las ruinosas instalaciones de Arafat en Ramala… <<

[51] El peso dentro de la opinión pública norteamericana no era comparable: a lo largo de los meses de marzo, abril y mayo, hubo numerosas manifestaciones de diverso signo sobre el conflicto y, en general, puede decirse que los que pedían «Paz y devolución de los Territorios Ocupados» eran diez veces menos numerosos que los que clamaban contra el terrorismo palestino, ensalzaban a Sharon, denostaban a Arafat o llamaban «sucios» a los árabes. En el Congreso aún había mayor diferencia: el 3 de mayo, el Senado, por 94 votos a favor y dos en contra, aprobó un texto en el que se decía que Estados Unidos e Israel estaban unidos contra el terrorismo, por tanto se le prometía a Tel Aviv todo el apoyo. La Cámara de Representantes, por 352 votos contra 21, condenaba a Arafat por «su incesante apoyo al terrorismo» y «se manifestaba en favor de Israel, cuya política consistía en proporcionar seguridad a su pueblo, desmantelando la infraestructura del terror». <<

[52] «*Rentre en toi-même, Israel!» (Le Monde,* 10 de abril de 2002). < <

[53] *«No en el nombre de los judíos» (El País,* 14 de abril de 2002). <<

[54] Cuando abandonó su encierro en Ramala, una de las primeras declaraciones de Arafat fue para dar las gracias al presidente Aznar: «*Nunca olvidaré que, durante mi asedio, Aznar me llamó a diario para darme su apoyo moral*». <<

[55] Roben Fisk (*The Independent*, 10 de mayo de 2002). < <

[56] El historiador israelí Tom Segev comentaba algo parecido: «*Esos dos no serán capaces de hacer jamás la paz. Cada uno está anclado en su pasado heroico. Son símbolos del conflicto, no de la paz*». < <

[57] *Le Monde*, 3 de julio de 2002. < <

[58] El príncipe Mulei Hicham, primo del rey de Marruecos y observador internacional en las elecciones palestinas de 1996, escribía una grave reflexión sobre la actitud del presidente norteamericano: *«Soy amigo de Estados Unidos. He crecido en muchos sentidos gracias al contacto con esta admirable nación y he llegado a conocer y a respetar a su gente. Me entristece profundamente ver a su presidente pronunciar un discurso que, según el comentario unánime de los analistas israelíes, podría haber sido escrito por Sharon o por el comité central del Likud, y me hace temer por el futuro inmediato de Próximo Oriente y del mundo. Es un error que los países árabes se centren en éste o en aquel elemento positivo para dar una lectura favorable a su discurso. Este discurso resume la lamentable tendencia del Gobierno de Bush a reducirlo todo a una cuestión de "terrorismo" y a aceptar sin críticas el paradigma más radical de la extrema derecha israelí. Una vez más, lo centra todo en la seguridad de Israel, ignorando la injusticia esencial de la ocupación. Secunda la falsa idea de que atacar a la Autoridad Palestina servirá para solucionar ambos problemas. Apoya la reiterada dilación israelí; en pocas palabras, propone otro Oslo, cuando no queda tiempo para maniobras de este tipo. En general, se trata de otra receta para el desastre» (El País,* 16 de julio de 2002). < <

[59] Génesis, 12-1. < <

[60] Manfred Clauss, en *Antiguo Israel* (Acento Editorial, Madrid, 2001) supone que el reino de David pudo tener una extensión en tomo a los 26 000 kilómetros cuadrados, es decir, poco más que la actual Comunidad Valenciana. <<

[61] Este relato mítico es imprescindible a la hora de hablar de los orígenes del pueblo judío, pues sus actuales integristas y todos los partidarios del Gran Israel se agarran a la historicidad de este relato, al prodigio de la donación divina y, sobre todo, al anacronismo de pretender refundarlo. Recuérdese la aprobación de estos ultraconservadores del asesinato del primer ministro Yithzak Rabin, merecido según su criterio porque estaba entregando a los gentiles las tierras que Yahvé donó al patriarca Abraham. < <

[62] Thomas E. Thomson, catedrático de estudios bíblicos en la Universidad de Copenhague, y una de las más prestigiosas autoridades mundiales en la nueva visión de la Biblia, *The Mythic Past. Biblical Archaeology and the Myth of Israel*, Jonathan Cape, Londres, 1999, citado por Ricardo Herren en *«Sólo leyenda y religión, La Biblia», La Aventura de la Historia*, n.º 36, octubre 2001, p. 77. < <

[63] Israel Finkelstein, director del departamento de Arqueología de la Universidad de Tel Aviv y una autoridad arqueológica reconocida a escala mundial, en *From nomadism to Monarchy, Archaeological & Hístorical aspects of Early Israel*. Yad Izhak Ben-Zvi, Jerusalén, 1994, en *La Aventura de la Historia*, artículo citado. <<

[64] Ze'ev Herzog, arqueólogo israelí, profesor en la Universidad de Tel Aviv, *Deconstructing the walls of Jericho*, en *Haaretz*, 29 octubre de 1999. < <

[65] Nadav Na'aman, profesor de Historia Judía en la Universidad de Tel Aviv. *La Aventura de la Historia*, artículo citado. <<

[66] Manfred Clauss, profesor de Historia Antigua en la Universidad Goethe de Frankfurt, en *Antiguo Israel*, op. cit. < <

[67] Y no es ésta opinión de una serie de historiadores diferentes o pintorescos: el profesor de Estudios Bíblicos de Shefield, Philip Davies, comenta: «En la última gran conferencia académica de la Northwestern University de Chicago sobre los Orígenes del Pueblo Judío ya no hubo ni un solo ponente que defendiera la historicidad de las narraciones de los patriarcas del *Génesis*», pese a que allí estuvo reunido lo más granado de los especialistas en la Historia Bíblica del mundo. < <

[68] Israel Finkelstein, op. cit. <<

[69] A lo largo de todo el libro se emplearán varios gentilicios para designar a las gentes de Israel: judío, hebreo, israelita —sólo hasta la creación del Estado de Israel— e israelí —a partir de la fundación, el 14 de mayo de 1948, del Estado de Israel—. Esta pequeña distinción está dedicada a conservar la tradicional denominación castellana para los hijos del antiguo Israel —*israelita*—, adoptando la nueva forma —*israelí*— elegida por los padres del nuevo Israel en el momento fundacional y universalmente empleada desde entonces. < <

[70] Se da la paradoja de que la datación de nuestra era comienza cuatro años después de la muerte de Herodes el Grande, el rey al que, según el Nuevo Testamento, visitaron los Reyes Magos y al que se atribuye la matanza de los inocentes. Está fehacientemente comprobado que Cristo nació durante su reinado, quizá dos o tres años antes de su muerte. El error en el cálculo es medieval y se debe al monje Dionisio el Exiguo. < <

[71] *La Tora* es la ley mosaica contenida en el *Pentateuco*, conjunto de los cinco libros primeros del Antiguo Testamento: *Génesis, Éxodo, Levítico, Números* y *Deuteronomio*, que narran la historia religiosa desde la creación del mundo hasta el retorno del pueblo hebreo de la cautividad en Egipto. Tradicionalmente se aceptaba que el *Pentateuco* era la Revelación Divina a Moisés y que los libros fueron dictados en tiempos del legislador y jefe del pueblo judío; la investigación reciente considera que son obra anónima y colectiva desarrollada posteriormente, entre los siglos IX y IV a. C. o aún después; los textos bíblicos que manejamos son una versión fijada en el siglo XI de nuestra era. < <

[72] En la dura polémica entablada en la primavera de 2002 a propósito de la comparación de José Saramago de lo que está ocurriendo en Palestina con el campo nazi de exterminio de Auschwitz, han terciado numerosos intelectuales con aportaciones poco precisas que merece la pena recoger en este punto para analizar los fenómenos en su origen, tal como fueron. El profesor Reyes Mate, en su estupendo artículo *«La singularidad de Auschwitz» (El País*, 22 de mayo de 2002) se equivoca cuando escribe: «Ni siquiera el sionismo nace pensando en Palestina, sino como defensa del antisemitismo europeo». El sionismo nació pensando en Palestina; así aparece en la obra de Herzl y así en los congresos fundacionales del sionismo y, además, por eso lleva ese nombre. El filósofo añade en su artículo: «El Estado de Israel es, como bien reconoce Amos Oz, la solución extrema al derecho de un pueblo a vivir». Parece que esta frase, tomada de ese conocido escritor israelí, debiera tener cierta puntualización por parte del articulista, por ejemplo, que la supervivencia de un pueblo no debe hacerse a costa de otro. Si las cosas fueran como dice Reyes Mate, el Estado de Israel se hubiera podido fundar en Kenia. Terciaba, también, en la polémica, la escritora norteamericana Bárbara Probs Solomon con su *Réplica a Saramago (El País*, 1 de mayo de 2002). En ella recogía un párrafo del escritor judío Josep Roth, pariente lejano suyo: «El judío tiene derecho sobre Palestina, no porque en otro tiempo procediera de allí, sino porque ningún país está dispuesto a acogerle». Roth era clarividente en su primera aseveración, pero erraba en la segunda: si hubo otras tierras que hubieran podido «acogerle»; justifica, además, el pensamiento colonialista de que la invitación británica era plausible; y se equivoca al suponer que esa «acogida» fue voluntaria. Como se verá, la «acogida» fue buscada afanosamente durante dos décadas y, finalmente, se le impuso por la fuerza al pueblo que habitaba allí. < <

[73] Esta idea de la compra de tierras a los habitantes de Palestina no era la primera que había concebido el fundador del sionismo, para dotar de tierras a los inmigrantes judíos, pues en 1895 confiaba a su diario: «Debemos expropiarles amistosamente. La expropiación y expulsión de los pobres debe realizarse con prudencia y secreto». <<

[74] Israel venera la figura de fundador del sionismo: el 14 de mayo de 1948, David Ben-Gurion leyó la Declaración de Independencia bajo un enorme retrato de Herzl. Al año siguiente, concluida la primera guerra árabe-israelí, los restos del autor de *El Estado judío* fueron sepultados en una colina de Jerusalén Oeste, bautizada como monte Herzl. En los años cincuenta se instaló allí un cementerio —presidido por el mausoleo del fundador del sionismo— para sepultar a los padres de la patria y a los soldados que cayeran en combate. En honor a Herzl se bautizó con su nombre una de las nuevas ciudades fundadas por el Estado de Israel, Herzliya, hoy convertida en suburbio de Tel Aviv. < <

[75] El escritor ruso Asher Ginzberg (cuyo nombre original era Ahad Ha'am) visitó Palestina en 1891 y escribió un artículo titulado *Verdad de la tierra de Israel*: «Fuera de Israel solemos creer que la tierra de Israel es hoy casi totalmente desértica, árida e inculta y que quien quiera comprar terrenos en ella puede hacerlo sin trabas. Pero la verdad es muy distinta. En todo el país, es difícil encontrar campos cultivables que no estén ya cultivados (…) Solemos creer fuera de Israel, que todos los árabes son unos salvajes del desierto, un pueblo que se asemeja a los asnos, que no ven ni comprenden lo que se hace a su alrededor. Pero eso es un gran error. El árabe, como todos los hijos de Sem, tiene una inteligencia aguda y astuta (…) Si un día ocurriera que la vida de nuestro pueblo (los judíos) se desarrollase en el país de Israel hasta el punto de desplazar, aunque sólo fuese un poco, al pueblo del país, éste último no cederá su lugar fácilmente» (citado por A. Gresh). Ginzberg militó en el movimiento *Hovevei Sion* y, al menos inicialmente, se opuso al sionismo, cuyas ideas, formuladas años después de la referida visita, chocaban con las expuestas en el texto mencionado. Ginzberg terminaría asentándose en Palestina y muriendo en Tel Aviv, en 1927. < <

[76] *Máxime Rodinson* escribe: «Me parece claro que Israel es una nación cuya formación misma se ha inscrito en un proceso de colonización; que esta misma formación violó el derecho de los árabes palestinos a disponer de sí mismos; que actualmente los árabes dentro del Estado de Israel constituyen un grupo nacional oprimido, ya que la creación del Estado significó para los árabes palestinos (que permanecieron o se refugiaron más allá de los límites del nuevo Estado) un destino no autónomo…» (*El Conflicto árabe Israelí*, p. 11; Ed. Pasado y Presente, Buenos Aires, 1970). < <

[77] El profesor de la Universidad de Tel Aviv, Elie Barnavi, escribía: «… Y me puse a hacer la lista de los elementos que componen toda sociedad colonial, tanto en Judea-Samaria como en cualquier otro lugar: relaciones de dominación y negación de los derechos nacionales, desigualdad cívica y dependencia económica, dominio de los recursos naturales y colonización de la tierra… Traje a colación los cambios de léxico, tan necesarios para la buena conciencia moral del ocupante que ni siquiera los nota: nosotros somos “patriotas”, ellos, “nacionalistas”; nosotros tenemos nuestros “ortodoxos”, ellos sus “fanáticos”; nosotros tenemos “intelectuales” y “hombres públicos”, ellos “gente instruida” y “notables”; nosotros “nos rebelamos contra el ocupante inglés que intentó reprimir nuestra rebelión”; ellos “perturban el orden público”, que nuestra administración civil (sic) trata de restaurar; nosotros tuvimos nuestros “héroes”, ellos sus “terroristas” —sus “animales bípedos”, según Begin, o peor: sus “cucarachas drogadas”, según Rafael Eytán, exgeneral del Estado mayor…—» (*Carta de un amigo israelí al amigo palestino*, Muchnik Editores, Barcelona, 1989, p. 73). < <

[78] No fueron sólo teorías. Israel jugó un papel imperialista en la Guerra del Sinaí-Suez (1956) a cambio de lo que recibió gran cantidad de armas y la central nuclear de Daimona y, durante casi medio siglo, ha luchado por los intereses de Estados Unidos y de la OTAN, recibiendo en compensación dinero, tecnología y apoyo político y diplomático. < <

[79] En el Ejército del Kaiser combatieron unos 70 000 judíos, 12% de su población en el Reich, y murieron 12 000; el químico de origen judío, Fritz Haber, descubrió el amoniaco sintético, sin el cual la industria alemana de explosivos se hubiera paralizado en 1915; el empresario de origen semita, Walter Rathenau, presidente de la AEG, organizó con asombrosa eficacia la industria bélica alemana. <<

[80] Alain Gresh abunda en estos motivos: «Se trataba de ganar la simpatía de los judíos de todo el mundo, a los que se consideraba dueños de un poder considerable, muchas veces oculto (…) La misiva Balfour se dirige especialmente a los judíos norteamericanos, sospechosos de simpatía hacia el Imperio austrohúngaro, el aliado de Alemania, y a los judíos de Rusia, influidos por las organizaciones revolucionarias que derrocaron al Zar en la primavera de 1917 (…) Persigue, asimismo, un objetivo estratégico: el control de Oriente Próximo (…) Palestina protege el flanco este del Canal de Suez, línea vital entre la India, la joya del imperio, y la metrópoli. El padrinazgo concedido al sionismo permite al Gobierno británico obtener un control total sobre Tierra Santa», (*Israel, Palestina, verdades sobre un conflicto*, pp. 31-32. Ed. Anagrama, Barcelona, 2002). < <

[81] Bien conocían en Londres la enemistad de los habitantes de Palestina al trágala de la *Declaración Balfour*. En la época en que esa comisión se ponía en marcha, a la Secretarla de Colonias llegaban sendos informes de dos de los responsables del Imperio Británico en Palestina. El responsable de la seguridad, general Clayton, comunicaba: «El antisemitismo que hay en la zona va en aumento y, por mucha propaganda que se haga solicitando tranquilidad a los árabes, los esfuerzos están condenados al fracaso». Por su parte, el general Louis Bols, administrador de Palestina, informaba: «El 90% de los habitantes de Palestina es totalmente antisionista. Este sentimiento agrupa a cristianos, musulmanes e, incluso, a una cantidad nada despreciable de judíos». (Debo estas citas a Salah Hamal, *Palestina, ocupación y resistencia*. Ed. Flor del Viento, Barcelona, 2002). <<

[82] Roberto Russell y Daniel Saimolovich. *El conflicto árabe-israelí*, Ed. Belgrano. Buenos Aires, 1979. < <

[83] Alain Gresh, op. cit. <<

[84] Antes de la creación del Estado de Israel, Ben-Gurion, hombre decisivo en su fundación, no tenía duda alguna sobre ese nacionalismo palestino: «Todos piensan que las relaciones entre judíos y árabes son una fuente de problemas, mas no todos opinan que sea éste un problema irresoluble. Un abismo nos separa (…) Queremos que Palestina sea nuestra nación y los árabes pretenden exactamente lo mismo». Tan es así, que en fecha tan temprana como 1920 se reunió el tercer Congreso Nacional Palestino (los dos primeros no habían llegado a nada) que rechazó la *Declaración Balfour* y la inmigración sionista; denunció del consejo consultivo de notables organizado por Gran Bretaña y demandó la formación de un Gobierno palestino. < <

[85] Dos instituciones fueron fundamentales en la emigración hacia Palestina. Por un lado, la Agencia Judía, órgano ejecutivo del sionismo, que fundó 150 de las 250 explotaciones agrícolas judías que existían en el momento de la partición del territorio; fue también la promotora y la financiera de múltiples sociedades relacionadas con la agricultura: excavación de pozos, conducciones de agua, laboratorios, centros de experimentación agraria, comunicaciones, apertura de mercados… Igualmente esencial resultó la actuación del Fondo Nacional Judío, organismo dependiente del Movimiento sionista, que se ocupaba de la compra y mejora de las tierras destinadas al cultivo; en 1947 era propietario de 97 000 hectáreas, superficie que suponía aproximadamente la mitad de las tierras que los judíos poseían en Palestina. < <

[86] La investigación Shaw sobre el conflicto determinaba que se había producido por el temor árabe a las consecuencias de la masiva llegada de judíos, que a la larga significarla el sometimiento político y económico de los nativos. La comisión recomendaba la limitación de la emigración sionista y el estudio de las posibilidades económicas del Mandato. < <

[87] A pesar del antisemitismo alemán, la asimilación era rápida antes de la llegada de Hitler al poder. Alain Gresh menciona que entre 1901 y 1929 la proporción de matrimonios de judíos con no judíos aumentó del 16,9 al 59%. <<

[88] Peel proponía la partición de Palestina en dos Estados, quedando Jerusalén y sus alrededores en manos del Reino Unido; en la partición incluía el traslado de poblaciones para homogeneizarlas: 225 000 árabes deberían abandonar sus territorios para incorporarse a su Estado; 1250 judíos deberían hacer lo contrario. Como es lógico, gran parte de los judíos estaban encantados con la solución; los árabes, por el contrario, la rechazaron indignados, pese a que Peel había previsto que fuera impuesta por la fuerza. < <

[89] Alain Gresh habla de 3000 a 6000 muertos, miles de deportados y más de 9000 prisioneros en las cárceles del Mandato, en 1939. «Entre 1936 y 1940, 2000 casas son destruidas por las autoridades, una práctica que a partir de 1967 imitará el Gobierno israelí en los Territorios Ocupados» (op. cit., p. 42). En el verano de 1938 comenzó su campaña terrorista indiscriminada el Irgun. Según el profesor Benny Morris, de la Universidad Ben Gurion de Beersheba, «por primera vez, bombas masivas eran colocadas en centros árabes llenos de gentes y docenas de personas eran asesinadas y mutiladas indiscriminadamente» (citado por Ricardo Herren, *La Aventura de la Historia*, n.º 49). Según este autor, el Irgun organizó cuatro atentados en julio de 1938: mercado de Haifa (21 muertos y 52 heridos), mercado árabe de Jerusalén (8 muertos y 30 heridos), nuevamente en el mercado de Haifa (39 muertos y 70 heridos) y en el mercado de Jaffa (24 muertos y cerca de 50 heridos). < <

[90] Jabotinsky (Odessa, 1880-Nueva York, 1940). Ideólogo sionista, que en la Gran Guerra contribuyó a la creación de la Legión Judía, que combatió en las filas británicas, esperando con ello el pago del favor y la disposición de una fuerza militar entrenada. Su alejamiento de los británicos se produjo a partir de 1923, cuando Londres limitó el Hogar judío a Cisjordania. A partir de ahí se movería en un revisionismo, cada vez más extremista: en 1925 fundó el movimiento juvenil Betar, que copió la parafernalia de las juventudes fascistas italianas: instrucción paramilitar, desfiles, uniformes, camisas pardas y eslóganes de esta índole: «A sangre y fuego, Judea volverá a levantarse».

De la misma época es la creación de la Unión mundial de sionistas revisionistas, derechista y fascista, que paulatinamente evolucionará hasta convertirse en el embrión del Herut, principal fuerza del Likud, primer representante de la derecha israelí en la *Knesset*, del que han salido cuatro jefes de Gobierno de Israel: Begin, Shamir, Netanyahu y Sharon. <<

[91] Albert Einstein, uno de sus miembros más conspicuos, que emigró de Alemania a Estados Unidos escapando del antisemitismo nazi, escribía: «Mi idea de la naturaleza esencial del judaísmo se resiste a forjar la imagen de un Estado judío con fronteras, ejército y cierta cantidad de poder temporal, por mínima que sea. Me aterrorizan los riesgos internos que se derivarían de tal situación para el judaísmo, en especial los que surjan del desarrollo de un nacionalismo estrecho dentro de nuestras propias filas, contra el que ya hemos debido pelear con energía, aun sin la existencia de un Estado judío». Para contextualizar debidamente la posición de Einstein respecto a Palestina debe decirse que luchó por conseguir fondos para fundar la Facultad de Medicina de la Universidad Hebrea de Jerusalén, a la que legó todos sus papeles y derechos de autor; su apoyo al pueblo judío fue tan importante que, a la muerte del primer presidente de Israel, Chaim Weizmann, en noviembre de 1952, se le ofreció el cargo, que el científico rechazó, entre otras cosas, como declaró al diario *Ma'ariv*, «también pensé en la difícil situación que podría surgir si el Gobierno o el Parlamento tomasen decisiones que pudiesen crear un conflicto con mi conciencia; ya que el hecho de que uno no pueda influir realmente en el curso de los acontecimientos no le exime de responsabilidad moral». Las citas y datos están tomados de José Manuel Sánchez Ron «*Einstein, Israel y Palestina», El País*, 2 de mayo de 2002. < <

[92] Carmen López Alonso escribe: «El *sabbath*, la fiesta religiosa, será el día de descanso legal; se garantiza que la comida servida en las instituciones nacionales seguirá las normas rituales del *cashrut*; se le concede (a la haladla, la ley religiosa) jurisdicción en los temas personales, como matrimonio, divorcio, e identidad judía; se mantienen los rabinos y los consejos religiosos que estaban funcionando en el periodo del mandato; se asegura la autonomía para las escuelas religiosas, independiente del sistema estatal, aunque apoyada económicamente por el Estado. Concesiones que serán aumentadas durante la guerra (de 1948) con la exención del servicio militar, para las mujeres y los varones estudiantes en los seminarios, las yeshivas. Todos estos privilegios se incorporan en la ley aprobada el 19 de mayo de 1948 por el Gobierno provisional, conocida como *Status Quo*, que, pese a los continuos debates sobre la misma y a las leves reformas introducidas, sigue funcionando como un lastre en la construcción de un Estado democrático pleno, es decir, laico, con separación formal entre religión y Estado. De hecho, es esta situación una de las causas fundamentales por las que Israel no tiene una Constitución, sino una serie de leyes constitucionales parciales, ya que la única Constitución aceptable para los religiosos es una que se ciña por completo a la *Tora*, la ley religiosa». (*Israel. ¿Nación-laboratorio?* Actas V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Cinc Segles, Valencia, 2002). < <

[93] La política hace extraños compañeros de cama. El periodista Ricardo Herren acaba de publicar los contactos del sionismo con el régimen nazi entre 1937 y 1941, que demuestran su capacidad de aliarse con el propio demonio para conseguir sus propósitos: «En 1937 la Haganá intentará lograr un acuerdo de cooperación con el Tercer Reich (…) Con ese fin el 26 de febrero llegó a Berlín Feivel Polkes a negociar con el Sicherheitsdienst (SD), el servicio de inteligencia de las SS, representado por Adolf Eichmann. Los sionistas se sentían identificados con el nazismo por su nacionalismo, su racismo, su anticomunismo. Los nazis solían gritar con odio a los judíos alemanes "Juden Raus! Auf nach Palástina!" y eso era, precisamente, lo que los sionistas querían, que los judíos se fueran a Palestina».

»Las conversaciones entre ambos se registraron en un informe preparado por el superior de Eichmann, Fraz-Albert Six. Polkes manifestó que la Haganá "deseaba trabajar para Alemania, proporcionando inteligencia (espionaje) en la medida en que eso no se opusiera a sus propios objetivos". Entre otras cosas ofreció dar apoyo a la política exterior germana en Oriente Medio y tratar de obtener recursos petrolíferos para el Reich a cambio de que Alemania facilitara la transferencia de bienes judíos alemanes emigrados a Palestina.

»El 2 de octubre, en el buque Romanía, llegó Eichmann a Haifa, acompañado por Herbert Hagen. Dos días más tarde los ingleses los expulsaron a ambos a El Cairo. Polkes se desplazó a Egipto y en el Café Groppi de la capital discutió con los SS los términos del posible acuerdo y les regaló, de paso, algunos datos de inteligencia. Pero no se llegó a nada concreto.

»En plena guerra mundial, enero de 19 421, la Banda Stern por su cuenta envió a Beirut —entonces bajo control del régimen de Vichy— a Naftali Lubentschick a negociar una alianza con el Reich. Las conversaciones las mantuvo con Rudolf Rosen, oficial de inteligencia de la Wehrmacht y Otto von Hentig, jefe del departamento de Oriente del ministerio de Exteriores germano.

»Terminada la guerra (…) se encontró en la embajada alemana en Turquía la copia de un documento titulado "Propuesta del Irgun Zvai Leumi (…) respecto a la solución de la cuestión judía en Europa y a su participación en la guerra junto a Alemania" en la que ofrecía sus servicios a Hitler a cambio de apoyo alemán a las aspiraciones sionistas de la ultraderecha (…) El documento estaba elaborado por

Yitzhak Shamir, uno de los jefes de Stern, que llegaría a los más altos cargos del futuro Estado de Israel», (*La Aventura de la Historia*, n.º 49).
< <

[94] Algunos autores judíos elevan las cifras de sus combatientes en la Segunda Guerra Mundial a más de 1 100 000, cifra que resulta exagerada, pues el total de los judíos esparcidos por el mundo no sobrepasaba los once millones, descontando, naturalmente, los seis millones que se hallaban en poder de los nazis. De esos once millones, más de dos se hallaban escondidos por toda Europa o vivían en países no involucrados en el conflicto, por lo que apenas contribuyeron a la guerra con un puñado de voluntarios. Nos quedan menos de nueve millones, entre los cuales resulta prácticamente imposible reclutar más de un millón de soldados de reemplazo. <<

[95] Según José Antonio Lisbona, los judíos que lograron salvarse penetrando en España no sobrepasaron los 33 000 o 38 000. Pudieron ser muchos más, pero los problemas internos, las carencias y, sobre todo, los prejuicios, lo impidieron. Franco y alguno de sus colaboradores más próximos, como Gómez Jordana, no querían que «aprovechando las circunstancias de la guerra actual se nos llene España de judíos». Contrasta con esta cicatería la generosa entrega de algunos diplomáticos que lograron salvar a millares de judíos, con antecedentes hispanos o no. Especial mención merecen Miguel Ángel Muguiro, Ángel Sanz Briz y Giorgio Perlasca en la legación española de Budapest, quienes se estima que salvaron la vida a unos 5500; su actuación, a veces heroica, les ha merecido el reconocimiento de Israel y de España, aunque llegara medio siglo después de su gesta. < <

[96] Juzgando la reacción británica contra unos y otros, el historiador israelí Tom Segev apunta que las autoridades del Mandato nunca «actuaron contra los judíos con la misma contundencia que habían empleado contra la insurrección árabe». Citado por Alain Gresh, (op. cit.). < <

[97] Las encuestas realizadas a los supervivientes judíos en la posguerra muestran que la mayoría hubiera preferido emigrar a Estados Unidos. Y eso contando con la actividad desplegada por el sionismo para poner ante los encuestadores a quienes deseaban establecerse en Palestina. <<

[98] En septiembre, para terminar con su huelga de hambre y con su voluntad de repetir la aventura, la *Royal Navy* condujo a los 4500 inmigrantes —realmente, alguno menos, pues había habido bajas por enfermedad o, incluso, a manos de los soldados británicos— hasta el puerto de Hamburgo, donde fueron desembarcados por la fuerza e internados nuevamente en campos de refugiados. El caso del *Exodus* alcanzó gran repercusión en la prensa de todo el mundo: con ese título escribió, en 1957, una novela de enorme difusión el escritor norteamericano León Uris, en la que, aprovechando la percha de la epopeya del mercante, recreaba la fundación del Estado de Israel, desde una óptica sionista; *Exodus* fue llevada años después al cine con un reparto estelar y gran éxito taquillero. <<

[99] Carmen López Alonso, a quien debo esa cita de Benny Morris, concluye que los estudios históricos «lugar por lugar» de la huida de la población palestina demuestran que se produjo en «coincidencia cronológica con los ataques de las fuerzas judías (…) Lo que se dio fue un proceso acumulativo, cuyo catalizador fundamental fue la actuación militar israelí». Arnold Toynbee no tiene duda alguna: «Las responsabilidades de las expulsiones efectuadas después de 1948 incumben a Israel». Jacques M. Vergés asegura que desde noviembre de 1947 a abril de 1948 «solamente 30 000 palestinos habían huido de sus pueblos. Al mes siguiente a Deir Yassin, huyeron 750 000» (…) «Este éxodo debe facilitar la apertura de nuestras líneas de comunicaciones y el mantenimiento del nervio vital entre la capital y el resto del país», publicaba el boletín del *LEHI*. Alain Gresh escribe: «Los palestinos fueron objeto de una política sistemática de expulsión, justificada por una determinada concepción del *Estado judío*». El historiador militar israelí Poron Arazi, en su biografía de Rabin, menciona que el joven oficial tuvo que expulsar a más de 30 000 árabes de sus pueblos, por orden directa de Ben-Gurion, en 1948. < <

[100] Pablo de Azcárate, *Misión en Palestina*, Ed. Tecnos, Madrid, 1968.
< <

[101] Las relaciones británicas con el sionismo fueron excelentes hasta la publicación del *Libro Blanco*, tanto que condicionaron la evolución histórica de la región. Alain Gresh asegura: «Ni la emigración, ni la compra de tierras, ni la creación de estructuras estatales, habrían sido posibles sin el paraguas británico».

Un ejemplo: el primero de abril de 1925, lord Arthur James Balfour, primer conde de Balfour, que hasta pocos artos antes desempeñara la representación exterior británica, inauguraba la Universidad Hebrea de Jerusalén, soñada por el sionismo desde comienzos de siglo. Contaba 77 años y, aunque había abandonado la política activa por desacuerdos con su partido, seguía siendo uno de los políticos británicos con mayor prestigio. Balfour no ocupaba el centro de aquella inauguración por casualidad: con aquella inauguración el sionismo le agradecía el favor recibido y ponía bajo el patrocinio del notable político conservador aquella institución, que surgía rodeada de la enemistad de los árabes de Palestina, cuya muestra de protesta más importante fue cerrar las puertas de sus comercios.

La actitud de la mayoría de los políticos británicos era, también, inequívocamente prosionista; Churchill, en su época de secretario de colonias, le dijo al primer ministro canadiense, Arthur Meighen, respecto a sus responsabilidades en el Mandato: Debemos «realizar el esfuerzo más honesto para ofrecer a los judíos la posibilidad de tener su propio hogar nacional (…) Si en el curso de muchos artos se convierten en la mayoría del país, naturalmente, lo gobernarán» (citado por Paul Johnson, *La Historia de los judíos*, Javier Vergara, Buenos Aires, 1991). En 1920 fue enviado como alto comisario a Palestina el judío sionista británico Herbert Samuel, que en sus memorias confesaba: «La Corona británica y su majestad conocen bien mi simpatía por el sionismo y creo que, precisamente por este motivo, fui nombrado para tal cargo»; acerca de su designación y sobre el manejo que de la situación en Palestina se estaba haciendo en Londres, es elocuente lo que, en 1921, escribía Chaim Weizmann: «Yo fui el primer responsable del nombramiento de Samuel en Palestina, es nuestro amigo, es nuestro Samuel» (las dos últimas citas están tomadas de Salah Hamal, *Palestina, ocupación y resistencia*, Flor de los vientos, Barcelona, 2002). <<

[102] La ficción sobre la actuación de Abdallah fue interesadamente silenciada por Israel hasta que se desclasificaron los documentos de las negociaciones sostenidas entre el monarca hachemita y Golda Meir doce días antes de la resolución de partición de Palestina. Carmen López Alonso apunta: «Establezcamos un Estado judío —dice Ben-Gurion— aunque no sea en toda la tierra. El resto vendrá con el tiempo. Ha de venir». Su no aceptación de la partición y del establecimiento de un Estado palestino son apoyados por el rey Abdallah de Transjordania, con quien se llega a un acuerdo secreto de reparto, sellado entre Golda Meir y el monarca hachemita en la reunión del 17 de noviembre de 1947. Los británicos, frente a lo sostenido en la bibliografía tradicional (la «vieja historia», como la califica Morris) estarían de acuerdo con ese pacto. (*¿Jano o cabeza de Medusa?*, Historia y Política, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, p. 115). <<

[103] La versión oficial de esta reunión la dio Ben-Gurion y, por tanto, mantiene la ficción de la enemistad de Abdallah. < <

[104] Los propósitos de Ben-Gurion eran tan conocidos como antiguos: en 1937, aceptaba la mencionada propuesta de partición de la Comisión Peel, porque no pensaba cumplirla: «Tras constituir un ejército importante, en el contexto del Estado, rechazaremos la división y nos extenderemos por toda Palestina». Por tanto, el alegato de que fueron los árabes quienes no aceptaron la creación del Estado de Israel sólo es una cara de la moneda; en otra, aparte del declarado propósito de quedarse con todo, debe leerse también que la Declaración de Independencia de Israel no hace alusión alguna a la resolución 181, ni a las fronteras sobre las que se constituye. Ambas partes, judíos y árabes, violaron el espíritu y la letra de lo acordado por la ONU. <<

[105] La historiografía israelí de las dos últimas décadas, tras haber podido consultar los documentos de aquel conflicto, conviene que no hubo inferioridad judía, si acaso eso pudo ocurrir en mayo, pero la «inferioridad material y numérica» de esas dos primeras semanas fue más teórica que real porque «las fuerzas del Yishuv no sólo estaban mejor organizadas y entrenadas, sino que también tenían una fuerte motivación, un sentimiento de urgencia que, tras el Holocausto, hacían sentir a muchos que era "eso o la muerte"», escribe Carmen López Alonso. Poco a poco, como se verá, los israelíes fueron aumentando sus efectivos y armamento, terminando en clara superioridad material y moral y, por tanto, vencedores. <<

[106] John y David Kimche las sitúan en mayo de 1948 en torno a los 25 000 combatientes por cada bando; dos meses más tarde, en 40 000 árabes frente a 60 000 judíos. Alain Gresh calcula a la baja las cifras iniciales de combatientes árabes y aumenta las de los judíos, situándolas en 25 000 y 35 000. < <

[107] Proyecto político impulsado por el primer ministro iraquí, Nuri al-Said, que patrocinaba la creación de un gran reino árabe, bajo soberanía hachemita, que agruparía inicialmente Irak y Jordania, pero que aspiraba a incorporar, también, a Siria, Líbano y Palestina. La oposición de Damasco, Riad y, finalmente, de El Cairo abortó el plan, que estuvo patrocinado por Gran Bretaña. < <

[108] Este episodio fue eliminado en las memorias del general, pero las recogió *The New York Times* el 23 de octubre de 1979, elevando la limpieza étnica de aquellas operaciones a 70 000 personas; el biógrafo de Rabin, Doron Arazi, también relata el episodio en *Yithzak Rabin, héroe de la guerra y de la paz*, Ed. Herder, Barcelona, 1996. < <

[109] Burlando las disposiciones de la ONU, llegaron a Israel a lo largo de junio y julio de 1948: 62 carros de combate ligeros y medios; 70 cañones de 65 y 75 mm; 900 ametralladoras; 200 morteros; 4 cañones antiaéreos; 15 millones de cartuchos de fusil; 110 toneladas de TNT; 62 000 granadas de cañón y mortero; un millar de coches todoterreno, camiones-oruga blindados, camiones de transporte, tractores para artillería, excavadoras, palas y vehículos para el parque de ingenieros, etcétera; material de transmisiones y un radar; una fábrica entera para hacer *bazookas*… Pero, sobre todo, recibieron 73 aviones, que otorgaron a los judíos el dominio del aire a partir del mes de agosto: 20 *Messerschmitt BE 109*, 5 *Mustang P-51*, 15 *C.46*, 3 *fortalezas volantes B-17*, 4 bombarderos *Boston A.20*, 7 *Anson* y 4 *Beaufighter* y 15 aviones de transporte *Constellation, DC-3* y *DC-4*. De todo este arsenal apenas una tercera parte entró en acción en la segunda fase de la guerra; el resto, más lo llegado en los meses siguientes, lo hizo a partir del otoño. < <

[110] El que no se firmaran entonces acuerdos de paz entre Israel y los países árabes ha sido visto por la historiografía tradicional sionista como una evidente actitud árabe contra Israel, a un mantenimiento de la *boutade* de echar a los judíos al mar. A la luz de la nueva documentación y de un análisis más desapasionado aparecen los intentos árabes «de establecer acuerdos de paz, sistemáticamente rechazados por Ben-Gurion y el liderazgo judío. El rechazo a firmar acuerdos de paz no fue únicamente árabe, sino también de los dirigentes israelíes con el claro interés de evitar la firma de unos acuerdos que pueden obligarles a indemnizaciones elevadas o a la readmisión de los refugiados. En este sentido, la firma de un armisticio era mucho más conveniente para los intereses del Estado israelí» (Carmen López Alonso, *¿Jano o Cabeza de Medusa?* op. cit. p. 116). <<

[111] En 2002 su número se eleva a un millón en cifras redondas, constituyendo el 20% de la población, aproximadamente. Disfrutan de plenos derechos políticos —al menos teóricamente—, votan, son diputados, pero no se les confían carteras ministeriales, ni cargos administrativos… No prestan servicio militar, lo cual lleva aparejada una serie de discriminaciones laborales y sociales. < <

[112] Las cuantificaciones que se manejan a partir de los años setenta son más altas: J. M. Vergés eleva la cifra a 750 000 refugiados; la ONU habla de 750 000; según A. Gresh, su número estaba entre 700 000 y 800.00$; Carmen López Alonso la cree superior a 700 000. < <

[113] El argumento israelí de que los árabes se negaron sistemáticamente a negociar la paz con Israel no es verdadero: Jordania, Siria y Egipto tuvieron contactos secretos con Israel para llegar a acuerdos de paz, pero desde Tel Aviv les responde Ben-Gurion que, de acuerdo, «paz por paz». Moshe Sharett comentaba: «El monarca transjordano asegura que quiere la paz inmediatamente. Le respondemos que, por supuesto, también nosotros la queremos, pero no hay que correr, basta con caminar». La astuta política de Sharett dio frutos enseguida: el dictador sirio Hosni el-Zaim fue derrocado y muerto en el verano de 1949; el rey jordano Abdallah I fue asesinado dos años después; y Nasser, que mantuvo contactos con Israel, valiéndose de la mediación de Estados Unidos, terminó por cambiar de bando y acudir ya sólo al argumento de la fuerza. < <

[114] En aquellas primeras elecciones, el segundo partido más votado fue el Mapam y el tercero, el Herut, fundado el año anterior por Menahem Begin. En pocos años, este político, salido de la actuación terrorista del Irgun, se convertirla en el principal líder de la oposición y la memoria universal fue tan flaca que se le otorgó el Nobel de la Paz, 1978. Treinta años antes, el 4 de diciembre de 1948, *The New York Times* publicaba con ocasión de su visita a Nueva York: «Entre los fenómenos más preocupantes de nuestro tiempo está la aparición en el recién creado Estado de Israel del Partido de la Libertad (Tnuat ha Herut), un partido político íntimamente similar a los partidos nazis y fascistas en su organización, métodos, filosofía política y reclamo social. Fue compuesto por los miembros y seguidores del antiguo Irgun Zvai Leumi, una organización terrorista, derechista, chovinista de Palestina. Hoy hablan de libertad, democracia y antiimperialismo mientras que hasta hace poco propugnaban la ideología de un Estado fascista. En sus acciones el partido terrorista delata su verdadero carácter. Un ejemplo impactante fue su actuación en la aldea árabe de Deir Yassin (…) que ejemplifica el carácter y las acciones del Partido de la Libertad (…) que predica una mezcla de ultranacionalismo, misticismo religioso y superioridad racial (…) A la luz de las precedentes consideraciones es imperativo que la verdad sobre el señor Begin y su movimiento se conozcan en este país. Lo más trágico de todo esto es que los más altos dirigentes del sionismo norteamericano hayan rehusado hacer campaña contra los esfuerzos de Begin». Firmaban la nota Albert Einstein, Hannah Arendt y otros intelectuales judíos afincados en Estados Unidos. < <

[115] «La Ley de Retorno es un elemento nuclear del Estado israelí. Ponerla en cuestión ha constituido, y todavía lo es para muchos, un tabú, en la medida en que una de las razones de la misma era tratar de garantizar la seguridad del pueblo judío frente al antisemitismo (…) Esa necesidad de seguridad, que se presenta, en principio, como legitimadora de una Ley de Retorno es la que, durante muchos años, ha convenido a ésta en prácticamente intocable. Pero en la ley hay otros componentes, además de aquellos de un claro exclusivismo etnicista, que contradicen la afirmación de Israel como un Estado democrático, sobre todo cuando no existe una contrapartida que permita el retorno de los exiliados palestinos», (Carmen López Alonso, *Israel ¿«Nación-laboratorio»?*, Cinc Segles, Valencia, 2000). < <

[116] Trataron de aprovechar las viviendas palestinas en las zonas con fuerte implantación israelí previa. La *Ley de Propiedad de los Ausentes* (1950) adjudicaba las tierras de los refugiados a nuevos propietarios judíos; las *leyes de Patrimonio del Estado y de Ordenación de la Tierra* (1950) entregaba aquellas propiedades incautadas al terreno estatal. Así, cerca de medio millar de aldeas árabes fueron demolidas y sobre ellas crecieron nuevos pueblos israelíes o sus territorios quedaron anexionados a las villas limítrofes. Es decir, Israel, desde el comienzo, trató de asegurarse de descuajar las raíces palestinas de la tierra, para asegurarse que los refugiados jamás pudieran retornar: se derribaron sus casas; se arrasaron sus pueblos; se eliminaron los mojones de propiedad, las tapias y las bardas; se cambiaron las carreteras. En la mayoría de los casos, los despojados no podrían decir *ésa fue mi casa, yo fui a esa escuela, los viernes acudíamos a aquella mezquita o nuestras tierras iban de aquí hasta aquella loma*… (Resumido de Benny Morris, *The Birth of the palestinias refugee Problem*, 1947-1949, Cambridge University Press, Cambridge, 1987). <<

[117] En este vidrioso tema nadie se pone de acuerdo; fuentes de la ONU, citadas por F. Ayape Amigot, aseguran que el 67% del agua que está consumiendo Israel proviene de fuera de su territorio: 32% del Golán y el 35% de la Cisjordania ocupada y del Jordán; Ben Ami pasa sobre el asunto sin detenerse en detalles: «Israel se vio obligado a explotar al máximo sus recursos hídricos y hoy utiliza más del 90% de los mismos», pero nada dice de dónde provienen (*Historia del Estado de Israel*, Ed. Rialp, Madrid, 1991). < <

[118] Término que viene de *fida* (sacrificio); *fidai* seria, pues, el que se sacrifica; el plural sería *fidaiyyin*. En España el uso ha impuesto el término *fedayin* como sinónimo singular de guerrillero palestino, empleándose *fedayines* como plural; en aras de una mejor comprensión, olvidaremos el uso original árabe y empleáremos la terminología habitual en castellano. < <

[119] *La Unidad 101* de fuerzas especiales fue fundada por Ariel Sharon y se especializó en represalias, «ataques preventivos» o acciones de terrorismo psicológico contra aldeas palestinas en la Franja de Gaza o en Cisjordania. El historiador israelí Amos Palmuter condensa la forma operativa de esa unidad: cuando se capturaba en Israel a un terrorista palestino era minuciosamente interrogado, procurando, sobre todo, averiguar la aldea de la que había partido. «Entonces, una fuerza israelí iba a las ciudades de los terroristas y tomaba represalias contra ellos, ojo por ojo o, más a menudo, dos ojos por ojo». Ante la universal condena suscitada a escala internacional por la matanza de Qibya —que las fuentes israelíes rebajan a 69 civiles, aunque quienes estuvieron en el lugar para contarlas fueron los jordanos— se desató la polémica dentro de Israel; el Gobierno trató de presentar el asunto como una venganza de los colonos, exacerbados por los atentados terroristas, pero desistió de tal maniobra pues hasta los niños podrían «advertir que eso había sido una operación militar». El entonces ministro de Exteriores, Moshe Sharett, anotó en su diario lo que dijo en la reunión del Gabinete: «Condeno el asunto Qibya que nos expone ante el mundo entero como una banda de chupasangres, capaces de masacres sin importar, al parecer, que esas acciones nos puedan llevar a la guerra. Les advierto que esta mancha se va a pegar a nosotros y no se disolverá hasta que pasen muchos años» (debo las citas literales a Francisco Medina, *El Infierno en Tierra Santa*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 2002, pp. 295-296).

Obsérvese, primero, el *modus operandi* de Sharon en la actualidad: ataque sistemático de los pueblos de donde proceden los terroristas palestinos, que se saldan con decenas de destrucciones y muertos civiles. Por otro lado, hoy, como entonces, dentro del Gobierno sólo el ministro de Exteriores condena ese tipo de actuaciones y advierte el desprestigio y la mala imagen que Israel se está forjando en la opinión pública internacional, Sharett calificaba en 1953 esa conducta como «chupasangres»; Peres, 49 años después, decía en la *Knesset*, como ya se ha mencionado en el capítulo I: «Es preocupante la imagen que estamos dando al mundo de que somos un país problemático y sin solución». < <

[120] La República Federal de Alemania, por ejemplo, indemnizó a los judíos por las atrocidades cometidas por el nazismo y, entre 1952 y 1966, entregó a Israel 1750 millones de dólares (de los de aquella época, claro). En ese mismo periodo, entre inversiones y créditos, la República Federal colocó en Israel unos 15 000 millones de dólares. Más aún, cuando nadie quería vender armas a Israel, Bonn le entregó armamento pesado por valor de 320 millones de dólares. < <

[121] Para progresar por todos los caminos que surgían en su impetuoso avance, Nasser necesitaba el apoyo político y económico occidental; por eso una de sus prioridades sería negociar la paz con Israel, con Estados Unidos como mediador. Pero Tel Aviv torpedeó aquella línea política, que le parecía muy peligrosa para sus intereses, con una cadena de atentados contra empresas norteamericanas en Egipto, en el verano de 1954; los responsables fueron capturados y condenados en enero de 1955. Aquella treta, conocida como *Affaire Lavon* —aparte de provocar una profunda crisis en Israel— suscitó la irritación de Nasser, pues era consciente de que Israel había tratado no sólo de torpedear las negociaciones iniciadas, sino también de enturbiar sus relaciones con Estados Unidos y los acuerdos del canal con Gran Bretaña. La actuación de los agentes israelíes, como revelaría uno de los responsables de la CIA en la zona y amigo de Nasser, Miles Copeland, tuvo menos trascendencia que el ataque israelí contra la Franja de Gaza el 28 de febrero de 1955, en el que murieron 38 egipcios y 44 fueron heridos. Eso ocurría unos días después de la firma del Pacto de Bagdad, tres semanas antes de la Conferencia de Bandung y medio año antes del anuncio de la compra de armas a Checoslovaquia, que originalmente procedían de la URSS. En esa época aparece su concepción del panarabismo como arma utilizable contra Israel. <<

[122] Stalin había muerto el 5 de marzo de 1953 y durante la lucha por su sucesión se produjo un cierto relajamiento en la férrea dependencia impuesta a los países comprendidos en su esfera de influencia, a los llamados satélites. En la primavera de 1966, tras las denuncias antiestalinistas de Nikita Kruschov, el líder emergente en la Unión Soviética, se incrementó esa sensación de cierta permisividad. Moscú no lograba dominar la situación en Polonia, donde se alzó con el poder Gomulka, un líder comunista poco grato para el Kremlin. En Hungría siguieron ese ejemplo e impusieron como jefe de Gobierno, el 24 de octubre de 1956, a Imre Nagy, otro purgado por el stalinismo. En aquel momento comenzó la efervescencia en la calle: un grupo de exaltados derribó una estatua de Stalin en el centro de Budapest; un grupo de estudiantes asaltó una emisora para exigir la salida de los tanques rusos de Hungría, elecciones libres, libertad para los presos políticos, abandono del Pacto de Varsovia… etcétera. La policía intentó detenerles, pero la multitud lo impidió, y los agentes usaron sus armas. El ejército se unió al pueblo. La policía política fue desmantelada y se formó un gobierno liberal. Sólo fue un sueño. El 4 de noviembre entraron en Budapest los tanques soviéticos y, después de unos días de enconada resistencia, se rindieron los últimos defensores de aquel efímero grito de libertad. Cuatro mil personas murieron en la lucha, más de 3000 resultaron heridas, unas 20 000 fueron detenidas y 200 000 se exiliaron en Austria. <<

[123] En el curso de las negociaciones de Sèvres, Israel fue ablandado por Francia, según confiesa Simon Peres en sus memorias, con la promesa de construir un reactor nuclear y de proporcionar a los judíos los materiales radioactivos necesarios. Tras el *papelón* realizado en el Canal, París se apresuró a cumplir ese compromiso. En Dimona fue instalado un reactor nuclear dentro de un complejo excavado a 25 metros de profundidad. El uranio o el plutonio necesario para construir artefactos atómicos fue robado por agentes del Mossad en la Numec, una planta norteamericana procesadora de materiales radioactivos. Para burlar las inspecciones exigidas por el presidente Kennedy, sobre la verdadera central se construyó una planta nuclear ficticia, dedicada a un programa de irrigación del Néguev. El funcionamiento de Dimona y el programa de construcción de ingenios nucleares fue conocido a escala mundial cuando el técnico israelí, Mordechai Vanunu, abandonó Israel en septiembre de 1986 y, tras un viaje a Australia, terminó en Gran Bretaña y contó el asunto, entregando al *Sunday Times* abundantísimo y elocuente material gráfico; un experto nuclear británico confirmó la autenticidad del material y la seriedad de las declaraciones de Vanunu. El técnico, que obró desinteresadamente, sólo movido por su militancia pacifista, fue engatusado por una agente israelí, que se las arregló para llevarlo a Roma, donde fue secuestrado y conducido a Israel. Allí fue juzgado y condenado a cadena perpetua en soledad; en 1998 pasó a un régimen de reclusión normal: sigue en la cárcel pero las organizaciones pacifistas no han olvidado su gesto. El 3 de octubre de 2002 le fue otorgado el premio Francisca Mateos de *Lucha por la paz*. Las bombas nucleares construidas por Israel antes de los años noventa se estimaban en centenares según las revelaciones de Vanunu. < <

[124] Ambos tuvieron razón a la larga. Rabin impulsó la adquisición de los carros de combate británicos Centurión y de los aviones Mirage III, armas que impusieron su superioridad en los campos de batalla del Próximo Oriente durante los años sesenta y aun después. De las fábricas y los proyectos de Peres salieron en los años setenta el caza-bombardero *Al Kfir*, el carro de combate *Merkava*, el fusil de asalto *Galil* y el subfusil *Uzi*, armas todas ellas que compiten con las mejores de su género. <<

[125] Respecto a la sociedad israelí de la época laborista y de su obsesión por la seguridad, Carmen López Alonso escribe: «El Israel de la época laborista es definido por Shapiro (el sociólogo de la Universidad de Tel Aviv) como una democracia formal restringida en la que el poder se encuentra en manos de una oligarquía cuya base no reside en la clase, sino en el aparato burocrático. Esta oligarquía controla centralizadamente unos recursos obtenidos mediante el doble mecanismo de utilizar las finanzas, que en su mayor parte proceden de la diáspora, para reclutar miembros, y de recurrir a la autoridad que la organización tiene sobre los inmigrantes para la obtención de dichos recursos. La cultura política de la tercera *aliya* (1923-1926) procedente de la Unión Soviética está en los orígenes de esta "política burocratizada". La segunda generación laborista, formada en una escuela nacionalista y en la mentalidad militar de la guerra, es la que diseña la política de los Territorios Ocupados en 1967 y la que acaba convirtiendo la defensa militar en la esencia del sionismo». <<

[126] Los datos del *Research Center* de la OLP son más elevados. En vísperas de la Guerra de los Seis Días, la población palestina ascendería a 2 337 000 personas, de los cuales 1 348 000 serían refugiados y 989 000 no refugiados. En estas cifras sí están incluidos los palestinos que habitaban en Israel. <<

[127] En valores actualizados, equivaldría a medio euro por persona y día, es decir, menos de cien millones de dólares por año. < <

[128] *Partido Socialista de la Resurrección Árabe*, fundado por Michel Aflaq en 1953, cuyo propósito era unir en una sola nación árabe a todos los países del Próximo Oriente. Tuvo gran importancia en Jordania, Libia, Irak y Siria. En estos dos países alcanzó el poder en los años sesenta y, teóricamente, son baasistas los regímenes actuales, aunque el partido está en ambos casos subordinado a las fuertes personalidades de los presidentes Saddam Hussein y Hafed el-Assad (hasta el 2000 y a partir de su muerte, de su hijo y heredero en el poder), respectivamente. <<

[129] Hafed el-Assad era, a la sazón, jefe de la Aviación siria y uno de los hombres fuertes del régimen. En 1967, tras la derrota de junio, asumió la cartera de Defensa y en 1970 tomó el poder, en el que permaneció hasta su muerte en 2000. < <

[130] Miles Copeland, agente de la CIA, diplomático y hombre de negocios, que se hallaba por entonces en El Cairo y mantenía buenas relaciones con Nasser, manifiesta su asombro cuando ese 29 de mayo escuchó a Nasser en un discurso: «Se han hecho los preparativos. Ahora estamos dispuestos a enfrentarnos con Israel… Nosotros decidiremos la hora y el lugar, no dejaremos que lo decidan ellos». Según este destacado observador, Nasser y sus colaboradores sabían que el ejército sirio era una caricatura y que el suyo no estaba mucho mejor preparado, hasta el punto de que «sólo una semana antes de comenzar la guerra increpó a Amer por llevar diez años de retraso y porque el ejército egipcio no era capaz de vencer ni siquiera a una pandilla de alocados yemeníes, por no hablar de un ejército moderno y bien instruido como el israelí». Por tanto, ir a la guerra cuando existía la posibilidad de llegar a unas tablas diplomáticas, era absurdo; peor aún, Copeland recalca que las palabras de Nasser de aquel 29 de mayo brindaron a Israel un «pretexto para descargar el primer golpe, más aún, les obligó virtualmente a propinarlo» (*El juego de las naciones*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1972, p. 280). <<

[131] Es curioso, por ejemplo, que en sus memorias Dayan hable por vez primera de Rabin con ocasión de esta guerra, cuando habían sido compañeros de armas, de generalato y de Estado Mayor a lo largo de 25 años. < <

[132] Elie Cohen, alias Kamal Amin Taabes, conocido como el *Sorge de Israel*, se relacionó con la flor y nata del ejército y de la política en Damasco durante tres años; fue descubierto y ahorcado en 1965; Wolfgang Lotz, *el espía del Champagne*, trabajó para el espionaje israelí desde Egipto entre 1960 y 1965, año en que fue descubierto y encarcelado; en 1968 El Cairo le canjeó por prisioneros egipcios en poder de Tel Aviv desde la guerra de junio de 1967. < <

[133] Nasser buscó un responsable para la derrota y la víctima propiciatoria fue el general Sidki. La prensa egipcia publicó que el general dormía plácidamente en Port Said mientras caían las bombas. En España una crónica adornaba la negligencia del general, que dormía «después de haberse pasado la madrugada aplaudiendo a la famosa bailarina, especialista en la danza del vientre, Zoheir Zaki». Sidki fue condenado a quince años de cárcel, pero fue puesto en libertad y reivindicado tras la muerte de Nasser. El mejor elogio de este general lo pronunció su rival israelí *Mottie Hod*, que declaró al semanario *París Match*: «(…) Los planes del Estado Mayor del Ejército del Aire egipcio, hallados por nuestros servicios secretos después de la toma del Sinaí, eran perfectos. Nos hubiesen costado caros si el general Sidki hubiese podido ponerlos en práctica». < <

[134] Hussein de Jordania declararía tiempo después que él había creído de buena fe lo que le decía Nasser, pues nunca pudo suponer que éste le estuviera engañando respecto a los derribos de los aviones israelíes; si los judíos habían perdido el 75% de su aviación y seguían dominando el cielo era creíble que alguien les estuviera prestando sus aviones… La mentira de Nasser perduraría durante una década, exacerbando el odio popular árabe contra los países occidentales. <<

[135] Dayan, que llegó al ministerio de Defensa el día 1 de junio y que, por tamo, apenas tuvo participación en la planificación de aquella campaña, ni en la formación de aquel Ejército, del que llevaba alejado desde 1959, capitalizó los honores de la victoria ante la opinión pública, aunque no en los círculos militares de Israel. <<

[136] El tráfico por el Canal estaba proporcionando a Egipto unos 250 millones de dólares de la época. Del campo petrolífero de Abu Rudeis, en plena expansión, se habían extraído en 1966 tres millones y medio de toneladas de crudo; a comienzos de los años ochenta, Israel extraía de allí siete millones de toneladas, con un precio en el mercado de unos 450 millones de dólares de aquel momento. < <

[137] Abdel Hakim Amer, el mejor amigo de Nasser y su más íntimo colaborador durante dos décadas, fue depuesto por el Rais, que le acusaba de haberle precipitado a la guerra; al tiempo, el mariscal reprochaba a Nasser sus titubeos y el que le impidiera tomar la iniciativa. Los rumores acusaban a Amer de estar conspirando contra Nasser. Con el pretexto de aclarar la situación, Nasser invitó a Amer a un almuerzo, del que el mariscal salió detenido. La prensa publicó docenas de calumnias contra él, que terminó por suicidarse con un veneno proporcionado por el propio jefe de la policía política, la *Mukhabarat*, Salah Nasr. <<

[138] Andando el tiempo tales asentamientos se convertirían en casi doscientos: 20 en el Golán, 14 en el Sinaí, 135 en Cisjordania y 15 en la Franja de Gaza, donde los judíos expropiaron el 50% de la tierra; su población israelí al alborear el siglo XXI superaba las 230 000 personas y, en 2002, informaciones periodísticas ya hablaban de más de 400 000, incluyendo Jerusalén. En Jerusalén, según, cifras aportadas por el diario *Jerusalem Post* del 19 de enero de 1968, se les expropiaron a los árabes 350 hectáreas de terreno; treinta años después las expropiaciones se habían más que duplicado. <<

[139] El Comecon fue la réplica soviética a la Comunidad Económica Europea, es decir, el Mercado Común de los países del Este; igualmente, el Pacto de Varsovia fue el equivalente comunista de la OTAN, esto es, la organización militar de los países del *Telón de Acero*. <<

[140] A Egipto llegaron incluso algunos ejemplares de modelos aún experimentales, como los famosos Mig-23 «*Floger*», aparato que aún está en activo, y Mig-25 «*Foxbat*», quizá el cazabombardero más rápido que aún existe —3380 km/h, macht 3,2— lo que le permitió sobrevolar muchas veces Israel sin que le alcanzasen los cazas ni los cohetes de Israel. Pero esos aparatos eran poco más que fuegos de artificio. El avión que formarla la espina dorsal de la caza egipcia en los años setenta era el Mig-21, un aparato capaz de medirse y aún de aventajar a los rivales que Israel podía oponerles, fundamentalmente los *Mirage III* y los *Skyhawk*. El Mig-21 era un cazabombardero monoplaza cuyas primeras versiones comenzaron a ser probadas a finales de los años cincuenta; el modelo de exportación Mig-*21FL*, es quizás el más avanzado y comenzó a ser entregado con cuentagotas a egipcios, sirios e iraquíes hacia 1965-1966. En la guerra de 1967 no llegó a actuar —al menos significativamente— porque las aviaciones árabes fueron destruidas en el suelo. A partir de aquella derrota, Moscú se los suministró a Bagdad, Damasco y Egipto en grandes cantidades, pero no lograron equilibrar la situación en el cielo del Próximo Oriente, aunque mejoraran su rendimiento. La razón, a parte del excelente adiestramiento de los pilotos israelíes, en general superior al de sus rivales árabes, era que Israel había estudiado muy bien el modelo: en uno de sus operaciones más celebradas, el Mossad logró convencer a un piloto iraquí, Muñir, de que se pasara a sus filas, a cambio de un millón de dólares y de llevar a toda su familia, de antecedentes judíos, a Israel. El 15 de agosto de 1966, Munir despegó para un ejercicio de rutina, cruzó a velocidad *Mach 2* la frontera de Turquía, donde le esperaban para escoltarle varios *Phantom* norteamericanos; se reabasteció de combustible y siguió hasta Israel.

El conocimiento que ese aparato aportó a los técnicos y pilotos israelíes se demostraría en los combates sobre el Canal —en uno de cuyos choques, los israelíes abatieron 5 *Mig-21* pilotados por soviéticos— y en la Guerra del Yom Kippur, en 1973. <<

[141] Esta Cuarta cumbre de la Liga Árabe vislumbraba ya con claridad que no habría una solución militar para el conflicto; así, su tercera conclusión, invita a aunar los esfuerzos de todos en el campo «diplomático internacional con el fin de terminar con los efectos de la agresión y asegurarse de la retirada de las fuerzas agresoras israelíes de los territorios árabes». <<

[142] I. Álvarez Ossorio analiza tres posturas en la cúpula laborista gobernante ante los Territorios Ocupados: integración gradual con o sin sus habitantes (Dayan); anexión de hecho, tal como se hiciera con los territorios ganados en la guerra de 1948 (Israel Galili y, sin pestañear los partidos ultrarreligiosos y nacionalistas, además del Herut de Menahem Begin); retirada parcial, a cambio de paz (Yigal Allon). El viceprimer ministro quería dotar el Estado israelí de una amplia profundidad defensiva, reteniendo el Sinaí, el Golán y el Valle del Jordán. Este plan, según Pinhas Shapir, consistía en «conservar» la mayor superficie posible de territorios con el menor número posible de árabes dentro. No hubo retirada parcial, aunque si ocupación. Shlomo Ben Ami lo reconoce palmariamente: «Los asentamientos fueron iniciados por Peres y Yigal Allon, es decir, por la izquierda y no por la derecha. Esta situación existente, que yo llamo bosnia, se desarrolló mucho más tarde, pero sus raíces nacieron con el movimiento laborista, Yigal Allon y Simon Peres. Fue entonces cuando comenzó la pérdida de orientación y de dirección de la sociedad israelí» (ver nota 161). <<

[143] «El *Consejo de Seguridad: expresando* su constante preocupación por la grave situación en el Oriente Medio; *insistiendo* en la inadmisibilidad de la adquisición de territorio por medio de la guerra (…)

1. *Afirma* que el acatamiento de los principios de la Carta requiere que se establezca una paz justa y duradera en el Oriente Medio, que incluya la aplicación de los dos principios siguientes:

i) Retirada de las fuerzas armadas israelíes de los Territorios Ocupados durante el reciente conflicto.

ii) Cese de todas las situaciones de beligerancia o alegaciones de su existencia, y respeto y reconocimiento de la soberanía, integridad territorial e independencia política de todos los Estados de la zona y de su derecho a vivir en paz dentro de fronteras seguras y reconocidas y libres de amenazas y de actos de fuerza.

2. *Afirma* la necesidad de

a) garantizar la libertad de navegación (…);

b) resolver el problema de los refugiados;

c) garantizar la inviolabilidad territorial de los implicados (…);

3. *Pide* al Secretario General que designe un Representante Especial para que promueva el cumplimiento de la resolución (…);

4. *Pide* al Secretario General que informe de los progresos (…)». <<

[144] Noam Chomsky denuncia la responsabilidad norteamericana en la escalada del conflicto y denuncia la falta de perspectiva del secretario de Estado, Henry Kissinger: «Como siempre, no menciona para nada (en sus *Memorias*) la influencia de EE. UU. en el desencadenamiento del conflicto (del *Yom Kippur*), como, por ejemplo, los grandes envíos de armamento a Israel (incluidos los reactores *Phantom*, que empezaron a llegar en septiembre de 1969) lo que permitió a Israel emprender las incursiones de *penetración en profundidad* sobre Egipto, que precipitaron la entrada de sistemas antiaéreos y de personal militar rusos, así como bombardear la zona de Suez de manera tan intensa que un millón y medio de personas hubieron de abandonarla, según el exjefe de Estado mayor israelí, Mordechai Gur. El embajador israelí en Washington, Yithzak Rabin, manifiesta su convicción de que el Gobierno de Nixon favoreció las incursiones israelíes *en profundidad* y otras acciones aún más fuertes a fin de debilitar a Nasser». (*La Segunda Guerra fría*, Ed. Crítica, Barcelona, 1984, p. 179). < <

[145] Según Nadia Benjelloun-Olliver, en *La Palestine: un enjeu des stratégies, un destín*, París, 1984, las actuaciones palestinas de todo tipo en Israel y, sobre todo, en los Territorios Ocupados de Cisjordania y Gaza, desde el bombardeo de los kibutz con morteros o cohetes a la colocación de un petardo en un mercado, al ataque a un autobús, comisaria, escuela o colonia agrícola, superaron los siete mil en los ocho años siguientes a la guerra de los Seis Días: 1967, 145; 1968, 789; 1969, 2350; 1970, 2256; 1971, 545; 1972, 326; 1973, 637… Bernabé López opina que el reflujo observado a partir de 1971 se debe al escaso valor de tales acciones, la mayor parte con mero significado testimonial, y a la desproporcionada respuesta israelí Desproporción bien meditada, justamente para conseguir ese efecto disuasorio. <<

[146] Los servicios de inteligencia israelíes, aunque con numerosos organismos que a veces se solapan e interfieren, son básicamente tres: *Ha Mossad le Teum* (Instituto de coordinación), conocido simplemente como *Mossad*, se ocupa del espionaje y actuación exterior y depende del ministerio de Exteriores; *Shin Bet*, se dedica a la seguridad interior, depende del ministerio del Interior; *Aman*, desempeña labores de inteligencia militar, y está vinculado a Defensa. Existe un comité coordinación entre todos esos servicios. La Schabák es la policía secreta, esencialmente dedicada a seguridad interna. <<

[147] Según Gordon Thomas (*Mossad, la Historia secreta*), en el campo de entrenamiento militar de Glilot, próximo a Tel Aviv, se levanta un monumento en el que se recuerdan los nombres de 557 personas, relacionadas con los diversos servicios de inteligencia israelíes, muertos en el desempeño de su trabajo. El dato es de 1997, por tanto, seguro que hoy la lista será más larga. Pero seguro es, también, que dada la eficacia y organización de esos servicios de inteligencia, el número de sus víctimas será muy superior. Eso puede dar cabal idea de la virulencia que tiene la guerra subterránea en el conflicto del Próximo Oriente. < <

[148] El *Yom Kippur* es una de las fiestas más importantes del judaísmo. Día de la Expiación, del gran perdón; día, por tanto, de penitencia y oración. Se celebra diez días después del Año Nuevo judío y, por regirse por el calendario lunar, no tiene fecha fija, celebrándose entre los meses de septiembre y octubre. < <

[149] *Motti* Ashkenazi soportó el asedio egipcio hasta el final de la guerra, abastecido y auxiliado por lanchas israelíes desde el mar. Budapest fue el único reducto israelí de la Línea Bar-Lev que no se rindió a los egipcios, pero su pequeña tropa sufrió 32 muertos. Una vez desmovilizado, Ashkenazi cumplió aquella promesa y el 3 de febrero de 1974 se hallaba frente al Parlamento con una pancarta en la mano: «Dayan, dimisión». La prensa recogió sus denuncias y reprodujo su diario; rodeado de una aureola de héroe, pronto congregaría a más de cinco mil manifestantes. La narración de la peripecia de M. Ashkenazi se ha basado en el libro de Derogy y Gurgand: *Israel, la muerte enfrente*. Hd. AQ, Madrid, 1976. < <

[150] Noam Chomsky hace una crítica feroz del secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, culpándole de la no solución del problema en 1971 y de la guerra del *Yom Kippur*. Le acusa de ciego, por no ver la evidente intención de Sadat de acercarse a Estados Unidos; de ignorante, por meter en un mismo saco a todos los árabes; de tozudo, por ver la política mundial a través del prisma de la confrontación Este-Oeste. Cita, a propósito, el análisis del profesor William B. Quandt: «Sadat se había jugado sus relaciones con la URSS actuando contra sus partidarios y ayudando a aplastar un golpe comunista en Sudán. No sólo no logró ganar a los norteamericanos para su causa, sino que los norteamericanos estaban estudiando nuevos acuerdos para suministrar armas a Israel. Frustrado y humillado, decidió abandonar la idea de arreglo interino. El resultado fue un estancamiento diplomático de dos años», que desembocó en la guerra de octubre de 1963 (op. cit., p. 180). < <

[151] El profesor Noam Chomsky vuelve a desautorizar la política de Kissinger en ese momento, pues no vio la posibilidad de solucionar el problema del Próximo Oriente, sino que se atuvo estrictamente a los intereses de Israel: «Kissinger señala (en sus *Memorias*) que, en septiembre de 1971, la Unión Soviética manifestó sus disposición *a retirar sus fuerzas de combate de Egipto en caso de que se llegara a un arreglo definitivo* en la línea de la rechazada oferta de Sadat (de 22 de febrero anterior), pero no teníamos ningún aliciente para actuar conjuntamente con Moscú, porque *no había signo alguno de que la Unión Soviética estuviese dispuesta a presionar a sus protegidos para que actuarán con más flexibilidad*, término que no se define, equivalía a la aceptación del control israelí de los territorios ocupados en 1967. La verdad es que Kissinger dio por supuesto que el *equilibrio* en su particular sentido del término, se preservaría mejor manteniendo el dominio de Israel, que él veía como indiscutible, hasta que la guerra de octubre, a la que él colaboró tan eficazmente, le obligó a revisar sus presupuestos» (op. cit., p. 181). < <

[152] Ingenio ligero de guía calórica, transportable en un coche todoterreno o en un camión; a velocidad *macht-2* buscaba las toberas de los aviones que actuaban a baja altura. < <

[153] Estados Unidos empleó buena parte de sus *C-5 Galaxy* —con 120 toneladas de capacidad de carga—, de sus transportes *C-141 Starlifter*, y de sus *C-130 Hércules* e, incluso, alquiló 6 *Boeing 747 Jumbo* para poder transportar a Israel un total de 23 000 toneladas de material bélico en menos de tres semanas. Aparte de eso, Washington proporcionó a Israel 32 *Phantom F-4* —que volaron desde Estados Unidos hasta Israel, abastecidos en el aire— y otras 5000 toneladas de efectos militares, —entre los que habla 36 cazas *Skyhawk* y 20 helicópteros de combate— que salieron del puerto de Norfolk en dos mercantes y llegaron a Israel una semana después del final de la guerra. Sirios y egipcios, según fuentes israelíes, debieron recibir una cantidad aproximadamente similar de suministros de la Unión Soviética, mucho más próxima a los lugares de destino. <<

[154] Richard Nixon, *En la arena*. Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1990. < <

[155] Recuérdese el rocambolesco suceso de las cinco lanchas lanzamisiles compradas por Israel a Francia y embargadas por el Gobierno galo. Fueron amarradas en el puerto de Cherburgo, de donde fueron sacadas por comandos israelíes a las 3 horas de la madrugada del 25 de diciembre de 1969. < <

[156] *La Guerra del Petróleo* tuvo consecuencias mucho más importantes a escala mundial que la guerra del *Yom Kippur*, que la originó. Los precios del crudo pasaron de 5 dólares el barril antes de la guerra a 11,65 tras la conferencia de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) de Teherán, el 23 de diciembre de 1973. En 1974, gran parte de la producción mundial de crudo se vendió a 16 dólares el barril. Los ingresos de los países de la OPEP fueron de 35 000 millones de dólares, en 1973, y de 110 000 millones de dólares en 1974. Gran parte de esas cantidades terminó en manos de los exportadores árabes de petróleo, integrados en la *OPAEP*, 21 000 millones de dólares en 1973 y 66 000 en 1974. Una parte de esas rentas, unos 4000 millones de dólares, fue a parar a los países beligerantes en concepto de donación, acunándose entonces la expresión de *petrodólares* a cambio *de petrosangre*. La crisis desestabilizó al mundo industrializado, cuyas cifras de paro se duplicaron entre 1973 y 1975; los países de la OCDE soportaron inflaciones de hasta un 25%; países como Gran Bretaña o Italia sufrieron crisis de Gobierno, disminución de los horarios laborales, huelgas frecuentes; otros impusieron racionamientos draconianos de petróleo. Peor fue la crisis para los países pobres, que afrontaron la crisis con menos medios: algunos vieron esfumarse sus perspectivas de desarrollo y los peor parados, padecieron hambrunas. < <

[157] Como muestra de la tecnificación del ejército israelí y de cómo debe ser la composición de un ejército moderno, es interesante el desglose de las bajas mortales judías: un general de división; dos coroneles; 28 tenientes coroneles; 89 comandantes; 204 capitanes; 248 tenientes; 37 subtenientes; 96 sargentos mayores; 357 sargentos; 701 cabos; 645 soldados de primera y 217 soldados. Si se asimila a los subtenientes al grado de oficial y a los cabos al de suboficial, los israelíes perdieron 120 jefes; 489 oficiales; 1154 suboficiales (en su mayor parte especialistas: jefes y tiradores de carro, artilleros, artificieros, ingenieros…) y 862 soldados. < <

[158] En la cumbre de Argel, de noviembre de 1973, se recordaría que «Jordania no tiene territorio alguno que reclamar a Israel, pues tales territorios fueron usurpados a los palestinos en 1948». La conferencia islámica de Lahore, celebrada en febrero de 1974, confirmó a la OLP como único representante del pueblo palestino; para que no cupiera duda alguna, la Cumbre Árabe de Rabat, que tuvo lugar entre el 26 y el 28 de octubre de 1974, ratificó que cualquier territorio palestino liberado «debe volver a sus legítimos dueños palestinos, bajo el liderazgo de la OLP». Para entonces, la posición de la OLP hacia Israel también había variado mucho: hasta 1969 su pretensión era liberar toda Palestina; a partir de entonces se pretende un Estado en el que convivan musulmanes, cristianos y judíos. Después de 1974, se propuso la creación de un Estado a partir de los territorios de Cisjordania y Gaza. < <

[159] Las relaciones empeoraron en el Golán cuando Israel halló dos fosas comunes con unos 30 soldados judíos, asesinados con las manos atadas a la espalda; sus reclamaciones en la ONU quedaron en nada, pues los sirios, por su parte, mostraron las ruinas de sus ciudades y los padecimientos de su población civil a causa de los bombardeos israelíes. <<

[160] El Canal fue reabierto a la navegación el 5 de junio de 1975; cinco meses después atravesó la vía de agua el primer buque con destino a Israel. El Cairo y Tel Aviv habían eliminado la causa inmediata de dos guerras. < <

[161] C. López Alonso, *¿Jano o cabeza de Medusa?*, op. cit. p. 119. El historiador, diplomático y político israelí, Shlomo Ben Ami, lo corrobora en su última obra, *¿Cuál es el futuro de Israel?* Ed. B. Barcelona, 2002. «Hasta esa época, la sociedad israelí tenía una ética bastante clara. La definición de las fronteras no estaba en el centro del debate nacional. Entonces las fronteras del Estado eran aceptadas por todos. Se sabía que Israel estaba destinado a ser, geográficamente, un Estado pequeño. Es cierto que habla pequeños partidos políticos que soñaban con el Gran Israel, es decir, con futuras incorporaciones de nuevos territorios de Judea y de Samaria. Pero se trataba de partidos más bien esotéricos con programas también esotéricos. En ningún caso esas posiciones constituían un riesgo para la nación…». Tras la guerra de los Seis Días «los padres fundadores y sus hijos, sus descendientes políticos e ideológicos, no sabían qué hacer con esos territorios (ver nota 142). Abandonaron la hegemonía política y ética que tenían sobre Israel. Ante ese desconcierto, los religiosos, los fundamentalistas, los integristas, se adueñaron de dicha hegemonía». <<

[162] Habría nuevas y duras reprobaciones, como la del 18 de noviembre de 1976, formulada por la Comisión para la Educación, la Ciencia y la Cultura, que condenó la política educacional y cultural del Estado judío en los Territorios Ocupados por «considerarlas contrarias a los derechos humanos y a las libertades fundamentales»; la condena hacia especial hincapié en la «asimilación cultural sistemática». El 15 de febrero de 1977, la Comisión de Derechos Humanos acusó a Tel Aviv de practicar habitualmente la tortura contra los palestinos y de estarles expoliando la propiedad cultural y arqueológica de sus territorios. < <

[163] En octubre de 1975 se reunió en Nazaret un congreso para defender las tierras palestinas; las autoridades municipales fueron convocadas para que no escatimasen medida legitima alguna en defensa de sus pueblos y ciudades. El 30 de marzo de 1976 se anunció una nueva expropiación, esta vez de 1200 hectáreas. El Comité para la Defensa de las Tierras Árabes proclamó el *Día de la tierra*, en el que los palestinos hicieron una huelga general. Los disturbios fueron tan importantes que el ejército ocupó Hebrón; seis palestinos perdieron la vida y hubo cerca de un centenar de heridos de bala. <<

[164] El 18 de abril de 1976 más de 40 000 manifestantes de signo ultraderechista, organizados por el *Gush Emunim*, penetraron en el territorio ocupado de Cisjordania exigiendo su integración en Israel pues se trataba de *la tierra prometida a Abraham*. Hubo choques con la policía, heridos y detenidos. <<

[165] El teniente coronel Netanyahu, de 35 años de edad, era hermano mayor de Benjamin Netanyahu, que entonces contaba 28 años y estaba al comienzo de su carrera política. Benjamin Netanyahu, *Bibí*, ganarla las elecciones legislativas de 1996 y se convertirla en primer ministro de Israel, justo veinte años después de la operación de Entebbe. Ambos son hijos del conocido historiador Benzion Netanyahu, que fue profesor en Cornell, Nueva York. < <

[166] En las elecciones anteriores hablan tenido 51 escaños, en las de 1977, 33, pero aún perderían el de Moshe Dayan, que se pasó al *Likud* cuando fue designado ministro de Exteriores por Begin; en ese fuerte descenso fue fundamental la creación del partido *Dash* —Movimiento Democrático para el Cambio—, creado por el general y arqueólogo Yigal Yadin, que se atrajo a una parte importante de la clase media y del mundo intelectual y consiguió 15 diputados, que se aliaron con el *Likud*. <<

[167] Moscú se había negado a suministrar más armas a Egipto, incluso una partida de carros de combate que ya había sido aprobada anteriormente; en represalia, Egipto suspendió sus exportaciones de algodón a la URSS el 15 de agosto de 1977; el 28 de septiembre, Sadat solicitó a Breznev una moratoria de 10 años para pagar los 4000 millones de dólares a que ascendía la deuda militar egipcia con la Unión Soviética. < <

[168] Ante la oleada de revueltas populares de signo religioso chií, el *Sha* de Persia, Mohamed Rezza Pahlevi, designó un consejo de regencia y abandonó Irán el 16 de enero de 1979. El día 19, masivas manifestaciones arrollaron la sombra de poder dejada por el *Sha* y entregaron el poder al imán Jomeini, que se hallaba exilado en París desde 1964. Irán se convertía en una república islámica, a la que el 1 de enero de 1979 llegaba triunfalmente el ayatollah Jomeini. < <

[169] El consejero de Seguridad Nacional con Carter, Zbigniew Brzezinski, resumió la nueva política de Estados Unidos en el Próximo Oriente como «Adiós, adiós OLP». < <

[170] La reunión en Bagdad, el 31 de marzo de 1979, de ministros de exteriores de los países árabes recomendó la ruptura de relaciones diplomáticas con Egipto y el boicot petrolífero, medidas que no fueron seguidas unánimemente. < <

[171] Decía Kissinger cuando era secretario de Estado que «sin Egipto no puede haber guerra alguna en el Próximo Oriente, pero sin Siria no puede haber paz»; este axioma se ha demostrado cierto en los últimos años, pero está incompleto: debiera haber incluido a los palestinos. <<

[172] La OLP había sido invitada al Congreso del Partido Socialista que designó a Mitterrand como candidato a la presidencia de Francia y a Begin le hubiera gustado recordárselo. < <

[173] Sharon copiaba la maniobra de Dayan en el Sinaí, en 1956, repetida por Rabin en 1967, pero, en palabras de Simon Peres, lo hacía al revés: «… Dayan convirtió las directrices políticas de Ben-Gurion en una campaña contra Egipto (…) Begin convirtió los planes militares de Sharon en una doctrina política». <<

[174] Shlomo Argov quedó tetrapléjico a causa del atentado del grupo *Abu Nidal*, organización fundada por un miembro desgajado de *Al Fatah*, Sabri al-Banna, que se puso al servicio de Irak en 1974; poco después fue condenado a muerte por *Al Fatah*, pero siguió vivo hasta agosto de 2002, en que apareció muerto en su habitación, probablemente a causa de suicidio. El diario israelí *Haaretz* reprodujo un artículo dictado por Argov desde el hospital: «La guerra de Líbano fue una empresa desgraciada que debilitó al país. Sólo los charlatanes pueden hablar de una guerra que haya valido la pena». <<

[175] En su avance, los israelíes mataron a unos 2000 palestinos y capturaron a unos 7000; el cerco de Beirut, defendido por 10 000 *fedayines*, 2500 drusos, 1500 chiíes del movimiento Amal y 2000 soldados sirios, se prolongó desde el 13 de junio hasta el 19 de agosto, estrellándose las fuerzas judías contra las posiciones fijas y las montañas de escombros, pero su artillería y aviación causaron 29 500 muertos —según Unicef, 11 850 niños— en su mayoría, civiles. Bajo la mediación norteamericana, 15 000 palestinos abandonaron la capital libanesa con sus armas entre el 20 de agosto y el 3 de septiembre, en que salieron los últimos fedayines, Arafat entre ellos (datos de Bernabé López, *Líbano, el conflicto interminable*). Bajo la presión de la presencia militar israelí, Bechir Gemayel, jefe de las falanges libanesas, milicias armadas del partido *Kataeb*, fue elegido presidente de Líbano el 23 de agosto, pero su ambicionada jefatura del Estado sólo le duró tres semanas: el 14 de septiembre fue asesinado en un atentado, junto con una veintena de sus colaboradores, a cargo de un libanés a sueldo de Damasco; sus partidarios se vengaron, inculpando a los palestinos, con las masacres de Sabrá y Chatila. Amin Gemayel, hermano menor del fallecido, heredó el cargo y se sostuvo en la presidencia hasta 1988. < <

[176] El golpe más grave sufrido por los israelíes en la posguerra de Líbano tuvo lugar en Tiro, cuando un guerrillero chií se lanzó con su coche, cargado de explosivos, contra un acuartelamiento judío, causando 80 muertos y decenas de heridos. El 4 de febrero de 1997, dos helicópteros militares que regresaban de Líbano con soldados que habían participado en una misión punitiva, chocaron en pleno vuelo y murieron tanto las tropas como los pilotos; en total, 73 militares. <<

[177] El periodista israelí Ammon Kapeliouk, corresponsal en aquella guerra, escribió un libro escalofriante acerca de lo ocurrido en Sabra y Chatila desde las 4 de la tarde del 16 de septiembre hasta las 10 de la mañana del 18. Sobre la indudable complicidad israelí en la matanza, escribe: «A las tres de la tarde (del 16 de septiembre de 1982) el jefe del ejército israelí en Beirut, general Amos Yaron, en unión de dos de sus oficiales, tuvo una reunión con el jefe de información de las fuerzas libanesas, Elias Hobeika y Fadi Ephram. Con la ayuda de fotografías aéreas proporcionadas por los israelíes, ambos trazaron el plan para penetrar en los campos de refugiados. El general israelí les garantizó que sus soldados les prestarían cuánta ayuda precisaran "para limpiarlos de terroristas"». Después, el jefe del sector, general Drori, telefoneó a Ariel Sharon: «Nuestros amigos están penetrando en los campos. Hemos coordinado su entrada». Ariel Sharon respondió «¡Felicidades! Queda aprobada la operación de nuestros amigos», (*Sabra et Chatila, enqûete sur un massacre*, Ed. Seuil, París, 1982, p. 38).

Veinte años después, aquellas matanzas volvieron a primer plano: el día 24 de enero de 2002, asesinaron mediante un coche bomba a Elias Hobeika, uno de los responsables del crimen, que saltó por los aires a causa del estallido de una bomba adosada a su automóvil. Hobeika se disponía a declarar contra el primer ministro israelí, Ariel Sharon, ante un tribunal belga. Muerto ese testigo, se sobreseyó la denuncia contra Sharon. Se desconoce la identidad del autor del crimen, pero fue suposición universal en los medios periodísticos que por medio estuvo el *Mossad*. <<

[178] Le calificaba de «infatigable intrigante» o le menospreciaba en asuntos militares y políticos. Decía de él, por ejemplo: «Conocía a Peres… y, por eso, no le creí ni una sola palabra». < <

[179] Los piratas que secuestraron el *Achille Lauro* asesinaron a uno de sus pasajeros, el paralitico norteamericano de origen judío, León Klinghoffer. Se rindieron en Egipto y un avión de *Egyptair* los trasladó a Túnez, que se negó a recibirlos; cuando el aparato regresaba a su punto de partida fue interceptado por un *F-14* norteamericano y obligado a aterrizar en la base italiana de Sigonella, utilizada por los norteamericanos. Los terroristas fueron juzgados por la Justicia italiana. <<

[180] Es apasionante leer en la obra de Gordon Thomas, *Mossad* (Ed. Vergara, Madrid, 2001, pp. 174-220) la inmensa tela de araña tejida en el escándalo Irán-Contra, en la que terminaron envueltos el *Mossad*, la CIA y la KGB y personajes notorios de la vida pública; se movieron inmensas cantidades de armas y dinero, que en parte fueron a parar a las arcas del *Mossad* israelí y a los bolsillos de algunos de sus colaboradores. Entre los implicados en el *affaire* estaría el magnate de la prensa Robert Maxwell, que habría comprado el grupo *Mirror* con dinero proporcionado por el *Mossad*, al que, a su vez, habría donado una inmensa suma de dinero substraída de los fondos de pensiones de sus empleados. Según Gordon Thomas, que emplea informaciones del exespia Víctor Ostrovsky y de otras fuentes, la misteriosa muerte de Maxwell, cuando navegaba en su yate *Lady Ghislaine*, fue un asesinato urdido por el *Mossad* para evitar las revelaciones escandalosas que el empresario periodístico hubiera podido hacer sobre sus actividades. <<

[181] Más aún, de su seno surgida Hamas, una organización que desde hace quince años marcha en cabeza de la actuación terrorista contra Israel y, de paso, contra el posibilismo negociador de la OLP. < <

[182] Fathi Shikaki, fundador de la Yihad Islámica y autor de un opúsculo titulado *Jomeini, la alternativa islámica*, fue asesinado en La Valletta, Malta, por agentes del Mossad el 25 de octubre de 1995. < <

[183] Los fundadores no aceptaron la paternidad del Movimiento hasta meses después, temerosos de que la policía israelí aplastara a la vez a Hamas y a los Hermanos Musulmanes. En su ideario fundacional intervenían dos factores, el yihadismo que se extendía progresivamente por el mundo islámico —a su modo de ver, especialmente justificado en aquellas circunstancias— y el temor de que la juventud desheredada se apuntara a la lucha bajo las banderas de la Yihad islámica y la OLP.

Su origen en los tolerados Hermanos Musulmanes, su confrontación con la OLP —nacionalista, descreída y posibilista— han hecho sospechar que Hamas fue tolerado en los momentos iniciales por los servicios secretos de Israel, bien porque lo supusieran más manejable que Arafat, bien porque constituyera una oportuna división, que haría más frágil todo el movimiento reivindicador palestino. De hecho, Hamas se opuso a los acuerdos de la Conferencia de Argel de 1988 y mostró su radical oposición a los acuerdos de Oslo, en 1993, que trató de entorpecer con sus atentados terroristas, haciendo el juego a la derecha israelí. < <

[184] De la *Carta de Hamas*, de 18 de agosto de 1988, citada por G. Kepel, *Yihad*, p. 255. < <

[185] Shultz, presionado por Shamir, ya había abortado una mediación de Peres, ministro de Exteriores de Israel en 1987. En colaboración con el rey Hussein de Jordania, Peres había llegado a un proyecto de Conferencia Internacional con un planteamiento parecido al que cinco años más tarde tuvo la Conferencia de Madrid. En sus memorias, Shultz muestra haber estado muy influenciado por Shamir desde 1986 a 1988. Negándose a la entrada de Arafat en Estados Unidos para hablar ante la ONU, el Secretario de Estado norteamericano se extralimitó en sus funciones, contravino los acuerdos fundacionales de las Naciones Unidas y patentizó ante el mundo entero el manejo que Washington ha estado haciendo del gran foro internacional en las últimas décadas y su fiel representación de los intereses de Israel ante el Consejo de Seguridad. < <

[186] En la primavera de 1994 se publicó el informe Human Rights Watch que recogía en sus 316 páginas múltiples casos de tortura practicados por policías y soldados israelíes contra los palestinos de la intifada; el informe asegura que los detenidos en el transcurso de siete años fueron más de cien mil y que millares de ellos padecieron tortura. A mediados de junio de 1994, la televisión israelí emitió un documental que estremeció a la opinión pública: un soldado admitió haber trabajado como torturador durante muchos meses para los servicios de seguridad: «He llegado a perder la cuenta de los infelices que pasaron por mis manos». < <

[187] Aparte de que, tradicionalmente, los republicanos habían sido siempre menos sensibles a las presiones electorales del *lobby* sionista que los demócratas, Bush tenía un excelente conocimiento directo de una de las facetas de la situación: el mundo del petróleo. «Bush había llegado a la política después de una carrera en la industria del petróleo, que le hacía accesible a los razonamientos políticos de los capitales de las petromonarquías de Oriente Medio, interesadas en reequilibrar la política regional de Estados Unidos a su favor». (Gilíes Kepel, *La Yihad*. Ed. Península, Barcelona, 2001. p. 516). < <

[188] En contra de las resoluciones de la ONU y de todas las declaraciones internacionales, Israel sigue sosteniendo que Jerusalén es su capital *eterna* y no un territorio ocupado, por tanto, no admitió que un palestino pudiera representar los intereses de Jerusalén. < <

[189] Los laboristas consiguieron 44 diputados —por 32 el Likud—, pero necesitaban 17 más para alcanzar la mayoría imprescindible para gobernar; la obtuvieron del bloque de centro-izquierda agrupado en el Meretz, con 12 escaños, y de los ultraortodoxos orientales no sionistas del Schas, con 6 escaños; no entraron en la coalición gobernante los comunistas árabes, 3 diputados, ni el Partido Democrático Árabe, 2 escaños, pues Rabin no quería depender de sus votos en las negociaciones con los árabes, que presentía cruciales a lo largo de su mandato. < <

[190] A mediados de diciembre de 1992, el Gobierno israelí deportó a 415 palestinos a Líbano. Como allí se negasen a acogerles, quedaron en tierra de nadie, en el desolado terreno que se extiende entre la cordillera del Líbano y el Mediterráneo, atendidos sólo por la ayuda de otros integristas, los chiíes de Hezbolá. Allí estuvieron, pese a la resolución 799 del Consejo de Seguridad, hasta que se firmaron los acuerdos de la autonomía palestina: los enfermos regresaron a Israel a comienzos del verano de 1993; los demás, en dos grupos, uno en octubre y otro en diciembre. <<

[191] Tres para cada delegación y una para el ministro noruego. <<

[192] Si hubiese alardeado de que la Declaración de Principios era una victoria de la diplomacia norteamericana, los acuerdos de Oslo hubieran estado unidos por siempre jamás a una ridícula mentira. A aquellas horas, ya se conocía en las redacciones de los periódicos la naturaleza de los acuerdos y, más o menos, cómo se habían conseguido. Yo mismo comentaba, en el programa *Hoy por Hoy*, que dirige Iñaki Gabilondo en la cadena SER, aquel de 1993: «Nos hallamos ante un acuerdo histórico. Después de 26 años de guerra y negociaciones baldías, los palestinos volverán a Gaza y Jericó y lo harán para crear un espacio autonómico, embrión de un Estado (…) Cosa digna de celebrar, pues nunca antes tuvieron algo parecido». <<

[193] Desde la fundación de la OLP, en 1964, hasta la firma de la Declaración de Principios, de 1993, Israel había perdido 1311 de sus ciudadanos y sufrido las heridas de 14 191 más, victimas del terrorismo palestino; la OLP, por su parte, lamentaba la pérdida de más de 50 000 vidas en las guerras de Líbano, Jordania y en las campañas terroristas contra Israel. < <

[194] Según las estadísticas del Instituto Noruego de Ciencias Sociales Aplicadas, FAFO, los palestinos eran 5 800 000 en 1993, distribuidos de la siguiente forma: 1 800 000 en Jordania, 1 100 000 en Cisjordania-Jerusalén, 730 000 en Israel, 630 000 en Gaza, 330 000 en Líbano, 300 000 en Siria, 450 000 en otros países árabes y 460 000 dispersos por el resto del mundo. Las cifras resultan mucho más elevadas que las admitidas por fuentes de la ONU, que consideran la siguiente evolución de la población palestina: 1948: 1 293 000; 1965; 1 700 000; 1988: 3 118 000. En 2002 el número de palestinos se estimaba en unos seis millones, de los cuales serían refugiados 4 500 000, pero debe admitirse que resulta muy difícil precisar la cifra exacta por su dispersión y por su asimilación en otros países. Las cifras de paro y analfabetismo pertenecen a la FAFO. < <

[195] Baruch Goldstein resultó muerto en la terrible confusión que siguió a su matanza. Fue sepultado en la colonia de Kiriat Arba, donde se le erigió un mausoleo, aunque tales monumentos funerarios van en contra de la tradición hebrea; la tumba se convirtió en centro de peregrinación para muchos integristas judíos, entre otros para el grupo de los Vengadores Judíos al que pertenecía Yigal Amir, el asesino de Rabin. < <

[196] La firma del acuerdo, una vez aprobado por los Parlamentos de ambos países, tuvo lugar en Ammán, el 17 de octubre, entre el primer ministro jordano Abdul Salam Mayali y el primer ministro israelí, Yithzak Rabin; el día 26 del mismo mes se ratificó el Tratado de Paz entre los dos países en Wadi Araba, un perdido punto fronterizo entre Israel y Jordania. A la solemne ceremonia, que contó con 4000 invitados, asistió como patrocinador del acuerdo el presidente de Estados Unidos, Bill Clinton. Se cerraba allí una beligerancia de 46 años, que enfrentó a los dos países en dos guerras y en centenares de incidentes fronterizos. <<

[197] Las prestaciones militares en Israel son muy duras y gravosas: a los 18 años se incorporan a filas, en las que permanecen 3 años; pasan luego a la situación de reservistas, en la que deben cumplir 40 días de servicio de armas al año, hasta los 45 de edad; o hasta los 52, si se trata de empleos burocráticos. Como no están obligados a prestar el servicio militar ni los palestino-israelíes ni los judíos ortodoxos, la dura servidumbre recae sobre, aproximadamente, el 60% de la población. Los reservistas son cerca de medio millón y constituyen el nervio militar de Israel, cuyo ejército permanente, incluidos sus cuadros profesionales, no llega a 200 000 soldados. Este sistema permite que Israel disponga de un ejército potentísimo y bien adiestrado, siempre presto a entrar en combate, pero su peso es terrible para la población, tanto por la dedicación que comporta como por el dinero que cuesta: más del 20% del presupuesto y, en ocasiones de crisis, más del 30%. < <

[198] «El caudal de cartas amenazadoras que llegaba al despacho de Rabin era como para llenar un archivo —declaró el asesor jurídico del Gobierno israelí, Michael ben Yair, tras el asesinato del primer ministro—. Por eso solicité una entrevista al jefe de la *Schabák*, que nunca llegó a celebrarse». < <

[199] Todavía en febrero de 1997 abandonó las cárceles israelíes un grupo de mujeres que no había aceptado la libertad, concedida catorce meses antes. < <

[200] Ésta es la versión oficial del magnicidio, llena de detalles inverosímiles que fueron captados desde el comienzo por la prensa: dos disparos de una Beretta de 9 mm, con proyectiles *dum-dum*, realizados a dos metros de distancia y con las trayectorias descritas hubieran causado tal destrozo en el cuerpo de Rabin que se hubiese desplomado, cubierto de sangre y muerto casi instantáneamente. Gordon Thomas (*Mossad*, Vergara, Madrid, 2001, pp. 153-154), recoge las investigaciones del periodista israelí Barry Chamish que inducen a pensar en un magnicidio de Estado. Según este investigador, Amir realizó un solo disparo y no los tres descritos y, además, fue de fogueo, tanto que los testigos no recuerdan que hubiera sangre en el cuerpo de Rabin, ni que fuera derribado por dos brutales impactos de ese calibre y a esa distancia, disparados por una de las armas cortas más potentes que existen. Lea, la viuda, testificó que su marido «seguía en pie y con buen aspecto».

El coche hubiera debido volar por las vacías calles de Tel Aviv y alcanzar el hospital en un minuto apenas y, sin embargo, *estuvo perdido durante casi diez minutos*. Cuando Rabin llegó al hospital estaba moribundo y los médicos testificaron que llegó cubierto de sangre con dos heridas tremendas. La teoría de Chamish es que Rabin fue asesinado en el trayecto hacia el hospital por su propio guardaespaldas, Yoram Rubin, que apareció muerto poco después. Al parecer se suicidó.

Durante su proceso, el asesino convicto, Yigal Amir, declaró ante el tribunal: «Si digo la verdad, todo el sistema se derrumbará. Sé lo suficiente como para destruir este país». Esta versión no está, naturalmente, demostrada y difícilmente podrá avanzar debido a la conspiración de silencio que envuelve aquel asesinato. < <

[201] Conocido como el artificiero de Hamas, se le supone fundador de las brigadas *Ezzedin al Qasan*, vinculadas a aquella organización islamista, que comenzó su actuación hacia 1988 y a la que se atribulan 85 atentados en sus seis primeros años de actuación. < <

[202] Los atentados de Hamas causaron 63 víctimas israelíes, con la consiguiente ola de inseguridad, protestas y petición de *mano dura*, que Netanyahu parecía partidario de emplear; negativo fue, también, para Simon Peres, la actividad que cobró en vísperas electorales el frente libanés, donde Hezbolá causó algunas víctimas y notable inquietud a las tropas israelíes allí destacadas; el primer ministro quiso contradecir a sus detractores y mostrar su energía, por lo que dio vía libre a la operación de castigo denominada *Uvas de la Ira*, en la que la artillería israelí disparó sobre un complejo de las Fuerzas de la ONU destacadas en Líbano, donde se hablan refugiado centenares de civiles para escapar de las represalias, causando 112 muertos y 130 heridos; la represalia no le proporcionó votos, pero si duras críticas internacionales. Una vez más se demostraba el gafe electoral que ha perseguido a Peres durante toda su incombustible trayectoria política. <<

[203] Su último dirigente histórico, Yitzhak Samir, se había retirado de la política activa en diciembre de 1995, tras cumplir 80 años de edad. < <

[204] La coalición de la derecha obtuvo el 50,3% de los votos; la coalición laborista, 49,6%. Por escaños, la victoria de Netanyahu era más amplia: 68 contra 52. En cuanto a los resultados de los partidos, la derrota laborista era severa: 34 escaños frente a los 44 de 1992; el electorado israelí se había olvidado de la emoción y las lágrimas derramadas por Rabin. Al Likud tampoco le fueron bien las cosas: de 43 escaños en 1992 había pasado a 33 en 1996. La tendencia hacia el radicalismo la marcaba el avance de los partidos religiosos —24 escaños frente a los 16 del pasado—. Entre ellos, el Shas marcaba la diferencia: 10 escaños, cuatro más que en 1992; en 1999 siguió ascendiendo, 17 escaños. Pero el desequilibrio lo planteó La Tercera Vía, nueva formación integrada por los inmigrantes de la antigua Unión Soviética y una escisión laborista contraria a hacer más concesiones, que lograron nada menos que 11 escaños; ideológicamente eran centristas, pero chocaban en un punto fundamental con Peres: querían tierras en Cisjordania y en el Golán. <<

[205] Habían transcurrido tres años desde la firma de los primeros acuerdos, en el Jardín de Rosas, y los terroristas de ambos bandos trataban de taponar con cadáveres el angosto y quebrado camino de la paz; en torno a seiscientos fueron los muertos en esos 36 meses, en una proporción de cinco palestinos por cada dos israelíes. <<

[206] La vida se hace difícil en Israel para los laicos poco observantes de los preceptos religiosos. Funciona, por ejemplo, una *Policía del Sabat*, dependiente del Ministerio de Trabajo, que recorre bares, restaurantes, salas de fiesta, cines y comercios desde el atardecer del viernes al del sábado, para evitar su funcionamiento, obligando a la observancia del precepto sabático. Esta ley existía desde siempre en Israel, pero nunca se había cumplido mucho y en los primeros años noventa, nada. Con Netanyahu, sin embargo, se aplicó rigurosamente y, también, con Barak, que vivía acobardado por las presiones integristas. Hoy, pese a los compromisos políticos de Sharon, se observa cierto relajo en la presión del Ejecutivo sobre la sociedad más laica, aunque, por ejemplo, ha tenido que soportar interpelaciones parlamentarias por el aterrizaje de un avión de *El-AI* en sábado, pese a que se trataba de causa justificada: el avión había partido con retraso debido a un atentado terrorista. <<

[207] El Protocolo de Hebrón deja claro el pensamiento de Netanyahu de no renunciar definitivamente a nada, de modo que, para empezar, planteaba que se trataba de un repliegue, no de una devolución. En ese documento es de notar que se preserva la unidad de Hebrón, que pasa a ser zona A, es decir, a la ANP a efectos civiles, aunque a efectos de seguridad quedaba dividida en dos zonas: H-l (palestina) y H-2 (israelí), quedando garantizada la libre circulación entre las zonas. Las medidas de seguridad conjuntas eran un prodigio de detalles: número de patrullas conjuntas, de sus vehículos y armas y continuación en la zona de las fuerzas de observadores internacionales. Cinco años después, Hebrón es una ciudad muy destruida y bajo una ocupación militar casi permanente para proteger a medio millar de colonos. Entre tanto, más de cien mil palestinos viven bajo mínimos, sin trabajo y bajo frecuentes toques de queda. < <

[208] Ante la oleada de atentados de febrero y marzo de 1996, las autoridades judías reaccionaron cerrando el paso hacia Israel a los trabajadores palestinos, haciéndoles perder millones de jornadas laborales. Peor aún: el clima de incertidumbre provocado por el terrorismo, las elecciones en Israel, el triunfo conservador, el propósito de Netanyahu de modificar el espíritu y las fechas de los acuerdos, el conflicto del Túnel de los Asmoneos, etcétera, retrajeron las inversiones y créditos extranjeros. Todo ello ocasionó —según datos aportados por Arafat en el *World Economic Forum*, 2 de febrero de 1997— un 35% de caída en los niveles de renta durante 1996; las inversiones extranjeras se redujeron al 33%, mientras un 65% de las familias palestinas vivía en los Territorios Ocupados por debajo del umbral de la pobreza, según baremos de la ONU. < <

[209] Casualmente, por aquellas fechas estallaba el escándalo *Clinton-Lewinsky*. Gordon Thomas (*Mossad*, p. 120 y ss.) comenta que el Mossad estaba al tanto de las relaciones del presidente y la becaria y aprovechó su información para *matar dos pájaros de un tiro*. Notificó al FBI lo que sabía para que, por un lado, suspendiera el acoso a su agente *Mega*, relacionado con el robo de los materiales radioactivos; por otro, para que el FBI avisara a Clinton de que el Mossad sabía… Aunque el veto norteamericano ha sido una constante en el Consejo de Seguridad para impedir resoluciones o condenas contra Israel, la coincidencia de fechas es sugerente. <<

[210] Arye Deri, líder del partido Shas, que fuera aliado de los laboristas en la anterior legislatura y que arrastraba ciertos problemas con la Justicia, trató de resolverlos —según las acusaciones— apoyando a Netanyahu a alcanzar el poder. Más aún, cuando el primer ministro israelí tuvo problemas para hacer aprobar en la *Knesset* el abandono de Flebrón, le sacó del apuro el apoyo del Shas, con sus diez diputados; se aseguraba en Israel que Deri condicionó esa ayuda a la designación de un amigo suyo como procurador general del Estado, personaje que debería sacarle las castañas del fuego… Pero se descubrió el asunto, estalló el escándalo, Arye Deri fue procesado y, aunque Netanyahu logró evadir la acción de los tribunales, su figura política resultó muy dañada. <<

[211] La construcción de asentamientos se mantuvo hasta la jefatura del Gobierno de Barak, en que se mintió un tanto, pero no se paralizó. Con Sharon aumentó vertiginosamente, hasta el punto de que a finales de 2002 se consideraba que habla cerca de medio millón de judíos asentados en los Territorios Ocupados (200 000 en Cisjordania; 200 000 en Jerusalén; 60 000 en la Franja de gaza). Como resulta evidente, se trata de agricultores en apenas un 10%; el resto vive en los asentamientos como si se tratara de zonas residenciales de las ciudades israelíes, de las que muchos distan a menos de 50 kilómetros, pues en los asentamientos la vivienda es muy barata y las comunicaciones, exclusivas para israelíes, les garantizan el acceso a sus centros de trabajo en menos de una hora. Punto y aparte merece el centenar de asentamientos *salvajes* —es decir, abiertos por los colonos sin permiso gubernamental alguno—. Se trata de pequeños grupos de caravanas que hoy trata de desmontar el Ejército con escaso éxito, dada la violenta resistencia de esos especiales «ocupas» y su retorno en cuanto desaparecen los soldados que les han expulsado. < <

[212] Para que se valore el inmenso esfuerzo desplegado en este proceso, baste decir que esta cumbre la preparó el premier británico Tony Blair durante una semana de estancia en Israel y en los Territorios Ocupados; la animó el vicepresidente norteamericano Al Gore visitando la región en los postreros días de abril; y la impulsó la secretaria de Estado, Madeleine Albright, con promesas y amenazas. <<

[213] Algunos autores tratan de achacar los incumplimientos israelíes de Wye Plantation, en el otoño de 1998, al terrorismo palestino, pero debe precisarse que durante los tres años de mandato de Netanyahu hubo diez atentados suicidas y que 1998 y 1999 fueron los años de intensidad terrorista más baja en el conflicto: dos atentados. Respecto a incumplimientos, es forzoso recordar que permitió o incentivó el establecimiento de 42 asentamientos en los Territorios Ocupados y que el número de colonos aumentó en unos 74 000. Miguel Ángel Bastenier observa al respecto: «Todo ello equivalía a una perversa pescadilla que se muerde la cola porque, sin retirada, Arafat carecía de autoridad para hacer cumplir nada, y Netanyahu se basaba en ese incumplimiento para no retirarse. Por añadidura, la fecha límite para llegar a un acuerdo era el 4 de mayo de 1999, pero nadie ignoraba que Netanyahu ni remotamente iba a ofrecer el 80% u 85% del territorio que se suponía que Peres había prometido a Arafat. El líder israelí había hablado oficiosamente de un máximo del 50%». (*Israel-Palestina, la casa de la guerra*. Ed. Taurus, Madrid, 2002). <<

[214] Ehud Barak, con el 56% de los votos, lograba la victoria más amplia que nadie había logrado en Israel en un cuarto de siglo. Tuvo que hacer malabarismos para formar un Gobierno de cierta coherencia. Los 70 diputados que logró reunir tenían la siguiente procedencia: su propia coalición, Un Israel, 26 diputados; el ultraortodoxo Shas, aporta a la coalición 17 diputados; los laicos del Meretz, los rusos de Israel Ba'aliya, los árabes, los pacifistas del Centro, para el Partido Nacional Religioso, ponían a su disposición 29 escaños. A cambio, los siete partidos coaligados *pedían la Luna*: el Shas, por ejemplo, cuatro ministerios. Para contentar a todos, Barak organizó un gabinete tan crecido que tuvo que solicitar permiso al Parlamento para ampliarlo, de 18 carteras a 24. Pero todo eso no significaba que fuera una mayoría sólida, como los hechos se encargarían de demostrar. Los primeros problemas le llegaron de sus propias filas, donde las mujeres le reprocharon que sólo hubiera designado una ministra. < <

[215] Tal como se ha visto en el capítulo inicial, no transcurre un solo mes sin denuncias de tortura; peor aún, a partir del verano de 2002, son frecuentes las sentencias de los tribunales israelíes que dan vía libre a la destrucción de las casas de familiares de terroristas, por la simple sospecha de que hayan podido ser sus cómplices e, incluso, se está deportando, con el respaldo de la Justicia, a posibles cómplices de los terroristas, sin que haya sido probada su culpabilidad ni pese sobre ellos condena alguna. < <

[216] A comienzos de septiembre de 2002 volvió a surgir esta cuestión ante la opinión pública, barajándose extraordinarias cifras en las cuentas de Arafat. Quizá esas valoraciones procedían de una confusión: el jefe del Servicio de Inteligencia Militar, Aaron Zeevi-Farkash, mencionó en el Parlamento israelí la cifra de 1003 millones de dólares acumulados por la ANP en diversas cuentas, pero ese dinero pertenecería a la Administración palestina. Quizá eso no entrañe una acusación contra Arafat de apropiación de fondos públicos, pero sí de desorden, corrupción, administración irregular, etcétera, a la que ayudaba la Administración israelí, que retiene el IVA de los palestinos desde el comienzo de la *intifada*, por un montante que, a comienzos del otoño de 2002, ascendía ya a 600 millones de dólares. Estas cuentas que, con toda lógica, hoy se le exigen a Arafat debieron haberle sido demandadas hace años, pues parece que todo el montaje era bien conocido, pero mientras el Rais les fue útil, mientras pudo controlar el terrorismo de Yihad y, sobre todo, de Hamas, todos callaron… En las últimas revelaciones se incluye el agravante añadido que Omri Sharon, hijo del primer ministro israelí, ha sido uno de los asesores económicos de Arafat desde que su padre llegó al poder. La política y el dinero corrompen mucho. < <

[217] En el año 1300, el papa Bonifacio VIII proclamó en Roma el primer Año Santo, que deberla celebrarse cada cien años; en 2000 se conmemoraba la decimoctava edición, cuya solemnidad festiva culminarla en Roma durante el mes de julio. Todo el calendario papal estuvo repleto de actos simbólicos en tomo al Jubileo, entre ellos el programa de peregrinaciones por los Santos Lugares del cristianismo. El Papa visitó Egipto en febrero, recordando que ésa fue la tierra de acogida de la Sagrada Familia en su huida de la persecución en Palestina, una de las cunas de la primitiva Iglesia cristiana, y que Yahvé entregó las Tablas de la Ley a Moisés en el Sinaí. Esta visita fue casi privada, porque los católicos —muy dispersos y en su mayoría afincados en el Alto Egipto— se movilizaron poco; los coptos apenas le hicieron caso; los ortodoxos —como ocurriera durante la visita al Monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí— se encargaron de demostrarle lo lejos que se hallan de Roma; las autoridades sólo se preocuparon por hablarle del interés político de su visita a Israel… En suma, pasó por El Cairo sin que nadie volviera la vista, porque nadie se enteró de que estaba allí; incluso el Palacio de los Deportes de El Cairo, donde celebró un oficio religioso, registró solamente media entrada. < <

[218] «Esto llevó a Israel a levantar la orden de congelación de nuevos asentamientos en la zona, el 13 de abril de 2000» (Romualdo Bermejo, *El conflicto Árabe-israelí en la encrucijada: ¿es posible la paz?*, Ed. Eunsa, Pamplona 2002, p. 103). < <

[219] La guerra en Líbano es uno de los embrollos históricos más difíciles de desenmarañar. El director de la CIA, William Casey, recordaba las luchas que se desarrollaban en el sur del país a mediados de los ochenta: «Lo que no sabíamos era que el Mossad también jugaba sucio: proveía a Hezbolá de armamento para matar a los cristianos y al mismo tiempo, proporcionaba más armas a los cristianos para que mataran a los palestinos» (Gordon Thomas, *Mossad*, Ed. Vergara, Madrid, 2001, p. 41). < <

[220] Esa retirada fue completa, salvo el punto debatido de Las Granjas de Chaba, territorio reclamado por Líbano que Israel se niega a evacuar, alegando que es sirio y, por tanto, territorio ocupado como el Golán y el Monte Hermon y sujeto a la resolución 242 de la ONU. Líbano replica que Las Granjas de Chaba son propiedad de ciudadanos libaneses y que existe un acuerdo entre Beirut y Damasco, de 1960, que integrarla ese territorio en Líbano. Otro embrollo más. <<

[221] No conozco cifras oficiales sobre las pérdidas humanas israelíes en Líbano desde la invasión de 1982 a su evacuación en 2000, pero la generalidad de los autores las eleva a 1200-1300 soldados. < <

[222] En los Territorios Ocupados, Hamas, Yihad Islámica y los estudiantes palestinos más radicales; en Líbano, Hezbolá; en Siria, FPLP, FPDLP… < <

[223] Israel estaba viendo, quizá con complacencia, el debilitamiento de Arafat. Un ministro dijo públicamente que el líder palestino era «un caballo muerto». Tal apreciación, como se verla, era falsa, procedía del desconocimiento de «la correa» y la capacidad políticas de Arafat; pero, también, de un deseo permanente de Israel de ver aniquilado al líder palestino. Un personaje tan poco interesado en desvelar esa obsesión israelí por Arafat como el director de la CIA a finales de los años ochenta, William Casey, le confesó al escritor Gordon Thomas: «Sabíamos que los israelíes siempre estaban dispuestos a culpar a Arafat de cualquier cosa y, al principio, no nos lo creíamos» (op. cit., p. 40). < <

[224] Shlomo Ben Ami, por ejemplo, niega que Arafat deseara alcanzar un compromiso razonable en Camp David; el propósito del líder palestino, según el político israelí, era liberar Palestina a sangre y fuego (*¿Cuál es el futuro de Israel?*, Ediciones B, Barcelona, 2002, pp. 256-257). <<

[225] El periodista francés de origen judío, Alain Gresh, comenta ácidamente el resultado: «¿Una oferta generosa? ¿Según qué rasero? ¿El del derecho internacional que impone a Israel la retirada de los territorios ocupados en 1967 y que desmantele todas sus colonias, instaladas incluso en Jerusalén Este? “Oferta generosa”… La propia expresión es elocuente: es la de un vencedor, que el vencido debe ratificar humildemente. Refleja la visión de una paz impuesta por el más fuerte al más débil…», (*Israel, Palestina*, Ed. Anagrama, Barcelona, 2002, p. 148). < <

[226] La partición de la ONU de 1947 les había reducido a 11 823 kilómetros cuadrados, que disminuyeron a 5473 tras la guerra de 1948; por tanto, en Camp David se le daba al territorio palestino un nuevo mordisco de 1173 kilómetros cuadrados. <<

[227] *Provocación*, según la acepción 2.ª del Diccionario de la Real Academia es «*Irritar* o estimular a *uno con palabras* u *obras para que se enoje*»; es casi universal el calificativo de que el acto de Sharon fue una provocación. Hay, sin embargo, quien argumenta que «la zona visitada por Sharon forma parte actualmente de la soberanía israelí y cualquier ciudadano de este país tenía y tiene el derecho a visitarla», (Romualdo Bermejo, op. cit.). Esa interpretación confirma la provocación: si Sharon se hubiera presentado, por ejemplo, en las Pirámides de Guiza con 1200 soldados israelíes no hubiera sido una provocación, sino una invasión. Constituye una provocación, primero, porque esa zona está comprendida en la Resolución 242, por tanto deberla serle devuelta a los palestinos; segundo, porque es terreno sagrado, el más reverenciado por el Islam tras Medina y La Meca; tercero, porque, aunque se recuerde de tarde en tarde, está bajo un estatuto internacional desde la partición de 1947; cuarto, porque constituía una de las claves de la negociación; quinto, por la propia personalidad de Ariel Sharon, que comenzó a cimentar su leyenda antipalestina al frente de la *Unidad 101* —encargada de represalias contra las aldeas de donde, presuntamente, procedían los terroristas; en Quibya, por ejemplo, fueron asesinados 69 civiles, mujeres y niños en su mayoría—; aumentó su negro prestigio con el asunto de Sabra y Chatila y a la sazón era el más duro opositor en la *Knesset* a los Acuerdos de Oslo y a las concesiones a los palestinos. < <

[228] Nos prohíben matar a los niños —explicaba un soldado de *Tzahal* a la periodista israelí Amira Haas—. No disparamos a niños que tengan doce años o menos. Por encima de los doce años, está autorizado. Ésas son las órdenes. (Le *Monde*, 24 de noviembre de 2000). <<

[229] El 27 de noviembre, dos meses después del comienzo del baño de sangre, el capitán Uau Sztulman, portavoz oficial del Ejército israelí, declaraba a los periodistas en Jerusalén: «No entramos en territorio palestino, ni iniciamos las operaciones de combate; sólo respondemos. Actuamos muy por debajo de nuestras posibilidades, con armamento y munición de bajo calibre. ¿Dónde está la fuerza excesiva?». Ese día, según el cómputo de víctimas desde el principio de la *intifada* de la Explanada de las Mezquitas, ofrecido por el propio portavoz militar, era de 300 muertos palestinos contra 30 israelíes; de más de 2000 heridos palestinos contra unos 200 israelíes; 10 a 1. Los horrores se sucedían por ambos bandos: Hamas y Yihad Islámica hablan vuelto al atentado indiscriminado del hombre-bomba y se unía a ellos un grupo de reciente fundación, Mártires de Al Aqsa; ante la comisaría de Ramala se produjo el abominable linchamiento de dos reservistas israelíes, que la masa enfurecida arrancó de las manos de la policía; por su lado, Israel no se privaba de nada: disparos de fusil y ametralladora contra los que tiraban piedras; fuego de cañón y cohetes, lanzados por helicópteros —e, incluso, por aviones *F-16*—, contra los que empleaban fusiles; carros de combate y *bulldozers* contra las barricadas; acciones de comandos para eliminar o capturar a los dirigentes de la policía y las milicias de Al Fatah. Incluso las propias fuentes del ejército israelí admitían esa desproporción cuando informaban de que en las seis primeras semanas de intifada había sido escasa la presencia de tiradores palestinos (*Herald Tribune*, 14 de diciembre de 2000, citado por A. Gresh). < <

[230] Romualdo Bermejo culpa a Arafat, quien «empezó a llevar a cabo consultas internas con los palestinos y externas con los países árabes y envió al día siguiente, ni más ni menos, que 24 objeciones al Plan Clinton, lo que le amputaba de toda su sustancia», (*El conflicto árabe-israelí en la encrucijada*, Ed. Eunsa, Pamplona, 2002, p. 128). Por el contrario, Lydia Escribano culpa a «Israel, que se negó a devolver la Explanada de las Mezquitas (mientras los palestinos estuvieron de acuerdo en aceptar la soberanía israelí (…) del Muro de las Lamentaciones). Israel, además, insistió en mantener presencia militar en zonas del eventual Estado palestino y se negó al desmantelamiento de todos los asentamientos ilegales judíos en territorio palestino, así como a reconocer el derecho al retorno de los refugiados palestinos, aunque fuese simbólico», (*El conflicto árabe-israelí*, Acento Editorial, Madrid, 2002, p. 82). Si dos especialistas, situados fuera de la *mélée*, pueden diferir tanto al hablar de lo mismo, cabe pensar lo difícil que será entenderse en medio de la zarabanda de pasiones e intereses. De cualquier forma, y reconociendo que será improbable otra ocasión mejor para la paz y que el realismo y la capacidad para aprovechar el momento oportuno son dos de las mayores virtudes que pueden adornar a un político, Arafat no lo tenía fácil, sobre todo por lo que respecta a los refugiados: «Para los negociadores palestinos, el derecho al retorno (…) es inalienable (…) y, por tanto, innegociable; sin embargo, su aplicación sí lo es a partir del momento en que se reconozca ese derecho. Obsérvese que este anunciado no solamente entraña una posición de principio, sino también un orden secuencial; en suma, dos fases: el reconocimiento del derecho debe preceder a su aplicación; aquél es preceptivo para poder negociar, es decir, para poder relativizar su ejecución» (Elias Sambar, *Le Monde*, 25 de enero de 2001). La conclusión parece: *El derecho al retorno es inalienable e Israel debería reconocerlo; la posibilidad del retorno debe ser negociable*. <<

[231] Shlomo Ben-Ami, *¿Cuál es el futuro de Israel?*, op. cit., p. 286. Cuando el político e historiador israelí se expresaba con esa vehemencia olvidaba, primero, que los palestinos pretenden volver a sus tierras, de las que fueron expulsados y desposeídos, al margen de la bandera que se levante sobre ellas; segundo, que desde el 11 de diciembre de 1948 existe la resolución 194 de las Naciones Unidas, que pide a Israel la inmediata acogida de los expulsados o su indemnización si no desearan regresar. Por tanto, los palestinos no pretenden cosas *increíbles, inadmisibles e inauditas*: simplemente, que se les restituyan los más elementales derechos humanos que les fueron arrebatados y que, medio siglo después, aún no les han sido restituidos: la propiedad, la seguridad, la identidad nacional… Otra cosa es que tales derechos sean practicables y realistas: el retorno de los refugiados, aunque sólo regresara la mitad o la tercera parte, a la larga equivaldría, seguramente, a la desaparición de Israel con su actual configuración; en dos o tres generaciones los judíos se hallarían en minoría. Incluso las cosas ya serán complicadas sin el retorno de los refugiados: la población actual en Israel-Palestina ronda los 9,5 millones de personas, de las cuales 6 millones son de nacionalidad israelí (cinco millones, judíos; uno, israelo-palestinos) y tres y medio, palestinos en los Territorios Ocupados. La relación de la población en la Palestina histórica sería hoy de un 55% de judíos y un 45% de palestinos. En 2020, según las actuales tasas de crecimiento, serán 13 millones en total y el 58% de origen palestino (Israel tendrá 7 millones de habitantes, de los cuales un 30% serán de origen árabe; Cisjordania y Gaza estarán superpobladas por 6 millones de palestinos). Ese vertiginoso avance de la población palestina —denominado la *bomba demográfica*— se contempla sin el retorno de los refugiados. < <

[232] Alain Gresh (*Israel, Palestina*, op. cit., p. 157). < <

[233] Declaraciones a Sol Alameda (*El País Semanal*, marzo de 2002). < <

[234] Votó el 33% de los árabe-israelíes: 45,5% de ellos, en blanco; 40% a Barak; 12,5% a Sharon y 2% a otras formaciones. La participación árabe en las elecciones de 1999 se elevó al 75% y el 95% de los votantes lo hizo por Barak. < <

[235] *El País*, 19 de marzo de 2001. < <

[236] Los asentamientos en los territorios palestinos han sido la obsesión de Sharon durante toda su vida, sobre todo desde que, a partir de 1967, tuvo Israel la opción de iniciarlos. Ehud Barak, ex primer ministro, lo recordaba como una de las graves rémoras para la paz: «La estrategia mantenida por el Likud durante una generación, de la que Ariel Sharon es el principal defensor, consiste en crear asentamientos en todas partes, no solamente donde resulta imprescindible para la seguridad de Israel, con el objetivo de hacerles ver a los palestinos que cuanto más tarden en hacer la paz, menos les favorecerá el acuerdo final. Esta estrategia ni ha funcionado ni puede funcionar». En este texto es sorprendente, también, que, después de lo negociado en Taba, Barak aún pensara que los asentamientos eran interesantes *donde resulte imprescindible para la seguridad de Israel (El Mundo,* 25 de mayo de 2001). <<

[237] En la última década, la inversión estatal en infraestructura en los territorios ocupados ha sido de 925 € por habitante; las inversiones en las zonas menos favorecidas, 580 € por habitante; en las zonas árabes, 432 €. Las subvenciones por habitante reflejan la misma desigualdad: 633 € por habitante en las colonias de los Territorios Ocupados; 283 € por habitante judío de las zonas subdesarrolladas y 262 € por cada árabe-israelí. La construcción de carreteras en los Territorios Ocupados es de 17,2 m por colono y de 5,3 m por cada habitante en Israel (*Le Monde*, 10 de febrero de 2002). < <

[238] Producto Nacional Bruto, 108 000 millones de dólares. Participación en la actividad económica: servicios: 69,7%; industria: 27,7%; agricultura, 2,6% (año 2000). < <

[239] El diplomático Emilio Menéndez del Valle, vicepresidente de la Delegación para Palestina del Parlamento Europeo, mostraba también en este campo el doble rasero de la Justicia israelí: «… Numerosas medidas extremadamente represivas para con los palestinos o provocadoramente indulgentes hacia israelíes que han asesinado a palestinos. Como muestra (…) la demolición de numerosas casas palestinas, incluidas las de las familias de todo supuesto terrorista. Comportamiento desproporcionado y cruel y que atenta contra el principio jurídico de que únicamente la persona que comete un delito es responsable de sus actos. La doble vara de medir quedó en evidencia en 1994, cuando un colono judío asesinó a 29 palestinos en Hebrón y —afortunadamente— no se actuó contra la vivienda de la familia del asesino. Por otra parte, como resalta el diario israelí *Maariv* (22 de enero de 2001), una peculiar concepción de la indulgencia hace que el asesinato a sangre fría de un niño palestino por otro colono israelí en 1996 acabe de ser zanjado por un tribunal de Jerusalén, condenando al criminal a seis meses de trabajos sociales», (*El País*, 23 de mayo de 2001). < <

[240] En el verano de 2001, Edward N. Luttwat, del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos de Washington, hacia un interesante balance sobre «La guerra de baja intensidad» sostenida por Israel contra la *intifada* y el terrorismo palestino. Sostenía en su artículo que, gracias a la excelente información, adiestramiento y equipo de la policía y el ejército israelíes, sus bajas eran aceptables: en 10 meses (septiembre de 2000 a julio de 2001) 135 soldados y civiles, «muchos menos de los que murieron en las carreteras en el mismo periodo». La asunción de esas pérdidas, según el analista, alejaba las posibilidades de paz, «puesto que si (el ejército) realiza una labor tan buena a la hora de limitar los daños, está haciendo que el conflicto indefinido parezca más tolerable y que cualquier retirada de los Territorios Ocupados parezca menos necesaria». < <

[241] Datos extraídos de Le *Monde*, 10 de febrero de 2002. < <

[242] Alain Gresh, op. cit. p. 150. < <

[243] Francisco Medina, *El Infierno de Tierra Santa*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 2002, p. 261. < <

[244] Una de las más esperanzadoras fue la iniciativa de paz jordano-palestina, dos veces redactada, retocada por ambas partes y, cuando todo parecía listo para comenzar a hablar, a mediados de mayo de 2001, Sharon exigía nuevas modificaciones y una nueva redacción. <<

[245] Noam Chomsky culpa directamente a su país de que persista el conflicto y no se haya constituido el Estado palestino: «Estados Unidos ha bloqueado el proceso de paz en Oriente Medio durante los últimos veinte años —nosotros somos los líderes del campo del rechazo y no los árabes o cualquier otro— (…) El valor de Israel para Estados Unidos depende del hecho de que está amenazado por la destrucción: eso hace que su supervivencia dependa por completo de Estados Unidos y, por tanto, es un aliado extremadamente fiable, porque si algún día se les quita la alfombra en una situación de conflicto real, serán destruidos. Este razonamiento ha valido hasta el presente. Quiero decir que resulta extremadamente fácil demostrar que Estados Unidos ha bloqueado toda iniciativa tendente a un acuerdo político seguido en Oriente Medio; a menudo incluso la hemos vetado en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas» (Peter R. Mitchel y John Schoeffel, *Noam Chomsky*, Ed. Crítica, Barcelona, 2002). Para situar la cita en su contexto debe decirse que procede de una conferencia dictada en 1999, por tanto, a su opinión habría que añadirle la excepción de la mediación de Clinton en diciembre de 2000. <<

[246] Citado por Le *Monde*, 10 de febrero de 2002. < <

[247] Estaba formada por el exsenador norteamericano George Mitchell, el representante de la política exterior de la UE, Javier Solana, el expresidente turco Suleiman Demirell, el exsenador norteamericano Warren Rudman y el ministro noruego de Exteriores, Thorbjoern Jagland. < <

[248] Reducción de los hombres armados a 10 000, requisa de todas las armas en manos de civiles y reclusión de todos los activistas islámicos que hubieran tomado parte en acciones armadas contra Israel. < <

[249] El 29 de mayo se hacía público que los asentamientos de Maale Adumim y Alfei Menashe, ambos en Cisjordania, se iban a ampliar con 710 viviendas. < <

[250] El expremier Barak, a propósito del Plan Mitchell, escribía: «Los palestinos tendrán que renovar su compromiso con el cumplimiento de los acuerdos, poner fin a la violencia y enfrentarse con su propio sector radical. Al mantener la puerta abierta a la reanudación del diálogo, Israel se asegura el apoyo internacional en la lucha contra el terrorismo. Lamentablemente es poco probable que el Gobierno de Sharon siga una política tan estratégica» (El *Mundo*, 25 de mayo de 2001). <<

[251] William Burns, subsecretario norteamericano de Estado para Asuntos del Próximo Oriente, llegó a Israel el 27 de mayo de 2001, tratando, primero, que Sharon no rompiera su propio alto el fuego a causa de los atentados palestinos. A continuación, se entrevistó con Arafat, pidiéndole que hiciera lo propio. El presidente de la ANP le entregó una relación con 96 violaciones israelíes a ese alto el fuego, en los apenas 4 días que llevaba vigente: 36 bombardeos o tiroteos, 28 ataques contra la propiedad (destrucción de casas, de árboles o cosechas), 21 incursiones bélicas en los territorios de la ANP, 11 cortes de carreteras. El ministro ruso de Exteriores del momento, Yevgueney Primakov, advirtió lo complejo de la situación y la beligerancia de ambos bandos y declaró: «La situación en los territorios autónomos es de verdadero peligro. Es incluso más complicada desde la declaración unilateral de alto el fuego, que no es respetada por los soldados israelíes, quienes reprimen a los palestinos de forma injustificada», (*El Mundo*, 28 de mayo de 2001). < <

[252] Para ello —punto primero—, se establecía el mecanismo de cooperación entre ambas partes, con los buenos oficios de la CIA de por medio. Este organismo de cooperación —punto segundo— trataría de conseguir que ambas partes restablecieran el alto el fuego y un clima de seguridad. A fin de lograr esto, los israelíes deberían: A) Abstenerse de atacar a las instituciones civiles o militares palestinas; B) Retirar su ejército a las líneas donde se hallaban antes del comienzo de la *intifada*; C) Liberar a los prisioneros palestinos; D) Suspender sus operaciones de seguridad en áreas de la ANP. Por su lado, los palestinos deberían: A) Encarcelar a los radicales acusados por Israel de preparar actos terroristas; B) Detener la violencia de la *intifada*; C) Terminar con el acoso a los asentamientos judíos; D) Prohibir a su policía participar en todo tipo de actuaciones contra los israelíes. En el punto tercero se establecía que las policías israelí y palestina compartieran información en el campo de la seguridad. Los palestinos, además, tratarían de desmantelar las redes terroristas y la fabricación de armas en sus zonas; los israelíes, por su parte, adoptarían medidas contra sus ciudadanos que proyectaran o perpetraran acciones violentas contra los palestinos. En su punto cuarto, se abundaban más concretamente en el compromiso de ambas partes en la lucha contra el terrorismo en los territorios bajo su autoridad y en la actuación contra quienes trataran de emplear esos territorios contra la otra parte. Se trataba, también, de prevenir disturbios, requisar armas y emplear métodos antidisturbios en la represión de manifestaciones violentas. En el punto quinto se preveían las negociaciones para la retirada de las fuerzas israelíes a sus posiciones anteriores al comienzo de la intifada de las Mezquitas. Finalmente, el punto sexto preveía que una semana después del inicio de las reuniones, y del restablecimiento de la calma y la cooperación interpoliciales, se comenzarían a eliminar barreras, abrir carreteras, puertos y fronteras… <<

[253] El profesor israelí Jeff Halper publicaba por aquellos días un pesimista y demoledor artículo, *Las razones de la ocupación israelí, en* el que quedaban claros los motivos por los que Israel no estaba interesado en una verdadera paz: «Por extraño que parezca, los israelíes no saben realmente que hay una ocupación. Rara vez utilizan el término *palestinos* y nunca el de *Palestina*. Las gentes que allí habitan son meramente árabes, parte de una masa indiferenciada, y los territorios se denominan por sus nombres bíblicos, Judea y Samaria, partes integrantes de la tierra de Israel. Por tanto, se rechaza la idea de estar ocupando el propio país. Y cuando vagamente se reconoce la ocupación, se da en una tierra lejana que los israelíes raramente visitan si es que la visitan alguna vez (…) A falta de un contexto político de ocupación, la opinión pública israelí considera la resistencia palestina como puro terrorismo, prueba de que los palestinos no desean la paz, lo que elimina toda oposición moral o política a la ocupación y convierte la represión en *defensa propia*. Y dado que el terrorismo contra civiles se ha convertido en la forma de guerra más común entre los dos pueblos, cada lado demoniza al otro, eliminando la voluntad de plantearse, siquiera, la coexistencia», (*El País*, 10 de junio de 2001). < <

[254] Tras graves incidentes en Gaza, en los que la policía de la ANP disparó causando tres muertos y más de 200 heridos, Haider Abdul Safi, uno de los líderes democráticos de la oposición de Arafat, declaraba al corresponsal Ferrán Sales: «Hay una posición unánime: el proceso de negociación no se ha traducido en nada. Éste es el mensaje de la *intifada*, compartido por toda la población palestina. ¿Qué hacer? Así surge el debate y el enfrentamiento entre diferentes fuerzas que quieren intervenir en la toma de decisiones, pero el poder totalitario del Gobierno se lo impide porque ya ha tomado una resolución en solitario: parar la *intifada*. Ésta es la explicación política de los sucesos de Gaza: los métodos dictatoriales de Arafat han provocado la revuelta de Gaza», (*El País*, 16 de octubre de 2001). < <

[255] El día del entierro del ministro Rehavan Zeevi fueron asesinados seis palestinos y un tanque disparó contra una escuela causando la muerte a una niña de 12 años e hiriendo a nueve de sus compañeros. Su ofensiva continuaría en los días siguientes: se apoderó de casi todas las ciudades gobernadas por la ANP y las víctimas mortales ascendieron hasta 20 en tres días; los hospitales denunciaban la falta de camas y medicamentos para atender a centenares de heridos. Las Iglesias cristianas de Jerusalén denunciaban que la brutalidad de las represalias israelíes era intolerable. El Papa pedía desde Roma «Paz para Tierra Santa», mientras los soldados de Tzahal disparaban contra la basílica de la Natividad, en Belén, destruyendo vidrieras y tejados. La violencia desplegada fue tan alta, que los miembros laboristas de la coalición se plantearon abandonar el Gobierno. La alarma alcanzaba al mundo entero, tanto que Washington pidió a Israel que abandonara de inmediato las zonas ocupadas y Javier Solana, representante de la política exterior de la UE, viajaba a Palestina y mantenía allí diversas entrevistas. Sharon comenzó a esbozar la que sería su política decidida en el 2002: «Nos iremos cuando terminemos», replicó a Washington el 24 de octubre. En esa fecha, el corneo de muertos en una semana se elevaba a 34 palestinos, de los cuales sólo seis podían ser calificados de activistas; los demás eran civiles. Los Territorios Ocupados ya nunca estarían del todo evacuados; las destrucciones padecidas sólo serían un preludio de lo que sucedería al año siguiente; los muertos, un preludio del más absoluto desprecio a la vida. <<

[256] Sharon exigió a Arafat que detuviera y entregara a los culpables del asesinato y el líder palestino, bastante asustado —hasta el punto de que declaró a los periodistas que temía ser asesinado de un momento a otro— ordenó que se hallara a los responsables y su policía detuvo en un par de días a medio centenar de miembros del FPLP; el brazo militar de esta organización. Brigadas de Abú Alí Mustafá, fue ilegalizado. A continuación, puso fuera de la ley a las demás milicias: Brigadas de Ezedine Qasam (Hamas), Brigadas de los Mártires de Al Aqsa (Yihad Islámica) y Tanzim (Al Fatah). <<

[257] Miguel Ángel Bastenier observa: «Sharon exigía un par de semanas de calma total en Palestina, pero con la particularidad de que ese apaciguamiento sólo fuera aplicable al adversario. Mientras los palestinos rara vez lograban mantener la tregua —la cumplieron, sin embargo, durante tres semanas en diciembre de 2001 tras repetidas y angustiosas exhortaciones de Arafat—, los comandos israelíes seguían practicando el *asesinato selectivo* lo que justificaba ante la opinión palestina la continuación de los atentados. Así Sharon dinamitaba deliberadamente toda posibilidad de tregua (…) Según fuentes israelíes (…) se trataba de negociar, una vez liquidado el *Rais*, con los jefes de las bandas de pistoleros a los que creía posible sobornar (…) Y, por otra, provocar un éxodo de palestinos, como en 1948, en el que todo el que tuviera algo que perder optase por emigrar (…) Desde el comienzo de la intifada varias docenas de miles de palestinos, más o menos pudientes, han votado ya con los pies, abandonando su país…». <<

[258] La más sonada de ellas tuvo lugar el 25 de julio, en Gaza, donde los ejecutores de Israel en el «asesinato preventivo» uno de los cabecillas de Hamas, Salá Sahada, se llevaron por delante a 16 civiles, nueve de ellos niños. Las declaraciones de los dirigentes israelíes, comenzando por Sharon, siguiendo por Ben Eliezer y por el general Dan Haaloutz, responsable supremo de la operación, calificaron la acción como una gran victoria. Hamas se vengó de inmediato, con un atentado en la Universidad Hebrea, donde ocasionó siete víctimas mortales, cinco de ellas, norteamericanas. <<

[259] El secretario general reiteró que en el problema existían «dos pesos y dos medidas», unos para medir a Israel, otros, para tasar a los demás. El asunto se hizo especialmente irritante en las numerosas intervenciones dedicadas por las Naciones Unidas a tratar las violaciones iraquíes de sus resoluciones, merecedoras, según los deseos de Washington, de la destrucción del régimen de Saddam Hussein. En la sesión del 24 de septiembre de 2002, varias intervenciones de embajadores de países árabes y no alineados denunciaron que Irak estaba acusado de haber desestimado 16 resoluciones de la ONU, mientras que el Consejo de Seguridad había adoptado 28 resoluciones sobre la situación de los Territorios Ocupados e Israel las había incumplido todas. < <

[260] Amos Oz (*El País*, 3 de agosto de 2002). < <

[261] Sami Naïr (*El País*, 25 de julio de 2002). < <

[262] Francisco Medina, declaraciones al programa *La Brújula*, de Onda Cero, 27 de septiembre de 2002. Barguti, un hombre de Al-Fatah, nacido a la acción política en la primera *intifada*, es uno de los líderes palestinos jóvenes, quizá una especie de Arafat de los años sesenta-setenta. Fue encarcelado por Israel en abril de 2002. < <

[263] Evidentemente, no le interesaba que desde el 4 de agosto al 18 de septiembre, sus soldados y «ejecutores» habían asesinado a 75 palestinos. Afortunadamente para él, tras el 11-S, todo terrorismo de Estado parece legítimo en la bárbara escena mundial diseñada por Washington. <<

[264] Aunque desde la primavera de 2001 la presencia de tropas israelíes en la zona A de la ANP ha sido casi continua, ha habido tres momentos importantes a lo largo de 2002, con sus correspondientes nombres en clave de *Tzahal: Muro defensivo*, marzo-abril; *Camino firme*, mayo-junio; *Cuestión de tiempo*, septiembre. < <

[265] Con la abstención norteamericana, el Consejo de Seguridad aprobó su resolución 1435, en la que se solicitaba a Israel que levantara el asedio al cuartel general de Arafat y se replegase a las líneas anteriores al comienzo de la *intifada* de Al Aqsa. Israel hizo oídos sordos, como en las ocasiones anteriores. <<

[266] Al cumplirse el segundo aniversario del comienzo de la *intifada*, el ministerio israelí de Exteriores cifraba en 623 sus muertos; ese mismo día se publicaba la cifra de los palestinos: 1900, según la contabilidad de Palestinian Human Rights Monotoring Group. <<

[267] Pero parece haber un empeño en enturbiar hasta la mínima posibilidad de calma. Cuestiones comprometidas como Jerusalén no han sido dejadas de lado, sino enconadas y, lo que es peor, por el único mediador posible, EE. UU., empeñado en implicarse cada día más en favor de los intereses y anhelos israelíes. El 29 de septiembre de 2002, el Congreso norteamericano reconoció Jerusalén como capital de Israel, despreciando las resoluciones de la ONU que un día apoyó, como la 181, de noviembre de 1967, la de la Partición de Palestina, que preveía una zona de unos 200 kilómetros cuadrados bajo autoridad internacional, en la que se incluían Jerusalén y Belén; o la resolución 242, de noviembre de 1967, que ordenaba el retorno de Israel a las líneas de partida anteriores a la Guerra del 5 de junio. <<